
María Millán
LA VIDA NO ES UN
K-DRAMA
¿O SÍ?
TerraIgnota
EDICIONES

La vida no es un k-drama...
¿O sí?

Una historia de amor en Seúl

1ª edición en formato electrónico: junio 2026

© María Millán
© De la presente edición Terra Ignota Ediciones

Diseño de cubierta: TastyFrog Studio

Terra Ignota Ediciones
c/ Bac de Roda, 63, Local 2
08005 – Barcelona
info@terraignotaediciones.com

ISBN: 979-13-88194-64-1
THEMA: FRD

Las ideas y opiniones vertidas en este libro son responsabilidad exclusiva de su autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 4

La vida no es un k-drama...
¿O sí?

María Millán

TerraIgnota
EDICIONES

Nota de la autora

Esta es una obra de ficción.
Algunos personajes históricos o personalidades reales aparecen mencionados únicamente con fines narrativos. El resto de los personajes y sucesos son producto de la imaginación de la autora; cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
Los lugares descritos se emplean solo como escenarios literarios y no necesariamente reflejan su realidad geográfica, histórica o cultural.

«Porque sin importar quiénes seamos,
todos nos merecemos un cuento de hadas».

A ti, que has elegido acompañarme en estas páginas,
gracias.

Espero que lo que encuentres aquí
te haga soñar tanto como yo soñé al escribirlo.

Nota de la autora

1 María

2 María

3 María

4 María

5 María

6 María

7 María

8 María

9 María

10 María

11 María

12 María

13 María

14 María

15 María

16 María

17 María

18 María

19 María

20 María

21 Lee Gi-Won

22 María

23 Lee Gi-Won

24 María

25 Lee Gi-Won

26 Lee Gi-Won

27 María

28 Lee Gi-Won

29 María

30 Lee Gi-Won

31 María

32 Lee Gi-Won

33 María

34 Lee Gi-Won

35 Lee Gi-Won

36 María

37 María

38 Lee Gi-Won

39 María

40 Lee Gi-Won

41 María

42 María

43 Lee Gi-Won

44 Lee Gi-Won

45 María

46 María

47 Lee Gi-Won

48 María

49 Lee Gi-Won

50 María

51 Lee Gi-Won

52 María

53 Lee Gi-Won

54 María

55 María

56 Lee Gi-Won

57 María

58 María

59 Lee Gi-Won

Epílogo

Agradecimientos

1
María

Maldita sea la hora en la que me animé a ver un k-drama por primera vez. Debería aparecer un mensaje de advertencia antes de empezar el primer capítulo de la serie, como en las cajetillas de tabaco. Un mensaje que dijera: «Atención: Este k-drama puede provocar adicción».

Cuando me mudé a este piso —el primer fin de semana que pasé aquí, para ser exactos— no me apetecía coger el coche y conducir casi una hora hasta el bar de copas de mis amigos para pasar un rato con ellos. Y el chico con el que mantenía una «relación» desde hace un tiempo, tampoco se interesó en saber por qué le había dejado de llamar y escribir. Entonces decidí ver algo en Netflix y me fijé en una serie coreana que aparecía en sugerencias, y como ya había visto El juego del calamar, me animé a verla. Fue lo peor que pude hacer… porque ya no pude parar. La forma en que los coreanos desarrollan la historia engancha muchísimo, y la intensidad de los actores aporta aún más. Además son un gusto para la vista: ¡una verdadera belleza! Y ahora prefiero pasar los fines de semana viendo k-dramas, tumbada en el sofá con Rocky, mi precioso gato blanco con ojos azules a los pies, y un bol de palomitas, antes que salir a cenar o ir de fiesta con mis amigos.

He visto varios k-dramas más, y he encontrado mi favorito. Me gusta tanto que he empezado a verlo otra vez, y creo que es porque me he enamorado de Lee Gi-Won, el actor protagonista. Me encanta su forma de mirar y me vuelve loca su sonrisa. Ojalá algún día pudiera verlo en persona, pero soy consciente de que es muy difícil, por no decir imposible. Pero soñar es gratis. Muchas veces me imagino que tengo la suerte de conocerlo. Y que al mirarnos a los ojos, como en la escena de un k-drama, todo se paraliza a nuestro alrededor porque hemos conectado. Pero al mirarme en el espejo sé que eso es imposible, un chico como él nunca se fijaría en una chica con una talla cincuenta como yo.

Sí, soy una chica plus size. En mi adolescencia lo pasé mal, ya que en este mundo se suele ser cruel con las personas que no cumplen con la «normalidad». Pero cuando cumplí los dieciocho años empecé a quererme a mí misma y aprendí a no dar importancia a los comentarios de los demás.

Por suerte, mi físico no me ha limitado a la hora de relacionarme con las personas. Tengo buenos amigos y a la hora de ligar tampoco me puedo quejar. Mucha gente se sorprendería de la cantidad de hombres que se sienten atraídos por una mujer como yo. Lo malo es que no suelen atreverse a tener una relación seria, por el qué dirán. Y la verdad es que, con treinta y nueve años, me apetece encontrar a esa persona especial, que le dé igual lo que piensen los demás, y tener por fin una relación en condiciones.

Estoy a punto de meterme una palomita en la boca cuando, de pronto, suena el móvil y me saca de mis pensamientos. Miro la pantalla y, al ver que es Adrián, arrugo el entrecejo extrañada. Es el

último chico con el que he tenido una relación, y con el que creí que por fin había encontrado lo que buscaba. Pero hizo lo mismo que los anteriores, avergonzarse de mí ante los demás. Así que llevo más de un mes sin escribirle ni llamarle, prácticamente desde que me mudé aquí. Me pienso un instante si contestar o no, y finalmente contesto:

—¿Sí, dígame? —respondo mientras pongo en pausa la televisión.

—Hola, guapa —contesta con sensualidad—. ¿Qué tal estás? Desde que te has ido a vivir donde Cristo dio las tres voces no sé nada de ti. —Lo dice porque hasta hace poco más de mes y medio vivía en un pueblo de Madrid, y ahora vivo en un pueblo pequeño de la provincia de Toledo llamado Magán.

A Adrián lo conocí hace más de dos años, es abogado laboralista y cuando tuve que demandar a la empresa en la que trabajaba en ese momento —una cadena de supermercados muy conocida por despido improcedente—, fue a él a quien contraté para que llevara el caso.

Creo que nos gustamos desde el primer momento, pero ninguno dio el paso hasta que se celebró el juicio contra la empresa, el cual ganamos. Cuando todo terminó me pidió una cita y desde entonces teníamos una relación, o por lo menos yo lo consideraba así.

Al obtener una muy buena indemnización en el juicio, pude comprarme un piso en este pueblo, ya que era mucho más barato que en Madrid. Y aun así sobró un poco de dinero para poder invertirlo en el banco y anualmente conseguir una rentabilidad. Así que ahora con el trabajo que tengo, que es desde casa, vivo más que bien y puedo permitirme ahorrar.

—Tampoco estoy tan lejos —le respondo un poco nerviosa. Escuchar su voz me hace sentir de nuevo mariposas en el estómago —, estoy a solo cincuenta minutos en coche.

—¿Y te parece poco? —responde con guasa.

—Además… ¿a ti que más te da? —contesto un poco borde—. Que yo sepa, tú y yo no somos nada más que amigos ¿no?

Se queda unos segundos callado, y finalmente musita con tristeza:

—Sabes que eso no es cierto, María… quiero estar contigo, pero te empeñas en ponerle una etiqueta a lo nuestro.

—Claro… Ahora resulta que es culpa mía que a ti te dé vergüenza que sepan que estás con una persona como yo, ¿no? —suelto con ironía mientras me incorporo para quedarme sentada en el sofá, y Rocky protesta cuando le aparto de mis pies.

—¡¿Como?! —exclama desconcertado—, yo nunca me he avergonzado de ti, ¿de qué crees que me avergüenzo de ti?

—A ver, déjame pensar… —Me pongo la mano en la barbilla—. ¡De mi físico, está claro!

—¿¡Qué!? —musita Adrián sorprendido—. ¿¡Crees que me da vergüenza que tengas unos kilos de más!? —Por su tono, noto que realmente está molesto con mi acusación.

—Pues sí —contesto secamente.

Me levanto del sofá y me pongo a caminar por el salón, y Rocky me mira desde el sofá, con sus ojos azules, mientras doy vueltas. Siempre hago lo mismo cuando me pongo nerviosa.

Al otro lado del teléfono, Adrián suspira.

—¡Ay! María… ¿Puedo preguntarte por qué piensas eso? —murmura.

Me quedo callada un instante, dudando en si decírselo o no. Finalmente me armo de valor y se lo digo:

—Por tu forma de comportarte conmigo delante de los demás. —Respiro hondo y sigo—: Ocultas lo nuestro. Siempre soy una amiga ante el resto. Hace más de un año que empezamos a salir, y, que yo sepa, tus amigos solo saben que soy una amiga, nada más. Si salimos algún día con ellos ni me tocas; es más, me ignoras. ¿Tú sabes cómo me hace sentir eso a mí? Pues mal… muy mal. Creí que realmente te gustaba tal como soy; pero en esos momentos, sinceramente, me entran dudas, muchas dudas. Yo quiero a alguien que no se avergüence de mí. —No digo nada más, me quedo en silencio tras mi monólogo, esperando alguna respuesta por su parte.

Después, de un largo silencio, responde.

—Por eso no me has llamado ni me has escrito en todo este tiempo… —No lo dice como una pregunta, sino como un hecho.

—Sí —musito.

Adrián se queda callado unos segundos que se me hacen eternos, y finalmente responde:

—Lo siento… lo siento muchísimo… No sabía que te sentías tan mal.

Durante unos segundos no sé qué decir. Creí que me iba a dar una excusa o que me diría que veo cosas donde no las hay. En cambio, se disculpa… y parece una disculpa sincera.

—¿De verdad? —respondo sorprendida.

—De verdad… —contesta—, te prometo que voy a cambiar. Quiero estar contigo, María… Si no fueras importante para mí, no estaría

aquí, pasando frio, intentando averiguar por qué mi chica ha dejado de dar señales de vida.

Me paro en seco. Todo este rato no he dejado de dar vueltas por el salón y sonrío como una tonta. Ha dicho: «mi chica». Nunca había utilizado ese término y no sé si creerle… ¿y si vuelve a hacer lo mismo? De pronto recuerdo su comentario: «Si no fueras importante para mí, no estaría aquí, pasando frio».

—¿Por qué dices que estás pasando frio? ¿Dónde estás? —pregunto algo desconcertada.

—Asómate al balcón. —Por su tono percibo que está sonriendo, y el frío también le afecta, ya que parece que le castañean un poco los dientes.

Sin perder tiempo, aparto las cortinas, abro la puerta del balcón y el frio me azota fuertemente en la cara por el viento que hace. Han dicho los meteorólogos de la tele que, este fin de semana, íbamos a tener frio polar, y no se han equivocado. Para una vez que no se equivocan…

Salgo al balcón, miro hacia abajo y veo a Adrián apoyado en su coche mirando hacia arriba, temblando de frio. Sonríe y me saluda con la mano al verme. Al instante me recorre un escalofrío por el cuerpo, y no es por el frio, es por su sonrisa… Me fascina su sonrisa. Me recuerda a la sonrisa de Tom Cruise en la película Top Gun; una sonrisa amplia con un toque travieso.

—Pero… ¡¿qué haces aquí?! —grito para que me oiga, ya que vivo en un segundo piso, y Adrián se encoge de hombros sin dejar de sonreír. Sonriendo como una tonta, niego con la cabeza y pienso que

está loco—. Venga, que te abro, ¡te vas a congelar! —Y con el pulgar hacia arriba me indica que está de acuerdo.

Entro en casa rápidamente, hace mucho frio y he salido sin abrigarme, solo con el pijama. Rocky mira con sus ojos azules cada movimiento que hago y debe estar pensando que me falta un tornillo o algo.

Dejo el móvil encima de la mesa, corro hacia el telefonillo y pulso el botón para abrir la puerta del portal. Abro la puerta de mi casa y espero a que suba con el corazón a mil. Adrián, en menos de treinta segundos, aparece por las escaleras y camina hacia mí; sigue igual de guapo o incluso más.

Adrián es solo un par de centímetros más alto que yo, mide 1,70 y tiene treinta y dos años, siete menos que yo. Es delgado y su cuerpo está bien trabajado en el gimnasio. Su pelo es corto, de color negro, peinado ligeramente de punta. Sus ojos son color miel y sus labios son finos y carnosos. Tiene una barba muy cortita y bien cuidada, y su piel está ligeramente bronceada por el sol; seguro que ha estado recientemente en el apartamento que tienen sus padres en la playa. Va vestido como más me gusta: con unos vaqueros negros ligeramente ceñidos que marcan perfectamente su trasero. Un jersey de color burdeos que marca su torso y encima una chaqueta tipo militar de color negro. Yo me muerdo el labio al verlo, inconscientemente. ¡Madre mía, está buenísimo!

Se para a unos cincuenta centímetros de mí, su mirada me recorre de arriba abajo y sonríe; mi look no es precisamente muy sexy que digamos, ya que estoy con un pijama de gatitos.

—Estas muy sexy —me dice con una sonrisa burlona.

Mi corazón empieza latir más rápido de lo que ya me latía, y sin pensármelo dos veces me acerco a él y lo abrazo. Adrián me aprieta con fuerza, entierra su rostro en mi cuello, y noto cómo aspira mi aroma. Hasta este momento no me doy cuenta de lo mucho que lo he echado de menos, y hago lo mismo que él, aspiro su perfume, que es una mezcla de naranja y canela. Me separo, y comento con una sonrisa:

—Vamos dentro, hace mucho frio. —Le cojo de la mano y entramos en el piso. Una vez dentro, le ayudo a quitarse la chaqueta mientras le regaño—. ¡Estás loco! ¿Y si no te hubiera cogido el teléfono? ¿Y si no llego a estar en casa?… ¡Cómo se te ocurre venir hasta aquí, a Magán!

—Si no hubieses estado, me hubiera ido otra vez a mi casa. Pero me hubiera puesto muy triste —responde con un puchero que hace que me derrita.

Entonces, sin decir nada más, me coge por la cintura para pegarme más a él y me besa. Sus labios están un poco fríos, pero me da igual, le devuelvo el beso con ganas. Acto seguido, empezamos a devorarnos el uno al otro con ansias, nuestras lenguas se entrelazan, y el calor empieza invadir cada centímetro de mi cuerpo. Me encanta cómo besa y lo que me hace sentir.

Sin dejar de besarnos, vamos hacia mi habitación y nos quitamos la ropa el uno al otro sin demora. Deseo que me posea, deseo que mi cuerpo se una al suyo y me haga gemir como solo él sabe hacerlo. Llevo más de un mes sin sexo y mi cuerpo está deseoso de volver a sentir el placer que Adrián sabe cómo proporcionarme.

Nos tumbamos en la cama y le beso mientras toco su torso, sus brazos, su culo… Y él me devora desde el cuello hasta mis pechos grandes y un poco caídos. A él no parece importarle, ya que los mira y los devora con deseo. Esta muy excitado y yo también, necesito sentirle dentro y que me embista con fuerza.

—Fóllame —le suplico entre jadeos tocando su pene, está muy duro, preparado para mí.

Adrián sonríe. Se separa un momento, coge un preservativo del pantalón que está tirado en el suelo, y se lo pone. Sin demora me embiste con fuerza y yo grito de placer. Me penetra una y otra vez, y con cada embestida jadeamos casi al unísono. Me abro aún más para que llegue más adentro, pongo mis manos en su trasero y le aprieto contra mí con cada embestida. Una…, dos…, tres… no sé cuántas veces más entra y sale de mí, pero el éxtasis inunda todo mi cuerpo haciéndome llegar al orgasmo, y, por un momento, se me nubla la razón. Adrián, tras un par de embestidas más, llega al clímax con la misma intensidad que yo, soltando un gruñido de autentico placer desde lo más profundo de su garganta. Ha sido un polvo rápido pero intenso, nos teníamos ganas y deseábamos lo mismo. El sexo con juegos y preliminares está muy bien, pero un «aquí te pillo, aquí te mato» muchas veces puede ser espectacular. Y esta ha sido una de ellas.

Aún con la respiración entrecortada, Adrián se tumba a mi lado y no decimos nada durante unos segundos, hasta que nuestra respiración vuelve a la normalidad. Una vez recuperados, nos miramos y sonreímos.

—Eres increíble —musita—. No te imaginas cuánto te he echado de menos.

Adrián se acerca para darme un beso tierno, y las mariposas vuelven a mi estomago ante el gesto.

Este tipo de cosas son las que me confunden. En la intimidad siento que me ama, que me ama de verdad, que me ama a mí y a todo lo que yo soy, pero luego… No sé. Ya veremos si de verdad cambia o seguimos igual.

Me pego más a él y le abrazo apoyando mi cabeza en su pecho. Me encanta escuchar el latido de su corazón. Él me besa en la cabeza mientras acaricia mi espalda. Permanecemos así durante varios minutos hasta que mi estomago ruge de hambre.

—¿Has cenado? —pregunto incorporándome para mirarle a los ojos.

—No —sonríe—, pensaba cenar contigo. He traído una cosa que te gusta mucho.

—¿Ah, sí…? —le dedico una media sonrisa vacilona—, ¿y qué me has traído, si se puede saber?

Me acerco y le beso lentamente. Me devuelve el beso y me pongo a horcajadas encima de él.

—Ya lo verás —me dice mientras nos besamos cada vez más apasionadamente.

Estoy otra vez excitada, mi sexo ansía de nuevo que me penetre, y más notando su pene erecto debajo de mí. Adrián me aprieta las nalgas y me rozo contra su miembro lentamente… ¡Joder, estoy muy mojada! Y sin pensármelo dos veces, abro el cajón de la mesita de noche, saco un preservativo, lo abro, y se lo pongo. Él cierra los ojos

y jadea al sentir mis manos en su pene. Me coloco encima e introduzco su miembro duro dentro de mí y gimo de placer.

2
María

Después de hacerlo una vez más —bueno, un par de veces más, ya que en la ducha también hemos acabado follando—, Adrián sale un momento para ir al coche a recoger la cena que ha traído por sorpresa. Cuando vuelve, que no ha tardado nada, me pide que cierre los ojos. Yo, con una sonrisa tonta, le hago caso, y cuando me pide que los abra, veo encima de la mesa un par de bandejas de sushi del restaurante que más me gusta. Y sin poder evitarlo, grito de emoción.

—¡Ala! —Me tapo la boca con las manos—. ¿¡En serio!? —Bajo las manos y miro a Adrián—. ¡Eres el mejor! —exclamo emocionada, y Adrián suelta una carcajada.

—Sabía que te iba a gustar. —De pronto, Rocky, emocionado también con el sushi, empieza a hacer la croqueta en el suelo—. Bueno… —Adrián hace una pausa mirando al gato—, mejor dicho, sabía que os iba a gustar. —Encantada, me río con ganas con el comentario.

Nos sentamos juntos en la mesa y empezamos a cenar. El sushi está espectacular y lo disfruto muchísimo, pues desde que me mudé no había vuelto a probarlo. Rocky, que es un zalamero, consigue que le demos un par de trocitos de salmón que se come tan feliz.

Cuando ya no podemos más, guardo unos cuantos rolls que han sobrado para darles muerte al día siguiente, ya que no me gusta

tirar comida innecesariamente, y nos sentamos en el sofá. Bueno, Adrián se sienta y yo me pego a él para que me abrace y poder subir las piernas al sofá. Rocky, que es muy listo, acto seguido se tumba en el hueco que dejan mis rodillas semidobladas.

Al encender la tele, lo primero que sale es la imagen de Lee Gi Won. Cuando pausé la serie, se quedó justo en este fotograma, y la tele por el ahorro de energía se apagó sola. La verdad es que ya ni me acordaba de que la dejé así. Adrián se queda mirando la pantalla unos segundos y me pregunta:

—¿Y ese quién es?

—Pues… el prota de la serie coreana que estaba viendo antes de que me llamaras —musito sin darle importancia.

—¿En serio te tragas estas series? —Me mira con cara de «me estas vacilando».

—Sí, ¿qué pasa? —le contesto un poco molesta—, a mí me gustan.

—Vale, vale… —Levanta las manos—. Si a ti te gusta… —Hace una mueca y niega con la cabeza.

No respondo. No quiero discutir con él después de habernos reconciliado. Le podría explicar que las series coreanas son tan válidas como cualquier otra. Que hay gente a la que les gusta y otras a las que no, al igual que una serie de cualquier otro país. Juego de tronos, por ejemplo, no le gustó a todo el mundo; a mí, por ejemplo. Y en cambio a él le encantó.

Salgo completamente de la plataforma donde veo estas series y pongo una película. Me acurruco más a Adrián, y, mientras vemos la peli, me hace cosquillas en la palma de la mano. Me relaja tanto que a la media hora estoy luchando por no dormirme, así que Adrián, al

ver mi carita de sueño, decide apagar la tele. Me aparta suavemente, se levanta, y entro en pánico porque no quiero que se marche.

—¿Te vas? —pregunto asustada.

—Sí —contesta mirándome a los ojos muy serio—, me voy… —Hace una pausa dramática—… a la cama, ¿te vienes? —Y me tiende la mano con la sonrisa que me vuelve loca. Le encanta hacerme rabiar.

Cojo su mano encantada y me levanto del sofá. Ordeno a Alexa que apague las luces del salón, y nos vamos a la cama sin soltarnos de la mano.

A la mañana siguiente cuando me despierto, Adrián esta tumbado a mi lado mirándome.

—Buenos días, princesa.

Sonríe cuando bostezo y me estiro.

—Qué mentiroso eres —respondo aún con la voz adormilada.

—No miento…, me encanta tu cara de recién levantada.

Se acerca más a mí y me besa. Un beso tierno y dulce que hace que mi cuerpo se estremezca, y que le devuelvo encantada.

Seguimos besándonos dulcemente y Adrián deja mis labios para besar mi cuello, después besa mi hombro, el pecho… Y acabamos haciendo el amor con la misma dulzura que sus besos.

Satisfechos, nos levantamos de la cama y decido entrar antes que Adrián en la ducha. Estoy entretenida lavándome el pelo cuando él me abraza por la cintura y me besa en la nuca. Me doy la vuelta para mirarle, y su sonrisa traviesa vuelve a estar ahí, para mí, para

volverme loca de nuevo. Él me enjabona a mí y yo a él, un roce por aquí y otro por allá…, y volvemos a sucumbir a la lujuria.

Mientras desayunamos se nos ocurre ir a pasar el día a Toledo, ha salido el sol y hace un día estupendo. Nadie diría que la noche anterior hacia un frio de mil demonios y viento.

Cuando me estoy maquillando, se empieza a oír un ruido de motor que me es familiar. Adrián, que estaba recogiendo las cosas del desayuno, se asoma a la habitación y me pregunta extrañado:

—¿Y ese ruido? Parece un motor… ¿no?

Sé perfectamente lo que es. He dejado un par de ventanas abiertas para que se ventile la casa, y por eso se oye más. Con toda naturalidad, sin dejar de maquillarme, le contesto.

—Es el tonto del quad.

—¿El tonto del quad? —pregunta extrañado, arrugando el entrecejo sin comprender muy bien a qué me refiero.

—Es una persona que los fines de semana se pone a dar por culo con el quad, dando vueltas al solar como los tontos, en vez de irse a dar la matraca al campo. Eso sí, solo da vueltas en días soleados; si llueve, no. No vaya a ser que se moje.

Adrián se queda con cara de póker unos segundos…, y a continuación se ríe con ganas.

—¿Y el solar dónde está?

—Ahí en frente —señalo la calle—. Asómate al balcón y lo verás.

Me hace caso y se va corriendo hacia el balcón. Rocky, como buen gato cotilla que es, va detrás suya corriendo también. Pasan unos pocos minutos y vuelve partiéndose de risa.

—¡Sí que es verdad! —comenta sin parar de reír.

Después, se queda mirándome apoyado en el marco de la puerta.

Termino de maquillarme y, a continuación, me pongo la ropa que me he preparado previamente. Una vez vestida, me miro al espejo de cuerpo entero que tengo en el dormitorio. He elegido unos pantalones negros de vestir anchos de tiro alto, con un top de color rosa fucsia y una blazer de color negro. El pelo lo llevo corto, más o menos a la altura de la barbilla, en forma de uve. Y aunque mi pelo es rizado, me he hecho unos bucles con la plancha para que el rizo sea más bonito. El pelo siempre lo tengo que llevar bien peinado, es una manía que tengo. Y el maquillaje que me he puesto es sutil, resaltando mis ojos.

—Estás preciosa. —Adrián sigue apoyado en el marco de la puerta sin quitarme ojo.

—Gracias, amor. —Le sonrió tímidamente.

Y por último me pongo Fakhar, mi perfume árabe favorito.

Antes de irnos, me aseguro de que Rocky tenga comida y agua en sus cuencos, y de que esté todo cerrado. Por último, hago una carantoña a mi gato y nos vamos.

En el ascensor, Adrián se acerca a mí y me besa en el cuello a la vez que aspira mi perfume.

—Mmm… me encanta este perfume.

—Lo sé —murmuro mientras le doy un beso dulce en los labios.

Al salir compruebo que no hace frio en la calle, pero aun así he cogido el abrigo por si acaso. Nos dirigimos a su coche, que está aparcado enfrente del portal, y para mi sorpresa me tira las llaves, las cuales recojo al vuelo.

—Conduce tú —comenta guiñándome un ojo y con una sonrisa.

—¿Estás seguro? —pregunto sorprendida.

—Seguro. Me encanta cómo conduces.

No me lo pienso dos veces. Dejo el abrigo y el bolso en la parte de atrás, y me monto en el lado del conductor. El coche de Adrián es una maravilla, es un BMW Serie 8 de color azul eléctrico, y sabe que me encanta conducirlo. Arranco, y el motor es música celestial para mis oídos. Me abrocho el cinturón, me aseguro de que los espejos los llevo bien regulados y acelero despacio. En el pueblo voy algo más lenta, ya que las aceras se usan poco, y los fines de semana salen los niños con las bicis, y la gente a pasear. Pero una vez cojo la autovía dirección Toledo, acelero, y disfruto de la velocidad que alcanza este coche en pocos segundos. La verdad es que no tengo queja de mi coche, que es un Peugeot 308, pero este es mucho mejor, ¡dónde va a ir a parar!

Adrián disfruta viéndome conducir, puedo ver por el rabillo del ojo cómo me mira y sonríe. De pronto, por los altavoces del coche, empieza a sonar la canción versionada de La gata bajo la lluvia de Rocío Dúrcal. Es una versión del DJ Steve Aoki, y Adrián sabe que me encanta desde que estuvimos el verano pasado en el festival Tomorrowland. Cuando la escuché por primera vez… flipé con el tema, y desde entonces se ha convertido en unas de mis canciones favoritas. Y sin poderlo evitar, me pongo a cantar. Siempre me ha gustado cantar.

«Ya lo ves, la vida es así… tú te vas y yo me quedo aquí.
Lloverá, y ya no seré tuya. Seré la gata bajo la lluvia…»

Y alargo la nota como Ángela Aguilar, la cantante que da voz a este tema.

—Oye… ¡No lo haces nada mal! —exclama Adrián, sorprendido.

Suelo cantar cuando estoy sola. Siempre me ha dado vergüenza cantar delante de la gente. Y lo de hoy… bueno, ha sido un lapsus. Será porque casi siempre que canto suele ser cuando conduzco. Normalmente, cuando voy con otras personas en coche, me aguanto las ganas, aunque me guste mucho la canción. Solamente me dejo llevar en los festivales o conciertos a los que acudo; ya que con la música alta y la gente, que va a su bola, es más difícil que se den cuenta.

—¡Nah…! Lo hago fatal —comento con desdén, sin dejar de mirar la carretera.

—¡De fatal nada! —contesta Adrián todavía con asombro.

En ese momento, se me cruza un coche sin intermitencia que me obliga a pisar el freno bruscamente. Y toco el claxon con toda mi mala leche.

—¿¡Pero tú de qué vas!? —le grito al coche que se me ha cruzado —, ¿¡tú eres retrasado o qué!? —Hago aspavientos con las manos—. Tú… tú no estas bien ¿eh? —Hago el gesto como que está loco.

La persona del otro coche hace como que no sabe lo que le estoy diciendo, y sigue como si nada. Entonces acelero, y me lo quito de en medio. En esos momentos se me ocurren infinidad de cosas malas que le haría al gilipollas que se ha cruzado sin mirar.

—Has visto lo que ha hecho, ¿no? —le pregunto a Adrián indignada, y él, en cambio, se está tronchando de risa.

—Sí lo he visto, sí —murmura dejando de reírse—. Llevas toda la razón. Ha cruzado sin mirar por el espejo retrovisor si venia un coche o no.

—Y, entonces, ¿se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia? —pregunto un poco molesta.

Aún sigo cabreada por la maniobra del otro coche. Por gilipollas como ese, hay accidentes.

—Es que tienes una forma de decir las cosas que me hace gracia —dice aguantándose la risa.

No le contesto. Niego con la cabeza y miro a la carretera.

A los quince minutos ya estamos en Toledo. Magán está relativamente cerca y la verdad que es una ventaja a la hora de hacer cualquier trámite. Dejo el coche en un parking gratuito, y, cogidos de la mano, caminamos hasta el centro histórico de la ciudad.

La primera parada es la plaza de Zocodover. Y decidimos entrar a comprar unos mazapanes típicos de Toledo. He de decir, como persona que no es amante del mazapán, que son los mejores que he probado. Después subimos por la cuesta de Carlos V y visitamos el Alcázar. Nos hacemos unas cuantas fotos y bajamos hasta la calle del comercio. Paseamos cogidos de la mano mirando las tiendas, en algunas entramos para mirar más a fondo, y seguimos nuestro paseo hasta la plaza del Ayuntamiento, que es donde está ubicada una de las entradas a la Catedral de Toledo.

Me gusta mucho visitar las principales catedrales del mundo, no solo como creyente, si no por la historia que hay en ellas. Todas tienen su encanto y son diferentes las unas de las otras, y ahora

mismo no sabría decir cuál es la que más me gusta de todas las que he podido visitar.

Entramos dentro de la catedral, porque Adrián no la ha visto, y se queda maravillado con la amplitud, las vidrieras y el retablo de la capilla mayor, que es impresionante. También vemos la Custodia de Enrique de Arfe, que es el mayor tesoro que hay en esta catedral, y que el día del Corpus Christi —la fiesta más importante de la ciudad de Toledo— lo sacan en procesión.

Permanecemos dentro casi una hora, admirando cada rincón de esta, y nos damos cuenta de que es la hora idónea para ir a comer, así que decidimos ir a un restaurante que está en uno de los mejores miradores de la ciudad. Salimos de la catedral, y caminamos de vuelta al parking donde hemos dejado el coche para ir hacia esa zona de la ciudad.

Las vistas que tiene el restaurante de la ciudad, son impresionantes, y disfrutamos de una comida estupenda. Hablamos, nos reímos… e incluso nos damos a probar los platos el uno al otro, como una autentica pareja de enamorados. Y me siento muy feliz.

Antes de dar por finalizada nuestra visita a Toledo, paramos en el mirador del valle a admirar la ciudad desde allí, y aprovechamos para hacernos algunas fotos más para el recuerdo. Después, me quedo en silencio admirando las vistas. Entonces Adrián me abraza por detrás, apoya su barbilla en mi hombro, y permanecemos así un buen rato… sin decir nada.

El sol empieza a ocultarse, y el frio comienza a hacer acto de presencia. Estamos en el mes de febrero, y aunque ya se van notando las tardes más largas, todavía anochece pronto. Lo bueno

es que nos permite ver esta preciosa ciudad iluminada. Y hoy en día confirmo que estoy enamorada de ella.

Volvemos al coche, y esta vez conduce Adrián, que me coge de la mano durante todo el trayecto a mi casa. He de confesar que, después de este maravilloso día, siento que lo nuestro puede funcionar.

Cuando detiene el coche a la altura del portal de mi casa, me toca despedirme de él. Tiene un juicio a primera hora, y todavía le queda casi una hora de camino hasta su casa, ya que vive en Rivas Vaciamadrid, un municipio de la zona sureste de Madrid.

—No quiero que te vayas —comento con voz ñoña mientras hago un puchero.

—Yo tampoco quiero irme. —Me acaricia la mejilla mientras me mira con ternura—. Pero sabes que no puedo.

—Jo —me quejo, como una niña pequeña.

Acerca su rostro al mío y me besa con tanta dulzura que mi cuerpo se estremece. Entonces me doy cuenta de que quiero a este chico mucho más de lo que creía. El beso dura lo que parece ser una eternidad, y cuando nos separamos, con todo el dolor de mi corazón, me obligo a bajar del coche.

Antes de que se marche, le pido que me escriba un WhatsApp en cuanto llegue a casa, para saber que ha llegado bien. Adrián asiente y me sonríe de la forma que me vuelve loca. Entonces arranca el coche, y desaparece. Me quedo mirando la esquina por donde ha desaparecido… y una lágrima resbala por mi mejilla.

3
María

El comienzo de la semana es duro, y más cuando has tenido un fin de semana maravilloso. Al levantarme, miro el móvil y veo que tengo un mensaje de «buenos días» de Adrián, que me anima bastante. Escribo mi respuesta y empiezo mi día con una sonrisa.

Tengo que ir a comprar algunas cosas que me hacen falta y así aprovecho para tomarme un café con mi vecina Eva. Así que la mando un mensaje.

«Buenos días, guapa. ¿Qué tal el finde? ¿Un cafelito donde siempre?».

Acompaño el mensaje con el emoticono de la carita que guiña el ojo. Pasan unos pocos minutos, y enseguida el teléfono me avisa de la llegada de un nuevo mensaje.

«¡Buenos días, alhaja! ¡me parece una idea estupenda! En 15 minutos nos vemos».

Eva es mi vecina/amiga, y es tres años mayor que yo. Y aunque tiene menos kilos que yo, se considera también del club de las gordas. La conocí más o menos a las dos semanas de mudarme a aquí. Coincidía con ella en el supermercado del pueblo, y al final entablamos una amistad. Ahora, varias veces a la semana, quedamos para tomar café y para hablar un poco de todo.

Cuando termino de vestirme y de hacer la cama, cojo el móvil, las llaves, un par de bolsas para la compra y salgo de casa. El bar donde tomamos café está a solo cinco minutos andando, así que llego a tiempo.

Cuando entro en el bar, Eva aún no ha llegado, así que me siento en una mesa y voy pidiendo los cafés. A los dos minutos, Eva entra por la puerta del bar, nos damos un abrazo y nos sentamos para ponernos al día.

Ella comienza contándome su fin de semana. Por lo visto ha tenido comida familiar y como son tantos en la familia… ha acabado un poco saturada. Sobre todo de sus sobrinos; porque dice que le absorben la energía.

Eva actualmente está soltera, y tampoco quiere una pareja estable. Dice que así hace lo que la da la gana y se va de viaje cuando la da la gana, sin dar explicaciones a nadie. Tras contarme todo lo sucedido en su fin de semana, me pregunta por el mío y le cuento todo lo que ha pasado con Adrián. Ella me escucha atentamente, y, cuando termino, comenta:

—Tú sabrás lo que haces… pero te aconsejo que no bajes la guardia. Después de todo lo que me has contado, que de repente cambie tanto… es para desconfiar. Ojalá me equivoque, y el chaval se haya dado cuenta de que de verdad quiere estar contigo y le da igual todo.

En parte lleva razón. Ha esperado casi dos meses para saber de mí, después de alejarme.

—Ha sido tan especial… —musito—, que me da miedo que me vuelva a hacer lo mismo otra vez.

—Por eso te digo, tronca; tú, disfruta, pero no te confíes. Si notas algo raro… corta. —Hace el gesto de cortar con los dedos.

—Lo intentaré —murmuro dando un largo suspiro.

Seguimos un rato más hablando —bueno, más bien ella, contándome los cotilleos del pueblo—, y después nos marchamos juntas a comprar.

Cuando vuelvo a casa, son las doce del mediodía. Guardo la compra y me hago la comida. Como teletrabajo desde casa, y mi turno empieza a las dos de la tarde, tengo que comer sobre la una.

Durante toda la tarde, en los ratitos que puedo, hablo por WhatsApp con Adrián. Sus mensajes son subidos de tono, y yo divertida le sigo el juego. También mantengo una conversación con mis amigas por el grupo que tenemos en WhatsApp llamado «Las Spice», para contarles todo lo que ha pasado con Adrián. A Sara, una de mis amigas, no le hace ni pizca de gracia. Piensa que Adrián juega conmigo, y que no es sincero. Pero a pesar de que no se fía de él —porque nunca le ha caído bien—, acepta mi decisión de intentarlo de nuevo.

«Si te vuelve a hacer daño, se las verá conmigo».

Escribe Sara en el grupo, y las demás, Bea, Ruth y Tania, se suman a su advertencia.

La verdad es que tengo mucha suerte con las amigas que tengo. Nos conocimos en la antigua empresa en la que trabajé, aquella a la que tuve que demandar. Yo era la más antigua de las cinco. Entré cuando tenía dieciocho años, y llevaba un año cuando entró Sara,

que tenía veinte años. Comenzamos a hablar, y nos hicimos muy amigas enseguida.

Cinco años más tarde, entraron Bea y Ruth. Ellas siempre han ido juntas a todos lados porque son muy amigas desde pequeñas; son como un pack indivisible. Las dos tienen ahora treinta y cinco años. Aunque al principio de que se incorporaran, solo nos veíamos de vez en cuando por la tienda —porque no coincidíamos en los turnos—, unos meses más tarde empezamos a coincidir en la sala de descanso, sobre todo los fines de semana que teníamos turno partido. Y en las horas que teníamos para comer, empezamos a hablar y a conocernos más, hasta hacernos muy amigas.

Y Tania entró justo dos años antes de que me despidieran. Ella es la más joven de todas, actualmente tiene treinta años, y fui yo quien la tuvo que formar en el trabajo. Tania, al ser muy extrovertida, hablaba por los codos, prácticamente me contó su vida el primer día, y el motivo por el que tuvo que ponerse a trabajar.

Resulta que Tania es de buena familia, conoció a Álex y empezaron a salir. Cuando llevaban seis meses de relación, quiso irse a vivir con él, y sus padres, como no estaban de acuerdo, le cortaron el grifo.

Por lo visto su padre es el director de una importante empresa de auditorías, y Álex, por aquel entonces, trabajaba de aparcacoches en un restaurante de alto standing, y su padre consideró que no era la mejor opción para su hija. A sí que le dijo que si lo elegía a él, a Álex, se podía olvidar del dinero para siempre. Y a Tania, que no se le caen los anillos de tener que buscarse la vida, eligió a Álex, y por eso se tuvo que poner a trabajar.

A partir de ese momento nos hicimos inseparables y le presenté a las demás. Todos los fines de semana, al salir del trabajo, nos íbamos de fiesta, y ahí fue cuando conocí a su novio. Álex y yo conectamos desde el primer momento. Era como si nos conociéramos de siempre, y se convirtió en mi mejor amigo.

Así que cuando tuve que demandar a la empresa por el despido, gracias a ellas, que testificaron contando la verdad de lo que ocurrió, se hizo justicia.

Resulta que en la cadena de supermercados para la que trabajaba no teníamos una tarea fija, podías estar en pescadería, reponiendo, cobrando en la caja, etcétera. Lo que no querían era verte parada. Entonces, un día, el encargado nos dijo que había que trasladar, de forma urgente, una mercancía que había llegado a toda prisa dentro del centro, para que no perdiera la cadena de frio. He de decir que las medidas de seguridad brillaban por su ausencia por aquel entonces, y la ley de riesgos laborales era inexistente. Entonces fui a coger una de las carretillas individuales para trasladar las cajas, y el encargado me dijo que no, que no había tiempo para andar cogiendo la carretilla, y que las cogiera a pulso. Según él, con mi peso, tenía fuerza más que de sobra, y, por no discutir, hice lo que me dijo.

Pero cuando iba caminando con las cajas a pulso, que pesaban muchísimo, pisé un poco de agua que había en el suelo… resbalé, y caí con las cajas al suelo haciéndome daño en la rodilla izquierda. Mis amigas, que estaban cerca, ya que teníamos ese día todas el mismo turno, se acercaron enseguida para saber si estaba bien.

El encargado apareció a los pocos segundos, y lo primero que hizo fue echarme la bronca por tirar las cajas y dañar la mercancía, sin preocuparse de si me había hecho daño o no. Sara fue quien le dijo que yo era más importante que una mercancía, ya que me había hecho daño. A regañadientes, me mandó al médico de la empresa para que me valoraran, y este me dijo que solo era una contusión, y me mandó reposo durante dos días. Cuando pasaron los dos días, seguía con un dolor insoportable en la rodilla y casi no podía caminar. Así que Sara, al verme tan mal, fue quien me llevó a urgencias del hospital.

Allí, tras hacerme una radiografía, me dijeron que tenía una fractura en la rodilla, y que iba a necesitar un mínimo de tres meses para recuperar del todo la movilidad de esta con rehabilitación. Automáticamente me dieron la baja, ya que no podía desempeñar mi trabajo con normalidad. Lo más gracioso es que realmente fue un accidente de trabajo, y la empresa no quiso reconocerlo. Es más, cuando se enteraron de que me había dado la baja la Seguridad Social, les sentó tan mal que me despidieron. Y el motivo que alegaron fue: por no desempeñar mi trabajo de forma correcta. El día que me llegó el burofax a casa con el despido, me sentó fatal. Después de haberme partido el lomo durante diecinueve años en la empresa, trabajando enferma, haciendo más horas de lo que realmente me correspondía y sin ver un duro por ello, me trataban así. Así que busqué por internet abogados laboralistas y ahí fue cuando conocí a Adrián. Al comunicarle a mis amigas que iba a demandar a la empresa, me apoyaron y me dijeron que contara con ellas para testificar si hacía falta.

El juicio tardó un año en celebrarse, y, mientras tanto, recibí varias amenazas por parte de la empresa, e incluso me ofrecieron dinero, y a mis amigas también. Pero nada nos paró.

Mientras tanto, yo intentaba recuperarme del accidente. Tardé cinco meses en tener la rodilla más o menos bien, aunque se ha quedado algo limitada, y debo tener cuidado con ciertos movimientos.

Cuando me comunicaron el fallo dándome la razón, sentí que por fin se había hecho justicia. El juez hizo que la empresa me pagara una indemnización por despido improcedente, y otra por daños y perjuicios. La broma le costó a la empresa casi cien mil euros en total. Y también se llevó una multa por no cumplir con la seguridad de los trabajadores.

Al cabo de un mes, más o menos, de ganar el juicio, encontré mi actual trabajo en el sector de las telecomunicaciones. Primero empecé como teleoperadora, y a los seis meses me hicieron supervisora. Y lo mejor es que me dieron la posibilidad de hacerlo desde casa.

Mis amigas, Sara, Tania, Ruth y Bea, se fueron también de la empresa y encontraron otros trabajos mejores. Ruth y Bea se asociaron y montaron una tienda de ropa online, con la que no les va nada mal. Sara ahora trabaja de administrativa en un taller de coches cerca de su casa, y Tania se ha hecho empresaria también junto a Álex. La verdad es que estoy muy orgullosa de ellos.

Al terminar mi turno de trabajo, me preparo algo de cena tras ponerle a Rocky su ración de comida húmeda. Todos los días está

como un clavo enfrente del armario donde guardo su comida, esperando a que se la dé. Cuando termino de cenar, Adrián me propone hablar un rato a través de videollamada, y acepto. Empezamos a hablar de cómo nos ha ido el día, pero poco a poco la conversación empieza a adquirir un tono más morboso y caliente.

Me pide que le enseñe lo que llevo puesto debajo del pijama y él, que está sin camiseta desde que empezamos la videollamada, se desabrocha el pantalón para enseñarme su bóxer, que marca perfectamente su miembro excitado. Trago saliva al verlo y me excito al instante.

—Parece que hay alguien que quiere saludar —comento divertida.

Adrián sonríe, se baja el bóxer por completo y me muestra su pene duro a través de la pantalla. Me muerdo el labio al verlo, siento cómo el calor se aloja en mi entrepierna y mi centro se humedece.

—Te toca —ronronea con una sonrisa pícara.

De forma sensual, me voy quitando la ropa hasta que me quedo totalmente desnuda para él, y me coloco de forma que vea perfectamente cómo comienzo a masturbarme. Gruñe excitado al verme, y me muestra cómo su mano sube y baja por su duro pene. Nos decimos guarradas mientras seguimos dándonos placer, y al oír que gruñe de gusto porque se ha corrido, sigo tocándome hasta que me corro también.

Después de limpiarnos y volver a estar vestidos, nos despedimos:

—Buenas noches, amor, que sueñes con los angelitos —musito con una sonrisa tonta.

—Buenas noches, princesa. —Me lanza un beso a través de la pantalla del móvil y yo hago lo mismo. Y cuelgo.

Me acomodo en el sofá y pongo un capítulo de mi k-drama favorito. Y en cuanto termina el capítulo, me voy a dormir sin dejar de pensar en Adrián.

4
María

El resto de la semana transcurre tranquila. Por las mañanas salgo a comprar si lo necesito o me voy un rato a caminar. Y por las tardes me centro en el trabajo.

La noche del martes llamo a mi madre como cada semana, para saber cómo está. Se fue a vivir a Denia para estar cerca de mi hermano, cuando falleció mi padre, y así poder disfrutar de sus nietos. Cuando me lo dijo en su día, me pareció una idea estupenda. Así no está tan sola, ya que yo soy una persona bastante independiente y me gusta ir a mi bola. Aunque un par de veces al año me gusta ir a ver a mi familia y pasar tiempo con ellos.

Mi madre y yo nos ponemos al día. Ella me cuenta su semana y yo la mía, pero omito lo de Adrián. Sabe que lo dejé de ver, pero como no quiero que se preocupe por si no va bien, prefiero esperar. Al terminar de hablar con mi madre hablo por WhatsApp con Adrián y hacemos lo mismo que la noche del miércoles, sexo caliente por videollamada. Cuando acabamos con nuestro momento de lujuria a través de la pantalla, me cuenta que está teniendo unos días de mucho trabajo y termina agotado. Me gustaría estar en este momento con él para poder mimarle, pero me tengo que resignar y le hago saber que me preocupo por su bienestar.

La noche del jueves, Adrián me llama para decirme que el fin de semana lo vamos a pasar fuera, pero no me especifica dónde. Le

insisto en que me lo diga, pero se limita a decirme:

—Ya lo verás, es una sorpresa.

—¡Jo…! Solo una pista, porfa… —le imploro.

—Mañana lo sabrás —me dice con tono misterioso—, solo te he avisado para que dejes a Rocky con suficiente comida y agua hasta el domingo. Y para que prepares una pequeña maleta con lo imprescindible. Mañana voy a recogerte y estaré allí para la hora que terminas de trabajar.

—¡A sus órdenes, mi sargento! —respondo imitando a los soldados de las películas.

Adrián se ríe a carcajadas ante mi respuesta, y nos despedimos hasta el día siguiente.

El viernes por la mañana adecento la casa, porque me gusta dejarla limpia cuando salgo de viaje. Así, al volver, que estoy más cansada, no tengo que ponerme a limpiar.

Escribo a Eva para pedirle el favor de que el sábado se pase a echar un ojo a Rocky. Curiosa, me pregunta dónde me voy, pero no se le puedo decir, porque ni yo misma lo sé. Preparo una maleta pequeña con unas cuantas bragas, un par de calcetines, un par de pantalones —uno cómodo y el otro más de vestir—, más el que voy a llevar puesto. Y lo mismo con las prendas de la parte de arriba. En el neceser guardo lo básico para maquillarme, el cepillo de dientes, desodorante… y poco más. Espero no arrepentirme de no haber guardado más cosas, pero es que, si no, la maleta no cierra.

A las nueve en punto de la noche, Adrián llama al timbre, le abro, y cuando llega arriba le doy un beso con muchas ganas. Le he echado mucho de menos toda la semana.

—¿Qué te queda? —pregunta metiéndome prisa.

—Terminar de apagar el PC. Es que, hijo, has sido súper puntual, por poco me coges todavía trabajando.

—Pues venga… —me dice burlón, y me da una palmada en el culo.

Voy corriendo a terminar de apagar el PC, compruebo que esté todo cerrado, y que Rocky tiene dos cuencos de comida y dos de agua, aunque Eva vaya a pasarse el sábado para que a mi niño no le falte de nada. Y también le dejo una pequeña luz encendida para que la casa por la noche no esté tan oscura.

—Ya estoy —digo sonriendo y con la respiración un poco agitada por las prisas.

—Vale, pues vámonos.

Coge mi maleta y sale él primero para que yo pueda cerrar la puerta con llave.

Deja la maleta en el maletero junto a la suya, y nos montamos en el coche.

—Bueno… ¿me vas a decir dónde vamos o no? —pregunto algo impaciente mientras me pongo el cinturón.

—No —dice tajante. Arranca, he inicia la marcha—. Ya lo verás, tú, tranquila.

Me coge la mano y la besa. Le miro, y me parece ver que se aguanta una sonrisita maligna. Está disfrutando de lo lindo viéndome sufrir. Sabe de sobra que me pone de los nervios no controlar la situación.

Durante el camino apenas hablo, y dejo que sea él quien hable. Miro atentamente la carretera sin hacer caso ni a la música. Adrián de vez en cuando me acaricia la pierna de forma cariñosa y me

estremezco, me encanta ese gesto. Vamos dirección Madrid por la autovía A-42, y hemos dejado atrás los desvíos de las carreteras M-50, la M-45 y la M-40. Estoy totalmente despistada, o vamos directos a callejear Madrid o solo queda coger la M-30.

Adrián coge el desvío de la M-30 dirección este, y mi cabeza comienza a pensar qué puede haber por esa zona, intentando adivinar dónde narices vamos. Entrecierro los ojos a la vez que arrugo el ceño sin dejar de mirar la carretera.

—Te va a salir humo por la cabeza si sigues intentado saber dónde vamos —se mofa—, no lo vas a adivinar.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que tienes muy mala leche? —Le fulmino con la mirada y él se ríe a carcajadas ante mi pregunta.

—No, es la primera vez —contesta divertido—. Relájate, anda… —Me acaricia la mejilla—. Por una vez déjate llevar. No debes tenerlo todo controlado a todas horas.

Ahí lleva razón. Soy una persona demasiado controladora. Me gusta tenerlo todo planificado, y cuando no controlo algo, me pongo muy nerviosa.

Adrián deja la M-30 para coger la salida hacia Plaza Castilla. Esperamos un semáforo y, cuando se pone verde, se desvía hacia las cuatro torres, bueno… mejor dicho, cinco. Cuando estamos a la altura de la torre en la que está el hotel de cinco estrellas, entramos en el parking reservado para clientes del hotel y le miro alucinada.

—¿En serio es aquí donde venimos?

—Ya te dije que no lo ibas a adivinar. —Sonríe con satisfacción, mientras aparca el coche con una sola maniobra en una plaza libre.

—Pero esto cuesta una pasta… ¿Estás loco?

Adrián apaga el motor del coche y se quita el cinturón. Se gira hacia mí y me mira fijamente a los ojos.

—Lo sé, y… sí. Estoy loco, loco por ti.

Se acerca a mí y me da un beso que me deja sin aliento. Este chico cada día da los besos mejor.

Obnubilada por el beso, salimos del coche. Cogemos las maletas y subimos en el ascensor hasta la recepción. Es la primera vez, y quizás la última, que pise un hotel de cinco estrellas en lo que me queda de existencia. Mientras Adrián hace el check-in, yo, maravillada, admiro la elegancia de cada rincón: la amplitud, la decoración, la iluminación… Este hotel es una verdadera pasada. Es todo tan lujoso… que me siento fuera de lugar.

Subimos hasta la planta veinticuatro y caminamos por el pasillo, hasta que paramos en la habitación 2416. Adrián me da la tarjeta para que haga los honores, la acerco a la puerta y abro. Al entrar, enciendo las luces y alucino con la habitación porque es… ¡enorme! Lo primero que encuentras es un sofá de dos plazas con una mesa en el centro y una televisión plana grande. En la mesa hay una cubitera con hielo y una botella de champagne, y al lado un cuenco con fresas. A la izquierda, tras una puerta doble de madera oscura, hay una cama king size, con dos mesitas de madera a los lados. Encima de la cama han dejado unos pétalos que forman un corazón junto a una cajita de bombones. ¡Me muero de amor con el detalle!

Sigo mirando, y a la izquierda de la cama hay una puerta por la que, al abrirla, se accede a un vestidor, y dentro del propio vestidor hay otra puerta para acceder al baño. Las paredes y el suelo del baño son de mármol negro. A un lado hay una bañera blanca de

hidromasaje y enfrente una ducha grande también con hidromasaje. En la encimera hay dos lavabos blancos con un montón de artículos de cuidado personal. Y por último, separado detrás de otra puerta, está el inodoro.

—¡María, ven! —grita Adrián.

Salgo del baño todavía asimilando dónde estoy y veo que está de pie al lado de la cama, y en la mano sostiene un mando a distancia.

—Pulsa este botón —ordena señalando un botón del mando que sostiene.

Hago lo que me pide, y comienzan a subirse los estores que cubren los ventanales, que abarcan casi toda la pared. Y lo que muestran al abrirse, son unas vistas de la ciudad de Madrid impresionantes. Alucinada, miro a Adrián, que sonríe al ver mi reacción.

—¿Esto es real? —musito, y él asiente divertido—. Te has pasado con la sorpresa… ¡Esto debe costar una pasta!

—Bueno, tampoco es para arruinarse. Un día es un día. Me apetecía venir aquí contigo… Hace mucho que quería venir, y creo que esta es la mejor ocasión, ahora que vuelvo a tenerte a mi lado.

¡Madre mía! Cuando me dice estas cosas… es que me derrito.

Se acerca a mí y me abraza por la cintura. Le rodeo el cuello con mis manos y le miro a sus ojos color miel que me vuelven loca. Veo emoción en ellos, pero no puedo evitar tener un poco de desconfianza. Es todo tan especial… que me da miedo que al final sea solo algo pasajero. Pero decido obviar el sentimiento de desconfianza y hacer caso a mi corazón, que late con fuerza. Le miro sin decir nada durante unos largos segundos y finalmente le beso.

Le beso con pasión, es mi manera de demostrarle lo que siento en este momento, lo que él me hace sentir. Aparta su boca de la mía lentamente y me acaricia la mejilla con ternura.

—Quiero tanto como tú, arrancarte la ropa y follar contigo hasta que no podamos más, pero creo que debemos ir a cenar primero. Luego seguimos donde lo hemos dejado.

Sonríe de esa forma que me vuelve loca. Y yo sonrío como una tonta y asiento.

Me coge de la mano y me lleva fuera de la habitación. Cogemos el ascensor de nuevo, y hasta ese momento no me doy cuenta del hambre que tengo.

Subimos hasta la planta treinta y entramos en el restaurante. Las vistas desde la habitación son espectaculares, pero la vista panorámica de Madrid que hay desde aquí es impresionante. Nos sientan en una mesa al lado de uno de los ventanales, y disfrutamos de un menú de degustación realmente delicioso.

No sé decir qué plato me ha gustado más, porque todos están realmente exquisitos.

Terminamos de cenar y volvemos a la habitación. Al entrar, seguimos donde lo habíamos dejado antes, y en pocos minutos estamos haciéndonos el amor con ansia y con pasión. Pasadas las dos de la madrugada, después de darnos un baño juntos en la bañera de hidromasaje, nos quedamos dormidos.

No sé qué hora es. Solo sé que Adrián me despierta dándome besitos.

—María… —Beso—. Venga, despierta. —Beso.

Emito un gruñido, y me doy media vuelta. Estoy agotada y quiero dormir.

—No te hagas la remolona. —Esta vez me desarropa y me hace cosquillas.

Mi cuerpo convulsiona ante las cosquillas, y, riendo, abro un poco los ojos.

—¿Pero qué hora es? —pregunto confundida y somnolienta.

—Son las seis y media de la mañana.

Lo primero que se me pasa por la cabeza es: «me está vacilando». Miro el reloj y efectivamente son las seis y media de la mañana.

—Pero… ¿dónde vas a las seis y media de la mañana? Anda, acuéstate —le ordeno mientras me doy media vuelta y vuelvo a tumbarme en la cama.

—Venga, que tenemos que irnos —me zarandea.

Mosqueada. Porque no hay cosa que más me reviente, que me despierten con tanta insistencia, y encima cuando ni las gallinas aún no se han levantado. Me siento en la cama.

—¿¡Pero dónde coño quieres que vayamos a estas horas, por dios!?

—Ya lo veras… —me dice con la sonrisa que me vuelve loca. Y pongo los ojos en blanco.

—Ya estamos con el «ya lo verás».

Percibo que está disfrutando de lo lindo con la situación. Entrecierro los ojos y le miro.

—Escupe —le ordeno mosqueada.

—No. Ya lo verás. —Esta vez su sonrisa me recuerda a la del Grinch cuando roba todos los regalos de navidad—. Vístete y recoge todo.

—Con el «todo», ¿te refieres a la maleta?

—Sí. Nos vamos del hotel. Voy abajo a hacer el check-out y te espero en el parking. —Se acerca y me da un beso rápido—. No tardes.

Hasta este momento no me doy cuenta de que él ya está arreglado e impoluto. Coge su maleta y sale de la habitación.

Rápidamente voy al baño: me lavo la cara, los dientes y me intento arreglar un poco el pelo. Menos mal que tengo el pelo rizado y solo tengo que colocar los rizos para estar decente. Me miro al espejo y mi cara es un desastre. Intento disimular el careto con un poco de maquillaje, corrector, colorete y un poco de mascara de pestañas. Me miro de nuevo y ya no doy tanto miedo. Me pongo la ropa rápido, guardo todas mis cosas en la maleta, y me aseguro de que no me dejo nada.

Salgo de la habitación, y bajo en el ascensor hasta la planta menos uno. Cuando llego a la planta del parking, Adrián ya está en el coche esperándome. En cuanto me subo al coche, arranca y salimos del hotel. Según nos alejamos, me invade un poco la pena; me hubiera gustado disfrutar más de este maravilloso hotel.

Adrián coge la carretera M-11 y circula por el carril donde las señales de tráfico indican «dirección aeropuerto». Por un instante pienso que vamos al aeropuerto, pero desecho la idea, si fuéramos a viajar me hubiera avisado. Pero al ver que cada vez estamos más cerca, y que todas las salidas que toma son hacia el aeropuerto, pienso que me he precipitado demasiado pronto desechando mi primera intuición.

Entramos en la zona de parking y Adrián aparca en el primer hueco libre.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí? —pregunto confundida.

—Coger un avión —me dice tan tranquilo, mientras se baja del coche y yo hago lo mismo.

Abre el maletero, saca las dos maletas, y me da la mía con el mango levantado.

—¿Un avión a dónde? —insisto aún más confundida.

—Pronto lo sabrás. —Me guiña un ojo y camina hacia el interior de la terminal.

Le sigo sin entender nada.

Una vez dentro, Adrián camina hacia la zona de los mostradores y se detiene en uno de ellos. Miro la pantalla informativa que tiene justo encima el mostrador y leo:

—París.

5
María

—¿¡Vamos a París!? —grito alucinada.

Las personas que pasan en ese momento a mi lado me miran, y la azafata que está hablando con Adrián sonríe al ver mi reacción.

Adrián me mira y sonríe también. Vuelve a mirar a la azafata y le da las gracias recogiendo los billetes que ni he visto cuando los ha sacado.

—¿En serio vamos a París? —vuelvo a preguntar mientras me acerco más a él, porque aún no me lo creo.

—Sí, es en serio. ¿Te gusta la sorpresa?

—¿¡Que si me gusta!?… ¡Estoy en shock! —Me quedo callada un instante mientras me tapo la boca con las manos—. Esto es demasiado… no puedo aceptarlo —murmuro bajando las manos estupefacta.

—¡Ey! —Adrián me coge las manos—. Esto lo hago porque quiero y me apetece, no te tienes que sentir mal. Además, mañana por la noche volvemos. No pienses más en lo que cuesta y disfruta conmigo.

Le miro a los ojos y asiento.

—Vale, pero me tienes que dejar pagar algo, aunque sea la cena en París.

Adrián sonríe.

—Trato echo.

Cogidos de la mano, caminamos hacia el control de seguridad. No ha sido necesario facturar las maletas, y ahora entiendo por qué me dijo que preparara una maleta pequeña. Pasamos las maletas por el escáner, junto con los abrigos, el bolso, los móviles y el reloj; que al ser inteligente también hay que pasarlo. Después, paso por el arco de seguridad y todo está correcto, no pita. Acto seguido, pasa Adrián… y pita. La chica de seguridad le pide de forma educada que se quite el cinturón, y él se lo quita. Lo deja en la bandeja, vuelve a pasar… y pita otra vez.

—Por favor, quítese los zapatos también —vuelve a pedirle la chica de seguridad.

Adrián resopla y se los quita, su expresión es de cabreo. Yo me río ante la situación y la gente que pasa por el control de seguridad de al lado, en vez de irse, se quedan ahí a esperar el desenlace. A algunas personas debe ser que les pica la curiosidad de saber qué es lo que pita cada vez que pasa, y otras esperan a que Adrián se quede en calzoncillos. ¡Como si fuera un espectáculo! Entonces Adrián vuelve a pasar… y pita otra vez.

—¡Joder! —dice exasperado.

—Caballero… —dice la de seguridad—, quítese el jersey.

—¿¡En serio!? —contesta incrédulo. Me aguanto la risa, pero la verdad es que la situación es surrealista—. ¡Si quieres me quito toda la ropa y terminamos antes!

A mi lado hay un par de chicas que hablan bajito, aunque las oigo perfectamente:

—¡Sí! Que se lo quite todo. —Y se ríen.

Niego con la cabeza, pero la verdad es que me ha hecho gracia el comentario.

—Por favor, obedezca —le dice con seriedad la chica de seguridad —, créame que esta situación me gusta tan poco como a usted.

Ya solo le queda el pantalón, la camiseta y el bóxer. Creo que la de seguridad hace que pite el arco para recrearse la vista ante el cuerpazo de Adrián. Entonces vuelve a pasar… y pita; Adrián ya está desesperado. La chica de seguridad decide pasar una toallita por las manos para detectar alguna sustancia, pero sale negativo. Y finalmente le pasa el detector de metales manual por todo el cuerpo: empieza por los hombros, baja por la espalda hasta la pierna derecha, sube por la pierna izquierda… y cuando llega al pecho, el detector emite un sonido. Lo que pita es el piercing que tiene en el pezón izquierdo. Adrián se levanta la camiseta y le enseña el piercing que lleva, pero también se lo ha enseñado a todas las personas que siguen ahí mirando, y alguna que otra suelta por lo bajo: «¡Madre mía, qué polvazo tiene!». Y cosas parecidas, que me voy a ahorrar decir.

—Puede vestirse y marcharse. Disculpe las molestias —le dice la chica de seguridad.

Y esta se marcha a toda prisa.

Juraría que me ha parecido ver que estaba roja como un tomate, y por eso se ha ido. Pobrecilla… en el fondo me da pena. Ella no tiene la culpa de que esté el arco de seguridad hipersensible. Sigo aguantándome la risa y espero a que Adrián se ponga de nuevo todas las prendas que le ha hecho quitarse. También la gente que había arremolinada ya se ha disipado, y menos mal.

Nos alejamos, y la cara de Adrián refleja el cabreo que tiene por lo que le han hecho hacer.

—¡Qué pesada, por dios! —murmura exasperado—, ¿qué quería, un striptease?

Me río con ganas, he estado aguantando, pero ya no puedo más.

—Creo que era ella la que activaba el pitido —le digo riendo—. Es que, cariño, un monumento como tú no se ve todos los días. Tenía que alegrarse el día. —Sigo riéndome y veo que a él no le hace ni puñetera gracia—. No, ahora en serio —comento parando de reírme —, me ha dado pena la chica, se ha puesto roja como un tomate. No se esperaba que te levantaras la camiseta.

—Es la primera vez que por el piercing se monta la monumental —murmura con indignación.

No quiero verlo así. Ha preparado este fin de semana especial, y se lo han amargado bien temprano. Adrián es una persona a la que no le gusta llamar la atención, y que haya sido el centro de atención de medio aeropuerto no le ha sentado nada bien. Así que intento hacerle reír:

—Pues menos mal que no te dio por ponerte el piercing en… —Me mira confundido y yo dirijo mi mirada hacia su entrepierna—. Seguro que hubiera salido en las noticias.

Sigue mirándome serio, sin decir nada durante unos segundos, pero empieza a dibujarse una sonrisa en su bello rostro y finalmente se ríe.

—¡Mira que eres payasa! Anda, vamos a desayunar.

Me coge de la mano y me lleva hasta un acceso en el que pone… «Sala Vip».

—¿Pero no íbamos a desayunar? —pregunto confundida.

—Claro —contesta—, ahí dentro. —Señala con la cabeza la sala vip.

—Pero si esto es para… —Y entonces lo entiendo. Viajamos en asientos premium y por eso tenemos acceso a la sala vip—. Adrián ¿por qué…? —Me pone el dedo índice en los labios para callarme.

—Por favor, vamos a disfrutarlo. —Me mira fijamente con ojos suplicantes.

Yo asiento y entramos dentro de la sala.

Nuestro vuelo sale a la hora prevista. Los asientos premium son súper cómodos, tanto que, en cuanto despegamos, me quedo dormida, apoyada en el hombro de Adrián.

La azafata nos despierta para el aterrizaje, ya que él también ha sucumbido ante la comodidad del asiento. Al salir del aeropuerto cogemos un taxi y Adrián le dice al taxista una dirección. Durante el trayecto, no dejo ni un solo momento de mirar por la ventanilla del taxi: las calles, los edificios, la gente de París… Es una ciudad maravillosa en la que veo elegancia en cada rincón. Estoy muy emocionada de visitar por fin la denominada «ciudad del amor».

El taxi nos deja en la puerta del hotel. Es un hotel de cuatro estrellas que pinta muy bien. Registramos nuestra llegada y subimos a la habitación, que resulta ser preciosa. Está decorada estilo parisino, de colores blanco crudo, azul y dorado, pero lo mejor son las vistas a la Torre Eiffel. Estoy tan emocionada, y es todo tan maravilloso, que no me creo que me esté pasando a mí. Miro a Adrián, que me observa con una sonrisa apoyado en la pared y me

pregunto: ¿Es posible que haya encontrado por fin al hombre de mi vida?

Como es casi la hora de comer, decidimos bajar al restaurante del propio hotel. Comemos los platos que nos recomienda el chef y están todos deliciosos. Al terminar, pago yo la cuenta. Adrián protesta, pero le recuerdo que hemos hecho un trato.

Estamos agotados. Hemos dormido poco y a ratos, así que decidimos subir a dormir una pequeña siesta antes de salir a explorar París. Pero nada más entrar en la habitación, Adrián se abalanza a mí y me devora. Me besa con urgencia, con necesidad, y yo le recibo encantada. Y en un abrir y cerrar de ojos, estamos desnudos en la cama haciendo el amor de manera salvaje.

Después de saciar nuestra lujuria, abrazados, nos quedamos completamente dormidos.

Nos despierta la alarma que hemos puesto. Si no llega a sonar, seguramente hubiéramos dormido hasta el día siguiente, pero estamos en París y hay que disfrutarlo. Adrián se levanta primero y oigo cómo enciende la ducha. Me levanto de la cama, voy hacia el baño, y observo cómo se ducha, mientras estoy apoyada en el marco de la puerta. Está de espaldas a mí, así que no sabe que estoy ahí. Me resulta muy excitante ver cómo el agua cae por su piel. Su cuerpo musculoso es perfecto, sus hombros, su espalda, sus brazos, sus piernas, su… trasero, automáticamente me muerdo el labio. Me gusta todo de él y me siento una privilegiada de poder tener un hombre así delante de mí.

Excitada, me desnudo y decido entrar con él. Sonríe al verme y yo hago lo mismo. Miro sus labios perfectos, me acerco y muerdo su

labio inferior con sensualidad. Él emite un gruñido de satisfacción y noto cómo su pene se pone duro. Sus manos acarician mi espalda y bajan hasta mi trasero, y lo aprieta, le encanta hacer eso. Notar cómo su pene excitado roza mi entrepierna me está poniendo frenética. Bajo una mano y acaricio su pene duro mientras lamo su cuello, saboreando cada centímetro de él. Bajo hasta su pezón izquierdo, el del piercing de la discordia; muevo la lengua en círculos y le hago gemir. Bajo aún más, besando y pasando la lengua por su abdomen perfectamente definido, hasta que llego a su pene y… mirándole a los ojos, lo introduzco en mi boca.

—¡Jo…der! —suelta al sentir cómo mi lengua dibuja círculos en su glande. Lo chupo, lo lamo, me recreo… quiero que tiemble de placer.

—¡Para, para! —me pide entre jadeos—. No quiero correrme todavía.

Hace que me ponga de pie, me besa con pasión en la boca y después baja besando y lamiendo cada centímetro de mi cuerpo hasta llegar a mi sexo, para lamerlo y chuparlo, con el mismo ímpetu con el que yo se lo he hecho a él.

—No te corras —me ordena separándose de mi centro un segundo.

Le digo que sí entre jadeos. Mis piernas me flaquean, y siento que si sigo, voy a llegar al orgasmo.

—¡Para! —consigo decir entre jadeos.

Adrián se retira, se incorpora, me da la vuelta, y me besa a la vez que hace que separe un poco las piernas. Roza con la punta su pene mi humedad caliente, y con una fuerte embestida me penetra haciéndome gritar de placer. Adrián comienza primero a dar embestidas más suaves, pero poco a poco va aumentando la

velocidad. Solo se oye el choque de nuestros cuerpos con el agua mezclado con nuestros gemidos. Tras varias embestidas, sin poder aguantar más, llegamos a un orgasmo intenso y largo que nos hace temblar de arriba a abajo. Adrián, todavía jadeante, sale de mí y me da un beso dulce en el hombro. Después me la vuelta para mirarme a los ojos, y me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Eres increíble.

Por un momento creí que me iba a decir las palabras que tanto deseo escucharle, pero una vez más, no ha sido así. Sonrío levemente, y le beso en respuesta.

Terminamos de ducharnos juntos, y nos ponemos guapos para salir. Menos mal que guardé en la maleta algo de ropa de vestir. Me peino los rizos como puedo, porque los secadores de los hoteles no son una maravilla, pero finalmente consigo que estén decentes.

—Estás preciosa —musita Adrián al verme arreglada, y yo no puedo evitar sonrojarme un poco.

Ya es de noche cuando salimos del hotel y la ciudad cambia completamente, es aún más bonita con la iluminación nocturna. Cogemos un taxi y le pedimos que nos lleve a la Torre Eiffel. El taxi nos deja cerca de ella, y según me apeo del mismo, me quedo pasmada por lo grande que es, y lo bonita que está completamente iluminada.

Subimos en ascensor hasta lo más alto de la Torre Eiffel, y las vistas desde arriba resultan ser impresionantes; se ve todo París iluminado y es precioso. Me quedo admirando lo que veo durante varios minutos en silencio, disfrutando del momento. Quiero que este momento se quede grabado en mi mente para siempre.

—Es precioso… ¿verdad? —me susurra al oído, Adrián, mientras me abraza por detrás.

—Mucho. —Me aprieto más a él—. Muchas gracias por traerme hasta aquí. Las vistas son increíbles, y París es precioso.

—No me des las gracias. Esto lo he hecho porque… —Se queda callado un par de segundos muy largos—… porque eres especial para mí.

—Tú también eres muy especial para mí —contesto un poco decepcionada.

Por un momento creí que me iba a decir que me quiere. No quiero ser la primera en decirlo, y que él realmente no sienta lo mismo. Aunque sus actos me demuestren lo contrario.

Bajamos de la Torre Eiffel y paseamos un rato por los jardines, cogidos de la mano. Parecemos una pareja de verdad, aunque todavía no sé lo que somos. Podría aprovechar y preguntárselo, pero no quiero estropear el momento.

Finalmente, decidimos ir a un buen restaurante a cenar; y después de disfrutar de una maravillosa cena, volvemos al hotel. Visitaremos más cosas al día siguiente, ya que el vuelo de vuelta a Madrid no lo tenemos hasta la noche.

Al llegar a la habitación, volvemos a hacer el amor con pasión y dulzura, y después nos quedamos dormidos.

Me despierto sobresaltada. He tenido una pesadilla, pero no logro recordar bien qué era. Miro el reloj, son las ocho y media de la mañana. Miro a Adrián, y sigue dormido. Me levanto para ir al baño despacio y no despertarle, y así aprovecho para mirar si tengo algún

mensaje en el móvil. No me he acordado de él desde que salí el viernes de casa.

Tengo un par de mensajes de Eva. En uno me pregunta por el viaje, ya que le dije lo de la maleta que tenía que hacer, pero no sabía dónde iba a ir. Y en el otro me cuenta que Rocky está bien; que le ha cambiado el agua, le ha dado un par de chuches y ha jugado un ratito con él. Sonrió y la contesto:

«Estoy en París, vuelvo esta noche. Esta semana quedamos y te pongo al día. Muchas gracias por cuidar de Rocky. Un besote».

A los dos minutos recibo otro mensaje de ella.

«¡París! ¡Qué perranca! ¡Quiero todos los detalles! Me pasaré al mediodía a echar otro vistazo al gatete. Tú disfruta, ya sabes a lo que me refiero».

Termina el mensaje con el emoticono de la cara que sonríe de forma picarona. No puedo evitar reírme a carcajadas al leerlo.

Mientras me lavo los dientes, aprovecho para dar un poco de envidia a mis amigas, y les envío al grupo de WhatsApp la foto que me hice la noche anterior en la Torre Eiffel. Y en el pie de foto escribo:

«A ver si adiviná is dónde estoy».

Es temprano para que contesten, pero seguro que en media hora el móvil empezará a echar humo con sus mensajes.

Salgo del baño y miro a Adrián. Como le veo muy a gusto durmiendo, decido dejarle diez minutos más antes de despertarle para bajar al restaurante a desayunar. Busco en mi bolso los auriculares, y me siento en uno de los majestuosos sillones, me pongo los Buds inalámbricos, y empiezo a ver videos en TikTok.

El primer video que sale es de unos gatitos que son una monada; los videos de gatitos siempre triunfan. Deslizo y el siguiente es un video cómico de un chico que imita a la encargada del Zara de gran vía. Me parece súper gracioso y sin dudarlo le doy un corazoncito. Vuelvo a deslizar, y sale el típico video motivacional. Deslizo de nuevo, y el siguiente video me llama la atención. Es de una chica española que vive en Corea del Sur, y enseña su día a día en Seúl. No sé si será casualidad, pero hace unos días pensé en cómo sería vivir en Seúl. Con esto de los k-dramas te interesas aún más por el país, pero es que parece que me han leído la mente. Dicen que nos escuchan continuamente a través de los móviles, pero… ¿también leen la mente?

Guardo el perfil de Paula, la chica que vive en Corea, para seguir viendo más videos de ella en otro momento. Me interesa saber más cosas de este país. Entonces, Adrián se despierta.

—¿Qué haces ahí? ¿Hace mucho que te has levantado? —Tiene los ojos hinchados de dormir y medio cerrados.

—Pues hace más o menos media hora. Me he despertado, y ya no me podía dormir. —Omito que me he despertado por culpa de una pesadilla.

Mira el reloj.

—¿Nos vestimos y bajamos a desayunar? El buffet estaba hasta las diez ¿no? —Adrián ya ha abierto completamente los ojos, y se sienta en el borde de la cama.

—Sí —asiento.

Se levanta, y, cuando pasa a mi lado, me da un beso tierno de buenos días y entra en el baño. Guardo el móvil y los auriculares en

el bolso, y me visto con la ropa cómoda que guardé en la maleta.

Estoy terminando de atarme las zapatillas cuando Adrián sale del baño solo con la ropa interior. Está tan sexy que me dan ganas de mandar a la mierda el desayuno y comérmelo a él. Coge una camiseta y un pantalón de su maleta, se viste, se pone las zapatillas, y salimos de la habitación.

La variedad del buffet resulta ser como en todos los hoteles: bollería, café, zumos, fruta, beicon, huevos, cereales, etcétera. Pero hay que reconocer que los croissants están espectaculares; nunca había comido un croissant tan delicioso. Hay una cosa que me hace mucha gracia de los bufés de los hoteles, bueno, más bien lo que me hace gracia es el comportamiento de la gente, al que también me incluyo, y es la cantidad de cosas que podemos llegar a desayunar que normalmente no desayunamos; nos volvemos auténticos gochos. He llegado a ver gente que hace auténticas piscinas con el aceite de oliva cuando se lo echan en las tostadas. Debe ser que con lo de que es un buffet en el cual puedes comer lo que quieras, se pierde la razón. Lo peor de todo es la cantidad de comida que se dejan. Con eso sí que no puedo, tirar comida por tirar, con la cantidad de gente que hay en el mundo que pasa hambre… En fin, es una pena.

Cuando terminamos de desayunar, subimos de nuevo a la habitación y decidimos recoger todo. El vuelo de vuelta no sale hasta las nueve de la noche, pero hay que estar antes en el aeropuerto, y la habitación hay que dejarla a las dos de la tarde. Así que hemos decidido hacer el check-out ahora y que nos guarden las maletas en la recepción. Así solo las recogemos cuando nos tengamos que ir al

aeropuerto. Vamos a aprovechar a ver más cosas de París y comprar algunos souvenirs. Quiero llevarles a mis amigas un recuerdo, y a Eva también.

Cogemos el metro, y durante el trayecto miro el móvil. Como era de esperar, tengo más de veinte mensajes sin leer en el grupo de Las Spice que tengo con mis amigas. El primer mensaje es de Tania:

«¡¿Cómo?! Serás guarra… ¡Anda que avisas!».

El siguiente es de Bea:

«¡¿París?!¿Por qué? ¡Cómo! Cuenta todos los detalles… ¡Ya!».

Seguido de Ruth:

«Unas en París, y yo aquí trabajando como una perra».

Y por último, Sara, tan diplomática como siempre:

«Dejadla que disfrute, ya nos contara los detalles».

Los siguientes mensajes se basan en preguntar una y otra vez por qué no contesto, y hacen suposiciones del por qué estoy en París. Respondo para dejarlas más tranquilas:

"Chicas, estoy en París porque Adrián me ha traído por sorpresa, esta noche vuelvo a casa. Os cuento más detalles esta semana. Ahora vamos en metro, de camino al Louvre. Un beso. Os quiero».

Enseguida recibo un mensaje de contestación en el grupo, y es Sara:

«Ok. Disfruta y ten mucho cuidado. Te quiero. Un beso».

Las demás, también contestan con emoticonos de corazones y besos.

El tren anuncia por los altavoces la siguiente estación, y es la de nuestro destino. Salimos del metro, y la entrada al museo está al

lado. Nuestra primera parada es hacernos la foto de rigor con la pirámide del museo. Después entramos dentro del museo, a ver las obras de arte, y entre ellas La Gioconda, que me resulta fascinante. Intentamos ver lo máximo posible del museo, pero queremos ir a visitar un par de sitios más de la ciudad, y si lo vemos entero, no nos va a dar tiempo. Así que salimos del Louvre y volvemos a coger el metro.

Nuestra siguiente parada es el Moulin Rouge. Solo lo vemos desde fuera, y hacemos unas cuantas fotos. Lo suyo hubiera sido poder verlo por la noche iluminado y asistir al espectáculo, pero Adrián intentó conseguir entradas y estaban agotadas.

Desde ahí cogemos el metro de nuevo y visitamos la Basílica del Sacré Coeur. Después nos desplazamos hasta la Isla de la Cité para ver la Sainte Chapelle y La Conciergerie. Me hubiera gustado también visitar la Catedral de Notre Dame, pero todavía la siguen restaurando por el incendio que sufrió en 2019. Creo que este año 2024 ya terminan.

Por último, visitamos el Panteón de París y ahí aprovechamos para comer algo rápido y comprar unos souvenirs. Decido comprar para todas mis amigas, incluida Eva, una Torre Eiffel que al accionar un botón se ilumina de un blanco azulado. Y como a mí también me ha gustado, me llevo otra para mí. También me compro un imán para la nevera de la Catedral de Notre Dame que pone «París». Desde muy pequeña me ha gustado coleccionar imanes de los sitios a los que he viajado.

Un día, en la nevera no me van a caber más imanes, porque entre los que compro yo cuando viajo, y los que me traen de recuerdo mis

amigas y mi familia no va a dar más de sí. Adrián, en cambio, no compra nada. Por lo visto sus padres estuvieron hace poco en París y le compraron un souvenir.

Sin darnos cuenta, el tiempo ha pasado volando y ya es la hora de volver al hotel para recoger las maletas e ir al aeropuerto; así que tomamos un taxi hacia el hotel. Cuando el taxi se detiene en la puerta, Adrián se baja rápidamente para recoger las maletas y yo me quedo esperando en el taxi. No tarda ni dos minutos en salir con las dos maletas, las guarda en el maletero, se vuelve a subir al taxi, y el taxista pone rumbo al aeropuerto.

Mientras esperamos para poder embarcar en el avión, pienso en el maravilloso fin de semana que hemos pasado, y todo gracias a Adrián. Nunca había hecho algo parecido por mí. Pero la tristeza me invade cuando pienso que, al volver a casa, volveremos a la rutina… él se tendrá que marchar, y volveremos a estar otra vez separados.

—¿Te pasa algo? —pregunta Adrián preocupado—. Estás muy seria.

—Nada… —suspiro—. Solo estaba pensando en que me ha sabido a poco el viaje, pero me lo he pasado muy bien. —Sonrió con tristeza—. Muchas gracias por regalarme este maravilloso fin de semana.

—No me tienes que dar las gracias. —Me da un suave beso en el dorso de la mano—. Te las tengo que dar yo a ti por querer estar conmigo. Tengo mucha suerte de tenerte a mi lado.

Me emocionan sus palabras e intento aguantar las lágrimas que luchan por salir y carraspeo.

—Tengo que ir al baño.

Me levanto rápidamente y camino hacia el baño, no quiero que me vea llorar.

Entro en el baño y me limpio las lágrimas que se deslizan por mis mejillas. No me gusta mostrarme débil y por eso evito llorar ante los demás. Ya que estoy en el baño, aprovecho para hacer pis. El baño del avión me da un poco de claustrofobia, y para mi desgracia mi prima la del mes a decidido hacer acto de presencia. Menos mal que me he traído el bolso y siempre llevo compresas y tampones para emergencias dentro. La puñetera ha decidido adelantarse casi una semana y pienso que quizás por eso estoy más sensible.

Cuando salgo del baño informan por los altavoces de que ya podemos subir al avión.

Al despegar nos traen la cena. Para ser comida de avión no está nada mal, o quizás también puede ser porque viajamos en premium.

Aterrizamos sobre las once y diez de la noche, vamos hacia el parking donde dejamos el coche el día anterior y subimos.

—Por cierto, había pensado en quedarme esta noche en tu casa a dormir, mañana no tengo nada importante en el despacho hasta la tarde. —Adrián me mira con dulzura y expectación esperando mi respuesta.

La emoción me invade. Estar unas horas más con él es lo que más quiero en este momento.

—Por mí no hay problema, pero te informo de que me ha venido la regla. —Me veo en la obligación de decírselo.

—María… —Me mira a los ojos—. No me quiero quedar contigo por echar un polvo. Me quiero quedar porque me apetece, y quiero estar

más tiempo contigo. —Me mira tan intensamente que el corazón parece que se me va a salir del pecho de lo deprisa que late.

—Yo también quiero estar más tiempo contigo —logro responder en un susurro.

Posa sus manos, una a cada lado de mi rostro, y se acerca para darme un beso lleno de amor. Se aparta a regañadientes, sonríe, arranca el coche y conduce destino a Magán.

6
María

Llegamos a mi casa casi a las doce y media de la noche, y lo primero que hago es dar una ración de mimos a Rocky. Aunque haya sido poco tiempo, le he echado de menos. Tras deshacer la maleta, nos ponemos cómodos, y nos sentamos un rato a ver la tele, pero al poco rato decidimos irnos a dormir porque estamos agotados. Una vez en la cama, me quedo dormida enseguida, abrazada a Adrián.

Cuando me despierto ya es de día, estiro el brazo, y noto que el lado derecho de la cama está vacío. ¿Dónde está Adrián? ¿Se ha marchado sin despedirse? Me levanto, acaricio a Rocky, que está a los pies de la cama, y oigo ruido en la cocina. Es él. Se habrá levantado antes, y me ha dejado dormir más tiempo. Mira que soy mal pensada.

Esta noche he vuelto a tener un mal sueño, pero sigo sin recordar qué he soñado. Solo me invade una sensación de que era algo relacionado con Adrián, pero no era algo bueno. Tengo una sensación «rara», como si fuera a pasar algo malo. Intento no darle importancia y entro en el baño. Cuando salgo, voy a la cocina, y, al entrar, lo primero que veo es una fuente con porras y churros encima de la mesa.

—¿Has ido a comprar porras? —pregunto sorprendida—. ¿Cómo has sabido dónde comprarlas?

Adrián se da la vuelta para mirarme, mientras la máquina de café llena una taza con el mismo.

—Buenos días, princesa. —Sonríe—. A tu pregunta de cómo he sabido dónde ir a comprarlas, ha sido gracias a la gente de este pueblo, que me ha ayudado a encontrar la churrería.

—De todas formas, tampoco tiene mucha pérdida —replico—, está aquí al lado prácticamente. —Me acerco a él y le doy un beso tierno de buenos días—. ¿Has dormido bien?

—Como un tronco. Tu cama es mejor que la mía. —Uno de los cafés ya está listo. Adrián pone la otra taza en la máquina, cambia la capsula y pulsa el botón de la cafetera—. ¿Y tú qué tal has dormido?

—Bien… —No lo digo muy convencida. Sigo con esa sensación «rara».

—Venga, siéntate, que los cafés ya están listos —me ordena.

Me siento y Adrián me sigue. Cojo una porra, la mojo en el café, le doy un mordisco y cierro los ojos de satisfacción; está buenísima. Hacía bastante tiempo que no las comía.

Al terminar el desayuno, nos damos una ducha, y decidimos ir a dar un paseo por el pueblo; así conoce algo más aparte de la calle en la que vivo.

De casualidad nos encontramos con mi amiga Eva, y le presento a Adrián, ya que solo lo conoce por alguna foto que le he enseñado. Mientras hablamos, Eva me hace señales disimuladas de que Adrián está muy bien. Y tras estar un rato hablando con ella, nos indica que tiene prisa y quedamos en tomar café al día siguiente. Así aprovecho y le doy el souvenir de París que le he comprado.

La mañana se pasa muy rápido, y más estando con él. Cuando solo me queda media hora para empezar mi jornada de trabajo, Adrián tiene que marcharse, así que no nos queda otra que despedirnos.

—Jo… no quiero que te vayas. —Estoy abrazada a él, en el rellano, mientras espera el ascensor.

—Yo tampoco, pero no puedo quedarme más tiempo. —Acaricia mi pelo mientras me devuelve el abrazo.

Le miro a los ojos y le digo:

—Escríbeme cuando llegues a casa, ¿vale?

—Vale —dice sonriendo.

Nos besamos durante unos largos segundos, y es Adrián quien decide separarse.

—No lo hagamos más difícil, en nada estamos otra vez juntos.

Hago un puchero, pero no me queda otra que aceptar la situación.

Finalmente, Adrián entra en el ascensor y desaparece cuando la puerta se cierra. Entro en casa, y salgo al balcón para ver cómo se sube al coche. Una vez está dentro del mismo, arranca y vuelve a desaparecer. Suspiro resignada, y me digo a mí misma que en pocos días volveré a verle.

Al día siguiente me levanto de nuevo con la sensación rara del día anterior; he vuelto a soñar, pero sigo sin recordar bien el qué. Esta vez estoy segura de que ha sido con Adrián, y con algo de un bosque, pero no recuerdo más. Intento no pensar más en ello y me doy una ducha para intentar despejarme.

Cuando llego al bar de siempre, Eva ya está esperándome. Nos damos un abrazo, y lo primero que hago es darle el regalito que le

he comprado en París. Se emociona mucho al verlo, y me da un beso y un abrazo muy fuerte para darme las gracias. Sentadas con nuestro café mañanero, le cuento con pelos y señales todo lo acontecido en estos días. Desde la noche en el hotel de cinco estrellas en Madrid hasta el momento en que se marchó el día anterior.

—Tronca, qué envidia me das. A mí no me pasan estas cosas —comenta dando un sorbo al café.

—Hasta ahora a mí tampoco me había pasado —contesto riéndome.

—Pues te digo una cosa, parece majo, no sé… Parece que lleva buenas intenciones.

—A mí también me lo parece, pero hay momentos en los que dudo.

—Yo te lo digo por cómo te mira. Me fijé ayer, y la verdad es que te mira con verdadera adoración.

—No sé… —suspiro—. Hoy, por ejemplo, todavía no me ha escrito.

—Bueno, se le habrá pasado. Si está liado con el curro es normal. Escríbele tú.

—Sí… iba a hacerlo luego, cuando ya esté en casa.

—No te comas la cabeza. Seguro que esta vez va todo bien.

—Ya veremos —contesto.

Terminamos el café, y Eva y yo vamos juntas a por el pan. Al volver a casa, escribo un mensaje a Adrián:

«Buenos días, amor. He echado de menos tú mensaje de buenos días… ¿mucho curro?».

Envío el mensaje y, para no agobiarme más, me pongo a preparar la comida para toda la semana; así no tengo que estar todos los días cocinando. De vez en cuando miro el móvil, pero no hay respuesta de Adrián. Para no desesperarme, me pongo música, y suenan los primeros acordes de A gritos de esperanza de Álex Ubago. Esta canción me encanta y no puedo evitar cantar.

«A pesar de que la luna no brille, mañana
me dará igual, pues solo verte reír
es lo que me hace feliz, mi alma…
Y es verdad que una mirada distinta
o algún gesto más frío se clava
en mi pecho, daga del desconcierto,
pero, amor, ahí está la magia»

Sigo cantando mientras termino el sofrito para el guiso de lentejas. Las canciones de Álex Ubago me encantan, tienen mucho sentimiento y es uno de mis cantantes favoritos. Aunque el top uno lo tiene David Bisbal, y últimamente va ganando terreno también Abraham Mateo. Cuando termina la canción de Álex Ubago, ya he puesto a cocer las lentejas y en otra cacerola más grande he puesto unas patatas y zanahorias a cocer, para hacer una ensaladilla rusa. De fondo suena Quiero decirte de Abraham Mateo con Ana Mena, y me pongo a bailar.

«Quiero decirte que lo siento, que te echo de menos…»

Tiene un rollito esta canción que me encanta.

Una vez he terminado de hacer el guiso de lentejas y la ensaladilla rusa, me sirvo un plato de lentejas para comer, y el resto lo guardo en recipientes de plástico. A las dos de la tarde, como siempre, me pongo a trabajar y miro en un momento, de nuevo, el móvil, pero no hay respuesta.

Pasan las horas y no recibo noticias de Adrián. Intento no darle importancia, pero estoy un poco nerviosa. Hablo por el grupo de Las Spice con mis amigas para no pensar en por qué no me ha contestado. De pronto, a mis amigas se le ocurre que quedemos el sábado a comer, ya que hace un mes que no nos vemos. Y de paso para que les cuente con todo detalle mi viaje express a París. Me apetece muchísimo quedar, pero no les confirmo nada, ya que no sé si Adrián tiene algún plan pensado para que hagamos juntos, y quedo en decirles algo a finales de la semana.

Cuando llegan las nueve de la noche y termino mi jornada de trabajo, estoy muy preocupada. Que Adrián no me haya escrito en todo el día es algo raro y en mi cabeza empiezo a hacerme películas, y ninguna es buena. Entonces suena el móvil, miro la pantalla, y al ver que es Adrián lo cojo inmediatamente.

—¿Cariño, estás bien? —pregunto con preocupación al descolgar.

—Sí, estoy bien, tranquila. —Parece tranquilo—. Perdona que no te haya escrito en todo el día, pero he estado muy liado. Tenemos un caso bastante complicado en el despacho, y estamos estudiando la mejor estrategia a seguir.

—No pasa nada —me tranquilizo—. Creí que te había pasado algo malo.

—Lo sé. Te conozco. Por eso he querido llamarte en vez de escribirte. También quería decirte, princesa… que no he dejado de pensar en ti en todo el día. —Me derrito al escuchar esto y mi corazón late con fuerza.

—¿De verdad? —murmuro sonriendo como una tonta.

—De verdad —musita.

Seguimos hablando un rato más sobre el lío que tiene en el despacho, y noto que está agotado. Como no quiero entretenerle más para que descanse, le deseo buenas noches y nos despedimos hasta el día siguiente.

El miércoles, al levantarme, tengo un mensaje de buenos días de Adrián. Le contesto feliz, y el día transcurre sin novedades, la misma rutina de siempre: comprar, limpiar y trabajar. Por la noche aprovecho para llamar a mi madre y contarle lo de mi viaje express a París, sin dar detalles de con quién he ido. Mi madre no es tonta, y sabe perfectamente que ha sido con un chico, pero no me insiste.

Mi sobrina Lucía, que tiene seis años, da la casualidad de que está con mi madre en su casa, por lo visto ha querido quedarse a dormir con ella y se pone al teléfono:

—Tía… ¿cuándo vas a venir a verme? —pregunta con su vocecita dulce.

—Pues… en verano, como siempre. ¡Así podemos jugar en la piscina!

—¡Sí! —contesta entusiasmada—. Tía… te echo mucho de menos.

Me emociono al oír esto. Mi sobrina es un trasto, es puro nervio, pero es muy cariñosa.

—Yo también te echo de menos, cariño. Ya verás como dentro de nada estoy ahí contigo.

Me despido de ellas y me preparo una ensalada rápida para cenar. Mientras ceno, abro la aplicación de TikTok y entro en el perfil de Paula, la chica que publica videos de su vida en Corea. Miro los videos antiguos que ya ha publicado, son cortos y me resultan muy interesantes. Muestra muy bien cómo es Corea del Sur y me entran ganas de viajar allí en el próximo viaje que haga, pero necesitaría un poco más de información. De pronto se me ocurre escribir un mensaje privado a esta chica para que me cuente más. Puede que no conteste, pero no pierdo nada.

«Hola Paula, mi nombre es María. ¡Soy de España como tú! Haciendo scroll me salió uno de tus videos por casualidad, y me gusta mucho tu contenido. He visto más videos tuyos, y me gustaría saber mucho más de Corea. Quizás me animo a ir en el próximo viaje que haga, a Corea del Sur. Desde que veo K-Dramas estoy muy interesada en este país. Quizás no contestes porque no me conoces de nada y es lógico, pero me haría muy feliz recibir tu ayuda. Deseo que tengas mucho éxito. Un saludo».

Y lo envío. Quizás no conteste, ya que mensajes como el mío recibirá miles, pero por intentarlo…

Después, pongo un capítulo de mi k-drama favorito, y al ratito recibo un mensaje de Adrián.

«Princesa, perdona mi ausencia, pero sigo liado en el trabajo. Acabo de llegar a casa y me voy directo a la cama. ¡Estoy agotado! Pero quería darte las buenas noches antes de dormir, te echo mucho de menos. Un beso mi princesa».

Sonrió como una tonta al leerlo y contesto:

«No pasa nada, amor, el trabajo es el trabajo. Ya queda menos para vernos. Yo también te echo mucho de menos. Descansa mi amor… Un beso».

Lo envío, y sigo viendo la serie, pero mi cabeza solo piensa en Adrián.

El jueves me levanto y no hay mensaje de Adrián. Tampoco sé si ha leído mi respuesta al mensaje que me envió, ya que tiene desactivado el doble check azul de WhatsApp, que indica si lo ha leído. Eso es una cosa que nunca me ha gustado, pero lo ha tenido así siempre. Ya sé que es una semana complicada de trabajo, así que no me agobio y sigo mi rutina normal. Termino mi jornada y recibo un mensaje de audio de Adrián.

—Hola, mi princesa. El sábado tengo que viajar a Barcelona. Tengo un par de reuniones que son importantes para el caso que te comenté. Me quedaré en Barcelona hasta el domingo. Paso de hacer seiscientos kilómetros de ida y otros seiscientos de vuelta en un solo día. Si veo que llego pronto el domingo, voy a verte y estamos un rato juntos. Te echo de menos… Un beso, mi princesa.

Lo escucho una vez más y me quedo chafada. Tenía muchas ganas que llegara el fin de semana para estar juntos, y entiendo que es por trabajo. Tampoco me ha pedido que le acompañe… Intento disimular la tristeza que siento en este momento y respondo con un audio también:

—Está bien, no te preocupes. Las chicas quieren quedar el sábado para comer, así que me reuniré con ellas. ¡Ten mucho cuidado en la

carretera, por favor! Avísame el domingo con lo que sea. Tenía muchas ganas de verte, pero bueno… qué se le va a hacer.

Lo envío, y a los pocos minutos recibo otro audio suyo:

—No te imaginas las ganas que tengo de verte también. Pero es muy importante que vaya. He pensado en pedirte que me acompañes, pero vas a estar sola todo el tiempo. Así que prefiero ir solo… Intentaré estar contigo el domingo. Perdóname, por favor. Te lo compensaré.

Sonrío. Ha pensado en la posibilidad de que le acompañe. Esta vez, opto por escribir la respuesta:

«No me tienes que pedir perdón, lo entiendo… Ten mucho cuidado. Un beso».

Acto seguido, escribo a mis amigas para organizar la quedada del sábado. Cuando termino de hablar con ellas, el sentimiento de tristeza que tenía no se ha ido. Deseaba estar con él, pero entiendo que es algo muy importante y debe darle prioridad.

Se me quitan las ganas de cenar, y abro la aplicación de TikTok. Para mi sorpresa, tengo un mensaje de Paula, la chica de los videos de Corea.

«Hola, María, quiero decirte que agradezco que hayas visto mis videos y que te gusten. Estaré encantada de contarte todo lo que necesites, pero creo que por mensaje va a ser más tedioso. Si te parece, organizamos una videollamada por zoom. Así te conozco».

Me quedo alucinada… No esperaba que contestara, y menos que quiera hacer una videollamada conmigo. Respondo enseguida a su mensaje:

«Hola, Paula. ¡Muchas gracias por contestar y prestarme tu ayuda! Me parece buena idea conocernos por zoom. Si te va bien, podemos hablar mañana».

Pasan unos diez minutos desde mi respuesta, y recibo otro mensaje de Paula. Miro el reloj, son casi las once de la noche y en Seúl son casi las siete de la mañana.

«¡Me parece perfecto! ¿A qué hora?».

Claro, en Seúl ya es viernes. Pienso a qué hora es mejor, calculando la diferencia horaria, y respondo:

«En primer lugar: ¡perdona si te he despertado! No me he dado cuenta de que nos separan ocho horas de diferencia. Si te parece, quedamos a las once de la mañana, hora española. En Seúl son las siete de la tarde o la noche. ¡No sé cómo es allí!».

Paula responde inmediatamente, ya que sigue en línea:

«Tranquila, ya estoy despierta. Tengo que estar a las ocho de la mañana en el trabajo. Y tardo cerca de cuarenta minutos en llegar, estoy terminando de arreglarme. Me parece muy buena hora. Te paso el enlace por aquí mañana. ¡Nos vemos en unas horas! Descansa. Un besito».

Suspiro tranquila. Esto de la diferencia horaria es un coñazo.

Como se me ha pasado un poco el disgusto de lo de Adrián, decido cenar un poco mientras veo otro capítulo de The Prince, mi serie coreana favorita.

Cuando acaba, me voy a dormir, pero tardo en conciliar el sueño porque no paro de pensar en Adrián.

Por la mañana, me despierto otra vez con la sensación rara, he vuelto a soñar. Esta vez me acuerdo de algo más: recuerdo que estoy en un bosque sombrío, sola, y veo a Adrián a lo lejos. Le llamo, me mira, pero me da la espalda y se aleja de mí. Le llamo a gritos hasta que me quedo sin voz, y mis ojos se inundan de lágrimas.

Me digo a mí misma que es solo un sueño, y que he soñado esto porque me duele no poder verle. También puede ser por el miedo que tengo de perderle, ahora que parece que estamos bien.

Me tomo un café para intentar despejarme, y me anima un poco saber que es viernes, y que a las once tengo la videollamada con Paula. Cuando termino de tomarme el café, me doy una ducha y me arreglo un poco; quiero darle buena impresión.

Cuando quedan cinco minutos para las once, me aseguro de que la aplicación de zoom funciona y está actualizada. A falta de un minuto para las once, entro en el enlace que me ha mandado Paula y, cuando acepto el permiso del audio, veo al otro lado de la pantalla a la chica de los videos de TikTok.

—¡Hola, María! —me saluda moviendo las dos manos, y con una amplia sonrisa—. ¡Encantada de conocerte!

Paula es delgada y con la piel clara. Tiene el pelo liso y largo hasta la cintura de color negro. Y lo que más me llama la atención de ella es que tiene unos ojos azules claros preciosos. Es muy guapa.

—¡Hola! —saludo con el mismo énfasis—. Muchas gracias por contestar a mi mensaje, de verdad.

—Si te soy sincera, no suelo contestar a los mensajes de personas que no conozco. Pero al leer el tuyo, algo me decía que tenía que

responder. Es que yo me muevo mucho por sensaciones ¿sabes? —comenta, a la vez que gesticula con las manos.

—Pues espero no defraudarte —musito un poco cortada.

—Seguro que no. Tú y yo nos vamos a llevar muy bien —murmura convencida.

—¿Otra vez las sensaciones? —respondo divertida.

—¡Sí! —Y reímos a la vez.

Comenzamos a hablar, y en primer lugar me pide que le cuente un poco sobre mi: mi edad, dónde vivo, aficiones, etcétera. Y ella hace lo mismo, me cuenta un poco sobre su vida.

Paula tiene veintiséis años. Hasta los dieciocho años vivió con una familia de acogida en Madrid, porque su madre murió al dar a luz, y no sabe quién es su padre. En cuanto cumplió la mayoría de edad, se fue a vivir a un piso compartido. Siguió estudiando a la vez que trabajaba, para mantenerse ella sola. Estudió Publicidad, y a los veintidós años decidió irse a Corea del Sur a probar suerte por culpa de los k-dramas. Por lo visto, al ver esas series se animó. Lleva cuatro años allí, y por ahora no le falta el trabajo. La verdad es que su historia me llega al corazón. No lo ha tenido fácil, y se ve que es una chica luchadora y valiente.

Después me cuenta un poco sobre qué tipo de documentación se necesita para viajar allí. Me cuenta también, por encima, sobre los sitios que se pueden visitar, la gastronomía, la gente… y la verdad que tiene muy buena pinta, a pesar del idioma. Pero hoy en día no es un gran problema, ya que hay muchos recursos para comunicarse gracias a las diversas aplicaciones que ayudan con eso.

—Si te animas a venir, me lo dices y yo me encargo de buscarte una habitación en la misma zona donde vivo, suele estar a buen precio. También me encargaría de ser tu guía. —Sonríe cuando dice esto último—. Si tú quieres, claro está.

—Te lo agradezco de verdad —digo sinceramente—. Pero no sé cuándo voy a hacer este viaje.

—Tú piénsatelo, cuando lo tengas decidido me lo dices, y me pongo a preparar tu llegada. —Vuelve a sonreír. Me da la sensación de que le hace más ilusión a ella que a mí—. Además, a lo mejor cuando vengas tienes la suerte de conocer a algún idol.

—¡Pues anda que no tiene que ser difícil conocer a un idol! —exclamo un poco escéptica.

—Pues no es tan difícil… —murmura, y su cara me indica que lo dice por algo.

—Tu no habrás… ¡No! —digo con asombro—. ¿En serio has conocido a un idol?

—A dos.

—¡Qué fuerte! —Estoy alucinando—. ¿Y cómo son?

—Pues… normales, como tú y como yo. —Se ríe—. Son muy majos, la verdad. Pero ya te contare más detalles si vienes.

—¿Me vas a dejar con la intriga?

—No. Solo te digo que cuando vengas, te lo cuento. Así tienes una razón más para venir.

—Eso es chantaje —murmuro fingiendo enfado, y nos reímos a carcajadas.

La verdad es que hemos congeniado muy bien. Cuando me quiero dar cuenta han pasado casi dos horas y tengo que terminar la

conversación.

Antes de colgar, nos damos los números de teléfono para hablar por mensaje a través de KakaoTalk —la aplicación que utilizan en Corea del sur, ya que allí no utilizan WhatsApp— y quedamos en hablar otro día. La verdad es que me ha caído fenomenal esta chica.

La tarde se me pasa rápido. Cuando termino mi jornada, pido una pizza para cenar y me pongo otro capítulo de The Prince. Mientras la veo, pienso en la posibilidad de hacer realidad el viaje a Corea e imagino cómo sería conocer a Lee Gi-Won. Pero el móvil me saca de mi ensoñación, lo miro y es un mensaje de Adrián:

«No sabes cuánto deseo estar ahora contigo. Espero poder verte el domingo. Mañana pásalo bien con tus amigas y da recuerdos de mi parte. Voy a intentar dormir algo, ya que salgo temprano para Barcelona. Buenas noches, mi princesa. Un beso».

Inmediatamente contesto al mensaje:

«Ojalá estuvieras aquí… descansa. Voy a terminar de ver un capítulo de la serie que estoy viendo, y me voy también a dormir. Ten mucho cuidado. Un beso, amor».

Lo envío, y la tristeza me invade porque no lo voy a ver hasta el domingo.

7
María

Me obligo a levantarme de la cama. Hoy es de esos días que te apetece estar más tiempo en ella, pero he quedado con las chicas a la una de la tarde en el centro comercial Oasiz Madrid, que está en Torrejón de Ardoz. Así que me tomo un café para espabilarme y me doy una ducha. Una vez vestida y maquillada me aseguro de que Rocky tiene comida y agua, cojo las llaves del coche, el bolso, el abrigo, los souvenirs para mis amigas, y salgo de casa. Tengo más de una hora en coche hasta llegar a mi destino, y aunque es sábado y hay menos tráfico, no quiero llegar tarde.

Llego al centro comercial diez minutos antes de la una y dejo el coche en el aparcamiento subterráneo, en la zona más cercana a la restauración. Me bajo y saco el móvil para avisar a mis amigas de que ya he llegado. Enseguida recibo la contestación de Sara, que me indica que está esperando al lado del oso gigante. Subo las escaleras mecánicas y me dirijo hacia el oso. Enseguida veo a Sara y acelero el paso, ella también me ha visto y corre hacia mí. Emocionadas, nos fundimos en un fuerte abrazo, la he echado mucho de menos. Cuando nos separamos la emoción se refleja en nuestra cara. A los pocos minutos aparecen Tania, Bea y Ruth, que, al verme, corren y me abrazan las tres a la vez, haciendo un sándwich que no me deja

respirar. Gritan tanto de la emoción que la gente se nos queda mirando; siempre damos la nota allá donde vamos. Después de darnos todos los abrazos y besos del mundo decidimos ir a comer al restaurante Sushi Tokyo. Es un restaurante tipo buffet en el que te sirven en la mesa los platos que pides a través de una Tablet. El local está muy bien decorado, los asientos son súper cómodos y lo mejor de todo es la comida. Hemos estado varias veces y está todo buenísimo.

Nos dan una mesa redonda que está en un reservado, y nos ponemos al día mientras pedimos los platos. Como era de esperar, me piden que les cuente todo sobre el viaje a París. Y tras contarles todo con detalle, aprovecho para darles los souvenirs que les he comprado. Al abrir cada una su regalo, quedan encantadas y me dan las gracias con un abrazo.

—¿Entonces estáis saliendo oficialmente o no? —me pregunta Tania mientras moja una gyoza en la salsa de soja.

—No lo sé —musito—, estoy echa un lio. Esta semana apenas he hablado con él, ha tenido mucho trabajo, y encima ha tenido que irse hoy a Barcelona para una reunión. Por eso he podido quedar con vosotras. Por cierto, Adrián me ha dicho que os manda recuerdos. —Sara pone los ojos en blanco al decir esto último, mientras se come un trozo de sushi.

—Así que somos el segundo plato, ¿no? —me recrimina Bea con la boca llena—. Vale, vale…

—No seas puñetera, Bea —comenta Ruth—. Es normal que quiera estar más tiempo con Adrián. Además, nosotras no tenemos rabo, él sí.

Tania casi se ahoga con el trago que estaba dando a su Coca-Cola al oír esto, y el resto nos reímos a carcajadas. Es que Ruth a veces no tiene filtro.

—Mira que eres bruta, ¿eh? —comento divertida, y Ruth me saca la lengua en respuesta—. Además, vosotras sois lo más importante para mí, y lo sabéis.

—Ya lo sabemos, tonta —me dice Bea con una sonrisita a la vez que coge un trozo de pollo frito—. Solo quería hacerte rabiar un poco.

Seguimos disfrutando de la comida, y me ponen al día de sus respectivas vidas. Tania nos informa que el bar de copas que abrió con su novio Álex en Arganda va de maravilla. Hace pocos meses se les ocurrió hacer una vez al mes una fiesta temática diferente para aumentar los ingresos, y nos anuncia que la próxima es una fiesta de talentos que consiste en que la gente demuestre su talento cantando, y el resto del local valore con un pulgar hacia arriba o hacia abajo si les ha gustado, como en las redes sociales. Se la ve ilusionada, ella es la que se encarga de preparar las fiestas y todo lo necesario para las mismas. También se encarga de publicitar la fiesta por diferentes sitios, incluidas las redes sociales. La verdad es que se le da muy bien, y lo mejor de todo es el éxito que tienen con ellas.

Tania tiene mucha suerte de tener a Álex en su vida, es un chico encantador y muy buena persona. Álex y yo somos muy buenos amigos desde que nos conocimos. Incluso hubo un tiempo en que Tania creía que nos gustábamos, pero entre él y yo solo hay una bonita amistad. Y eso que Álex es un chico guapísimo: tiene treinta y tres años, es alto, rubio con ojos verdes y con un cuerpo que quita

el hipo. Muchas veces le he dicho que se parece a Bill Skarsgard, el actor sueco que hizo el papel de Pennywise en la película It. Pero solo nos queremos como amigos.

Bea y Ruth siguen con su negocio online, que les va de maravilla. Venden ropa, zapatos y accesorios, y han conseguido una clientela fija. También les ayuda mucho el hecho de hacer directos por las redes sociales enseñando las novedades que tienen. En cuanto al amor son un poco cabras locas y no quieren atarse a nadie, dicen que están mejor solas. Hace unos meses descubrieron el mundo swinger, y son felices asistiendo a ese tipo de fiestas.

Y Sara, desde que se divorció de Borja, no ha querido estar con nadie. Ha salido un par de veces con un chico que conoció en una aplicación de citas, pero aún no ha superado lo de su ex. Estaba muy enamorada de él, y que le fuera infiel con otra… la dejó muy tocada. Pero lo peor de todo fue que dejó embarazada a la otra chica, cuando a ella le decía que no quería tener hijos, y la obligaba a tomar anticonceptivos. Fue muy duro para ella. Psicológicamente la dejó destrozada, y aunque ya hace un año que rompió con él, sé que no lo ha superado todavía. Por eso entiendo su afán de protegerme de Adrián. Hay algo en él que le recuerda a Borja, y no quiere que yo pase por el mismo infierno que ella. Algún día encontrará a un chico que la quiera de verdad y la respete, estoy segura. Pero no va a ser en una de esas fiestas a las que Bea y Ruth acuden habitualmente y donde quieren que Sara pruebe. Ella es muy clásica y la tienen frita con el tema.

Al terminar de comer, damos un paseo por el centro comercial viendo las tiendas, tomándonos un helado, viendo el espectáculo de

los chorros de agua del lago y haciéndonos fotos. Nos lo pasamos genial, y la verdad que estar con ellas me anima un montón. Al caer la noche, Tania propone que vayamos al bar de copas de su novio y ella, un rato. Al principio digo que no, pero me convencen y termino cediendo. Así que cogemos nuestros respectivos coches y ponemos rumbo a Arganda.

Al llegar al bar de copas de mi amiga, me da una alegría inmensa ver a Álex en él, y nos fundimos en un largo abrazo.

—¡Ey! que corra el aire —murmura Tania divertida—. Mucho tocamiento veo yo aquí.

Álex y yo nos separamos y reímos ante el comentario. Sabemos que no lo dice en serio.

—¡Estás guapísima! Qué alegría poder verte, María. Te he echado de menos. —Sus ojos desprenden alegría y ternura a la vez.

—¡Muchas gracias! Tú, que siempre me ves con buenos ojos. Yo también te he echado de menos. Nuestras largas conversaciones y nuestras partidas a la consola.

—Sí que es verdad —sonríe—. Con Tania juego a la consola, pero no es tan competitiva como tú. —Me guiña el ojo divertido.

Me río con ganas.

—Es lo que tiene haber crecido con un hermano mayor que juega a la consola —respondo.

Álex prepara unos chupitos para brindar, y me digo a mí misma que solo me voy a tomar ese chupito, porque luego tengo que volver a casa, pero detrás del primero cae un segundo y un tercero. Álex, que se ha ido a controlar la música a la cabina de DJ, nos sorprende con Brillos platino de Almácor, y nosotras, sin poder evitarlo, salimos

a bailar. El local está hasta los topes, la música que pone Álex gusta mucho y por eso está teniendo éxito. No me he puesto un zapato cómodo para estar bailando todo el rato, así que en cuanto necesito descansar los pies, me voy con Álex a la cabina y me siento.

—He oído que has vuelto con Adrián… así se llama, ¿no? —pregunta mientras busca en el PC la próxima canción.

—Sí… he vuelto con él, y sabes de sobra que se llama Adrián.

No sé por qué, pero a Álex le pasa como a Sara, no le ha caído nunca bien Adrián.

—¿Y cómo es que te ha dejado sola?

—Tenía que ir a Barcelona por trabajo. Le veré mañana.

—¿Pues sabes lo que te digo? —Se gira hacia mí y me mira fijamente—. Si yo tuviera a una mujer como tú a mi lado, haría lo que fuera para estar con ella.

Me lo dice tan serio que no sé cómo tomarme lo que me ha dicho. De pronto, Tania aparece e interrumpe este momento extraño entre Álex y yo.

—¡María! Venga, vamos a bailar, ¡hay que quemar la pista! —Se nota que el alcohol ya empieza a hacerle efecto—. Y tú, cariño… —Se dirige a Álex—… pon la canción esa que me enseñaste el otro día, que es una pasada. La versión esta de los Simon and Garfunkel.

Tania me coge de la mano y me lleva con las demás a bailar de nuevo.

Empieza a sonar la canción que Tania le ha pedido a Álex. Es una versión de The sound of silence que no había oído nunca, y me parece una pasada. Es un remix que han hecho con la canción, y la persona que la canta es impresionante, su voz es muy heavy-metal.

La gente se vuelve loca con el tema, lo bailan y lo cantan, y yo hago lo mismo. Cuando termina y empieza a sonar otra canción, vuelvo a la cabina con Álex.

—¡Qué pasada de canción! ¿De quién es?

—Es una versión del grupo Disturbed y el remix es del DJ Cyril —responde con una sonrisa.

—¡Guay! Pues me la apunto, entonces.

Cojo el móvil y la busco en Spotify para añadirla a mi lista.

—Por cierto… ¿Sabes lo de la fiesta karaoke? —pregunta Álex—. Tienes que venir sí o sí.

—Ya veremos —contesto—. Y de cantar, nada —sentencio.

—Tienes que venir y tienes que cantar, por lo menos una canción —sonríe burlón.

—Que no, que no. Que canto fatal. Si no quieres que te cierren el local, mejor que no cante.

—Mira que eres exagerada. Como no vengas, te dejo de hablar para siempre.

—¡Ja! Eso no te lo crees ni tú —contesto con escepticismo.

—Apuesta lo que quieras. —Me quedo mirándole unos segundos, valorando si creerle o no.

—Eres un chantajista —contesto finalmente, entrecerrando los ojos.

—Y de los profesionales. —Se dibuja en su cara una sonrisa traviesa y no puedo evitar reírme.

Mis amigas se unen a nosotros y nos hacemos un selfie todos juntos que después público en mis redes sociales. A los cinco minutos recibo un mensaje de Adrián.

«Que envidia me das, princesa, ojalá pudiera estar ahí contigo. Disfruta de tus amigas, mañana nos vemos. Un beso».

Sonrío como una tonta cuando leo el mensaje, y mis amigas, junto con Álex, se acercan para saber qué es lo que me hace sonreír como una boba.

—Bueno, bueno, bueno… —dice Ruth con sorna.

—La llama princesa… Esto no nos lo habías contado, ¿eh? —Bea me da un empujón suave.

—¿Habéis visto cómo sonríe? —comenta Tania a las demás—. La tiene completamente atontada.

—Sí, sí, sí —responde Bea—. A ver. Hay que reconocer que el chico está muy bien, y es normal que este así. ¡Y si folla bien, no os quiero contar nada!

Todas se ríen a carcajadas ante el comentario de Bea, menos Álex. Pongo los ojos en blanco y hago caso omiso a sus burlas. La canción Las 12 de Ana Mena comienza a sonar y mis amigas vuelven como locas a la pista a bailar.

—¿Estás bien, Álex? —pregunto antes de unirme a mis amigas. Está un poco serio.

—Sí… no te preocupes —sonríe, pero es una sonrisa forzada—. Ve con las demás, tranquila.

Le hago caso, pero sé que le pasa algo.

A las cuatro de la madrugada damos por terminada la fiesta para ir cada mochuelo a su olivo. Tania y Álex se quedan terminando de cerrar el local; viven en Rivas, así que en quince minutos están en casa. Bea y Ruth viven en el ensanche de Vallecas y Sara vive en

Arganda, como yo antes de mudarme. Yo soy la única que tiene un caminito largo de coche hasta casa.

—María, quédate a dormir en mi casa y ya mañana te vas por la mañana —me dice Sara.

—No pasa nada de verdad, no he bebido tanto.

—Quédate. —Me mira tan seria que me da hasta miedo—. Por favor. No quiero que vayas tan tarde sola por la carretera. —Suaviza un poco el gesto.

—Vale —acepto su invitación finalmente.

A veces me da miedo llevarle la contraria. Es como si fuera mi madre, pero sé que lo hace porque no quiere que me pase nada.

Nos despedimos de Bea, Ruth y Tania con un abrazo, y cuando me despido de Álex, le abrazo, y noto que me aprieta fuerte contra él. Nunca me había abrazado así. Cuando nos separamos, le miro a los ojos e intento descifrar qué le pasa. Él me mira de una manera muy intensa, como si quisiera decirme algo, pero no me dice nada. Finalmente cojo el coche y me voy a casa de Sara. Al llegar, me deja algo de ropa cómoda que me puede valer para cambiarme, y antes de irnos a dormir no puedo evitar averiguar si Sara sabe algo de la actitud de Álex.

—Sara… ¿sabes si Tania y Álex están bien?

Ella que está terminando de lavarse los dientes, se enjuaga la boca y responde:

—Creo que sí, que yo sepa —responde extrañada—. ¿Por?

—No sé… he notado a Álex un poco raro.

—A lo mejor han discutido por algo. De todas formas, cada pareja es un mundo. Mira lo que me pasó a mí. De puertas para fuera,

parecía que éramos la pareja perfecta, pero no era así. No te rayes. Si pasa algo, nos terminaremos enterando.

—Es verdad —bostezo.

—Venga, vámonos a dormir que estamos agotadas.

Por la mañana me despierto otra vez sobresaltada, he tenido la misma pesadilla que llevo sufriendo desde hace días. Miro el reloj, son las once de la mañana y oigo que Sara ya está levantada. Me levanto de la cama, voy al baño, hago un pis y voy a la cocina; Sara está preparando café en una cafetera de toda la vida.

—Buenos días —digo bostezando.

—Buenos días, ¿te he despertado?

—No, qué va. —Niego con la cabeza—. Me he despertado porque estaba soñando con algo no muy agradable. —Me siento en una de las sillas que tiene en la cocina, pongo el brazo en la mesa y apoyo la cabeza en mi mano.

—¿Y puedo saber de qué va ese sueño? —Ella se sienta en la silla de enfrente.

—Sí, claro. Resulta que en el sueño estoy en un bosque algo turbio. Estoy con Adrián, pero él se marcha sin mí, y le grito que vuelva. Él desaparece en el frondoso bosque y yo me quedo quieta en el mismo sitio, llamándole hasta que me quedo sin voz, llorando de desesperación.

Al contar el sueño en voz alta, vuelvo a sentir esa sensación «rara» que sentí días atrás.

—Quizás tu subconsciente te está intentando avisar de algo —responde seria.

—No lo sé… —musito—. También puede ser miedo de perder Adrián. Sara… —Miro fijamente a mi amiga—… sé que no te gusta, pero creo que esta vez va en serio.

—Ojalá, María… pero, no sé por qué, no me da buena espina. Solo te pido que tengas cuidado y no te emociones demasiado con él. El tiempo pone a cada uno en su sitio.

Sara se levanta para retirar la cafetera del fuego, y saca dos tazas para servir el café.

Me quedo en silencio mientras Sara sirve el café y pienso en las palabras que me ha dicho… Una parte de mi aún desconfía de él, pero esa parte cada vez es más pequeña. Estoy enamorada de él, y no he querido darme cuenta hasta ahora.

—Lo intentaré —contesto finalmente.

Tras desayunar con Sara, me visto y pongo rumbo a mi casa. Al llegar, Rocky me da la bienvenida mostrándome su panza y yo le acaricio y le digo un montón de cosas cariñosas. No he recibido ningún mensaje de Adrián, asi que no sé a qué hora llegará. Entonces aprovecho y me pongo a limpiar un poco la casa y a poner una lavadora. A las seis de la tarde aún no he recibido ningún mensaje, así que le escribo yo uno:

«Cariño, estoy preocupada… ¿por dónde vas?».

Me siento en el sofá a esperar la respuesta, pero me quedo dormida. Me despierto casi a las nueve de la noche y veo que tengo un mensaje de Adrián. Me lo ha mandado a las ocho y media de la tarde.

«No puedo ir a tu casa, acabo de llegar de Barcelona y estoy agotado. Perdóname, por favor. Mañana tengo un juicio a primera hora y todavía no he preparado nada. Te lo compensaré».

El primer sentimiento que tengo al leer el mensaje es de rabia, porque me ha dado plantón, y se me pasa por la cabeza escribirle y mandarle a la mierda definitivamente. Pero respiro hondo y no me dejo llevar por la rabia. Respiro hondo varias veces más hasta que me calmo un poco. Confío en que es cierto lo que me cuenta y le contesto:

«He de ser sincera contigo… Me ha sentado muy mal que me des plantón. No te imaginas las ganas que tengo de verte, pero entiendo que tienes mucho trabajo. Espero poder verte la semana que viene. Un beso, descansa».

Le doy a enviar y no recibo respuesta. Pienso que se habrá quedado dormido. Yo también estoy cansada, y, sin cenar, me voy a dormir.

8
María

La semana pasa muy lenta. Solo recibo un par de mensajes de Adrián en toda la semana y básicamente me dice lo mismo: que me echa de menos pero que tiene mucho trabajo. Con la que sí que mantengo una conversación es con Paula, de nuevo. Me llama por sorpresa el miércoles, y la verdad es que su llamada es como un soplo de aire fresco. La cabeza me iba a explotar de tanto pensar en Adrián.

Cuando llega el viernes, al ver que Adrián no me escribe ni tampoco me llama, descarto completamente que vayamos a vernos. Así que planeo un fin de semana de sofá y k-dramas. La verdad es que me está empezando a cansar esta situación, pero he de ser comprensiva, no creo que esto se alargue mucho más.

El sábado por la mañana llaman a la puerta y, como no espero a nadie, abro la puerta con desidia. Pero cuando veo que es Adrián, siento una alegría inmensa y me abalanzo sobre él para abrazarle con fuerza, como si hubieran pasado años en vez de días.

—No sabes cuánto te he echado de menos, princesa —susurra Adrián en mi oído, y me hace estremecer.

Adrián me informa de que se va a quedar conmigo hasta el domingo, así que vamos a poder dormir juntos. Mi plan original de sofá y k-dramas cambia a: sofá, películas y sexo, mucho sexo.

El día se pasa muy rápido, y cuando me quiero dar cuenta ya es domingo, y Adrián se tiene que marchar porque tiene una comida familiar a la que no puede faltar. Me despido de él con todo el dolor de mi corazón… Me ha sabido a poco su visita, pero entiendo que tiene que asistir. Si me hubiera pedido ir con él, lo habría hecho sin dudarlo, pero entiendo que aún es pronto para él y necesita tiempo.

Comienza una nueva semana en la que no recibo ni un solo mensaje de Adrián, ni tampoco una llamada, desde el domingo. Le escribo en varias ocasiones y no recibo respuesta, le llamo por teléfono y tampoco contesta. No le cuento a mis amigas lo que sucede, porque sé que me van a decir que pinta mal la cosa; sobre todo Sara, que me lleva avisando mucho tiempo. Apenas duermo por la noche. La pesadilla que llevo sufriendo desde hace unas semanas se ha vuelto recurrente, y al despertarme por la misma, no me puedo volver a dormir.

Estoy desesperada, no sé qué ha pasado, no sé por qué no tengo noticias de Adrián. ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si está molesto por algo? Pienso en el último día que estuve con él, analizo una y otra vez si hice o dije algo que le pudiera haber sentado mal… pero no encuentro nada. Todo fue perfecto o, por lo menos, eso creo.

Cuando llega el viernes, me planteo hacer algo: ir a su casa o dar parte a la policía. No sé… pero necesito saber si le ha pasado algo. Por fin, cuando llega la noche, recibo un mensaje de él:

«Perdona mi ausencia, pero no te puedes ni imaginar la semana que llevo. No te he podido escribir ni llamar porque el lunes me robaron el móvil en plena calle. Hasta hoy no he tenido el duplicado

de la tarjeta sim, y ya sabes que no me acuerdo ni de mi número de teléfono. Por eso no te he podido avisar. Para colmo he cogido un gripazo importante, y estoy con casi cuarenta grados de fiebre en la cama. ¡Me duele todo! Lo siento, princesa, pero no puedo ir a verte… no puedo ni con mi alma. La semana que viene te prometo un fin de semana inolvidable. Un beso, mi princesa».

Enseguida llega otro mensaje:

«Me duelen hasta los dedos de las manos cuando escribo. ¡Qué asco de gripe!».

Me quedo pensativa unos segundos, analizando su mensaje. Tiene sentido lo que me cuenta, por eso no había manera de contactar con él. Y lo de que no recuerda ni su número es cierto, tampoco se acuerda de la matrícula del coche. Los nervios que tenía agarrados al estómago durante estos días por no saber de él, desaparecen. Vuelvo a leer el mensaje una vez más y le contesto:

«¡Vaya faena lo del móvil! Menos mal que con internet todo se guarda en la nube. He estado muy preocupada, creí que te había pasado algo. Ya me conoces, me hago películas en la cabeza y lo pongo peor de lo que es. Encima te ataca la gripe… ¡Qué mala suerte tenemos últimamente! Si quieres, puedo ir este fin de semana a tu casa y así te cuido. Vas a necesitar muchos mimos, y también hay que vigilar esa fiebre que tienes».

Al minuto recibo su respuesta:

«No hace falta que vengas, ya está mi madre pendiente de mí. Además, no quiero contagiarte, así la semana que viene podemos disfrutar a tope juntos. Muchas gracias de todas formas».

Finaliza el mensaje con el emoticono de un corazón rojo.

No le insisto más. Le escribo un último mensaje diciéndole que al día siguiente le escribiré para saber cómo está, y le deseo buenas noches.

El sábado por la mañana me levanto con una sola idea en la cabeza: ir por la tarde a casa de Adrián para verle, saber cómo está, y llevarle la sopita milagrosa que ayuda a curar la gripe, una receta que hacía mi abuela. Yo no la conocí porque murió cuando mi madre era joven, pero mi madre aprendió la receta antes de que mi abuela se pusiera enferma, y a mi hermano y a mí nos la ha preparado muchas veces.

Voy a comprar los ingredientes al supermercado, ya que me faltan algunos, y me paso la mañana preparando la sopa. Cuando la termino, la guardo en un par de recipientes herméticos. Después, como algo, me doy una ducha y a las cinco de la tarde salgo de casa, no sin antes asegurarme, como siempre, de dejar a Rocky con agua y comida hasta el día siguiente.

Conduzco sin prisa escuchando mi lista de canciones de Spotify, e ilusionada por la sorpresa que le voy a dar. Cuando van quedando pocos kilómetros para llegar a su casa, me invaden los nervios, no sé si le va a gustar la sorpresa. Espero que sí.

Adrián vive en Rivas Vaciamadrid, al igual que Tania y Álex. La diferencia es que ellos viven en un segundo piso sin ascensor y de alquiler. Y Adrián vive en un chalet independiente, en la mejor zona de Rivas, que le regalaron sus padres cuando ellos se compraron otra casa más grande.

Estoy a punto de llegar, giro a la derecha y ya estoy en su calle. Solo he estado un par de veces aquí, porque casi siempre, cuando hemos estado juntos, nos hemos quedado en mi casa. Es una zona tranquila y no hay problema para aparcar. Por suerte, aparco justo enfrente de su puerta, el número 16. Me bajo del coche, cojo el bolso y la bolsa con los recipientes de la sopa y cierro el coche con el mando. No se oye ni un alma… miro alrededor y no veo a nadie. La puerta de la cancela está abierta, así que entro, cruzo el pequeño jardín, y me planto enfrente de la puerta principal.

Respiro hondo para calmar los nervios, parece que estoy en mi primera cita. Entonces, llamo al timbre y espero unos segundos, pero no abre nadie. Puede que se haya quedado dormido, es normal, con la gripe solo se tiene ganas de dormir. Vuelvo a llamar y espero, esta vez sí que oigo movimiento cerca de la puerta y se abre. Lo primero que veo es a Adrián casi desnudo, bueno… en ropa interior. Está algo despeinado y su respiración está algo acelerada. Le miro de arriba a abajo y mis ojos se clavan en su entrepierna, claramente se ve que está empalmado. Su cara al verme es de sorpresa, pero no de la buena.

—Ma… ¡María! —titubea—. ¿Qué haces aquí? —Sale hacia el porche cerrando un poco la puerta tras él.

—Pues… darte una sorpresa, y para hacer de enfermera. —Le enseño los recipientes con la sopa—. Pero ya veo que estás recuperado.

Algo en mi interior me dice que lo que voy a descubrir no me va a gustar nada.

—Sí… bueno… —Finge la tos—. La fiebre me ha bajado un poco. —Se pone la mano en la frente—. Pero ya te dije que no hacía falta que vinieras, ya está mi madre pendiente. —Está nervioso, se toca la nuca y mira hacia dentro de la casa, como si hubiera alguien. Entonces se oye a una chica hablar desde dentro.

—Adri, cariño… ¿ocurre algo?

La cara de Adrián es de… «¡Tierra trágame!». Puedo ver que está intentando buscar una explicación para darme, pero se abre la puerta, y aparece una chica tapada con el edredón de su cama, y al verme, me mira con cara de asco.

—¿Tú qué haces aquí? —pregunta con arrogancia. Por lo visto ella sabe quién soy, pero yo no sé quién es ella.

—Perdona… ¿pero tú eres…? —me dirijo a ella con el mismo tono —, ¿la madre de Adrián? —me burlo, sé que no es su madre, evidentemente.

Miro a Adrián con autentico enfado y él traga saliva.

—Clara, por favor, ve dentro —pide molesto, mirando un segundo a Clara, pero ella no le hace caso. Está centrada en mí.

—¡Ja! Más quisieras —responde irritada, sin dejar de mirarme—. Soy Clara, la novia de Adri. Y tú debes ser la gorda con la que me ha estado poniendo los cuernos.

Su novia… Sus palabras me golpean, y en un segundo mi mundo se viene abajo. Por eso no tenía tiempo, por eso tantas excusas… y lo peor es que no sé desde cuándo. No sé si desde que vino a buscarme hace unas semanas o mucho antes. Quiero llorar, quiero darle un bofetón, quiero gritarle, insultarle… en cambio, no hago nada, estoy paralizada. En mi cabeza se repite una y otra vez que es

su novia. Mis ojos pasan de Clara a Adrián, al cual miro decepcionada. Me obligo a moverme y doy media vuelta para marcharme, necesito salir de aquí. Pero Adrián me coge de la mano para retenerme.

—María, por favor, puedo explicártelo.

«Puedo explicártelo». Esas dos palabras hacen que reaccione. ¿Por qué cuando descubres a alguien siendo infiel, responden con las mismas dos putas palabras? Entonces, la rabia se apodera de mí, y me doy media vuelta para mirarle a los ojos con furia.

—¿¡Qué puedes explicármelo!? —grito sin control—. ¿¡Qué me vas a explicar!? ¿¡Que me has estado engañando!? Por eso has estado contándome mentiras todos estos días… ¡Y lo peor es que te he creído como una tonta!

—Perdona, guapa —interviene Clara con chulería—, pero la engañada he sido yo.

La fulmino con la mirada, estoy a punto de abalanzarme hacia ella, pero Adrián me distrae.

—María, no he querido engañarte. Por favor… —Intenta coger mi mano, pero la aparto bruscamente—. Yo quiero estar contigo.

—¡Eh! ¿Y yo qué? —le recrimina Clara, en tono molesto, desde el mismo sitio.

—¡Clara, por favor! ¡Lárgate de una puta vez y deja de joderme la vida! —grita Adrián enfurecido.

Clara entra dentro de la casa, ofendida, y cierra la puerta tras ella con brusquedad.

—María, por favor… —me suplica—. Ella no es nada para mí, solo estaba…

—¡No! —le corto—. ¡No quiero oír más mentiras! Creí que lo que sentías hacia mí era de verdad, pero ya veo que para ti solo soy la gorda a la que echar un polvo de vez en cuando. ¡Se acabó! No quiero saber nada mas de ti. No quiero que me escribas, no quiero que me llames y mucho menos que me busques. ¡Olvídate de mí!

Me doy media vuelta, y rápidamente camino hacia el coche. Me peleo con el mando porque no consigo abrirlo. Finalmente lo abro, y estoy a punto de entrar en el coche cuando me doy cuenta de que Adrián me ha seguido. Sigue en calzoncillos y descalzo a pesar del frio que hace, pero parece que le da igual.

—María, por favor, no te vayas. Yo… —titubea—, yo… te quiero — confiesa con voz quebrada.

Cierro los ojos al oír esas dos palabras. «Te quiero», las palabras que tanto tiempo llevo esperando… pero ya es tarde… me ha engañado y me ha roto el corazón. Las lágrimas luchan por salir, pero no las dejo, no quiero que me vea vulnerable.

—¿Sabes? —Le miro con toda la frialdad que soy capaz—. Yo también te quería… pero ya es tarde. Ahí dentro tienes a tu novia, ve con ella a terminar lo que estabais haciendo. Adiós, Adrián.

Entro en el coche e intento salir de aquí cuanto antes, pero me tiemblan las manos y no consigo introducir la llave en el bombín. Adrián golpea la ventanilla, pidiéndome que no me vaya. Le miro un instante y me doy cuenta de que está llorando, las lágrimas inundan su cara. Verle así hace que sienta un inmenso dolor en el pecho difícil de explicar. Mis lágrimas también empiezan a salir descontroladas, no puedo retenerlas más. Consigo arrancar el coche, y, tras meter primera, acelero y me marcho a toda prisa. Según me

alejo, miro por el espejo retrovisor como Adrián se queda mirando en mi dirección, y después da un puñetazo a la pared que tiene al lado. Entonces giro a la izquierda y lo pierdo de vista.

Las lágrimas no me dejan ver bien la carretera, me las limpio, pero es inútil; no paran de salir. Para colmo, en la radio suena All by myself de Céline Dion, y al escuchar la letra comienzo a llorar de forma desconsolada. Tan desconsolada que tengo que parar el coche a un lado de la carretera porque no puedo conducir así. No veo nada por las lágrimas, y si sigo me arriesgo a tener un accidente. Lloro, lloro y lloro… no se durante cuánto tiempo, pero el dolor que siento es inmenso. Sin dejar de llorar, cojo el móvil y llamo a Sara, pero no contesta. Lo intento de nuevo y no responde. Lo intento de igual manera con Tania, con Bea y con Ruth. Pero ninguna responde. Finalmente llamo a Álex, y al primer tono responde:

—Hola, guapísima. ¡Qué sorpresa! ¿Cómo estás? —dice en tono alegre.

—A..a..Álex… —digo entre sollozos e hipidos.

—¿María…? María, ¡¿qué pasa?! —pregunta asustado al oír mis sollozos. No consigo articular palabra porque el llanto no me deja—. ¡¿Dónde estás?! ¡Dime donde estás y voy ahora mismo! —dice con urgencia.

—En… en…

—Mándame tu ubicación por WhatsApp —me corta—, y no te muevas de ahí —ordena.

Álex cuelga y hago lo que me pide. Le envío la ubicación con manos temblorosas, y me quedo en el coche llorando completamente rota. A los diez minutos, Álex aporrea la ventanilla

del coche para que le abra. Me ayuda a salir, y me abraza con fuerza. Me refugio en su pecho sin que mis lágrimas cesen. Álex acaricia mi pelo y musita:

—Tranquila… ya estoy aquí.

9
María

Álex, al ver mi estado, no se lo piensa dos veces, y deja su moto aparcada a un lado de la carretera. Me ayuda a sentarme en el asiento del copiloto de mi coche, él se sienta en el lado del conductor, arranca e inicia la marcha para llevarme a mi casa. Durante el trayecto consigo calmar el llanto e intento contar lo que ha pasado, pero solo consigo decir que me ha engañado y que está con otra, porque rompo a llorar de nuevo, y el llanto no me permite contar más. Entonces Álex me acaricia el brazo para consolarme.

—Tranquila… no hace falta que me cuentes más.

El resto del camino lo pasamos en silencio. Álex decide cogerme la mano, y solo la suelta para cambiar de marcha si es necesario. Sentir su apoyo me ayuda a calmarme y dejar de llorar.

Cuando entramos en mi casa, me lleva hasta el sofá para que me siente. Desde que hemos bajado del coche, Álex no me ha soltado. Me quedo sentada en el sofá, y él me da un vaso de agua que previamente ha cogido de la cocina. Me bebo el agua agradecida, tenía la garganta seca de tanto llorar. Rocky, al sentir mi estado de ánimo, se acerca a mí y se tumba en mis piernas. Yo le acaricio con ternura, ya que es su manera de consolarme. Los animales a veces son mucho mejores que las personas, y ofrecen su amor incondicionalmente.

Álex, que aún está de pie, llama a Tania y le cuenta todo lo que ha pasado. Puedo oír perfectamente lo que dice mi amiga al otro lado del teléfono. El volumen debe tenerlo a tope, y prácticamente es como si hubiera puesto el manos libres. Tania le informa a Álex que ha visto mi llamada, pero no ha podido coger el teléfono porque estaba en plena depilación láser, y el teléfono lo ha dejado en la taquilla. Puedo también oír cómo mi amiga llama de todo a Adrián por lo que me ha hecho, en cuanto Álex le cuenta lo poco que sabe. Y también oigo cómo dice que le va a partir las piernas a como lo vea. Álex, que ha estado callado, escuchando atentamente a su novia, asiente y responde indignado:

—Ya somos dos.

Oigo cómo Tania le comenta que quiere venir a verme, pero Álex le dice que el bar hay que abrirlo. Tania le da la razón, y le propone que se quede conmigo y ella abre el bar. Y mañana por la mañana vendrá a ver cómo estoy. Álex está de acuerdo con lo que le propone mi amiga, y tras pedirle que me cuide, se despiden con cariño.

—Álex… —musito una vez que ha colgado la llamada—, no es necesario que te quedes. Te agradezco mucho que te preocupes por mí, pero tu negocio es más importante.

Álex se sienta a mi lado, y tras cogerme la mano, me mira y musita:

—Ahora mismo tú eres lo más importante. Tania puede hacerse cargo del bar, por eso no te preocupes.

Mi móvil empieza a sonar, y al mirar la pantalla veo que es Adrián. Me quedo paralizada, y mis ojos se empañan de lágrimas. Álex, al

ver mi reacción, decide contestar por mí la llamada.

—¡Déjala en paz! —grita furioso en cuanto descuelga.

No consigo oír bien lo que Adrián contesta, pero tampoco quiero oírlo. Me levanto del sofá y me voy corriendo al baño. Una vez en él, me lavo la cara y respiro hondo varias veces para tranquilizarme. Desde aquí puedo oír lo que Álex le dice a Adrián:

—¿¡Y a ti qué te importa lo que yo esté haciendo con ella!? ¡Te recuerdo que soy su mejor amigo! —Se queda en silencio para escuchar lo que Adrián contesta—. María no quiere saber nada de ti, bastante daño la has hecho ya. Hazle un favor, y olvídate de ella. —Otra vez silencio… pero esta vez es porque ha colgado, ya que Álex llama despacio a la puerta.

—María… ¿estás bien? —Su tono es de preocupación.

—Sí… —contesto con la voz quebrada, y carraspeo para aclararme la voz—. Ahora salgo.

Me miro al espejo y doy miedo, tengo los ojos rojos e hinchados de tanto llorar. Me lavo de nuevo la cara con agua fría para intentar mejorar el aspecto, pero sigue igual de mal. Decido salir igualmente, y cuando abro la puerta Álex está apoyado en la pared de enfrente esperándome.

—¿De verdad estás bien? —Tiene los brazos cruzados en el pecho.

—Sí… bueno… Tengo la cara horrible de tanto llorar.

Álex sonríe con ternura y se acerca a mí para acariciarme la mejilla.

—Estás preciosa.

Le abrazo, y hundo la cara en su pecho. Álex hace que me sienta protegida, y es lo que necesito en este momento. Soy muy

afortunada de tenerle en mi vida.

El sonido de mi teléfono móvil rompe el momento. Me separo de Álex y voy al salón, que es desde donde suena. Miro quién es, y al ver que es Sara, descuelgo.

—¡María! ¿Cómo estás? ¿Estás bien? —pregunta con preocupación en cuanto descuelgo—. Me acaba de contar Tania lo que ha pasado. No te he cogido el teléfono porque estaba en el cine con mi sobrina.

—No pasa nada. Podría estar mejor… por lo menos ya he dejado de llorar.

—¡Menudo cabrón! Algo me decía que no es trigo limpio —afirma con indignación—. Bueno, no es momento ahora para decir que ya te avisé. Álex está ahí contigo, ¿no?

—Sí, aquí hay un trozo.

Miro a Álex y esbozo una pequeña sonrisa. Se ha sentado en el sofá y Rocky le está incitando para que juegue con él.

—Mejor. Ahora mismo es mejor que estés acompañada, para que estés distraída. Iré mañana por la mañana con Tania a verte. La voy a echar una mano en el bar, ya que está sola con el camarero.

—Sara, que no estoy enferma. No hace falta que vengas tú también.

—Ya lo sé… pero yo sé lo que me digo.

Es inevitable que Sara saque su lado protector. Y más ahora que el tiempo le ha dado la razón sobre Adrián.

—Como quieras —comento resignada—. Llamé también a Ruth y Bea, pero no contestaron la llamada. Lo digo porque verán la llamada perdida. ¿Sabes algo de ellas?

—Esas dos creo que hoy tenían una «fiesta» de las suyas. Hasta mañana por la mañana por lo menos no ven el móvil. Les mandaré un audio para que sepan lo que ha pasado.

—Vale —digo más tranquila.

—Bueno, te tengo que colgar. Voy a ayudar a Tania, que en breve hay que abrir el bar.

—Vale. Y… Sara, muchas gracias por preocuparte por mí —confieso con sinceridad.

—No me tienes que dar la gracias, eres mi familia, ya lo sabes. Igual que las demás. Por vosotras me tiro de un tren en marcha si hace falta.

No puedo evitar emocionarme, y un par de lágrimas caen por mis mejillas, pero esta vez de alegría, por tener unos amigos que me quieren y se preocupan por mí.

—Te quiero —musito emocionada.

—Y yo, tonta… ¡No llores, que me haces llorar a mí también!

Me río, y escucho de fondo:

—¡Yo también te quiero! —grita Tania para que la oiga.

—Y yo… Os quiero mucho a todas. —Miro a Álex, que está jugando con Rocky. Mi gato al final ha conseguido lo que quería—. Sois muy importantes para mí. —Sé que Álex también se da por aludido a lo que acabo de decir, ya que me mira y sonríe.

—Oh… —contestan las dos a la vez—. Mañana te vamos a dar todos los achuchones del mundo. Ahora tenemos que dejarte —sigue Sara—, mañana nos vemos, un beso enorme.

—Un beso gigante para las dos —respondo y cuelgo.

Álex, que ya ha dejado de jugar con Rocky, se levanta del sofá y se acerca a mí.

—Tú también eres muy importante para mí —musita mientras acaricia mi mejilla suavemente con el dorso de la dedos.

—Lo sé —sonrío tímidamente.

La forma en la que Álex se está comportando conmigo no es como siempre. Me mira de una forma tan intensa que hace que el corazón se me acelere. Quizás lo esté confundiendo porque estoy más sensible de lo normal por lo que ha pasado hoy, y anhelo mucho más cariño. Rompo el momento encendiendo la tele, y busco algo que ver mientras me siento en el sofá. Álex, con el semblante un poco serio, se sienta a mi lado sin decir nada más.

Me cuesta encontrar una película que no sea de amor. Parece que hoy se han puesto todos los canales de acuerdo para emitir el mismo tipo de película. Finalmente, encuentro una en la que no me den ganas de cortarme las venas. La vemos en silencio y, cuando termina, Álex me pregunta si pedimos una pizza para cenar. No tengo mucha hambre, pero accedo para que él pueda cenar.

A la media hora, la pizza ya está en casa. Tiene muy buena pinta, es de pepperoni, con beicon, champiñón y queso. Se me hace la boca agua y al final me como dos porciones. El resto de la pizza se la come Álex. Con lo que le gusta comer, y lo que come, no sé dónde lo mete. En fin, unos tanto y otros tan poco.

Al terminar de cenar, Álex coge el mando de la tele, hace un poco de zapping por los canales, y se para en el de música y videoclips. Hace mucho que no veo videoclips, y la verdad es que hay algunos muy buenos.

—¿Sabes? —comento—, cuando era más joven, con quince o dieciséis años, veía muchos videoclips. Algunos eran brutales.

Álex sonríe y musita:

—Sigues siendo joven y preciosa.

Me quedo sin palabras. No es por lo que ha dicho; porque él siempre me ha hecho cumplidos, es por cómo lo ha dicho, y se me vuelve a acelerar el corazón. Entonces empieza el videoclip de la canción Falsos recuerdos de Abraham Mateo con Omar Montes, y como me gusta tanto, la escucho con atención.

—¿Te acuerdas cuando nos apuntamos a bailes de salón? —pregunta Álex con una sonrisa llena de nostalgia.

—Sí —me río—. Tania y Sara se rajaron, y nos dejaron a nosotros dos solos durante las cuatro clases que pagamos por adelantado.

—¿Te acuerdas todavía de cómo se baila la bachata? —comenta con una sonrisa torcida.

De pronto se pone de pie y me tiende la mano. Dudo un instante, pero acepto y me levanto mientras se oye a Abraham Mateo y Omar Montes cantar:

«Y es que te quiero, porque no hay otra como tú en el mundo entero…»

Comenzamos a movernos al son de la música. Al principio me da vergüenza estar bailando una bachata en mi casa con Álex, pero poco a poco me dejo llevar por él, que se le da de miedo; ha perfeccionado sus dotes de bailarín. Me agarra de la cintura y nos movemos de una forma muy sensual, cada vez más pegados. Me

mira a los ojos y mueve los labios sin dejar de agarrarme mientras Abraham Mateo canta:

«Me arriesgo a pensar que me quieres un poco más de lo normal.
Soy un idiota, eso no va a pasar.
Tus ojos nunca me van a mirar como te miran los míos»

Un escalofrío me recorre la espalda. Es como si me estuviera diciendo de verdad lo que dice la canción. Cuando acaba, no sé muy bien qué hacer, me toco la nuca nerviosa, y decido ir al baño. Necesito refrescarme, ya que tengo mucho calor.

En el baño pienso en el comportamiento de Álex. ¿Está intentado coquetear conmigo? No puede ser… Álex es una gran persona, no creo que le hiciera eso a Tania y menos con una amiga. Creo que mi mente confunde las cosas por todo lo que ha pasado, y lo mejor es que me vaya a dormir.

Salgo del baño y vuelvo al salón. Álex está sentado viendo el canal de noticias con cara seria.

—Me voy a dormir, estoy agotada —anuncio.

Álex me mira sin cambiar el gesto.

—Está bien. Yo me quedaré aquí en el sofá. Si me necesitas solo tienes que llamarme —dice cortante.

—Si quieres, puedes dormir conmigo en la cama, no me importa.

En el piso tengo dos habitaciones, pero una es mi despacho, y no tengo ni una misera cama inflable.

—No pasa nada, de verdad. Estoy bien aquí.

No le insisto. Salgo del salón, me lavo los dientes, me pongo el pijama y me voy a dormir.

10
María

No sé qué hora es, no sé cuánto tiempo ha pasado desde que me he dormido. Lo que sí sé es que estoy llorando a mares, y Álex está a mi lado abrazándome con fuerza, consolándome.

—Ya está, María… ya, ya, ya. —Estoy acurrucada en su pecho y él acaricia mi espalda con ternura—. Es una pesadilla y no estás sola, estoy aquí…

No recuerdo la pesadilla, casi nunca lo recuerdo cuando me pasa esto, y Álex debe haberse asustado mucho. Debe ser impactante ver por primera vez a una persona que a mitad de la noche se pone a gritar aterrada, como si le estuvieran haciendo algo, y después rompe a llorar.

Poco a poco me voy calmando, me muevo para mirarle a la cara, y me limpia las lágrimas.

—Perdona por haberte asustado —murmuro—. Hacía mucho tiempo que no tenía un episodio de estos.

—No me tienes que pedir perdón. Estoy aquí para cuidarte, María.

—Qué suerte tiene Tania contigo.

Me acerco para darle un beso en la mejilla, como agradecimiento, pero él mueve la cabeza y termino dándole el beso en la boca. Mi intención es separarme y disculparme, pero Álex junta su boca aún más contra la mía, y comienza a mover sus labios contra los míos.

Me quedo unos segundos bloqueada sin saber qué hacer, y finalmente le correspondo moviendo mis labios también. Sus labios son suaves y cálidos, él me ofrece su lengua, la cual acepto, y hago lo mismo con la mía. Sé que no está bien lo que estoy haciendo, lo sé. Pero no puedo parar, anhelo más.

Tumbados en mi cama, continuamos el beso durante varios minutos, saboreándonos mientras nos acariciamos el uno al otro por encima de la ropa. Poco a poco el beso se vuelve más apasionado, más caliente, y cada vez estoy más y más excitada. Introduzco una de mis manos por debajo de su camiseta, y acaricio con mimo su abdomen perfecto de arriba a abajo. Álex introduce su mano por debajo de la camiseta de mi pijama en busca de mi pecho para acariciarlo y sentir su contacto, y me hace soltar un leve gemido de placer. La mano que acaricia su abdomen, la muevo más abajo, y sin ningún reparo, la introduzco por dentro de su pantalón y del bóxer, en busca de su miembro excitado. Álex gime ante mi contacto y deja de saborear mi boca para devorar mi cuello. Me despoja de la parte de arriba del pijama y al segundo se despoja de la suya, mostrando su perfecto torso desnudo. Se muerde el labio al ver mis pechos y se abalanza a ellos para chuparlos y lamerlos con ansia, a la vez que introduce su mano por debajo de mi pantalón de pijama y mis bragas, e introduce un dedo dentro de mi humedad haciéndome estremecer.

—Joder, María… —susurra excitado—. Estás muy mojada.

Excitada por la forma en la que me toca, hago que deje de chupar mis pechos para que me bese. Gimo al notar que introduce un dedo

más dentro de mí y bajo mi mano para acariciar su polla. Estoy ansiosa y solo deseo una cosa…

—Fóllame —susurro mirando fijamente a sus preciosos ojos verdes.

Me despoja con rapidez de la parte de abajo del pijama junto con las bragas, y después se quita él sus pantalones junto con el bóxer dejando libre su erección. Miro su cuerpo con autentica lascivia, y desando que me penetre, abro el cajón de la mesita y cojo un preservativo. Álex tiende la mano para que se lo de, pero aparto su mano y entiende que se lo quiero poner yo. Lo que no se espera es que se lo ponga con la boca, y cuando lo hago suelta un enorme gruñido de satisfacción. Con ojos llenos de lujuria se tumba encima de mí, me penetra despacio y no puedo evitar gritar de puro placer al sentirlo dentro. Álex entra y sale de mi con embestidas lentas y profundas, entonces se inclina y confiesa en mi oído:

—No sabes cuántas veces he soñado con este momento. —Siento un escalofrío en la nuca al sentir su aliento.

Lame y mordisquea el lóbulo de mi oreja, sin dejar de penetrarme con profundidad, arrancándome un gemido con cada embestida. Agarro su duro trasero para sentirlo aún más cuando entra dentro de mí, y Álex me besa en la boca con pasión, acallando mis gemidos. Deja de besarme y, sin salir de mí, me envuelve con sus brazos, y con gran habilidad, cambia de postura de forma que él se queda sentado y yo encima. Me agarra con firmeza de las nalgas para ayudarme a entrar y salir de él. Siento un placer inmenso, y poco a poco nos movemos más rápido, con más intensidad. Rodeo con mis manos su nuca para sujetarme, y pego mi frente contra la suya. Sudorosos, jadeamos de placer y siento que en breve llegaré al

orgasmo. Me sujeto a él con más fuerza por los hombros y contraigo la vagina para sentir aún más su dureza dentro de mí. Cierro los ojos para dejarme llevar y Álex me suplica entre jadeos:

—Mírame, por favor…

Hago lo que me pide. Abro los ojos, y, sin dejar de mirar sus preciosos ojos verdes, un orgasmo inunda todo mi ser haciéndome gritar de puro placer por la intensidad de este. Álex da una embestida más, y llega al clímax emitiendo desde lo más profundo de su garganta un gemido gutural. Sudorosos y con la respiración agitada, sonreímos… ha sido espectacular.

Me quito de encima y me tumbo para recuperar el aliento, y Álex hace lo mismo. No decimos nada durante varios minutos. Nos limitamos a respirar y mirar el techo de mi habitación. Poco a poco voy recuperando el aliento y la culpabilidad me invade… ¿Pero qué he hecho? ¡Acabo de follar con mi mejor amigo, que a la vez es el novio de una de mis mejores amigas! Álex se quita el preservativo, y tras hacerle un nudo se levanta y entra en el baño. No puedo evitar mirarle, la verdad es que tiene un cuerpo de escándalo. Desde que le conozco, siempre me ha parecido muy guapo, pero es que ahora está mucho más bueno, tiene más musculo y está más definido. La verdad es que nunca me he sentido atraída por él, y no sé cómo me he dejado llevar. Pero lo peor de todo… es que repetiría sin dudarlo.

Álex sale del baño y vuelve conmigo a la cama. Se gira hacia mí para mirarme apoyado en el codo y, al ver mi cara, afirma:

—Sé lo que estás pensando y Tania no tiene por qué enterarse.

Le miro y respondo:

—He traicionado a una amiga. Si no se lo cuento, es una losa que siempre llevaré encima. Y la verdad no se si podría vivir con está culpabilidad para siempre…

Se queda callado sin decir nada durante varios segundos y finalmente contesta:

—María… —Entrelaza los dedos de su mano con los míos—. No me arrepiento de lo que ha pasado, ¿y tú?

Me quedo callada durante un instante bastante largo. No porque me lo esté pensando, sino porque me acabo de dar cuenta de que soy una mala persona. Álex espera serio mi respuesta y finalmente respondo:

—No… no me arrepiento —contesto con sinceridad—. Y me encantaría repetir.

Álex, sorprendido, sonríe ante mi confesión. Se acerca más a mí con los ojos cargados de deseo y susurra.

—Yo también estoy deseando repetir.

11
María

La alarma del móvil nos despierta a las diez y media de la mañana, la tengo programada para todos los días, y lo único que modifico es la hora antes de acostarme. Pero anoche no la modifiqué, así que ha sonado a la misma hora que puse para el día anterior. Y menos mal que ha sonado, porque si no Tania y Sara nos hubieran pillado. Aunque creo que mi cara refleja perfectamente que algo ha pasado, porque, aunque sigo diciendo que no me arrepiento, la culpa me está comiendo por dentro. En cambio, Álex está feliz y pletórico. Espero que disimule cambiando de actitud cuando lleguen.

—Álex, por favor, intenta disimular un poco —le pido un poco molesta cuando me levanto de la cama.

—María, tranquilízate. No van a darse cuenta, es imposible —dice mientras se levanta, y se acerca a mí para acariciar mi mejilla con ternura.

Sus ojos reflejan perfectamente lo feliz que está.

—Tu cara está pregonando a gritos que hemos estado echando un polvo.

Álex sonríe y me corrige:

—Dos. —Y después me susurra al oído—: Y si quieres pueden ser tres.

No sé por qué, pero me quedo unos segundos dudando si aceptar su oferta. Pero mi conciencia me grita: «¡Qué es el novio de tu

amiga, por Dios!». Y lleva razón. Así que respondo con seriedad.

—Te lo digo en serio, si no quieres que se entere, cambia la cara.

Molesto por mi negativa, musita:

—Confía en mí, anda. —Y me da un suave beso en los labios.

Álex se da una ducha y, cuando acaba, yo hago lo mismo. Después, mientras nos tomamos un café sentados en la pequeña mesa que tengo en la cocina, decido dejar las cosas claras a Álex:

—Esto no puede volver a repetirse, Álex —comento seria, muy seria.

—¿Por qué? —musita asombrado.

—Tu pareja es Tania y yo solo soy tu amiga. Y lo que hemos hecho no está bien. Lo de esta noche ha sido algo increíble, pero…

—María —me interrumpe—, yo… —titubea—. Te quiero.

Suspiro y contesto:

—Yo también te quiero, Álex. Pero eres el novio de mi amiga, y tú eres mi mejor amigo. Las cosas deben seguir así.

—María, estoy dispuesto a… —De pronto el telefonillo suena interrumpiendo lo que quiere decirme.

—Deben ser Tania y Sara.

Me levanto y voy a abrir.

Cuando contesto por el intercomunicador, efectivamente son ellas, les abro y espero a que suban. Veo a través del espejo que tengo en la entrada, que Álex se ha levantado de la silla y está apoyado en la encimera de la cocina con la taza de café en la mano. La felicidad de su rostro ha desaparecido y mira al suelo con tristeza. Se me parte el corazón al verlo así. Lo peor de todo, es que yo soy la responsable

de esta situación. Me siento una mierda y la peor persona del mundo en este momento.

Oigo a mis amigas subir en el ascensor, y por las voces que están dando, Bea y Ruth también se han apuntado. Para ser sincera, lo que quiero ahora mismo es desaparecer. Si pudiera, saldría corriendo, cogería el coche, y conduciría sin rumbo fijo. Cuando mis amigas salen del ascensor y me ven, me abrazan una a una para darme consuelo por lo ocurrido con Adrián.

—¿Qué tal has pasado la noche? —me pregunta Sara acariciándome el brazo y con cara de preocupación.

—Bueno, bien… dentro de lo que cabe, he descansado algo —miro de reojo a Álex—. He tenido uno de mis terrores nocturnos. Ya sabes, de los que no me acuerdo de nada, pero Álex estaba ahí para ayudarme. —Omito, por supuesto, la parte en la que Álex y yo nos acostamos siendo completamente conscientes de lo que estábamos haciendo—. Después pude volver a dormirme, hasta hace un rato.

—¿Y Álex te ha dado mucha guerra? —pregunta Tania con sarcasmo.

—Me ha cuidado muy bien. —Sonrío levemente evitando mirarla a la cara.

Tania me devuelve la sonrisa y se va con Álex a la cocina, supongo que querrá contarle cómo fue la noche en el bar.

—Oye, María —comenta Bea desde el sofá—, si quieres que le partamos las piernas a Adrián, dínoslo, ¿vale?

—Sí, sí —sigue Ruth—, conocemos a un par de tipos que nos harían el favor sin problema.

—¡Sois unas mafias! —les dice Sara horrorizada—. ¿Pero vosotras con qué clase de gente os juntáis?

—Te caerías de culo, si lo supieras —responde Ruth con una sonrisita de suficiencia.

—Hay que tener contactos para todo, nunca se sabe… —sentencia Bea echándose para atrás en el sofá con chulería.

No puedo evitar sonreír divertida ante las ideas que tienen estas dos. Sé que lo hacen de corazón y con buenas intenciones, porque me quieren. Pero son un poco extremistas.

—Gracias, chicas. Si veo que hay que partirle las piernas, os lo haré saber.

Bea y Ruth sonríen con satisfacción ante mi respuesta.

Para la hora de comer, me piden que encargue un par de pollos asados con patatas. Dicen que es porque no quieren que haga nada, pero yo sé que es porque se mueren por comer de nuevo los pollos asados que hacen en el pueblo de al lado. Los probamos el día que me ayudaron con la mudanza y estaban muy buenos.

Después de comer, mientras nos tomamos el café de la sobremesa, decido contarles con más detalle lo ocurrido con Adrián. Me escuchan atentamente sin interrumpirme, hasta que termino. Puedo ver en sus caras reflejada la indignación que sienten, menos en Álex, porque la de él refleja tal cabreo, que si tuviera a Adrián delante le partía la cara.

—¡Qué hijo de puta! —suelta Ruth sin contenerse más.

—No me he equivocado con él —musita Sara, enfadada—, si es que había algo que me lo decía… —Niega con la cabeza y me mira

—. Siento que haya tenido que pasar esto para que te des cuenta. —Se levanta y me abraza—. Siento no haber podido coger el teléfono cuando me llamaste. Perdóname…

—No me tienes que pedir perdón —contesto emocionada.

—Yo también me siento mal. Si no hubiéramos estado en esa fiesta… —comenta Bea con tristeza.

—Sí. Nosotras pasándolo bien y nuestra amiga hecha polvo… —continua Ruth arrepentida.

Sara deja de abrazarme y me dirijo a estas últimas:

—¡Ey…! No os tenéis que sentir mal. No podíais saber lo que iba a pasar. Y yo tampoco —contesto con tristeza al recordarlo.

—Menos mal que Álex sí contestó —musita Tania—, si no… ¿qué hubiera pasado?

—Pues hubiera esperado lo necesario hasta tranquilizarme para poder conducir. —Intento quitar hierro al asunto, aunque por dentro sigo sintiéndome una mierda.

Cuando anochece, disimulo que estoy bien para que Sara se marche con los demás. Quiere quedarse conmigo, pero necesito estar sola, necesito pensar. Mis amigas me repiten una y otra vez, antes de marcharse, que las llame si lo necesito, sea la hora que sea. También me informan de que me van a llamar todos los días, y en esto último no hay negociación que valga.

Álex es el último de quien me despido. Nos damos un abrazo y aprovecha para susurrarme al oído de forma que las demás no le oigan:

—Lo que siento por ti no va a cambiar nunca.

Le miro desconcertada cuando se aparta de mí y se marcha con las demás. Cierro la puerta de mi casa cuando se cierran las puertas del ascensor y dejo salir las lágrimas que llevo aguantando todo el día.

12
María

Ya ha pasado una semana desde que pasó lo de Adrián, y por supuesto mi traición a Tania acostándome con Álex. Sigo sintiéndome la peor persona del mundo y he estado toda la semana como una zombi. No he salido, apenas he comido, y me paso el día escuchando canciones que dan ganas de cortarse las venas. No tengo ganas de nada, ni siquiera de trabajar, pero no me queda otra que hacerlo. Mis amigas me han estado llamando como prometieron, y he tenido que disimular que estoy bien para que no se presenten en mi casa; sobre todo Sara. Tampoco he vuelto a hablar con Álex. Supongo que me está dando mi espacio para no agobiarme, y se lo agradezco. En cambio, Adrián sí que ha intentado ponerse en contacto conmigo varias veces, pero no he respondido a sus llamadas ni contestado a sus mensajes.

Eva ha intentado quedar conmigo para tomar el café como siempre, pero como no quiero ver a nadie, he intentado darle largas diciéndole que estoy con gripe. Pero no se ha creído nada. Y al presentarse en mi casa, no me ha quedado más remedio que contarle todo por el estado en el que me ha encontrado.

Tras escucharme, me apoya totalmente con el tema de Adrián, pero con lo de Álex no tanto, ya que considera que debo decírselo a Tania. Estoy echa un lio, la verdad, tengo miedo de perder a Tania y que las demás dejen de hablarme también si se enteran; porque

terminarían enterándose seguro. Y puede que todo se vaya a la mierda.

A pesar de todo, Eva entiende por lo que estoy pasando y se preocupa por mí. Desde que se lo he contado, se pasa a verme un par de veces al día para asegurarse que no he hecho ninguna locura, y para ayudarme a salir del estado zombi en el que estoy. Y la verdad es que se lo agradezco de corazón.

Hoy sábado, Sara quería venir a pasar el fin de semana conmigo, pero no la he dejado; no puedo dejar que me vea así. Así que he mentido y le he dicho que tenía planes con Eva. Como siga así, a este paso me voy a hacer una profesional de la mentira. Creo que no he mentido tanto en mi vida.

Eva ha estado conmigo un rato esta tarde antes de irse con una de sus sobrinas de compras. Me ha ofrecido irme con ellas, pero he declinado la oferta; prefiero quedarme en casa.

Cuando termino de fregar las tazas del café que me he tomado con Eva, me pongo un capítulo de The Prince, mi serie coreana favorita. Desde hace un par de días he retomado la serie desde donde la dejé, que fue cuando Adrián dejo de dar señales de vida. Y cuando llevo un par de capítulos vistos, una idea se me pasa por la mente. Pauso el siguiente capitulo que ha empezado y entro en la aplicación de mi banco. Compruebo mis ahorros y, tras hacer unos cálculos mentales, tomo una decisión. Me voy a Corea del Sur.

Sé que es precipitado y quizás una locura, pero creo que es el mejor momento para hacerlo. Así me alejo de todo y de todos un tiempo, para intentar aclararme.

Miro la hora… son las dos de la madrugada. Calculo mentalmente la hora que es en Seúl y sin pensármelo dos veces llamo a Paula por teléfono; me da igual lo que cueste. Al tercer tono, Paula contesta:

—¿María, estás loca? ¡La llamada te va a costar un ojo de la cara! —me regaña nada más descolgar.

—Lo sé, y me da igual. Necesito hablar contigo —respondo con seriedad.

—Vale… —Mi tono le hace saber que algo ocurre para que la llame de esta manera—. Dame cinco minutos y hablamos por zoom.

—Gracias, Paula —musito, y cuelgo.

Enciendo el PC y a los cinco minutos clavados Paula me envía el enlace de zoom para que me una.

—¿Qué ocurre, María? ¿Estás bien? —pregunta preocupada en cuanto me ve por la pantalla.

Le cuento todo con pelos y señales, y como es lógico, alucina, sobre todo con lo de Álex; pero no me juzga. Lo que le preocupa es saber qué tal estoy yo, aunque no me hace falta decírselo porque mis lágrimas le indican que estoy mal… muy mal.

—María, estoy a tu lado para lo que necesites. —Su tono es sincero —. Sé que estamos a muchos kilómetros de distancia, pero en lo que pueda… cuenta conmigo, de verdad.

—Es por eso por lo que te he llamado… —Hago una pausa y tomo aire—. Me lo he pensado y quiero ir a Corea. Quiero visitarlo ahora, cuanto antes, creo que me va a venir bien para desconectar, y necesito que me ayudes a buscar un sitio para quedarme tres meses.

Paula abre mucho los ojos por la noticia. Se queda un instante en silencio, procesando lo que le acabo de decir, y finalmente responde:

—¿Estás segura, María?

—Muy segura… creo que no he estado tan segura en mi vida —respondo tajante.

—Bien… —Hace una pausa—. Te va a parecer raro, pero precisamente hace un par de días, la chica que tenía la otra habitación alquilada se ha marchado. Y en ese momento pensé en ti, y algo me decía que era para ti. Es más, a la propietaria de la casa le pedí que no pusiera el anuncio porque yo tenía a la candidata perfecta, y que se lo confirmaría mañana.

Paula, la primera vez que hablamos, me explicó que vive en una casa independiente, la cual tiene dos habitaciones. Una la tiene alquilada ella, a un precio muy asequible para ser Seúl, y la otra habitación la tenía una chica mexicana. Por lo visto la casa está muy bien situada, cerca del metro y del autobús. Y es una zona tranquila.

—¿Lo dices en serio? —pregunto desconcertada, y Paula asiente con una sonrisa amplia—. ¿Y cómo es que se ha marchado?

—Se ha ido a vivir con su novio coreano.

—Pero… ¿cómo te arriesgas a pedirle a la propietaria que no alquile la habitación? —pregunto confundida—. ¿Y si no llego a llamarte?

—No sé… pero estaba segura de que vendrías. Parecerá una locura, pero no he estado tan segura en mi vida. Entonces, ¿qué? ¿Te animas? —murmura divertida.

No suelo creer mucho en los temas místicos, como el horóscopo, la ley de la atracción y todas estas cosas. Pero viendo a Paula, que

cree y además lo aplica, es para pensárselo.

—¿A ser compañeras de casa? —respondo pensativa.

—¡Sí, claro! —sonríe entusiasmada.

Me quedo pensando un instante y contesto.

—Me arriesgaré. Aunque te aviso, soy bastante maniática con la limpieza y el orden.

—¡Da igual! —Paula da botes de alegría en la silla de tal manera que casi tira el PC al suelo, y no puedo evitar reírme a carcajadas con la situación.

Cuando se serena un poco, fijamos la fecha de mi llegada para el día uno de abril. Así tengo tiempo para pedir la documentación que hace falta y poder dejar todo organizado aquí. También tengo que buscar a alguien para que se quede con Rocky los tres meses que voy a estar en Seúl. Podría llevármelo, como bien me ha dicho Paula, pero prefiero no estresarlo.

Paula se encargará de hablar con la propietaria, y en cuanto sepa cuánto tengo que pagar de depósito, me lo hará saber. Después me informa de que va a hablar con una amiga que trabaja en una aerolínea para intentar conseguir un buen precio en el billete de avión. La verdad es que aún no me creo que esta chica me esté ayudando tanto sin apenas conocerme.

Damos por finalizada la videollamada y, al colgar, pienso que solo quedan tres semanas para estar en Corea del Sur. Este país que tanto he visto reflejado en los k-dramas y que tanto me apetece visitar. Estoy ilusionada, y por primera vez después de estos días de completa depresión, me siento animada. Ahora con lo que me queda

lidiar es con mis amigas, que no sé cómo les va a sentar que me marche tres meses a más de diez mil kilómetros de distancia.

13
María

Ya tengo gestionada toda la documentación que necesito para el viaje, incluido el permiso especial para poder conducir —por si acaso alquilo algún vehículo durante mi estancia—, y también he pedido la excedencia en el trabajo. Después de darle vueltas, he decidido pedirla de seis meses. Aunque solo voy a estar tres meses en Corea, voy a aprovechar el verano para estar tranquila, y pasar más tiempo con mi familia en Denia. La empresa enseguida me ha comunicado que me conceden la excedencia, ya que les estoy avisando con tres semanas de antelación para buscar a alguien que me sustituya.

Paula me llama emocionada para decirme que su amiga ha conseguido un billete de Madrid a Seúl para el día treinta de marzo y haciendo solo una escala en Pekín, a muy buen precio. Por lo visto el asiento es turista premium y me lo deja a precio de turista. La verdad es que no me lo pienso dos veces y le digo que sí. Un vuelo tan largo es mucho mejor hacerlo cómoda, así que le paso todos los datos necesarios para que me lo reserve.

Con la excusa del viaje, casi todos los días hablo con Paula. Así por lo menos mi mente se mantiene ocupada y no pienso ni en Adrián, ni en Álex.

Mis amigas siguen llamándome como me prometieron, para saber cómo estoy. Pero estos últimos días me están agobiando un poco

con el tema de la fiesta del próximo sábado en el bar de copas de Álex y Tania. Quieren que me anime a ir y no estoy por la labor.

El viernes Paula me llama para informarme que el contrato del alquiler de la habitación lo firmaré el día que llegue a Seúl, y que el billete de avión ya está reservado. Paula se asegura también de que tengo gestionada toda la documentación necesaria, y después de aconsejarme qué llevar en la maleta, terminamos la conversación.

Ya solo me queda decírselo a mis amigas, a mi familia, a Eva, y encontrar un sitio para Rocky. Aunque espero que se pueda quedar con Sara, ella siempre se ha hecho cargo de él cuando he salido de viaje. Así que me prometo a mí misma que la semana siguiente sin falta se lo digo a todo el mundo.

Hoy sábado me levanto tarde, ya que no tengo nada especial que hacer. Bueno, hoy es el día de la fiesta de talentos en el bar de Tania y Álex, y definitivamente no voy a ir. No me apetece aparentar que no ha pasado nada. No puedo.

Por la tarde, después de comer, cuando estoy a punto de quedarme dormida en el sofá, llaman al timbre. Medio adormilada me levanto y voy a la puerta. Sin mirar por la mirilla abro y me quedo paralizada al ver que son mis amigas.

—¡Sorpresa! —gritan con énfasis y al unísono.

No sé qué decir… están todas: Sara, Tania, Ruth y Bea. Me observan muy sonrientes, pero al repasarme de arriba abajo, dejan de sonreír. Entonces, Sara mira a las demás y dice:

—¿Veis? —me señala—, os lo dije. Que no está bien. Tenía que haber venido antes.

Me miro la cara en el espejo que tengo justo al lado de la puerta, y la verdad es que estoy horrible, parezco un zombi de la serie The walking dead. Finalmente salgo del estado de parálisis momentánea y consigo hablar:

—¿Qué…? —me aclaro la garganta—. ¿Qué hacéis aquí?

—Pues darte una sorpresa, pero, vamos, que ya veo cómo estas saltando de alegría —contesta Bea con sarcasmo.

—Eh… —titubeo— sí… claro que me hace ilusión. ¡Pasad!

Finjo alegría y mis amigas se miran las unas a las otras con cara de preocupación y, entran. Al cerrar la puerta de entrada me fijo en las maletas pequeñas que traen con ellas y pregunto extrañada:

—¿Y estas maletas?

—Pues… como sospechábamos que sigues mal, y por eso no quieres ir a la fiesta que damos hoy en el bar… —empieza a decir Tania. Intento no mirarla directamente y disimulo haciendo otras cosas, como recoger la taza vacía que tenía encima de la mesa—, hemos decidido venir para obligarte a ir. Y después nos quedaremos todas a dormir en casa de Sara.

La aludida me sonríe y hace el gesto de victoria con dos dedos.

—Os lo agradezco, de verdad, pero estoy bien. Es solo que no me apetece —respondo mientras dejo la taza vacía en la cocina.

—María, no hace falta que disimules. Todas vemos tu cara —murmura Sara, preocupada.

—A ver… Estaba a punto de dormirme, por eso tengo esta cara. Mira que sois dramáticas —intento parecer creíble, riéndome a la vez que entro de nuevo en el salón.

—No cuela —comenta Ruth mientras juega con Rocky en el sofá.

—Lo que vamos a hacer —sigue Bea— es ponernos guapas para la fiesta de hoy, y no hay más que hablar. Ya has sufrido suficiente por el imbécil de Adrián —me ordena.

Me quedo un instante callada. Si supieran que no solo es por Adrián… Las miro y me doy cuenta de que se han molestado en venir porque les importo y quieren animarme. Si no les importara, no estarían aquí, así que solo por eso tengo que hacer el esfuerzo.

—Vaaale —contesto finalmente—, iré a la fiesta.

—¡Bien! —gritan todas a la vez, y se levantan para abrazarme.

—Pero de cantar, nada —les advierto con el dedo una vez me han liberado de su súper abrazo.

—Bueno, eso ya se verá —responde Ruth con una sonrisita burlona.

—Ya se verá, no —contesto seria—, no voy a cantar. No es negociable.

—Vaaale. No, no vas a cantar —responde Sara. Pero noto que me está dando la razón como a los tontos—. Ahora empecemos con el proceso de chapa y pintura, que el tiempo se pasa volando.

—Bueno, yo tengo que darme una ducha primero —informo a mi amiga.

—Si lo que yo os decía, que no está bien —comenta Sara a las demás, preocupada—. ¿Cuándo ha estado María hasta las cinco de la tarde sin ducharse? —Y espera a que responda alguna de las demás.

—Llevas toda la razón —responde Ruth pensativa—, siempre se ducha por la mañana.

—Mira que sois exageradas ¿eh? —Niego con la cabeza—. Si no tenía pensado salir… Por un día que no me duche por la mañana no pasa nada.

—¿Un día…? —Tania levanta una ceja, incrédula—. A saber cuántos días más —comenta divertida.

—¿Sabéis los que os digo? —Las miro entrecerrando los ojos y hago una peineta.

Ellas se ríen a carcajadas ante mi gesto, me doy media vuelta y salgo del salón para ir al baño.

—¡Sí, anda, ve a quitarte las zurrapas! —vocea Bea, y las demás siguen partiéndose de risa.

No puedo evitar sonreír con el comentario. Les encanta meterse conmigo cuando pueden. Claro, que lo mismo hago yo con ellas cuando tengo oportunidad. He de reconocer que me encantan estos momentos de bromas con ellas.

La ducha me sienta fenomenal y me siento de mejor humor. Cuando salgo, mis amigas ya se han encargado de elegir lo que me tengo que poner. Encima de la cama hay un vestido corto, de color gris marengo con brillo. Resulta que es un regalo que me han querido hacer para animarme. Siento que no me lo merezco, pero lo acepto igualmente. Me lo pruebo y, aunque es ajustado, me queda muy bien. Tras discutir con ellas sobre si me pongo medias o leggins, ganan los leggins satinados de color negro que me quedan de muerte. La verdad es que así me despreocupo de que se me vea el culo si se sube un poco el vestido. Esta es una de las cosas malas que tiene tener sobrepeso, que la ropa ajustada tiende a subirse.

Antes de vestirme, Sara se empeña en hacerme las ondas en el pelo con la plancha y Ruth se encarga de maquillarme. Cuando terminan conmigo y me miro al espejo, me quedo alucinada. Las pestañas postizas que me ha puesto me hacen unos ojos impresionantes, junto con la forma en la que me ha aplicado la sombra, que alarga la mirada. Y me encanta cómo quedan las joyas faciales. Ruth se pone a maquillar a Sara y yo aprovecho para vestirme. El look lo termino de combinar con mis botas negras de brillibrilli que tanto me gustan.

Mis amigas al verme no dudan en expresarme lo guapa que estoy, y yo hago lo mismo con ellas: Tania lleva un vestido palabra de honor, súper corto, de color gris metalizado con unas botas negras de tacón alto, que le llegan hasta el muslo. Y su melena rubia, larga hasta la cintura, súper lisa. La verdad es que tiene un cuerpazo de escándalo. Bea ha optado por unos pantalones negros de tiro alto, con un top atado al cuello de color blanco con brillo y una blazer negra. Ruth, por unos leggins negros de cuero, con un corsé de color burdeos y una blazer negra, y Sara va vestida con un vestido recto, que le queda muy bien, de color negro con lentejuelas, y unos zapatos abiertos con plataforma. Todas llevamos joyas faciales puestas de diferente manera, y la verdad es que no vamos a pasar desapercibidas esta noche.

Antes de salir, nos hacemos unas fotos con los looks y un selfie todas juntas que Tania ha subido a las redes para promocionar la fiesta. Cojo la mochila que he preparado con algo de ropa para cambiarme, ya que voy a pasar la noche fuera, y dejo, como siempre, agua y comida a Rocky.

Resulta que mis amigas han venido en dos coches y no entiendo muy bien el por qué. Podían haber venido todas en el coche de Tania, que es el más grande, y así me podía llevar el mío, pero lo han decidido así. Y ahora, para no parecer la comitiva de un entierro, me toca dejar el coche aquí. Nos tenemos que repartir en los coches e intento por todos los medios no tener que ir con Tania a solas, pero mis intentos son en vano, porque finalmente me toca irme con ella. Se las ingenia de tal manera que Sara, Ruth y Bea van en un coche y nosotras dos, solas, en el otro. No sé por qué, pero tengo la sensación de que Tania lo tenía todo pensado desde el principio.

Una vez en el coche nos ponemos en marcha y la música que suena en la radio camufla el silencio incomodo en el que estamos. Entonces, por casualidades de la vida, empieza a sonar la canción Falsos recuerdos de Abraham Mateo con Omar Montes. Aprieto los dientes y blasfemo para mis adentros. Parece que el universo quiere que no me olvide de lo que hice con Álex y que a la persona que tengo al lado la he traicionado. Respiro pausadamente para tranquilizarme y me limito a mirar la carretera.

—María… no hace falta que disimules —comenta de pronto Tania, rompiendo el silencio—. Sé lo que ha pasado.

¿¡Cómo!? ¿Qué es lo que sabe? La miro, y ella está concentrada en la carretera. No sé qué contestar, pero no quiero precipitarme, no vaya a ser que meta la pata y se refiera a otra cosa. Así que me hago la tonta.

—Perdóname, Tania… pero no sé a qué te refieres.

—Sé que Álex y tu habéis follado —suelta de repente con tranquilidad.

Siento cómo palidezco en décimas de segundo. Mi cuerpo se paraliza y no puedo ni pestañear. Mi mente es la única que funciona, porque solo pienso en cómo coño se ha podido enterar. ¿Se lo ha contado Álex? Y si no ha sido él… ¿Cómo se ha enterado? Y si lo sabe… ¿Por qué sigue hablándome y tratándome como una amiga, en vez de mandarme a la mierda?

Por un instante se me pasa por la cabeza negarlo todo, pero no soy una cobarde. Así que lo único que logro decir, sin entrar en pánico, es:

—¿Álex te lo ha contado?

Mi amiga niega con la cabeza sin dejar de mirar a la carretera.

—No. No ha hecho falta. Lo supe en cuanto os vi al día siguiente. —Su tono de voz es calmado—. Tenía sospechas de lo que podía pasar, y al veros, lo supe.

La sangre vuelve a mi rostro, pero los nervios se me han alojado en el estómago.

—¿Sospechas? —susurro.

—Sí. Álex lleva mucho tiempo queriendo tener algo contigo, María. Creo que está enamorado de ti.

Parpadeo, incrédula. Nunca he sospechado nada.

—¿¡Cómo!? —digo una octava más alto—. Eso es imposible, de ti es de quien está enamorado.

—Sí… Básicamente creo que lo está de las dos —me lo dice con tanta tranquilidad que me empiezo a enfadar.

—Pero… ¿cómo que de las dos? ¡Eso es imposible! —Necesito respirar aire fresco, y bajo un poco la ventanilla del coche.

—No es imposible, María. ¿Te acuerdas cuando al principio de conoceros decía que os gustabais?

—Sí, claro… pero solo era amistad. Nos caímos muy bien.

—Solo era amistad por tu parte, por la suya no —sentencia. Me quedo con la boca abierta sin saber qué decir. Y Tania sigue hablando sin quitar ojo a la carretera—: Álex, desde que te conoció, se quedó maravillado. Es como si hubiera tenido un flechazo contigo, lo pude ver en su cara. Siempre que hacíamos planes, me preguntaba si tú ibas a estar, y se le iluminaba la cara cuando le decía que sí. Le observaba cuando hablaba contigo, y se quedaba embobado cuando hablabas. Al principio llegué a tener unos celos horribles e incluso llegué a odiarte por ello. Pero me di cuenta de que tú solo lo veías como un amigo. Por eso cuando afirmé que os gustabais, al ver tu reacción, supe que solo él sentía lo que sentía por ti. Pero llegó un momento en el que estaba harta, nos separamos un tiempo y no se lo dijimos a nadie.

—¿Cuándo estuvisteis separados? —pregunto alucinada por lo que estoy oyendo.

—¿Te acuerdas aquellas clases que pagamos por adelantado de bailes de salón? —Me mira levemente, y vuelve a mirar otra vez a la carretera.

—Sí. Aquellas a las que Sara y tú no fuisteis.

—No fui porque justo el día anterior decidimos darnos un tiempo. Convencí a Sara para que tampoco fuera, y así no se notaba tanto. Quería dejaros solos para ver qué pasaba, bueno, más bien quería

que él se diera cuenta de una vez de que tú no sentías lo mismo por él. Y así fue. Cuando terminaron las clases me llamó, hablamos y volvimos. Después de eso volvió a estar más tranquilo. Bueno… y también porque llegué a un acuerdo con él. Pactamos tener una relación abierta, es decir, que si alguno de los dos quería estar con alguien, podría hacerlo, pero sin que el otro se enterara.

—¿Quieres decir que os podéis liar con otras personas? —pregunto un poco aturdida por todo de lo que me acabo de enterar.

—Exactamente. Desconozco si ha estado con alguna chica más, porque, como he dicho, no quiero saberlo. Pero sé que tú eras lo que más deseaba. Ha esperado su momento y ese momento ha llegado. Quizás si alguna de nosotras te hubiéramos cogido el teléfono… no hubiera pasado. Pero algún día tenía que pasar.

—Tania, yo…

—No tienes que disculparte —me corta—, tú estabas mal por lo que te había pasado. En esos momentos estas más vulnerable y… pasó lo que pasó. No te culpo. Solo quería decírtelo, sé que me has estado evitando porque te sientes mal. Y no quiero que te machaques más por ello. Sé que lo quieres, tanto como yo. Solo te pido que no le des falsas esperanzas.

—¿A qué te refieres? —pregunto confundida.

—Álex es capaz de dejarlo todo por ti. Solo te pido que, si no estás en el mismo punto que él… se lo digas.

—El otro día ya le dije que debían quedarse las cosas como están —murmuro con tristeza—. He pasado unos días horribles, me he sentido una mierda por lo que había hecho. Sobre todo porque te he traicionado a ti como amiga.

—No te sientas mal, de verdad. —Me mira con cariño—. Quiero a Álex, y si su deseo era estar contigo, yo lo acepto. Prefiero mil veces compartir a Álex contigo que con cualquier otra persona, porque sé que lo quieres de verdad. Tu seguirás siendo mi mejor amiga igualmente. Si no, no estaría aquí contigo. —Sonríe y parece una sonrisa sincera.

—Deberías estar enfadada, llamándome de todo y mandándome a la mierda —respondo, todavía sin creerme que le de igual.

—Ya, bueno… Pero nosotras nunca hemos sido normales, ¿no? —Tania sonríe ligeramente y me guiña un ojo.

—De todas formas, lo que ha pasado con Adrián y ahora lo de Álex… me ha agotado mentalmente. Necesito desconectar y he tomado la decisión de irme durante un tiempo, para alejarme de todo.

Tania me mira con preocupación.

—¿Irte a dónde?

—Me voy a Corea del Sur en dos semanas.

—¿¡Corea del Sur!? —dice una octava más alta—. ¿Te vas a ir a vivir allí?

—¡Nooo! Solo me voy tres meses.

Su rostro se suaviza.

—¿Por qué tan lejos? —pregunta confundida.

—Bueno… Es un viaje que quería hacer, y he visto que el mejor momento es este.

—¿Y no pensabas decirnos nada? —me increpa con enfado—. ¿Pensabas largarte y ya está?

—Os lo iba a decir esta semana —contesto un poco avergonzada.

—¿Estás segura de que quieres irte tan lejos tú sola? ¿Y el idioma, qué? ¡Tú no sabes hablar coreano!

—He conocido en TikTok a una chica española que vive allí —explico—, me está ayudando muchísimo. Y vamos a compartir casa.

—¿¡En TikTok!? ¿Me lo estás diciendo en serio?

Tania quita los ojos de la carretera para mirarme con incredulidad.

—Sí, es en serio. Y haz el favor de mirar a la carretera.

Me hace caso y vuelve a mirar la carretera.

—María… en TikTok hay mucho engaño. ¿Y si llegas allí y resulta que es una especie de mafia que secuestra extranjeros para quitarte los órganos y venderlos?

La miro sin dar crédito a lo que oigo.

—Claaaro… —replico—. Y también puede pasar que nos metan a un montón de personas vestidas con el mismo chándal de color verde en un recinto cerrado. Y que en la otra punta del recinto haya una muñeca gigante mirándonos para jugar al escondite inglés, ¡no te jode! —concluyo con sarcasmo.

—Los coreanos son muy raritos —contesta convencida—, nunca se sabe.

—Son personas como nosotras, con sus costumbres, al igual que nosotras tenemos las nuestras.

—Vale, que sí… lo que tú digas —musita poco convencida—. Haz lo que quieras, pero sabes que a Sara no le va a gustar nada que te vayas tan lejos. Ni a Álex.

—Soy consciente de ello, y tendrán que aceptarlo. Solo espero que Sara se quede con Rocky. Es capaz de decirme que no, solo para que no me vaya.

—Le costará entenderlo, pero lo aceptará. Y si no quiere quedarse con Rocky, yo te lo cuido, por eso no te preocupes.

—Muchas gracias, Tania, por todo —contesto emocionada.

Que mi amiga sea tan comprensiva, me emociona. Y no sé hasta qué punto me merezco que lo sea. El resto del camino intento asimilar lo que me ha contado sobre su relación abierta con Álex. Nunca pensé encontrarme en medio de una relación así. De todas formas, tengo que hacer entender a Álex que lo que hicimos no puede volver a repetirse. No me siento cómoda liándome con el novio de mi amiga, por muy consentido que sea. Álex tiene que darse cuenta de la persona tan maravillosa que tiene a su lado y valorarla como se merece. Por eso creo que alejarme unos meses nos va a beneficiar a todos.

14
María

Cuando llegamos a el No Limits, el bar de copas de Tania y Álex, me quedo boquiabierta al ver la cantidad de gente que hay. Hay tanta gente que casi nos cuesta entrar dentro. Parece ser que la promoción que han hecho de la fiesta ha funcionado muy bien.

Tania está súper emocionada, y se ausenta un momento para preparar todo y dar comienzo a la fiesta de talentos. Al fondo a la derecha veo a Álex concentrado, mirando el PC dentro de la cabina de DJ… Debería acercarme y saludarlo, pero no lo hago, no quiero interrumpirle, y en parte me da un poco de vergüenza. La gente que está a nuestro alrededor disfruta cantando y bailando la canción Llorando en el lambo de Lérica con Daviles de Novelda y Mar de Lucas, que suena por los altavoces, y nosotras nos unimos también.

Me doy cuenta de que en la barra hay una persona más, que no conozco, sirviendo copas. Normalmente solo tienen a Jorge, que es amigo de Álex desde que eran pequeños, y Tania suele estar con él en la barra sirviendo copas, pero hoy no. Seguro que es para poder disfrutar de la fiesta junto a nosotras. Nos acercamos a la barra para saludar a Jorge, y de paso pedimos unos gin-tonics para empezar a entonarnos. De pronto Tania aparece repartiendo una especie de palas de ping-pong de cartón. Uno de los lados es de color verde con una mano en el centro con el pulgar hacia arriba dibujado y el otro lado es rojo con una mano con el pulgar hacia abajo. Mi amiga

vuelve a desaparecer tras dejar las palas que sobran dentro de la barra, pero antes nos avisa de que en diez minutos empieza la fiesta.

Nosotras, Sara, Bea, Ruth y yo, mientras tanto disfrutamos de la música con nuestra copa en la mano. Álex, que ya se ha percatado de nuestra presencia, se acerca a nosotras para saludarnos. En primer lugar, da un abrazo a Sara, después a Bea, otro a Ruth y a mí me deja la última. Cuando me abraza, me aprieta fuerte contra él y noto cómo aspira mi perfume. Antes de separarse, me susurra al oído que estoy preciosa, provocándome un escalofrío que recorre todo mi cuerpo.

Cuando se separa, no logro decir nada, me limito a sonreír, un poco avergonzada. Menos mal que nadie se da cuenta gracias a las luces tenues de local. Álex mira su móvil, y, tras guiñarme un ojo, se da media vuelta y vuelve a la cabina de DJ. A los dos minutos se apagan la música y los focos, y solo se queda encendido un foco blanco que apunta directamente al escenario que han puesto justo al lado de la cabina donde está Álex; el cual no me he dado cuenta de que estaba hasta ahora. Tania se sube al escenario con su deslumbrante vestido plateado con un micrófono en la mano y comienza a hablar:

—¡Bienvenidos y bienvenidas al No Limits! —La gente aplaude y vitorea animada. Tania espera a que cesen los aplausos y sigue—: Hemos preparado una fiesta que va a ser difícil de olvidar. Como sabemos que muchos y muchas ocultáis una gran voz… ¡Hoy es el día para que subáis aquí a demostrarlo! —Más vítores y aplausos a los cuales nosotras nos unimos—. Hoy no vale tener vergüenza, ¡la

vergüenza en el No Limits no existe! —De nuevo, más aplausos y vítores, la gente está súper emocionada y nosotras también. No conocía esta faceta de Tania—. Por eso quien quiera subir aquí, a demostrar lo que vale, deberá pasar por la cabina donde está Álex. —Tania lo señala y este saluda sonriente—. Y podrá pedirle la canción que quiera cantar. Tenemos un amplio catálogo de canciones, así que no os preocupéis, porque seguro que podréis cantar la que queréis. Y la letra aparecerá en la pantalla que hay en la pared de enfrente. —Prácticamente todos los que estamos en el bar nos giramos para mirar la pantalla—. Y ahora os preguntaréis para qué sirven las paletas de cartón que he repartido —prosigue mi amiga—. Cuando acabe la actuación de la persona valiente que esté aquí, votareis si os ha gustado o no. Y, ahora, sin más demora… ¡damos comienzo a la fiesta No limits Talent!

Detrás de mi amiga se encienden unas luces de neón rosa, en las que se puede leer «No Limits Talent» y comienza a sonar la melodía de la canción Madrid City de Ana Mena. Mi amiga comienza a moverse sensualmente por el escenario mientras canta. La gente está emocionada al ver cómo se mueve y nosotras estamos flipando. Tania siempre ha sido muy extrovertida y echada para adelante, pero no pensábamos que también se le diera tan bien bailar. Y cantar… bueno, no lo hace mal.

Cuando termina la canción, nosotras y el resto de los asistentes valoramos la actuación levantando nuestras paletas y todas muestran el color verde. Tania, tras dar las gracias, baja del escenario para reunirse con nosotras. Hacemos un sándwich con ella al abrazarla todas juntas y le decimos lo bien que lo ha hecho.

Enseguida vuelve a sonar la música por que otra persona se ha animado a cantar.

—Tenéis que animaros y subir a cantar. ¡Menudo subidón! —nos comenta Tania feliz, con la respiración aún agitada por la actuación.

—Conmigo no cuentes —contesto rápidamente, negando con el dedo índice, y acto seguido le doy un sorbo a mi gin-tonic.

—Ya verás como subes —responde convencida.

Se puede poner todo lo tonta que quiera, pero no voy a subir a cantar. A parte de que me da una vergüenza de la hostia que sepan que sé cantar, anímicamente no me encuentro en mi mejor momento.

Álex le hace una señal a Tania desde la cabina, que está a punto de beberse un chupito de tequila, para que se acerque. Mi amiga, tras tomarse el chupito, se acerca a su novio, y tras intercambiar unas palabras vuelve a subir al escenario y presenta a unos chicos que quieren cantar. Son tres y se van a animar con As long as you love me de mi grupo favorito de la adolescencia, los Back Street Boys. La verdad es que no lo hacen mal, pero el inglés no es su fuerte. Eso sí, la coreografía se ve que la tienen más que ensayada. Cuando terminan, decido aprobarles porque se han esforzado.

Después de estos chicos, hay una actuación tras otra. La gente deja la vergüenza a un lado, y aunque canten bien o canten regular, deciden subirse a darlo todo, y eso es admirable. La verdad es que la fiesta está siendo un completo éxito, los camareros no paran de servir copas, y el local sigue lleno. Han cantado canciones de todo tipo de cantantes como: Raphael, Rocío Jurado, Manolo García, Chayanne, David Bisbal, Rosalía y un largo etcétera.

Y no sé cómo… porque no me he dado cuenta cuando han desaparecido de mi lado, veo en el escenario a Bea y Ruth preparadas para cantar Yo quiero bailar del dúo Sonia y Serena. Mis dos amigas hacen un intento de coreografía, pero va cada una por su lado, y se pasan media actuación riéndose a carcajadas. Estas dos son de lo que no hay.

Entonces, voy a hacer un comentario a Sara, y me doy cuenta de que estoy sola. Pienso que habrá ido al baño, pero cuando terminan las locas de Ruth y Bea de dar la nota, Sara es la siguiente que sube al escenario para cantar. Yo me quedo alucinada al verla ahí arriba. Tania la presenta, y comienza a sonar la melodía de la canción Se fue de Laura Pausini, que es precisamente su cantante favorita. Ruth, Tania y Bea se quedan con ella en el escenario mientras canta, y le hacen los coros. Mi amiga está muerta de vergüenza, pero poco a poco se suelta más y disfruta de la canción. Tania me mira y me dice con gestos que me una a ellas, pero niego con la cabeza y me quedo donde estoy. La gente aplaude animada a Sara cuando termina, y solo se ven paletas de color verde. La verdad es que ha cantado bien, su voz es agradable y me siento muy orgullosa de ella. Sara, muerta de vergüenza, saluda tímidamente y baja corriendo del escenario junto a las demás.

Todas se reúnen conmigo, incluida Tania, porque ahora mismo no hay previsto que suba nadie más al escenario para presentar, y Álex sigue poniendo música para que la gente se lo siga pasando bien.

Sara se sonroja cuando la felicito por la actuación, y Bea y Ruth protestan porque a ellas no les he dicho nada.

—Qué queréis que os diga… ¿que lo habéis hecho bien? Pues no. Si dieran un premio a las más sinvergüenzas en el escenario, seguro que vosotras os lo llevabais —les digo con toda la sinceridad del mundo.

—¡Nuestra actuación ha sido la mejor! —contesta orgullosa Bea chocando la mano a Ruth. Estas dos no tienen abuela.

—Solo faltas tú —me pincha Tania con una sonrisita.

—Me voy a mear —contesto haciéndome la loca.

Si me quedo van a empezar a pincharme todas para que cante, y me voy a terminar cabreando.

Camino hacia la entrada del baño como puedo, hay mucha gente y tengo que pedir permiso para poder avanzar hacia el acceso a los baños. Entonces, cuando estoy a escasos tres metros, lo veo… es Adrián. Está apoyado en la pared cerca de la entrada del baño y está tan guapo como siempre, con unos vaqueros azules y una camisa blanca que le quedan de muerte. No está solo. Está con dos de sus amigos; Raúl y Diego. Y los tres hablan animadamente mientras se beben unas cervezas.

Me quedo paralizada donde estoy, pensando en qué hacer. Si quiero pasar al baño, sí o sí tengo que pasar por su lado. Puedo hacerme la despistada e ignorar que está allí, pero no tengo el suficiente valor. Así que lo que hago es darme media vuelta, y en vez de ir hacia donde están mis amigas, me voy con Álex, que al verme me sonríe y me deja un hueco para que me ponga a su lado.

—Hola, preciosa. ¿Te lo estás pasando bien? —Me mira con ternura, con sus preciosos ojos verdes.

—Sí… es una fiesta genial. Y a la gente parece gustarle —contesto sin mucho ánimo, y mis ojos se van instintivamente hacia Adrián.

—Está siendo un éxito, los camareros me han dicho que estamos haciendo muy buena caja. —Entonces Álex se percata de que no le estoy prestando mucha atención—. María… ¿estás bien? —pregunta preocupado.

—Sí, claro —miento.

Pero Álex, no muy convencido por mi respuesta, mira hacia donde segundos antes he estado mirando, y se percata de la presencia de Adrián.

—María… —Me mira fijamente—… si quieres lo echo del local.

—No… no hace falta. Es solo que no esperaba verle aquí —murmuro con tristeza.

—Ven aquí…

Álex me abraza fuerte y yo le correspondo. Lo necesitaba.

Nos deshacemos del abrazo y me quedo un rato allí, a su lado, viendo cómo pone una canción tras otra. Observo cómo Adrián se ríe con sus amigos, y no parece muy afectado. Me viene a la mente la imagen de él llorando, pidiéndome que no me marchara, y verle ahora así me revienta. Soy una estúpida por seguir mal por él. De pronto siento que quiero hacer lo que llevo negando toda la noche.

—Álex… quiero salir a cantar.

Se me queda mirando sorprendido por mi arrebato y pregunta:

—¿Estás segura?

Me lo pienso un instante, y finalmente asiento convencida.

—Sí. Quiero hacerlo.

Le pido que me deje buscar la canción que quiero y tras encontrarla se la enseño.

—¿Estás segura de que quieres cantar esta canción? —pregunta poco convencido.

—Segura —respondo.

Sé que he dicho que no iba a cantar, pero de pronto me apetece hacerlo. Quizás sea porque quiero demostrarle a Adrián que no estoy hundida y que sigo adelante con mi vida. No lo sé.

—Como quieras, tú mandas. —Álex prepara el tema que le he pedido—. Espera, voy a llamar a Tania para que te presente. —Y antes de que levante la mano, le freno.

—¡No! Mejor no. Subo directamente.

Salgo de la cabina y me dirijo al escenario.

—¡Pero, María…! —grita Álex, pero no hago caso.

La música que estaba sonando cesa y se queda el local en silencio. La gente me mira preguntándose qué es lo que hago ahí subida. Puedo ver a mis amigas, que me miran desconcertadas, y a Adrián, que ahora sí que se ha percatado de mi presencia, y me mira con el semblante serio. Me coloco el micrófono a mi altura y respiro hondo. Oigo a la gente murmurar y las luces se apagan, dejando solo un foco que apunta hacia mí; de la misma forma que iluminaba a Tania al principio de la fiesta. Entonces la melodía empieza a sonar…

Estoy muy nerviosa. Cierro los ojos y comienzo a cantar The Climb de Miley Cyrus. Mantengo los ojos cerrados, porque me ayuda a imaginar que no hay nadie a mi alrededor mirándome, y canto cada estrofa con el mismo sentimiento con el que lo hago cuando estoy a

solas. Proyectando cada frase, cada palabra… Haciendo saber que, a pesar de los obstáculos y las decepciones, voy a seguir adelante.

«There´s always gonna be another mountain. I´m always gonna wanna make it move»
(Siempre va a haber otra montaña. Siempre voy a intentar que se mueva)
«Always gonna be an uphill battle. Sometimes I´m gonna have to lose»
(Siempre va a haber una batalla cuesta arriba. A veces voy a tener que perder)
«Ain't about how fast I get there.
Ain't about what's waiting on the other side…»
(No se trata de lo rápido que llegue allí. No se trata de lo rápido que llegue al otro lado)
«It's the climb…»
(Es la subida)

Cuando termino el primer estribillo y sigo con la canción, abro los ojos. Los focos ya no solo me alumbran a mí, el juego de luces de colores ilumina todo el local y veo que la gente me mira maravillada, moviéndose al son de la música. Veo caras de emoción al escucharme cantar, entre ellas, las caras de mis amigas, que son una mezcla de asombro y emoción. Me giro un momento para mirar a Álex, que tiene las manos en la cabeza y sonríe alucinado. Y por último miro a Adrián, que sigue apoyado en la pared, mirándome

fijamente. Creo que ha captado que el mensaje que estoy lanzando con esta canción es para él.

Cuando vuelvo a cantar el estribillo, el público del local alza los móviles con las linternas encendidas y los mueven de un lado a otro al compás de la melodía. Yo me siento cada vez mejor, ¡me siento viva! Demuestro todo mi potencial a todos los aquí presentes, y los nervios que tenía, hace rato que han desaparecido.

«It's the climb…»

Alargo la nota y la gente grita y aplaude entusiasmada. Y las lágrimas luchan por salir de la emoción del momento.

Cuando finalizo la canción, he conseguido retener las lágrimas. La gente aplaude y vitorea con fervor, y me siento muy agradecida por ello. Mientras doy las gracias todavía subida al escenario, veo a algunas personas que se limpian las lágrimas, y entre ellas está mi amiga Sara. Finalmente, rompo a llorar al sentir el calor de la gente. Nunca pensé que gustara tanto oírme cantar, hasta el punto de emocionar.

Bajo del escenario limpiándome las lágrimas, y la gente me felicita cuando paso por su lado, diciéndome cosas como: «¡Eres la hostia!» o «¡Avisa cuando des un concierto!».

Cuando consigo abrirme paso entre la gente y reunirme con mis amigas, lo primero que hacen es abrazarme una a una con fuerza. Están orgullosas de mí. Pero después me regañan por haber mantenido en secreto mi faceta de cantante.

Estoy intentando explicarles por qué no se lo he contado en todos estos años, cuando noto una mano en mi hombro y, al darme la vuelta, veo que es Adrián. Mis amigas, que no se han percatado de su presencia hasta este momento, en cuanto ven que es él, se ponen delante de mí al instante, sobre todo Sara, que se encara con él.

—¡No sé cómo tienes los santos huevos a acercarte a ella después de lo que le has hecho! —grita Sara furiosa.

Su intención es la de soltarle un bofetón, pero Tania y Ruth la sujetan antes de alcanzarle. Adrián ignora a mi amiga, que sigue intentando zafarse para ir a por él.

—María, por favor… —Intenta hacer contacto visual conmigo, pero Sara y Bea están delante de mí y no le dejan—. ¿Podemos mantener una conversación de adultos, sin que tus amigas estén en medio?

—Ella no tiene nada que hablar contigo, machote. Vete por donde has venido —bufa Bea con toda su mala leche. Después, mi amiga me mira a mi—. Le partimos las piernas… Solo tienes que decirlo.

—María, por favor… hablemos —me suplica Adrián—. Concédeme unos minutos, por favor.

Las personas que están a nuestro lado, debido al follón que se ha montado en un segundo, nos miran confundidos. Álex que también ha visto la que se ha montado, se acerca para averiguar qué es lo que pasa.

—¿Qué ocurre? —pregunta Álex a Tania, que aún sujeta a Sara, y Sara sigue forcejeando para soltarse. Como no puede, lleva un rato soltando insultos por la boca. Yo sigo medio escondida, sin dar crédito a lo que está pasando.

—Adrián quiere hablar con María —comenta Tania a su novio con toda la naturalidad del mundo—. Sara le quiere dar una paliza, y Bea partirle las piernas.

La cara de mi amigo es un poema cuando recibe toda la información. Explicado así, da la sensación de que mis amigas son un poco macarras.

—Será mejor que te marches —le pide Álex a Adrián con seriedad, y en tono conciliador.

Adrián consigue hacer contacto visual conmigo y puedo leer en sus labios cómo dice «por favor» otra vez. Entonces, harta de la situación, salgo de mi escondite y grito:

—¡Basta ya! —Sara deja de forcejear y todos me miran desconcertados—. Sara, deja de comportarte como una energúmena, por favor. No pasa nada, es solo una conversación, ¿vale? —Después me dirijo a Bea—: Bea, te lo agradezco, pero no hace falta partir las piernas a nadie. —Y, por último, miro a Álex—. Confía en mi… nos vamos fuera a hablar, ¿de acuerdo?

Álex asiente resignado.

Miro a Adrián y hago un movimiento con la cabeza para que me siga. Antes de irnos, Sara le lanza una advertencia:

—Cuidadito con lo que haces. —Se lo dice de una manera que me da miedo hasta a mí. Y, abriéndome paso entre la gente, que aún sigue estupefacta por lo que acaba de pasar, salgo a la calle con Adrián.

15
María

Una vez fuera, me alejo un poco de la entrada del bar para estar más tranquilos, y Adrián me sigue sin decir ni una palabra. Cuando encuentro un sitio que me gusta, me doy la vuelta, le miro con desdén y me cruzo de brazos.

—Tú dirás —espeto de manera fría y distante.

—Estás preciosa…

—Gracias. ¿Algo más? —digo sin cambiar de actitud.

—Tu voz es impresionante. Sabía que cantabas bien, desde aquel día en el coche de camino a Toledo, pero hoy me has dejado sin palabras. Lo has hecho genial. —Sonríe levemente.

—¿Para esto querías que habláramos? —contesto molesta—. Será mejor que vuelva dentro… —Me muevo para irme, pero Adrián me frena cogiéndome la mano.

—No, por favor… no te vayas. Quiero explicarte lo que sucedió.

—No me hace falta, ya me quedó claro aquel día.

Me suelto de su agarre con brusquedad y él suspira.

—Por favor… —Sus ojos color miel me miran suplicantes.

Respiro hondo y decido quedarme, cruzándome de brazos. Soy una blanda.

—Está bien…

—Gracias. —Se queda un instante callado, como si estuviera pensando en cómo empezar, y sigue—: Cuando nos conocimos,

Clara era mi novia. Pero empezaste a gustarme, y, después de nuestra primera cita, lo dejé con ella. No se lo tomó muy bien, pero aceptó mi decisión. Sé que ella estuvo saliendo con un chico durante un tiempo, pero le dejó al cabo de unos meses. Cuando dejaste de llamarme y escribirme, el tiempo que estuviste desaparecida…

—Sabías de sobra dónde estaba —le interrumpo, molesta—. Cuando quisiste, bien que viniste a buscarme. Además, también me podías haber llamado tú, pero te dio igual durante casi dos meses.

—Llevas razón, creí que no eras importante para mí, y por eso no hice nada. En ese tiempo, mis padres hicieron una fiesta por su aniversario e invitaron a mucha gente, y entre esa gente estaba Clara. Mis padres siempre la han tenido aprecio, y también lo hicieron porque querían que volviera con ella. En esa fiesta hablamos… y nos acabamos liando. Yo no quería nada más con ella, pero no dejó de llamarme y escribirme después de eso. Quedé un par de veces más con ella, y, no sé cómo, mis padres se enteraron. Creyeron que estábamos otra vez saliendo juntos y no lo desmentí. Los domingos mi madre nos invitaba a comer, y al verlos tan felices, no me atreví a decirles que no estábamos juntos.

—¡Qué bonito! —exclamo con ironía.

—Pero realmente quien estaba 24/7 en mi mente eras tú —prosigue, ignorando mi comentario—. Me acostaba pensando en ti, y me levantaba con la esperanza de tener un mensaje tuyo. Entonces, un día, decidí echarle huevos y fue cuando me presenté en tu casa. Me pareció violento llamar al timbre, y por eso te llamé por teléfono. Si me contestabas, había una esperanza… y contestaste.

—En qué hora te cogí el teléfono… —me lamento arrepentida.

Adrián parece no escuchar mi comentario. Su mirada está perdida en un punto fijo y prosigue en su relato.

—Desde ese día fui el hombre más feliz del planeta. Volvía a estar contigo y no quería nada más. Pero mi error fue no dejar oficialmente a Clara. Creí que ella seguía el juego de ser mi novia por mis padres, pero no fue así; ella de verdad creía que estábamos saliendo. Cuando volvimos de París, recibí una llamada de mi madre. Quería que me pasara por su casa, y eso hice. Cuando llegue a casa de mis padres, mi sorpresa fue ver que Clara estaba con ellos, y les había contado que la estaba engañando. La muy hija de puta me había puesto un detective. —Adrián aprieta la mandíbula y los puños de rabia—. Por eso ella ya te conocía. Después de eso, mi madre sufrió un pequeño ictus. —Se me hiela la sangre al escuchar esto, sé muy bien lo que es porque mi padre tuvo dos y con el segundo, no sobrevivió—. Mi madre estuvo ingresada varios días. No le dio muy fuerte, así que no le han quedado secuelas. Por eso el fin de semana que te dije que tenía que ir a Barcelona, realmente estaba en el hospital con mi madre. —Adrián deja de mirar al punto fijo y me mira a mí—. Los médicos nos dijeron que debía tener tranquilidad a partir de ese momento, y nada de disgustos. Mi madre no paraba de hablarme de Clara y de decirme que teníamos que estar juntos. Así que, por no disgustarla… mentí, y le dije que estaba otra vez con ella. A Clara le dejé claro que solo era algo temporal, pero que se hiciera a la idea de que no estábamos juntos en realidad; pero pensó lo que le dio la gana. El sábado que fui a verte sin avisar fue porque no podía más, te necesitaba. Le hice creer que tenía una reunión, por si le iba con el cuento a mi madre. Y el día que te presentaste en

mi casa… —Hace una pausa y suspira—… iba a cortar con ella definitivamente, para después hacérselo saber a mis padres. Pero no sé cómo, me convenció para acostarme con ella una última vez. Y entonces… apareciste tú.

Me quedo callada unos segundos para procesar toda la información, y finalmente hablo.

—Quiero creerte, de verdad que quiero… pero no puedo. Me has mentido. Lo único que me creo es lo de tu madre. No creo que seas tan retorcido como para inventarte eso. Después de todo lo que ha pasado, siempre voy a tener esa desconfianza hacia ti.

Adrián acorta la distancia entre nosotros, posa sus manos en mi cara y pega su frente contra la mía.

—María, yo… —titubea—, yo te quiero. Eres el amor de mi vida y te prometo que nunca te voy a volver a mentir. He pensado muchas veces en ir a tu casa para contarte todo esto, pero no me he atrevido. Tenía miedo de que no quisieras escucharme. Y al ver la publicación de tu amiga Tania en redes sociales, y saber que ibas a estar aquí, he decidido venir. Te necesito, María… necesito que vuelvas conmigo. Perdóname, por favor…

Mi corazón late desbocado. Cierro los ojos y respiro hondo. Cuando los abro de nuevo, confieso:

—No puedo… Es mejor que estemos separados.

Adrián acerca sus labios a los míos y me besa. Al principio no hago nada, mantengo mis labios quietos. Pero Adrián sigue moviendo los suyos y termino cediendo. Le devuelvo el beso, saboreando sus labios dulces y carnosos, pero me doy cuenta de que no puedo seguir con esto. Y me aparto lentamente, terminando el beso.

—No puedo… lo siento. Es lo mejor para los dos.

—No digas tonterías —susurra, cogiéndome de la nuca y acercándome a él con brusquedad—, lo estas deseando…

Me vuelve a besar, pero esta vez con fiereza. Intento apartarle porque me está haciendo daño, pero no puedo, es mucho más fuerte que yo. Aparto la cara, pero me vuelve a obligar.

—¡Déjame! —consigo gritar cuando hago otro intento de apartarme.

Entonces oigo una voz familiar.

—¡Déjala en paz! —Es Álex, que aparta a Adrián de mí y lo empuja —. ¿¡Qué parte del «déjame» no has entendido!? —le grita Álex furioso.

Yo me quedo paralizada por el comportamiento de Adrián. Nunca había hecho nada parecido en el tiempo que hemos estado juntos.

—¿Y a ti qué te importa lo que yo haga? —Adrián se encara a Álex —. María es mía, y lo que haga con ella no te incumbe.

—En primer lugar: María no es de nadie —espeta Álex—. Y, en segundo lugar: no puedes obligar a una persona a que haga lo que tú quieres. Te aconsejo que te vayas y la dejes en paz, si no quieres meterte en problemas.

Creo que se refiere a que si no me deja en paz, le va a denunciar a la policía.

—Tú lo que quieres es que me aleje para follártela tú, ¿verdad? Es lo que siempre has querido. He visto cómo la miras cuando estás a su lado —dice Adrián con una sonrisita maliciosa. Le observa durante unos segundos y comenta—: A no ser que ya te la hayas follado… —

Adrián se queda pensando un segundo y me mira a mí—. ¡¿Te lo has follado y por eso no quieres volver conmigo?! —espeta con ira.

—Lo que yo haga con mi vida —consigo contestar—, ni te va ni te viene. Si tenía alguna duda sobre ti, con lo que acaba de pasar, se me han disipado todas. ¡Vete! —grito—. ¡No quiero volver a verte en la vida!

Le miro con furia. Me aguanta la mirada unos segundos, y finalmente se rinde.

—Está bien… como quieras. Que seáis muy felices —murmura con sarcasmo mientras se da la vuelta y camina calle abajo.

Me quedo mirando cómo se va, y cuando desaparece de mi vista, rompo a llorar. Álex enseguida me abraza. Si no llega a ser por él, no sé lo lejos que podría haber llegado Adrián. Siempre había sido atento conmigo, y no entiendo qué le ha pasado. Realmente me ha dado miedo. Espero que se dé cuenta de lo que ha hecho y nunca lo vuelva a hacer.

—Muchas gracias por estar ahí para protegerme —musito mientras me separo para mirarle a los ojos.

—No me tienes que agradecer nada. —Sonríe ligeramente mientras limpia una lagrima que aún queda en mi rostro—. He salido a buscarte porque Tania me lo ha pedido. Cuando os he visto besándoos me he dado la vuelta para volver al bar, pero luego te he escuchado gritar, y al ver que te estaba forzando, no he dudado ni un segundo. Si no llego a intervenir, no sé lo que hubiera pasado.

Su rostro se ensombrece al imaginar lo peor.

—No sé por qué se ha comportado así… —murmuro con tristeza a la vez que confundida.

—María, es decisión tuya. Pero quizás deberías denunciarlo.

Me quedo pensativa un instante.

—No creo que lo vuelva a hacer… La desesperación seguro que le ha jugado una mala pasada.

—Esperemos que sea así, María, esperemos que sea así…

Nos quedamos unos minutos más en el frio de la noche hasta tranquilizarme del todo. Después, volvemos al bar y pongo a mis amigas al día de todo lo que me ha contado Adrián, pero omito lo que ha ocurrido después; no quiero que se preocupen más. Intento disfrutar de lo que queda de fiesta de la mejor manera que puedo sin levantar sospechas.

A las tres y media de la madrugada damos por finalizada la fiesta. Ayudamos a Álex y a Tania a recoger, y cerramos el bar. Las chicas nos vamos a quedar en casa de Sara a dormir, así que Álex se va a casa solo. Pero quedamos con él para que venga al día siguiente a comer a casa de Sara la magnífica paella que vamos a preparar.

Al llegar a casa de mi amiga, tras ponernos el pijama y lavarnos los dientes, nos divertimos recordando anécdotas del pasado. Y a la hora y media nos quedamos todas juntas dormidas en la cama de Sara.

A día siguiente, nos ponemos a preparar la paella entre todas. Bueno, más bien entre Sara y yo, porque las demás solo se limitan a ver cómo cocinamos, mientras se beben unas cervezas y picotean de los aperitivos que hemos sacado. Siempre nos toca a Sara o a mí hacer este tipo de comidas, porque, aunque las demás se defienden algo en la cocina, no saben cocinar tanto como nosotras. En cuanto

llega Álex con el casco de la moto en una mano, y con una bandeja de pasteles en la otra, echamos el arroz. A la media hora, tras haber reposado el arroz unos cinco minutos, nos sentamos a la mesa para disfrutar la paella. Que no es porque la haya hecho yo, pero ha quedado espectacular.

Después, cuando estamos disfrutando del café y los pasteles que ha traído Álex, me armo de valor y les cuento lo de mi viaje a Corea del Sur. Como era de esperar, a Sara no le sienta nada bien la noticia.

—¿¡Pero estás loca!? ¿¡Cómo te vas a ir tú sola tres meses tan lejos!? —me grita con la cara desencajada.

Creo que acabo de provocar que se le revuelvan los pasteles en el estómago junto con la paella.

—No pasa nada, Sara, Corea es como cualquier otro país —contesto con tranquilidad—. Además, no voy a estar sola, Paula va a estar conmigo.

—¡Ja! —suelta con sarcasmo—. Paula… Una chica que no conocemos y a saber si es de verdad o no.

—Joder… —musito con cansancio—, otra igual que Tania.

Mi comentario hace que Sara y Álex fulminen con la mirada a la aludida.

—¿¡Tú lo sabías y no has dicho nada!? —le increpa Sara con furia.

—Eh, eh, eh, relaja… —Tania mueve las manos de arriba a abajo suavemente para que baje la intensidad—… que yo me enteré ayer. Además, es ella quien tenía que contarlo, no yo. Ya la avisé de que no te iba a sentar bien la noticia.

—¿Pero en Corea no es donde está el grillao ese de los misiles? —pregunta Ruth con la boca llena por un pastel que se acaba de meter en la boca.

—No son misiles, es armamento nuclear, lerda —la corrige Bea.

—i¿Y qué más da?! —protesta Ruth—. El caso es que se va a ahí, ¿no?

—Nooo —la corrige Bea otra vez—. Ella va a Corea del Sur, que son los enemigos del grillao que tú dices.

—Ah, vale —contesta Ruth pensativa—. Del país del que eran los tíos buenos del otro día, ¿no?

—¡Exacto! —le responde Bea sonriente a la vez que chasquea los dedos.

Ellas dos se entienden a la perfección, y yo sonrío al escucharlas.

—¿Por qué el viaje es tan repentino? —pregunta Álex. Sus ojos verdes reflejan la tristeza que siente por la noticia.

—Tenía en mente hacer este viaje, y después de lo que ha pasado… —respondo—. Creo que es el mejor momento para desconectar. Además, por lo visto es muy bonito verlo en primavera, y me apetece comprobar si es verdad.

—¿Y Rocky? —me pregunta Sara algo más calmada—. ¿Qué vas a hacer con él?

La miro con cara de pena, como el gato con botas de la película Shrek.

—He pensado que podías quedártelo tú estos tres meses. Él ya está acostumbrado a ti…

Sara se queda un instante en silencio, con cara de enfado, para hacerme sufrir.

—Está bien —contesta finalmente, con un resoplido—, el animal no tiene la culpa de tener una dueña tan inconsciente de irse tres meses a un país que está a tomar por culo. —La miro emocionada y articulo un «gracias» sin sonido—. ¿Y crees que sería posible hablar con la tal Paula esa antes de que te vayas?

—Sí…creo que sí. —Calculo la hora que es en este momento en Seúl—. Hoy no es posible, porque allí ahora es de madrugada, pero, si quieres, el fin de semana que viene lo organizamos y hablamos con ella por zoom.

Parece que Sara se queda algo más conforme, y pasamos el resto del tiempo hablando de mi viaje y demás banalidades de la vida. Álex no habla mucho, se limita a mirarme, y puedo ver que le ha sentado como una patada en el estómago lo del viaje.

Se me pasa el tiempo volando con tanta charleta, pero está anocheciendo, y alguna me tiene que llevar a casa. Si me hubieran dejado traer mi coche, no tendría este problema ahora. En cuanto les comunico que me tengo que ir, todas se ofrecen a llevarme a casa, y entran en una discusión para decidir quién me lleva. Yo me mantengo al margen porque me da igual quien lo haga, pero si esto se alarga mucho, pido un VTC o un taxi, y santas pascuas. Entonces Álex, que se ha mantenido en silencio hasta ahora, interviene:

—La llevo yo —comenta con rotundidad.

Mis amigas le miran y dejan de discutir al instante.

—No hace falta, de verdad —intervengo—, pido un taxi. Tampoco será tan caro el viaje.

Álex me mira, clavando sus ojos verdes de tal forma que me intimida.

—Te llevo yo. —Me deja claro con su forma de decirlo que es un hecho, y no hay más discusión.

Miro a Tania confundida, y ella asiente ligeramente con la cabeza. ¿Me está dando su beneplácito para que acepte?

—Está bien —contesto finalmente—, pues vámonos ya, para que no se te haga tan tarde al volver.

Cojo la mochila con la ropa de la noche anterior, y me despido de mis amigas con muchos besos y abrazos. Tania, al abrazarme, me dice al oído:

—Tranquila, no te preocupes, estoy bien. Que pase lo que tenga que pasar.

Me separo de ella y la miro confundida. ¿Me está diciendo que, si vuelve a pasar algo entre Álex y yo, no pasa nada? Madre mía… ¿En serio?

Álex me coge la mochila y hace un movimiento de cabeza para que salgamos. Una vez en el ascensor, me doy cuenta de que ha venido en moto.

—¿Vamos a ir en tu moto? —pregunto mirando el casco.

—Sí… —levanta una ceja—. ¿Hay algún problema?

—Pues que somos dos y solo llevas un casco. Creo que no has tenido en cuenta eso al ofrecerte a llevarme a casa.

Álex se me queda mirando un instante sin decir nada, y después se ríe. El ascensor se para en la planta baja y sale sin comentar nada. Yo le sigo confundida. Si uno de los dos no lleva casco, nos arriesgamos a que nos paren y nos multen, y no me quiero imaginar lo que pasaría si tenemos un accidente. Al salir del portal, la moto de Álex, una BMW S 1000 XR de un color azul metalizado, está

aparcada al lado del portal. Saca las llaves y abre el topcase que tiene detrás, que es un pequeño baúl que pueden llevar las motos para guardar cosas. Y veo que dentro hay otro casco.

—Dos personas, dos cascos —comenta en tono burlón.

No puedo evitar sonreír, y cojo el casco.

—Lo tenías planeado, ¿eh?

—Me gusta ser previsor. —Sonríe, y me guiña un ojo.

Álex guarda mi mochila dentro del topcase y, mientras se monta, y pone en marcha la moto, me fijo en lo bien que le queda la chaqueta de motero que lleva puesta; está muy sexy. Me indica que suba, y, una vez me he acomodado detrás de él, me entrega el casco y me lo pongo. Hace mucho que no monto en moto y la verdad es que estoy un poco nerviosa.

—Agárrate bien a mi cintura, que nos vamos.

Hago lo que me dice, y se pone en marcha rumbo a Magán. Poco a poco se me van los nervios, Álex conduce muy bien, y la verdad es que la moto tiene una estabilidad de la hostia. Ha trabajado mucho para poder comprarse esta moto. Desde que le conozco, su sueño era tener una buena moto, y hace tan solo seis meses por fin pudo comprársela. Sabía que era buena elección, pero hasta hoy, no he sabido cómo de buena.

La sensación de ir en moto es maravillosa. A pesar del aire frío que ya se va notando, porque está cayendo la noche. La sensación de libertad que tengo es maravillosa. Y si no fuéramos a gran velocidad por la autovía, me soltaría de su cintura y pondría los brazos en cruz, como en la peli Titanic.

Cuando me quiero dar cuenta ya estamos entrando en la calle donde está mi piso. El viaje se me ha hecho corto, la verdad. La moto es bastante cómoda y creo que también ha influido la persona que la ha pilotado. Cuando Álex se detiene justo al lado del portal y apaga la moto, me bajo y me quito el casco.

—Gracias por traerme —digo una vez se ha apeado de la moto y le doy el casco para que lo guarde.

Pero antes de cogerlo, se quita el suyo y lo deja apoyado en el asiento. Abre el topcase, saca mi mochila y guarda el casco que yo he llevado.

—Te acompaño hasta arriba —dice sujetando mi mochila.

—No es necesario, Álex. Deberías irte ya para que no llegues tan tarde a casa.

—Por favor… —me suplica.

Me quedo pensando que decir. Finalmente suspiro y contesto:

—Está bien.

Álex coge su casco y se asegura de dejar bloqueada la moto. Cuando entramos en mi casa, Rocky me recibe haciéndome la croqueta, y no puedo evitar darle unos cuantos mimos. Después, se va a por Álex y se restriega por sus piernas. Está feliz de vernos.

Una vez dejo la mochila en la habitación, vuelvo al salón con Álex.

—Bueno… pues ya estoy sana y salva. Ya te puedes ir tranquilo.

Álex deja de acariciar a Rocky, y me mira muy serio.

—¿Por qué te vas tan lejos? ¿Es por lo que ha pasado entre nosotros?

Me quedo un instante en silencio, y luego respondo con sinceridad:

—Por una parte… sí. Liarme con mi mejor amigo, que a la vez es el novio de una de mis mejores amigas, no estaba en mis planes. —Tomo aire—. Y lo peor de todo es que me gustó, me gustó mucho. Y ya no sé si es porque realmente me gustas o es porque quiero olvidar a Adrián… no sé. El caso es que estoy echa un lio y creo que, si me alejo unos meses, me ayudará a saber qué es lo que quiero o lo que debo hacer.

Álex se acerca a mí, y me rodea con los brazos por la cintura.

—Estoy enamorado de ti desde que te conocí, pero nunca me he atrevido a dar el paso y decírtelo. Me he conformado con ser tu amigo… Por lo menos formaba parte de tu vida de alguna manera. Pero ahora te digo que, si tú quieres, estoy dispuesto a dejar a Tania por ti.

—Álex… —Acuno su rostro con mis manos—… Crees que estás enamorado de mí… o quizás sea así. Pero también lo estás de Tania, lo veo en tu forma de mirarla. Creo que aún no te has dado cuenta de que ella es el amor de tu vida. Tania te adora y haría lo que sea por ti. Sabes que dejó su vida acomodada porque creía en lo vuestro, en vuestra conexión especial. Y aunque ahora creas que me equivoco, te terminarás dando cuenta. No quiero que en un futuro te arrepientas de estar conmigo y me culpes de haber perdido a Tania. No quiero que nos hagamos daño.

Álex coge mis manos y las acerca a su boca para besarlas con dulzura.

—Nunca te culparía de nada…

—Eso no lo sabes… ni yo tampoco —musito—. Te quiero mucho y lo sabes. No quiero que por un calentón perdamos la amistad tan

bonita que tenemos. Y tampoco quiero perder a Tania. El tiempo nos dirá si realmente tú y yo debemos estar juntos o no.

Álex suspira y, mirándome intensamente con sus ojos verdes, indica:

—Si esta es la última noche en la que voy a estar contigo, déjame amarte con todo mi ser, María. Quiero abrazarte, besarte… sentirte. —Sus ojos muestran la emoción que siente y no puedo negarme. Yo también lo deseo.

Acerco mis labios a los suyos y le beso con pasión.

16
María

Pasar la noche con Álex ha sido realmente especial, y nunca voy a olvidar lo bien que me ha hecho sentir.

Por la mañana, tras darnos una ducha, hemos desayunado como si no hubiera pasado nada. Después, al marcharse, e intentando no sentirme la peor persona del mundo por lo que he vuelto a hacer con él, y me pongo a trabajar.

Por la noche, tras terminar mi jornada, decido llamar a mi madre para decirle lo de mi viaje. Como era de esperar, no le hace mucha gracia. Bueno… a mi madre no le hace gracia nada de lo que hago, siempre tiene alguna pega, pero qué le voy a hacer… es mi madre. Así que intento no enfadarme con ella. Su mayor preocupación es el dinero que me voy a gastar con el «viajecito», como lo ha denominado ella. Cree que me voy a gastar todo lo que tengo ahorrado, y aunque le explico varias veces que no es así, no me cree.

La verdad es que entiendo su preocupación. Mi padre y mi madre tuvieron que buscarse la vida desde muy jóvenes. Sin apenas saber leer ni escribir, se fueron a vivir a Madrid, desde un pequeño pueblo de Badajoz, para trabajar como mulas. Cuando ahorraron una «perra», como decía mi padre, se compraron un piso, y nos dieron a mi hermano y a mí la mejor vida que pudieron. Por eso no quiere

que nosotros pasemos las mismas estrecheces que pasaron ellos al principio.

Así que después de estar un rato hablando con ella, o al menos intentándolo —porque es ella la única que habla—, le prometo llamar una vez llegue a Seúl, y termino la llamada. Si sigo, al final vamos a acabar discutiendo y no tengo ganas.

A Eva le cuento también lo de mi viaje, al día siguiente, cuando estamos tomando nuestro café matutino. Alucina con la noticia y se alegra. Cree que me vendrá bien estar apartada de todo. Sobre todo después de contarle que Tania sabe que me he acostado con su novio, y que Álex y yo nos hemos vuelto a liar.

Cuando le cuento lo que ha pasado con Adrián el pasado sábado, suelta con indignación:

—¡Si a mí me hace eso, le arranco los huevos!

—Créeme que cuando estás en esa situación, no sabes reaccionar. Si no llega a ser por Álex… —Se me revuelve el café al recordarlo—. Menos mal que se marchó, Espero que se dé cuenta de la barbaridad que hizo —murmuro.

En el fondo me siento muy triste porque todo haya acabado de esta manera con Adrián. Creí que era el hombre perfecto.

—Deberías denunciarle —musita Eva con seriedad.

—Álex me dijo lo mismo. Pero creo que Adrián solo lo hizo porque quería que volviera con él. Y al rechazarlo…

—No es una excusa, amiga. No es no, y punto.

—Lo sé —contesto—. Pero creo que solo fue un lapsus. Seguro que se habrá dado cuenta de la gran cagada que ha hecho.

—¿Te ha vuelto a escribir o a llamar? —pregunta mi amiga con preocupación.

—No.

—Mejor —indica.

Decido cambiar de tema, pues todavía me resulta doloroso recordar ese momento con Adrián. Y le cuento dónde me voy a alojar en Seúl, cómo conocí a Paula y todos los preparativos que tengo gestionados para el viaje. Eva se ofrece a echar un ojo al piso de vez en cuando, para recoger la correspondencia, levantar las persianas y demás. La verdad es que me parece buena idea, así me quedo más tranquila y mis amigas no tienen que hacer tantos kilómetros para revisar que está todo bien.

Como le prometí a Sara, organizo para el fin de semana una videollamada con Paula para que la conozca. Y al final se presentan todas junto a Álex para hablar con ella y conocerla. Lo bueno es que quedan encantados, y una vez que terminan de hablar me trasmiten que se quedan más tranquilos al saber con quién voy a pasar los próximos tres meses. Sabía que Paula les iba a caer genial.

Los tres últimos días antes de irme a Corea del Sur, decido pasarlos en casa de Sara, para que Rocky se adapte mejor. Aunque no es la primera vez que se queda en su casa, prefiero hacerlo así. Así que tras dejar las llaves de mi casa a Eva —y despedirme de ella—, cojo mis maletas, a Rocky y sus cosas, y me voy a casa de mi amiga.

El día antes de mi partida, aprovechando que estoy en Arganda, decido llevar unas flores nuevas a mi padre al cementerio. Desde

que mi madre se fue a vivir a Denia, soy yo quien me encargo de hacer una visita de vez en cuando a mi padre.

Por la noche, mis amigos me han preparado una fiesta de despedida en el No Limits, y nos lo pasamos genial, aunque la fiesta no la alargamos mucho, ya que al día siguiente salgo temprano hacia el aeropuerto.

Después de la fiesta intento descansar y dormir algo, pero me es imposible. Los nervios del viaje no me dejan y me da por pensar en un montón de cosas. No sé por qué pienso en el momento avión. No tengo miedo a volar y hace poco que me subí a uno cuando fui a París con Adrián, pero no puedo evitar pensar en la película Destino Final. ¿Y si el avión tiene algún fallo y ocurre un accidente? Se me revuelve el estómago solo de pensarlo. No creo que tenga tanta mala suerte, ¿no?

Para desechar estos pensamientos tan catastróficos que estoy teniendo, me imagino cómo será Seúl. Soy consciente de que lo que se ve en los k-dramas no es la realidad. No es todo tan ideal y bonito, pero seguro que la ciudad tiene su encanto; al igual que cualquier otra ciudad del mundo. Todas tienen algo que las hace ser especiales.

Hay otra cosa que me trae de cabeza… el idioma. Con el inglés me defiendo, pero supongo que no todo el mundo sabrá hablarlo. Sé que Paula me ha dicho que no me preocupe, pero no puedo evitar agobiarme un poco por este tema.

Después, no puedo evitar pensar en Álex y en lo que ha pasado entre nosotros. Si soy sincera, tengo sentimientos encontrados con él. Es mi mejor amigo, pero no sé si me estoy equivocando en no

darle una oportunidad. ¿Y si es él la persona que llevo tanto tiempo buscando? Me ha demostrado que me quiere por lo que soy, y que le da igual mi físico. Pero también ama a Tania… la adora. Llevo años viendo cómo la mima y la cuida. Y una persona no puede enamorarse de dos personas a la vez… ¿o sí? ¡Madre mía, estoy echa un lio! Si no hubiera pasado lo de Adrián…

Siento mucho dolor y decepción al pensar en Adrián. Le creí como una tonta, pero, sobre todo, lo que me ha roto el corazón es el comportamiento que tuvo la otra noche. Aún no concibo que llegara a ese extremo. ¡Joder, que es abogado! Él más que nadie debería saber que no se puede forzar a nadie… ¡que es un delito! Y cuando digo a nadie, es a nadie.

Cansada de darle vueltas a la cabeza, y dar vueltas en la cama, como ya ha amanecido, me levanto y me doy una ducha para despejarme. Cuando Sara se levanta, prácticamente lo tengo todo listo, y a los quince minutos ya están llamando al timbre Tania, Álex, Ruth y Bea para que bajemos. Insistieron en acompañarme todos al aeropuerto, así que, tras despedirme de Rocky, con lágrimas en los ojos —porque le voy a echar mucho de menos—, salimos hacia el aeropuerto.

Cuando llegamos al mismo, me acompañan hasta el mostrador donde tengo que facturar las maletas. Le entrego la documentación a la azafata, una chica muy mona y simpática, y se dispone a verificar mi billete. La chica sonríe mientras comprueba todo, pero de pronto algo no está bien, porque deja de sonreír.

—¿Hay algún problema? —pregunto con preocupación al ver su gesto.

—No. Solo es un problema informático, no se preocupe. Su nombre completo es María González López, ¿verdad?

—Sí, es correcto.

—Perfecto —me sonríe—. Espere un momento, ahora mismo vuelvo.

La azafata se marcha a otro de los mostradores y se pone a hablar con otra compañera. Tras unos minutos hablando entre ellas, la azafata que me ha atendido coge el teléfono y habla con alguien.

—Pero… ¿qué pasa? —me susurra Sara.

Mis amigos se han quedado a un lado para no estorbar.

—Ni idea —le contesto igual de confundida que ellos.

—Uy, uy, uy… que me parece que te la han colado con el billete —apunta Bea con mofa.

—O que no la dejan entrar en Corea de Sur, como son así de raritos… —sigue Ruth.

—¿Queréis dejar de decir gilipolleces? —las regaña Tania—. Mira que sois agoreras.

La verdad es que algo tiene que estar pasando, no es normal que tarden tanto. Si ya estaba nerviosa, ahora lo estoy el doble, y empiezo a estar inquieta. ¿Y si me han engañado como dice Bea? ¡Madre mía, me muero como sea así! Álex se acerca, y me da un abrazo para tranquilizarme.

—Tranquila, ya verás como está todo bien.

Le miro y sonrío ligeramente. Espero que lleve razón.

La azafata cuelga el teléfono y vuelve al mostrador donde me ha dejado esperando.

—Disculpe la espera. —Sonríe—. Ha habido un problema con la reserva. En el sistema no aparece, así que he hablado con mi superior y me ha comunicado que no volcaron los datos correctamente. Y su asiento, el que debería ser para usted, se ha asignado a otra persona.

—¿Entonces? —pregunto sin dar crédito a lo que oigo—, ¿ahora que pasa?

—Como ha sido un error nuestro, la vamos a pasar a primera clase, ya que disponemos de asientos libres.

—¿De verdad? —pregunto con asombro—. ¿Sin coste adicional?

—Sin coste adicional. Es cortesía de la compañía por las molestias causadas.

Tengo ganas de traspasar el mostrador y abrazar a la azafata. Bea comenta por detrás que tengo mucha potra, pongo los ojos en blanco y la ignoro.

—Tengo que hacer escala en Pekín, ¿en ese otro vuelo también voy a viajar en primera clase hasta Seúl?

—Por supuesto. —La azafata mantiene su sonrisa—. Usted, hasta que llegue a su destino, viajará en primera clase.

Estoy que no quepo en mí de gozo. ¡Voy a viajar en primera clase hasta Seúl! La azafata factura mis maletas, y me entrega los billetes nuevos en los que pone claramente que mi asiento es First Class. Me despido de la azafata, la cual me desea un buen viaje, y nos alejamos del mostrador. Ya solo me queda pasar el control de seguridad, y entonces llega el triste momento de despedirme de mis amigos.

—Madre mía, qué suerte has tenido, guapa… ¡En primera clase! —exclama Sara sorprendida—, empiezas bien tu viaje.

—La verdad es que sí —contesto feliz—, esto es buena señal.

Pero mi alegría se esfuma en cuanto empiezo con la despedida. En primer lugar abrazo a Ruth y a Bea, que, aunque intentan ocultar su tristeza con bromas, sé que están tan apenadas como yo. Voy a echar de menos sus locuras. Después me despido de Sara. Con ella me fundo en un abrazo en el cual no podemos reprimir las lágrimas, tras decirnos lo mucho que nos vamos a echar de menos, y lo mucho que nos queremos. Con Tania, mientras la abrazo, aprovecho para pedirle que cuide de Álex y las demás, pero sobre todo de Álex. No me hace falta decirle que lo ame mucho, porque ya lo hace. Tania asiente emocionada e intenta que no la vea llorar, y en cuanto deshacemos el abrazo, se aleja con Sara, Bea y Ruth, y salen a la calle para dejar que me despida de Álex a solas. Acuno con mis manos su rostro, y miro sus preciosos ojos verdes. Él rodea mi cintura y pega su cuerpo al mío.

—No hace falta que te diga lo mucho que te quiero, porque ya lo sabes —le confieso emocionada—. Ahora debes hacer a Tania feliz. Y en el fondo sabes que ella es la mujer de tu vida, no yo.

—Te equivocas —responde con los ojos vidriosos—, tú también eres la mujer de mi vida.

—Vale… pero sabes que no de la misma manera. Sé que ahora te cuesta entenderlo, pero te darás cuenta de ello. Tú siempre vas a estar en mi corazón y yo en el tuyo, pero siendo pareja creo que estropearíamos este vínculo tan bonito que tenemos. —Las lágrimas inundan mis mejillas de nuevo.

—Creo que seriamos muy felices… —Me limpia las lágrimas con los pulgares.

—Debe ser así, Álex —susurro con tristeza.

Sé que él me cuidaría y me querría, pero algo me dice que él no es el hombre de mi vida.

—Está bien… —musita resignado—, ¿puedo despedirme con un beso?

—Por supuesto.

Y, sin demora, acerca sus labios a los míos y me besa con mucha dulzura. Saboreo sus labios por última vez, y al separarnos sonrío con tristeza. Entonces me doy la vuelta, y camino hacia el control de seguridad. Antes de pasar, me giro, y miro hacia donde he dejado a Álex, y veo que sigue ahí. Su cara refleja la tristeza que siente, y a mí se me rompe el corazón de verle así. No me gusta hacer daño a la gente, pero creo que es lo mejor, y siento que tiene que ser así. Me dice adiós con la mano y yo hago lo mismo. Me doy la vuelta de nuevo, y paso por el arco de seguridad.

Una vez he pasado el control, se me vienen a la mente Adrián y el viaje a París. Me acuerdo de la situación surrealista que vivió para pasar por el arco y no puedo evitar sonreír, fue un momento muy divertido. Y ahora estoy de nuevo aquí, sola, a punto de tomar un avión a un país desconocido para intentar olvidar.

En la sala vip del aeropuerto, mientras espero sentada en uno de los sillones a que se pueda subir al avión, mientras me tomo un café, escribo un mensaje a Paula.

«Hola, guapísima, ya estoy esperando a que avisen para subir al avión. ¡No te vas a creer lo que ha pasado! Resulta que la reserva no

estaba bien registrada en el sistema y han vendido mi asiento. Pero han reconocido su error y, por las molestias… ¡me han pasado a primera clase! Aún no me lo creo, ¡menuda suerte he tenido!»

Envío el mensaje y a los pocos minutos recibo una respuesta de Paula.

«¡Eso es muy buena señal! ¡Disfruta del vuelo en primera clase! Cuando estés a punto de subir al el avión en Pekín, escríbeme. Te estaré esperando en el aeropuerto de Incheon cuando aterrices. ¡Tengo ganas de que estés aquí ya!»

Sonrío al leer su respuesta. Yo también tengo ganas de llegar, y respondo otra vez:

«Yo te aviso, no te preocupes. ¡Ya queda menos para vernos en persona!»

Acompaño mi mensaje con el emoji de la carita del beso y ella me envía en respuesta muchos corazones. Por los altavoces anuncian que ya se puede embarcar en el avión. Camino nerviosa hacia la puerta de embarque, pero con ilusión. Comienza mi aventura…

17
María

Las once horas que he pasado en el avión de Madrid a Pekín se me han pasado volando, nunca mejor dicho. Los asientos en primera clase están a otro nivel en cuanto a comodidad. Poder elegir lo que quieras para beber —y también para comer—, dentro de las opciones que tienen, es una gozada. ¡Y encima estaba todo riquísimo! Para ser comida de avión está muy pero que muy bien. Ojalá todo el mundo pudiera, al menos una vez en la vida, viajar en primera clase.

Una vez aterrizo en Pekín, tengo cuatro horas para hacer lo que me dé la gana hasta que despegue el avión que me llevará a Corea del Sur. Así que, después de facturar de nuevo y pasar el control, decido darme una vuelta por el aeropuerto y visitar las tiendas libres de impuestos. Como era de esperar, no me puedo resistir a comprar un bolso que he visto en una de las tiendas, y también unas gafas de sol. Y como he visto que venden imanes para la nevera, decido comprarme uno para mi colección. Cuando vuelva a España, no sé si voy a hacer escala de nuevo en Pekín, así que tengo que aprovechar.

Después de mucho mirar, decido comprar algo para Paula, no sé muy bien sus gustos todavía, pero creo que un peluche cuqui le gustará. Así que compro el peluche de un gatito blanco, muy del estilo de los dibujos asiáticos, con un corazón.

Como aún me queda tiempo, decido hacerme un tratamiento facial que una chica muy simpática está promocionando. El tratamiento no es solo aplicar cremas y exfoliantes, también me dan un masaje en la cara que me deja grogui. Pero no solo eso, en las manos también me lo aplican, y en los pies. Cuando terminan, me siento como en una nube, no he estado más relajada en mi vida. El resto del tiempo que me queda lo paso viendo mi serie coreana favorita en el móvil, mientras me tomo un café sentada en unos de los maravillosos sillones que hay en la sala vip. En cuanto anuncian que ya se puede embarcar, escribo a Paula para decirle que en un par de horas aterrizaré en el aeropuerto de Incheon.

Al subir al avión, me acomodo en mi asiento. Esta vez me ha tocado estar al lado de alguien; si es que realmente lo ocupa alguien. En el avión anterior me tocó uno de los asientos que son individuales. Lo bueno es que hay un separador en el cual no ves a la otra persona ni la otra persona te ve a ti, a no ser que los muevas.

Cuando el avión está a punto de cerrar las puertas, un pasajero de última hora llega, y se sienta en el asiento que tengo al lado. No he podido ver bien su cara porque justo en ese momento la azafata ha venido a preguntarme si estaba todo bien, y me ha distraído.

El avión despega sin complicaciones y, cuando salta el indicador de que podemos desabrocharnos el cinturón, me pongo los auriculares y escucho un poco de música que tengo descargada en mi móvil. Cuando empieza a sonar Llorando en el lambo de Lérica, no puedo evitar mover los labios con la letra y hacer movimientos con las manos. Es una canción muy pegadiza y me encanta. De pronto la

azafata se acerca a mí, y lo primero que pienso es que me va a llamar la atención. Avergonzada, me quito uno de los auriculares para escuchar lo que me quiere decir.

—Pronto se servirá la comida, ¿ya sabe lo que va a querer? —Todo me lo dice sin borrar la sonrisa de su cara, y en inglés, por supuesto.

—Oh… ¡sí! —Cojo la carta, que ya he estado viendo antes, para enseñarle lo que quiero—. Me gustaría probar este. —Cuando voy a señalar con el dedo en la carta el sándwich que quiero, como tengo el auricular inalámbrico en la mano, se cae al suelo—. ¡Joder! —suelto sin pensar, en español, y me levanto a buscar el auricular. La azafata también se pone a buscar el auricular conmigo, y mientras lo busco sigo cuchicheando en castellano—. A ver dónde coño se ha metido el puñetero auricular.

Algunos pasajeros miran lo que estamos haciendo la azafata y yo; normal, estamos las dos de rodillas en el suelo mirando por debajo de los asientos. Es imposible no llamar la atención.

—¿Es esto lo que están buscando? —pregunta alguien en perfecto inglés. Miro hacia donde proviene la voz, y es mi compañero de asiento. Se ha puesto de pie, y me mira con una ligera sonrisa enseñando el auricular que sostiene con los dedos.

—¡Si! —contesto en inglés, levantándome del suelo, y la azafata también.

Me acerco, y ahora que estoy más cerca del chico que ha encontrado mi auricular, me quedo boquiabierta… Creo que es coreano, y es realmente guapo. Su cara es ovalada y perfecta. El pelo lo tiene completamente negro y liso, cortado en dos bloques; más corto en la zona de la nuca y más largo en la parte de arriba

con un flequillo que le cubre la frente. El tono de su piel es más pálido que el mío. Sus ojos oscuros y almendrados los tiene ligeramente entrecerrados porque sonríe, y resultan ser muy tiernos. La nariz es un triángulo perfecto que junto a su boca ovalada hacen una combinación perfecta. Es como si le hubieran sacado de un comic manga o de un videojuego como la saga Final Fantasy.

—Gracias —contesto en inglés, y él me da el auricular. Me giro a la azafata y también le doy las gracias por ayudarme.

—Enseguida les traemos la comida —nos informa la azafata—. ¿Quieren algo en especial para beber?

—Agua fría, por favor —contesto.

—Lo mismo para mí —responde mi compañero de asiento.

La azafata se inclina hacia delante, como hacen los asiáticos en señal de gratitud, saludo, despedida o respeto, y se marcha hacia la zona del avión donde lo preparan todo.

—¿Puedo preguntarte de dónde eres?

Aún sigo de pie y el chico, mi compañero de asiento, ya se ha sentado de nuevo y se encarga de retirar el separador que hay entre los dos asientos. Para no llamar más la atención, me siento también, y me giro hacia él para contestarle.

—Por supuesto. Soy española —respondo amablemente.

—Oh… España. ¡Amo España! Me gusta mucho el Real Madrid. —Sonríe ampliamente mostrando unos dientes blancos y perfectos.

No sé si es por sus ojos o su forma de sonreír, pero dan ganas de abrazarlo. Tengo la sensación de que es mucho más joven que yo. Aunque muchos coreanos suelen aparentar menos edad de la que tienen. Para ellos es muy importante la apariencia física.

—¿Conoces España? —pregunto con curiosidad.

—¡Oh! No, no. Me gustaría ir algún día —me habla con timidez, es como si se sintiera intimidado. El caso es que, al fijarme más en él, me suena su cara.

—Pues creo que te sorprendería España —contesto con una sonrisa. Creo que ya sé por qué está tan tímido. Le estoy mirando fijamente a los ojos; me gusta mirar a los ojos cuando hablo con alguien. Y creo recordar que los coreanos no miran fijamente a los ojos cuando hablan con desconocidos, por lo que me contó Paula. Lo consideran una falta de respeto en su cultura—. Tenemos costumbres un tanto peculiares. Hay que conocernos… —puntualizo.

—¿Puedo preguntarte tu nombre? —murmura aún con timidez, e intento no mirarle tanto a los ojos.

—Me llamo María.

—María… —repite mi nombre—. Bonito nombre, encantado de conocerte. ¿Cuántos años tienes?

Ahí está, la pregunta del millón. Cuando Paula me habló de la manía de los coreanos de saber la edad, aunque te acaben de conocer, creí que era una exageración. Pero resulta que es cierto. De todas formas, cuando le diga la edad que tengo, sale por patas.

—Tengo treinta y nueve años —respondo, y me mira fijamente durante unos segundos.

—Pareces mucho más joven. —Sonríe, y yo me ruborizo por el cumplido que me acaba de hacer.

—Muchas gracias —respondo—. ¿Y cuál es tu nombre? —pregunto curiosa.

—Cha Min-ho y tengo veintisiete años.

Lo que yo decía, mucho más joven que yo.

—Encantada de conocerte, Cha Min-ho —inclino la cabeza—. Por cierto, no aparentas veintisiete años.

Él sonríe con timidez. Tiene una sonrisa preciosa.

—Gracias… —musita.

No sé por qué, pero no paro de repetir una y otra vez en mi mente su nombre. ¡Me suena muchísimo! El caso es que me viene a la mente un Cha Min-ho que es actor de k-dramas y también cantante de k-pop. Pero no puede ser el mismo… ¿o sí? No sé… En Corea es que se parecen tanto los nombres…

Le miro de nuevo y la verdad es que se parece mucho. Aunque la persona que tengo delante va vestida con unos vaqueros, una camiseta blanca y una camisa azul abierta por encima, de lo más sencillo. No es posible… ¡no puede ser el mismo! No puedo tener tanta suerte de conocer a un idol sin tan siquiera haber pisado suelo coreano. Pero tengo que salir de dudas…

—¡Qué curioso! Tienes el mismo nombre que el actor del k-drama Crazy Stupid, y también te pareces —lo digo como si no tuviera importancia.

—Sí, soy yo —afirma tan tranquilo—. Yo soy esa persona.

¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía! Tengo delante a uno de los idols o mejor dicho, al idol más deseado del planeta a mi lado. Quiero gritar y bailar de alegría. Pero tengo que ser adulta, no puedo ser una de esas fans histéricas a las que parece que se les va la vida cuando ven a alguien famoso.

Siempre he sido muy comedida cuando he visto algún famoso por la calle. En Madrid, en la Gran Vía sobre todo, de vez en cuando se

puede ver a alguno, y cuando he coincidido con alguno, ni siquiera me he acercado a pedirles una foto ni nada. Pienso que son personas como yo, que a lo mejor no tienen un buen día y no les apetece que los molestes. Aunque luego intenten poner su mejor cara.

—¿De verdad eres tú? —musito sorprendida, y él asiente con una gran sonrisa—. Pues… ¡Encantada de conocerte, otra vez! —Me río, y él también—. Por cierto, interpretas y cantas muy bien. —Minho se sonroja un poco.

—Muchas gracias.

En este momento la azafata aparece con un carrito en el que traen la comida. Casualmente, Minho ha pedido lo mismo que yo, y, al darnos cuenta, nos reímos, y seguimos charlando mientras comemos.

Minho quiere saber más cosas sobre España y sobre mí. Quiere saber cosas como: la ciudad en la que vivo, si tengo pareja, cuáles son los platos típicos españoles y cuál de ellos es mi favorito.

Respondo a sus preguntas amablemente y, cuando le indico que no tengo pareja, se sorprende.

—Hay que ser un idiota para dejar escapar a una chica como tú —confiesa con seriedad.

Por un momento me quedo flasheada, porque no sé qué responder, así que rápidamente cambio de tema.

Respecto a mi plato favorito, me resulta difícil contestar. Tenemos tantos platos buenos en la cocina española, que no sé decantarme por uno. Pero después de mucho pensar, le confirmo que es el

cocido madrileño. Minho me pide que le explique cómo es el plato, y tras mi explicación confiesa que espera algún día poder probarlo.

Yo le pregunto también cuál es su plato favorito de la cocina coreana, y me confiesa que es el kimchi, que es: col china fermentada, con ajo, jengibre, chile y caldo de pescado. Por lo visto, en Corea del Sur no puede faltar nunca el kimchi en una casa, así que ya sé que es lo que tengo que probar en este viaje.

Nos pasamos el resto del tiempo hablando, como si nos conociéramos de toda la vida. Hasta nos hacemos una foto con mi móvil. Y de pronto anuncian que estamos a punto de tomar pista en el aeropuerto de Incheon. Se me ha pasado el tiempo rapidísimo.

—¿Te espera alguien en el aeropuerto? —pregunta curioso.

La timidez en su rostro ha desaparecido desde hace rato y ahora me mira fijamente con una mirada penetrante y seductora.

—Sí —contesto algo confusa por su pregunta, y él asiente sin decir nada más.

El avión aterriza sin complicaciones. y cuando está completamente detenido, los mismos hombres que le acompañaban al subirse al avión, que deben ser sus guardaespaldas, vienen a buscarlo. Le apremian para que salga, debe ser que al ser una celebridad, le permiten salir el primero para no llamar la atención con el resto del pasaje. Pero Minho les pide que le den un momento, o eso creo, ya que lo ha dicho en coreano, y se acerca a mí.

—Ha sido un placer conocerte, María. Me lo he pasado muy bien y espero que te guste Corea —sonríe amablemente—. ¿Me permites tu móvil? —Asiento y se lo doy sin pensármelo. Me pide que lo

desbloquee, después escribe algo y me lo devuelve—. Espero poder verte otro día.

Me vuelve a sonreír e inclina la cabeza hacia delante, como despedida, y sale del avión acompañado de sus guardaespaldas.

Me he quedado tan bloqueada que no he podido ni decir adiós. No me salían las palabras. Miro el móvil para saber qué es lo que ha apuntado, y veo que es un número de teléfono, creo. ¿Cha Min-ho de verdad me ha dado su número? Al final va a tener razón Paula con lo de que no es tan complicado conocer a los idols.

Pasan unos minutos desde que Minho ha salido del avión, cuando la tripulación nos informa al resto de los allí presentes que ya podemos abandonar el avión. Recojo las maletas sin problema, dando gracias de que no han perdido ninguna, y camino hacia la salida. Estar en el aeropuerto, pisando tierra coreana, hace que sienta una emoción difícil de explicar. He visto tantas veces este aeropuerto en los k-dramas, que no me creo que sea real.

En cuanto salgo por la puerta de «llegadas», veo en primera fila a Paula. No me cuesta nada reconocerla, sobre todo por el cartel que sujeta entusiasmada en el que leo: «Bienvenida a Seúl, María» con un montón de corazones. Cuando Paula me ve, comenta algo al chico que tiene al lado, y se ponen los dos a saltar de alegría. Una vez llego a su altura, Paula me da un abrazo que casi me tira al suelo.

—¡María, bienvenida! ¡Qué ganas tenia de conocerte en carne y hueso!

—¡Muchas gracias, lo mismo digo! —respondo divertida.

Paula deja de abrazarme, y me presenta al chico que está a su lado.

—María, te presento a Marc. Él es de Barcelona y lleva un año viviendo en Corea por amour. —Paula gesticula exageradamente cuando dice la palabra en francés.

—A esta petarda ni caso —responde Marc haciendo un desaire con la mano a Paula—. Tiene envidia porque tengo un novio buenorro que me quiere y me consiente. Y ella no. —Paula le saca la lengua—. Me alegro de conocerte por fin, María. La petarda esta me tiene frito desde que le dijiste que venías.

Me acerco a Marc y le doy dos besos. Noto cómo algunos coreanos que pasan por nuestro lado se quedan mirando al darle los dos besos.

—Encantada de conocerte, Marc. ¿Me lo ha parecido a mí o la gente nos ha mirado cuando te he dado dos besos?

—Sí, nena, sí. Las muestras de afecto en público no son muy comunes. Aquí se saludan inclinándose hacia adelante o como mucho te dan la mano. Pero, vamos, que me da igual, a quien no le guste que no mire.

Me encanta la forma de hablar de Marc, me resulta divertido. Lo acabo de conocer y ya me cae muy bien este chico.

—Por cierto —interviene Paula—, si llegas a salir cinco minutos antes, hubieras visto a tu primer idol.

—¿De verdad? —respondo fingiendo sorpresa, porque sé a quién se refiere—. ¿Y quién era?

—Cha Min-ho —responde Paula, y arrugo el entrecejo, como si no me sonara el nombre—. Tienes que saber quién es. ¿Has visto el

drama Crazy Stupid? —Asiento con la cabeza—. ¡Pues el protagonista de ese drama!

—Espera… —Sigo con cara de no saber muy bien quién es. Saco el móvil y busco el selfie que me he hecho en el avión con él—. ¿Te refieres a este? —Le muestro la foto a Paula y a Marc.

Abren los ojos como platos, se miran, luego me miran a mí y se ponen a chillar. La gente que pasa por nuestro lado nos mira con cara rara, y me entran ganas de decirles que no los conozco de nada.

—¡¿Has coincidido con Minho?! —pregunta Paula un poco eufórica —. ¿¡Y cuándo nos lo ibas a contar!?

—Bueno… No me ha parecido educado, nada más salir por la puerta y sin saludar ni nada, restregaros mi encuentro con Minho —respondo divertida.

—Oye, guapa, cuéntanos, ¡ya! ¡Queremos saberlo todo! —ordena Marc, y Paula asiente.

—Está bien, está bien —levanto las manos—. Como sabéis, he venido en primera… —Ellos asienten—… pues él se ha sentado en el asiento de al lado. Al principio no he visto quién era. Pero se me cayó el auricular al suelo y me puse a buscarlo de rodillas por el suelo junto con la azafata. Y Minho lo encontró. Pero ahí todavía no había caído en que era él. —Paula y Marc me escuchan atentamente, solo les faltan las palomitas—. Entonces me ha preguntado de dónde soy. Debe ser que me ha escuchado murmurar en español mientras buscaba el auricular. Así que le he dicho que soy española. Se ha alegrado y me ha dicho que ama España y al Real Madrid. Entonces me ha preguntado mi nombre y mi edad.

—Sí, tienen esa manía los coreanos —me interrumpe Marc—, están obsesionados con la edad.

—Lo sé. Paula me puso sobre aviso —respondo, y la aludida asiente—. Por eso creí que, al saber que soy más mayor se espantaría, pero no. En cambio, me ha dicho que aparento menos edad.

—¡Guau! Pedazo de cumplido… —comenta Paula, y Marc asiente con la cabeza.

—Después le he preguntado su nombre y ahí he caído en que era él. Me sonaba su cara, pero nunca pensé que fuera el actor y cantante más deseado de Corea y parte del mundo. Después, hemos pasado el resto del vuelo hablando sobre España. Bueno… y sobre mí. Me ha preguntado si tengo pareja, y al responder que no, ha comentado que hay que ser muy idiota para dejar escapar a una chica como yo.

—¡Madre mía, nena! —exclama Marc, sorprendido, con las manos en la boca—. Eso es que le has interesado. ¿Y qué más ha pasado?

—Cuando hemos aterrizado, se ha despedido y ha salido antes que el resto que el pasaje.

—¿Y ya está? —pregunta Paula con la misma cara que se te queda cuando ves el final malo en una peli.

—¿Y qué más quieres? —le pregunto confundida.

—Vamos a ver… Por lo que has contado, y como ha dicho Marc, tiene interés en ti —afirma Paula.

—Anda, anda, anda… ¿Qué interés va a tener? Si le saco… —Hago el cálculo mental de la diferencia de edad—… ¿doce años?

—¿Y qué más da? —interviene Marc—. Mi novio tiene cuarenta y cuatro años y yo veinticuatro.

—Que no… ¡que no os montéis películas! Solo ha sido amable. Además, un chico guapo como él, famoso y con ese cuerpazo, no se fija en una chica como yo. —Me señalo el cuerpo de arriba a abajo —. Que no… —Niego con la cabeza.

—María… —murmura Paula muy seria—. Sé que te he contado que los coreanos tienen un estándar de belleza muy marcado. Que a los chicos les suelen gustar las chicas muy delgadas y con rostro aniñado. El tipo de chica que suelen salir en las series coreanas. Pero cada persona es un mundo, y hay muchos coreanos a los que les da igual ese estándar de belleza. Y eso no exime a una celebridad, porque ellos ante todo son personas, y cada uno tendrá sus gustos. Así que, por favor, no quiero volver a oír que te infravaloras, porque tú eres igual de guapa que cualquier otra chica coreana, holandesa o de Camerún. ¿Entendido?

Sus palabras me llegan al corazón y no puedo evitar emocionarme. Desde lo de Adrián he perdido un poco de autoestima.

—Sí, nena. Estoy totalmente de acuerdo con esta petarda —afirma Marc—. Tu cuerpo es el que es, ¡y tú eres un bellezón! Si a mí no me gustara un pene más que a un tonto un lápiz, ya te hubiera metido la lengua hasta la campanilla.

Me río a carcajadas ante su comentario. Sé que lo dice para que me sienta mejor, y como agradecimiento le doy un abrazo. La verdad es que Marc es un chico muy guapo. Es un poco más alto que yo, es delgado, tiene el pelo con mechas rubias, y los ojos azules. Me recuerda mucho a un actor alemán que se llama Jannik Schümann.

—Bueno, zanjado este tema, seguimos con Minho —sigue Paula—. Creo que algo de interés sí que tiene por ti. Los coreanos cuando se interesan en alguien lo dejan bastante claro… —dice pensativa—. ¿No te ha dicho nada al irse?

—Bueno… —Me quedo pensativa—… me ha dicho que me lo pase bien en Corea. Es que ha sido todo muy rápido.

—¿No te ha pedido el número ni nada? —añade Marc.

—Bueno… —digo avergonzada—. No me ha pedido el número, pero sí que me ha pedido el móvil, y ha apuntado un número.

Saco el móvil de nuevo y se lo enseño. Paula y Marc se miran, y después me miran con cara de pocos amigos.

—¡Y a qué esperabas para decirlo! —gritan los dos al unísono.

La gente vuelve a mirarnos con cara de si estamos bien de la cabeza.

—No sé… ¿Y si no es su número de verdad? A lo mejor es el de su representante o de la agencia con la que trabaja.

—María… —Se acercan los dos más a mi—. ¿Acaso crees que una celebridad como él va pidiendo el móvil para apuntar el número de su agencia o representante?

—No sé… Nunca he estado con una celebridad. No sé cómo se comportan —respondo un poco confundida.

—Nena… Eres una privilegiada —afirma Marc—. Definitivamente tiene interés en ti, y espera que le escribas dándole tu número. Así que en cuanto te compres un número de móvil coreano, le escribes y se lo mandas, ¿entendido?

Me quedo pensativa unos segundos.

—¿Y por qué el número coreano en vez del mío español?

—Porque, por desgracia, la cobertura es un poco mala, también es mucho más caro —me aclara Paula.

—Bueno, vale… haré lo que decís.

Paula y Marc se ponen a saltar de alegría. Están ellos más contentos que yo.

—Bien, ahora vamos a coger un taxi para que nos lleve a casa. Podemos ir en tren, pero con las maletas es más engorroso para subir y bajar escaleras —me informa Paula. Yo me dejo llevar. Ahora dependo de ellos para moverme hasta que aprenda un poco como va todo—. Por cierto, María… ¿sabes cocinar?

—Sí, claro —respondo extrañada por la pregunta.

—¿Tortilla española? —pregunta Marc esperanzado.

—Sí… y más cosas.

Entonces los dos se miran y me abrazan.

—¡Por fin vamos a comer auténtica comida española!

No puedo evitar reírme a carcajadas. Vaya dos amigos me he buscado en Seúl. Cogemos las maletas y salimos del aeropuerto para coger un taxi que nos lleve hasta la que va a ser mi casa durante tres meses.

18
María

El trayecto en taxi lo he disfrutado muchísimo. Ver por primera vez la ciudad de Seúl ha sido maravilloso. Siempre que vas a conocer un lugar nuevo llevas ciertas expectativas, y se pueden cumplir o no. Y por ahora, por lo que he podido ver, creo que se van a cumplir con creces. Me ha parecido una ciudad bonita, moderna y amplia. Seguro que habrá contrastes, como en todas las ciudades, pero lo primero que he visto me ha encantado. Los cerezos en flor, los edificios modernos y altos, el impresionante río Han… He sentido que me faltaba una banda sonora de fondo como en los k-dramas.

La casa en la que me voy a alojar está en un barrio residencial, por lo que me informa Paula. Cuando llegamos, veo que hay más casas alrededor, y los edificios con varias plantas están un poco más apartados. La zona se ve tranquila, a pesar de que hay algunas tiendas y cafeterías cerca. Paula me señala con el dedo dónde están las paradas de metro y autobús. Y la verdad es que no llega ni a cinco minutos andando. Pero solo veo una pega: la casa está situada al final de una cuesta un tanto pronunciada.

La casa, a primera vista, tiene muy buena pinta, es de dos plantas, tipo chalet, como diríamos en España. Y está protegida por una valla alta de color marrón, la cual tiene una puerta de acceso del mismo color. Al pasar, te encuentras un pequeño jardín muy bien cuidado con un pequeño estanque de agua. Miro con atención el estanque, y

veo que hay unos preciosos peces koi dentro. El camino que lleva hasta la entrada de la casa es un mosaico de piedra gris precioso. La puerta principal que da acceso al interior de la casa no tiene una cerradura como en España, porque en Corea utilizan las cerraduras por código, y la verdad es que es mucho más cómodo. Así no tienes que estar pendiente de si has cogido las llaves o si las has perdido.

Una vez dentro, lo primero que te encuentras es un espacio para quitarse los zapatos. Es una costumbre que tienen prácticamente en todo el continente asiático, o por lo menos eso creo. Por lo que he podido ver en los dramas, este espacio puede ser más grande o pequeño dependiendo de la vivienda. En este caso creo que está bien, hay un pequeño banco de madera para poder sentarte, y al lado un zapatero también de madera, con bastantes compartimentos para dejar los zapatos. Me quito las zapatillas deportivas al igual que hacen Paula y Marc, y entro descalza, con los calcetines, ya que mis zapatillas para estar por casa están en la maleta. El suelo donde te quitas los zapatos es de baldosa y está algo frio, pero el del resto de la casa es de madera, de color marrón muy clarito, y se nota calentito. Por lo visto la calefacción es de suelo radiante, utilizan tuberías de agua para calentarlo y en casi todas las casas en Corea del Sur lo tienen así. Ahora entiendo por qué se suelen sentar en el suelo. Las paredes son de color blanco crudo, y el contraste que hace con la madera del suelo me resulta muy acogedor. Me gusta.

El salón resulta ser bastante amplio, los muebles están escogidos con bastante buen gusto en tonos beige y blanco. La cocina es tipo americana y me fijo en que no le falta de nada. Los muebles son de

color blanco, y también hay una pequeña isla con dos sillas altas que hace de división entre la cocina y el salón del mismo color.

De frente hay una escalera de madera, del mismo tono que el suelo, que da acceso a otro nivel superior en el que están las habitaciones y el baño más grande. Pero antes de subir, Paula me enseña el baño de la planta de abajo, que es más pequeño, y el cuarto donde están la lavadora y la secadora.

Cuando subimos a la planta de arriba, en primer lugar me enseñan el otro baño. Es mucho más grande, y tiene hasta un plato de ducha amplio con mampara. Por lo que me cuenta Marc, tenemos mucha suerte. Por lo visto no en todas las viviendas hay una ducha en condiciones, es decir, independiente. Me indica que suele haber baños que en el suelo está el desagüe y la ducha conectada al lavabo. No me quiero ni imaginar cómo se debe de poner todo de agua cada vez que te duchas. La verdad es que si es así, no me puedo quejar.

Después, Paula me enseña su habitación, que es muy colorida. Las cortinas son de color rosa, hay una alfombra de pelo suave de color blanco a los pies de la cama. El nórdico de la cama es de color azul cielo y encima hay un montón de peluches y cojines. El cabecero de la cama y el armario son de color beige. Tiene también una mesa de escritorio grande de color blanco, con una silla gaming rosa y blanca. Y encima el escritorio hay un portátil de color blanco, y un par de aros de luz para los videos.

Y, por último, me enseña la habitación que va a ser para mí. Tiene una ventana grande con unas cortinas de color beige por la cual entra mucha luz. Hay una cama grande, con un edredón de color

beige algo más claro que las cortinas, y las mesillas de noche son de color blanco a juego con la cómoda; que tiene seis cajones. Hay también un escritorio de madera con una silla a juego, y un armario grande de madera con un espejo.

—Pues este ha sido el house tour —comenta Paula—. ¿Qué te ha parecido? ¿Te gusta?

—Me encanta —digo con una sonrisa sincera.

De pronto se oye un sonido que parece un timbre.

—Debe ser la propietaria, la he mandado un mensaje avisando de que ya estábamos aquí. Ven, que os presento —me pide con entusiasmo.

Sigo a Paula hasta abajo y Marc viene detrás. Una vez abajo, me quedo esperando a los pies de la escalera junto a Marc, mientras Paula abre la puerta. Paula sonríe cuando abre, y se inclina hacia adelante a la vez que dice algo en coreano.

—Annyeonghaseyo es «hola» en coreano —me aclara Marc en tono bajito—. Es la manera formal de decirlo. —Asiento y tomo nota mental de ello.

Paula se hace a un lado para que la propietaria entre. La señora que veo entrar me resulta entrañable, tiene los ojos muy rasgados, más que los coreanos que he visto hasta ahora, y su sonrisa es cálida. No sé qué edad tendrá, parece mayor, pero creo que no tiene más de sesenta años. Se quita los zapatos, y Paula le indica algo otra vez en coreano. Se acercan a mí, y Paula me presenta hablando en inglés.

—Señora Ji-hye, le presento a María.

La señora Ji-hye, sin dejar de sonreír, me mira. Me dan ganas de abrazarla, es como muy achuchable. Me recuerda un poco a mamá coco, de la película de Disney.

—Encantada de conocerla, señora Ji-hye. —Me inclino hacia adelante—. Me siento muy afortunada de estar aquí, y poder quedarme en su casa.

La señora Ji-hye me sigue mirando sonriente pero no dice nada, es como si me estuviera estudiando. Empiezo a sentirme un poco incomoda; entonces, toma mis manos y cierra los ojos. Miro a Marc, que se encoje de hombros y su cara es de no entender nada. Después miro a Paula que no le quita ojo a la señora Ji-hye, y algo me dice, por su expresión, que sabe lo que está haciendo. La señora Ji-hye respira profundamente, y cuando suelta el aire, abre los ojos y habla.

—Eres una persona fuerte, pero hay mucho dolor en tu corazón. —La verdad es que habla muy bien inglés—. El destino te ha traído aquí para que te reúnas con la persona que sanará tu corazón para siempre.

Frunzo el ceño extrañada. ¿Acaso la señora Ji-hye es vidente o algo parecido? La verdad es que nunca he creído en estas cosas.

—La señora Ji-hye tiene ciertos dones para la adivinación —aclara Paula en español—. No se dedica a ello, ni mucho menos, pero es algo que ha heredado. Y hay veces que, sin pedírselo, te dice lo que ve.

No sé qué decir, no quiero ser maleducada diciendo que no me creo nada, así que le doy las gracias inclinándome hacia delante con una sonrisa tímida.

Cambiamos de tema, y después de hablar de lo que me ha parecido la casa y la habitación, procedo a firmar el contrato de alquiler por tres meses. La verdad que es una señora muy simpática, y me mira con mucha ternura. Por lo visto vive en la casa de al lado. Ella es la que se hace cargo del pequeño jardín que hay fuera, y de alimentar a los peces que hay en el pequeño estanque. También me cuentan que, de vez en cuando, la señora Ji-hye se preocupa por la alimentación de Paula, y suele traer comida casera, para que no solo coma procesados de la tienda de conveniencia.

—¿Qué es una tienda de conveniencia? —pregunto curiosa.

—Es una tienda que está abierta veinticuatro horas y venden bebidas, comida, helados… —me aclara Marc—. Das una patada y encuentras una. Aquí tienes una a dos minutos. —Marc señala a la calle.

—Como las tiendas de los chinos en España —afirmo.

—Mmm… sí y no —responde Paula—. Parece lo mismo, pero no lo es. Ya iremos mañana a una, para que veas cómo es.

Asiento con la cabeza. Estoy emocionada. Tengo ganas de empezar a explorar Seúl.

—¿Sabes lo que es el kimchi? —me pregunta la señora Ji-hye sin dejar de sonreír.

—Sí, bueno… Sé que es una comida típica coreana que no falta en ninguna casa. —Sonrío al recodar a Min-ho. Él fue quien me dijo lo que era—. Por lo visto se hace con col fermentada, ¿no?

—Eso es. —Me sonríe aún más la señora Ji-hye. Creo que le ha gustado oír que sé más cosas de Corea, y no solo cosas relacionadas con el k-pop o los dramas—. Un día os traigo kimchi y así lo pruebas.

Asiento, y le doy las gracias.

La señora Ji-hye decide marcharse para que me instale tranquilamente y pueda descansar. La verdad es que su presencia no me incomoda para nada, al contrario: me hace sentir muy a gusto. Cuando la señora Ji-hye se ha ido, Paula y Marc me ayudan a deshacer mi equipaje. Y, una vez que hemos colocado todo, Paula pide algo de comida a domicilio, y como no sé qué tipo de comida sirven, me fío del criterio de Paula y Marc.

La comida que deciden pedir es pollo al estilo coreano y también gimbap de atún, que es parecido al sushi japones. La verdad que está todo muy bueno. Al terminar de cenar, Marc se marcha a su casa y yo, aunque estoy agotada, decido grabar un video para mis amigas enseñándoles un poco la casa. Pero antes saco el peluche que le he comprado a Paula y se lo doy.

—¡Ala!¡Muchas gracias! —dice Paula, emocionada y dándome un abrazo—. No tenías que haber comprado nada.

—Quería tener un detalle contigo, por todo lo que me has ayudado y me estás ayudando.

—No tienes que agradecerme nada, lo hago porque quiero. Estoy muy feliz de que el destino nos haya unido. —En su mirada veo sinceridad.

—Lo siento, pero yo no creo en el destino, ni en todas estas cosas de las vibraciones… —confieso avergonzada—. Tampoco en lo que me ha dicho la señora Ji-hye.

—Te entiendo. —Sonríe divertida—. A mí antes me pasaba lo mismo. Pero ya te darás cuenta de que las cosas no pasan por casualidad.

Tras dar las buenas noches a Paula y lavarme los dientes, me voy a mi habitación. Hago una llamada rápida a mi madre, para que sepa que ya he llegado. No hablo mucho con ella porque la cobertura no es muy buena, y porque la llamada me va a salir por un ojo de la cara. Tras colgar, les mando el video a mis amigas, para que sepan que estoy bien. Y escribo un mensaje a Álex.

«Ya estoy instalada en Seúl, y el viaje ha ido de maravilla. Tanto, que hasta he conocido a un idol muy famoso de Corea en el avión. ¡Aún no me lo creo! Les he mandado un video a las chicas, supongo que Tania te lo enseñará. Ahora voy a intentar dormir, me queda la ardua tarea de pasar el jet lag. Cuida de las locas por mí e intenta no echarme mucho de menos. TQ»

Se lo envío, y pongo el teléfono en silencio. Me meto en la cama y me quedo mirando al techo y sonrío. Por fin estoy en Seúl.

19
María

No sé qué hora es, pero Paula está a mi lado zarandeándome.

—María, venga, levanta, que tenemos muchas cosas que hacer hoy.

Abro los ojos con dificultad.

—¿Qué hora es? —pregunto con voz de camionero.

—Son las ocho y media de la mañana, tienes que empezar a adaptarte al cambio de horario. Así el jet lag se pasa antes, ¿qué tal has dormido? —Paula ha dejado de zarandearme, pero se ha quedado tumbada a mi lado.

—Me costó bastante coger el sueño —contesto con los ojos cerrados.

—Ya… es que tantas horas de diferencia es una mierda. Pero lo mejor es levantarse y aguantar el día. Ya verás como esta noche duermes como un bebe —dice con entusiasmo.

—¿No trabajas hoy? —pregunto adormilada.

—No. He pedido un par de días en el trabajo para estar contigo y enseñarte a moverte por Seúl. Así que, venga. —Me desarropa—. Levántate y te das una ducha. Luego desayunaremos en una cafetería que hay aquí cerca. Además… ¡tenemos que comprarte un número de teléfono coreano para que se lo des a Minho!

Que tenga el número de Minho le hace más ilusión a ella que a mí.

—Vale… ya voy. —Pero no me levanto, sigo con los ojos cerrados. Estoy muerta de sueño.

Paula, harta de ver que no me levanto, se pone encima de mí y me hace cosquillas. No puedo evitar reírme a carcajadas a la vez que mi cuerpo convulsiona con las cosquillas.

—¡Vale, vale! Ya me levanto.

Paula cesa y se quita de encima. Me pongo de pie y me estiro a la vez que bostezo.

—Por cierto, creo que Adrián te ha mandado un mensaje. Como se ha iluminado la pantalla del móvil he visto de quién era.

Se me quita el sueño de golpe. ¿Para qué me escribe ahora? ¿No le quedó claro cuando le pedí que se olvidara de mí? Haciendo como que no me importa, informo a Paula de que me voy a duchar, sin decir nada más. Mientras me ducho no paro de pensar en el mensaje de Adrián. Por un lado, me muero de ganas de leerlo, y por otro quiero olvidarlo. Pero la curiosidad me puede, y cuando salgo de la ducha, cojo el teléfono y leo el mensaje de Adrián.

«Perdóname por favor. Sé que me comporté mal, sabes que yo no soy así. No puedo dejar de pensar en ti. Te quiero».

Respiro hondo y me quedo mirando el teléfono. No sé qué hacer… ¿Debería contestarle y decirle que estoy a diez mil kilómetros de distancia ahora mismo para olvidarme de él, y que no quiero saber nada de él? ¿O debería intentar tener una relación cordial con él, dejando claro que no voy a volver con él?

—Si quieres mi opinión… —Miro hacia la puerta de la habitación donde Paula está apoyada en el marco de la puerta. No sé cuánto

tiempo lleva ahí—… creo que no deberías contestarle… Pero es tu decisión.

—Parece arrepentido.

Le ofrezco mi móvil para que lea el mensaje y me siento en los pies de la cama, abatida. Paula lo coge y lee el mensaje.

—Es lo mínimo que tiene que hacer, ha sido él quien te ha engañado —contesta Paula, sentándose a mi lado.

Pero yo sé que no me pide perdón por eso, ya me dio las explicaciones en persona. Su perdón es por el comportamiento que tuvo el día de la fiesta en el bar de Álex y Tania. A Paula no le he contado nada de lo que ocurrió ese día, así que la pongo al día en un momento para que opine sabiendo toda la información.

—Puedes hacer lo que quieras, pero un comportamiento así no suele ser un caso aislado —me dice muy seria—. Creo que lo mejor es que no le contestes, ni le digas donde estás. Yo le bloquearía directamente, pero entiendo que aún estés con dudas. Puedes silenciarlo y ocultar el chat, así te olvidas de él poco a poco.

Respiro hondo de nuevo.

—Vale… llevas razón. Una de las razones por las que estoy aquí es para intentar dejar atrás lo que ha pasado.

—¡Exacto! —Sonríe y me da una pequeña palmada en la rodilla—. Recuerda que la señora Jihye te ha dicho que aquí es donde vas a encontrar a tu príncipe azul.

—No dijo eso…

—Con otras palabras, pero básicamente es lo mismo. —Paula se pone de pie—. Quién sabe, a lo mejor tu príncipe azul es Minho. —Sonríe burlona.

—Sí, claro, pues no tienes tú esperanza ni nada —contesto divertida.

—Bueno. Habrá que averiguarlo, ¿no?

Me guiña el ojo sonriendo de oreja a oreja, y no puedo evitar reírme. El entusiasmo de esta chica no tiene límites.

Paula me deja a solas en la habitación para que pueda terminar de vestirme y arreglarme. Pero antes de ponerme a ello, cojo el móvil, silencio el chat de Adrián y lo oculto. Ya de paso leo los mensajes de mis amigas, que me dicen lo mucho que me echan de menos, pero que disfrute. Y también leo el mensaje de respuesta de Álex.

«Nunca voy a dejar de echarte de menos, ya lo sabes. Pásatelo muy bien. Yo también te quiero, ahora y siempre».

Sonrío. Lo que ocurre entre nosotros es muy difícil de explicar, y no todo el mundo lo entendería. Dejo el teléfono y me arreglo para salir.

La cafetería a la que me lleva Paula está bastante bien. El local es muy acogedor y tienen mucha variedad de cafés; aunque el más demandado es el americano, que resulta ser café solo con hielo. En España el café con hielo es muy común en verano, en la sobremesa sobre todo; por lo menos mi padre lo tomaba así. Pero los coreanos lo han hecho muy popular todo el año, da igual que estén a menos diez grados que a treinta y cinco.

Nunca me he sentido atraída por el café solo, la verdad, y menos con hielo. Así que yo me pido un café con leche con caramelo y vainilla, y Paula un café americano. Lo pedimos para llevar junto con un par de panecillos típicos coreanos, que es un pan dulce muy jugoso que resulta estar delicioso.

Antes de coger el metro, vamos al banco para que pueda cambiar el dinero en efectivo al dinero del país, que son los wones, y al salir paramos en una de las famosas tiendas de conveniencia. La verdad es que en el camino que hemos hecho desde que hemos salido de casa he visto tres, así que Marc tenía razón con lo de que pegas una patada y aparece una.

Después de comprar en la tienda de conveniencia, el batido de plátano que he visto infinidad de veces en los k-dramas, y la tarjeta de transporte para moverme por la ciudad, entramos en el metro.

Poder viajar en el metro de Seúl es como un sueño. Cuando empecé en el mundo de los k-dramas nunca pensé que un día estaría aquí, esperando el tren, y ver estas cristaleras que protegen las vías para que la gente no se caiga voluntaria o involuntariamente. Miro a los lados mientras esperamos el tren, y se me viene a la mente El juego del calamar.

Paula, durante el trayecto, me explica cómo funciona el metro y cómo cambiar de línea por si alguna vez tengo que cogerlo sola. A priori parece un poco complicado, pero seguro que me adapto enseguida. Y otra de las cosas que me llama mucho la atención es la tranquilidad que hay dentro del vagón. Paula me explica que en Corea el respeto es súper importante, y por eso en el transporte público, en general, se viaja prácticamente en silencio. La verdad es que me parece una gozada.

A los veinte minutos llegamos a nuestro destino, al barrio de Hongdae. El ambiente es muy animado y colorido. A simple vista está repleto de tiendas. Por lo que veo Seúl es una ciudad llena de contrastes, y no he visto nada prácticamente. Si ya esto me

impresiona, el día que vea la parte tradicional de la ciudad o la parte más moderna y lujosa me voy a caer de culo.

La primera tienda en la que entramos es para adquirir mi nuevo número de teléfono coreano. Lo bueno es que mi móvil admite tener dos números diferentes a la vez, así que puedo seguir recibiendo mensajes y llamadas en mi número español. Paula, en cuanto salimos de la tienda, quiere que le mande el número a Minho, pero prefiero hacerlo más tarde, no quiero parecer desesperada. Paula, no muy conforme, acepta mi decisión.

Después seguimos mirando tiendas, y me resulta muy difícil no comprar nada, hay un montón de cosas que en España no se venden. Hay cosas súper cuquis. Bea y Ruth fliparían con la cantidad de cosas que hay así que hago fotos y se las envío. Finalmente termino comprándome unas botas súper chulas con brillibrilli, como a mí me gusta. Y unas pantuflas, para estar por casa, de pelo rosa, y que van a juego con otras que ha comprado Paula. Ahora vamos a ser compis de pantuflas.

Cansadas de mirar tantas tiendas, entramos a comer a un restaurante, y ahí pruebo un plato que se llama tteokbokki. A primera vista parecen unos macarrones con una salsa de tomate. Pero resulta que son unos canutillos hechos con una pasta de arroz, con pimiento rojo y cebollino. Y a pesar de lo picantes que son, me encanta.

Algo que me llama la atención es que el agua es gratis y puedes pedir toda la que quieras. Por lo visto es así en todos los restaurantes, y también te sirven unas guarniciones de comida que

también son gratis, y puedes pedir las que quieras. La verdad es que me quedo alucinada de lo barato que es comer aquí.

Cuando terminamos de comer, Paula me lleva a una tienda que es como un fotomatón, pero que tienen todo tipo de cosas para arreglarte el pelo, como planchas, peines, secadores… Y hay diversos accesorios para ponértelos en las fotos, como orejitas de peluche, gorros… ¡Una pasada! No había visto esto en mi vida. Una vez nos hemos divertido haciéndonos fotos con diversos accesorios y poses, decidimos volver a casa, pero esta vez en autobús, para que sepa qué líneas son las que llevan hasta allí.

Una vez estamos en casa y me he puesto cómoda, Paula está esperándome sentada en el sofá del salón.

—¡Venga! No te hagas más de rogar y envía ya a Minho el mensaje con tu número.

—Madre mía, qué presión —digo con mofa—. Solo te falta la fusta.

—No me des ideas… —contesta divertida.

Me siento al lado de mi compi en el sofá y, al desbloquear el móvil, veo que el sistema operativo del teléfono pide que se actualice, así que lo hago. Espero unos minutos a que termine la actualización y una vez a reiniciado el sistema, y ver que vuelve a estar operativo de nuevo, busco el teléfono que me dio Minho… y no aparece.

—No está —murmuro seria.

—No está… ¿el qué? —pregunta Paula.

Está distraída ordenando los videos y las fotos que ha hecho para después compartirlo en sus redes sociales.

—El teléfono de Min-ho… Ha desaparecido. —Paula me mira desconcertada.

—Pero… ¿cómo va a desaparecer? Trae, déjame a mí. —Me quita el teléfono y se pone a mirar—. Pero… ¿por qué? —Me mira con cara de no entender nada.

—Habrá sido la actualización, que le ha dado un yuyu y me ha borrado algunos datos —respondo—. Nuestro gozo en un pozo.

—¡Jolín…! Vaya mierda —dice frustrada—. Bueno… —Suspira—. Hay que ser positivas. Las cosas pasan por algo. Si os tenéis que encontrar de nuevo, lo haréis. —La forma de tomarse las cosas está chica me deja asombrada. Ojalá algún día pueda tomarme las cosas que pasan en la vida como ella.

Después, mientras cenamos una pizza que hemos decidido pedir para cenar, Paula me cuenta con qué dos idols ha salido, con todo lujo de detalles, como me prometió.

Al día siguiente Paula me vuelve a despertar, y esta vez me cuesta menos. He conseguido dormir toda la noche, aunque todavía me encuentro un poco cansada. Esta vez Marc nos va a acompañar, y el primer sitio al que me llevan es al Palacio Gyeongbokgung. Es un sitio precioso en el cual puedes alquilar un hanbok, que es el vestido tradicional coreano, para que la experiencia sea aún más inmersiva. Tras hacernos un montón de fotos, y que Paula grabe otro video para sus redes sociales, me llevan hasta el barrio de Myeongdong. Aquí alucino con la cantidad de puestos de comida callejera que hay. Hay muchísimas cosas y a cuál más apetecible. Empiezo probando el famoso hot dog coreano, de ahí paso a probar un pincho gigante de

patata aderezado con queso que está de muerte, y después unos langostinos con mantequilla.

Me gustaría seguir probando más cosas, como unos cangrejos pequeños que van fritos, o la langosta rellena con queso, pero quiero probar algo dulce también y es muy difícil escoger. Veo las famosas galletas de azúcar de la serie del Juego del Calamar y me dan ganas de comprar una, no solo por el sabor, si no para intentar separar la figura del resto de la galleta sin romperla, como en la serie. Pero me decanto por una brocheta de fruta caramelizada llamada tanghulu.

Tras ponernos gochos a comer, visitamos algunas tiendas. Hay de muchísimas marcas, algunas muy conocidas. Ahora entiendo por qué Paula me dijo que no llenara las maletas del todo. Siempre hay algo que te llama la atención y lo compras. Para rematar el día, Paula y Marc me llevan a disfrutar del pasatiempo favorito de los asiáticos: el karaoke. No se ninguna canción en coreano, pero me aseguran que también hay canciones en otros idiomas. Lo mejor de los karaokes en Corea es que son salas individuales, y se puede beber lo que quieras. Así que Marc se encarga de pedir soju.

—¿Esto que es? —pregunto señalando la botella.

—Es soju, es una bebida tradicional de Corea. Prueba, te va a gustar —contesta Marc con una sonrisa.

Miro la botella con extrañeza, después acerco la nariz para saber si huele a algo y solo me llega el olor a alcohol.

—¿Pero esto se bebe? —digo arrugando la nariz—. A ver si se han confundido con la botella de alcohol puro de noventa y seis grados…

Marc y Paula se ríen con ganas con mi comentario.

—Qué exagerada —dice Paula—, tiene alcohol, pero no tanto. Además, tiene un toque dulce. Ya verás, tiene su punto.

Hago caso y pruebo el soju. Se asemeja al vodka, pero sí tiene un toque dulce… Me gusta.

Marc es quien comienza a cantar. Escoge la canción Single ladies de Beyoncé y nos hace hasta la coreografía. Paula y yo nos partimos de risa al verle, se nota que ya la ha interpretado más veces. Después, Paula toma el relevo y escoge una canción en coreano que no he escuchado nunca, pero tiene muy buen ritmo. Por lo visto es un tema del grupo BTS. Marc me avisa que la siguiente soy yo, pero le pido que me den un rato para elegir la canción que quiero; hay muchísimas y no sé cuál cantar. Mientras yo miro el catálogo de canciones, Paula y Marc cantan varias canciones juntos. El soju ya empieza a hacer efecto en ellos, y se parten de risa cuando se equivocan con la letra o les sale algún gallo. Cuando por fin me decanto por una canción, que es Shallow de Lady Gaga, le pido a Marc que la cante conmigo, y él accede encantado a hacer la parte de Bradley Cooper.

Marc comienza cantando su parte, y cuando me toca a mí se queda con la boca abierta al escucharme. No se esperaba que cantara bien. Marc mira a Paula, que también está flipando, y no puedo evitar sonreír. Al terminar la canción, los dos se ponen a aplaudir.

—Pero… ¿y esa voz? —pregunta Paula, todavía sorprendida.

—La mía —contesto divertida.

—¡Pues menuda voz tienes, guapa! —exclama alucinada.

—Oye, nena, ¿no te has planteado alguna vez dedicarte a la música? —me pregunta Marc.

—La verdad es que no. Creo que no es tan fácil vivir de la música —respondo.

—Pues no saben lo que se pierden —concluye Marc.

En el karaoke se nos pasa el tiempo volando, y cuando nos queremos dar cuenta son más de las once de la noche y damos por finalizada la juerga.

Al día siguiente no está Paula para despertarme, así que es la alarma la que me despierta. Quiero seguir conociendo Seúl en la medida de lo posible, y también quiero encontrar el supermercado más cercano para comprar algunas cosas. Quiero dar una sorpresa a Paula para cuando vuelva del trabajo. Según me contó, trabaja en una agencia de publicidad.

Mi primer día sola no se me da mal, gracias a la aplicación KakaoMap que Paula me hizo descargar, ya que Google Maps no funciona del todo bien en Corea, y he podido conocer un poco más la zona. He encontrado el supermercado, y he aprovechado para comprar lo necesario para preparar una autentica tortilla de patata, y algunas cosas más para llenar la despensa. Algunos productos he sabido lo que eran gracias al traductor, ya que solo estaban en coreano. Y la cajera que me ha cobrado no sabía inglés, así que el traductor ha sido de nuevo mi salvación.

Cuando Paula llega a casa después del trabajo y huele la tortilla de patata, casi se pone a llorar. No se lo esperaba.

—¡Qué buena está! —comenta Paula mientras rebaña los trocitos pequeños de patata del plato—. Casi se me había olvidado cómo sabe.

—Me alegro de que te guste —respondo divertida—. ¿Y qué tal el trabajo? —pregunto mientras recojo la mesa.

—Bien… Por cierto, el sábado ya tenemos plan. Hay una feria en la cual va a haber muchas marcas de cosmética, maquillaje, joyería y demás, promocionando nuevos productos, y mi agencia me ha conseguido dos pases. El año pasado estuve y es una pasada, te regalan mogollón de cosas, puedes probar los productos y conseguir descuentos importantes. Y lo mejor de todo es que este año hay sorpresas.

Cuando dice esto último, levanta las cejas, y sonríe de una forma que da a entender que sabe algo más y es secreto.

—Vale, pues iremos a esa feria entonces —respondo, y Paula aplaude entusiasmada.

Sé que oculta algo que no me quiere decir, pero decido dejarlo pasar. Ya sabré de que se trata.

20
María

Hoy me he levantado mucho mejor. Creo que mi cuerpo ya se ha adaptado al cambio de horario. No estoy tan cansada, y casi lo agradezco, porque quiero disfrutar a tope de la feria a la que Paula y yo vamos a ir hoy.

Paula está súper emocionada, lleva casi una hora eligiendo la ropa que se va a poner, y me ha exigido que me ponga guapa.

—¿Quieres que me ponga guapa tipo putón o guapa en plan elegante? —pregunto con mofa, y Paula me mira levantando una ceja con cara de pocos amigos.

—Qué graciosa… Ve a vestirte, anda.

Dejo a Paula en su habitación arreglándose, y yo me dirijo a la mía cuando llaman al timbre y bajo a abrir. Veo por el videoportero que es la señora Ji-hye y abro la puerta.

—Annyeonghaseyo, señora Ji-hye —la saludo inclinándome hacia delante—. Pase, por favor.

La señora Ji-hye, con su sonrisa inamovible, entra, pero se queda en la zona donde nos quitamos los zapatos.

—He venido solamente a traeros un poco de kimchi que os he preparado, para que lo pruebes.

Agradezco un montón que hable inglés, porque me daría mucha rabia no poder comunicarme con ella en condiciones.

—¡Muchísimas gracias! —respondo con entusiasmo—, no tenía que haberse molestado.

—Siempre es un placer —contesta, y me da un recipiente hermético grande.

Abro un poco el recipiente, y huelo la comida.

—¡Umm! Huele de maravilla —digo con sinceridad—. Porque tenemos que salir, y me tengo que terminar de arreglar, pero, si no, me comía un poco ahora. Esta noche seguro que me lo como.

La señora Ji-hye se ríe, y yo con ella.

—Tranquila, cuando te venga bien. Por cierto, ¿ayer eras tú quien cantaba con la música?

El día anterior, mientras limpiaba un poco y ponía una lavadora, puse música y no puede evitar cantar algunas canciones.

—Sí… Lo siento mucho, de verdad —musito avergonzada—. No voy a volver a hacerlo. Perdóneme si la molesté.

—Tranquila. —Me coge la mano—. No me molestaste en absoluto. Al contrario, fue un privilegio oírte. Tienes una voz preciosa. La única pena es que en algunas ocasiones no entendía lo que cantabas. —Seguro que se refiere a las canciones en español.

—Muchas gracias, señora Ji-hye —contesto emocionada. Y sin pensármelo dos veces, la abrazo. Ella se queda un poco paralizada, pero sonríe cuando me aparto y puedo ver un poco de emoción en sus ojos—. Perdone mi efusividad, pero no sé por qué llevo queriendo abrazarla desde que la conocí.

Ella se ríe.

—No pasa nada, puedes darme un abrazo cuando lo necesites.

—¡María! ¡En quince minutos tenemos que salir! Tenemos que ir a la zona de Gangnam, ¡y es casi una hora de metro! —grita Paula desde arriba en español.

—¡Vale! —la contesto—. ¡Paula, la señora Ji-hye está aquí!

Oigo como sale de la habitación y baja las escaleras corriendo. Ya está vestida, pero con el pelo a medio planchar.

—¡Oh, señora Ji-hye! No he oído su llegada. —Se inclina saludándola—. Perdóneme, de verdad. Es que vamos a salir y estaba arreglándome.

—Tranquila. Solo he venido a traeros kimchi. —Le enseño el recipiente a Paula—. Ya me marcho y dejo que os pongáis guapas.

—¡Muchas gracias, señora Ji-hye, por el kimchi! —contesta Paula con una sonrisa.

—Disfrutad mucho y tened cuidado.

Nos despedimos de la señora Jihye, y una vez que se ha marchado, Paula sube corriendo a su habitación para terminar de plancharse el pelo, y yo guardo el recipiente con el kimchi en la nevera antes de subir también a mi habitación para terminar de ponerme guapa, como me ha pedido Paula. Una vez estamos listas, justo antes de salir, Paula se interesa por mi perfume.

—Madre mía, María… No sé qué perfume llevas, pero huele genial.

—Es árabe, se han hecho muy populares en España —le informo.

—Pues más de uno se va a quedar embriagado por este aroma tan seductor.

La miro con incredulidad y ella sonríe divertida.

—No será para tanto —respondo.

Paula ríe, y, cogiéndome del brazo, salimos de casa.

Cuando llegamos al distrito de Gangnam, me quedo fascinada. Esta zona de la ciudad no tiene nada que ver con lo que he visto hasta ahora. Hay un montón de edificios altos y lujosos, y sobre todo destaca una torre muy alta. Según me informa Paula es la Lotte World Tower y es la sexta más alta del mundo. Se nota de sobra que es la zona más cara de Seúl. Esto es otro nivel.

Confieso a Paula que me gustaría subir al mirador de la Lotte World Tower, pero me dice que no hay tiempo. Así que, otro día, aunque sea yo sola, subiré hasta lo más alto de esa torre para disfrutar de las vistas, porque debe ser una pasada.

Caminamos hasta un edificio que es bastante grande, tiene varias plantas, pero resulta no ser tan alto como el resto de los edificios de alrededor. Por lo visto se suele utilizar exclusivamente para eventos importantes. Para entrar nos piden los pases, y, tras comprobar el tipo de pases que son, nos dan dos tarjetas con un cordón para colgárnoslas en el cuello. No sé lo que significa llevar esta tarjeta, me he fijado en que no a todo el mundo se la dan, pero Paula sí que lo sabe. Y por mucho que insisto en que me lo diga, no suelta prenda.

Una vez estamos dentro, veo que hay un montón de stands de diferentes marcas promocionando todo tipo de productos como maquillaje, cremas, perfumes, joyería… y un largo etcétera. Paseamos entre ellos, y nos paramos en aquellos de los que nos llama la atención el producto en promoción. Los chicos y chicas que están en los stands son súper amables y se preocupan por atender todas las dudas que tengas sobre los productos. Hay también alguno

que otro con comida para probar, y, cómo no, nosotras no perdemos oportunidad.

No sé cuánto tiempo llevamos mirando stands, pero voy cargada con una enorme bolsa en la que llevamos las muestras que nos han dado, y los productos que no nos hemos podido resistir a comprar; y ya empieza a pesar. De pronto, Paula mira el reloj en su móvil, y tras poner cara de apuro, me coge de la mano y, tirando de mí, camina a toda prisa entre la gente.

—¿Se puede saber a dónde vamos con tanta prisa? —pregunto desconcertada.

—Ahora lo verás.

Llegamos a una puerta en la cual hay un par de personas con traje y pinganillo que, al ver las tarjetas que llevamos, nos dejan pasar sin problema. Al cruzar la puerta entramos en una sala grande en la que al fondo hay una gran pantalla que ocupa toda la pared, un escenario y un montón de sillas frente al escenario en las cuales ya hay chicas sentadas. También se ven algunas personas con cámaras profesionales que están de pie, supongo que serán periodistas y fotógrafos. Por lo que puedo deducir, debe ser la presentación de algún producto en exclusiva, y nosotras tenemos el privilegio de poder verlo en primicia.

Nos sentamos en dos sillas libres que hay cercanas del escenario, y Paula se levanta para hablar con una chica de la organización que está cerca de nosotras. Y tras mantener una breve conversación en coreano, vuelve conmigo.

—Bueno, ya te puedo contar para qué sirven estos pases. —Percibo en su tono un poco de decepción—. Ahora va a haber una

presentación exclusiva de una marca de relojes coreana. Y para la presentación, habían invitado a una celebridad, para dar mayor publicidad y promoción. Y esa celebridad iba a ser Minho. —Abro mucho los ojos por la sorpresa. Ahora entiendo por qué tanto secretismo. Al ver que no digo nada, sigue—: Y con estos pases… —Señala el pase que lleva colgando del cuello—… también tenemos el privilegio de poder hacernos una foto una vez acabe la presentación. Mi intención era que os vierais de nuevo, y así os dabais los teléfonos de una puñetera vez… pero no va a venir —musita con tristeza—. Me lo acaban de confirmar al pedirle a esa chica que nos dejara las últimas para la foto, así ninguna de estas chicas que hay aquí se enteraría de nada.

—¿Y se sabe el por qué? —pregunto un poco decepcionada también. La verdad es que me hacía ilusión ver otra vez a Minho.

—Le habrá surgido algo más importante, supongo. Son personas que tienen infinidad de eventos, y a lo mejor no han cuadrado bien las fechas… A saber.

—Pues vaya faena. Los de la marca deben estar que trinan —afirmo.

—No, porque siempre tienen un plan b. La buena noticia es que va a venir otra celebridad en sustitución.

—¿Y sabes quién es? —pregunto con curiosidad.

—Sí, me lo ha dicho la chica con la que he estado hablando. Va a ser Lee Gi-Won. —Al oír ese nombre, me quedo blanca—. Es el protagonista de tu k-drama favorito, ¿no? —Me quedo en shock. ¿En serio voy a conocer a Lee Gi-Won en persona? ¡No me lo puedo creer! Conocer al actor y cantante con el que he fantaseado tantas

veces es algo que ni se me había pasado por la cabeza que pudiera suceder. Paula, al ver que no reacciono, se preocupa—. María… María, ¿estas bien? —Me zarandea un poco.

Salgo de mi catarsis y la miro.

—Sí… es solo que no me esperaba conocer a Lee Gi-Won. No te imaginas lo mucho que me gusta.

—Me hago una idea por tu reacción —responde divertida.

De pronto una melodía empieza a sonar. La gran pantalla se enciende, y muestra un video muy bien elaborado de unos relojes muy elegantes y chulos. Al terminar el video se muestra el nombre de la marca, que es K-Lex. Entonces suben al escenario dos hombres muy bien vestidos que saludan sonrientes. La gente allí presente aplaude, y los fotógrafos comienzan a hacer fotos sin parar. Estas dos personas comienzan a hablar por turnos en coreano, y Paula se encarga de traducirme lo que dicen. Por lo visto son los dueños de la marca, y explican en qué se inspiraron para el diseño, la maquinaria que han utilizado, etcétera.

En cuanto terminan de explicar todo lo referente a la marca y la nueva gama de relojes, dicen algo que hace que el público —que prácticamente son solo chicas— comience a chillar, y miro a Paula sin entender por qué chillan.

—Acaban de anunciar que tienen una sorpresa, y han preguntado si queremos verlo. Todas las personas que están aquí están por lo mismo que nosotras —me aclara Paula.

Sin más dilación, dan paso a Lee Gi-Won, y el público chilla y aplaude como loco. Este sale sonriente por una puerta acristalada que hay cerca de nosotras, acompañado de tres personas que van

de negro, que supongo que serán guardaespaldas, y me quedo embobada al verle. Es más alto de lo que aparenta en la pantalla, y más delgado; aunque se nota que ejercita los músculos, sobre todo porque se marcan perfectamente a través de la camisa blanca que lleva puesta. Y los pantalones color mostaza le quedan como un guante. ¡Madre mía, es guapísimo! Mucho más en persona. Y está guapísimo. No puedo apartar los ojos de él. Paula me saca de mi trance poniendo la mano debajo de mi barbilla.

—Si sigues babeando así, a este paso vamos a tener que salir en barca de aquí.

La miro un poco avergonzada, y finalmente sonrío, mientras susurro:

—¡Qué exagerada eres!

Paula se parte de risa, y yo vuelvo a mirar hacia Lee Gi-Won.

Ya está encima del escenario junto con los dueños de la marca. Los guardaespaldas se han quedado a los lados del escenario mirando al público con cara de… «cuidadito con lo que hacéis». Solo les falta hacer el gesto de «os estoy vigilando» con dos dedos.

Lee Gi-Won sigue saludando con la mano al público sin dejar de sonreír, y cuando comienzan a vitorear su nombre, se pone a hacer corazones de diferentes maneras con las manos. Y no puedo evitar sonreír como una tonta.

En cuanto el público se calma, la presentación sigue. Le hacen probarse uno de los relojes, le explican las características, y, tras mostrar interés, posa con él para los fotógrafos. Después le hacen un montón de fotos más a él solo con el logo de la marca y con los dueños, que se les ve súper felices, porque saben que con una

celebridad como Lee Gi-Won, como imagen de la marca, les asegura unas cuantas ventas.

Una vez termina la presentación y acaban de hacerle fotos, llega el turno de los fans. La chica que ha hablado antes con Paula es la que se encarga de organizar el turno para subir al escenario con Lee Gi-Won para hacerse la foto. En total seremos unas cincuenta o sesenta personas, así que una vez organizados los turnos, comienzan a subir chicas emocionadas. Nosotras vamos a ser las últimas, y casi lo agradezco, porque estoy súper nerviosa y voy a intentar tranquilizarme un poco. Pero según se va acercando el momento de subir, mis nervios no se han calmado, al contrario, han aumentado tanto que me tiembla todo el cuerpo. Tengo sentimientos encontrados, porque por un lado quiero saludarle y hacerme la foto. Pero por otro lado pienso que debe estar hasta las narices de tanta foto, y de aguantar a tanta chica que bebe los vientos por él. Y encima me visualizo a su lado, en el momento foto; él tan delgado y guapo, y yo… pues eso, con un cuerpo que no tiene nada que ver con el que tienen las chicas con las que estará acostumbrado a estar. ¿En otras palabras? Con una gorda.

Así que, para no hacerle el feo a Paula por haberse molestado en traerme hasta aquí, aunque en principio fuera para ver a Minho, decido subir con ella, pero no quiero salir en la foto.

—¡No digas tonterías, María! —me regaña Paula al comunicárselo —. ¿De verdad vas a perder esta oportunidad? —Su mirada es mitad incrédula y mitad decepción.

Pero no puedo explicarle más, porque llega nuestro turno y nos toca subir. Mi cuerpo no deja de temblar e intento respirar hondo

para suavizar el temblor que tengo en las manos. Nos acercamos a él, y la primera en saludar es Paula, que lo hace en coreano, y cuando lo hago yo me sale un «encantada» en español. ¡Seré gilipollas! ¿De repente se me ha olvidado el inglés? ¡Me quiero morir!

Verle tan cerca hace que mis pulsaciones se aceleren aún más, y estoy a punto de que el corazón se me salga por la boca. Giwon me sonríe e inclina la cabeza hacia delante. ¡Madre mía, tiene una sonrisa preciosa!

Paula me ordena con un gesto que me ponga al lado de Giwon para hacerme la foto con él, pero le arrebato el móvil, y le digo que se ponga ella primero. Mi amiga me mira con enfado, pero, por no discutir conmigo en este momento, hace lo que le pido. Intento enfocar bien, ya que los nervios no me lo están poniendo nada fácil, pero finalmente saco varias fotos decentes. Siento una rabia enorme, porque los dos quedan muy bien juntos a través de la cámara. Paula le da las gracias a Giwon inclinándose, y se acerca de nuevo a mí.

—Venga, ahora te toca a ti —me ordena Paula.

—Que no, de verdad. —Me muevo para marcharnos—. Venga, vámonos.

Ella me agarra e intenta quitarme el móvil, pero lo aparto hábilmente. Paula les dice algo en coreano a las personas que están con Giwon, y sigue conmigo.

—¡María! —susurra entre dientes—, por favor, dame el móvil.

—¡Que no! —susurro también entre dientes. No sé porque susurramos, porque estamos hablando en español, y creo que nadie

entiende lo que decimos—. Una persona como yo no queda bien al lado de una persona como él.

—¡No digas tonterías!

Paula alarga la mano para quitarme el móvil, pero yo la aparto aún más para que no lo coja, y, como consecuencia, el móvil cae al suelo. Inmediatamente me agacho para coger el móvil, y cuando voy a cogerlo noto el roce de una mano contra la mía, y una corriente eléctrica difícil de explicar recorre todo mi cuerpo. De pronto, noto cómo todo a mi alrededor se ralentiza… y levanto la vista despacio. Es como si mis movimientos fueran a cámara lenta. Entonces veo su rostro a escasos centímetros del mío. Giwon me está mirando fijamente, clavando sus preciosos ojos marrones y almendrados en los míos. Es como si no estuviera mirándome a mí, si no mi alma. No puedo apartar la mirada de él, y me doy cuenta de que no estoy respirando, porque mi pecho empieza a doler. Tomo aire para salir de este estado, y me incorporo. Giwon recoge el móvil, y se incorpora también. Me tiende el móvil para que lo coja, pero Paula con rapidez y, pidiendo disculpas, lo coge.

—Venga, ponte a su lado —me apremia Paula con mala leche. No está muy contenta con mi actitud.

La sensación que tengo es de haber estado minutos agachados, mirándonos el uno al otro, y tan solo han sido unos pocos segundos. Todavía siento el roce de su mano con la mía, y de forma automática acaricio la zona donde me ha rozado. Finalmente hago lo que me pide Paula sin rechistar, y me pongo al lado de Giwon. Mi corazón late desbocado, sobre todo al percibir el olor de su perfume, fresco,

cítrico y amaderado a la vez, con un toque de lavanda. Cierro los ojos instintivamente… Huele muy rico.

—María… abre los ojos, por favor —me pide Paula, y los abro—. Muy bien, y ahora pégate un poquito más a él.

Me acerco un poco más, y un escalofrío me recorre la espalda al sentir la mano de Giwon en mi cintura, mi cuerpo se tensa ante su contacto, y se me corta la respiración. Vuelvo a respirar cuando Paula indica que ya está hecha la foto y me aparto a toda prisa. ¿Qué es lo que está pasando? Nunca había sentido nada parecido al tener contacto con una persona. Puede ser por los nervios que tengo, que me están haciendo sentir cosas raras. No sé, pero necesito salir de aquí, necesito tomar aire fresco ya, siento que me voy a desmayar de un momento a otro.

Estamos a punto de despedirnos e irnos cuando Giwon dice algo en coreano y Paula me traduce.

—Dice que nos hagamos una foto los tres.

Paula me mira con pena, como los ojos del gato con botas, y no me puedo negar. Así que le damos el móvil a la chica de la organización, que sigue ahí hasta que nos vayamos, y nos colocamos una a cada lado de Giwon. Noto cómo él vuelve a poner la mano en mi cintura, y un escalofrío igual que el que he sentido antes recorre de nuevo mi espalda. Le miro de reojo, y me parece ver que está conteniendo la respiración como yo. ¿Qué está pasando? No entiendo nada.

Tras hacernos la foto, Paula le da las gracias en coreano a Giwon, y yo le sonrío con timidez tras decir «gracias» en inglés. Giwon, sin apartar la mirada de mí, responde «ha sido un placer» en inglés. En

cuanto bajamos del escenario, camino deprisa hacia la puerta para salir de aquí cuanto antes. Pero cuando estoy a punto de atravesarla, sin saber por qué, me doy la vuelta para mirar una vez más a Giwon.

21
Lee Gi-Won

La alarma suena a las ocho de la mañana, pero llevo media hora despierto. Miso, mi gato, se ha encargado de despertarme porque no tenía comida en su plato. Anoche llegué muy cansado a casa después del concierto, y se me olvidó ponerle comida. Me gusta darlo todo en el escenario y que mis fans disfruten, es lo mínimo que puedo hacer por ellos y ellas. Sin su apoyo yo no sería quien soy ahora.

Hoy es sábado, y hace mucho tiempo que no tengo libre este día, y me siento raro. Estoy acostumbrado a tener siempre algo importante que hacer: una sesión de fotos, un concierto, el rodaje de alguna serie, un programa de televisión… o simplemente el ensayo de alguna nueva coreografía. Suelo tener muy poco tiempo para mi vida personal. Pero, aunque me encanta lo que hago, y me siento un privilegiado de poder hacer lo que me gusta, me siento solo. No a nivel de amor familiar, porque mis padres, aunque ya no viven en Seúl, sé que están ahí para lo que los necesite. Y mi hermana, que sí que vive en la ciudad con su marido y mi sobrino, son un apoyo muy importante para mí. Pero a nivel sentimental sí que me gustaría encontrar por fin a la mujer con quien compartir el resto de mi vida. Una mujer que me haga sentir lo que es el amor de verdad. Pero con esta vida es muy difícil. Las mujeres que se acercan a mí solo lo

hacen por el interés, por quien soy, y me niego a tener una relación así.

Mi representante lleva meses intentando que nos hagamos pareja Kang Yuri y yo, pero no siento nada por ella. Como fuimos pareja ficticia en el último drama que protagonizamos, y creen que quedamos muy bien en la pantalla juntos, quieren hacerlo real. Pero Yuri es una persona muy superficial, y solo le importan el dinero y la fama. Nos hemos acostado un par de veces, y no quiero nada más con ella.

Así que lo que haré hoy, después de desayunar y hacer mi rutina de ejercicio, es ir a hacer una visita a mi hermana, mi cuñado y mi sobrino de cuatro años. Cuando estoy con mi sobrino siento una paz inmensa, vuelvo a ser niño otra vez y hace que se me olviden todos los problemas.

Después, cuando estoy en mitad de mi sesión de ejercicio, suena el móvil. Dejo las pesas en el suelo y miro quién es. Al ver que es Seong Ji-Hoo, mi representante, contesto.

—¿Cómo está mi celebridad favorita?

Cuando Seong Ji-Hoo llama para pedirme algo que no me va a gustar, me suele hacer la pelota.

—Intentando disfrutar del día libre —contesto—, pero algo me dice que tú me lo vas a chafar en breve —espeto sin rodeos, y él ríe ante mi comentario al otro lado de la línea.

—¡Qué bien me conoces! —dice en tono jovial—. ¿Te acuerdas de la feria de cosmética y accesorios que se celebra hoy?

—Sí —contesto con tono aburrido.

—Como sabrás, querían a Minho para representar la nueva línea de relojes de la marca K-Lex.

—Sí… ¿y? —Me veo venir lo que me va a decir.

—Ha tenido un problema de agenda y no va a poder asistir. Así que la marca me ha llamado, y quieren que seas tú quien haga de embajador de la marca.

¿Problema de agenda…? Siempre pone la misma excusa. Minho es un caprichoso y muy poco profesional. Cuando no le da la gana ir a algún evento, deja tirada a las marcas y luego tenemos que ir los demás de segundo plato. Pero da igual las veces que lo haga, es el niño bonito de todo el mundo y se lo permiten todo.

—¿A qué hora tengo que estar allí? —pregunto con desidia.

—Irá un coche a recogerte a tu casa a las cinco de la tarde. Te recuerdo que va a haber fans, y después esas fans se podrán hacer una foto contigo, así que pon tu mejor cara, por favor.

—Nunca voy a tratar mal a una fan por muy cabreado que esté —contesto indignado.

Parece mentira que con treinta y cuatro años que tengo, y más de diez años de carrera, me tenga que recordar estas cosas.

—¡Este es mi chico! —responde satisfecho, y yo pongo los ojos en blanco.

Me despido de Seong Ji-hoo y sigo con mi rutina de ejercicios. La visita a mi hermana, mi cuñado y mi sobrino la tendré que dejar para otro día.

Llego al sitio donde se hace el evento diez minutos antes de que empiece. Me llevan hasta un camerino en el que voy a estar

esperando hasta que llegue el momento en que me presenten. Saludo a los organizadores del evento y a los representantes de la marca K-Lex, que se desviven en halagos y atenciones porque no quieren que me falte de nada. Y yo se lo agradezco de corazón.

Comienza la presentación de los nuevos relojes, y cuando pasan unos quince minutos, llega mi turno. Unos guardaespaldas me escoltan hasta una puerta de cristal opaco, y en cuanto oigo mi nombre, la traspaso y camino hacia el escenario sin dejar de sonreír y saludar con las manos. Una vez en el escenario, sigo saludando al público y les hago corazones con las manos porque sé que les encanta. Tras calmar al público, prosiguen con la presentación. En este tipo de eventos no hay mucho que hacer, solo tienes que escuchar lo que te cuentan del producto, mostrar interés y posar para las cámaras.

Cuando llega el turno de las fans, una vez terminada la presentación, empiezan a subir chicas de dos en dos. No he contado cuántas han subido ya, ni cuántas quedan, pero me resulta un poco aburrido, ya que no puedo apenas interactuar con ellas. Prácticamente es saludar, foto y despedirse.

Solo quedan dos chicas por subir, las que ya se han hecho la foto conmigo han ido saliendo de la sala. Cuando suben estas dos últimas, tengo interés por saber de dónde son. Tengo claro que son extranjeras, por los rasgos de su rostro, pero no sé de qué país pueden ser.

La chica que tiene el pelo más largo me saluda en coreano. Es delgada, con ojos azules y supongo que tendrá unos veinticinco años, y la chica que la acompaña me llama la atención. No es

delgada como su amiga, tiene unos cuantos kilos de más, pero a mí eso me da igual. Tiene el pelo rizado, corto, hasta mitad del cuello, y creo que es un poco mayor que su amiga; tendrá más o menos mi edad. Lleva unos botines con brillo que llaman mucho la atención, pero lo que más me atrae de ella son sus ojos y la forma que tiene de mirar. Mira de una forma que se podría definir como misteriosa y cautivadora. Cuando me saluda, lo hace en español y veo que arruga la frente extrañada. Creo que pretendía saludarme en otro idioma y los nervios le han jugado una mala pasada. Lo que no sabe es que puedo entenderla perfectamente.

La primera en hacerse la foto conmigo es su amiga, la chica de ojos azules. Esta quería que fuera primero la chica de los botines brillantes, pero le ha arrebatado el móvil de las manos hábilmente, y le ha pedido que sea ella primero. Me está resultando bastante divertido saber qué es lo que hablan y que ellas no lo sepan.

Hace un par de años quise aprender español porque es un idioma que me llamaba la atención, y para poder comunicarme con las fans en caso de dar un concierto en alguna ciudad latina, así las sorprendería. Hasta ahora no se ha dado la oportunidad, pero he seguido practicando el idioma, y actualmente lo hablo con bastante fluidez.

La chica de los botines brillantes nos hace la foto a su amiga y a mí. Una vez indica que ya está hecha, su amiga se va hacia ella y le pide que se ponga a mi lado, pero ella se niega. ¿Por qué no quiere? Pienso en decir algo, pero se darían cuenta de que las entiendo, así que decido esperar a ver qué pasa.

La chica de los ojos azules pide un momento en coreano, ya que el personal del evento se está empezando a impacientar, y le han pedido con un gesto que se den prisa. La persona que se lo ha dicho me mira, y le indico con un gesto que está todo bien. No tengo prisa, y quiero saber por qué la chica de los botines brillantes no quiere hacerse una foto conmigo.

Intento escuchar lo que dicen, pero me cuesta, porque hablan bajito. Pero creo escuchar que el motivo por el que no quiere es por su físico, cree que no queda bien a mi lado. Aprieto la mandíbula indignado, porque eso no es cierto. Me gustaría decirle que ella es igual de válida que cualquier otra persona de las que se han hecho fotos conmigo hoy, pero no puedo. No, si no quiero revelar mi secreto. Su amiga la mira enfadada, porque opina lo mismo que yo.

—¡María! —murmura su amiga entre dientes.

Así que su nombre es María…

—Por favor, dame el móvil —le ordena enfadada.

María vuelve a negarse, y al apartar la mano aún más para que no le arrebate el móvil, se le cae al suelo. Sin pensármelo, me agacho para cogerlo, pero María también se agacha, y nuestras manos se rozan. Entonces siento como si algo me atravesara de arriba abajo, algo que no sé cómo explicar. Ella levanta la vista y se encuentra con mis ojos. No sé por qué, pero no puedo apartar la mirada de sus preciosos ojos color avellana. Veo en ellos un atisbo de tristeza, pero sobre todo veo humildad y honestidad en ellos. Mi corazón late desbocado… nunca he sentido nada parecido. ¿Qué está pasando? ¿Por qué me está pasando esto?

María se levanta, y vuelvo a ser consciente de dónde estamos. Me doy cuenta de que se ha levantado sin recoger el móvil, y lo recojo yo. Se lo ofrezco al incorporarme para que lo coja, quiero volver a rozar su piel y comprobar si lo que he sentido es algo puntual. Pero su amiga se adelanta y se hace con él móvil pidiéndome disculpas. Su amiga, la chica de ojos azules, sin demora le pide a María que se ponga a mi lado, y esta vez lo hace sin protestar. María se coloca a mi lado, pero hay un poco de separación entre nosotros. La miro de reojo, y tiene los ojos cerrados. ¿Habrá sentido lo mismo que yo?

—María, abre los ojos, por favor —pide su amiga, y ella los abre de golpe—. Muy bien. Ahora pégate un poquito más a él.

Cuando se acerca más a mí, percibo su perfume. Es una mezcla floral y dulce… ¡Joder, qué bien huele! Me encanta. Entonces, sin pensármelo dos veces, pongo mi mano en su cintura, y la acerco más a mí. Noto cómo se tensa ante mi contacto, está claro que no se lo esperaba. La verdad es que no sé por qué lo he hecho, solo he sentido que tenía que hacerlo.

Una vez que su amiga nos ha hecho la foto, ella se aleja deprisa y me siento vacío. Pero ¿por qué me siento así? Veo que se disponen a bajar del escenario y entonces se me ocurre pedirles que se hagan una foto más conmigo, los tres juntos. Se lo comunico en coreano a su amiga, la chica de ojos azules, y esta mira a María, que le da su aprobación. En cuanto tengo a María a mi lado de nuevo, siento que el vacío que he sentido antes al alejarse desaparece. No entiendo nada…

Nos colocamos para la foto, me quedo en medio de las dos, y como necesito comprobar una vez más lo que me hace sentir

cuando la toco, pongo de nuevo la mano en su cintura. Mi corazón late desbocado de nuevo, y no me doy cuenta de que no estoy respirando hasta que nos hacen la foto, momento en el que suelto el aire de golpe.

María se separa de mí junto a su amiga, porque ya tienen que marcharse, y me vuelvo a sentir… ¿vacío? Pero ¿por qué me siento así, si no la conozco? Entonces María se despide de mi en inglés, respondo, y se marchan. La sigo con la mirada mientras camina deprisa hacia la puerta de salida, y cuando veo que se detiene un segundo cuando está a punto de salir, gira la cabeza, y me mira… siento una presión en el pecho difícil de explicar.

22
María

Ya ha pasado una semana desde que conocimos a Giwon en el evento de promoción, y todavía sigo preguntándome qué es lo que pasó. Es como si de alguna manera hubiéramos conectado, como ocurre en los dramas. Pero no es posible, eso no pasa en la vida real, y menos con una persona como yo.

Paula, al salir del evento, no comentó nada sobre mi comportamiento, me dejó mi espacio. Pero sé que la dejé preocupada. Al día siguiente Marc vino a vernos y se lo contó todo, y él tampoco me dijo nada. De todas formas yo tampoco entiendo por qué me comporté así. Hace ya muchos años que no me avergüenzo de mi físico, pero desde que estoy aquí me siento más fea y gorda que nunca, y no sé porque me pasa esto. Creo que mi decepción con Adrián ha hecho que mi autoestima decaiga, y me está afectando más de lo que creía. No he querido ni ver las fotos del evento, a pesar de que Paula insiste en que salgo muy bien junto a Lee Giwon.

Pero Marc y Paula no se dan por vencidos en cuanto a mi problema, y se encargan todos los días de hacer que me sienta mejor conmigo misma. Hoy por la noche, por ejemplo, me van a llevar de fiesta al club en el que trabaja Marc como DJ. Resulta que el dueño es su novio, y desde hace unos meses se ha convertido en

uno de los clubs más exclusivos de Seúl. La verdad es que tengo curiosidad por saber cómo es, y me siento más animada.

La mañana la he pasado entretenida poniendo un par de lavadoras mientras Paula hacía un live con sus seguidores de TikTok, en el cual me ha hecho salir para saludar y que me conozcan. Y después he hecho una visita a la señora Jihye, ya que tenía que devolverle un par de recipientes limpios en los que nos trajo comida coreana para que la probara. Sé que no solo lo hace por eso, lo hace para cuidarnos, y para que nos alimentemos bien. La próxima vez que haga algún plato español, pienso llevarle un poco para que lo pruebe, a ver qué le parece.

Tras estar un rato con la señora Jihye, y comer un poco, Paula y yo nos echamos una siesta. Desde que estoy en corea no me he echado a la siesta ningún día, pero hay que tener las pilas cargadas para esta noche.

La siesta me sienta de maravilla, es de lo mejor que tenemos en España, y en otros países deberían practicarla más a menudo. Tras ducharme, peinarme y maquillarme, me pongo unos pantalones de tiro alto negros, con un top brillante negro que me deja un hombro descubierto y mis botas negras de tacón alto con brillantes. Sí, me encanta el brillo. Y como toque final, me pongo el perfume árabe que tanto me gusta.

Paula está espectacular, lleva puesto un vestido ajustado de color negro con brillo, y unas botas altas hasta el muslo con taconazo. Y tras comprobar que no se nos olvida nada, salimos de casa.

El club del novio de Marc se encuentra en Gangnam, uno de los barrios más pijos de Seúl. Y cuando llegamos, hay una gran cola de

gente para entrar.

—¿Toda esta gente tiene invitación? —pregunto perpleja.

—La mayoría seguro que no, pero muchas veces, dependiendo de la apariencia que tengan, hacen la vista gorda y los dejan entrar —me aclara Paula.

Nosotras no hacemos la cola, Paula avanza y yo la sigo hasta llegar a la puerta principal del club. La fachada es impresionante, está iluminada con luces de color azul eléctrico y rosa fucsia. Y entonces me fijo en el nombre y leo: Mediterráneo Beach. Y no puedo evitar sonreír.

—¿En serio lo ha llamado Mediterráneo Beach? —pregunto con sarcasmo.

—¿Dónde te crees que lo conoció Marc? —No hace falta que me lo diga, enseguida lo he pillado—. El novio de Marc ha vivido muchos años en España hasta que decidió volver, y montó este club. Por eso Marc es el DJ, y casi toda la música que se pone es española y latina.

—¿Y les gusta a los coreanos? —digo extrañada.

—¡Les encanta! —exclama divertida.

—Por cierto, no habrá ningún problema para que entre, ¿no? —Me fijo en el tipo de chicas que están entrando y son pibones del tipo de Paula.

—¿Por qué no vas a poder entrar? —murmura confundida.

—Porque un día vi un video en TikTok de una persona que había estado en Corea del Sur de viaje, y por lo visto a las personas con sobrepeso, extranjeras, bajitas o que no cumple con el estándar de belleza coreano, no las dejan pasar.

—A ver… —resopla—. Sí que es verdad que hay ciertos clubs que hacen eso, pero en este no, te lo aseguro. De todas formas, nosotras tenemos invitación, y sí o sí vamos a entrar. Más que nada porque somos amigas de Marc y él es el novio del dueño de todo esto. —Hace un gesto con las manos señalando el club—. Venga, vamos dentro, que Marc ya estará nervioso.

Nos acercamos a la puerta principal, y Paula le dice al gorila con pinganillo en la oreja algo en coreano. Supongo que le ha dicho nuestros nombres, porque se pone a buscar en una lista. Al cabo de nada, parece que encuentra lo que busca, y se hace a un lado para que pase. Paula avanza primero y detrás voy yo, pero cuando voy a pasar, el gorila me indica con la mano que no puedo pasar. Le digo en inglés que voy con la chica que acaba de entrar, pero no me entiende o no me quiere entender. Paula, al ver que no estoy detrás de ella, se da la vuelta y vuelve hacia el gorila. Mantiene una conversación en coreano con él. No sé qué es lo que estará diciendo, pero está cada vez más cabreada. Y el gorila, en cambio está con cara de seta, sin inmutarse. Paula me coge del brazo y me lleva a un lado.

—¿Qué pasa? —pregunto con preocupación.

En el tiempo que llevo con ella, no la había visto tan enfadada.

—El gilipollas este. —Señala al gorila—. Al principio me ha dicho que no podías pasar porque eres extranjera. Pero al decirle que yo también lo soy y he pasado, me suelta que es porque estás gorda.

—Lo sabía —musito—. Algo me decía que no era todo tan fácil.

—Nunca he visto que aquí hayan echado para atrás a alguien por su físico o por su origen. Solo por el código de vestimenta —contesta

Paula con indignación—. Y encima ha hecho caso omiso a la invitación, y le ha dado igual cuando le he dicho que somos amigas de Marc. Así que se va a cagar el gilipollas este. —Paula saca el móvil, busca en la agenda el número de Marc y lo llama—. Este se va a quedar sin trabajo hoy —comenta mientras espera a que conteste. Tras varios tonos, Marc contesta—. ¡Marc! Escucha. Estamos en la puerta, pero el gorila este que tenéis nuevo no deja pasar a María… —Se queda en silencio mientras Marc la habla—. ¡Claro que le he dicho que somos tus amigas! —Silencio otra vez—. Vale, de aquí no nos movemos. —Paula cuelga y guarda otra vez el móvil—. Me ha dicho que ahora viene, se ha puesto calentito también.

A los cinco minutos aparece un chico coreano, muy guapo, que tendrá mi edad más o menos, porque su rostro es algo más maduro. Y al ver a Paula, sonríe, y la saluda con la mano.

—Es el novio de Marc —me informa Paula.

Nos acercamos un poco más, y el novio de Marc, muy serio, le está cantando las cuarenta al gorila. No entiendo lo que dice, pero me basta con ver sus caras. El gorila, con lo grande que es, tiene la cabeza gacha mirando al suelo, escuchando la bronca. De vez en cuando asiente, pero sin decir nada más. He de reconocer que me da un poco de pena al verlo así, y la gente de la cola está atenta a lo que ocurre.

Cuando el novio de Marc termina con él, nos indica que pasemos. Una vez traspasamos la puerta, el novio de Marc se dirige a mí.

—¡María! ¡Qué ganas tenia de conocerte! —Habla perfectamente español—. Mi nombre es Jeong Hyeok, Marc me ha hablado mucho

de ti estos días. Te pido perdón por lo que acaba de suceder. Cuando Marc me lo ha contado no he dudado en venir personalmente a solucionarlo. Quiero que sepas que aquí siempre serás bienvenida, y que no discriminamos a nadie por su físico.

—Muchas gracias —respondo agradecida.

—Además… —Acerca su cara un poco—. Marc no exageraba cuando me decía que eras muy guapa. —Sonrío un poco cortada. No me esperaba este cumplido—. Y ahora vayamos con Marc, que estará a punto de llamar a la policía.

Nos reímos los tres a la vez. Sabemos lo dramático que puede llegar a ser Marc.

Seguimos a Jeong Hyeok por un pasillo ancho iluminado en tonos azules y verdes, y al traspasar una puerta, entramos en una gran sala iluminada con luces azules, blancas y rosas. En el centro hay una gran pista donde la gente está bailando al ritmo de la música. A un lado hay una barra muy larga donde hay varios camareros sirviendo bebidas. Al otro lado hay varias columnas de color plata, y entre ellas unas cuantas mesas altas con taburetes altos. Al fondo, está Marc en una cabina de DJ iluminada con neones de color blanco, azul y rosa. Y detrás, en la pared, el nombre del club con letras grandes iluminadas.

Cruzamos la sala a través de la gente que se lo está pasando bien, para llegar hasta Marc, y este, al vernos, deja la cabina para darnos un abrazo. Su cara es de alivio.

—¡Menos mal, nenas, que ya estáis aquí! Estaba muy preocupado.

—Gracias a tu novio, y a ti, por supuesto —respondo.

—Espero que le hayas cantado las cuarenta a ese gorila por hacer pasar un mal rato a mis nenas —le dice Marc a su novio en tono serio.

Jeong Hyeok asiente y le responde.

—Es nuevo y le voy a dar una segunda oportunidad. Espero que no lo vuelva a hacer. Si vuelve a ocurrir algo parecido, le despido.

—Amor, qué buena persona eres. —Marc acaricia el rostro de su novio con cariño—. Si hubiera salido yo, ya estaría de patitas en la calle. ¿Has visto qué novio tengo, tan guapo y bueno? —me pregunta Marc con orgullo.

—Sí, ya lo veo. Se os ve muy felices juntos —contesto sinceramente con una sonrisa.

—Lo somos, nena. —Marc mira emocionado a su novio, y le da un beso tierno en la boca.

Cuando se aparta veo que su novio está un poco avergonzado. En Corea las muestras de cariño en público no son muy comunes.

—Bueno. Os dejo aquí con Marc, yo tengo papeleo que atender y estaré en la oficina. Pasároslo muy bien. —Dirige su mirada hacia mi —. Y, María, esta es tu casa. Si necesitas algo, no dudes en pedírmelo a mí o a Marc.

Asiento agradecida, y Jeong Hyeok desaparece por una puerta que hay en la zona de las columnas. Marc aprovecha para decirnos lo guapas que estamos y comenzamos la fiesta pidiendo unas copas. Me quedo sorprendida por la cantidad de gente que hay. La mayoría son coreanos disfrutando de lo lindo con la música que pincha Marc. Casi todo es música latina, se escucha a Karol G, Rosalía, Enrique Iglesias, Rauw Alejandro, Ana Mena… y un largo etcétera.

Según me cuenta Marc, su novio ha vivido diez años en Barcelona y tenía un bar de copas pequeñito en la zona del puerto, que funcionó bastante bien. Se conocieron hace un par de años en el desfile del orgullo en Madrid, y fue un flechazo. Como los dos vivían en Barcelona comenzaron a salir, y hace un año se le ocurrió abrir este club en Seúl, porque quería traer un poco de la noche española a Corea del Sur; por eso el nombre Mediterráneo Beach. Entonces Jeong Hyeok le propuso que se mudara con él a Seúl, y Marc aceptó sin pensarlo.

Por lo visto, desde que abrió ha sido todo un éxito, hasta convertirse en un club exclusivo. Empezaron a frecuentar el club grandes celebridades, y tuvieron que adaptarse a las necesidades de estas. Marc me señala unas cristaleras que hay en la parte de arriba en las cuales solo se refleja a la gente que está en la pista. Pero detrás de las mismas, son salas vip que alquilan las celebridades. Los que están abajo, como nosotros, no podemos ver nada a través de los cristales, por eso parecen espejos. Pero desde el otro lado del cristal sí que se puede.

Los vips, al parecer, acceden al club a través del parking privado que está situado en la planta menos uno. Y desde ahí suben por un ascensor que los lleva directamente a la primera planta, que es donde están las salas privadas.

—¿Y solo se puede subir a través del parking? —pregunto con curiosidad.

—A ver, nena… —Marc mira a los lados para asegurarse que no hay nadie extraño escuchando y cuchichea—. También se puede subir desde aquí. La puerta por la que se ha ido mi guapo y buenorro

Jeong Hyeok, da acceso a la oficina y también a las salas vip. Pero de esto… —Hace el gesto de silencio con el dedo y yo me cierro la boca con una cremallera imaginaria.

—Ahora mismo, a saber quién está ahí arriba —comenta Paula—. A lo mejor está Minho… —Me mira divertida subiendo y bajando las cejas.

—Pues sería un puntazo —respondo divertida, y bebo un trago de mi copa.

De pronto se me viene a la mente Lee Gi-Won, y lo que sentí hace una semana. Podría ser que él también esté allí arriba. Lo que sí tengo claro es que no lo voy a saber.

Me lo paso genial bailando y bebiendo sin pensar en nada, solo disfrutando de la música y el ambiente. Cuando Marc pone el tema de Chayanne Bailando Bachata, lo bailamos juntos. A Marc se le da muy bien bailar, y la gente mira cómo nos movemos. Cuando terminamos de bailar juntos, veo que Paula no deja de mirar el móvil, y sonríe como una tonta al leer algo que ha recibido. Al rato, se acerca y me informa de que Doyun, el ultimo idol con el que estuvo un par de noches, y que es miembro de un grupo de k-pop muy popular en Corea, llamado Eden Kids, está en una de las salas de arriba, y la ha invitado a irse a otro sitio los dos solos.

—¿Te importa que me vaya? —me pregunta Paula con un poco de apuro—. Te quedas con Marc. —Me cruzo de brazos y la miro con seriedad. ¿Me está pidiendo permiso cuando no tiene por qué hacerlo? Así que, para hacerla sufrir un poco, finjo malestar durante unos segundos—. Por fiii.

Paula espera mi respuesta y, finalmente, con una sonrisa divertida, respondo:

—¡Claro que te puedes ir! —Me rio—. No me tienes que pedir permiso. Además, sé volver a casa sola.

—¡Muchas gracias! —Se abalanza sobre mí y me abraza. Después va hacia a Marc—. No la dejes sola —le ordena con el dedo levantado.

—¡Que sí, petarda! Vete ya con tu idol, que está deseando que le dejes seco.

No puedo evitar reírme a carcajadas ante el comentario, Marc a veces no tiene filtro. Paula le da un manotazo suave en el brazo por lo que ha dicho y se va.

Marc y yo nos lo pasamos genial solos. Y me pide que elija alguna que otra canción para pinchar. Según él, tengo muy buen gusto para la música. Cuando pone Slow Low de Jason Derulo, que es una de las que he elegido, me pongo a bailar sola y un chico coreano, que no está nada mal, se une a mí. Cuando termina la canción, quiere invitarme a una copa, y yo acepto encantada. ¡Parece muy majo!

Así que mientras estoy esperando a que el chico que ha bailado conmigo vuelva con las copas, Marc se acerca a mí.

—Veo que estas muy bien acompañada… —Me da un codazo suave, a la vez que sonríe de forma pícara—. Voy un momento al baño ¿vale? Ahora vengo.

Asiento y Marc se marcha dejándome sola.

A los pocos minutos, el chico que ha bailado conmigo vuelve con dos copas. Me da una, y le doy las gracias en coreano. Poco a poco Paula y Marc me van enseñado el idioma.

El chico me pregunta en inglés de dónde soy, y le respondo tras dar un sorbo a mi copa. Tiene un sabor dulzón y un poco ácido, pero está muy rico, así que le doy otro trago un poco más largo. Sigo charlando con el chico, que parece muy interesado en mí, pero a los pocos minutos empiezo a encontrarme un poco mareada, y siento mucho calor. Parpadeo porque empiezo a ver un poco borroso, y el chico al ver mi estado, me dice que necesito tomar el aire. Noto que me rodea por la cintura y me lleva a la calle.

Todo es muy confuso… Noto el aire frio de la noche en mi rostro. Apenas puedo abrir los ojos y tengo mucho sueño. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero creo que estoy sentada en… ¿un coche? ¿Qué hago aquí? ¿Dónde está Marc? No veo bien, lo veo todo borroso, y mis ojos se vuelven a cerrar.

23
Lee Gi-Won

Soy un idiota… ¿Por qué no dejo de pensar en María? ¿Debería haberle pedido el número de teléfono? Llevo toda la semana intentando averiguar algo de ella a través de la agencia que le dio los pases, pero no me pueden decir nada. Podría perfectamente decir quién soy y seguro que consigo un nombre o una dirección, pero no quiero que se sepa. Esto podría saltar a la prensa de alguna manera y Seong Ji-hoo me mataría. Intento no pensar en ella, en lo que sentí al tocarla, en su aroma, pero no puedo… está todo el día en mente. ¡Joder! Quiero verla… pero no sé cómo.

—¡Ey! ¡Despierta de una vez, Gi-won! —Mi amigo Doyun me lanza un cojín del sofá que tenemos en la sala de ensayos, y salgo de mis pensamientos.

—Perdona… Es que llevo unos días que duermo fatal.

—No hace falta que lo jures, menudo careto tienes. Y no das una con los pasos… ¿ha ocurrido algo? —pregunta con preocupación.

—No… —Sacudo la cabeza—. No ha pasado nada. Sigamos.

Doyun no me dice nada, pero sé que no me cree. Nos conocemos desde hace ya unos años y sabe que algo me pasa.

—Esta noche voy a ir con el grupo al Mediterráneo Beach. ¿Te apuntas?

Al oír el nombre del club automáticamente pienso en María.

—Te lo agradezco, pero no me apetece salir. Además, mañana por la tarde tengo el vuelo para Tokio.

—¿Qué tienes… un concierto? —pregunta curioso.

—No… una sesión de fotos para una revista.

—Ahh… bueno… —responde sin darle importancia, y hace un gesto con la mano—. Entonces puedes salir un rato con nosotros. Además, te va a venir bien para olvidar un rato lo que te está rondando por la cabeza.

—No me ronda nada por la cabeza —respondo forzando una sonrisa.

—Que sí, que sí… —dice dándome la razón como a los tontos—. Que está noche te vienes y punto. Así que a las nueve te quiero ver allí como un clavo. —Cuando Doyun se pone cabezón, no hay nadie que le haga cambiar de opinión.

—Pues nada… —respondo resignado—. Lo que usted ordene, alteza.

Y de manera teatral hago una reverencia.

Doyun me da un leve puñetazo en el brazo, y nos reímos a carcajadas. Vuelvo a centrarme en el ensayo, y esta vez lo hago mejor.

Cojo el coche para ir al club en el que he quedado con Doyun y su grupo, los Eden Kids. Y a las nueve en punto estoy entrando en el parking privado que tiene el club. Lo bueno de este club es que tenemos una puerta exclusiva para nosotros, los vips. Y ni los fans, ni la prensa nos molestan. Podemos divertirnos sin agobios.

Subo por el ascensor a la primera planta, que es donde están las salas privadas. En total este club tiene cinco salas bastante grandes. Y como Doyun me ha enviado por mensaje el número de la sala en la que están, entro directamente en la tres.

Al entrar me llevo una sorpresa desagradable. No solo están Doyun y el resto de su grupo, también están Kang Yuri y sus amigas. Ahora entiendo por qué quería que viniera, seguro que Yuri tiene algo que ver. Miro a Doyun con cara de pocos amigos, y él se acerca con aspecto conciliador.

—¿Por eso has insistido tanto esta mañana? ¿Para reunirme con ella? —le recrimino enfadado.

—No, no, no. —Niega con el dedo—. No te confundas, hermano. Cuando te lo he dicho esta mañana no sabía que nos íbamos a encontrar a Yuri. Te lo he dicho porque te he visto un poco apagado y quería que te divirtieras un rato.

—Y entonces… ¿por qué está ella aquí? —pregunto molesto.

—Nos las hemos encontrado abajo, en el parking, y ha sido Yuri quien ha propuesto juntarnos, y a los demás les ha parecido bien. Ella no sabía que ibas a venir.

—Pues al igual que me has enviado el mensaje con el número de la sala, me podrías haber avisado de la presencia de Yuri.

—Ya… Pero no he querido porque te hace falta un poco de diversión, hermano. —Doyun se acerca a mí y me susurra, con tono pasota—: Pasa de ella y ya está.

Suspiro resignado y accedo. Sigo a Doyun hasta la zona de los sofás en los que están el resto de su grupo con Yuri y sus amigas.

Saludo a todos, incluida Yuri, que me sonríe de forma provocativa. Me dan una copa de champagne, y brindo con ellos sin ganas.

Intento disfrutar de la música que suena e ignorar a Yuri, pero aprovecha un momento en el que los chicos están a otra cosa para acercarse a mí.

—No vas a poder ignorarme toda la vida y lo sabes —musita mientras pasa suavemente su dedo por el centro de mi pecho.

—No pretendo ignorarte, lo que quiero es que te olvides de mí. —Sonrío molesto.

—¡Ay, cariño! Eso no va a pasar y lo sabes. Tú y yo acabaremos juntos, por mucho que te niegues —comenta con una sonrisa maliciosa.

—Antes prefiero quedarme solo toda la vida —contesto de forma despectiva.

—Piensa lo que quieras, amor. Pero quiero ahorrarte lo de enamorarte de otra para nada.

—¡Déjame en paz! —exclamo con odio. Es que no la soporto.

Parece una persona angelical, porque su rostro lo es. Pero tiene mucho veneno en el fondo.

—Como quieras… —contesta satisfecha por lo que ha provocado en mí.

Yuri disfruta viéndome sufrir. Me da un beso falso en la mejilla, y se reúne de nuevo con sus amigas.

De un solo trago vacío mi copa, y me entran ganas de estamparla contra el suelo, pero no lo hago. Dejo la copa en la barra y me acerco a la cristalera a mirar cómo la gente lo pasa bien en la planta de abajo. Ver a la gente bailar poco a poco hace que se me calme la

rabia que me ha provocado Yuri. A veces me gustaría ser anónimo como la gente que hay abajo, para poder hacer lo que me dé la gana sin que me cuestionen.

De pronto me fijo en una chica con el pelo largo muy liso que baila con el DJ. Ese pelo me suena de algo… pero no sé de qué. Puedo ver que hay alguien más con ella y el DJ, pero desde mi ángulo no se ve bien. Intento ubicar de qué me suena ese pelo tan largo, pero no consigo dar con ello. Entonces la música cambia y la chica del pelo negro y largo se hace a un lado, y la veo… ¿María?

¡Está aquí! Es ella… Por eso me sonaba la chica de pelo largo. ¡Es su amiga, con quien estuvo en el evento! Siento una emoción muy fuerte en el pecho. He estado toda la semana pensando en cómo localizarla, y ahora la tengo a pocos metros de mí. ¿Y ahora qué hago?

Quiero bajar y reunirme con ella para saludarla, pero no puedo. Si bajo a la pista, en cuestión de minutos la gente se daría cuenta de quién soy, y todos querrían un autógrafo y hacerse fotos conmigo. Si al menos me hubiera traído la gorra que utilizo para que no me reconozcan… Pero hoy precisamente no la llevo encima. Además, no sé cómo se tomaría ella el verme. Ella solo me conoce como idol y a lo mejor se sentiría un poco intimidada. Suspiro resignado y me quedo donde estoy, observándola.

—¿Y ese suspiro? —Es Doyun, que de pronto está a mi lado. Tiene dos copas en la mano, y una me la da a mí.

Le doy un trago en cuanto la cojo.

—No es nada —le contesto sin apartar la mirada de María.

—Uno no suele suspirar por nada —afirma Doyun—. Me ha sonado a suspiro de amor.

Le miro incrédulo.

—Sí, claro, sobre todo de amor —contesto en tono sarcástico, y vuelvo a mirar a María, que sigue bailando junto a su amiga y el DJ.

—¿Se puede saber por qué miras tanto hacia abajo, en vez de estar con nosotros pasándotelo bien?

—No estoy mirando nada en especial —miento—. Me relaja mirar a la gente mientras se lo pasa bien.

—Mira que eres rarito —responde con mofa. De reojo veo que alguien le ha llamado la atención e inmediatamente saca el móvil, y escribe un mensaje—. Bueno, si te apetece venir, ya sabes.

Doyun vuelve a dejarme solo, y yo sigo observando a María, que está preciosa.

Comienza a sonar por los altavoces una canción que parece una bachata, no sé de quién es, pero me gusta el ritmo que tiene. Una cosa que debo reconocer es que toda la música que ponen en este club es muy buena. Veo cómo María se mueve al son de la música junto al DJ, baila muy bien. Cuanto más la observo, más me gusta.

Cuando acaba la canción, su amiga le dice algo, y tras intercambiar unas palabras y unas risas, se abrazan, y su amiga se marcha. Entonces María se queda sola con el DJ. ¿Estarán juntos?

—Gi-won… —Pego un bote del susto que me da Doyun, estaba tan concentrado en María que no me lo esperaba—. ¡Tranquilo! Que soy yo… Solo vengo a decirte que me voy.

—¿Te vas? —pregunto extrañado.

—Sí, hermano. He quedado con una amiga… ya sabes. —Sonríe de forma pícara—. Así que, si te quieres ir, eres libre.

—Vale… terminaré la copa y me iré también. Ten cuidado y no te lesiones. Ya sabes… no intentes hacer posturas demasiado complicadas.

Sonrío burlón, y Doyun, riéndose a carcajadas, me da un codazo y se marcha. Vuelvo a mirar a María, y esta vez la veo bailar con un tío que no es el DJ. La sensación de rabia inunda mi cuerpo al ver cómo ese tío la toca y la mira. Ella parece pasárselo bien y se deja. Esto me confirma que no está saliendo con el DJ. Aprieto los dientes al verlos, me dan ganas de bajar y apartar a ese baboso de ella. Intento apartar la mirada para no sufrir más, pero no puedo. ¿Pero por qué me siento así? El corazón me va a mil.

Cuando termina la canción se separan, y yo me calmo un poco, pero el tío que ha bailado con ella la dice algo, a lo cual ella le contesta dedicándole una sonrisa, y se va hacia la barra. La va a invitar a una copa, seguro. Después, el DJ, que debe ser su amigo, la dice algo y desaparece. Y se queda sola. Vuelvo a mirar hacia la barra, donde está el baboso que ha bailado con ella. El camarero le sirve dos copas, pero antes de cogerlas, se saca algo del bolsillo y echa algo a una de ellas, o eso me ha parecido ver. Vuelve con María, y le da la copa a la que me ha parecido ver que ha echado algo.

¡Joder! Creo que ha adulterado la bebida, pero no lo sé con seguridad. Me toco el pelo nervioso, porque no sé qué hacer. Debería bajar y alejar la copa de ella por si acaso, pero ya es tarde, María ya está bebiendo de la copa. Sonríe satisfecha por lo que está

bebiendo, y vuelve a beber un trago más. A los pocos minutos, por sus gestos creo que se encuentra mal, y parece desorientada. Mis sospechas son ciertas, ese hijo de puta la ha drogado y tengo que hacer algo inmediatamente.

Veo cómo la coge de la cintura y, manteniéndola en pie, se la lleva fuera del club. Cojo mi abrigo deprisa, y, sin despedirme de los demás, salgo corriendo hacia el parking y me subo al coche. Mientras arranco, rezo para que no la haya montado en un coche y no pueda hacer nada. No me lo perdonaría nunca.

El primer sitio al que voy es a la entrada del club, por donde sí o sí han tenido que salir, pero no veo nada. Maldigo entre dientes y sigo conduciendo despacio por si veo algo. Si han ido caminando, no puede estar muy lejos. Miro hacia una calle que está poco transitada a estas horas y lo veo, ese mal nacido está intentando subirla a un coche. Paro el coche y me bajo con premura.

—¡Eh, tú! ¡Déjala ahora mismo! —exclamo enfadado, y el tipo me mira con cara de pocos amigos.

—¡Lárgate, gilipollas! ¡Ella está conmigo!

—¡Suéltala ahora mismo si no quieres que llame a la policía! —grito con rabia.

—¡Vete por donde has venido si no quieres que raje tu bonita cara!

El tipo saca una navaja, y se acerca a mí.

—Tú lo has querido —suelto entre dientes.

Me acerco a él, y sin pensármelo dos veces le retuerzo la muñeca en la que lleva la navaja haciendo que la suelte, y con la otra le doy tal puñetazo en la mandíbula que lo tumbo. Sacudo la mano, porque

me he hecho daño, pero he tenido la suerte de darle en el punto exacto de la mandíbula para dejarle inconsciente.

Voy hacia María y compruebo su estado. La saco del coche del individuo que quería aprovecharse de ella, y por suerte se mantiene de pie. La sujeto de la cintura para que no se caiga y la llevo a mi coche. Una vez la he podido acomodar en el asiento del copiloto, pienso en qué hacer. ¿La llevo de nuevo al Mediterráneo Beach y busco al DJ que parece conocerla? La miro durante unos minutos… tiene los ojos cerrados y respira pausadamente. Entonces saco el móvil, llamo a la policía y doy el aviso para que vengan a por el cabronazo que sigue aún inconsciente en el suelo. Creerán que está borracho, y por suerte le encontrarán algo más de sustancias ilegales. Y sabiendo que es una locura, arranco el coche y conduzco hasta mi casa.

Tras dejar el coche en el aparcamiento del edificio donde vivo, saco a María, y, sujetándola con fuerza por la cintura, llego hasta el ascensor. Pulso el botón del ático y subimos a mi casa. Al entrar, la llevo hasta mi habitación. La habitación de invitados la tengo en el piso de arriba, y, además, mi cama es más cómoda.

La siento en ella, pero se cae hacia atrás, así que la tumbo de lado mientras me quito los zapatos, y voy a buscar algo que se pueda poner para dormir. Miso se queda a los pies de la cama mirando a María, creo que sabe que no está bien y se queda vigilándola.

Dejo mis zapatos en la entrada y entro en el vestidor. Tras mirar durante unos minutos entre mi ropa, cojo una camiseta grande que creo que le puede quedar bien. Vuelvo con María, y sigue en la misma posición que la he dejado. Miso sigue mirándola, pero ahora

ya no está en los pies de la cama, si no prácticamente a su lado, y, al verle, sonrío. Es un gato poco sociable, no suele acercarse a personas extrañas. Y que a María sí que se acerque, tiene que significar algo.

Sonrío al darme cuenta de que las botas que lleva también son de brillantes. Se nota que le gusta el brillo. Le quito las botas de tacón alto, y no puedo evitar sonreír al ver los calcetines que lleva puestos, son de color rosa fucsia con corazones celestes. Me hace gracia el contraste de la ropa y las botas, con los calcetines tan coloridos.

La incorporo, y le quito el top con brillo también. Y al ver el sujetador que lleva, se me seca la boca. Es de encaje color burdeos y le hace un pecho precioso. Sacudo la cabeza e intento centrarme. Cojo la camiseta y se la pongo. Primero la cabeza, luego un brazo, después el otro y la bajo hasta la cintura, ocultando su precioso pecho. Al ver que le queda bien, procedo a quitarle el pantalón. Esta vez, como la camiseta le queda larga, no veo nada más que sus piernas desnudas.

Pongo sus brazos alrededor de mi cuello para que se sujete y la levanto un momento para poder arrastrar hacia atrás el edredón. Tener tan cerca su cuello de mi boca me hace desear besarlo, y más cuando su perfume me lleva embriagando todo este tiempo. Pero me resisto y la vuelvo a sentar en la cama. Y por último la tumbo y la arropo.

Me quedo observándola durante un rato… su rostro es precioso. Me acerco despacio, y acaricio su pelo con suavidad.

—Descansa… —susurro.

Antes de salir de la habitación ella balbucea algo.

—Gi… ¿Won?

Me doy la vuelta para mirarla, pero sigue durmiendo.

¿De verdad ha dicho mi nombre? Sonrío como un tonto y, dejando a Miso tumbado a su lado, salgo de la habitación.

24
María

Abro un poco los ojos. La luz entra con intensidad por la ventana. No sé qué hora es. Lo que sí sé es que tengo un dolor de cabeza horrible. ¿Tanto bebí anoche? Intento recordar y creo que solo tomé dos copas. Me estiro en la cama, miro a mi alrededor y no reconozco dónde estoy. ¡Madre mía! Sí que me desfasé anoche, ni siquiera sé qué habitación es esta. Me incorporo, y me friego los ojos para quitarme un poco las legañas que me impiden abrirlos del todo. Tengo la lengua como un estropajo, necesito beber agua. Miro a mi alrededor otra vez, y me cuesta un rato darme cuenta de que realmente no sé dónde estoy; no es mi habitación, ni mi cama. Entonces veo que en la mesita de noche hay un vaso con agua, lo cojo y me lo bebo entero. Dejo el vaso de nuevo en la mesita, y me doy cuenta de que llevo puesta solo una camiseta larga; bueno, y la ropa interior. Pero esta camiseta no es mía, y alguien ha tenido que quitarme la ropa y ponérmela. El aroma que desprende la camiseta me resulta familiar, pero no ubico de qué. Entonces me doy cuenta de que hay un gato tipo bengalí tumbado a los pies de la cama, clavando sus ojos verdes en mí.

—¡Hola! —Pongo la típica voz de idiota que se suele poner cuando ves un animal, ya sea gato, perro o lo que sea. Y también se suele poner esta voz con los niños pequeños, sobre todo con los recién

nacidos—. ¿Qué pasa? ¡Eres un gatito muy guapo! ¿Me dejas que te acaricie?

Me acerco al gato y dejo que me huela la mano. Después, se restriega contra mi mano, y ya tengo vía libre para acariciarle.

Sonrío al pensar que, si los animales hablaran, seguro que nos preguntarían por qué les hablamos con voz de gilipollas. Tras unos minutos acariciándole, el gato se levanta y se va corriendo por la puerta, ya que no está cerrada del todo.

Al quedarme sola pienso en quién me puede haber traído aquí. Recuerdo vagamente a un chico con el que bailé y me tomé una copa. ¿Es posible que esta sea su casa? Entonces las advertencias de mis amigas Tania y Sara me vienen a la mente. ¿Y si me han drogado y han abusado de mí? Espero que no, pero tengo dudas… ¡No recuerdo nada! Solo me viene a la mente el recuerdo difuso del interior de un coche.

Miro a mi alrededor, y abro una puerta que tengo justo al lado, que resulta ser el baño. Entro y me miro en el espejo. Tengo los ojos hinchados de dormir. Y entre los ojos y el maquillaje —que es un desastre—, me doy miedo. ¡Menudo careto tengo! Aprovecho para hacer pis y no noto nada anormal. ¿Y si me han secuestrado para traficar con mis órganos? No… ¡Eso no puede ser! No creo que a alguien a quien le van a quitar los órganos la pongan a dormir en una cama cómoda y calentita. ¿Y si quieren venderme a un club de alterne? Joder, estoy desvariando mucho. Veo demasiadas películas. El caso es que no sé dónde estoy, ni quién o quiénes me han traído aquí.

Estoy lavándome las manos cuando oigo un ruido. Salgo del baño, y me aproximo a la puerta por la que se ha ido el gato. Me quedo escuchando, y oigo cómo alguien se aproxima. Corro hacia el baño, cojo unas tijeras que he visto y me escondo detrás de la puerta. A los pocos minutos entra un chico que mira hacia la cama, está de espaldas a mí, así que, sin pensármelo dos veces, salgo apuntándole con las tijeras.

—¡No te muevas! —grito.

Y el chico se queda quieto y levanta las manos.

—Tranquila, María… no voy a hacerte nada —contesta.

—¡Date la vuelta despacio! —exijo.

Obedece, se da la vuelta y cuando veo quién es, se me caen las tijeras al suelo por la sorpresa.

—¿Lee Gi-Won? Pero… pero… ¿Tú qué haces aquí?

—Es mi casa —contesta con una sonrisa divertida al ver mi cara de alucinada.

—¿Y puedo saber por qué estoy en tú casa? —enfatizo—. ¡¿Y cómo sabes mi nombre?!

Giwon, sin perder la sonrisa, me contesta:

—Sé tu nombre porque tu amiga lo dijo el día que nos hicimos las fotos en el evento del sábado pasado.

Entonces… ¿Giwon se acuerda de mí? ¡Madre mía, madre mía, madre mía!

—Y estás en mi casa —sigue— porque anoche vi cómo un tipo te echó algo en la bebida, y después pretendía llevarte a algún otro sitio para hacer contigo dios sabe qué. —Veo cómo se le oscurecen los ojos y tensa la mandíbula al recordarlo—. Yo estaba en una de

las salas vip del club en ese momento, y al verlo no pude evitar intervenir.

—¿Y por qué lo hiciste? —pregunto confundida.

—Bueno… —Se pasa la mano por el pelo. Lo tiene un poco ondulado y húmedo. Joder, está muy sexy así—. Os reconocí, a tu amiga y a ti. Dio la casualidad de que estaba mirando a través de la cristalera cuando sucedió. No podía dejar que te hicieran eso, ni a ti ni a nadie —aclara—. Pensé en llevarte de vuelta al club, porque vi que el DJ es amigo tuyo, pero finalmente decidí traerte a mi casa para que descansaras.

Me quedo en shock. No sé qué decir… La persona que tengo a escasos centímetros de mí, una celebridad muy conocida en Corea del Sur y cada vez más conocida en el resto del mundo, y con quien he fantaseado tantas veces, ha evitado que un depravado hiciera conmigo lo que le diera la gana. Yo, una chica extranjera a la que solo ha visto una vez.

—¿Me has quitado la ropa tú? —pregunto seria, y él asiente—. ¿Por qué?

—Para que estuvieras más cómoda. —Se pasa otra vez la mano por el pelo húmedo por el sudor. Parece nervioso.

—Entonces, si me has quitado la ropa… ¿me has visto en ropa interior?

—Eh… —Está nervioso, lo sé—. No. Bueno… Sí. —Me resulta bastante divertido verle así de nervioso.

—Tú y yo no habremos… ya sabes…

—¡No, por favor! —responde inmediatamente al saber a lo que me refiero.

Proceso la información durante varios segundos. Por una parte, su forma de decirme que no, me enfada; es como si fuera una locura acostarse conmigo. Claro que a una persona como él es normal que no le atraigan las chicas gordas como yo. Estará acostumbrado a las chicas con su mismo nivel de belleza. Por otra parte, me siento aliviada, porque si hubiera sido así, me daría mucha rabia no recordar que me he acostado con él.

—Gracias —respondo con sinceridad—. Por todo, por salvarme, por traerme aquí y preocuparte.

—No tienes que darme las gracias. Lo haría una y mil veces más.

Giwon me mira con la misma intensidad que el día del evento, me traspasa con la mirada, y mi corazón late deprisa. Entonces me doy cuenta de algo… ¿Llevo todo el rato hablando en español con él?

—Espera, espera, espera… —Arrugo la frente extrañada—. ¡¿Sabes hablar español?! —Giwon sonríe divertido.

—Sí. ¿Ahora te das cuenta?

—Pues sí. Como comprenderás, no he reparado en el idioma que me estabas hablando, porque ya tenía suficiente con procesar que estoy en tu casa, y que me has salvado de un depravado. —Creo que mi tono ha podido sonar un poco borde—. ¿Y cómo es posible? —pregunto relajando un poco el tono.

—Pues… estudiando y practicando —responde con sarcasmo.

—¿¡Ah, sí!? ¿De verdad? —contesto con ironía—. No lo sabía, fíjate tú. Creí que los idiomas se aprendían con una especie de máquina que te enchufan al cerebro como en Matrix. —Giwon ríe a carcajadas —. Me refiero al por qué. ¿Por qué decidiste aprender el idioma?

—Pues porque siempre me ha atraído, y decidí aprenderlo por mi cuenta. También quería dar una sorpresa a las fans de Latinoamérica cuando viajara allí si algún día daba un concierto. No lo sabe ni mi representante.

Este chico cada vez me sorprende más. Es todo un detalle que haya querido aprender español por sus fans.

—Por cierto… ¿Dónde están mis cosas? —pregunto mirando la habitación, pero sigo sin ver nada.

—Tu ropa está en el vestidor. —Giwon señala otra puerta que hay.

—¿Y mi bolso, mi abrigo y mi móvil?

—No llevabas nada. —Se me desencaja el rostro al pensar que he perdido el móvil—. Se quedó en el club y lo tiene tu amigo… ¿Marc? —Asiento, y me siento aliviada al saber que no lo he perdido.

—¿Y cómo sabes que lo tiene Marc? —pregunto, aún más confundida, mientras me siento a los pies de la cama.

—Cuando te dejé durmiendo en la cama, hice una llamada al club y pregunté por el DJ. Al verte con él supuse que es amigo tuyo y le expliqué lo que pasó. Estaba muy preocupado por ti. Dijo que podía venir a buscarte, pero le comenté que era mejor dejarte dormir. Me dio las gracias, y me dijo que hoy llevaría tus cosas a la casa donde te alojas.

—Menos mal —respondo con un suspiro—. Siento mucho las molestias que te he causado, de verdad. —Me pongo en pie—. Bueno, creo que va siendo hora de que me ponga mi ropa y me marche. ¿Puedo utilizar tu teléfono para pedir un taxi?

—No hace falta, puedo llevarte yo en coche —contesta amablemente.

—Muchas gracias, de verdad, pero no es necesario. Ya has hecho suficiente por mí, y te estaré eternamente agradecida. Además, tendrás cosas que hacer y no quiero causarte más molestias.

—Insisto. Te llevaré a la casa donde te alojas encantado. —Sonríe amablemente—. Si te apetece un café o comer algo, he dejado todo en la cocina para que elijas lo que más te guste. También tienes en el baño un cepillo de dientes nuevo, por si lo necesitas. Y si quieres darte una ducha, no hay ningún problema. Siéntete como en tu casa.

Me pienso durante un instante lo de la ducha y respondo:

—Te agradezco lo de la ducha, pero prefiero hacerlo en mi casa. Es que tengo la mala costumbre de ponerme bragas limpias después de ducharme.

No sé porque he dicho esto en voz alta. Pero a Giwon le ha hecho gracia, porque se ríe a carcajadas con el comentario.

—Si quieres yo te puedo prestar ropa interior limpia. —Sonríe divertido.

Yo levanto una ceja y le miro. No sé si es coña o de verdad. Si es una broma, no me ha hecho gracia, la verdad.

—¿Es una broma? —espeto molesta.

Giwon deja de sonreír al ver que no me ha sentado bien su comentario.

—Lo digo muy en serio, María. A lo mejor alguno te vale y…

—Déjalo… —le corto. No quiero ahondar más en el tema. Sé de sobra que su ropa a una gorda como yo no le vale. Y no me apetece quedar en ridículo al comprobar que efectivamente no me entra—. Te lo agradezco igualmente, pero prefiero ponerme mi ropa.

—Como quieras… —dice un poco cortado—. Voy a darme una ducha para quitarme el sudor de hacer ejercicio y te llevo a casa.

Le miro… No me había fijado en cómo la camiseta mojada por el sudor se le ciñe al cuerpo, marcando perfectamente su torso musculoso. De repente siento mucho calor por todo el cuerpo.

Giwon camina hacia la puerta, y, antes de salir, se da la vuelta y comenta:

—Si tienes alguna duda con la cafetera, no dudes en preguntarme. —Me sonríe ligeramente y sale de la habitación.

Creo que he sido demasiado dura con lo de la ropa interior. No puedo ponerme a la defensiva por algo así, cuando lo ha dicho con buenas intenciones. En fin, yo y mis neuras.

Entro en el enorme vestidor, y cojo mi ropa, que está doblada encima de un banco gris de tela que está en el medio. Pero antes de salir, me fijo en la cantidad de ropa que tiene Giwon, y toda es de grandes marcas de lujo. Salgo del vestidor y me voy al baño a lavarme los dientes, la cara y adecentarme un poco los rizos. Cuando salgo del baño ya vestida, el gato de Giwon está sentado en la cómoda de color blanco que hay a un lado de la habitación, mirándome… Es como si me estuviera vigilando. Decido dejar arreglada la cama, y, tras doblar la camiseta que llevaba puesta y dejarla encima de la misma, salgo de la habitación.

El salón es súper grande y luminoso. Al fondo está la cocina, tipo americana con una isla en el centro, y justo al lado hay una mesa de cristal con el desayuno. Hay fruta, cereales y unos croissants. A la derecha hay una escalera blanca que lleva a la planta de arriba, y a

la izquierda hay un pasillo que lleva a la puerta principal, donde veo mis botas justo al lado.

Es un ático muy bonito y está decorado con muy buen gusto en tonos blancos y grises. Me acerco a uno de los ventanales y veo que tiene muy buenas vistas de la ciudad. No me quiero ni imaginar lo que debe de costar este ático.

Me dirijo a la cocina, y el gato desde que he salido de la habitación no ha dejado de seguirme. Mientras me preparo un café, acaricio al gato de Giwon, que se ha subido a la encimera. Parece que le he caído bien. Me siento en la mesa con el café preparado, me como un croissant y después una pieza de fruta. Estoy bebiéndome el café cuando veo a Giwon bajar las escaleras solo con una toalla atada a la cintura y el pelo mojado. Y casi me atraganto al verlo. ¿Pero cómo puede ser tan guapo?

Giwon, al verme sentada en la mesa con su gato al lado, se acerca a mí.

—Miso ha estado toda la noche cuidándote, ¿sabes? —confiesa mientras se seca el pelo con otra toalla.

Intento no mirar su torso desnudo, pero no puedo evitar que se me vayan los ojos.

—Un nombre muy original para un gato —comento divertida, y Giwon sonríe.

—Miso es un gato muy introvertido. Lo encontré en la calle hambriento, estaba muy asustado y lo rescaté. Desde entonces solo es cariñoso conmigo, y nadie le puede tocar. Por eso al verle a tu lado, me sorprende… eres una privilegiada. —Sonríe de nuevo—. Me visto en un momento y nos vamos.

Giwon se aleja y yo contemplo su cuerpo. Madre mía, cómo puede ser tan sexy este hombre. Mientras, termino de tomarme el café, y una vez acabo, limpio la taza en el fregadero. Recogería el resto, pero no sé dónde lo guarda.

Mientras espero a que Giwon esté listo, me pongo a jugar con Miso al escondite. Me encanta jugar con los gatos. Cuando Giwon sale de la habitación en la que he dormido, estoy tirada en el suelo haciéndome la muerta para engañar al gato. Miso se acerca a mí para saber por qué no me muevo, y es cuando le atrapo por sorpresa para hacerle una pedorreta en la panza. Entonces me doy cuenta de que Giwon está con el móvil apuntando hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Me estás grabando? —pregunto algo avergonzada.

—Sí. Que Miso juegue de esta manera contigo no es algo normal. Pero si quieres, lo borro.

—No… no pasa nada. Está bien.

Giwon se acerca a mí para ayudarme a levantarme, y vuelvo a sentir el mismo escalofrío por el cuerpo que cuando nuestras manos se rozaron por primera vez en el evento. Cuando me pongo de pie, su rostro está a escasos centímetros del mío, y nos miramos a los ojos durante unos segundos. Unos segundos que no quiero que acaben. Entonces me doy cuenta de que tiene una peca en el puente de la nariz. Finalmente, Giwon se aclara la garganta, y, con voz un poco ronca, dice:

—Cuando quieras, nos vamos.

Asiento sin decir nada. Este chico me deja sin habla cuando me mira así.

Me despido de Miso con una caricia, y tras ponerme las botas salimos del ático. Bajamos en el ascensor hasta la planta menos uno sin decir nada. Miro de reojo a Giwon, disimuladamente, y le pillo haciendo lo mismo que yo. Me estaba mirando con disimulo. El corazón me va a mil, y parece que el ascensor no va a llegar nunca a su destino.

Cuando por fin llegamos al aparcamiento, flipo con los coches que hay aparcados, porque no son de gama media precisamente. Y al ver el coche que Giwon activa con el mando, me quedo con la boca abierta.

—¿En serio este es tu coche? —pregunto alucinada. Es un Audi R8 Spyder de color gris.

—Sí —contesta sonriente—. ¿Te gusta?

—¡Es alucinante! Nunca había visto uno de cerca. Y menos montarme en uno.

—¿Sabes conducir? —pregunta con curiosidad.

—Sí, claro.

—Si quieres… —Me señala el lado del piloto. ¿Me está ofreciendo conducir su maravilloso coche?

—¡Oh! No, no, no. Muchas gracias, pero no conozco todavía muy bien Seúl como para conducir con esta maravilla.

—Como quieras…

Se acerca hasta el lado del copiloto, abre la puerta y me señala amablemente que suba. Solo había visto hacer esto en las películas.

Una vez me he acomodado, cierra la puerta, rodea el coche y se monta por el otro lado. Admiro el interior del coche, y me doy cuenta de que las lunas están tintadas. Me pongo el cinturón, y

Giwon, una vez introduce en el navegador la dirección que le he indicado, inicia la marcha y salimos del aparcamiento.

Permanecemos en silencio durante un rato. Me siento rara yendo con él en su coche. Y Giwon es quien rompe este silencio incomodo.

—¿Qué edad tienes, María?

No sé por qué, pero me encanta cómo pronuncia mi nombre. Cuando lo hace, siento una especie de escalofrío en la nuca y se me eriza la piel.

—¿Cuantos crees que tengo? —contesto, y se queda pensativo.

—Treinta y cinco.

Sonrío. Niego con la cabeza y respondo.

—Treinta y nueve. —Me gusta saber que aparento menos edad de la que tengo.

—¿En serio? —Me mira sorprendido—. No puede ser. ¿Estás segura de que tus padres te dijeron el año de nacimiento correcto? —Me río con ganas.

—Muy segura.

—Pues no los aparentas para nada —apunta—. Supongo que tú sí sabes cuantos tengo yo, ¿verdad? —Giwon mira a la carretera.

—Sí claro. Tienes cincuenta y cuatro, ¿no? —Él se ríe, me encanta cuando lo hace de verdad. Es lo que me gustó de él la primera vez que lo vi en un drama, su sonrisa cuando ríe—. Tienes treinta y cuatro años, prácticamente recién cumplidos.

—Supongo que sabes muchas cosas de mí, así que sigamos hablando de ti —contesta divertido—. Eres de España, ¿o me equivoco?

—Española cien por cien. Concretamente de un pueblo de Madrid, pero ahora vivo en un pueblo de otra provincia que se llama Toledo —digo con orgullo.

—¿Has venido de vacaciones?

—Sí. He venido para estar tres meses, y mañana hace dos semanas desde que llegué. —Giwon frena el coche en un semáforo en rojo.

—¿Y te espera alguien especial en tu país?

Giwon sigue mirando la carretera, el semáforo se pone en verde e inicia la marcha.

—Ya no —contesto con tristeza—. Por eso estoy aquí.

No doy más detalles, y Giwon tampoco pregunta nada más. Nos quedamos en silencio unos minutos. Entonces me doy cuenta de que conduce un poco lento para el tipo de coche en el que vamos. Si yo estuviera al volante, iría más rápido. Entonces veo que un coche que parece una chatarra nos adelanta por la derecha, y cuando el semáforo se pone en ámbar, frena.

—Te hubiera dado tiempo a pasar el semáforo antes de que se pusiera en rojo —murmuro como si nada.

—Estaba en ámbar —me contesta—. No sé cómo es en España, pero aquí significa que reduzcas la marcha.

—Claro, en España también, según las normas de circulación. Pero todos sabemos que si da tiempo, significa acelerar para no comerte el semáforo en rojo. —Sonrío divertida—. También quiero preguntarte una cosita… ¿lo de ir pisando huevos con el coche es por una promesa que has hecho en plan Lo que el viento se llevó?

—¡¿Como?! —Me mira con cara de póker.

—Con lo de pisar huevos me refiero a que vas muy despacio. ¡Pero si hasta nos ha adelantado una tartana por la derecha!

—¿Tartana?

No tiene ni idea de lo que significa esa palabra. Y respondo divertida:

—Con tartana me refiero a que es un coche viejo. —Giwon se ríe a carcajadas.

—Tienes una forma de hablar muy peculiar. Por cierto…, ¿qué es Lo que el viento se llevó? —Le miro horrorizada.

—¿Me lo estas preguntando en serio? —Él asiente, y yo muevo la cabeza, incrédula—. Pues es una de las mejores películas románticas del cine clásico estadounidense premiada con ¡diez Óscar! La escena más famosa de esta película es en la que Escarlata O' Hara, que es la protagonista, promete, con el puño levantado al cielo, que jamás volverá a pasar hambre —digo recreando el gesto—. Por eso te he preguntado si lo de ir lento es por una promesa —concluyo divertida.

—No me apetece que me multen por exceso de velocidad. Mas que nada porque todo lo que hago luego tiene una repercusión mediática bastante grande. No está bien visto que las celebridades no cumplamos con las normas de circulación. Ni con otras muchas cosas más —replica.

—Ya… Pero una cosa es el exceso de velocidad y otra es ir a veinte kilómetros por hora, que perfectamente pone ahí que el límite es de cincuenta. —Señalo una señal de límite de velocidad a la que vamos acercándonos.

—Está bien… —Giwon, con una sonrisa divertida, acelera y mi espalda se pega al asiento—. ¿Te parece bien así? —Asiento con una

sonrisa.

—Por cierto, la película de la que me has hablado… es tu favorita, ¿verdad?

—No. Me gusta mucho, la he visto muchas veces, pero no es mi favorita.

—¿Y puedo saber cuál es? —pregunta curioso.

—Sí claro… Gladiator. —Miro su cara y puedo ver que no se esperaba mi respuesta—. Ahora vas y me dices que no sabes cuál es.

Giwon se ríe a carcajadas de nuevo.

—Sé cuál es. La he visto. Pero, si te soy sincero, me ha sorprendido tu respuesta.

—¿Por qué? —pregunto extrañada.

—No sé. Será porque no es muy común que a una chica le gusten ese tipo de películas. Y menos que sea su favorita.

—Ya lo ves… ¡Soy una caja de sorpresas! —Y nos reímos a la vez.

Cuando llegamos a mi destino, Giwon detiene el coche al lado de la verja de la casa donde me alojo. Se me ha hecho el trayecto súper corto con la conversación.

—Pues ya hemos llegado —comento señalando la verja marrón—. Muchas gracias por traerme.

—Ha sido un placer. —Sonríe levemente.

—Te vuelvo a dar las gracias por todo lo que has hecho por mí de nuevo. —Esta vez no dice nada, solo se limita a mirarme—. Ha sido un placer conocerte, Giwon. Espero que todo te vaya igual de bien o mejor.

Giwon asiente sin decir nada más, se ha quedado mudo. Me dan ganas de preguntarle qué es lo que pasa, pero me bajo del coche. Abro la cancela de la casa y, antes de cerrarla, miro como el coche se aleja, y una sensación de pena me invade. Intento no hacer caso a este sentimiento y entro en la casa.

En cuanto abro, Marc y Paula salen a recibirme.

—¡María! Oh, dios, nena, por poco me da un infarto al ver que no estabas anoche cuando volví del baño. —Marc me abraza muy fuerte.

—Vale, pero afloja un poco, que no puedo respirar.

Marc se aparta, pero Paula le toma el relevo.

—Cuando me llamó Marc para contarme que habías desaparecido creí que me moría. No me vuelvas a dar un susto así, por favor —me pide con tono serio.

—Nunca pensé que me pasaría algo así. Creo que me confié demasiado con lo de que Corea del Sur es un país seguro. En qué hora acepté una copa de otra persona —me lamento.

—Nena, normalmente en el club intentamos que no haya ese tipo de sustancias, pero alguien siempre se nos cuela. Mira, te llega a pasar algo, ¡y no me lo perdono en la vida!

Ahora soy yo quien abraza a Marc, porque veo que realmente lo ha pasado mal.

Llevo muy poco tiempo aquí, pero estas dos personas se han convertido en gente muy importante para mí, y creo que yo para ellos también. Me siento muy afortunada de haberlos encontrado.

—Mi bolso, mi abrigo y mi móvil… ¿Los has traído? —pregunto cuando me separo.

—Sí, nena. Lo tienes todo encima de la mesa. Y ahora… —Marc y Paula se miran cómplices—… nos vas a contar todo con pelos y señales. Queremos saber cómo una celebridad como Lee Giwon te ha rescatado.

—¡Créeme que aún no me lo creo ni yo! —musito.

Paula, Marc y yo nos sentamos en el sofá, y les pongo al día de todo lo que ha pasado.

25
Lee Gi-Won

Mi viaje a Tokio al final se ha alargado dos días más, porque he tenido que asistir a un par de eventos a parte de la sesión de fotos que tenía programada. Durante toda la semana he estado pensando en María, y recordando su breve estancia en mi casa. La camiseta que le dejé para que estuviera más cómoda, huele a ella, y al ver que la dejó doblada encima de la cama, no dudé en guardarla en la maleta y llevármela. He dormido todas las noches con ella, al lado de la almohada, porque al oler su perfume sentía que estaba cerca, y me sentía menos solo. También he aprovechado mis ratos libres para ver la película que me mencionó en el coche de camino a su casa, Lo que el viento se llevó. Que, al tener una duración de cuatro horas, he tenido que verla en dos días. Y he de reconocer que me ha encantado. Creo que tiene muy buen gusto para el cine.

Son las tres de la madrugada, y acabo de llegar a casa desde el aeropuerto, porque el avión ha salido con retraso de Tokio. ¡Estoy agotado! Así que tras darle unos mimos a Miso, me meto en la cama. La almohada todavía huele al perfume de María, e imaginándome que está a mi lado, me quedo dormido.

El primer pensamiento que tengo nada más despertar es ella. ¿Por qué no me la quito de la mente? Esto no es normal…

Como hoy tengo el día libre, voy a hacer una visita a mi hermana, a ver si así dejo de pensar tanto en María, porque me va a explotar la cabeza. Les he comprado unos regalos, así que me ducho, me visto y cojo el coche para ir al distrito en el que vive mi hermana.

Cuando llamo a la puerta, se llevan una sorpresa al verme. Me encanta ver sus caras cuando no me esperan, sobre todo la de mi sobrino. Lo primero que hago es darles los regalos que les he comprado en Tokio, y después juego con mi sobrino hasta que me deja exhausto. No sé cómo los niños tienen tanto aguante. Mi cuñado me ha tomado el relevo, y yo acompaño a mi hermana mientras prepara la comida. Está haciendo mi plato favorito, tteokbokki.

—¿Estás bien? —pregunta mi hermana, mirándome con cara extraña.

—Sí, claro. Como siempre —contesto con normalidad.

—Te noto algo raro… ¿Ha pasado algo últimamente que me quieras contar?

Mi hermana es seis años mayor, y siempre nos lo hemos contado todo. Desde pequeños siempre hemos sabido cuándo nos pasa algo, por mucho que intentemos ocultarlo.

—Está bien… —murmuro resignado —. Últimamente no me quito de la cabeza a una chica.

Cojo una cerveza de la nevera, y me siento en una de las sillas altas que tiene en la isla de la cocina.

—¿A Kang Yuri? —pregunta mientras da forma a la masa de arroz.

—¡No, por Dios! A ella la quiero lo más lejos posible de mí.

—Pues no es lo que dice la prensa…—replica mi hermana.

—Me da igual la prensa. Nunca estaré con esa arpía sin sentimientos. Solo le preocupan la imagen, la fama y el dinero —digo con seriedad.

—Entonces… ¿de quién se trata?

Mi hermana ha terminado de hacer las masitas de arroz. Y una vez ha introducido todos los ingredientes en la olla, coge otra cerveza y se sienta a mi lado.

—La conocí en un evento que tuve hace dos semanas. Ella acudió como fan.

—Sabes que no es buena idea que salgas con una fan —interrumpe mi hermana, y le da un sorbo a su cerveza.

—Lo sé… pero lo que sentí al rozar su mano fue algo que no sé cómo explicar. Es como si mi alma hubiera encontrado la pieza que le faltaba.

—¿Te refieres a tu alma gemela? —Levanta una ceja curiosa.

—No lo sé… Solo sé que desde ese día no dejaba de pensar en ella. No sabía nada de ella, solo sabía que su nombre era María.

—¿María? ¿No es coreana? —Niego con la cabeza, y mi hermana resopla—. Pues vamos bien… una fan y extranjera. Lo tienes muy difícil, hermano.

Hago caso omiso a su comentario, ya sé que es complicado. No hace falta que me lo recuerde.

—El caso es que intenté averiguar algo de ella a través de la organización del evento, pero fue imposible. Entonces, el pasado sábado, fui al Mediterráneo Beach con Doyun y su grupo, y la encontré allí. —Mi hermana abre mucho los ojos—. Desde la sala vip pude observar cómo bailaba con sus amigos hasta que hubo un

momento de la noche en la que se quedó sola con un chico. —Aprieto los dientes al recordarlo—. Uno con el que había estado bailando, y le ofreció una copa que ella acepto. Unos instantes antes, vi cómo ese malnacido le echaba algo en la copa. —Mi hermana se lleva las manos a la boca, horrorizada.

—No… ¿¡En serio!? ¿Llamaste a la policía?

—No… Cuando vi que se la llevaba, salí corriendo a por el coche y conduje alrededor del club, hasta que lo localicé un par de calles más abajo. Estaba intentando subirla a un coche.

—¿Y qué pasó? —Mi hermana está expectante, como si estuviera viendo el desenlace de un drama.

—Me bajé, le pedí que la dejara en paz, y sacó una navaja.

—¡Oh, no! —grita mi hermana. Su grito llama la atención de mi cuñado y mi sobrino.

—Mamá, ¿qué ha pasado? —pregunta, asustado, mi sobrino Daeho.

—Nada, cielo, sigue jugando con papá. —Daeho le hace caso, y sigue con su padre jugando—. ¿Te hizo algo? —me pregunta con preocupación.

—Nada, tranquila. —Sonrío ligeramente—. Las clases de kárate valieron para algo. Le dejé inconsciente con un puñetazo. Después, la subí en mi coche, llamé a la policía para que arrestaran a ese tipo, y la llevé a mi casa.

—¿¡A tu casa!? —pregunta sorprendida.

—Sí. Tal como estaba, era lo mejor. No sabía dónde vivía, así que no me lo pensé.

—¿Y tú y ella…?

—¡No! —contesto rápidamente—. No soy un depravado.

—¡Y yo qué sé, hermano! —Se encoge de hombros—. A lo mejor ya se le había pasado el efecto de lo que le pusieran en la copa y os animasteis —comenta burlona.

—La dejé durmiendo en mi cama hasta el día siguiente —aclaro, molesto—. Cuando se levantó por la mañana, le expliqué lo que había pasado y después la acerqué a su casa. Nada más.

Mi hermana me mira fijamente a los ojos durante unos largos segundos.

—Te gusta —afirma con rotundidad.

—No lo sé…

Bajo la cabeza y pego la frente en la encimera.

—No es una pregunta, te he dicho lo que pasa. Esa chica te gusta, y mucho, por lo que veo.

Mi sobrino interviene de repente.

—Mamá… ¿el tío está malito? —Lo pregunta por qué sigo con la cabeza apoyada en la encimera.

—No, cariño. Lo que tu tío tiene es: sangsabyeong —contesta mi hermana, divertida.

—¿Y eso qué es? —pregunta otra vez curioso.

—Significa que le gusta una chica —le dice mi hermana, algo más bajito—. Ahora ve a lavarte las manos, que pronto vamos a comer.

Mi sobrino se marcha corriendo hacia el baño.

—No sé qué hacer… —digo levantando la cabeza—. Hasta a Miso le ha caído bien. Sabes que no es sociable con nadie, pero con ella se ha comportado como conmigo.

Saco el móvil, busco el video que grabé a María con Miso jugando, y se lo enseño a mi hermana.

—Increíble… —contesta sorprendida—. Es guapa, pero también está un poco… —Hace un gesto con las manos como que está gorda.

—Tengo ojos, no hace falta que me lo digas —contesto, un poco borde—. Me da igual su físico. Solo sé que deseo verla de nuevo.

—Perdóname, hermano… no lo he dicho para ofender. Es que es una cosa más a sumar a la lista de problemas: una fan, extranjera y gorda. Te van a machacar si sale a la luz, y ya sabes lo agresivos que pueden llegar a ser.

—Hay algo más… —murmuro—. Es mayor que yo.

—¿Cuánto más mayor? —Mi hermana arruga la frente.

—Cinco años más mayor.

—¿Es una broma, verdad? —pregunta mi hermana con gesto incrédulo, y yo niego con la cabeza—. Pues qué quieres que te diga… no los aparenta, la verdad. Pero sí que es un problema más a sumar a todos los anteriores.

—Por eso no sé qué hacer —contesto derrotado.

—Giwon, mírame. —Me coge del mentón y me obliga a mirarla—. Sabes de dónde venimos, y dónde nos hemos criado. Y ahora eres una persona importante. Todo lo has conseguido con tu esfuerzo. Pero recuerda lo que siempre nos han dicho mamá y papá. Nuestra felicidad es lo más importante. Si esa chica te hace feliz, no dudes, escucha a tu corazón… te lo mereces. La verdad es que nunca te había visto así, hermano. Si la gente de verdad te quiere, y quiere tu felicidad, aceptarán tu decisión.

Las palabras de mi hermana me llegan al alma. Lo hemos pasado mal de pequeños, siempre hemos sido una familia humilde, sin lujos. Pero con esfuerzo hemos salido adelante, y nunca hemos sido infelices. El amor de nuestros padres siempre lo hemos tenido, y nos han educado para que lo primordial en nuestras vidas sea la felicidad, sin olvidar de dónde venimos.

—Muchas gracias, Chorong. —Sonrío emocionado.

—Para eso estoy, hermanito. —Me devuelve la sonrisa y me da un abrazo—. Y ahora, envíale un mensaje e invítala a cenar.

—Ya te he comentado antes que no tengo su número —digo avergonzado y pegando otra vez la frente en la encimera—. Cuando la llevé a su casa, se me olvidó pedírselo.

—Tan listo para unas cosas, y para otras… —murmura negando con la cabeza.

—Bueno, sé dónde vive —digo levantado la cabeza de nuevo.

—Ah… ¡cierto! —Su mirada es de autentica felicidad—. Pues mañana mismo vas a verla, y la invitas a cenar.

Con una sonrisa de oreja a oreja, me acerco a mi hermana y la abrazo.

—Muchas gracias, Chorong…

—No me tienes que dar las gracias, para eso estoy, para ayudarte cuando lo necesites. —Mi hermana se separa de mí, y va hacia la olla para mirar la comida—. Anda, ve a lavarte las manos, que la comida casi está.

Con una sonrisa, le hago caso y me lavo las manos. Cuando cae la noche, tras pasar una tarde estupenda en casa de mi hermana,

vuelvo casa… solo. Pero con la ilusión de que mañana volveré a ver a María.

26
Lee Gi-Won

No he pegado ojo en toda la noche, porque no he dejado de pensar en mi reencuentro con María. He pensado en las diferentes formas de presentarme; por ejemplo, el típico: «Pasaba por aquí y he decido parar para saber cómo estas» o «Te dejaste esto en mi casa», pero el problema es que no se dejó nada, así que esta última no me vale. También he pensado en su rechazo. Que me esté haciendo ilusiones de algo que no existe, y solo he sentido yo. Aun así, tengo que intentarlo y no quedarme con la duda.

Me levanto temprano y me pongo con mi rutina de ejercicios. Después, tras desayunar algo, me doy una ducha y me visto. Decido ponerme unos vaqueros azul oscuro con un jersey de cachemira de color beige, quiero impresionar a María. Cojo el coche, y, antes de dirigirme al distrito donde vive María, me paso por la agencia para firmar unos papeles. Mi representante intenta que me quede un rato para hablar, pero ya sé lo que me va a decir: que Yuri y yo tenemos que estar juntos. Pero como no quiero discutir, me marcho sin decirle a dónde voy. Por su cara, sé que no le hace ninguna gracia no saber lo que hago, pero me da igual.

Conduzco nervioso, en pocos minutos veré a María, y espero que le haga tanta ilusión verme como a mí me la hace el verla a ella. No espero que se abalance sobre mí y me abrace, es algo obvio. Pero sí

que espero poder ver en sus ojos algo que me indique que no estoy perdiendo el tiempo.

Cuando llego al barrio donde vive, dejo aparcado el coche cerca de su casa, y una vez estoy delante de la verja marrón, me quedo inmóvil. Estoy mirando hacia la casa cuando escucho a alguien cantar. No logro situar de dónde viene, porque no veo a nadie, pero la voz es preciosa. La canción me suena, pero no logro saber cuál es en este momento. Me quedo unos minutos ahí parado, escuchando, hasta que una señora se acerca a mí.

—Lo que tanto anhelas, ya lo has encontrado —le oigo decir como en un susurro, y miro a la señora que está a mi lado.

—Disculpe… No la he entendido bien.

—Bonita voz, ¿verdad? —dice con una sonrisa. La señora lleva un recipiente de comida en las manos.

—Preciosa… ¿Conoce a la persona que está cantando? —pregunto con curiosidad.

—Por supuesto. Es una de las chicas que viven aquí, en mi casa. —Señala la casa donde vive María—. Prácticamente las considero como mis hijas.

—¿Conoce usted a María? —pregunto esperanzado.

—Claro, es ella la que canta.

Me quedo alucinado. Nunca pensé que también cantara, y que su voz fuera así de bonita.

—¿Vienes a ver a María? —me pregunta la señora con una sonrisa aún más amplia.

—Eh… bueno… sí —titubeo tocándome la nuca.

La señora se ríe al verme tan nervioso.

—Ven, acompáñame —me pide mientras abre la puerta de la verja —. Por cierto, mi nombre es Han Ji-Hye.

—Encantado, señora Han. —Me inclino hacia delante—. Yo soy Lee Gi-Won.

—Lo sé —afirma con una sonrisa—. Por cierto… prefiero que me llamen señora Ji-Hye.

Asiento, y le devuelvo la sonrisa.

La señora Jihye avanza, y yo la sigo nervioso. Me quedo sorprendido con el pequeño jardín que tiene, y el estanque con peces koi. Está muy bien cuidado y es muy bonito. Según nos acercamos, la voz de María se oye aún más. Canta una canción en español que no había oído nunca, tiene mucho sentimiento, y la letra es muy bonita. La señora Jihye llama al timbre y esperamos a que abra, pero no lo hace. María sigue cantando.

—Con la música no lo ha oído —comenta la señora Jihye sonriendo, y yo asiento—. No pasa nada, entremos.

Introduce el código en la cerradura de la puerta, y esta se abre. Entramos dentro y solo se oye a María cantar, no se oye música de fondo. Seguro que tiene unos auriculares puestos.

—María esta arriba, voy a subir a avisarla. Espera aquí, enseguida bajo con ella.

Me da el recipiente con la comida que tenía en las manos, y sube las escaleras con un poco de dificultad.

—Déjeme que la ayude a subir.

Me muevo hacia la señora Jihye, pero con un gesto me indica que me quede donde estoy. Me sabe mal no poder ayudarla, pero la hago caso.

Una vez que está arriba, oigo cómo habla con María en inglés.

—¡Oh! Señora Jihye, discúlpeme que no la haya oído. Pero con los auriculares no me entero de nada.

—No pasa nada, querida. Abajo hay una persona que ha venido a verte.

—¿A mí? —contesta María con tono de sorpresa—. ¿Y quién va a venir a visitarme a mí? Como no sea el repartidor de Amazon…

Oigo como se ríen al unísono antes su comentario, y yo también. Me encanta el sentido del humor que tiene.

—Puede ser… Baja conmigo y lo averiguas tú misma.

Oigo que caminan, y comienzan a bajar las escaleras. Bajan las dos a la vez, María ayuda a la señora Jihye a bajar sujetándola de un brazo. Todavía no se ha dado cuenta de mi presencia porque está pendiente de que no le pase nada a la señora Jihye. María lleva el pelo recogido, y va vestida con unos pantalones deportivos de color gris y una camiseta negra de manga corta, muy ancha y larga. De cualquier manera, está muy guapa, pero creo que esta versión es la que más me gusta. La natural y despreocupada.

Una vez están abajo, la señora Jihye le indica con un gesto que mire hacia donde estoy. Al hacerlo, sus ojos se clavan en mí, y mi corazón late tan fuerte que parece que me va a atravesar el pecho. Su cara es de autentica sorpresa, y yo sonrío.

—Pep… —titubea—, pero ¿tú que haces aquí?

27
María

Paula y Marc me hicieron un tercer grado con sus preguntas. Que fuera precisamente Lee Giwon quien me rescatara hizo que les explotara la cabeza, pero aún más que me llevara a su casa. Según ellos, Giwon es un idol muy reservado, y no suele ser de los que te lo encuentras por casualidad. Claro que cuando me da por contarles que me recordaba del evento y por eso intervino, les faltó tiempo para empezar a hacerse películas en la cabeza. He intentado dar la menor importancia a lo que pasó, pero he de reconocer que no dejo de pensar en ello continuamente. ¿Y si no hubiera estado Giwon para salvarme? A saber lo que me hubiera pasado.

Marc me informó de que habían revisado las cámaras del club para intentar saber quién es el que me drogó. Por suerte, lo captó una cámara cuando me sacaba del club, y su novio Jeong Hyeok no dudó en ir a denunciarlo a la policía. Y para su sorpresa, ya lo habían detenido esa misma noche, gracias a la llamada de una persona que dio el aviso por que creyó que estaba borracho. Por lo visto llevaba una importante cantidad de droga encima, y se va a pasar un tiempo largo en la cárcel. Es un alivio saber que va a pagar por lo que me hizo, y a saber a cuántas chicas más.

Así que hoy, lunes, aprovechando que Marc y Jeong Hyeok no abren el club, les he pedido que vengan a cenar para celebrar que

ese asqueroso tiene su merecido. Y voy a preparar una cena typical spanish de: gazpacho, ensaladilla y tortilla española.

Una vez tengo cocidas las patatas y la zanahoria, como tengo tiempo, adecento un poco la casa. Me gusta tenerlo todo limpio y ordenado. Quizás soy un poco maniática, pero si no está todo en orden, no me siento a gusto. Me pongo los auriculares a todo volumen, y me pongo al lío. Intento controlar mis ganas de cantar, pero es superior a mis fuerzas, sobre todo cuando suena Sin miedo a nada de Álex Ubago con Amaia Montero.

«Me muero por conocerte,
saber qué es lo que piensas.
Abrir todas tus puertas…»

De pronto, se me viene a la mente Giwon escuchando esta canción, y no entiendo por qué. Unos minutos más tarde, estoy concentrada dejando el suelo reluciente, cuando la señora Jihye me saca de mi burbuja dándome un leve golpecito en el hombro.

—¡Oh! Señora Jihye, discúlpeme que no la haya oído. Pero con los auriculares no me entero de nada. —Sonrío avergonzada.

—No pasa nada, querida. Abajo hay una persona que ha venido a verte.

—¿A mí? —contesto sorprendida—. ¿Y quién va a venir a visitarme a mí? Como no sea el repartidor de Amazon…

Nos reímos por mi comentario.

—Puede ser. Baja conmigo y lo averiguas tú misma.

Le hago caso, y bajamos la escalera.

Ayudo a la señora Jihye a bajar. Me siento mal por haber tenido que hacerla subir al no oír el timbre de la puerta. Una vez estamos abajo, la señora Jihye me hace un gesto para que mire hacia la puerta de la entrada. Hago lo que me pide, y al ver a Giwon ahí plantado, sonriendo, con lo que parece un recipiente en las manos, me quedo paralizada y mi corazón comienza a latir desbocado. ¡Está guapísimo! Y su sonrisa hace que se me corte la respiración.

—Pep… —titubeo—, pero ¿tú que haces aquí? —consigo decir.

—Bueno… yo… —Giwon está nervioso, porque se pasa la mano por el pelo.

Entonces la señora Jihye interviene.

—Me lo he encontrado fuera. Y al decirme que venía a verte, le he dicho que entrara conmigo.

—Sí —sigue Giwon—. He venido a invitarte a cenar —confiesa con timidez.

La verdad es que no esperaba volver a ver Giwon, y menos que viniera a invitarme a cenar. Si no hubiera tenido planes, le hubiera dicho que sí sin dudarlo.

—Bueno… Te agradezco la invitación, pero no puede ser. Ya tengo planes —respondo un poco cortante—, lo siento… —El rostro de Giwon parece reflejar decepción.

Entonces la señora Jihye vuelve a intervenir.

—¿Es hoy cuando vienen Marc y su novio a cenar? —Yo asiento, y la señora Jihye sigue—. Pues entonces no hay problema, que se quede a cenar él también.

—Pep… pero… —titubeo sin saber qué decir.

—No quiero molestar… —murmura Giwon.

—No molestas, querido —le corta la señora Jihye—. A los demás seguro que les encanta que estés en la cena. Y así ayudas a María a prepararlo todo. Es muy buena cocinera, ¿sabes? —le murmura de forma cómplice.

¿Me lo parece a mí o la señora Jihye tiene mucho interés en que Giwon se quede?

—Está bien, me quedaré encantado. Pero solo si María de verdad quiere que me quede. —Giwon me mira fijamente, esperando mi respuesta.

No sé qué hacer… Por un lado quiero que se quede, pero por otro… me da miedo. El hecho de que esté aquí me ha dejado desconcertada por completo. Creí que no lo volvería a ver. Y, en cambio, está aquí. Eso tiene que significar algo… o no. No quiero hacerme ilusiones con algo que no existe. Miro a la señora Jihye, suspiro y finalmente contesto:

—Vale, quédate.

Giwon sonríe, y la señora Jihye me coge la mano. Sus ojos reflejan emoción y no entiendo por qué. Solo he accedido a que cene con nosotros.

—Has hecho la elección correcta —susurra la señora Jihye—. Por cierto… —Me suelta la mano, se va hacia Giwon y coge el recipiente que él ha estado sosteniendo todo este rato—. Os he traído kimchi.

Cojo el recipiente, y, dejándolo un momento en uno de los peldaños de la escalera, abrazo a la señora Jihye.

—Muchas gracias, de verdad. Por todo lo que hace por mí y por Paula —musito.

Y sin dejar de abrazarme, la señora Jihye contesta:

—Me gusta cuidaros, para mi sois como mis hijas.

Tengo que aguantarme las lágrimas ante su confesión. Y respondo dejando de abrazarla:

—Para Paula no lo sé, pero para mí ya es como mi madre coreana.

Sonrío divertida y la señora Jihye ríe ante lo que le he dicho, pero en sus ojos puedo ver emoción. Sé que le han llegado al corazón mis palabras.

—Bueno, yo me voy a ir. Todavía me quedan cosas que hacer.

La señora Jihye camina hacia la puerta, y al pasar al lado de Giwon, le dice:

—Cuídala, por favor.

Giwon mira a la señora Jihye durante unos segundos, y finalmente responde:

—Por supuesto.

La señora Jihye se marcha, y nos quedamos Giwon y yo solos. Aún no me creo que esté aquí, esperando a que le diga algo.

—¿Has probado algún plato español? —pregunto para romper el hielo.

—No, nunca —contesta con una sonrisa.

—Pues hoy vas a probar varios. Eso sí, espero que sepas algo de cocina, porque vas a ser mi ayudante.

—Será un placer, María —me encanta oír mi nombre en sus labios.

Cojo el recipiente de kimchi y me dirijo a la cocina con Giwon detrás. Guardo el kimchi en la nevera y saco las patatas y las zanahorias que ya se han enfriado.

—Bien —le digo a Giwon—. A estas patatas hay que quitarles la piel y después hay que cortarlas a trocitos, más o menos así —pelo

una patata pequeña y le enseño el tamaño que quiero. Giwon mira atentamente cómo lo hago y asiente—. Los trocitos los vas echando en este bol, y cuando termines, la zanahoria la cortas un poquito más pequeña que la patata, ¿vale?

—Entendido —contesta.

—Si tienes alguna duda, dímelo. Yo voy a terminar lo que estaba haciendo arriba y enseguida vuelvo.

Giwon asiente y yo subo corriendo arriba. Me encierro en el baño y tomo aire varias veces. No me puedo creer que Lee Giwon, el protagonista de mi k-drama favorito, esté cortando patatas en la planta de abajo. ¡Y encima ha venido para invitarme a cenar!

En cuanto me calmo un poco, me miro en el espejo. ¡Menudas pintas tengo! Así que me recojo el pelo de forma que no parezca la Bruja Avería, y tras lavarme un poco la cara, me pongo un poco de colorete para disimular la cara de muerta que tengo. Decido dejarme la misma ropa por si me mancho cocinando; total, ya me ha visto así. Respiro hondo una última vez ante el espejo, y me reúno con él de nuevo en la cocina.

Está concentrado cortando las patatas, y observo que ya casi ha terminado. Ha seguido al pie de la letra mis instrucciones. Cuando me ve, sonríe.

—Lo estás haciendo muy bien —le ánimo.

Pongo un par de huevos a cocer mientras hago la mayonesa. Una ensaladilla sin mayonesa casera es como un jardín sin flores. Y la verdad que el sabor no tiene nada que ver al de las mayonesas de bote, por muy bien que las hagan.

Cuando termino de montar la mayonesa y la pruebo, para saber si está bien de sal y de vinagre, Giwon ha terminado lo que le pedí y me mira.

—¿Qué es? —pregunta curioso.

—¿Esto? —Señalo la mayonesa y el asiente—. Es mayonesa casera, ¿no la has probado nunca? —El niega con la cabeza. Cojo una cucharita y la introduzco dentro del vaso donde he montado la mayonesa para que pruebe un poco—. Prueba, a ver qué te parece.

Le acerco la cuchara, y él, tras dudar un instante, la prueba.

—¿De verdad es mayonesa? —pregunta sorprendido.

—Sí. ¿Te gusta?

—¡Está increíble!

—Pues con esto… —Señalo el bol con las patatas y la zanahoria que él mismo a picado—, estos dos huevos cocidos y un poco de atún en conserva, todo mezclado con la mayonesa, se llama ensaladilla rusa. Ya verás qué rica está. Por cierto, no te he ofrecido nada para beber. ¿Quieres cerveza, un refresco, café…?

—Tranquila, estoy bien —contesta con una sonrisa amplia—. ¿Qué hago ahora?

Cojo las patatas que voy a necesitar para la tortilla y se las doy.

—Solo necesito que las peles, ya después las corto yo en rodajas finitas.

Se pone a ello mientras yo termino de preparar la ensaladilla para meterla en la nevera.

Al rato, mientras estoy sacando lo que necesito para el gazpacho, Giwon confiesa:

—Te he escuchado cantar antes, y tienes una voz muy bonita. ¿Eres cantante?

Se me escapa una risita nerviosa.

—No. no soy cantante. Canto solo cuando estoy sola, porque me gusta. Tan solo he cantado una vez en público.

Se me viene a la mente el día de la fiesta de talentos del No limits, y de lo que pasó con Adrián. Desde que recibí su último mensaje, al que no he respondido, no he vuelto a pensar en él. Pero recordarlo de nuevo hace que me duela el corazón.

—María, ¿estas bien? —Giwon me mira asustado—. Tienes mala cara.

—Nada, no pasa nada. —Sacudo la cabeza—. Solo he recordado algo, nada más.

—Entiendo… Siento haberte hecho recordar lo que sea que te ha hecho tanto daño.

Me conmueve su interés.

—No es culpa tuya, Giwon. —Sonrío levemente—. Pero no es nada, de verdad. Estar aquí en Seúl me está ayudando mucho, es la mejor decisión que he podido tomar.

Giwon asiente, y sigue con la tarea de pelar las patatas que le he mandado.

Cuando él termina su tarea, yo ya estoy batiendo el gazpacho. Y en cuanto el ruido de la batidora cesa, Giwon vuelve a hablar:

—Lo que has cantado tenía mucho sentimiento, ¿qué canción es?

Espera mi respuesta mientras yo cuelo el gazpacho para dejarlo fino, sin pieles ni pepitas.

—Creo que te refieres a la canción de Álex Ubago con Amaia Montero. Él es un cantautor español que se hizo muy popular por esta canción precisamente. Y ella fue durante unos años la vocalista de un grupo que se llama La oreja de Van Gogh. Después decidió seguir su carrera en solitario. ¿Quieres escucharla? La canción es súper bonita, y eso que ya tiene unos añitos.

—Me encantaría escucharla —responde Giwon con una amplia sonrisa.

Dejo un momento lo que estoy haciendo y cojo el móvil. Busco la canción en mi lista de reproducción de Spotify, selecciono el altavoz que Paula tiene en la planta de abajo, y doy a reproducir en primer lugar la canción Sin miedo a nada.

Empieza a sonar y vuelvo a la tarea que estaba haciendo. Giwon se sienta en una de las sillas altas que hay alrededor de la isla de la cocina, y escucha la canción con mucha atención. Yo no puedo evitar mover los labios, porque es una canción que me gusta mucho. Cuando finaliza, yo ya he terminado de colar el gazpacho.

—¿A que es bonita? —pregunto a Giwon, que se ha quedado un poco pensativo.

Me mira de esa forma que me vuelve loca y responde.

—Mucho, pero me gusta más escucharla con tu voz.

Al oír esto, casi se me cae uno de los vasitos que estoy rellenando con el gazpacho, al suelo. ¿Me acaba de lanzar un cumplido? No puede ser, no debo ver cosas donde no las hay. Solo está siendo amable.

—Muchas gracias —respondo un poco sonrojada—, algún día, si te la aprendes, podríamos cantarla los dos —bromeo. Sé que eso no va

a pasar nunca.

—Trato hecho. —Sonríe divertido.

Sigue sonando mi lista de reproducción con las canciones que más me gustan, y tan solo me queda hacer la tortilla. Saco el súper laminador que he comprado por la mañana en el Dayso, que es una tienda que tiene de todo para el hogar y demás. Y me pongo a laminar las patatas y la cebolla, para después pocharlo todo en la sartén.

Mientras se pochan las patatas, saco una cerveza para mí y le ofrezco otra a Giwon que acepta encantado. Entonces empieza a sonar la canción de mi querido Abraham Mateo con Ana Mena, Quiero decirte y me pongo a bailar. Giwon ríe divertido al verme, y, dejando mi cerveza encima de la isla, le cojo de la mano y le invito a bailar. Canto moviendo los labios mientras me muevo al son de la música. Al llegar al estribillo hago una pequeña coreografía que Giwon aprende enseguida.

Completamente sincronizados, continuamos bailando el resto de la canción juntos, mirándonos a los ojos, y con nuestras bocas a escasos milímetros la una de la otra. La electricidad recorre mi cuerpo y el corazón me va a mil por hora. ¡Por dios, qué estoy haciendo!

Cuando termina la canción, carraspeo nerviosa y me alejo inmediatamente con la excusa de controlar la sartén con las patatas. Doy un trago largo a mi cerveza y muevo un poco las patatas. Estoy unos minutos sin decir nada y sin mirarle… Me da vergüenza hacerlo. ¿Pero en qué estaba pensando? Y Giwon es quien rompe este momento tan raro.

—¿Como se llama este cantante que suena ahora?

Decido mirarle. Vuelve a estar sentado en el mismo sitio escuchando atentamente la canción Dígale.

—Es David Bisbal. ¿Te gusta? —Él asiente—. Es mi cantante favorito desde que participó, hace ya más de veinte años, en un concurso de música llamado Operación Triunfo. Y en directo es todavía mejor.

—Yo también concursé en un programa de música. A partir de ese momento me hice muy conocido aquí en Corea.

—Algo leí sobre ello —contesto mientras apago el fuego de la vitrocerámica porque las patatas ya están bien pochaditas con la cebolla—, ¿te presentaste tú al concurso? —pregunto mientras escurro las patatas de aceite y las mezclo con los huevos que ya tengo previamente batidos.

Giwon se acerca para ver lo que hago mientras me contesta.

—No. Aquí no va así exactamente. Un cazatalentos de vez en cuando se acerca por los institutos para descubrir nuevos talentos. A mí me descubrieron así. Y como se me daba bien cantar, decidieron presentarme al concurso. Dependiendo del perfil te enfocan más en una cosa u otra.

—Pero tú también eres actor y modelo, ¿verdad?

—Sí, ahora sí. Pero todo eso ha venido después. Recibimos clases de todo tipo para hacer nuestras carreras más fructíferas.

Miro a Giwon con tristeza. No tiene que ser fácil llevar este tipo de vida. Que controlen cada paso que das, y que te digan lo que hacer.

—¿Te gusta este tipo de vida?

—Por un lado, sí. Ver la felicidad de los fans, que canten mis canciones y sentir su amor… me hace feliz. Pero, por otro lado, me siento solo. Cuando alguien se acerca a mí normalmente es por interés, por la fama y el dinero. Solo puedo confiar en mi familia y en pocas personas más.

Me da una pena inmensa escuchar cómo se siente. Una persona que lo tiene todo, que en el fondo se sienta así, es muy triste. Me dan ganas de abrazarlo y decirle que lo comprendo, que me dan igual su fama y su dinero. Porque aunque él empezó a gustarme al verlo protagonizar mi drama favorito, ahora no lo veo así. Para mi ahora solo es un chico normal con el que me siento a gusto. Pero me freno las ganas e intento cambiar de tema.

—Pues, ¿sabes lo que decía mi padre? Que las penas con el estómago lleno son menos penas. Y esta tortilla va a ayudar mucho. —Sonrío, y él también.

Hecho la mezcla de las patatas con el huevo y la cebolla en la sartén previamente caliente, y comienzo a cuajarla por un lado. Cuando ya está, le doy la vuelta con la ayuda de un plato, con tan mala pata que me quemo un poco.

—¡Joder! Me he quemado.

Giwon inmediatamente me coge la mano y mira la quemadura.

—Deberías ir al médico para que te lo vea —musita preocupado.

—¡Anda, anda, exagerado! —Aparto la mano y saco la tortilla, que ya está hecha—. Ahora pongo la mano debajo del chorro de agua fría y listo. —Sé que no está muy convencido, porque se lo veo en la cara, pero no me insiste más.

La tortilla me ha quedado en su punto. La he hecho bastante grande, para que no se quede nadie con hambre. Como he apartado un poco de la mezcla de las patatas con el huevo y la cebolla, cuajo otra tortilla mucho más pequeña para la señora Jihye. Así en cuanto terminemos de cenar, se la llevo en un momento, junto con un poco de ensaladilla y gazpacho que le he guardado, para que también lo pruebe.

Falta media hora para que llegue Paula del trabajo, y supongo que Marc y Jeong Hyeok vendrán con ella. Así que dejo a Giwon un momento solo, y subo a mi habitación para cambiarme de ropa y maquillarme un poco. Por último, me pongo unas gotas de mi perfume árabe favorito.

Cuando bajo, veo que Giwon se ha encargado de limpiar la cocina. No hay ni un solo cacharro sucio. Es como si nadie hubiera cocinado.

—¿Has fregado todo? —pregunto sorprendida, y el asiente sonriente—. No hacía falta, por suerte tenemos lavavajillas.

—Da igual. —Se encoge de hombros—. Me gusta ayudarte.

—Gracias. —Sonrío con timidez—. ¿Me ayudas a poner la mesa?

—Será un placer. Por cierto, estás muy guapa —comenta mientras estoy cogiendo los cubiertos, y al oírle casi se me caen al suelo.

Le miro y sonrío ligeramente a modo de agradecimiento. No me lo esperaba.

Entre los dos dejamos todo listo en un santiamén, y ya solo falta que lleguen el resto. No sé por qué, pero cada vez me siento más a gusto con él, y siento que puedo ser yo al cien por cien. Entonces se me ocurre algo.

—No les he contado a mis amigos que hablas español. Seria divertido ver la cara que ponen al escucharte. Pero a lo mejor no quieres que lo sepan. —Giwon me mira divertido.

—¿Qué tienes en mente?

—He pensado… que durante la cena, cuando menos se lo esperen, hables en español como si nada. ¡Van a flipar cuando te oigan!

—¿Flipar? —pregunta Giwon desconcertado.

Se me olvida que, aunque sepa el idioma, hay muchas expresiones y palabras que utilizamos los españoles que no conoce.

—Significa sorprenderse mucho.

—¡Ah, vale! —se ríe—. Me parece una idea fantástica, va a ser divertido.

Feliz por lo que vamos a hacer, me pongo a dar palmas y saltitos.

A los diez minutos oigo la puerta abrirse y Paula grita:

—¡Ya estamos aquí!

Paula es la que entra primero, y, al ver a Giwon sentado a mi lado en el sofá, se para en seco. Marc, distraído con algo que está comentando a su novio, se choca con Paula.

—¡Ay, nena! Pero ¿qué haces aquí parada?

Marc, al ver que Paula no le responde y no se mueve, se pone a su lado y, al mirar hacia mi dirección, da un grito al ver a Giwon.

—¿Es quien creo que es? —pregunta alucinado.

Me levanto del sofá, Giwon hace lo mismo, y nos acercamos a mis amigos.

—Sí, efectivamente es Lee Gi-Won y va a cenar con nosotros —comento divertida.

—¡Oh, dios mío! —grita emocionado Marc—. Cariño, pellízcame en el brazo porque creo que esto es un sueño.

Marc extiende el brazo a su novio, que sonríe divertido.

Dirigiéndome a Giwon, le presento a mis amigos hablando en inglés. Y sonrío al pensar en el momento en que se enteren de que habla español.

—La petrificada es Paula, el de los gritos es Marc, y el que está detrás es su novio Jeong Hyeok.

—Encantado de conoceros —responde Giwon en inglés.

Paula consigue salir de su petrificación, sonríe ligeramente inclinando la cabeza, y haciéndome a un lado me pregunta por qué está aquí. Antes de responderle me dirijo al resto.

—Idos sentando, ahora mismo vamos —comento con una sonrisa.

Giwon, junto a Jeong Hyeok, se sientan en la mesa y comienzan a hablar. Marc, que necesita saber qué pasa, se acerca a nosotras.

—Cuenta todo… ¡ya! —me exige Marc.

—Vale, vale… Se ha presentado por sorpresa y me he quedado tan sorprendida como vosotros. La señora Jihye se lo ha encontrado fuera, y por lo visto ha venido para invitarme a cenar.

—Pero… ¿cómo te ha localizado? —pregunta Paula.

—Él fue quien me trajo a casa el día del incidente, ¿recuerdas?

—¡Ah, es verdad! Lo había olvidado.

—He rechazado su invitación, porque hoy cenábamos todos juntos. —Miro a Marc—. Y la señora Jihye ha sido la que ha dicho que se quedara también a cenar, y no he podido negarme.

—Uy, uy, uy… la señora Jihye haciendo de celestina. Eso es que ha visto algo… —comenta Paula pensativa.

—¿Ya estamos con la cantinela otra vez de las visiones? —digo molesta.

—Yo solo digo que es muy raro que él… —Señala a Giwon que habla animadamente con Jeong Hyeok—… haya venido aposta a invitarte a cenar. Que fuera él quien te rescatara de aquel pervertido, y después te llevara a su casa. La señora Jihye ve cosas, y si ha insistido en que se quede, es por algo —concluye Paula.

—Nena, en serio, ¿qué les das? —murmura Marc pensativo—. Ya has cautivado a dos idols en el poco tiempo que llevas aquí.

Yo, haciendo caso omiso a su comentario, porque en realidad no sé qué decir, doy un suspiro.

—Venga, sentémonos a cenar —les pido.

No tengo ganas de seguir con el tema, y me dirijo a la cocina para sacar la comida.

Cuando dejo la comida encima de la mesa, a mis amigos y a Jeong Hyeok se les hace la boca agua. Este último al haber vivido en España ha disfrutado de estos platos y confiesa que le traen gratos recuerdos. El único que no ha probado nada es Giwon, y cuando comienza a comer, puedo ver por sus gestos que le gusta. Mis amigos me felicitan por la cena, y me siento feliz al ver que disfrutan cada bocado.

Marc es el que se encarga de amenizar la cena con sus anécdotas, hasta que decide hacer un tercer grado a Giwon. Quiere saber más sobre el mundo de los idols, y también saber cotilleos de otros idols. Giwon le responde amablemente a todo, y Marc, satisfecho, hace un comentario en español creyendo que Giwon no le entiende.

—Sinceramente os digo que creía que este chico era un poco… creído. Canta bien y actúa bien, pero no me caía simpático, la verdad. Por eso, María, cuando me enteré de que él fue quien te rescató, no me lo creía. Pero hoy entiendo muchas cosas, nena.

Miro a Giwon y sé que el momento ha llegado, y lo que hemos hablado antes lo va a ejecutar ahora.

—Me alegra saber que ya no tienes esa opinión de mí. No me considero un creído, pero la verdad me preocupa estar dando esa imagen. Es la primera vez que me lo dicen —responde Giwon en español. Marc se queda blanco al oírle. Paula, que estaba bebiendo un poco de agua, casi se atraganta; y Jeong Hyeok me mira a mí, esperando a que haga algún gesto indicando si lo sabía o no, y yo asiento. Giwon prosigue—: Te agradezco lo que piensas de mi trabajo, y, en cuanto a María… —Giwon me mira—… lo que hice por ella lo haría una y mil veces más.

—¿Tú sabias que habla español? —me pregunta Paula todavía con cara alucinada.

—Sí, lo supe la mañana que me desperté en su casa.

—¿Y cómo no nos cuentas nada, petarda? ¡Menos mal que no me ha dado por ponerle verde! —me recrimina Marc indignado.

—Yo le pedí que no se lo contara a nadie —se adelanta Giwon—. Es algo que no sabe nadie. Vosotros, junto a María, sois los únicos que lo sabéis.

Marc sonríe y comenta un poco avergonzado:

—Lo de creído es solo una percepción que tenía yo. No te agobies ahora por eso.

Giwon se ríe y contesta:

—Tranquilo, Marc. Siempre solemos prejuzgar a las personas sin conocerlas. Yo también lo hago, créeme.

Tras explicar por qué aprendió español y por qué no lo sabe nadie, continuamos hablando de más cosas banales mientras terminamos lo que aún queda de comida, entre ellos el postre que ha traído Marc, que son unos pastelitos con muy buena pinta.

Me quedo asombrada con la cantidad de comida que come Giwon, yo estoy que no puedo más, y el sigue comiendo como si nada. Eso sí, disfrutando de cada bocado. Lo hace visible con sus gestos y sus comentarios.

Al darme cuenta de la hora, me levanto de la mesa, y cojo los recipientes con comida que he dejado preparados para la señora Jihye.

—Voy a ir un momento a llevar esto a la señora Jihye, antes de que sea más tarde.

Entonces Giwon se levanta también de la mesa.

—Te acompaño. Después podríamos ir a dar un paseo.

Su propuesta me pilla por sorpresa y no sé qué decir. Miro a Paula, que se mira con Marc, y después nos vuelven a mirar.

—Idos tranquilos —comenta Paula al verme dudar—. Ya recogemos todo nosotros tres. Además, hace una noche estupenda.

Paula me sonríe de manera cómplice, y yo acepto la propuesta de Giwon. Tras coger algo de abrigo, salimos, y en primer lugar vamos a ver a la señora Jihye.

28
Lee Gi-Won

Por un momento he pensado que rechazaría mi propuesta, pero cuando ha aceptado, me he sentido muy feliz. No me apetece separarme todavía de ella. La tarde que he pasado a su lado ha sido increíble. Sobre todo el momento en el que hemos bailado juntos… Y aunque estoy muy a gusto con sus amigos, quiero estar un rato más a solas con ella.

La casa donde vive la señora Jihye está justo al lado. María llama al timbre, y a los pocos segundos la señora Jihye abre la puerta y entramos dentro. Es una casa decorada al estilo tradicional coreano, y está muy bien cuidada.

—¿Qué hacéis aquí tan tarde? ¿Ha ocurrido algo? —pregunta la señora Jihye, preocupada.

—No, tranquila —contesta María—. Es solo que acabamos de terminar la cena, y quería traerle un poco de comida para que la pruebe. —María le enseña los recipientes con la comida que ha hecho con tanta ilusión—. Esto se llama gazpacho; lleva verduras, entre ellas predomina el tomate y se toma frío. Esto se llama ensaladilla rusa; lleva patata, zanahoria, atún, huevo y mayonesa hecha por mí. —La señora Jihye mira a María con mucho amor mientras ella le explica el último recipiente—. Y esto se llama tortilla española; lleva patata, cebolla y huevo. Todos son platos típicos españoles. Espero que le guste.

La señora Jihye me mira a mí y me pregunta:

—¿Y a ti qué te parece? —Sé que no me pregunta por la comida.

—Que es maravillosa —contesto con una sonrisa.

La señora Jihye sonríe y le da las gracias a María con un fuerte abrazo. No es muy común ver a una persona mayor en Corea mostrando tanto cariño a una persona que apenas conoce. Pero María es muy especial y es muy difícil no quererla.

Tras despedirnos de la señora Jihye, caminamos en silencio por la calle. Casi no hay gente por el barrio, prácticamente es media noche y al día siguiente la gente tiene que trabajar temprano.

—Tus amigos han «flipado», como dices tú, al escucharme hablar español —comento para romper el silencio.

—Sí —sonríe—. Como para no hacerlo. Es que además lo hablas casi perfecto, casi no tienes acento coreano.

—He practicado mucho.

—Qué suerte… Entonces eres de las personas que aprenden idiomas con más facilidad que otras. A mí, por ejemplo, me costó muchísimo hablar en inglés, me sentía estúpida hablándolo y me bloqueaba. En cambio, a la hora de leerlo, lo entendía a la perfección. Menos mal que poco a poco fui soltándome más y más. Me ayudó mucho el tener que usarlo a la hora de viajar. No me quedaba más remedio si quería que me entendieran.

—¿Sabes alguna palabra en coreano? —pregunto curioso.

—Sí…, lo que me va enseñando Paula. Se decir kopi (café), ne (sí), aniyo (no), annyeonghaseyo (hola), mul (agua), gamsahamnida (gracias)… no sé, ahora no me acuerdo de más.

—No está mal. Además, la pronunciación es casi perfecta. —María me mira incrédula, enarcando una ceja.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio —respondo divertido.

—No sé por qué, pero no te creo. ¿Sabes? Esa sonrisita que te estas aguantando es la que te delata. —Me rio a carcajadas.

—De verdad que te lo digo en serio. Es solo que me hace gracia tu reacción. Algunos de tus gestos me resultan divertidos.

—Pues nada… ¡ahora resulta que mi cara te hace gracia!

Sin poder evitarlo, me echo a reír de nuevo.

—Perdóname, de verdad. Pero es que lo has vuelto a hacer. Tu comentario, con el gesto que has hecho.

María me mira durante unos segundos y se ríe también.

—Tranquilo, no eres el primero que me lo dice.

Seguimos paseando y me cuenta cosas sobre su vida, su trabajo, su familia y sus amigos. También me habla sobre Rocky, su gato que ha dejado en España, y que ahora que ella está aquí de viaje, lo cuida una de sus mejores amigas. Se pone un poco triste al hablar de él, ya que lo hecha mucho de menos. Me dan unas ganas enormes de abrazarla para consolarla, pero me reprimo las ganas.

Al pasar por una de las miles de tiendas de fotos que hay en Seúl, le pregunto si entramos y María acepta encantada. Miramos los accesorios que hay disponibles, y ella se decanta por unas orejitas blancas de gato, y yo por unas orejas de zorro de color naranja. Pasamos un rato muy divertido haciéndonos fotos, la verdad es que hacía mucho que no me reía tanto. Y antes de dar por terminada la

sesión de fotos, nos hacemos otra sin los accesorios en la que María sale preciosa.

—Salgo fatal en las fotos, da igual el empeño que le ponga —comenta mirando las fotos que hemos imprimido.

—A mí me parece que estás muy bien —digo con sinceridad.

—Que dios te conserve la voz, porque lo que es la vista… —musita.

En ese momento, un motorista que va a toda prisa está a punto de atropellar a María, y yo la aparto a toda prisa cogiéndola de la mano, y su cuerpo queda pegado al mío.

—¿Estas bien? —pregunto preocupado.

Nos miramos a los ojos durante unos segundos muy largos, mi corazón late deprisa, y finalmente responde.

—Sí. Gracias por salvarme… otra vez.

Sonrío con ternura y respondo.

—A este paso me voy a declarar tu guardaespaldas oficial. —María se ríe, me encanta el sonido de su risa y su forma de reír—. Volvamos antes de que pase cualquier otra cosa.

Sin soltarla de la mano, caminamos hacia su casa.

—Giwon…

—¿Sí? —contesto y la miro.

—No sé si te has dado cuenta, pero vamos cogidos de la mano.

Miro nuestras manos entrelazadas.

—Lo sé, ¿hay algún problema? —respondo como si nada, pero en realidad estoy hecho un flan.

Sentir su mano me hace sentir cosas que nunca había sentido. María, con una sonrisa tímida, declara:

—Ninguno.

Cuando llegamos a la verja de su casa, nos soltamos las manos y me dan ganas de volver a cogerla. Tengo la necesidad de sentir su cuerpo contra el mío, pero debo ser precavido. Aún no estoy seguro de si ella siente lo mismo que yo.

—¿Entras? —me pregunta.

—No… debo irme ya. Es muy tarde y mañana tengo trabajo. —Es la una de la madrugada, y tengo que estar a las siete de la mañana en el set de rodaje de la nueva serie que protagonizo.

—Está bien. —Noto en su voz un deje de tristeza—. Me lo he pasado muy bien hoy.

—Y yo… —Sonrío con tristeza, porque no quiero marcharme—. ¿Me dejas tu móvil un momento? —María me lo da sin problema. En la pantalla tiene la foto de un gato blanco con ojos azules, debe ser Rocky. Le apunto mi número de móvil y se lo devuelvo—. Si te apetece algún día escribirme o llamarme… ahí tienes mi número.

María se queda mirando el móvil, y a continuación pulsa un par de veces la pantalla y suena mi teléfono. Lo miro y es un número que no conozco.

—Ya tienes mi número por si quieres escribirme o llamarme también.

María sonríe con timidez. Yo, feliz, lo guardo enseguida en la agenda.

Está empezando a hacer un poco de frio y no quiero que se resfríe por mi culpa. Y muy a mi pesar, me despido de María. Camino hacia el coche sonriendo como un bobo y me voy a casa.

29
María

Cuando entro en casa tras despedirme de Giwon, Paula, Marc y Jeong Hyeok disimulan intentando hacerme creer que llevan horas viendo la televisión sentados en el sofá. Estos se creen que no me he dado cuenta, que cuando estaba introduciendo el código los he oído al otro lado de la puerta, y se han ido corriendo en cuanto he abierto, seguro que estaban escuchando y mirando el videoportero.

—¿Ya estás aquí? —pregunta Paula como si nada.

—No disimuléis… os he oído correr —espeto.

—No sé de qué hablas —contesta Marc, y se miran los unos a los otros intentando mostrar que no saben a qué me refiero.

—¿Creéis que me chupo el dedo? Mira que sois alcahuetas… Pues ahora os quedáis con las ganas de saber qué ha pasado.

Emprendo el camino hacia la escalera, y Paula sale corriendo junto a Marc para retenerme:

—¡No, no, no! ¡Por favor! Está bien, nos has pillado —confiesa Paula—. Cuéntanos cómo ha ido el paseo, por favor —suplica juntando las dos manos.

Con una sonrisa de satisfacción, me doy la vuelta. Sabía que no se iban a poder resistir, son muy predecibles. Me siento con ellos en el sofá y les cuento con todo detalle lo que ha sucedido. Cuando termino; Paula, Marc y Jeong Hyeok se miran con complicidad, y este último es el que finalmente dice:

—Le gustas… le gustas mucho.

—¿¡Qué dices!? —contesto incrédula—. Eso es imposible, y menos en tan poco tiempo.

—María… —interviene Marc—, todos lo hemos visto. Hemos visto la forma en que te mira, es como si te adorara. Durante la cena ha estado pendiente de cada movimiento tuyo.

—Es como si estuviera sincronizado contigo —sigue Paula—. Hasta Jeong Hyeok lo ha visto. —El aludido asiente—. Y después de lo que nos acabas de contar, ya no hay duda.

—También dijisteis eso de Minho —digo molesta.

—Pero eso fue diferente —responde Marc—. Nos guiamos por lo que nos contaste, y probablemente le gustaste también. Pero lo de Giwon va mucho más allá. Ha sido como ver un k-drama. ¡Solo faltaba la canción de fondo!

—Y la cámara lenta —apunta Jeong Hyeok.

—¡Es verdad! —afirma Paula divertida.

Me quedo mirándolos durante unos segundos sin saber qué decir. ¿Realmente será como me cuentan? No quiero equivocarme de nuevo. Creo que mi corazón no soportaría otro fiasco amoroso. Pero el caso es que algo dentro de mí me dice que es de verdad. Y he sentido algo que nunca había sentido con nadie, ni siquiera con Adrián. Tras reflexionar unos segundos, digo:

—Ya veremos qué pasa. Ahora, si no os importa, me voy a dormir. Estoy cansada y es muy tarde. Y tú… —Miro a Paula—… ya deberías estar en la cama, que mañana madrugas.

—Lleva razón María —dice Marc levantándose del sofá—. Nosotros nos vamos ya y os dejamos descansar.

Paula y yo acompañamos a Marc y a Jeong Hyeok hasta la puerta, y tras darme las gracias por la cena y darnos un abrazo, se marchan. Paula y yo subimos a la planta de arriba y nos damos un abrazo cariñoso de buenas noches. Antes de meterme en la cama, voy al baño y me lavo los dientes. Cuando termino, una vez en la cama, mi móvil vibra por la llegada de un mensaje. Cuando miro de quién es, no puedo evitar sonreír y lo leo:

«Quería darte las gracias por la cena y el paseo. Bueno… en general, por todo. Me lo he pasado genial. Solo quería que lo supieras».

Enseguida escribo mi respuesta:

«Yo también me lo he pasado muy bien. ¿Qué haces aún despierto?».

Lo envío y a los pocos minutos recibo otro mensaje:

«No me puedo dormir. ¿Y tú que haces todavía despierta?».

Sonrío y vuelvo a escribir:

«Hablar contigo».

A los pocos segundos de enviarlo, vuelve a vibrar el móvil:

«No quiero molestarte más. Buenas noches, María».

Me siento ahora mismo como una adolescente cuando habla con el chico que le gusta, y escribo:

«No me molestas. Me gusta hablar contigo. Buenas noches, Giwon. Descansa».

Envío el mensaje acompañado de una carita con corazones alrededor. A los pocos segundos recibo otro mensaje, y al abrirlo veo que es un corazón rojo que palpita. Con una sonrisa tonta, dejo el

móvil de nuevo en la mesita y apago la luz. Cierro los ojos, y pienso en Giwon hasta que me quedo dormida.

30
Lee Gi-Won

No he podido ver a María desde el día en el que cené con ella y sus amigos en su casa. Toda la semana he tenido rodaje de la serie, y apenas he tenido horas libres. Solo he podido ir a casa a dormir, y a las pocas horas otra vez tenía que volver al set. Menos mal que hoy termino de grabar todas mis escenas, y lo mejor de todo es que es sábado. Quedan unos días más, pero al no ser escenas en las que aparezco, no tengo que venir.

Estoy deseando poder ver a María de nuevo, quiero llevarla a cenar a un sitio bonito. Tengo que hablar con Seong Ji-hoo, mi representante, para que me diga qué compromisos tengo en los próximos días, y así poder organizarlo todo.

Desde el lunes, que por fin nos dimos el teléfono, no hemos dejado de escribirnos. Cada día nos hemos dado los buenos días, y hemos estado hablando; —en mis ratos libres—, hasta darnos las buenas noches a altas horas de la madrugada. No me canso de hablar con ella, y miro el móvil cada poco tiempo para saber cuándo me ha contestado. Definitivamente puedo decir que María me gusta, y mucho. No puedo dejar de pensar en ella, y una sonrisa tonta se dibuja en mi cara cuando leo sus mensajes.

No me queda mucho para terminar, y al ver que no es muy tarde, se me ocurre proponer a María un plan o una cita, según cómo se mire:

«Estoy a punto de terminar de rodar mi última escena en la serie. Si te apetece podríamos ir al río Han a ver el espectáculo de agua y drones, mientras nos comemos un ramen».

Lo envío y su respuesta no la puedo leer hasta que no me han terminado de retocar el maquillaje. Una vez terminan, leo su respuesta:

«Me encantaría, pero no me apetece mucho salir».

Su respuesta me deja un poco chafado. Creí que diría que sí.

—¡Giwon, por favor, a escena! —grita el ayudante del director.

Me levanto y me voy a mi posición.

Mientras interpreto el papel que hago en la serie, intento no pensar en por qué ha rechazado mi propuesta, pero me es imposible. Se me olvida el texto o me equivoco, y nos toca repetir más veces la escena de lo normal.

Cuando por fin doy pie con bola, y el director lo da por bueno, vuelvo a mirar el móvil con la esperanza de tener algún mensaje más de María, pero no es así. Así que, echándole valor, le escribo:

«¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?».

Espero ansioso su respuesta, que por suerte llega a los pocos minutos.

«No ha pasado nada. Es solo que no me encuentro muy bien y prefiero quedarme en casa».

Preocupado, le escribo de nuevo:

«¿Qué es lo que te ocurre? Estoy preocupado. ¿Necesitas que te lleve al hospital?».

Nervioso, espero su respuesta, que tarda unos minutos en llegar.

«No es nada, tranquilo. ¡Lo tuyo es obsesión por el hospital! (Carita riéndose). Es solo que mi prima ha venido con retraso y con ganas de hacerme sufrir».

Me quedo extrañado. ¿Su prima? ¿Acaso tiene familia en Seúl? No dudo en preguntarle a qué se refiere:

«¿Tu prima? No sabía que tenías familia en Seúl».

A los pocos segundos recibo un mensaje con muchas caritas riéndose. Y después llega otro mensaje de María.

«Me olvido algunas veces de que hay expresiones que no sabes lo que significan. Con "mi prima" me refiero a la visita que recibimos las mujeres todos los meses. Lo que se llama menstruación. Mi malestar es por eso, me duele un poco más de lo normal. Y te agradezco tu interés, pero no puedes hacer nada para aliviarlo. Solo los analgésicos y calor».

Me quedo un poco más tranquilo al saber qué es lo que le pasa. La verdad es que nunca he visto a una mujer hablar con tanta naturalidad de la menstruación, y menos conmigo. Es un tema que no se suele hablar con otras personas. No sé si entre chicas hablan, pero por lo menos con los chicos no es algo común. Entonces la escribo de nuevo:

«Entiendo… Paula está contigo ¿verdad?».

María contesta:

«No. Paula a salido y va a pasar la noche fuera. Me ha dicho que vendrá mañana por la tarde».

Respondo:

«¿Y Marc?».

Leo su respuesta en cuanto llega:

«Marc hoy está en el club trabajando. No te preocupes, de verdad, si necesito algo tengo a la señora Jihye en la casa de al lado. Nos vemos otro día que esté mejor. Si terminas pronto aprovecha para descansar. Últimamente duermes poco y yo tengo parte de culpa».

Me doy cuenta de que María no muestra su vulnerabilidad, por muy mal que esté, intenta no ser débil. Y también me he dado cuenta de que se preocupa más por los demás que por ella misma. El día que la conocí en el evento de K-Lex, antepuso siempre a Paula antes que ella. Si Paula no se hubiese preocupado por ella, ese día no nos hubiéramos hecho la foto. Después, el día que estuvo en mi casa, se preocupó por dejar la cama hecha y la taza fregada. Y el otro día, en su casa, se preocupó porque ninguno de nosotros se quedara con hambre o que nos faltara algo. Y ella en cambio comió menos porque creyó que iba a faltar comida. Es algo que hace de manera natural, y cuanto más la conozco, más me gusta. No hay ni un solo día de los que hemos hablado por mensaje que no se haya preocupado por cómo he descansado o cómo me encuentro con tanto trabajo. Y quiero hacer lo mismo por ella, pero no sé cómo.

Tras grabar dos escenas más, dan por finalizado el rodaje por hoy. Y como yo ya he terminado mis escenas, me agradecen el trabajo con un gran aplauso y muchas felicitaciones. Seong Ji-hoo, contento por mi trabajo, me sorprende dándome varios días libres. Hasta el miércoles no tengo que ir a ensayar para el concierto benéfico del próximo domingo.

—¿Vas a querer algún pase vip para tu familia? —me pregunta Seong Ji-hoo con una sonrisa de oreja a oreja.

Pienso en María. La única persona que quiero que vaya ese día a verme es ella.

—Voy a querer cinco pases.

—Bien. Te los haré llegar a tu casa el lunes para que se los puedas llevar a tu familia. Ahora disfruta de estos días, que el miércoles te quiero a tope.

Asiento con una sonrisa y me marcho. El coche de producción me lleva a mi casa, son las diez de la noche cuando llego y, tras poner de comer a Miso, me doy una ducha. Me pongo cómodo, me tumbo en el sofá y Miso se tumba a mi lado. Pienso en María y en lo que le pasa. No se me ocurre nada para poder ayudarla con su malestar. Entonces se me viene a la cabeza mi hermana. Cojo el móvil y marco su número. Sé que me va a regañar por las horas, pero ella es la única que me puede ayudar.

—¿Diga? —contesta ella con voz somnolienta.

—Chorong, soy yo. Necesito hacerte una pregunta… —Mi hermana hace un sonido de protesta.

—Giwon… ¿acaso sabes la hora que es? ¡Estaba durmiendo!

—Chorong… —miro el reloj—, son solo más de las once, y es sábado.

—Mira, guapo, llevo en pie desde la siete de la mañana. Cuando mañana tu sobrino se despierte a las siete… ¿quieres que te despertemos a ti también? —Entiendo el malestar de mi hermana. Tener un niño pequeño es madrugar sí o sí, sea día laborable o fin de semana. Tiene que ser agotador.

—Lo siento, de verdad. Pero necesito preguntarte una cosa que solo tú como mujer me puedes responder. Es algo que no le puedo

preguntar a cualquiera.

Mi hermana se queda callada unos segundos y finalmente responde:

—Está bien, malhaebwa. (Habla ya)

Tomo aire profundamente y hablo:

—Cuando las mujeres estáis en vuestros días del mes, ya sabes, la menstruación. Cuando tenéis días muy dolorosos, a parte de los fármacos… ¿Hay algo más que os ayude a pasar mejor ese momento?

—i¿Pero qué clase de pregunta es esa?! —contesta indignada y la entiendo. No suele ser un tema de conversación en mi familia. O por lo menos entre ella y yo.

—Por favor, Chorong, ayúdame. Necesito saber cómo puedo ayudar a María —le suplico.

—¿María…? —Se queda en silencio unos segundos—. ¿La chica extranjera que estuvo en tu casa?

—Sí.

—¿Fuiste a verla al final? —pregunta con curiosidad. El enfado parece que ha desaparecido.

—Sí… fui a verla.

—¿Y…?

—Y nada, cené con ella y sus amigos, en su casa. Después dimos un paseo y nos intercambiamos los números. Desde ese día nos mandamos mensajes por el móvil, pero nada más. Como hoy he terminado de rodar pronto, la he invitado a salir y me ha dicho que no se encuentra bien porque tiene bastante dolor por la menstruación.

No sé cómo, pero siempre termino contándole todo a mi hermana.

—Y quieres ir a verla, ¿verdad? —Creo que mi hermana debe tener en su cara dibujada una sonrisita.

Suspiro y contesto.

—Sí.

—Te gusta…

—Mucho, me gusta mucho —termino la frase por mi hermana.

—Está bien… —Mi hermana suspira al otro lado del teléfono—. Cuando estamos en esos días del mes, nos ayuda mucho el chocolate.

—¿Chocolate? —pregunto incrédulo.

—Sí. Mucho chocolate. No sé por qué, pero es así. También tomar algo caliente nos ayuda. Por lo menos a mí, pero cada mujer es un mundo.

—¿Y algo más? —pregunto.

—Amor… mucho amor. Nos ayuda mucho sentirnos queridas, comprendidas, protegidas…

—Entiendo… —respondo con una ligera sonrisa—. Muchas gracias, Chorong, te dejo dormir. Da un beso enorme de mi parte a mi sobrino y a mi cuñado.

—Te quiero, hermano.

—Y yo a ti.

Mi hermana cuelga la llamada, y yo inmediatamente me levanto del sofá y me cambio de ropa. Dejo agua y comida a Miso por si acaso, y salgo de casa. Cojo el coche y conduzco hasta la casa donde María se aloja.

Cuando estoy a punto de llegar, me paro en una tienda de conveniencia a comprar un par de rámenes instantáneos, una tarrina gigante de helado de chocolate y dos batidos de plátano. Creo que a María le gustará.

Dejo el coche aparcado cerca de su casa, y cuando estoy enfrente de la verja, al ver que hay luz dentro, suspiro y llamo al timbre. Pasa como un minuto cuando me abre la cancela y entro. Entonces María abre la puerta principal de la casa.

—¿Qué haces aquí a estas horas? Deberías estar descansando.

Según me acerco más a ella, veo que tiene mala cara, como de haber estado llorando. Me preocupo al instante.

—¿Va todo bien?

Entonces María comienza a llorar y se abraza a mí.

31
María

Oigo el timbre de la puerta y pauso la tele. Llevo toda la tarde, desde que se ha ido Paula a pasar la noche con Doyun, viendo el drama coreano La reina de las lágrimas. Fue Paula quien me la recomendó. Aunque al principio no me enganchó mucho, no he parado de llorar en estos últimos capítulos. Miro el reloj y son casi las doce de la noche, ¿quién será a estas horas? Paula sabe el código y la señora Jihye también, y no creo que sea Marc. Camino hacia a la puerta, y cuando veo por el videoportero que es Giwon, me limpio las lágrimas con la manga del pijama y le abro. La verdad es que no esperaba que viniera hoy. Creí que se iría a casa a descansar, cuando le he dicho que no me encontraba bien.

—¿Qué haces aquí a estas horas? Deberías estar descansando —comento mientras camina hacia mí.

Me observa atentamente y su cara cambia a preocupación.

—¿Va todo bien? —pregunta serio.

Yo, sin poder evitarlo, me pongo a llorar de nuevo. La última escena que he visto de la serie me ha afectado mucho. Y sin pensármelo dos veces me abrazo a él. Estoy muy sensible y necesito un abrazo.

—¡Le han atropellado! Seguro que le han matado —murmuro entre sollozos.

—¿¡A quién!? —pregunta asustado abrazándome fuerte.

—Justo cuando Hae-in iba a decirle que lo quiere —contesto sin dejar de llorar.

Giwon me mira desconcertado e insiste.

—¿¡Pero a quién han atropellado!?

—A Hyun-woo. —Las lágrimas siguen cayendo por mis mejillas.

Giwon me coge de la mano y entramos en casa. Me lleva hacia el sofá, y, limpiándome las lágrimas con los pulgares, me pregunta:

—¿Hyun-woo es algún amigo vuestro?

—Él es Hyun-woo. —Señalo a la televisión. He pausado la serie justo en el momento del atropello—. Es el protagonista de La reina de las lágrimas —aclaro, y Giwon sonríe con ternura.

—Seguro que no le ha pasado nada grave, ya lo verás.

—¡No! No pienso seguir viéndola más, esta serie me tiene en un sin vivir. —Giwon se ríe por mi comentario, y yo con él. Debe pensar que soy patética—. Por cierto… ¿Yo no te he dicho que aprovecharas a recuperar todo lo que no has descansado estos días?

—Me apetecía verte… —responde con timidez—. Y también me has dejado preocupado con lo de tu malestar.

—Ya te he dicho que no es nada. No me voy a morir porque me duela un poco más de lo normal la barriga por la menstruación.

—Bueno, aun así… quiero cuidarte. —Mi corazón se acelera al instante por lo que me acaba de decir—. ¿Has cenado? —Niego con la cabeza—. Pues ahora preparo estos rámenes de pollo, y para después… —Me enseña una tarrina gigante de helado de chocolate, y yo sonrío como una tonta.

—Muchas gracias, Giwon.

Giwon prepara los rámenes, mientras yo saco un poco de kimchi de la señora Jihye que me ha traído esta misma tarde, y nos sentamos a comer. Él me cuenta detalles sobre el rodaje, y yo le cuento los sitios que he visitado de Seúl esta semana.

Cuando terminamos de comer, nos sentamos en el sofá.

—¿Terminamos de ver la serie? —propone con una sonrisa.

—¿Cómo sabes que ya está a punto de acabar? No te he dicho el capítulo por el que voy —musito confundida.

—Porque ya la he visto. Normalmente suelo ver las series que protagonizan mis amigos —comenta divertido.

—¿Kim Soo-Hyun es tu amigo? —pregunto sorprendida.

—Sí. Es una gran persona. Si quieres algún día quedamos con él y lo conoces.

A veces me olvido de que Giwon es una celebridad, y como tal, conoce a muchas más celebridades.

—Está bien —resoplo—, veré el último capítulo. Pero no quiero que te rías de mi si lloro.

—Te lo prometo —contesta mirándome con ternura.

Con la tarrina de helado cerca de nosotros, vemos el último capítulo de la serie, y como era de esperar, lloro prácticamente todo el capítulo. Tanto lágrimas de tristeza como de alegría. Giwon posa su mano sobre la mía, y me acaricia el dorso para mostrarme su consuelo.

Cuando termina el capítulo, sonrío con lágrimas aún en los ojos.

—Soy una llorona, lo sé. Pero no puedo evitarlo.

—Yo creo que la persona que llora por algo ajeno, tiene un gran corazón. —Miro a Giwon y justo en ese momento se come una

cucharada de helado—. ¿Quieres un poco? —me ofrece.

—Vale.

Me acerca la cuchara con el helado, abro la boca, pero Giwon se hace la gracia y me mancha la nariz.

—¡Oye! —protesto, y él se ríe a carcajadas.

Me limpia la nariz con un poco de papel, y yo aprovecho para vengarme. Sin que se dé cuenta, meto la mano en el bote de helado, y le mancho la cara. Ahora la que se ríe soy yo.

—Vaya, vaya… así que tienes ganas de guerra, ¿no? —comenta desafiante.

Él hace lo mismo, mete la mano en el bote de helado y me vuelve a manchar la cara. Comenzamos un forcejeo entre risas, y sin darme cuenta, Giwon está encima de mí con la respiración agitada. Su boca está a escasos milímetros de la mía, manchada de chocolate. Nos miramos a los ojos durante varios segundos, unos segundos eternos. Entonces Giwon acerca su boca a la mía… y me besa. Una inmensa descarga eléctrica recorre cada centímetro de mi cuerpo. Es una sensación que nunca había sentido. Su boca encaja perfectamente con la mía, y el movimiento de sus labios es lento pero muy placentero. No quiero que se acabe.

Giwon es quien acaba el beso. Separa sus labios de los míos, y está avergonzado.

—Perdóname, María —musita mientras se quita de encima de mí y se incorpora.

Yo, que también estoy avergonzada, como una adolescente cuando le dan su primer beso, me he quedado sin palabras. No esperaba que Giwon me besara.

—Voy un momento al baño. —Es lo único que consigo decir.

Con paso ligero subo las escaleras y me encierro en el baño, me apoyo en la puerta y cierro los ojos. El corazón me va a mil. ¿De verdad me ha besado? Tras respirar profundamente varias veces, me lavo la cara para quitarme las manchas de chocolate. Cuando termino, me miro al espejo y, tocándome los labios, sonrío. Definitivamente Giwon me gusta. Me gusta por cómo es, y no por lo que es. Siento algo completamente distinto, y mi corazón me dice que él es la persona que tanto he ansiado encontrar. Al final la señora Jihye va a tener razón con lo que me dijo el primer día.

Antes de salir del baño, aprovecho para hacer pis, cambiarme el tampón y lavarme los dientes. Al bajar de nuevo, Giwon también se ha quitado todo el chocolate de la cara, y se ha encargado de limpiar lo que hemos ensuciado. ¿Se puede ser más adorable?

—Creo que me voy a ir a dormir —anuncio desde la entrada del salón.

Giwon se levanta del sofá y camina hacia mí.

—Sí, es muy tarde. Yo me marcho ya.

Camina hacia la puerta principal, pero le cojo de la mano y se para.

—No te vayas… —comento con un hilo de voz.

Giwon me mira a los ojos, su mirada es de sorpresa.

—¿De verdad? —Asiento, y él sonríe—. Está bien. Entonces dormiré en el sofá.

—No… Duerme conmigo, no quiero dormir sola.

Giwon se queda unos segundos en shock ante lo que le he pedido, pero finalmente, con una sonrisa llena de júbilo, me abraza con fuerza. Apoyo la cabeza en su pecho y nos quedamos así durante

varios segundos, sin decir nada… solo sintiéndonos el uno al otro con este abrazo. Oigo el latido de su corazón, que va a tan rápido como el mío, y eso me hace sonreír, porque él está tan nervioso como yo.

Nos deshacemos del abrazo, y, sin soltarnos de la mano, subimos hasta mi habitación. Me tumbo en el lado izquierdo de la cama mientras Giwon me observa sin decir nada, y le indico con la mano que se tumbe a mi lado.

—¿Te importa si duermo en ropa interior? —Noto algo de nerviosismo en su voz.

—No me importa. —Le sonrío con ternura.

Giwon se quita el jersey y los pantalones, y se acuesta a mi lado. Nos miramos a los ojos varios minutos, sin decir nada. Finalmente me acerco a él, le doy un leve beso en los labios, y me abrazo a él, apoyando la cabeza en su pecho.

—Buenas noches, Giwon —susurro.

—Buenas noches, María —responde a la vez que acaricia suavemente mi espalda.

El perfume de Giwon me inunda y me siento en paz. Y, escuchando el bombeo de su corazón, me quedo dormida.

Cuando me despierto por la mañana, Giwon tiene el brazo encima de mí y su boca está pegada a mi cuello. Sentir el roce de su aliento es maravilloso. Por primera vez en mi vida siento que estoy con la persona correcta, es como si hubiese encontrado por fin la última pieza del puzle. Ahora me doy cuenta de que los sentimientos que tenía por Adrián no eran los que yo creía. Me lo pasé muy bien con

él, fue un excelente amante en la cama y le quería, le quería mucho, pero realmente no estaba enamorada. Y con Álex, ahora sé que nunca me hubiese enamorado de él. Realmente este viaje me ha ayudado a darme cuenta de muchas cosas, y entre ellas que me encanta haber encontrado a Giwon.

Está tan plácidamente dormido que decido no despertarlo. Así que me levanto con cuidado para que no se despierte, salgo de la habitación y, tras pasar primero por el baño, decido preparar algo rico para desayunar.

32
Lee Gi-Won

Cuando me despierto, me siento completamente descansado. Hacía bastante tiempo que no dormía tan bien. Por un instante pienso que lo he soñado todo. Sentir sus labios suaves contra los míos, dormir juntos… Pero al mirar dónde estoy, sé que todo ha sido real. Estoy solo en la cama, María se habrá despertado antes y me ha dejado dormir. No puedo evitar sonreír como un tonto al pensar en lo que ocurrió la noche anterior. No suelo ser tan lanzado, pero con ella me comporto de una forma diferente, es como si algo me empujara a hacerlo… Y me alegro de haberlo hecho. Ahora sé que María siente lo mismo, y me siento muy feliz. Por primera vez en mucho tiempo no me siento solo.

Me levanto y, tras vestirme, hago la cama. Sonrío una vez la tengo hecha, porque en ese aspecto María y yo somos muy parecidos, nos gusta el orden y la limpieza. Cuando salgo de la habitación, oigo música que proviene de la planta de abajo, pero no está muy alta. Tras hacer una breve parada en el baño, bajo la escalera despacio. Quiero observar lo que hace sin que se dé cuenta.

María está cocinando algo mientras baila al son de la música, que es bastante movidita. El olor me indica que tiene que ser algo delicioso, y mi estomago ruge de hambre. Finalmente decido hacer acto de presencia, y, al verme, sonríe.

—¡Buenos días! ¿Te he despertado?

—No, tranquila. —Sonrío—. ¿Qué tal te encuentras hoy?

—Mucho mejor. Ya casi no me molesta. —Se toca la parte baja del vientre—. Estoy preparando tortitas, ¿te gustan las tortitas?

—Mucho —contesto. La miro y siento unas ganas incontrolables de abrazarla, pero me aguanto las ganas—. ¿Preparo algo?

—Puedes ir preparando los cafés, esto ya casi está.

Preparo un café para María, que lo quiere con leche, y para mí preparo un café solo. Una vez termina de hacer las tortitas, nos sentamos a desayunar. Durante el desayuno no comentamos nada de la noche anterior, en cambio hablamos de los gustos que tenemos en la música. Yo la escucho atentamente, y a la vez admiro lo bella que es, por fuera y por dentro. No tendrá un cuerpo delgado, pero a mí me parece que es preciosa de arriba a abajo.

No sé explicar por qué de repente siento que debo compartir con ella mi mayor secreto. Que debo enseñarle dónde he vivido toda mi infancia. Es un secreto que solo sabe mi representante, porque él fue quien me encontró y me dio una oportunidad en la música.

—¿Te apetece venir a un sitio conmigo?

—¿A dónde? —pregunta con curiosidad.

—Quiero enseñarte algo que forma parte de mi vida.

—¡Uy, qué misterioso! —se mofa, y sonrío—. Está bien, me doy una ducha rápida y nos vamos, ¿vale?

Asiento y María se levanta para recoger la mesa.

—Ya lo recojo yo, ve a ducharte.

María sonríe, y deja lo que llevaba en las manos. Se acerca a mí, y me da un suave beso en la boca que hace que tiemble todo mi ser.

—Eres un amor. Enseguida estoy de vuelta.

María sube corriendo las escaleras, y yo me quedo unos segundos inmóvil. Volver a sentir sus labios es algo que no me esperaba. Sonrío como un idiota, y me pongo a recoger lo que se ha ensuciado del desayuno.

Cuando dejo todo limpio, María aún no ha terminado. Así que lo que hago es hacer una llamada al dueño de un restaurante exclusivo que está a las afueras de Seúl. Tengo muy buena relación con él, y sé que me va a conceder lo que le voy a pedir.

Tras colgar la llamada, María baja por las escaleras vestida con unos vaqueros rectos, y un jersey con cuello asimétrico que enseña un solo hombro. Está preciosa. Tras ponerme mis zapatillas y María la suyas, que, cómo no, llevan algo brillante, salimos. Nos montamos en mi coche y conduzco hacia mi casa.

Cuando entro en el parking, María pregunta extrañada:

—¿Lo que me tienes que enseñar está en tu ático?

—No, solo voy a darme una ducha rápida y a cambiarme de ropa.

—Te podías haber duchado en mi casa, si hubieses querido…

La miro y respondo.

—Es que tengo la mala costumbre de ponerme calzoncillos limpios cuando me ducho.

Me aguanto la risa, y María, que enseguida se da cuenta de que he respondido lo mismo que me dijo ella el día que estuvo en mi casa, empieza a reír a carcajadas, y yo con ella.

—Reconozco que fui un poco borde con esa contestación —confiesa divertida.

—No fuiste borde, fuiste sincera. —Acerco la mano a su rostro y acaricio su mejilla—. Además, así ves a Miso, seguro que se alegra de verte.

Bajamos del coche y subimos a mi casa. Como bien le he dicho a María en el coche, Miso se alegra mucho de verla. Tanto, que hasta se olvida de mí, solo tiene ojos para ella.

—Oye, Miso, no me estarás haciendo la competencia, ¿no?

El gato me mira durante unos segundos, y, haciendo como que no me entiende, sigue restregándose en las piernas de María.

Los dejo a los dos en el salón, y yo me voy a la ducha. A los veinte minutos ya estoy listo, y, tras comprobar que Miso tiene comida y agua, volvemos al coche. Entrelazo mi mano con la de María, y conduzco hasta el barrio donde he crecido y he vivido hasta los dieciocho años. María se queda muy seria al ver dónde he parado el coche.

—¿Qué es esto? —pregunta con preocupación y sin entender nada.

—Este es el barrio de Guryong. Como puedes ver, no es precisamente un barrio de lujo.

—¿Aquí vive gente?

—Sí… todavía vive gente. Pero poco a poco se van marchando y otros pues… han fallecido. El gobierno tiene previsto en unos años que esto desaparezca definitivamente.

—¿Y por qué estamos aquí? —pregunta desconcertada.

—Yo he crecido aquí. Este fue mi barrio hasta los dieciocho años. En cuanto gané mi primer sueldo como cantante, le di el dinero a mis padres para que alquilaran algo mejor. —María se queda blanca ante mi revelación.

—¿Lo dices en serio? ¿Has crecido aquí? —Tiene la cara desencajada—. Y… ¿por qué? Me refiero a… —Intenta encontrar las palabras—… ¿Por qué tus padres tuvieron que vivir aquí? ¿Qué fue lo que ocurrió?

—Cuando se celebraron las olimpiadas en Seúl en el año 1988, se encareció todo muchísimo, y mis padres no pudieron afrontar el alquiler del piso donde vivían, y se tuvieron que mudar aquí, al igual que otras familias. Mi hermana y yo hemos crecido aquí, y hemos sido muy felices. Nunca nos ha faltado nada, y mis padres se han preocupado por nuestra educación para que tuviéramos una vida mejor que la suya. Íbamos a uno de los mejores colegios del distrito de Gangnam, y teníamos casi una hora de trayecto en autobús todos los días para ir y para volver. Pero sobre todo nunca nos faltó el amor de mis padres, en lo bueno y en lo malo éramos una familia, un equipo. Bueno, aún lo somos.

María, que me ha escuchado atentamente, pregunta:

—¿Y tus padres? ¿Viven en Seúl?

—No, ya no. Han vivido en el piso que alquilaron con mi primer sueldo, y que años después les compré, hasta hace un par de años. Ya están jubilados, y quisieron comprarse una casa en Busan. Quise pagársela yo, pero no me dejaron. Me dijeron que ya había hecho suficiente por ellos. —Sonrío con nostalgia al recordarlo—. Mi hermana se quedó con el piso, y ahora vive allí con su marido y mi sobrino de cuatro años. —María tiene los ojos vidriosos, esta emocionada y triste a la vez, y está intentando aguantar las lágrimas.

—¿Por qué ocultas tu verdadera historia? —pregunta extrañada.

—Mi representante, que fue quien me descubrió en su día como ya te conté, decidió ocultarlo porque, según él, no está bien visto que un idol haya salido de un barrio marginal.

—¡Eso es una gilipollez! —suelta con indignación—. Hay muchos artistas que han salido de barrios marginales. Jennifer López, por ejemplo.

—Lo sé. Pero aquí no está bien visto… Y menos de este barrio. Puedes ver tú misma el contraste. Solo separa este barrio de los grandes edificios de lujo una autopista. Esto ahora mismo es como el moho, sabes que está ahí y no es bonito. Y para que desaparezca definitivamente hay que arrancarlo de raíz. La gente que vive aquí es… como si no existiera.

María no puede ocultar la rabia que siente, me acerco a ella y la abrazo.

—No te puedes imaginar la sensación de impotencia que tengo ahora mismo —dice contra mi pecho—. No puedo entender que haya gente que viva así en los tiempos que estamos. Todo el mundo debería vivir dignamente, sea donde sea.

Miro a María, parece que mi abrazo la ha calmado un poco.

—¿Te apetece ver cuál era mi casa? Si aún sigue en pie, claro, llevo mucho tiempo sin venir por aquí.

María asiente. Cogidos de la mano, caminamos hasta la zona donde está la casa donde crecí. Aún sigue en pie, pero en muy mal estado. El techo está hundido, solo siguen en pie las paredes y la puerta. Miles de recuerdos me vienen a la mente y casi todos son felices. A lo lejos veo que se acerca un señor ya anciano. Según se

acerca más y más, recuerdo quién es, y, acercándome a él, le saludo.

—¿Señor Kang? —El anciano me mira extrañado, no me ha reconocido—. Soy yo, Giwon, Lee Giwon, ¿no se acuerda de mí? Usted y su esposa nos cuidaban a mi hermana y a mí algunos días, cuando mis padres iban a llegar tarde del trabajo.

El anciano abre mucho los ojos, se ha acordado de quien soy.

—¡Giwon! ¡Estás hecho todo un hombre! —dice con una sonrisa arrugada por la edad—. ¿Qué haces tú por aquí? ¡He oído que eres toda una celebridad!

—Sí, bueno… no me puedo quejar. He venido a recordar tiempos pasados. ¿Y usted? ¿Aún sigue viviendo aquí?

—No. Mis hijos me obligaron a irme a vivir con ellos cuando mi esposa murió. Y me dejan venir de vez en cuando a darme un paseo.

—Lo siento —digo apenado—. La señora Kang era una mujer excepcional.

—Gracias, hijo. Le hubiera gustado mucho verte. ¿Y esa chica ha venido contigo? —señala a María con la cabeza.

Ella nos mira sin entender nada ya que estamos hablando en coreano.

—Sí, es… una amiga.

—Pues tu cara dice otra cosa, muchacho.

Sonrío. El señor Kang siempre fue muy avispado.

—Bueno. Es que acabamos de empezar una relación, y creo que es pronto para decir que es mi novia —confieso.

—¡Ay, madre! La juventud de hoy en día, qué difíciles hacéis las cosas.

Me rio con ganas por su comentario.

—Señor Kang, me alegro de haberle visto, de verdad. Dé recuerdos a su familia de mi parte, y también de mi familia.

—Lo mismo te digo, muchacho. Y si esta chica y tú os gustáis, ¡dejaros de tonterías y formalizar la relación!

Tras darle las gracias por el consejo al señor Kang y despedirme de él, vuelvo con María.

—¿Lo conoces? —me pregunta ella.

—Sí. Fue nuestro vecino cuando vivíamos aquí. Nos cuidaban a mi hermana y a mí algunas tardes, cuando mis padres salían más tarde del trabajo. Me ha contado que ya no vive aquí, y ahora vive con sus hijos desde que su esposa falleció.

—Vaya… qué pena. Pobre hombre… Debe echarla mucho de menos —musita con tristeza.

María tiene una capacidad para empatizar con los demás que no había visto nunca. Esta parte de ella me encanta.

—Sí, la verdad es que sí —contesto—. La señora Kang fue muy buena con nosotros. Los dos lo fueron. Me alegro de haber visto al señor Kang.

María se acerca a mí y me aprieta la mano, y ese gesto hace que me sienta mejor. Recordar momentos tan especiales hace que no pueda evitar sentir un poco de tristeza.

Caminamos en silencio con nuestras manos entrelazadas hacia el coche. Y una vez llegamos a él, nos metemos dentro. Antes de arrancar, me giro hacia María para mirarla a los ojos.

—Quiero que sepas que he querido compartir esta parte de mi vida contigo porque quiero ser completamente sincero contigo, María. Me gustas, me gustas mucho y no quiero tener secretos. Algo me indica que puedo confiar en ti.

María traga saliva para reprimir las lágrimas que se van formando en sus ojos cautivadores. Tras tragar saliva un par de veces más, y aclararse la garganta, responde:

—Tú también me gustas y…

Se le quiebra la voz y comienza a llorar.

La abrazo con fuerza durante varios minutos, y, cuando noto que está más tranquila, le pregunto:

—¿Tienes miedo a las alturas? —María niega con la cabeza—. Bien. Pues el siguiente destino creo que te va a encantar.

Arranco el coche, y conduzco hacia uno de los lugares más populares de Seúl.

33
María

Dejamos el coche en una zona de aparcamiento. Al bajarnos y darme cuenta de hacia dónde nos dirigimos, no puedo reprimir la emoción.

—¡El teleférico! ¿Vamos a subir hasta la torre Namsan? —Giwon, con una gran sonrisa, asiente—. Pero aquí hay mucha gente… ¡Te van a reconocer!

—Tranquila, traigo mi kit de camuflaje.

Saca una gorra negra del bolsillo de la chaqueta, y se la pone de forma que le oculta un poco el rostro. Después se pone unas gafas de sol negras y no puedo evitar reírme. Me recuerda al método de camuflaje que se usaba en Los Sims cuando los personajes se convertían en celebridades.

—Espero que funcione —digo un poco escéptica.

—Funciona —comenta con seguridad—. Lo he utilizado más veces. A veces me gusta ser como los demás mortales.

Compramos la entrada como las demás personas y nos subimos al teleférico. La gente no se ha dado cuenta de nada. Algunos admiran las vistas, y otros se pasan el trayecto con los ojos cerrados por el vértigo. Y pienso… ¿para qué se suben entonces, si tienen miedo? Ya son ganas de pasarlo mal.

Al bajar, me quedo embobada mirando la torre Namsan. Es muy alta. Por lo visto, esta torre de telecomunicaciones tiene una altura de 236,7 metros. Giwon me coge de la mano y me lleva hacia unos de los miradores donde se puede ver toda la ciudad. Después, damos un paseo por los alrededores de la torre, y me fijo en la cantidad de candados que hay.

—Las parejas escriben sus iniciales en el candado, y lo dejan aquí como prueba de que su amor es para siempre —comenta Giwon mientras me agacho para ver algunos más de cerca.

Los hay de diferentes formas y colores. Algunos tienen las iniciales grabadas y otros escritas con un rotulador permanente.

—¿Crees que las parejas que han dejado su candado siguen juntas? —pregunto pensativa.

—No lo sé, pero creo que es una forma muy bonita de mostrar el amor que sientes hacia la otra persona —responde mientras me incorporo de nuevo.

Tras estar un rato más paseando, volvemos a coger el teleférico de vuelta a la ciudad. Nos montamos en el coche de nuevo, y conduce hasta las afueras de Seúl. Entonces paramos en un restaurante que está un poco escondido, pero el paisaje es impresionante. Parece que no hay nadie, porque no hay coches aparcados, pero un señor de mediana edad sale a recibirnos. Giwon lo saluda con una gran sonrisa y no entiendo nada de lo que hablan en coreano.

Seguimos al hombre y entramos en el restaurante. La decoración es exquisita, se nota que es un restaurante exclusivo. Nos acomodan en una de las mesas con vistas a un jardín precioso con infinidad de flores. Y tras decirle algo más a Giwon, se marcha y nos deja solos.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—Es un restaurante al que suelo venir a menudo, conozco al dueño y le he pedido un favor.

—¿Y ese favor consiste en…?

—Nada importante —responde con una sonrisa—. Quería invitarte a comer a un buen restaurante y estar tranquilos. Sin necesidad de gorras y gafas para ocultar mi identidad.

Le miro durante unos segundos con ternura.

—Me hace muy feliz estar aquí contigo. El sitio es maravilloso y seguro que la comida es alucinante. Si te digo la verdad, me siento como si fuera la protagonista de un drama coreano. —Giwon sonríe —. Pero no hacen falta tantos lujos para demostrarme lo que sientes. Estoy aquí contigo porque me gustas por cómo eres, no por lo que eres. Si hubieras sido un gilipollas, te puedo asegurar que por muy guapo y idol que seas, te hubiera mandado a freír espárragos.

—¿A freír espárragos? —Levanta una ceja, extrañado.

A este paso va a aprender conmigo todas las expresiones que decimos en España.

—Significa que te hubiera rechazado.

Él asiente. Puedo ver en su expresión cómo toma nota mentalmente de las expresiones y su significado.

—Por eso me gustas todavía más, María. Por primera vez he sentido que no se fijan en mí por lo que soy. Deseaba tener este momento para sincerarme contigo, y quería que fuera especial. Después de besarnos por primera vez anoche, lo supe. María… —Clava sus ojos en mí de esa manera que me vuelve loca—. Eres increíble. Eres empática, buena, divertida y generosa con los demás,

sin esperar nada a cambio. Te sale natural, y eso, por desgracia, hoy en día es difícil de encontrar.

Al confesarme esto, siento que también debo ser sincera con él. Él me ha contado su secreto, sobre criarse en el barrio más marginal de Seúl. Y me ha confesado abiertamente lo que siente por mí.

—Giwon… —Tomo aire—. Yo también debo ser sincera contigo. Quiero contarte qué fue lo que pasó en mi vida para que tomara la decisión de venir a Seúl.

Giwon se pone serio. El camarero nos interrumpe al traer agua y una botella de vino que nos da a probar. Damos el visto bueno, y nos vuelve a dejar solos.

—Está bien… te escucho —responde en tono suave mientras apoya la espalda en la silla para estar más cómodo.

Bebo un poco de vino y comienzo a hablar.

—Hace un par de años conocí a un chico… su nombre es Adrián. Necesitaba un abogado para que me representara en una demanda que tuve que poner a la empresa en la que trabajaba por despido improcedente, y lo contraté a él. Me gustó prácticamente desde el principio, y tenía la sospecha de que a él también le gustaba, pero no estaba segura. Pasado un año ganamos el juicio y me pidió una cita. A partir de ese momento, nos veíamos casi todos los fines de semana, y algún que otro día suelto entre semana. Cuando estábamos solos, todo era perfecto. Me demostraba lo mucho que le gustaba, y en el sexo nos entendíamos a la perfección. Pero cuando salíamos con sus amigos o coincidíamos con alguien que conocía, era solo una amiga… —Giwon aprieta la mandíbula—… Entonces decidí dejar de llamarle y escribirle. Y aproveché para mudarme de

ciudad, porque había recibido una buena indemnización en el juicio, y encontré un piso muy barato. Por su parte no recibí ni una llamada ni un mensaje hasta casi dos meses después. Al contarle el porqué de mi alejamiento, me pidió perdón y caí de nuevo en sus redes. Todo parecía que iba bien, incluso me llevó a París por sorpresa. —Sonrío con tristeza—. Pero después del viaje, todo cambio. Cada vez nos veíamos menos, y los mensajes y las llamadas eran prácticamente nulas. Siempre decía que tenía mucho trabajo. Pero un día me dijo que estaba con gripe y decidí ir a su casa…

Paro unos segundos. Recordar lo que ocurrió ese día aún me duele.

Giwon se pone a mi lado y me coge de las manos.

—No hace falta que me cuentes más. Puedo imaginarme lo que pasó.

Niego con la cabeza, y aguanto como puedo las lágrimas.

—Necesito contártelo… No soy la persona que crees. —Veo en sus ojos un atisbo de miedo y confusión. Y sin soltar mis manos, sigo—: Como bien habrás imaginado, estaba con otra chica… su novia; eso dijo ella. Adrián intentó que no me marchara porque quería explicarse, pero no quise escucharlo y me fui de allí con un disgusto enorme, sintiéndome una completa estúpida. Una vez en el coche, no pude reprimir las lágrimas y comencé a llorar sin parar. El llanto era tan grande que me vi obligada a detener el trayecto si no quería tener un accidente. Entonces llamé a mis amigas para pedirles ayuda, pero ninguna contestó… —Tomo aire de nuevo y Giwon me acaricia la mejilla. Le miro y sigo—: Ahora vas a entender por qué digo que no soy lo que crees… —Giwon deja de acariciarme, y me

mira desconcertado, pero no dice nada—. Entonces llamé a mi mejor amigo, Álex, que a la vez es el novio de mi amiga Tania. Enseguida contestó, y al percibir mi estado por teléfono, vino a buscarme. Como ya te conté el otro día, vivo lejos de todos ellos, así que me llevó a casa, y decidió quedarse conmigo a pasar la noche para cuidarme.

Aparecen dos camareros con el primer plato, y al ver que algo nos pasa se alejan sin decir nada, y nos vuelven a dejar solos. Aprovecho para beber un poco más de vino, y sigo:

—El caso es que Álex estaba mucho más atento a lo normal, siempre nos hemos llevado muy bien, pero esa noche su comportamiento era diferente. Cuando me fui a dormir, él se quedó en el sofá, pero a mitad de la noche me desperté llorando. A veces sufro de terrores nocturnos, y Álex, al oírme, no dudó en venir a abrazarme para consolarme. Entonces no sé qué pasó, pero nos besamos y acabamos haciendo el amor… varias veces. Y lo peor de todo es que lo hice siendo completamente consciente, y sin arrepentirme de ello. —Espero alguna reacción por parte de Giwon, pero no dice nada. Su rostro es serio—. Al día siguiente le dije que era mejor dejar las cosas como estaban, y tuvo que aceptar mi decisión. Aunque me hizo saber, antes de marcharse, que lo que sentía por mí nunca iba a cambiar. Después de ese día me aislé del mundo, lo único que pensaba era en la traición que le había hecho a mí amiga, a Tania. En solo unas horas había pasado de ser engañada, a ser una traidora. Y empecé a tener pensamientos negativos. Me odiaba por lo que había hecho. Por no sentir ni el más mínimo arrepentimiento de haberme acostado con el novio de mi

amiga, y plantearme empezar algo con él. Así que tomé la decisión de alejarme de todo, y venir a Seúl para intentar aclararme. —Giwon sigue serio, sin decir nada, y yo vuelvo a beber un trago de vino—. A las dos semanas de pasar esto, mis amigas, entre ellas Tania, fueron a buscarme a mi casa para llevarme de fiesta, ya que creían que mi depresión era por Adrián. Entonces Tania, una vez estuvimos solas, me confesó que sabía lo que había pasado entre Álex y yo. —Giwon abre los ojos como platos sorprendido, pero no dice nada—. Por lo visto estaba al corriente del enamoramiento que sentía Álex hacia mí desde el principio, y tomó la decisión de tener una relación abierta con él. Sabía que algún día entre él y yo pasaría algo. Solo me pidió una cosa… que no jugara con los sentimientos de Álex. Al día siguiente, después de comer todos juntos e informarles de mi viaje, Álex se ofreció a llevarme a casa, ya que mis amigas no me habían dejado coger mi coche el día anterior, y hablé con él. Le deje claro que Tania es el amor de su vida, y que estos tres meses nos ayudarían a aclararnos. Y volvimos a pasar la noche juntos…

Con miedo, espero a que Giwon diga algo, aunque sea para mandarme a la mierda.

—¿Estás enamorada de Álex? —pregunta muy serio, de repente.

—No. Le quiero mucho, muchísimo, pero no estoy enamorada. —Giwon asiente—. Como has podido comprobar, no soy la persona que tú crees. No soy buena persona. Una buena persona no traiciona a un amigo de esa manera y menos varias veces, aunque le haya dado su beneplácito. Y entenderé perfectamente que no quieras volver a saber nada de mí.

—¿Por qué crees que no quiero volver a saber de ti? —pregunta confundido.

—Obviamente por lo que te acabo de contar —afirmo.

—Obviamente, como tú dices, me has demostrado que eres como te he descrito antes.

—¿Pero tú has oído bien todo? —pregunto extrañada.

—Perfectamente —dice con seguridad—. Una mala persona no lo hubiese pasado tan mal por acostarse con el novio de su amiga. Una mala persona no renuncia a la posibilidad de ser feliz. Una mala persona no se sacrifica por otros, y tú lo has hecho, por ellos. —Me quedo con la boca abierta. No lo había analizado desde ese punto de vista—. Está claro que no está bien lo que hiciste, pero todo pasa por algo. Si no hubiese pasado esto, no hubieras viajado hasta aquí y no te hubiera conocido. A mí me basta con saber lo que te he preguntado antes, y ya me has respondido.

Me quedo alucinada mirándole durante unos segundos.

—¿Y cómo sabes que no te estoy mintiendo? ¿Y si en un futuro vuelvo a hacerlo?

—Porque lo veo en tus ojos y confío en ti —dice mientras me coge las manos de nuevo—. María, eres la persona que tanto tiempo he estado esperando, y el pasado me da igual. Lo que me importa es el presente. Y tú eres mi presente.

Emocionada por sus palabras, le abrazo con fuerza y rompo a llorar. No me creo que esto me esté pasando a mí.

—¿Alguna vez te han dicho que eres asquerosamente adorable? —musito con la cabeza apoyada en su pecho. Y Giwon ríe.

Después de tanta revelación, y más tranquilos, disfrutamos por fin del menú de degustación del restaurante. Todo está delicioso y la atención ha sido excelente.

Estamos a punto de salir del restaurante cuando recibo un mensaje de Paula.

«¿Dónde te has metido, petarda?».

Contesto:

«Estoy de picos pardos. ¿Por qué?¿Ha pasado algo?».

Paula responde enseguida:

«Quería que conocieras a Doyun, le he hablado mucho de ti y quiere conocerte».

Respondo al instante:

«¿Dónde estáis?».

Paula contesta en milésimas de segundo:

«En casa».

Interrumpo a Giwon un segundo, que está hablando con su amigo, el dueño del restaurante, y le pregunto cuánto tardamos en llegar a mi casa desde ahí. Giwon me informa del tiempo, y le envío un mensaje a Paula:

"Está bien. En 20 minutos estoy allí".

Nos despedimos del dueño del restaurante, y le damos las gracias por todo. Y una vez dentro del coche, le pido que ponga rumbo a mi casa.

34
Lee Gi-Won

Mi plan inicial no era volver a su casa esta noche. Tenía pensado que María se quedara a pasar la noche conmigo en mi casa. Pero tras hablar con Paula me ha pedido que la traiga aquí, y no me he podido negar.

Enfrente de la verja de acceso a la casa hay aparcado un Porsche 911 de color amarillo que me suena muchísimo. María abre la puerta principal, entro detrás de ella a su casa, y cuando veo quién está junto a Paula en el sofá, me quedo alucinado.

—¡¿Doyun?! ¿Qué haces tú aquí?

Mi amigo que también se ha quedado pasmado, responde tan sorprendido como yo:

—¿Y tú qué haces aquí?

María y Paula nos miran divertidas. Y esta última coge a María de la mano y se la lleva más cerca de Doyun.

—María este es Doyun. Doyun… está es María, de la que tanto te he hablado. Bueno, y creo que a Giwon ya lo conoces.

—Encantada de conocerte —responde María con una sonrisa.

—Lo mismo digo —dice Doyun.

Entonces acerca su cara a la de ella y la besa en una mejilla, y a continuación en la otra. Al verlo, entro en cólera, me acerco con grandes zancadas a mi amigo y le doy un empujón.

—¡¿Pero tú de qué vas, tío?! ¡¿Acaso te ha dado ella permiso para que la beses?!

María me coge del brazo.

—¡Tranquilo, Giwon! ¡Cálmate! No ha hecho nada malo.

La miro sin dar crédito a lo que oigo.

—¿¡Pero cómo puedes decir eso!? ¡Te ha besado sin permiso!

Me acaricia el brazo con ternura y contesta.

—En España nos saludamos así, con dos besos. Un beso en cada mejilla.

Se toca con el dedo una y después la otra.

—Sí —añade Paula con tranquilidad—. Y en Francia. Aunque allí son tres besos.

Me quedo blanco como la cera. No recordaba que en España se saludan así. He hecho un ridículo espantoso, y encima he empujado a un amigo.

—Tío, perdóname —musito arrepentido a Doyun.

—No pasa nada, hermano —responde con una sonrisa divertida, y me da una palmada en la espalda—. Con esto ya me has respondido a la pregunta de antes. Ahora entiendo por qué estabas tan raro el día que estuvimos ensayando juntos aquel reto para las redes sociales.

María y Paula se alejan de nosotros y se van a la cocina con la excusa de sacar algo para beber, pero realmente lo que van a hacer es ponerse al día entre cuchicheos.

—¡Menuda casualidad!, ¿no? —comenta Doyun divertido mientras se sienta en el sofá—. Me refiero a que estés saliendo con María,

que es amiga de Paula, la chica con la que salgo yo. Si lo hacemos aposta no nos sale tan bien.

—Bueno… —digo algo serio—. Aún no sé muy bien lo que somos. Nos hemos sincerado, ella sabe que me gusta y yo le gusto a ella… pero no sé todavía si es una relación o no.

Doyun se acerca a mí y me habla bajito para que las chicas no le oigan, aunque María no entiende el coreano, pero Paula sí. Además, ellas están a lo suyo, no creo que estén pendientes de lo que hablamos nosotros.

—¿Os habéis besado? —Asiento con la cabeza—. ¿Y ha habido algo más?

—No. He dormido con ella porque me lo pidió. Pero solo dormir. Hoy hemos estado todo el día juntos, y se me han pasado las horas volando. —Sonrío al recordar lo bien que hemos estado.

—Bueno. Lleváis poco tiempo. Cuando creas que es el momento, se lo preguntas. Así os conocéis mejor, no tengas prisa.

—Ese es el problema… —suspiro—, que no hay mucho tiempo.

—¿Por qué dices eso? —Doyun arruga la frente extrañado.

—Porque María solo va a estar aquí tres meses, y está a punto de cumplir uno. Quiero estar el máximo tiempo posible con ella, y no sé si ella quiere tener una relación a distancia. Tengo miedo de que me diga que solo es algo que va a durar hasta que se marche.

—Entiendo… —Doyun pone una mano en mi hombro—. Sigo pensando que es mejor que dejéis las cosas claras, que lo habléis. Así, por lo menos, ya sabes qué hacer. De todas formas… No sabía que te gustaran las chicas como María.

—¿A qué te refieres? —pregunto extrañado.

—Pues… —Hace un gesto que quiere decir que tiene más volumen.

—Es que no soy tan superficial como tú —espeto enfadado.

—¡No! No, a ver… Que María es muy guapa, pero sabes que no es una chica común. A mí también me da igual. Pero cuando se enteren los medios, vais a dar que hablar.

—Lo sé y me da igual. Estoy harto de que todo sea prefecto. Lo que quiero es ser feliz con quien me dé la gana.

—¡Amén!, hermano —contesta con una sonrisa—. Y yo te apoyaré siempre.

Doyun y yo chocamos las manos. La verdad es que me siento agradecido de tenerle como amigo. A pesar de que es diez años menor que yo, me ha demostrado una madurez que hoy en día es difícil de ver.

—¿Y lo tuyo con Paula va en serio? —le pregunto con curiosidad.

—Nos lo pasamos muy bien juntos, la verdad. No sé… el tiempo dirá lo que pasa con nosotros. No me gusta pensar en el futuro, me gusta vivir el presente —dice con esa chulería que le caracteriza.

Las chicas aparecen con unas cervezas y con algo para picar. Entre ello puedo reconocer el kimchi de la señora Jihye. Los cuatro pasamos un rato muy divertido, contando anécdotas y hablando de cosas interesantes. Y me doy cuenta de que María, aparte de ser bondadosa, empática y humilde, es muy inteligente, su nivel de cultura es impresionante.

Al darnos cuenta de la hora que es, Doyun y yo decidimos marcharnos, ya que Paula tiene que madrugar y él también. Me hubiese gustado dormir una noche más con María, pero al no decirme nada, tampoco se lo propongo yo. Nos despedimos de las

chicas, Doyun y yo nos despedimos con un abrazo, y después se marcha en su Porsche. Al montarme en mi coche, el perfume de María prevalece dentro del habitáculo y cierro los ojos. ¡Joder!, acabo de despedirme de ella y ya la estoy echando de menos.

Cuando llego a casa, tras dar unos mimos a Miso y darle unas chuches, me meto en la cama. Miso no tarda ni treinta segundos en tumbarse a mi lado. Cojo el móvil y le mando un mensaje a María:

«Buenas noches… Que duermas bien».

Enseguida obtengo una respuesta:

«Buenas noches, amor. Que sueñes con los angelitos. Espero verte pronto».

Sonrío como un idiota. Me ha llamado amor y desea verme pronto. Lo que no le he dicho es que tengo dos días libres. Pero no le cuento nada, así mañana le doy una sorpresa. Y le envío otro mensaje:

«Prefiero soñar contigo».

A los pocos segundos recibo otro mensaje con el emoticono de la cara con los corazones alrededor.

Dejo el móvil de nuevo en la mesita y apago la luz. Cierro los ojos y solo pienso en María. En su forma de mirarme, su sonrisa, su piel suave, sus labios… Deseo que pasen las horas rápido para poder estar con ella otra vez.

35
Lee Gi-Won

Me despierto a las siete de la mañana y me pongo a hacer mi rutina de ejercicios. Dos horas después, cuando estoy a punto de salir de casa, el conserje me entrega un sobre de parte de mi representante. Al abrirlo, veo que son los pases para el concierto benéfico de este domingo. Uno de ellos tengo claro que se lo voy a dar a María y los otros… no sé, depende de lo que haga mi hermana. Mis padres ya sé que no van a venir. Desde que se mudaron a Busan solo me acompañan cuando me nominan para algún premio. Así que para salir de dudas, llamo por teléfono a mi hermana y, a los dos tonos, contesta.

—¡Hola, hermanito! ¿Qué tal todo? —Parece que tiene un buen día.

—Bien. Ya hemos terminado de rodar la serie. ¿Y tú?

—¡Eso es genial! —dice con entusiasmo—. Pues yo acabo de venir de dejar a tu sobrino en el colegio, y en media hora me voy a clase de yoga.

—Te llamo para saber si vas a venir al concierto benéfico de este domingo. Ya tengo los pases.

—¿Es este domingo? —dice sorprendida.

—Sí.

—¡Joder! No me he acordado. Hermanito, me sabe mal no ir a verte, pero el sábado nos vamos a Busan a ver a mamá y papá. A

Seojun le han dado unos días de vacaciones y estaremos allí hasta el fin de semana próximo. ¡Pero te prometo que te veremos por televisión!

—No pasa nada, tranquila —respondo un poco apenado. Hace tiempo que no veo a mis padres y me encantaría poder estar con todos ellos unos días—. Da muchos besos a mamá y papá de mi parte, los echo mucho de menos.

—¿Por qué no te escapas un par de días y te reúnes con nosotros en Busan? Después del concierto, por supuesto.

—Chorong, sabes que no puedo… —musito.

—Giwon… Llevas muchos años siendo una celebridad, creo que ya es hora de que seas también el dueño de tu vida. Y que ese representante tuyo deje de organizarte la vida.

—No es solo por los contratos cerrados que ya tengo firmados…

Mi hermana se queda en silencio unos segundos. Se que su mente va a mil por hora en este momento, para averiguar por qué es.

—¿Es por la chica extranjera? —pregunta finalmente.

—Sí —contesto con un hilo de voz.

—¿Qué ha pasado al final con ella?

—Bueno… Dormí con ella la noche que te desperté. Pero no pasó nada. Bueno… Sí… la besé, ¡y fue increíble! —Sonrío al recordarlo.

—Giwon, tengo que confesarte algo. Pero primero prométeme que no te vas a enfadar. —Cuando mi hermana me dice esto, es porque me voy a enfadar seguro.

—A ver, habla —me espero cualquier cosa.

—El otro día, cuando llamé a mamá por teléfono para decirle lo de nuestra visita, me preguntó por ti y… le dije sin querer que te gusta

una chica.

—i¿Que hiciste qué?! —grito indignado.

—¡Me has prometido que no te vas a enfadar!

—Vale —resoplo—, no estoy enfadado —miento.

—Se me escapó porque quería saber si habías vuelto con Yuri —se excusa—. Como la prensa sigue diciendo que es posible que estéis juntos… Ya sabes que a mamá no le gusta. ¿Sabes cómo la llama? «La bruja de Gangnam». —No puedo evitar reírme—. El caso es que le dije que te gustaba una chica extranjera, para que se quedara más tranquila. Le hizo mucha ilusión oír eso, y dijo que ojalá algún día pueda conocer a la mujer que ha hecho que su hijo esté ilusionado.

—Mira que eres entrometida, hermana. Estoy todavía intentado empezar una relación con María y has hecho que mamá se ilusione. ¿Y si no funciona?

—Hermanito, te voy a decir una cosa… Desde hace mucho tiempo que no te he visto con tanta vida como ahora. Y esa chica tiene algo que ver, lo sé. Me di cuenta el día que estuviste en mi casa. Y que me llamaras el otro día para preguntar lo de la menstruación, eso ya fue el remate. Yo solo te digo que, si te animas a ir a Busan, ven con ella. Estaremos encantados de conocerla.

La verdad es que no me disgusta el plan. Me apetece mucho ver a mis padres, y compartir con ellos lo feliz que me siento gracias a María… Pero creo que Seong Ji-hoo no me va a permitir ausentarme de los compromisos ya firmados. Aunque lo que más me importa es la reacción de María. Si le digo que le voy a presentar a mi familia, lo más probable es que se asuste o se sienta agobiada.

—Está bien, hermana. Si me animo, te lo haré saber. Ahora te dejo, que voy a ir a ver a María.

—¡Vaya, vaya! Qué calladito te lo tenías… —dice burlona—. ¿Puedo saber a dónde la vas a llevar? —pregunta curiosa.

—¡Pues no, ¡chismosa! —Me río—. Da un beso muy fuerte a mamá y a papá. Y tened cuidado en el viaje, ¿vale? Te quiero, hermanita.

—Y yo a ti, hermanito. ¡Y piensa en lo que te he dicho!

Cuelgo la llamada. No puedo evitar sonreír ante las ocurrencias de mi hermana. Cojo las llaves del coche y salgo de casa.

Conduzco hasta el barrio donde vive María escuchando la canción Sin miedo a nada. La canción que cantaba María el día que fui a su casa para invitarla a cenar. La busqué en Spotify y la añadí a mi playlist. Desde entonces la he estado escuchando una y otra vez en mis ratos libres porque me recuerda a ella.

Al llegar, llamo al timbre, pero no contesta nadie. Vuelvo a llamar otra vez y nada. Nervioso por no saber dónde está, decido llamarla por teléfono. Al segundo tono me contesta.

—¡Hola! —contesta en tono jovial.

—¿Dónde estás? Estoy llamando a tu casa, pero no contestas.

—¡Oh! Vale. Espera…

Espero como me ha pedido y a los treinta segundos la veo salir de la casa de la señora Jihye con una sonrisa de oreja a oreja. La señora Jihye está detrás de ella con su sonrisa permanente. Camino hacia ellas, pero María corre hacia mí y me abraza con fuerza.

—Creí que hoy no nos íbamos a ver. Por eso estaba con la señora Jihye. ¿Por qué siempre vienes por sorpresa? ¡Estoy hecha un desastre!

—Estás preciosa de cualquier manera. —Le coloco un mechón detrás de la oreja con mimo mientras me pierdo en sus ojos cautivadores.

María sonríe con timidez, y la señora Jihye, que nos ha estado observando, comenta:

—Hacéis una pareja preciosa.

María y yo nos miramos y sonreímos.

Nos despedimos de la señora Jihye, no sin antes ofrecerle que nos acompañe a desayunar. Ella declina la oferta y nos desea que pasemos un bonito día. María se ducha y se arregla en tiempo récord, y la llevo a un sitio que creo que no se espera que esté en Seúl.

Cuando llegamos y lo ve, se queda alucinada. Me encanta ver su cara cuando la sorprendo. Esta vez inmortalizo el momento haciéndole una foto.

—¡Dime que no estoy soñando! ¿De verdad estoy enfrente de una autentica churrería española, aquí en Seúl?

—Así es —confirmo sin dejar de sonreír—. Y el sitio es muy popular, como puedes ver. Leí que los churros es algo muy típico en España. Y como me han hablado de este sitio varias veces, he decidido venir contigo.

María, emocionada, me da las gracias con un breve abrazo, y después esperamos en la cola nuestro turno. Cuando entramos, pedimos los famosos churros con chocolate, y a mí, que no los había probado nunca, me resultan deliciosos.

Después la llevo a ver la Lotte World Tower. Sé que se moría de ganas de ver por dentro este enorme rascacielos, y subir hasta lo más alto para ver las impresionantes vistas de Seúl. Yo disfruto tanto como ella, pero sobre todo porque estoy con ella. Me encanta verla disfrutar e inmortalizo a través de las fotos cada momento con ella. No puedo dejar de mirarla, y entonces me doy cuenta de que ella es lo que quiero. No sé si es pronto para decirlo, pero creo que estoy enamorado de María.

Después, damos un paseo por el centro comercial que hay en la misma torre, cogidos de la mano. La gente nos mira, pero me da igual, estoy orgulloso de la persona a la que he entregado mi corazón. Me da igual que pese cincuenta kilos más que yo o los kilos que sean. Yo veo a la mujer más bonita que he visto jamás.

Dejo a María un momento sola en una de las tiendas, está decidiendo qué comprar a sus amigas de España, y yo aprovecho para ir a Piaget a comprar una joya que sea igual de bonita que ella.

Cuando me reúno con ella de nuevo, está a punto de pagar todo lo que lleva. Intento evitar que lo haga y pagárselo todo yo, pero María no me lo permite de ninguna de las maneras. Termina saliéndose con la suya y, cuando lo paga todo, salimos de la tienda.

Cansados de pasear y visitar las diferentes tiendas del centro comercial, propongo a María ir a mi casa y ella acepta.

En cuanto entramos en mi ático, Miso nos recibe con alegría. Maúlla y se restriega por las piernas de María, y también en las mías. Decidimos ver una película y dejo que elija la que quiera. Nos acomodamos en el sofá, paso el brazo por los hombros de María y la

acerco a mí. Cuando nos queremos dar cuenta, nos quedamos dormidos en esa postura.

Me despierto y me doy cuenta de que la película ha terminado. Fuera ya es de noche, y mi estomago ruge de hambre. No hemos comido nada desde por la mañana. Entonces María se despierta también y se incorpora.

—Creo que debería irme a casa —comenta con voz somnolienta.

No quiero que se vaya. Entonces la miro a los ojos y le pido:

—Quédate conmigo esta noche, por favor.

36
María

Cuando Giwon me pide que me quede a pasar la noche con él, mi corazón se llena de júbilo. Deseo pasar con él el máximo tiempo posible. Me siento muy a gusto a su lado, y estoy conociendo a un Giwon que jamás pensé que sería así. Cada minuto que paso con él me gusta más, y quiero aprovechar todo este tiempo que me queda en Seúl a su lado. Está esperando mi respuesta, así que sonrío y me acerco a él.

—Por supuesto. Me quedo contigo —musito dejando mi boca a escasos milímetros de la suya.

Giwon me mira intensamente durante unos segundos y mi corazón late con fuerza. Deseo que pase algo más entre nosotros, pero una parte de mí me frena. Me da miedo que todo desaparezca cuando vea mi cuerpo desnudo. Es cierto que ya me ha visto en ropa interior, cuando me trajo la primera vez aquí, pero… ¿Y si se arrepiente? ¿Y si no le termino de gustar?

Mi estómago ruge de hambre y me saca de mis pensamientos, así que aprovecho para calmar esta tensión que hay entre nosotros.

—¿Tienes hambre? —digo, separándome.

—Sí. Hace un momento mi estómago también me ha avisado. —Se ríe—. Pidamos algo de comida.

Decidimos pedir sushi, y tras una breve discusión sobre quién paga, termino ganando yo. Que tenga dinero no significa que lo

tenga que pagar todo él. Me da igual el dinero que tenga y los protocolos que tengan en este país con los estatus sociales, quiero invitarle y punto.

Mientras esperamos a que venga la comida, cojo el móvil y escribo a Paula para avisar de que no voy a dormir en casa. Pero se me ha adelantado, abro el mensaje que tengo de ella y lo leo:

«Al llegar del trabajo y ver que no estabas, me he imaginado con quién estás (emoji de carita con sonrisa pícara). Y después la señora Jihye me lo ha confirmado. Pásatelo muy bien. Si no vas a venir a dormir, avísame, porfi. ¡Te quiero, petarda!».

«P.D: Recuerda que antes de llover, chispea… (varios emojis riéndose)».

Sin poder evitarlo, me río a carcajadas. Paula parece muy happy flower, pero a veces tiene unas salidas… Giwon, al verme reír así, me mira confundido.

—¿Puedo saber qué es lo que te ha hecho tanta gracia?

—Nada… —contesto—. Paula, que es muy graciosa.

Sé que le gustaría saber qué es eso tan gracioso que me ha dicho, pero lo deja estar. Y contesto rápidamente a Paula:

«¡Buenas noches, petarda! Te aviso de que me voy a quedar a dormir en el ático de Giwon. Si necesitas algo, no dudes en llamarme, ¡sea la hora que sea! Y… muchas gracias por el consejo (emoji riéndose). ¡Te quiero, petarda!».

Termino el mensaje con el emoji que guiña un ojo y lanza un beso.

Miro a Giwon, que está mirando su móvil concentrado, y sonrío. Está muy guapo, así que activo la cámara del móvil y le hago una

foto. Hoy nos hemos hecho muchas fotos juntos, pero nunca son suficientes.

La comida llega a la hora prevista y nos ponemos a cenar. Disfruto muchísimo con el sushi porque es el mejor que he probado con diferencia. En España hay sitios con muy buen sushi, pero creo que este les gana a todos. Si este está bueno, y es Corea del Sur, no me quiero imaginar cómo debe de estar en Japón.

Cuando terminamos de cenar, miro con más detalle las estanterías que tiene en el salón. Tiene un montón de libros y mucha música. Entonces me doy cuenta de que a Giwon le van los videojuegos, porque una de ellas está repleta de juegos para la Nintendo Switch.

—¿Te gusta jugar a los videojuegos? —pregunto con curiosidad.

—A veces juego, en mi tiempo libre. Pero últimamente no juego mucho. ¿Tú sabes jugar?

—No mucho —miento.

—Si quieres podemos jugar un rato al Mario Kart, es sencillo.

—Vale. —Sigo con la farsa—. Pero no te rías de mí, por favor. Alguna vez he jugado a algún juego, y soy pésima en ellos. —Finjo dar pena.

—Tranquila, no se lo contaré a nadie. —Él sonríe divertido y yo me aguanto la risa. Cuando se dé cuenta que soy una máquina jugando a los videojuegos…

Giwon conecta la consola a la televisión e introduce el pequeño cartucho del juego en la consola. Me da uno de los mandos, llamados joy-cons, y me explica cómo jugar. Yo finjo que le escucho, porque en lo que realmente me concentro es en su boca y en sus labios perfectos que me muero por besar. Giwon me saca del trance

cuando me pide que elija un personaje. Elijo a la princesa Peach y el elige a Mario. Y tras seleccionar el vehículo con el que competir y personalizarlo, comienza la carrera. Saco toda mi destreza y en cuestión de segundos voy en segundo puesto, detrás de Giwon. Cuando en una de las cajas sorpresa que hay disponibles en el circuito obtengo una bomba, no dudo en utilizarla contra Giwon y me pongo en cabeza.

—¡Pero bueno! —protesta—. ¡Me has mentido! ¡Tú sabes jugar!

Se me escapa una risita maligna, pero no le quito ojo a la pantalla, ya que tengo a Giwon detrás y a punto de volver a adelantarme.

Tras una lucha por el primer puesto en diferentes circuitos, finalmente soy yo la que gano el torneo. Celebro mi victoria cantando We are the Champions y dando saltos y gesticulando con los brazos. Miso, que se ha pasado todo el tiempo subido a su árbol gigante, me mira con los ojos muy abiertos. Y Giwon me mira serio desde el sofá, pero me doy cuenta de que lo está fingiendo; en el fondo le divierte verme así.

—Me has engañado. —Se levanta y se acerca a mí con mirada peligrosa—. Y eso tiene consecuencias.

—¿Ah, sí…? —Su rostro está a escasos milímetros del mío—. ¿Y qué me va a pasar? —le desafío.

Giwon sonríe de forma maliciosa y de pronto comienza a hacerme cosquillas. Muerta de la risa, consigo zafarme, pero se las ingenia para atraparme y seguir con la tortura. Le pido que pare entre risas y Giwon para, no sin antes hacerme unas cuantas cosquillas más. Estoy tirada en el suelo con Giwon encima. Mi respiración está un poco acelerada por el momento, y la de Giwon también. Nos

miramos mientras recuperamos el aliento. Entonces Giwon se inclina hacia a mí y me besa. No es un beso como los que nos hemos dado hasta ahora, es un beso apasionado en el cual su lengua busca la mía y yo se la ofrezco.

Estamos así durante varios minutos, acariciándonos y besándonos. Giwon pasa sus manos por mi espalda hasta bajar a mi culo y lo aprieta pegándome más contra él. Noto su excitación, y automáticamente siento cómo mi centro arde. Quiero ir a más con él, y me atrevo a acariciar su torso firme por debajo de la camiseta, pero mi miedo al rechazo cuando vea mi cuerpo desnudo, hace acto de presencia y me obliga a parar.

—Lo siento… pero no puedo —musito dejando de besarle.

La mirada de Giwon pasa de la lujuria al desconcierto, y, pasando con dulzura el dorso de sus dedos por mi mejilla, contesta:

—Tranquila. No pasa nada.

Acerca su boca de nuevo para darme un beso breve en los labios, pero con mucha ternura.

Nos levantamos del suelo, Giwon me coge de la mano y me lleva a su habitación. Entra un momento en el vestidor y saca la camiseta que me prestó el día que me salvó de aquel pervertido.

—Supongo que querrás estar más cómoda para dormir. —Me la ofrece—. Y en el baño está el cepillo de dientes que utilizaste.

Cojo la camiseta y la abrazo. Después le miro a él.

—Gracias, de verdad —digo emocionada. No solo por la camiseta, por ser tan compresivo conmigo.

Giwon me sonríe y acto seguido entro en el baño para quitarme la ropa que llevo, y me pongo la camiseta. Me lavo los dientes y veo

que hay toallitas desmaquillantes, así que cojo una y me quito el maquillaje. Cuando salgo del baño, Giwon está mirando al techo metido en la cama. Al verme, sonríe y me indica que me tumbe a su lado. Hago lo que me pide, y, una vez a su lado, me abrazo a él, y tras darnos las buenas noches me quedo dormida escuchando el latido de su corazón.

Al día siguiente por la mañana, al despertarme, Giwon no está a mi lado, pero Miso sí. Le acaricio con cariño dándole los buenos días y salgo de la habitación en busca de Giwon. En la planta de abajo no está, así que decido subir por primera vez a la planta de arriba. Nada más subir, veo un montón de máquinas para hacer ejercicio y en una de ellas está Giwon. Me acerco a él, y automáticamente deja lo que está haciendo para darme los buenos días con un beso que me quita el aliento.

Tras el beso, aprovecha para enseñarme el resto de las estancias en esa planta. Una de ellas es un despacho con un escritorio grande y una silla de oficina muy cómoda. Y la otra es otra habitación con un baño enorme en el cual tiene una bañera de hidromasaje.

Giwon termina de hacer su rutina de ejercicios mientras yo admiro cada centímetro de su cuerpo. Está muy sexy y me siento una completa idiota al pensar en la noche anterior. ¡Estúpidos complejos! ¿Cómo he podido rechazar semejante monumento?

Una vez Giwon termina el ejercicio y se da una ducha, desayunamos juntos.

—Por cierto, el domingo hay un concierto benéfico y van a actuar muchos cantantes y grupos, entre ellos… yo. —Sonríe al señalarse

divertido—. Me gustaría mucho que estuvieras allí. —Saca unos pases de color negro con las letras en color dorado en las que pone «Vip» y otras cosas más en coreano—. Díselo a Paula, a Marc y a Jeong Hyeok. Con estos pases podréis ver el concierto en un sitio privilegiado, y también podréis acceder al backstage.

Miro los pases maravillada y sonrío. Me hace mucha ilusión verle cantar en directo.

—¡Allí estaremos! Muchas gracias. —Y le abrazo.

Pasamos el resto del tiempo en su casa, conociéndonos y hablando en profundidad de nuestras vidas. Me siento tan a gusto con él, que pierdo la noción del tiempo. Y en cuanto cae la noche, llega la hora de llevarme a casa. Giwon tiene que volver al trabajo al día siguiente, y le esperan largas jornadas de ensayo para el día del concierto. Así que muy a su pesar y al mío, no nos veremos hasta el domingo.

De camino a mi casa, hace una parada en el río Han para que vea el espectáculo de luces y música que hacen con regularidad en esta época. Y resulta ser un momento muy romántico y espectacular.

Cuando llegamos a mi casa, nos despedimos a regañadientes, no sin antes decirle lo bien que me lo he pasado estos días con él. Y tras darnos un beso lleno de ternura, Giwon se marcha, y con tristeza entro en casa.

37
María

No poder ver a Giwon se me hace muy cuesta arriba. Sé que tiene que ser así y no me queda otra que aceptarlo. Me quedan menos de dos meses para volver a España, y me gustaría pasar el máximo tiempo con él. Por lo menos estamos en contacto a través de mensajes y alguna llamada que otra.

Estos días he aprovechado para conocer más cosas de Seúl, y también he decidido hablar con Álex para contarle lo que siento por Giwon. Siento que debe ser el primero al que se lo debo contar.

Álex, después de escucharme atentamente sobre lo que siento, y el miedo que tengo a tener intimidad con Giwon, me aconseja:

—Escucha a tu corazón, María. Debes volver a confiar en ti misma, en lo bonita que eres. Por lo que me cuentas, él ha visto lo mismo que yo vi en ti la primera vez que te conocí. Dale la oportunidad de amarte en todos los sentidos. Olvídate del pasado. Lo que pasó entre tú y yo fue algo maravilloso, y es algo que nada ni nadie nos va a poder quitar. De verdad, te lo digo en serio, no te sientas mal por encontrar por fin a la persona que te hace vibrar en todos los sentidos. Disfruta al cien por cien.

Sus palabras me llegan al corazón. Álex me quiere y sé que quiere que sea feliz.

—Muchas gracias, Álex, de verdad… —le digo emocionada—. ¿Cómo os va a Tania y a ti?

—Nos va muy bien. Cuando te marchaste, tuvimos una conversación y decidimos empezar de cero. —Toma aire—. Llevabas razón, María, Tania es la mujer de mi vida y había olvidado lo enamorado que estoy de ella. Me obsesioné contigo, y los dos opinamos que fue necesario que entre tú y yo… bueno, ya sabes.

—Me alegro un montón, de verdad. ¿Sabes que nunca voy a dejar de quererte, verdad?

—Lo sé, ni yo a ti. Tania y tú sois lo más importante que tengo ahora mismo en la vida. Y siempre estaré a tu lado para lo que necesites.

No puedo evitar que las lágrimas recorran mis mejillas ante sus palabras. Mi conversación con Álex hace que me dé cuenta de que debo dejar mis miedos atrás y vivir el presente. Y ahora mi presente es Giwon.

Me despido de Álex y le pido que no le cuente nada a las chicas, y él me da su palabra. Quiero esperar un poco más para contárselo a mis amigas. Después, cuando Paula vuelve del trabajo, la pongo al día de mi conversación con Álex.

—Te ha dicho prácticamente lo mismo que Marc y yo te dijimos el otro día. Déjate llevar y olvídate ya del físico. Si Giwon está contigo es porque le gustas en todos los sentidos.

—¿Y si después de acostarnos se da cuenta que no es lo que pensaba y se acaba todo? —pregunto con preocupación. Y Paula suspira.

—No te puedo garantizar nada porque no conozco mucho a Giwon. Pero Doyun sí que lo conoce más, y me ha hablado muy bien de él. ¡Te adora, María! Y no creo que sea de ese tipo de chicos que una

vez se llevan a la cama a alguien la dan una patada. De todas formas, insisto en lo mismo: disfruta, y lo que tenga que ser, será.

Me quedo unos minutos en silencio, sopesando los pros y los contras, y finalmente respondo:

—Está bien. Me voy a dejar llevar.

Paula, feliz por mi decisión, me abraza.

—Vamos a hacer una cosa —me dice cuando se separa—. Mañana nos vamos a ir Marc, tú y yo a que nos mimen, y nos pongan guapas, a un centro de belleza. Y el domingo nos vamos a encargar de que estés espectacular, para que Giwon se quede con la boca abierta al verte. Y después, cuando estéis a solas, le demuestras lo que sabes hacer. —Paula sonríe con picardía y no puedo evitar reírme.

—Vale —respondo divertida.

—Bien. Pues tú escribe a Marc, para que no haga planes para mañana por la mañana, que yo me encargo de reservar la cita en el centro de belleza.

38
Lee Gi-Won

Ya solo quedan menos de veinticuatro horas para ver a María. No puedo evitar contar el tiempo que falta. Se me está haciendo eterno, creí que no iba a ser tan duro, pero lo es. Esto me hace pensar en el momento en el que tenga que volver a España. Si lo estoy pasando mal ahora, que solo llevamos tres días separados… ¿Qué va a ser de mi cuando nos separen 11.000 kilómetros de distancia? Lo único que me ayuda a sobrellevarlo son los mensajes y las llamadas.

Ya he terminado los ensayos por hoy, y estoy a punto de marcharme cuando Seong Jihoo se cruza en mi camino.

—¿Ya has terminado? —Su semblante es serio. Me resulta raro, ya que Seong Jihoo normalmente suele estar de buen humor, por lo menos conmigo.

—Sí —suspiro—. Estoy agotado. Me voy a dar una ducha y me voy a meter en la cama. Mañana quiero estar al cien por cien en el concierto.

—Acompáñame un momento a mi despacho. Quiero mostrarte algo.

Dudo un momento. No tengo ganas de volver a discutir lo mismo de siempre, la relación con Yuri, pero aun así le sigo. Cuando entro, cierra la puerta y me invita a sentarme en uno de los sillones negros que hay enfrente de su gran mesa de cristal.

—¿Te apetece beber algo? —me ofrece. Yo niego con la cabeza, y él se sirve un whisky con hielo de la bandeja con bebidas que tiene en un lateral del despacho. Después se sienta frente a mí, al otro lado de la imponente mesa—. ¿Tienes algo que contarme? —su pregunta me deja desconcertado.

—No, que yo sepa.

Seong Jihoo da un trago a su copa, y a continuación saca unas fotos de un sobre de color beige y me las entrega.

—Ese eres tú, ¿verdad?

Miro las fotos y veo que somos María y yo cogidos de la mano. Por lo que puedo ver, las fotos nos las han hecho cuando paseábamos por el centro comercial de la Lotte World Tower, y en todas ellas se nos ve con actitud cariñosa. Tomo aire y miro a mi representante.

—Sí, soy yo.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —Su tono algo más agresivo.

—Aún es pronto para anunciar nada —digo con el semblante serio.

—¡Tú estás loco, Giwon! —Sube el tono de voz—. ¿Cómo se te ocurre mostrarte así en público con una chica como ella?

—¿A qué te refieres con lo de «una chica como ella»? —Entrecierro los ojos con enfado, porque creo que sé a lo que se refiere.

—¡Pues a que está gorda! ¡¿O es que no lo ves?! —Señala una de las fotos que previamente he dejado encima de la mesa—. ¡Y encima extranjera! —Aprieto la mandíbula y cierro los puños de la rabia que siento. Me dan ganas de saltar por encima de la mesa y darle un puñetazo para que cierre esa bocaza. Pero respiro hondo e intento aguantarme—. Si por lo menos tuviera buen cuerpo, lo de ser extranjera hubiese sido lo de menos. Menos mal que un buen

amigo de la revista Idols me ha llamado antes, para informarme de las fotos. Y me ha hecho el favor de paralizar cualquier publicación sobre el tema. Si no, mañana hubiesen salido publicadas y no se hablaría de otra cosa. Y sobra decir que tu reputación se vería muy afectada.

Cierro los ojos, y, sin poder reprimirme más, exploto:

—¡Me da igual! —grito completamente furioso—. ¡Estoy harto! —Me levanto del sillón de manera brusca, tanto que el sillón se cae para atrás. Apoyo las manos en la mesa y, mirándole con rabia, afirmo—: María es la mejor persona que he conocido y quiero estar con ella. ¡Me da igual su físico! Y no pienso ocultarlo, porque ella es la mujer de mi vida, ¿queda claro? Que sea la última vez que vuelves a decir algo ofensivo de ella.

Seong Jihoo se queda asombrado por mi arrebato de ira. Nunca me había puesto así con él… ni con nadie.

—Está bien, chico, cálmate. —Veo un poco de desconcierto en sus ojos—. Solo quiero que no te precipites. Tendrás que conocerla más…

—Ya la conozco lo suficiente —digo en tono cortante.

—Está bien, vale. —Levanta las manos—. Por ahora vamos a ver cómo evoluciona lo vuestro. Mantendremos a la prensa alejada, y si en un par de meses sigue todo igual de bien, hacemos un comunicado. ¿Te parece bien?

Me quedo pensativo durante unos minutos. La verdad es que ese tiempo nos va a venir bien para asentarnos como pareja, y para que se prepare para el acoso mediático.

—Me parece bien —respondo algo más calmado.

—Bien… Ahora ve a descansar. Mañana tienes que darlo todo en el escenario. —Mi representante sonríe, pero se nota a la legua que su sonrisa es forzada.

Me doy la vuelta y salgo del despacho sin despedirme. Estoy harto de tener que dar explicaciones, y como me dijo mi hermana el otro día: de que me digan cómo llevar mi vida. Me monto en el coche y cierro los ojos durante varios minutos, mientras respiro profundamente varias veces para calmar los nervios que aún tengo. Poco a poco me estabilizo, pero ahora lo que necesito es a María. Necesito abrazarla y hundirme en su pelo, mientras aspiro su aroma. Pero si voy a verla, se va a dar cuenta de que me pasa algo, y no quiero preocuparla. Así que lo que hago es escribirle un mensaje.

«Acabo de terminar de ensayar las coreografías para mañana y me voy a casa a descansar. Estoy contando las horas, los minutos y los segundos para volver a verte. No te imaginas cuánto te echo de menos. En cuanto llegues mañana al estadio, avísame, por favor».

Me pienso un instante si añadir al mensaje que la quiero, pero finalmente lo envío tal cual. Arranco el coche, pongo rumbo a mi ático y rezo porque las horas que faltan pasen deprisa.

39
María

Hoy es el concierto benéfico y por fin voy a ver a Giwon después de cuatro días. Estoy emocionada a la par que nerviosa por verle actuar. Paula y Marc se han encargado de elegirme el outfit para impresionarle, y ahora el color de mi pelo luce diferente. Está más brillante y luminoso gracias a lo que me hicieron en el centro de belleza al que me llevaron ayer. La verdad es que me veo mucho mejor, y estoy deseando ver la cara que pone Giwon cuando me vea.

Llegamos al estadio donde se va a celebrar el concierto media hora antes de que empiece. Con nuestros pases vip entramos sin problema, y una persona de la organización nos guía a Paula, Marc, Jeong Hyeok y a mí hasta una sala en la que hay sillones cómodos de diversos colores, mesas altas, una gran barra donde sirven las bebidas y cócteles, y al fondo veo un par de mesas repletas de comida para que cada uno se sirva lo que quiera.

En la sala vip reconozco a mucha gente famosa. Hay varios actores y actrices coreanos muy famosos, entre ellos puedo reconocer a Kang Yuri, la coprotagonista de Giwon en mi k-drama favorito. En persona es una autentica belleza. Y también reconozco al protagonista de El juego del calamar, Lee Jung-Jae. A este último me dan ganas de ir a decirle lo mucho que me gusta la serie y que estoy deseando ver la segunda temporada, pero no lo hago. Porque como siempre me pasa, pienso que le voy a molestar, ya que está

hablando animadamente con otras personas, y no me acerco. Paula, Marc y Jeong Hyeok están entusiasmados por la cantidad de celebridades que hay, y como yo no conozco a la gran mayoría, ellos se encargan de decirme quiénes son algunos de ellos. Hay políticos, empresarios y algún que otro deportista.

Tras este momento de alucinar por la presencia de tanto famoso, escribo un mensaje a Giwon para avisarle de que he llegado, como me pidió anoche, a través de un mensaje.

«Acabamos de llegar, estamos en la sala vip. ¡Madre mía! ¡No sabía que iba a ver tanta gente importante!».

A los pocos segundos recibo la respuesta de Giwon:

«La única persona importante para mí eres tú. Quiero verte. Por favor ven al backstage y trae a Paula contigo, Doyun quiere verla».

Sonrío al leer el mensaje, y miro a Paula, que está haciéndose un selfie para sus redes sociales.

—Tenemos que ir al backstage un momento —le ordeno.

—¿Para qué? —pregunta Paula confundida.

—Giwon me ha pedido que te lleve conmigo. Doyun quiere verte —confieso.

—¿Y por qué? —pregunta aún más confundida. Y yo me encojo de hombros.

—No lo sé —contesto. Pero creo que sí lo sé. Quiere verla porque cada vez está más pillado de ella. Pero no se lo digo.

Con cara de desconcierto, Paula accede. Le decimos a Marc y Jeong Hyeok que nos vamos al backstage un momento y salimos de la sala vip. Marc está en su salsa con tanto famoso.

Le pedimos a una chica del personal que nos diga cómo llegar al backstage y se ofrece a acompañarnos. La verdad es que llevar el pase vip colgado del cuello ayuda bastante, todo el mundo te mira de otra manera. Al llegar, vemos un pasillo largo y ancho con un montón de personas yendo de un lado para otro con ropa, papeles, micrófonos… Está claro que esto es el backstage, y, detrás de cada una de las puertas que hay a lo largo del pasillo, hay un cantante o grupo preparándose para actuar.

Como no sé dónde está Giwon, le envío otro mensaje:

«Estoy en el pasillo del backstage».

Espero su respuesta, pero no recibo nada. Miro por todos lados para ver si lo veo, y, por fin, al fondo del pasillo, lo veo junto a Doyun. Están muy guapos los dos, pero yo sobre todo me centro en Giwon, que lleva unos pantalones negros con una tira vertical a cada lado, plateadas, y una camiseta ajustada de manga larga de color negro brillante, que marca perfectamente todos sus músculos.

Camino hacia ellos junto a Paula, y, al vernos, sonríen. Entonces alguien dice mi nombre.

—¿María?

Me giro hacia donde proviene la voz, y me quedo alucinada al ver quién es.

40
Lee Gi-Won

Estoy de los nervios, faltan cuarenta y cinco minutos para que empiece el espectáculo y todavía no tengo noticias de María. ¿Y si pasa algo y no puede venir? Doyun que también actúa con su grupo Eden Kids esta noche, acaba de entrar en mi camerino con un par de botellas de agua.

—¿Qué pasa, hermano? Te veo nervioso —me dice mientras le da un sorbo a su botella.

—Es porque aún no tengo noticias de María —respondo, mientras doy vueltas de un lado para otro.

—Tranquilízate, todavía es pronto. Ya verás como dentro de nada se manifiesta. —Sonríe divertido—. Por cierto… ¿qué tal con ella? Un pajarito me ha contado que pasó la noche en tu casa el otro día…

—Un pajarito llamado Paula, ¿verdad? —respondo, y Doyun sonríe burlón.

—Lo siento, pero no suelo revelar mis fuentes. —No puedo evitar reírme.

—Sí. Pasamos la noche juntos.

—¿Y…? —dice expectante mientras me pide con un gesto que me siente a su lado, en el sofá de color gris que tengo en el camerino, y yo me siento.

—Y nada. No paso nada.

A Doyun se le cambia la cara. Es como si le hubieran tirado un vaso de agua fría a la cara.

—Me estás vacilando…

—Para nada —le confirmo—. Dormimos juntos, nada más.

—No entiendo nada… —comenta incrédulo.

—Créeme, yo tampoco. Empezamos a besarnos, a tocarnos… Estaba muy excitado y pude notar que ella también, pero, de pronto… María decidió parar. No sé si es que se le pasó algo por la mente… No tengo ni idea. Tampoco quise preguntar para no incomodarla. —Doyun arruga la frente pensativo.

—¿Estabais sin ropa?

—No. Todavía estábamos vestidos. Fue cuando puse mi mano en su trasero, la apreté más contra mí y al notar… —Miro mi entrepierna —. Paró.

—Eso es que tiene miedo —dice con seguridad.

—¿Miedo? —pregunto confuso—. ¿De qué puede tener miedo? Sabe perfectamente lo que siento por ella.

—A tu reacción.

—¿A mi reacción de qué? —Mi cara es de no entender nada.

—Paula me ha hablado mucho de María. Le tiene un cariño enorme, y está preocupada por la cantidad de inseguridades que tiene. Ella no es una chica con un cuerpo normal, y creo que puede tener miedo de que no te guste cuando la veas desnuda. Por lo visto la primera vez que te vio en el evento donde os hicisteis una foto, ella no quería hacérsela por lo mismo.

Me quedo callado unos segundos pensativo.

—Ahora que lo pienso… ¡Es verdad! Recuerdo que ese era el motivo por el que no quería hacerse la foto, y Paula se enfadó con ella. ¿Por qué no me he dado cuenta antes? Creí que podía ser por otra cosa.

—¿Qué otra cosa creías que podía ser? —pregunta con curiosidad.

—Nada… cosas mías. —No le quiero contar que creía que María, después del historial de relaciones que ha tenido en los últimos meses, quizás yo no era lo que realmente buscaba.

—Ya sabes lo que puede ser —sigue Doyun—. Cuando vuelvas a estar con ella, demuéstrale lo mucho que te gusta por dentro y por fuera. A las mujeres les gusta que se lo demuestren, les hace sentir más seguras.

—Gracias, Doyun —digo con sinceridad—. ¿Y cómo sabes tú tanto de mujeres? —Mi amigo sonríe, pero antes de que responda, suena mi teléfono móvil avisando de la llegada de un mensaje. Lo cojo rápidamente, y sonrío al ver que es de María—. Están aquí —comento a Doyun—. Voy a decirle que venga, quiero verla antes de que empiece el concierto.

—¿Paula ha venido también? —pregunta ilusionado. Es la primera vez que le veo tan interesado por una chica. Creo que se está empezando a enamorar de Paula.

—Supongo. Les di pases de sobra para todos.

Doyun no me dice nada más, y yo escribo mi respuesta a María. A los diez minutos recibo otro mensaje de María diciéndome que está en el pasillo del backstage. Salgo inmediatamente con Doyun, hay mucha gente de un lado para otro y el pasillo es largo, pero al fin la veo, está preciosa con el vestido gris marengo que lleva puesto.

Combina perfectamente con los leggins negros de cuero, y sus botas brillantes de tacón. Doyun, que no esperaba también a Paula, sonríe como un tonto.

—¿Le has dicho tú que la traiga?

Asiento con la cabeza.

María y Paula caminan hacia nosotros, ya se han dado cuenta de que las hemos visto y sonrío. Entonces veo a Minho pasar por detrás de María.

—¿Tú sabias que Minho actuaba hoy también? —pregunto a Doyun.

—Primera noticia. Debe ser que se aburría.

Me río por su comentario, pero se me borra la sonrisa en cuanto veo que Minho se queda mirando a María, y a continuación dice su nombre. María se da la vuelta, le mira durante unos segundos y exclama:

—¡Minho!

Y acto seguido se dan un abrazo. Yo me quedo blanco como la cera. ¿Se conocen? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué?

—Hermano… —murmura Doyun, preocupado—. ¿Sabías que se conocían?

Tras unos segundos en shock, consigo decir:

—No tenía ni idea…

Me acerco a paso lento hacia ellos. Han dejado de abrazarse, pero mantienen una conversación bastante animada. Cuando estoy lo suficientemente cerca de ellos, me quedo escuchando, apoyado en la pared. María no se ha percatado aún de mi presencia.

—¡No sabía que también actuaras hoy! —dice María con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ha sido una decisión de última hora. Creí que me enviarías un mensaje con tu número —le comenta Minho. Se la come con los ojos, está claro que le gusta.

—¡No te lo vas a creer! Pero se actualizó el sistema operativo del móvil y cuando terminó, ¡tu número había desaparecido! No sabes la pena que me dio. Después, mi amiga Paula… —Señala a Paula—… me llevó a un evento en el que ibas a estar tú, pero al final no pudiste ir.

—Vaya… qué mala suerte. Tenía muchas ganas de volver a verte. Vamos a hacer una cosa, déjame tu móvil de nuevo. —María se lo da sin reparos, y a los pocos segundos Minho se lo devuelve con esa sonrisa que pone cuando le gusta alguien—. Ahí tienes mi número otra vez.

María toca la pantalla de su móvil durante varios segundos y confirma.

—Te acabo de hacer una llamada, ya tienes mi número también. ¡No nos va a volver a pasar lo mismo!

Minho y María se ríen al unísono y a mí me hierve la sangre al verlos.

—En cuanto llegue a mi camerino, lo apunto en mi agenda. —Minho la mira de esa manera irresistible que vuelve a las chicas locas.

Harto de ver cómo seduce a María, hago acto de presencia:

—Hola, cariño —digo mientras me pongo al lado de María y la rodeo por la cintura—. Hola Minho. —El aludido me saluda inclinando

la cabeza. Le ha cambiado la cara, de repente, al ver cómo agarro a María. Y con una sonrisa falsa, pregunto—: ¿Os conocéis?

—Sí. Nos conocimos en el avión en el que tuve que hacer escala en Pekín. Fuimos compis de asiento —responde María alegre, y sonríe mirando a Minho al recordarlo.

—Qué bien que hayáis vuelto a coincidir, ¿verdad? —digo con ironía.

Miro a Minho desafiante y él hace lo mismo conmigo. Entre nosotros hace mucho tiempo que no tenemos buena relación. Doyun, que está junto a Paula, interviene para calmar la situación.

—¡Venga, chicos! En breve tenemos que salir a darlo todo ahí fuera. ¡Va a ser un concierto histórico!

—Cierto —contesta Minho con una leve sonrisa—. Tengo todavía que preparar algunas cosas para mi actuación. —Deja de mirarme a mí y mira a María intensamente—. Estoy muy feliz de haber coincidido de nuevo contigo, espero verte después del concierto, María.

—¡Sí, claro! —contesta ella con entusiasmo.

Minho se da media vuelta y se marcha a su camerino. Doyun y Paula se apartan para dejarnos solos, ya que mi cara no es precisamente amigable.

—¿Cuándo pensabas contarme que conocías a Minho? —le recrimino a María.

—¡¿Perdona?! —responde molesta—. ¿Acaso tengo que decirte con quién me hablo o me dejo de hablar? —Cuando voy a responder, me corta—: No respondas, ya respondo yo por ti… ¡No! —El tono de

María ha subido una octava y las personas que nos rodean se quedan mirando.

—No hace falta que grites —digo entre dientes.

—Está bien, perdona —responde—. Es que cuando me enfado tiendo a subir el tono de voz, es un defecto de familia. —Respira hondo y sigue—: No entiendo por qué te molesta que conozca a Minho.

—No es de fiar. Parece una persona inocente, pero no es buena persona.

María me mira durante un largo rato, y después afirma.

—Estás celoso.

—¡No es eso! —Ahora soy yo el que sube el tono de voz—. Da igual. Quedan cinco minutos para que empiece el concierto y tengo que ultimar unas cosas.

María me mira desconcertada, y en ese momento se acerca mi representante.

—¿Va todo bien, Giwon? —me pregunta mirándome a mí y después a María.

—Sí —miento—. Te presento a María. —Seong Jihoo la mira de arriba abajo con el semblante serio. Después me dirijo a María—: María, este es mi representante, Seong Jihoo.

—Encantada de conocerle —responde María con una sonrisa, pero Seong Jihoo no le dice nada.

—Quedan cinco minutos, no tardes.

Seong Jihoo se da la vuelta y se dirige hacia el acceso al escenario.

—Muy simpático, tu representante —comenta María con tono sarcástico.

Pero yo no hago caso a su comentario, ni a la forma en la que Seong Jihoo la ha mirado. Solo tengo en mente la imagen de María hablando con Minho, y la forma en la que la miraba.

—Me tengo que ir —comento de forma cortante—. Vuelve con Paula a la sala vip, desde ahí tenéis el acceso a la grada.

María asiente y espera algún movimiento por mi parte, un abrazo o algo, pero no hago nada. Me doy media vuelta y me marcho. Doyun me alcanza a los pocos segundos y me mira enfadado. Creo que es la primera vez que le veo así.

—¡¿Qué has hecho?! ¿A ti te parece normal tratar así a María, después de hacerla venir hasta aquí?

—¡Déjame en paz, Doyun! —contesto, molesto, porque sé que lleva razón.

—Yo te dejo en paz, pero que sepas que no lo has hecho bien. Estás dando por hecho cosas que ni siquiera han pasado.

Doyun se da media vuelta y se marcha junto a su grupo. Yo entro en mi camerino cabreado, y me pongo a darle vueltas a lo que ha pasado. Y al cabo de nada oigo cómo da comienzo el espectáculo.

41
María

No entiendo el cambio de actitud de Giwon. No sé por qué se ha molestado tanto al saber que conozco a Cha Min-ho. Paula cree que es por una disputa que tuvieron en el pasado, pero si es así, yo no tengo nada que ver con eso. No pienso tolerar que me digan con quién puedo hablar y con quién no. Además, a Minho lo conocí antes que a él, así que… ajo y agua.

Cuando llegamos a la sala vip, vemos que casi todas las personas que estaban aquí antes, ya están sentadas en la grada. Marc y Jeong Hyeok nos han guardado dos asientos y nos sentamos con ellos.

—Uy, nena, qué mala cara traes —comenta Marc al verme. Le hago un resumen rápido de lo que ha pasado y se queda tan desconcertado como yo—. Te digo una cosa, amor, tú no has hecho nada malo. Y si se enfada, dos trabajos tiene: enfadarse y desenfadarse.

La música comienza a sonar y un montón de luces iluminan el escenario de forma espectacular. La gente que está a los pies del escenario y en las gradas, grita de emoción cuando presentan uno a uno a los cantantes y grupos que van a actuar esta noche. Los primeros en actuar son los del grupo de Doyun. La puesta en escena es brutal y la forma en la que se mueven cuando bailan es espectacular. La verdad que no tiene nada que ver verlos en directo

que a través de la pantalla. Doyun mira hacia la grada en la que estamos en busca de Paula, y cuando la ve, lanza un beso y esta sonríe como una tonta. Estos dos cada vez se gustan más, aunque no lo admitan. Doyun y su grupo están a punto de terminar su tiempo en el escenario cuando presentan en primicia su último sencillo, que resulta ser alucinante. La verdad es que el tema es muy bueno, muy pegadizo, y creo que va a ser un éxito no solo aquí en Corea, también en muchos otros países.

Después le toca el turno a la girl band más popular del momento, BlackPink. Cantan y bailan completamente sincronizadas, su forma de moverse resulta ser hipnótica, por lo menos para mí. Ahora entiendo por qué son tan populares. Y lo que más rabia me da es que las cuatro son muy guapas y tienen unos cuerpos espectaculares. Sé que también sufren lo suyo para estar así, pero no puedo evitar tener un poco de envidia.

Cuando terminan las chicas, sale al escenario un grupo llamado Exo-Cbx; la verdad es que no había oído nada de ellos. En Corea del Sur hay muchos grupos y cantantes de k-pop que no conozco y estoy descubriendo en este viaje. Los primeros acordes de la melodía de una de sus canciones me cautivan. Es una canción lenta y las voces de estos tres chicos empastan a la perfección, son muy bonitas. Paula me informa que la canción se llama Paper Cuts al verme tan emocionada, y la apunto enseguida para añadirla a mi lista de reproducción. A pesar de que no entiendo el coreano, la canción me hace llorar y se me ponen los pelos de punta cuando todo el público enciende las linternas del móvil y se crea un momento mágico difícil de olvidar.

Aún recuperándonos por lo vivido con Exo-Cbx, llega el turno de Giwon. Su aparición hace que el público grite de emoción, y un escalofrío recorre mi cuerpo al verlo tan sexy en el escenario. No me había fijado en lo bien que le quedan los pantalones que lleva, le hacen un culo espectacular. Disfruto mucho viéndole bailar y cantar, sobre todo porque veo que ama lo que hace. Se entrega al cien por cien, y todo para hacer disfrutar al público. Escucharle en directo es maravilloso, tiene una voz preciosa, y verlo bailar de esa manera tan sexy hace que me suba la temperatura.

—En serio, María —comenta Paula—, no entiendo cómo no pudiste echar un polvo el otro día con él. ¡Madre mía, qué manera de moverse! —Mi amiga se da aire con la mano de manera exagerada —. En serio, dios da pan a quien no tiene dientes —murmura, y me quedo mirándola con la ceja levantada, pero no la contesto. En el fondo lleva razón. Soy gilipollas.

Ni una sola vez Giwon ha mirado hacia la grada en la que sabe que estamos. Supongo que es porque está centrado en lo que hace y en que su actuación sea perfecta. El público chilla encantado cuando interactúa con ellos y les lanza corazones que simula que se saca de los bolsillos. No puedo evitar sonreír como una tonta al verle hacer eso, sobre todo cuando sonríe de esa manera que me vuelve loca. Giwon termina su turno en el escenario con una balada muy bonita, en la cual muestra todo su potencial a nivel vocal. El público le aplaude con fervor cuando se dispone a abandonar el escenario y corean su nombre. Se nota que lo quieren mucho.

El último en actuar es Minho. La ovación que tiene por parte del público cuando pisa el escenario es a otro nivel. Está claro que

Minho es el número uno en Corea, y quizás es otro motivo por el que Giwon y él no se llevan bien.

Minho comienza cantando uno de sus singles más populares, la verdad es que su voz es muy dulce y especial, y no te cansas de escucharlo. Cuando el público grita y le dicen cosas, él sonríe de esa forma tan tímida que tiene, y resulta adorable. Marc, que está a mi izquierda, se acerca a mi oído y comenta:

—Giwon es guapísimo, pero, para mi gusto, Minho es mucho más guapo. Quiero a Jeong Hyeok, pero si tuviera la oportunidad de tirármelo, no lo dudaría, nena. ¡Menudo cuerpo que tiene!

Le miro con cara seria y contesto.

—¿Y qué me quieres decir con eso? ¿Qué me lie con Minho?

—¡No, por dios! Solo era un comentario, nena. Ya veo que no estas de humor.

Marc vuelve a fijar la mirada en el escenario, y yo inmediatamente me arrepiento de cómo le he contestado. Reconozco que estoy molesta por la actitud de Giwon antes de actuar, y de que no haya mirado ni una sola vez hacia la grada.

—Perdóname, Marc. No quería ser tan borde —musito a mi amigo, que me coge la mano con cariño.

—No pasa nada, amor. —Y me dedica una sonrisa tierna.

Minho, antes de cantar el último tema de la noche, se pone a hablar en coreano y Paula me va traduciendo lo que dice:

—Esta canción que voy a cantar a continuación, la compuse pensando en el día en el que ese alguien especial apareciera en mi vida. Muchas veces he pensado que esa persona no llegaría nunca, pero hoy puedo decir que ya la he conocido. Después, por ciertas

circunstancias, creí que no volvería a verla más y el destino nos ha vuelto a juntar.

Yo voy palideciendo por momentos y rezo para que no se esté refiriendo a mí. Paula me coge de la mano y, con una mirada comprensiva, comenta:

—Creo que esto no le va a gustar nada a Giwon.

Niego con la cabeza dando la razón a Paula y seguimos escuchando a Minho.

—Esta canción es para ti, María.

Minho mira hacia la grada donde sabe que estoy. Sonríe, y me lanza un beso. Yo no sé dónde meterme y disimulo como puedo para despistar a la gente que tenemos alrededor, ya que están mirando para saber de quién se trata. Menos mal que con la oscuridad que hay no me pueden ver bien, si llegan a encender un foco para iluminarme, me muero.

El tema que canta no lo había escuchado nunca, y resulta ser precioso. Paula me traduce lo que dice: habla sobre la forma en la que su corazón palpita cuando está junto a esa persona, que su mundo gira distinto desde el instante en que sus ojos se cruzaron, y que por no perderla, estaría dispuesto a ir al fin del mundo si hiciese falta. La canción se puede llevar por el lado romántico, pero también por el lado de la amistad… ¿no?

En cuanto acaba el concierto, vuelvo al backstage junto a Paula, Marc y Jeong Hyeok, y al llegar hay mucha gente felicitando a los artistas. Doyun, al vernos, se acerca, le doy la enhorabuena pero está serio, muy serio, me mira con tristeza y me informa:

—Giwon se ha marchado.

—¿Cómo que se ha marchado? —pregunto desconcertada.

—Se ha ido hace nada. Estaba muy enfadado por la dedicatoria que te ha hecho Minho. He intentado hacerle razonar, pero se ha ido igualmente.

Los ojos de Doyun reflejan perfectamente su malestar por el comportamiento de su amigo.

—¿Sabes dónde se ha ido?

Antes de que me responda, suena mi móvil por la entrada de un mensaje. Lo miro, y veo que es de Giwon.

«Pásatelo bien con Minho. Que seáis muy felices juntos».

Me quedo mirando la pantalla varios segundos, confundida, y poco a poco una sensación de impotencia se apodera de mí. ¿Está dando por hecho cosas sin hablar conmigo antes? Me duele mucho verle desconfiar de algo que tan siquiera sé lo que es. Inmediatamente marco su número, quiero que me diga dónde está para hablar cara a cara, pero salta el contestador.

—Hola, María. —Miro hacia atrás y es Minho. Está mirándome con una sonrisa; la sonrisa tierna que lo caracteriza—. ¿Te ha gustado la canción?

—Hola, Minho —respondo con fingida alegría—. Muchas gracias por la canción, me ha gustado mucho. Has estado increíble, enhorabuena.

Fuerzo una sonrisa y el resto de mis amigos aprovechan también para darle la enhorabuena. Y ya de paso aprovechan también para presentarse. La cara de Marc refleja perfectamente lo nervioso que está por tener a Minho tan cerca.

—Muchas gracias a todos, en especial a ti, María —responde Minho con su perfecto inglés—. No sabes lo afortunado que me siento en este momento. —No sé por qué, pero sé que está siendo completamente sincero. No lo dice por decir—. ¿Te apetece ir a una fiesta conmigo esta noche?

Por un momento me quedo bloqueada, no sé si aceptar o no. Miro a Paula en busca de un poco de ayuda, pero su gesto me dice que la decisión es mía. Entonces pienso en Giwon… En su manera de comportarse conmigo. Ha dado por hecho cosas que no existen y encima se marcha sin más, dejándome aquí tirada. Y para colmo me manda un mensaje que no acabo de entender, en vez de dar la cara y hablar conmigo. Mi enfado con él vuelve a florecer y con seguridad contesto:

—Me encantaría ir a esa fiesta contigo, Minho.

Minho les ofrece a mis amigos unirse, pero declinan la oferta. Paula y Doyun tienen planes, y Marc y Jeong Hyeok también. Y no sé por qué, pero me suena a excusa barata, ya que no tenía conocimiento de esos «planes». Pero no les digo nada, ellos se lo pierden.

Una vez en el coche, de camino al sitio donde ha indicado Minho a su chófer que nos lleve, contesto al mensaje que me ha mandado Giwon:

«Eso es lo que voy a hacer, pasármelo bien con Minho y ser feliz».

Lo envío a sabiendas de que puede ser el final con Giwon, pero me da igual. Que se joda.

Minho me mira de reojo, pero no me pregunta nada y el resto del trayecto lo pasamos en silencio. Cuando llegamos a una zona residencial con casas enormes y bastante lujosas, el coche se para

un momento a la espera de que se abra por completo una puerta que da acceso al interior de una finca. El coche entra y nos deja enfrente de una casa de construcción moderna. La casa tiene dos plantas con grandes ventanales y la música inunda el ambiente. Lo que está claro es que es una fiesta que ha organizado alguien, y Minho está invitado, ya que se puede ver gente en el interior y en el exterior hablando animadamente con copas en la mano. Entre ellos reconozco a algunos actores y actrices que he visto en los k-dramas. A Minho lo saluda todo el mundo que se cruza con él, y él amablemente les devuelve el saludo.

Sigo a Minho hasta la zona de la piscina en la que parece que hay un poco más de tranquilidad. Por el camino ha cogido dos copas de champagne que llevaba un camarero en una bandeja, y me ofrece una de ellas. En cuanto la cojo, le doy un sorbo para probarlo, y también porque estoy un poco nerviosa.

—¿Qué te parece Seúl? —me pregunta Minho después de beber de su copa.

—Es una ciudad increíble. Hay tanto que ver… Estoy encantada de haber venido. ¿Y tú qué tal estás?

Minho sonríe. Creo que no se esperaba esta pregunta.

—Bien. He tenido mucho trabajo desde que nos conocimos en el avión. Pero he pensado mucho en ti, ¿sabes? Cada día tenía la esperanza de recibir un mensaje tuyo, y ahora entiendo por qué no llegaba.

No sé por qué, pero esto último creo que no solo lo dice por que perdí su número. Para cambiar de tema, ya que no me apetece

profundizar más, miro a mi alrededor y observo con asombro la espectacular casa con jardín y piscina.

—¡Este sitio es impresionante! El dueño de la casa debe ser una persona importante.

Minho sonríe con timidez y vuelve a dar un sorbo a su copa.

—No me considero importante, la verdad, compré esta casa porque me gustó.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Esta casa es tuya?

Minho asiente. Entonces, en este momento, oímos una voz femenina pronunciar el nombre de Minho. Miramos hacia donde proviene la voz y una chica guapísima, súper delgada, se acerca a nosotros. Su cara me suena muchísimo y cuando logro ver bien quién es, me quedo en shock; es Kang Yuri, la coprotagonista de Giwon en mi k-drama favorito, y a la cual también he visto en la sala vip del concierto. Cuando llega a nosotros, le dice algo a Minho en coreano y él le responde. Entonces Minho cambia al inglés y me presenta.

—Ella es María, nos conocimos hace unas semanas en el avión en el que regresé a casa desde Pekín. Fuimos compañeros de asiento.

Minho sonríe al recordar ese día. En cambio Yuri me mira de arriba abajo y noto que en su mirada hay un poco de odio, y asco. Aunque me resulta difícil confirmarlo, porque sonríe de forma angelical.

—Encantada de conocerte, María. Debe ser una suerte para ti poder estar hoy aquí, rodeada de tanto lujo y tantas celebrities. En esta zona de Seúl no entra cualquiera, ¿sabes? —Me lo dice con un deje despectivo, eso es lo que me ha parecido.

Me quedo unos segundos bloqueada y pienso: ¿Pero esta tía de qué va?

—Sí, la verdad es que me siento afortunada —respondo sin dejarme amilanar—. Qué bien que nos hayan dejado entrar a este barrio a ti y a mí, ¿verdad? —le suelto con sarcasmo y mala leche.

A Yuri no le gusta nada mi contestación, porque se le borra la sonrisa falsa al instante. Hoy me ha pillado calentita, fíjate tú por dónde. Va a contestarme cuando Minho interviene y la pide que se marche. Ella le hace caso, y, con una rabia impresionante en su mirada, se da media vuelta y se marcha.

—Te pido disculpas por el comportamiento de Yuri —musita Minho una vez que esta ha desaparecido.

—Tú no me tienes que pedir disculpas, Minho. No entiendo por qué sin conocerme me ha tenido que decir eso. ¿Acaso le he hecho algo? ¡Pero si ni siquiera me conoce! ¡Menuda tía más estúpida! Será muy guapa, pero de educación, cero.

—Es por Giwon —confiesa, y yo arrugo el entrecejo extrañada—. Creo que sabe que estáis juntos. ¿Cómo lo sabe? No lo sé, Yuri tiene ojos en todas partes. Lleva mucho tiempo detrás de Giwon, aunque él no quiere nada con ella. Está obsesionada con él. —Qué guay, me ha salido una enemiga… ¡Pues qué bien!—. ¿Puedo hacerte una pregunta, María? —murmura un poco serio.

—Sí, claro.

—¿Cuándo empezasteis a salir juntos?

La verdad es que no me esperaba esta pregunta. Pero respondo sin problema.

—Hace aproximadamente dos semanas.

—¿Y cómo os conocisteis?

Clava sus sexys ojos almendrados en los míos, esperando mi respuesta.

—En el evento de K-Lex. Paula me llevó, como te comenté antes, porque ibas a estar tú en la presentación. —Minho cierra los ojos, apenado—. Ella trabaja en una agencia de publicidad y sabía que ibas a estar tú. Y como había perdido tu número, pensó que sería genial que nos viésemos de nuevo. Pero finalmente fue Giwon quien estuvo en tu lugar.

—¿Sabes…? Fui yo quien les dije a la marca que llamaran a Giwon cuando vi que no podía ir a ese evento por falta de tiempo. Lo que no sabía es que le iba a dar la oportunidad de conocer a la mujer más maravillosa que he conocido nunca. —Esta confesión por parte de Minho me deja en shock.

—Minho… Te agradezco el cumplido, pero apenas me conoces —musito con la mano en el pecho.

—El tiempo que pasé contigo en el avión fue más que suficiente para saber que eres maravillosa, María. Conecté contigo de una manera alucinante. Nunca me ha pasado algo parecido.

—Minho, yo… —De pronto me siento un poco abrumada.

—No hace falta que digas nada. —Pone un dedo en mis labios para callarme—. Se que Giwon y tú os gustáis, solo hay que veros juntos. Pero me gustaría seguir teniéndote en mi vida, aunque solo sea como amiga.

Miro a Minho fijamente. Nunca pensé que este chico fuera tan adorable. La misma belleza que tiene por fuera, la tiene por dentro.

Tengo un nudo en la garganta de la emoción, pero consigo responder:

—Por supuesto, Minho, es un honor poder formar parte de tu vida.

Me acerco a él y le abrazo. Minho me aprieta fuerte contra él, y así estamos varios minutos, sin decir nada. Cuando nos separamos, comenta burlón:

—A Giwon no le va a gustar nada cuando se entere.

—Pues tendrá que aceptarlo —respondo—. Además… ¿Puedo saber por qué os lleváis tan mal?

—Por mi parte no tengo ningún problema con él. Sigo considerándolo un amigo, mi mejor amigo, en realidad —comenta con tristeza—. Es él quien dejó de hablarme desde hace ya un tiempo. Cuando he terminado la actuación, ha venido a verme como un energúmeno por la canción que te he dedicado, y ha dado por hecho que voy a alejarte de su lado. Ni siquiera me ha dado opción a explicarme… porque se ha marchado. —Tras saber esto, ahora tiene sentido para mí el mensaje de Giwon—. Ven, vayamos dentro. Quiero enseñarte el resto de la casa.

Sigo a Minho al interior de su maravillosa casa. Está decorada con estilo minimalista de colores beige y blanco, con muy buen gusto. Me enseña en primer lugar la planta de arriba, que cuenta con cuatro habitaciones, y una de ellas es un estudio completamente insonorizado. Minho me explica que ahí suele componer nuevas canciones cuando siente la inspiración. La casa en total tiene tres baños, dos en la planta de arriba y uno abajo. Y en la planta de abajo hay una impresionante cocina americana de color blanco y un

gran salón, y justo en el medio de la estancia, hay un precioso piano de cola de color negro.

Minho saluda a todos y cada uno de los invitados que nos cruzamos, y los cuales me presenta. Muchos han estado en el concierto y se alegran de poner cara a la chica a quien Minho ha dedicado la canción. Pasamos un rato agradable hablando, bebiendo y riendo con los demás, hasta que uno de los invitados le pide a Minho que cante y toque algo con el piano. A él le da un poco de vergüenza al principio, pero termina cediendo.

Cuando Minho se sienta en el piano, la música que estaba de fondo se apaga y todos se quedan en silencio para escucharle. Él toma aire y comienza a tocar. Reconozco la canción con las primeras notas que toca, es Love is gone de Slander. Me emociono al escuchar la letra, se me viene a la mente la imagen de Giwon y me siento triste porque no está aquí conmigo. De pronto, me doy cuenta de que quiero verlo y decirle que le quiero. Intento aguantar las lágrimas que tengo acumuladas en los ojos, pero ganan la batalla y caen por mis mejillas. Cuando Minho termina de cantar, sus invitados le aplauden con fervor, y yo aprovecho para limpiarme las lágrimas rápidamente. Minho se acerca mí preocupado, ya que me ha visto llorar, pero la voz de Yuri interrumpe el momento.

—¡Qué bien has cantado, Minho! Siempre es un privilegio poder escucharte —le comenta a Minho con su sonrisa angelical. Después me mira a mí, sigue con la misma sonrisa, pero en sus ojos puedo ver el desprecio que siente hacia mí—. Te he visto muy emocionada, María. Seguro que en tu país no sabéis lo que es escuchar buena

música, ¿verdad? —La soberbia con que lo dice hace que me empiece a hervir la sangre.

—Yuri… ¿y eso a qué viene ahora? —pregunta Minho con enfado.

—Solo tengo curiosidad —responde con una sonrisa de niña buena. Pero yo puedo ver su maldad—. Ver todo esto debe ser emocionante para ella. A lo mejor no saben ni cantar, los pobres… María, ¿sabéis cantar en tu país?

¿Sera hija de…? Me dan ganas de cogerla de los pelos.

—Yuri, te estas pasando… —le advierte Minho, fulminándola con la mirada.

—¿¡Qué!? Solo tengo curiosidad. —Sonríe ofendida, pero su mirada no engaña a nadie. Está disfrutando, mofándose de mi cultura y de mí.

—Si quieres puedo cantar algo, Yuri —contesto con falsa amabilidad—. Así lo juzgas tú misma.

—¡Me encantaría! —exclama con una sonrisa cargada de maldad.

—María, no tienes que demostrar nada, no le hagas caso, solo quiere ridiculizarte —suplica Minho bajito para que solo le oiga yo.

—Tranquilo, sé lo que hago —susurro—. Solo necesito que me acompañes con el piano. ¿Sabes tocar Tattoo de Loreen?

Minho asiente, desconcertado, pero sin cuestionarme nada más, se sienta otra vez en el piano. Mientras tanto, Yuri, con una sonrisita malvada, se hace a un lado para ver el espectáculo. La miro con suficiencia, a sabiendas de que se va a caer de culo cuando me oiga y se dé cuenta de que le ha salido mal la jugada.

Minho comienza a tocar, y, tras los primeros acordes de la canción, empiezo a cantar. La cara de los allí presentes, junto con la de Yuri,

y Minho al piano, es de autentico asombro; ya que no se esperaban que cantara así. Estoy un poco nerviosa, ya que todos los allí presentes están clavando sus ojos en mí, así que cierro los ojos para concentrarme en la letra, y la imagen de Giwon se me viene a la mente otra vez. Imagino que me está mirando y que solo canto para él. Entonces Minho me sorprende, acompañándome con su voz.

«Violins playin' and the angels cryin'
When the stars align, then I'll be there»

Nuestras voces empastan a la perfección, es como si la hubiéramos ensayado una y otra vez para que quede perfecta. Cuando la canción finaliza, todos los que están en la fiesta, inclusive los que estaban fuera en el jardín, que han entrado para oírnos, rompen en aplausos. Minho se levanta del piano y, con una sonrisa de auténtica felicidad, se acerca a mí y me abraza.

—No dejas de sorprenderme. Tu voz es asombrosa —susurra en mi oído.

Interrumpimos el abrazo, porque varios de los invitados quieren felicitarnos. Miro hacia donde estaba Yuri y no está, Minho se percata de a quién busco, y me confirma que la ha visto irse bastante enfadada. Tras recibir los halagos de los allí presentes y explicarles que no me dedico a la música, me siento exhausta y solo quiero una cosa.

—Minho…

El aludido me mira y, al ver mi expresión, automáticamente sabe lo que le voy a decir.

—Tranquila, yo te llevo.

42
María

Minho detiene su Lamborghini Urus enfrente de la moderna puerta que da acceso al edificio de Giwon. En circunstancias normales, habría puesto más interés en el alucinante coche en el que me ha traído; pero mi cabeza solo piensa en Giwon.

—Gracias por tráeme. Por cierto… ¿Cómo sabes que Giwon vive aquí? —se lo pregunto porque me acabo de dar cuenta de que no le he dicho la dirección cuando nos hemos subido al coche.

—Porque yo también he vivido aquí —musita con una sonrisa, señalando el edificio.

—¿En serio? —pregunto alucinada, y él asiente—. Y fue antes o después…

—Después —confirma—. Estuve viviendo un año de alquiler en el mismo ático en el que ahora vive Giwon.

—¡No jodas! —exclamo estupefacta—. ¿En el mismo ático? —Minho asiente y yo parpadeo todavía sin creerme la noticia—. ¿Y él lo sabe?

—No. Yo ya me había marchado cuando lo compró. Lo supe unos meses más tarde. El agente inmobiliario que se lo vendió es amigo mío y me lo comentó un día que estuve hablando con él.

—Pues si se entera es capaz de vender el ático —murmuro.

Miro a Minho y veo un atisbo de tristeza en su rostro.

—¿Estás bien? —pregunto con preocupación.

—Sí. Tranquila —sonríe. Pero sus ojos me dicen que algo le preocupa—. Estoy seguro de que Giwon está arriba. De todas formas, me quedaré aquí hasta que entres.

Me gustaría preguntarle qué es lo que le preocupa, pero algo me dice que no me lo va a decir. Así que le doy un breve beso en la mejilla, a modo de agradecimiento, abro la puerta del coche y, antes de bajar, le comento:

—Hablamos, ¿vale?

Minho asiente y me bajo cerrando la puerta tras de mí.

Me acerco hasta la puerta de acceso y pulso el botón de llamada del ático. Espero unos segundos muy largos a que responda, y finalmente lo hace.

—¿Qué quieres? —pregunta Giwon con brusquedad, sé que me está viendo por el videoportero.

—Ábreme, por favor —le suplico.

Se queda unos segundos en silencio y finalmente me abre para que acceda. Me despido de Minho con la mano y entro al edificio.

Espero el ascensor, y cuando entro pulso el botón del ático. Una vez llego arriba, Giwon está esperándome apoyado en el marco con la puerta abierta. Lleva puesto un pantalón de deporte ancho de color negro y una camiseta blanca de manga corta. Y está serio… muy serio.

—Hablemos dentro.

Se hace a un lado para que pase y entra detrás de mí, cerrando la puerta a sus espaldas.

Le sigo hasta el salón, una vez me quito las botas. Miso, al verme, se acerca para saludarme y yo con cariño le acaricio. Giwon le

ordena con tono firme que se marche a su árbol, y el gato obedece, creo que por el tono en que se lo ha ordenado, sabe que la cosa no está para fiestas. Giwon se pone enfrente de mí con los brazos cruzados y me mira de una manera que se me hiela la sangre.

—¿Y bien? —espeta con arrogancia.

Respiro hondo para intentar no ponerme a su altura.

—¿Por qué te has ido del concierto sin hablar conmigo antes? —pregunto en tono suave.

—No tenía nada más que hablar contigo, ya me ha quedado todo claro. La dedicatoria solo ha sido la confirmación. —Me quedo a cuadros.

—¿La confirmación de qué, si se puede saber? —Le miro a los ojos confusa. Sigue con la misma actitud altiva.

—De que Minho ha sido, es y será tu primera opción. Yo solo he sido el segundo plato.

—¿Pero qué tonterías estás diciendo? —pregunto, subiendo un poco el tono de voz porque me estoy empezando a calentar.

—No es una tontería. Tenías su número, lo perdiste y fuiste al evento a verle a él, no a mí. Ahora os habéis vuelto a encontrar y ya podéis ser felices.

Sin dar crédito a lo que oigo, le contesto con la misma chulería con la que él me está hablando.

—Mira, guapo, en primer lugar: Minho y yo solo somos amigos —enfatizo—. Sabes lo que significa la palabra amigos, ¿no? Si no lo sabes, miras la definición en el diccionario. ¡A lo mejor es que no sabes lo que significa! —Sin darle opción a réplica, sigo—: Nos conocimos en el avión y nos caímos bien. Está claro que sabe que

estamos juntos, ya te has encargado tú de dejárselo claro. Solo te ha faltado mear a mi alrededor para marcar el territorio. ¿Pero sabes lo que pasa? Que él al saberlo ha aceptado que tú me gustas, porque me lo ha visto en la cara y solo ha querido dedicarme una puñetera canción. Y… ¡Sí! —enfatizo con las manos—. Cree que soy especial. ¿Y qué? Me siento alagada por ello. En segundo lugar: fui al evento porque Paula me llevó por sorpresa, y en ningún momento me dijo que íbamos a ver a Minho. Me lo dijo cinco minutos antes de empezar el puñetero evento. Y en ese momento fue cuando nos enteramos de que él no iba a estar. Pero al decirle una persona de la organización que tú eras quien lo sustituía, decidió quedarse por mí; porque sabía que tú eras mi actor favorito de k-dramas. Y en tercer lugar: lo que sentí el día que te conocí, no lo sentí por él ni por nadie más en mi vida. Ni siquiera ahora que nos hemos vuelto a reencontrar. ¿Y sabes una cosa? No me ha hecho falta decirle que me trajera hasta aquí, porque sabe perfectamente que con quien quiero estar es contigo.

Giwon se queda en silencio mirándome, pero no cambia de actitud. Sigue con los brazos cruzados a la defensiva y finalmente comenta:

—¿Sabes? Es difícil creer a una persona que hace tan solo un mes y medio estaba follando con el novio de una de sus mejores amigas —suelta con tono mordaz, y noto cómo la sangre abandona mi rostro.

No me esperaba para nada que me echara en cara eso. Se lo conté porque quise ser sincera con él y que no hubiera secretos entre nosotros. Pero que Giwon lo utilice de esta forma… No sé cómo he

podido ser tan tonta de creerle cuando me dijo que le daba igual mi pasado. Le miro con todo el odio del que soy capaz y espeto:

—¡Qué fuerte! Has aprovechado la mínima oportunidad para echarme en cara mi pasado. No sé cómo he podido confiar en ti… ¡Eres un puto falso! ¡Y no quiero volver a verte en mi puta vida!

Decepcionada, me doy la vuelta sin darle derecho a réplica, y salgo con premura del ático. Pulso el botón de llamada del ascensor con las botas en la mano, y espero. Cuando más necesitas que esté el ascensor disponible, más tarda. Vuelvo a pulsar el botón desesperada, necesito irme de aquí cuanto antes. Siento un dolor en el pecho indescriptible por la decepción, las lágrimas han comenzado a inundar mis ojos y apenas puedo ver. Una y otra vez resuenan sus palabras en mi cabeza, y pocos segundos después se abren las puertas del ascensor. Estoy a punto de entrar cuando Giwon me coge de la mano para que no avance. Ni siquiera le he oído salir.

—No, por favor… no te vayas —suplica Giwon. Me mira arrepentido y yo en cambio le devuelvo la mirada con odio—. Perdóname, por favor. Yo… —se le quiebra la voz—… No quería decir eso. Ha sido muy sucio por mi parte. ¡No sé qué me ha pasado! —Se pasa una mano por el pelo frustrado—. No he podido controlar los celos y la rabia que he sentido al saber que has estado con él.

Las lágrimas caen incontrolables por mis mejillas.

—¿Por qué debo creerte? —pregunto en un hilo de voz—. Me has hecho mucho daño.

—María… —Se acerca más a mí, posa sus manos en mi rostro y me limpia las lágrimas con los pulgares—. No quiero perderte. No ahora que nuestras almas se han encontrado. —Me mira con tanto amor

que siento que no es real, que estoy en un sueño—. Te quiero —musita emocionado.

Me da un vuelco el corazón ante su confesión. ¿He oído bien? ¿Me acaba de confesar que me quiere? ¿De verdad esto es real? Le miro fijamente sin decir nada, y espero que de un momento a otro todo acabe, porque en realidad es un sueño. Pero no es un sueño, es real y Giwon es real. Y me acaba de decir que me quiere. Entonces me abrazo a él con fuerza y lloro, pero esta vez de felicidad.

—Yo también te quiero. Te quiero con toda mi alma —musito mirándole a los ojos. Esos ojos almendrados y oscuros que tanto me gustan.

Giwon sonríe, acerca su boca a la mía y me besa. Nuestros labios se mueven lentamente con dulzura, y nuestras lenguas se buscan. Pero el beso sube de intensidad en cuestión de segundos, y comenzamos a devoramos con urgencia y con pasión. Entonces Giwon separa sus labios de los míos, dejándome desconcertada.

—Vayamos dentro —susurra con voz ronca. Sus ojos están llenos de lujuria y yo asiento con la respiración agitada.

Me coge de la mano, y me lleva dentro del ático. Y en cuanto cierro la puerta, Giwon me pega contra la pared y me devora la boca con urgencia. Le correspondo con la misma intensidad, y jadea cuando muerdo y lamo su labio inferior. Cojo su camiseta y hago que se la quite. Y él hace lo mismo con el vestido que llevo. Mira mi sujetador con ojos hambrientos y sonríe con picardía.

—Preciosos… —susurra. Sé que se refiere a mis pechos. Y los besa con ansia haciéndome jadear de placer.

Posa sus manos en mi trasero y lo aprieta pegándome aún más a su cuerpo, sin dejar de besarme por mis pechos hasta subir a mi cuello, y noto su excitación. Mis manos bajan por su esculpido torso e introduzco una mano dentro de su pantalón. Su miembro es grande y duro, preparado para mí.

—Podemos parar, si quieres —me dice entre jadeos al notar mis caricias en su duro pene.

—¿Tú crees que quiero parar? —le susurro con la voz cargada de deseo—. Te quiero dentro de mí.

—Joder, María… Me vuelves loco.

Gime y me devora de nuevo la boca, e introduce su mano por dentro de mis leggins hasta llegar a mi centro de placer. Introduce uno de sus dedos dentro de mí, gimo y me arqueo al sentirlo. Me agarro a él con fuerza. Introduce otro dedo más y los mueve con tal maestría que hace que llegue al orgasmo de forma rápida pero muy intensa.

Con una sonrisa de satisfacción, tras haber conseguido que me corra, me lleva hasta su habitación, y me despoja del resto de la ropa entre besos, dejándome completamente desnuda ante él. Giwon me mira de arriba a abajo con deseo y eso me ayuda a sentirme un poco más segura con mi cuerpo. Pero no puedo evitar tapar mis pechos con las manos. Giwon, con ojos de deseo, pero también de ternura, se acerca a mí, y con suavidad aparta mis manos para dejar mis pechos al descubierto.

—No los ocultes —susurra cerca de mi boca con voz ronca—. Te quiero tal como eres. Y eres preciosa…

Sus palabras me hacen estremecer. Entonces Giwon agarra mis senos con firmeza y me besa con pasión. Gimo ante su contacto y disfruto de sus caricias.

Después me tumba en la cama con suavidad y se quita el resto de la ropa, quedándose desnudo ante mí. Recorro con mi mirada su cuerpo firme y perfecto, y me muerdo el labio al ver su miembro completamente excitado, preparado para mí. Se pone encima y recorre mi cuerpo con besos suaves y delicados, arrancándome gemidos de placer. Estoy muy excitada y quiero que se hunda en mí. Lo necesito con urgencia. Así que, con la respiración agitada por la excitación, le suplico:

—Quiero sentirte dentro de mí…

Giwon me mira con lujuria y con una sonrisa de satisfacción. Acerca su rostro a la altura del mío y me besa apasionadamente. Acto seguido saca un preservativo de una cajita de madera que hay en una de las mesillas, se lo pone, y colocando la punta de su pene en la entrada de mi húmeda vagina, me penetra con lentitud. Me arqueo y gimo al sentirlo por fin dentro de mí. La misma electricidad que sentí la primera vez al rozar nuestras manos me recorre por el cuerpo, pero multiplicada por mil. Nunca en mi vida he sentido algo parecido. Giwon entra y sale de mí con mimo y sin prisa, sin dejar de mirarme y besarme. Gime de manera gutural cada vez que me penetra, y yo me abro aún más para que sus embestidas sean más profundas. Poco a poco el placer va en aumento, tanto por mi parte como la suya. Nuestros jadeos y gemidos lo indican. Pero Giwon no aumenta el ritmo de sus embestidas. Sigue entrando y saliendo despacio, pero profundo… disfrutando de cada una. Nunca había

hecho el amor así. Parece una tortura, una tortura muy placentera. No sé cuánto tiempo pasa, pero siento que estoy a punto de llegar al clímax.

—No pares —suplico entre jadeos.

Sin cambiar el ritmo, veo que él también está a punto, aprieto las paredes de mi vagina envolviendo aún más su duro pene y me dejo ir. Segundos después, Giwon da una embestida más y grita, como yo, de puro placer. El orgasmo que he tenido me deja completamente exhausta y me tiembla todo el cuerpo. Giwon, con una gran sonrisa, se tumba a mi lado para recuperar la respiración.

—Jo…der… —comento con la respiración agitada, mientras miro al techo de la habitación—. Ha sido la hostia.

Giwon se ríe por mi comentario y, girándose hacia mí para mirarme, musita:

—Tú sí que eres «la hostia», como tú dices. —Me giro para mirarle también y le sonrío. Giwon me mira con tanto amor que me deja sin palabras—. Te amo, María —susurra acariciando con suavidad mi mejilla—. Eres lo más maravilloso que me ha pasado en la vida.

Emocionada por sus palabras, me abrazo a él con fuerza. Y me doy cuenta de que estoy locamente enamorada de él.

43
Lee Gi-Won

He pasado la mejor noche de mi vida. María es increíble en la cama y es la primera vez que he disfrutado tanto teniendo sexo con una mujer. A lo mejor influye que es la mujer a la que amo con locura y con la que quiero pasar el resto de mi vida. No lo sé, pero lo que sí sé es que estoy perdidamente enamorado de ella. Anoche, cuando casi la pierdo por mis celos absurdos y mis reproches… fue cuando me di cuenta.

Llevo despierto desde hace más de cinco minutos y no puedo dejar de mirar cómo duerme. Su cabeza está apoyada en mi pecho y su cuerpo desnudo está pegado al mío. Es una sensación maravillosa sentir su piel suave contra la mía. Acaricio con mimo el brazo que tiene sobre mí y me fijo en sus preciosos rizos, son algo más claros que el último día que estuve con ella. Sigo unos minutos más así, disfrutando de su contacto, acariciando con suavidad, con la yema de mis dedos su brazo, su espalda… Entonces, al no saber qué hora es, dejo de acariciarla un segundo para mirar la hora en el móvil y María protesta.

—¡Jooo! ¿por qué paras?

Su voz somnolienta me resulta adorable, y contesto divertido:

—¿Estás despierta y no me dices nada?

María se incorpora un poco para mirarme. Tiene los ojos hinchados de dormir, pero está preciosa.

—Estaba dormida hasta que has dejado de hacerme cosquillitas en el brazo.

—¿Cosquillitas? —respondo divertido—. Ahora vas a saber tú lo que son las cosquillitas.

Pongo mis manos justo en el punto donde sé que tiene cosquillas y se las hago. María entre risas me suplica que pare, pero sigo un poco más. Me encanta el sonido de su risa y me fascina verla reír. Finalmente me apiado de ella y paro. Y la miro fijamente a los ojos mientras ella recupera el aliento de tanto reír.

—Dios mío, eres preciosa. No te haces una idea de lo feliz que soy en este momento.

Veo emoción en sus ojos al instante y me besa con mucho amor. Nos besamos durante varios minutos acompañados de caricias, y terminamos haciendo el amor de nuevo de forma apasionada.

Tras darnos una ducha juntos, preparamos algo para desayunar. Tenemos un hambre atroz, sobre todo después de la noche de pasión que hemos tenido. María, tras el desayuno, no puede resistirse a dar unos mimos a Miso mientras yo recojo lo que hemos ensuciado. Entonces se me viene a la mente lo que me dijo mi hermana el día que hablé con ella por teléfono; que fuera a Busan y que llevara a María conmigo. Quizás sea una locura o demasiado precipitado, pero me apetece mucho ir con ella y que conozca a mi familia. Realmente en Corea esto no es lo común, tiene que pasar mucho más tiempo en la relación para presentar a la familia, pero lo nuestro es diferente.

—¿Por qué sonríes tanto? —me pregunta divertida.

Llevo varios minutos apoyado en la isla de la cocina, mirando cómo mima y juega con Miso.

—Porque soy tremendamente feliz y porque se me está ocurriendo algo.

—¿Ah, sí…? —María se acerca y me rodea por la cintura con sus brazos—. ¿Y puedo saber qué es?

Coloco un mechón de su pelo detrás de la oreja con mimo.

—¿Te apetece ir de viaje?

—¿Cuándo?

—Ahora —respondo con una sonrisa.

—¿Ahora? —pregunta subiendo un poco el tono de voz por la sorpresa, y yo asiento con la cabeza. De pronto se aparta de mí dubitativa—. No sé…

—Quiero que conozcas Busan. No tiene nada que ver con Seúl, y sé que te va a encantar.

—Es allí donde viven tus padres, ¿verdad?

Me gusta saber que se acuerda.

—Sí. Sé que es un poco precipitado que te conozcan, pero me apetece mucho verlos. Quiero llevarte conmigo.

Me mira dubitativa, y tras unos largos segundos responde.

—¿Y si no les caigo bien? ¿Y si meto la pata en algo?

Sonrío con ternura.

—Seguro que les caes bien. Solo tienes que ser tú misma.

Duda unos segundos más. Y tras coger aire y soltarlo, contesta:

—Está bien… vayamos a Busan.

Entonces me acerco a ella, la abrazo con fuerza y le susurro al oído:

—Se van a poner muy felices cuando se lo diga.

—Eso espero —comenta divertida—. Por cierto… ¿Cuantos días vamos a estar allí? —pregunta separándose de mí.

—No sé… un par de días o tres. Lo vamos viendo.

—¿Y el trabajo? —pregunta arrugando el ceño.

—No tengo nada importante para esta semana —miento. Ahora mismo lo que me apetece es estar con ella y me da igual el trabajo.

—¡Vale! —Sonríe—. Voy a avisar a Paula. ¡Ah! Y tendré que pasarme a por algo de ropa.

Asiento con una sonrisa. Me encanta verla igual de feliz que yo.

Mientras María habla por teléfono con Paula, yo aviso a la chica que cuida a Miso cuando sé que voy a estar varios días seguidos fuera de casa. Después, me aseguro de coger el regalo que le compré a María en Piaget. Tenía intención de dárselo anoche después del concierto, pero, con lo que pasó, ni me acordé. Se lo daré cuando estemos en Busan. Entonces recuerdo que mi hermana me dijo que la avisara si finalmente me animaba a ir con María, así que le mando un mensaje:

«Hola, hermanita. He pensado en lo que me dijiste, y en unas horas estaré allí con María. Por favor, portaros bien con ella».

A los pocos minutos, mientras preparo una maleta con algo de ropa para el viaje, recibo la respuesta de mi hermana:

«¡Ni que fuéramos unos ogros! Se lo acabo de decir a mamá y papá y están súper ilusionados. ¡Qué ganas tenemos de conocerla!».

No puedo evitar reírme con el mensaje de mi hermana. La verdad es que tengo mucha suerte de tener la familia que tengo. En ese momento, María entra en el vestidor.

—¿Puedo saber qué es lo que te hace tanta gracia? —comenta curiosa.

—Es por mi hermana. Por la forma que tiene de expresarse. Ya lo tengo todo listo, ¿nos vamos?

María asiente y salimos del ático.

Conduzco hasta su casa para que pueda coger algo de ropa, y, al bajarse del coche, se acuerda de algo.

—¡Mierda! No le he preguntado a Paula si tiene alguna maleta pequeña que me pueda dejar, las mías son enormes. Voy a llamarla en un momento.

—No hace falta —intervengo antes de que marque el número—, en la mía hay sitio de sobra. Si quieres podemos compartirla.

María responde mirándome fijamente de una manera que me vuelve loco.

—Me parece una idea estupenda. —Sonríe alegre.

Joder, está tan guapa con esa sonrisa, que me entran ganas de arrancarle la ropa y hacerle el amor con pasión.

Entramos dentro de su casa, y María guarda la ropa que cree que va a necesitar junto con sus cosas de aseo. Cuando ha guardado todo y se ha cambiado de ropa, se acerca un momento a casa de la señora Jihye para despedirse. Una vez que la señora Jihye nos pide que tengamos cuidado en la carretera, inicio la marcha y pongo rumbo a Busan.

En cuanto estamos en la carretera, como hace un día estupendo, acciono un botón y hago que el techo del coche se esconda para disfrutar mejor del viaje.

—¡Madre mía, qué pasada! —exclama maravillada—. Nunca he hecho un viaje en un coche descapotable. Esto necesita una buena banda sonora, ¿puedo? —dice señalando el equipo de música del coche.

—Por supuesto.

Observo lo feliz que está. Está disfrutando como una niña pequeña y eso hace que la desee aún más.

María manipula su móvil y añade su lista de Spotify a mi cuenta, y entonces empieza a sonar Blinding Ligths de The Weeknd por los altavoces del coche. María cierra los ojos y gesticula con las manos al compás de la música. Se nota que esta canción le gusta; la verdad es que es muy buen tema. Cuando comienza la letra, María canta a la vez que el cantante, y una vez más me demuestra lo bien que lo hace. En el estribillo me animo y la acompaño cantando también, ya que es la única parte que me sé. Nunca se me hubiera ocurrido cantar a pleno pulmón mientras conduzco, pero con ella me apetece desinhibirme de esta manera, y la verdad es que me siento genial.

Al terminar la canción, comienza a sonar otra que no me suena de nada, pero María parece conocerla muy bien.

—¿De quién es este tema? —pregunto confundido.

—Es del dj Steve Aoki y la cantante es Ángela Aguilar. El tema se llama Invítame a un café. Es una versión de la canción La gata bajo la lluvia que cantaba la gran cantante española Rocío Dúrcal.

Yo asiento y quiero que me cuente más sobre esa cantante, pero María empieza a cantar y me quedo embelesado escuchándola. Sobre todo cuando aguanta la nota igual que la propia cantante. No entiendo cómo no se dedica a la música con lo bien que lo hace.

Cuando acaba el tema, le pido escuchar el tema original de la cantante española que me ha hablado. Ella, encantada, lo busca y lo pone. La verdad es que la letra es preciosa y esa cantante tiene un tono muy especial.

—¿Aún sigue en activo esta cantante?

Ella niega con la cabeza con tristeza.

—No… hace ya unos años que se la llevó un cáncer.

—Oh —digo con tristeza—. Es una lástima.

—Ya… pero siempre estará en el recuerdo, y sus canciones aún siguen presentes. En México la querían mucho también.

Asiento, y le pido que me cuente más cosas sobre la música en España. Ella, encantada, lo hace, se nota que ama la música en general; pero sobre todo la de su país. Después decide reproducir alguna de mis canciones y me sorprende, a la par que me hace muy feliz, saber que también están en su lista de reproducción.

Cuando llevamos más de dos horas de viaje, decido parar para comer algo e ir al baño. Aprovecho también para llenar el depósito, no me gusta que el coche llegue a la reserva. Cuando estamos listos para afrontar el resto del camino en coche le propongo a María algo.

—¿Te animas? —La miro divertido señalando el coche.

—¿Te refieres a que si quiero conducir? —pregunta confusa.

Me quedo mirándola divertido.

—¿Qué creías que te estaba proponiendo? —digo con una sonrisa pícara.

—Bueno… La pregunta es algo ambigua —contesta de forma seductora.

Siento de repente mucho calor. Llevaría el coche a un sitio apartado y le haría el amor hasta dejarla exhausta. Pero me obligo a desechar la idea.

—Sí. Me refiero a si quieres llevar tú el coche hasta Busan.

María se queda en silencio unos segundos, y responde:

—¡Me encantaría!

Le abro la puerta del conductor y espero a que se suba. Después me subo al coche por la puerta del copiloto y le explico cómo ajustar el asiento y los espejos. Una vez que se ha ajustado todo para conducir cómoda, arranca y, con una sonrisa dibujada en su bello rostro, cierra los ojos al oír el motor. Una vez abre de nuevo los ojos, acelera bruscamente y el coche se dispara, pero frena enseguida. Por un momento me arrepiento de mi decisión, y ella, en cambio, al ver mi cara de susto, se parte de risa.

—Tranquilo… —dice vacilona—. Solo estaba probando la sensibilidad de los pedales. ¿Estás preparado para disfrutar de la buena conducción?

Asiento no muy convencido. Presiento que María es un poco inconsciente al volante. Ella, con una sonrisa de autentica satisfacción, se pone las gafas de sol y acelera.

44
Lee Gi-Won

He de reconocer que María es muy buena al volante. A pesar de que le gusta pisar el acelerador e ir muy rápido, controla el coche cien veces mejor que yo. Los primeros diez minutos estaba muerto de miedo por la velocidad a la que íbamos. Pero poco a poco me he sentido cada vez más a gusto por la seguridad con la que maneja el coche.

Cuando llegamos a Busan ya es de noche. La guío hasta la casa de mis padres, y, una vez llegamos, María aparca el coche con maestría en una sola maniobra.

—Así se aparca —comenta con chulería, y yo no puedo evitar reírme.

María es un poco payasa, y sumo otra cualidad más de ella a la lista de cosas que me encantan.

—¡Vamos! María Schumacher. Entremos dentro.

Ella se ríe con ganas por cómo la he llamado y nos bajamos del coche.

Cojo la maleta y caminamos hacia la entrada de la casa. Cuando me dispongo a introducir el código en la cerradura, mi hermana abre la puerta.

—¡Hermanito! ¡Qué bien que estés aquí! —Chorong me da un abrazo y acto seguido grita—: ¡Mamá, ya están aquí! —Sin darme

oportunidad para presentarle a María, mi hermana me aparta a un lado y se dirige a ella—. ¡Hola! Yo soy Lee Chorong, su hermana. Estoy muy contenta de conocerte. —Mi hermana habla un poco mal el inglés, pero se defiende.

—¡Encantada! Estoy muy contenta de estar aquí y de que me acojáis en vuestra casa. —María se inclina hacia delante al más puro estilo coreano.

Mi hermana hace lo mismo y se sonríen. Acaba de meterse en el bolsillo a mi hermana.

Mi sobrino, como un terremoto, viene corriendo hacia mí y le cojo en brazos.

—¡Tíoooo! ¡Ayer te vi en la tele!

—¿De verdad? —contesto alegre, y mi sobrino asiente sonriendo—. ¿Y te gustó como canté?

—¡Sí!

Me acerco a su carita y le doy un montón de besos en la mejilla. Me giro hacia María, que está sonriendo con ternura.

—Mira, Daeho, esta chica tan guapa es mi novia y se llama María —digo en coreano—. Ella no entiende lo que estamos hablando, así que repite lo que yo te diga ¿vale?

—¡Vale!

—Repite conmigo: «Hola, María» —digo en español.

—Ho-la Ma-ría.

Como era de esperar, la erre no sabe pronunciarla bien, pero, aun así, lo hace muy bien. María sonríe emocionada y mi hermana también.

—Hola, Dae-ho —responde María en coreano y mi sobrino sonríe con timidez.

—¿Te vas a casar con mi tito? —pregunta mi sobrino con su vocecita angelical mirando a María.

Entonces ella me mira y pregunta:

—¿Me puedes traducir, por favor?

Por un momento, se me pasa por la cabeza inventarme cualquier otra cosa, pero también quiero saber qué es lo que responde ella.

—Te ha preguntado si te vas a casar conmigo.

Espero ver en su rostro algún gesto de horror al saberlo. En cambio, María sonríe a mi sobrino y acercándose a él, toca con cariño su pequeña mejilla y contesta:

—Sí tu tío quiere y me lo pide, seguro que sí.

Siento cómo mi corazón late lleno de alegría y emoción ante su confesión. Tragando el nudo que tengo en la garganta, le traduzco a Dae-ho las palabras de María. Él sonríe, y contesta con entusiasmo enseñando su pequeño pulgar.

—¡Okey!

Mi hermana, María y yo nos reímos a la vez.

—Vayamos dentro —ordena mi hermana—. Mamá está terminando de preparar la cena.

Dejo a mi sobrino en el suelo y el corre hacia dentro de la casa de mis padres, gritando:

—¡Abuelo! ¡El tito se va a casar!

Mi hermana corre detrás de él y le regaña por los gritos. Me acerco a María y acaricio su mejilla.

—¿De verdad te casarías conmigo? —pregunto completamente hechizado.

—Por supuesto. —María sonríe y, sin poder aguantarme, la beso. Cuando me separo al oír a mi familia hablar alto, musito—: Perdona por los gritos. Cuando nos juntamos, solemos hablar un poco más alto de lo normal.

—¡No te preocupes! —responde divertida—. Mi familia es igual. Cuando estamos todos parece que estamos discutiendo.

Feliz, sin soltar a María de la mano, entramos dentro. Mi cuñado, al verme, me abraza, y mis padres, emocionados, también. Mi madre me dice que tengo que comer algo más, que estoy muy delgado, y yo protesto. Siempre me dice lo mismo. Cojo a María por la cintura, que se ha quedado a un lado para no estorbar mientras me abrazaban, y se la presento.

—Seojun… Papá… Mamá… Está es María, mi novia —mi cuñado sonríe.

Creo que le ha hecho gracia oír de mi boca la palabra «novia». Mis padres no dicen nada, se quedan observándola unos instantes. Mientras tanto, me dirijo a María en inglés.

—María… —Señalo a mi cuñado—. Este es mi cuñado Kim Seo-Jun, y estos son mis padres, Lee Jung-Ho. —Señalo a mi padre—. Y Park Young-Hee. —Señalo a mi madre.

Ella sonríe y se inclina hacia delante para saludarles.

—Encantada de conocerles. Muchas gracias por acogerme en su hogar. Tienen ustedes una casa muy bonita.

Mis padres, que saben un poco de inglés, se miran y sonríen. Por sus caras ya sé que María les ha gustado. Finalmente mi padre es el

que habla primero.

—Es un placer conocerte por fin. Mi esposa y yo teníamos muchas ganas de poner cara a la mujer que ha conquistado el corazón de mi hijo. ¿De dónde eres, María?

—Soy de España. Concretamente de un pueblo que se llama Arganda del Rey, que está en la provincia de Madrid. Pero desde hace pocos meses vivo en un pueblo pequeño de la provincia de Toledo llamado Magán.

—¿Ves? —le increpa mi madre a mi padre—. Te he dije que era española. —Mi madre se acerca a María con una sonrisa—. Estoy muy contenta de tenerte aquí junto a mi hijo. Ahora vamos a cenar, seguro que tenéis hambre.

María y yo asentimos y mi madre nos pide a todos que nos sentemos en la mesa.

Mi madre ha preparado un gran banquete, como es tradición cuando tienes un invitado en casa. Todos disfrutamos de la comida que ha preparado con la ayuda de mi hermana.

—¿Te gusta la comida que hacemos en Corea, María? —pregunta mi madre con curiosidad.

—¡Sí! No es muy diferente a la cocina española… Bueno… no solemos utilizar tanto picante.

—¿Y de todo lo que has probado, tienes algún plato favorito? —le pregunta mi hermana.

—Sí —sonríe—. Mi plato favorito es el tteokbokki.

Abro mucho los ojos por la sorpresa.

—¡Vaya, que casualidad! —exclama mi hermana—. También es el plato favorito de mi hermano. Esto tiene que ser alguna señal.

Todos se ríen por el comentario, y yo me limito a sonreír. Cada vez estoy más convencido de que el destino es quien nos ha juntado.

—¿Sabéis una cosa? —intervengo—. María cocina muy bien. He tenido la suerte de probar algunos platos españoles hechos por ella, y están muy buenos —María se sonroja un poco por mi cumplido.

—¡Qué suerte! —exclama mi hermana.

—Si queréis, mañana os puedo preparar algo típico español —dice María, ilusionada.

—¡Sí, sí, sí! ¡Por favor! —exclama mi hermana, emocionada, juntando las dos manos.

—Chorong, por favor, compórtate —la regaña mi madre—. María es nuestra invitada, no está aquí para hacer de cocinera.

—¡Oh, no se preocupe, señora Park! Me encantaría hacerlo. Yo creo que una paella valenciana sí que podría hacer. Creo que no habría problema para encontrar los ingredientes. Si a usted le parece bien…

Mi madre sonríe. Conozco a mi madre y por la manera en que la mira, ya sé que la ha conquistado el corazón.

—Me parece una idea estupenda —le responde mi madre.

Al terminar de cenar, María se levanta a ayudar a mi madre y a mi hermana a recoger todo, y ellas encantadas se dejan ayudar. Me siento muy feliz al oír las risas de mi madre y mi hermana junto a María desde la cocina.

—Se ve que es muy buena chica —comenta mi padre cuando nos hemos quedado solos en el salón, mientras mi cuñado ha ido a acostar a mi sobrino.

—Lo es, papá.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y nueve años —respondo.

—Es mayor que tú… —comenta pensativo—. No los aparenta, creí que tenía la misma edad que tú, hijo.

—¿Hay algún problema, papá? —pregunto un poco molesto.

—No, hijo, ninguno. Solo quería saberlo. Para mí lo más importante es que tú seas feliz. La edad solo es un número. En cuanto he visto tu cara al entrar, no sabes lo contento que me he puesto. Hacía mucho tiempo que no te veía tan feliz, hijo. —Las palabras de mi padre me emocionan.

—Gracias, papá.

Cuando María regresa a mi lado junto a mi madre y mi hermana, nos quedamos un rato más contestando las preguntas de mi familia sobre cómo nos conocimos. Mi madre, al decirle que estamos agotados, nos pide que la sigamos para decirnos dónde vamos a dormir. La casa de mis padres tiene dos plantas, en la planta de abajo hay dos habitaciones y cada una tiene su propio baño. Y en la de arriba hay una habitación con un baño, y el despacho de mi padre. Subimos a la planta de arriba y entramos en la habitación en la cual hay una cama grande de matrimonio. Me quedo extrañado, porque la última vez que estuve aquí, esta cama no estaba.

—Esta es vuestra habitación —dice mi madre con una sonrisa. María se queda un poco cortada. Sé lo que está pensando y soy yo quien hablo.

—¿Para los dos? —pregunto sorprendido.

—¡Para quién si no! La cama, como veis, es grande, creo que vais a estar cómodos. Y tenéis un baño para vosotros solos.

—No me refiero a eso, mamá. Me refiero a que…

—Sé a lo que te refieres —me corta—, no soy tonta. Sinceramente, veo una tontería separaros a la hora de dormir. Fuera de aquí sé de sobra que habéis dormido juntos, y lo seguiréis haciendo, ¡es normal! —Sonríe—. Las cosas han cambiado y tenemos que adaptarnos a los tiempos. Abajo no se oye nada, pero, por si acaso, no hagáis mucho ruido.

—¡Mamá! —protesto avergonzado, y ella se ríe.

María no dice nada, por su cara veo que está tan avergonzada como yo.

—Os dejo que descanséis. —Mi madre sale por la puerta y antes de cerrar dice—. Hasta mañana, que descanséis.

María suelta el aire que ha estado reteniendo todo este rato en cuanto se cierra la puerta y comenta:

—Esto es surrealista. Tenía entendido que en Corea erais muy tradicionales.

—Y yo también lo creía. Créeme que estoy tan sorprendido como tú. —Reímos divertidos. La cojo por la cintura y la acerco a mi cuerpo—. No sabes las ganas que te tengo desde esta mañana.

—Yo también —dice acercando su boca a la mía—. Pero no deberíamos…

—Lo sé… —musito—. Pero me vuelves loco.

La beso con urgencia. La necesito, y necesito poseerla. Nos desnudamos el uno al otro con premura y, sin hacer ruido, nos hacemos el amor con dulzura.

Por la mañana me despierta la vibración del móvil. Lo cojo y veo que es una llamada de Jihoo, mi representante. María está profundamente dormida, así que, para no molestarla, me levanto y salgo al balcón al que se puede acceder desde esta habitación, que tiene unas vistas impresionantes del mar, para atender la llamada.

—¡Dónde estás! —grita mi representante en cuanto descuelgo.

—Buenos días a ti también —contesto con ironía.

—Déjate de gilipolleces y dime dónde estás. Hace más de media hora que te esperan para la entrevista.

—Necesitaba estar relajado unos días, así que me he ido de viaje. Programa la entrevista para otro día, y el resto de las actividades de esta semana también —respondo despreocupado.

—¡Pero tú estás loco! —grita enfadado. Tanto que hasta me tengo que separar el teléfono de la oreja—. ¡¿Tú sabes lo que me cuesta conseguir cada una de las cosas que tienes programadas?! ¡Esto va a afectar a tu reputación!

—Es lo que hay —digo en el mismo tono despreocupado—. Si realmente me valoran, sabrán esperar.

—Estás con ella… ¿verdad? —suelta de repente.

—Lo que haga en mi vida privada solo es asunto mío. No tengo que dar explicaciones.

—Giwon… —Cambia a un tono conciliador—. Eres como un hijo para mí y solo quiero tu bienestar. Y esa chica no te está haciendo bien. Además, no es de fiar. La noche del concierto la vieron con Minho abrazándose.

Reconozco que la noticia no me sienta bien. Saber que María se abrazó con Minho me molesta. Pero confío en ella y en lo que me

dijo, que solo son amigos y tengo que respetarlo.

—Ya lo sabía —contesto—. Hablé con Minho después del concierto y nos invitó a su fiesta. Yo no me encontraba bien y no fui, pero María sí. Después, él mismo la acompañó hasta mi casa.

Jihoo maldice por lo bajo.

—Tú mismo, pero esa chica, tarde o temprano te romperá el corazón. Cuando vuelvas de tus días de relax, avísame. Yo, mientras tanto, intentaré salvar lo que pueda.

—Está bien. Gracias, Jihoo.

Mi representante cuelga sin despedirse. Está realmente enfadado. Es la primera vez que me sublevo de esta manera, pero también es la primera y la única vez que estoy enamorado hasta lo más profundo de mi ser. Y una y otra vez resuena en mi mente lo que mis padres me han enseñado, que la felicidad es lo primero.

Entro a la habitación de nuevo y me encuentro a mi sobrino metido en la cama con María. Ella lo abraza, y a mí se me cae la baba al verlos, no puedo evitar sonreír como un tonto. Me acerco a ellos, y mi sobrino abre los ojos al sentir mi peso en la cama.

—¡Hola, tito!

—Hola, colega. ¿Estás intentando robarme a mi novia? —cuchicheo divertido.

—¡Nooo! Mamá me ha enviado a despertarte, pero no estabas. Así que he despertado a la tita, pero no me entiende. Y ella con gestos me ha dicho que me pusiera aquí, y me he puesto. Se está muy a gusto.

—Ya te veo —comento entre risas.

—¿Y sabes una cosa, tito? —Hago un gesto con la cabeza para que continúe—. La tita huele muy bien.

Sin poder evitarlo, suelto una risotada.

—No sé qué te estará contando, pero me gustaría saberlo —dice María con voz somnolienta.

La miro y contesto divertido.

—Dice que está muy a gusto a tu lado y ha dicho, en palabras textuales: «La tita huele muy bien». Creo que me ha salido competencia.

María se ríe y yo con ella.

—Es que es clavadito a ti. Parece más hijo tuyo que de tu hermana.

Encantado, le digo a mi sobrino que se levante, pero no quiere. Así que me obliga a hacerle cosquillas y él se ríe a carcajadas. María nos observa divertida y se une, pero ella me hace las cosquillas a mí y mi sobrino la ayuda. Después de estar un rato haciéndonos cosquillas, cojo a mi sobrino en brazos y bajamos los tres a la planta de abajo. Mi madre ha preparado un montón de cosas para desayunar y están todos esperándonos.

—Buenos días, ¿qué tal habéis dormido? —pregunta mi madre mientras nos sentamos.

—Muy bien, mamá. Por cierto, la cama es nueva, ¿no? —pregunto mientras sirvo café a María.

—Tan nueva que la habéis estrenado vosotros —apunta mi hermana—. La encargaron cuando les conté que te gustaba una chica.

Alucinado, miro a mi madre.

—¿Es eso cierto?

—Llevaba mucho tiempo pensando si comprarla o no, y al contarme eso tu hermana, me decidí.

Me siento feliz de que mi familia acepte mi relación con María. Nunca pensé que se volcarían tanto.

Desayunamos todos juntos entre risas por las ocurrencias de mi sobrino. Y al terminar, María se va con mi hermana y mi madre a comprar los ingredientes que va a necesitar para la paella, y yo decido salir a correr. Cuando vuelvo, ya están en casa preparando la comida.

—Qué bien huele —digo mientras abrazo por detrás a María. Mi madre y mi hermana sonríen—. Esta noche vamos a salir a cenar tú y yo solos —le susurro al oído.

María gira la cabeza para mirarme y, sonriendo, contesta:

—Vale. Por cierto, he visto algunas fotos tuyas de pequeño, estabas… adorable.

María se aguanta la risa, y miro a mi madre y mi hermana, que sonríen divertidas.

—¿Se puede saber qué fotos mías le habéis enseñado? —pregunto un poco molesto.

—No te preocupes, hermanito. Solo le hemos enseñado algunas fotos tuyas de pequeño.

—No sé por qué, pero no os creo. ¿Cuáles más a visto? —Entrecierro los ojos.

Mi madre y mi hermana se miran cómplices con una sonrisa.

—Tranquilo, hijo. Solo le hemos enseñado algunas fotos de tu adolescencia, y en algunas sales haciendo el tonto, nada más.

—¿Y cómo le enseñas eso, mamá? —protesto.

—Anda, no seas exagerado. Ve a darte una ducha mientras termina María de cocinar.

Molesto con mi madre y con mi hermana, doy un suave beso a María en la mejilla, y salgo de la cocina para darme una ducha.

45
María

La paella ha sido todo un éxito. Les ha encantado a todos y me siento halagada. La verdad es que la familia de Giwon es un encanto. Me están tratando como si ya fuera de la familia y nunca pensé que esto sería así. Paula me había contado que en Corea son bastante conservadores, y por ahora me estoy encontrando todo lo contrario. La verdad es que me siento muy a gusto con la familia de Giwon, y su sobrino me tiene enamorada.

Al atardecer estoy lista para salir con Giwon a cenar. Me ha pedido que me ponga muy guapa para la ocasión, y eso he hecho. No me ha querido decir dónde me va a llevar, pero por su sonrisa sé que ha preparado algo especial. Él también se arreglado para la ocasión y está guapísimo. Su familia nos llena de halagos al vernos y no puedo evitar sonrojarme. Su sobrino quiere venir con nosotros, y se queda muy triste cuando Giwon le explica que no puede. Para compensar, le promete que al día siguiente pasaremos el día todos juntos. Ver el cariño con el que Giwon trata a su sobrino hace que me derrita de amor, y no puedo evitar sonreír como una boba.

Giwon, como un auténtico caballero, me abre la puerta del coche y espera a que suba para cerrarla, y después se sube él por el lado del conductor. Una vez dentro me da un beso breve en los labios y arranca. Conduce hasta la parte de la ciudad donde hay increíbles

rascacielos a pie de playa. La zona está bastante transitada, y creo que es la zona más exclusiva de la ciudad.

Giwon detiene el coche enfrente de un magnífico rascacielos que está a pie de playa, y junto a este edificio hay otros dos prácticamente de la misma altura. Un chico con uniforme se acerca al coche, y me abre la puerta que previamente Giwon ha desbloqueado, para ayudarme a salir. Me tiende la mano caballeroso y, al darle las gracias, sonríe complacido. Giwon se acerca al chico, y dándole las gracias le da las llaves del vehículo. Me fijo en la cara del chico, y parece entusiasmado por el coche que va a poder aparcar. Giwon me coge de la mano y caminamos hacia el interior del edificio.

Al entrar, me doy cuenta de que es un hotel de lujo, la decoración es impresionante y me quedo completamente alucinada.

—¿Vamos a cenar aquí? —pregunto maravillada.

—Ahora lo sabrás —contesta Giwon con una sonrisa.

Los empleados, al reconocerlo le saludan, y uno de ellos, que parece ser el encargado, nos acompaña hasta el ascensor. Subimos hasta la última planta, y al salir del ascensor estamos en lo que parece ser el restaurante, pero me llama la atención que no hay absolutamente nadie, solo están los camareros. El encargado del hotel nos guía hacia una puerta doble de cristal y, al cruzarla, accedemos a una terraza enorme llena de luces. Pero lo mejor son las vistas panorámicas que tiene de la ciudad, y del mar.

—¡Qué pasada! —musito mientras me acerco más al borde de la terraza para admirar las vistas y la puesta de sol.

Giwon se acerca por detrás y me abraza.

—Sabía que te iba a gustar —susurra en mi oído, y me hace estremecer.

Me doy la vuelta para mirarlo a los ojos y le digo:

—Muchas gracias por traerme a un sitio tan maravilloso como este.

Giwon sonríe y me besa con ternura.

De fondo suena la canción Die with a smile de Bruno Mars con Lady Gaga.

—Quería cenar contigo en un sitio especial —dice cuando deja de besarme, y señala la mesa que hay en medio de la terraza con velas y una rosa roja.

Emocionada, me acerco a la mesa, cojo la rosa y, acercándomela a la nariz, aspiro su increíble aroma.

—Todo esto es precioso, pero ya te dije que a mí no me hacen falta todos estos lujos para demostrarme lo que sientes. A mí me basta cualquier lugar, aunque sea debajo de un puente, mientras esté contigo.

—Lo sé. Y por eso te amo aún más. Eres la mujer más increíble que he conocido y a la que quiero seguir conociendo. —Sus palabras me emocionan e intento aguantar las lágrimas que luchan por salir. Pero Giwon sigue—: Te mereces esto y mucho más, y mientras pueda seguir disfrutando de este tipo de sitios contigo, lo seguiré haciendo. Eres mi vida, María.

Giwon saca de su chaqueta una cajita de terciopelo de color negro. Yo, con lágrimas en los ojos que no he podido retener más, los abro sorprendida.

—¿Qué es eso? —pregunto asustada.

Si es lo que creo, no sé qué responder, sería demasiado precipitado. Nos conocemos desde hace solo un mes. Giwon sonríe al ver mi reacción.

—Tranquila… no es lo que crees. —Respiro aliviada—. Esto lo compré el día que estuvimos en la Lotte World Tower. Quería habértelo dado después del concierto, pero esa noche entre unas cosas y otras no encontré el momento. Cuando la vi, supe que era para ti.

Giwon abre la caja de terciopelo negro y en el interior hay una pulsera preciosa de color rosa con un brillante. Emocionada por el regalo, me fijo que en el reverso de la tapa pone «Piaget».

—Esto no es oro rosa, ¿verdad?

Giwon asiente con una sonrisa.

—La pulsera es de oro rosa de dieciocho kilates. Y eso que brilla es un diamante —me aclara.

—¡Pero esto tiene que ser carísimo! —musito sorprendida—. No quiero que me regales joyas tan caras.

Haciendo caso omiso a lo que le he dicho, coge la pulsera y me la pone en la muñeca.

—Pero yo quiero regalártela. María… con esta pulsera quiero pedirte dos cosas. La primera es: si quieres ser mi novia.

Con el corazón a mil, respondo:

—Por supuesto que quiero. —Que quiera poner una etiqueta a lo nuestro me hace muy feliz. Es la primera vez que puedo decir que tengo novio—. ¿Y la segunda cosa? —pregunto con curiosidad, y Giwon sonríe nervioso.

Creo que es la primera vez desde que estoy con él, que le veo tan nervioso.

—María… —se pasa la mano por la nuca—. Quiero que vivas conmigo. —Me quedo en shock durante unos largos segundos. No me esperaba para nada esto. Cuando intento decir algo, Giwon pone un dedo en mi boca para que no diga nada y justo en este momento suena de fondo Perfect de Ed Sheeran—. Déjame que me explique antes de que contestes. —Asiento y él sigue—. Quiero que vivas conmigo hasta que llegue el inevitable momento en que vuelvas a España. Quiero pasar cada segundo contigo hasta ese momento. Después… hallaríamos la forma de estar juntos. Si tú quieres…

Mi corazón va a mil por hora, y un cúmulo de sensaciones invade cada poro de mi piel, que van desde la alegría más absoluta hasta el miedo más atroz. No sé si guiarme por la razón o por el corazón, estoy hecha un lio. No quiero volver a equivocarme. Giwon me mira nervioso a la espera de una respuesta. A primera vista parece sereno, pero le delata la cantidad de veces que se ha tocado la oreja y la nuca. Finalmente respondo:

—Paula y la señora Jihye se van a poner muy tristes… Y mi respuesta es sí. Quiero estar contigo el máximo tiempo posible también. Me mudo contigo. —Sonrío nerviosa y a Giwon le cambia la cara completamente. Refleja la más absoluta felicidad. Me abraza con tanta fuerza que hasta me cuesta respirar—. Mi amor… si sigues apretando así es posible que no llegue ni a mañana —digo con un hilo de voz por la falta de aire, y Giwon deja de abrazarme de inmediato.

—¡Perdóname, de verdad! —comenta angustiado—. Es que me ha podido la emoción del momento. ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

—Estoy bien, tranquilo, solo necesitaba aire en mis pulmones —comento riéndome, y Giwon también ríe.

Felices, nos besamos, y después nos sentamos en la preciosa mesa que nos han preparado para la ocasión. El sitio, con las vistas, las velas y la música de fondo, hacen que este momento sea maravilloso y especial. Y lo mejor es la persona que tengo enfrente de mí, que me demuestra una y otra vez que me quiere tal como soy.

La cena es maravillosa, y muy romántica con la música de fondo. Hablamos, reímos, nos besamos… y cuando empieza a sonar Love you with all my heart, la canción de la serie coreana La reina de las lágrimas; Giwon se levanta y, tendiéndome la mano, me invita a bailar. Me levanto y me rodea con sus brazos por la cintura, le abrazo por los hombros, y bailamos lentamente. Me siento como si estuviera flotando en una nube, y una corriente eléctrica recorre mi espalda cuando Giwon susurra cantando.

«I wish, I could have told you that. I was born to love you»
(Desearía haberte dicho. Que nací para amarte)
«To love you with all my heart.
Neol Hyanghan simjangi meomchwojijiga ana»
(Para amarte con todo mi corazón. Mi corazón por ti no deja de latir)

Tras este momento tan romántico, Giwon, sin soltarme de la mano, camina hacia el ascensor y me lleva dos plantas más abajo.

Caminamos por el pasillo hasta una de las habitaciones del hotel, que resulta ser la «Suite Diamond», como se puede leer en la placa que hay en la puerta. Al entrar y ver la espectacular suite, no puedo evitar llorar de la emoción.

—¡Ey! ¿Qué te pasa, mi amor?

Giwon se acerca y me coge el rostro con ternura.

—Nada. —Me limpio las lágrimas—. Es solo que me siento muy feliz. Pero no por esto. —Señalo la impresionante habitación—. Es por ti. No entiendo qué has visto en mí. Solo hay que verte a ti. —Le señalo—. Eres guapo, con un cuerpo que quita el hipo, y mírame a mí… Soy todo lo contrario.

—María… —Me acerca más a él poniendo sus manos en mi cintura, y me mira con dulzura—. El cuerpo se puede modificar si uno quiere y a mí me gusta lo que veo. Pero el alma no se puede modificar… y yo estoy enamorado perdidamente de tu alma.

Me estremezco al oír sus palabras. Y mi corazón parece que se me va a salir del pecho por la fuerza con la que late. Pongo mis manos en su bello rostro, y miro fijamente a sus preciosos ojos marrones.

—Te amo…

Y sin decir nada más le beso. Un beso cargado de amor y pasión.

Saboreo su boca con deleite y su lengua busca la mía. El beso se vuelve más y más ardiente y mi cuerpo pide más. Nos liberamos de la ropa despacio, entre besos y caricias. Sin dejar de besarle hago que se siente en el sillón y después beso cada centímetro de su torso hasta llegar a su miembro excitado. Lo acaricio y lo miro con deleite. Entonces, mirándole a los ojos, lo introduzco en mi boca lentamente.

—Hum… ¡Joder! —gime cuando lamo y chupo la punta de su excitado pene.

Sonidos guturales de puro placer me indican que está disfrutando con lo que le hago. Separo mi boca de su pene y vuelvo a besarle en la boca.

—¿Has traído preservativos? —susurro completamente excitada contra su boca.

—Sí… —responde con la misma excitación—. Están en el interior de mi chaqueta. Me aparto un momento, cojo la chaqueta del suelo y cojo el condón. Con una sonrisa pícara y con la mirada cargada de lujuria, se lo pongo con la boca. Acto seguido, me coloco encima de él, me aprieta las nalgas y me empalo en él lentamente. Gimo al sentirlo por fin dentro de mí. Le miro mientras comienzo a moverme y tiene las pupilas completamente dilatadas.

—Joder, María… me vuelves loco —susurra con voz ronca.

Sale y entra de mi con fuerza y profundidad, disfrutando de cada embestida. Sin separar nuestras bocas, sigo moviéndome de arriba a abajo hasta que un intenso orgasmo me invade haciéndome gritar de puro placer. Y Giwon, tras embestirme una vez más con fuerza, llega al clímax arrancándole un gruñido de lo más profundo de su garganta.

Con la respiración aún agitada, Giwon me besa y, con una sonrisa, musita:

—Te amo con toda mi alma.

46
María

Está amaneciendo y no hemos dormido nada. Nos hemos pasado la noche haciendo el amor en el sofá otra vez, en el jacuzzi, en la cama… Ha sido increíble y tremendamente romántico. Y ahora estamos abrazados, sentados en la terraza de la suite, viendo el amanecer con vistas al mar, desayunando lo que hemos pedido al servicio de habitaciones. Al terminar el desayuno, nos tumbamos en la cama y, abrazados, nos quedamos dormidos.

Me despierta el sonido de la entrada de mensajes en mi móvil. Miro la hora y veo que son las doce de la mañana. Cojo el móvil y miro a ver quién es. Al ver que es un mensaje de Minho, lo leo inmediatamente.

«Hola, María. ¿Cómo estás? Supongo que Giwon y tú lo habéis arreglado. No he dejado de pensar en la otra noche, cuando cantamos juntos. Me gustaría incluir esa canción en mi próximo disco, haciendo un dueto contigo. Piénsatelo y me dices, ¿vale? Un beso».

—¿Quién te ha escrito? —pregunta Giwon adormilado.

Está detrás de mí, abrazándome.

—Es Minho —respondo.

Giwon quita el brazo que tenía encima de mí y se incorpora para mirarme. Tiene la cara hinchada de dormir.

—¿Y se puede saber qué es lo que quiere?

—Me ha pedido que haga una colaboración con él, para su próximo disco.

Giwon me mira sin entender nada.

—¿Pero acaso sabe que cantas?

Giwon no sabe nada de lo que pasó en la fiesta, entonces se lo cuento. Y hago hincapié en que fue un desafío por parte de Yuri.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta serio.

—Le voy a decir que no. Solo canto porque me gusta. Nunca he tenido intención de dedicarme a la música.

Se queda serio, muy serio, durante unos largos segundos mirando a ninguna parte. Finalmente musita:

—María… —Hace una pausa—… no quiero que lo hagas por mí. Si te apetece, hazlo, solo te pido que tengas cuidado, Minho no es de fiar.

Me incorporo para poder mirarlo mejor a la cara.

—No lo hago por ti, lo hago por mí. Además, si algún día decido cantar un dueto de manera profesional, sería contigo en primer lugar.

Giwon me mira con dulzura.

—¿De verdad? —Asiento y añade—: Me encantaría.

—Pero no entiendo por qué dices que no es de fiar. ¿Qué os pasó?

—¿No te ha contado nada? —pregunta extrañado.

—No. Me dijo que no sabe por qué estás así con él.

Giwon suelta una risita irónica.

—A Minho lo descubrió mi representante, igual que a mí. Era muy joven todavía, no había cumplido aún los dieciocho años y era muy tímido. Me acerqué a él para ayudarle a integrarse mejor, y darle

algunos consejos para sobrellevar mejor el cambio de vida tan drástico que iba a experimentar. Entonces empezamos a tener más relación y nos hicimos muy amigos, tanto que, hasta más de una vez, se venía conmigo a casa de mis padres a comer. Mis padres estaban encantados con él y lo acogieron como a un hijo. Un día, Jihoo, mi representante, que por aquel entonces también era el suyo, nos informó que la marca Yves Saint Laurent buscaba una imagen nueva y estaban muy interesados en que fuera yo. Imagínate el salto que iba a dar en mi carrera: ser conocido a nivel internacional y poder tener muchísimos más proyectos y oportunidades en otros países.

—¿Y a Minho no le gustó que te eligieran a ti? —le interrumpo.

—Al contrario, se alegró por mí. Bueno… eso es lo que me hizo creer. Una semana antes de la reunión que iba a tener con los representantes de la marca, Minho desapareció. No se pasaba por la agencia, y cuando le mandaba algún mensaje para saber si estaba bien, me respondía que estaba todo bien. Dos días antes de la reunión, cuando estaba a punto de ir al aeropuerto para ir a París, Jihoo me comunicó que ya no había reunión porque ya tenían a alguien… y ese alguien era Minho.

—¡No te creo! —exclamo alucinada.

—Así es. Minho se buscó otro representante y me quitó mi gran oportunidad. Me decepcionó a mí y a Jihoo. Pero sobre todo a mí. —Veo en el rostro de Giwon cómo esa decepción todavía persiste—. Por eso te pido que tengas cuidado con él, porque a la mínima, te traiciona.

—¡Qué fuerte! —exclamo aún alucinada. Me quedo pensativa unos segundos, analizando todo, pero hay algo que no llego a entender—. Pero hay algo que no me cuadra.

Giwon me mira extrañado.

—¿Algo qué no te cuadra? —Levanta las cejas.

—Sí, me refiero a que hay algo que no encaja. Cuando estuve con él en su fiesta, me preguntó dónde nos habíamos conocido tú y yo.

—¿Y para qué te pregunta eso? —me interrumpe—. ¡Y a él que le importa!

—Espeeera… —le pido en tono calmado—. Escúchame por favor. —Giwon asiente—. Le expliqué que fue en el evento de K-Lex. Y por lo visto fue él quien le dijo a los de la marca que te llamaran cuando él no pudo asistir. —Giwon arruga la frente y se queda en silencio pensativo—. No tiene mucho sentido que se preocupe por ti cuando no tuvo ningún problema en traicionarte.

—No creo que eso sea cierto… Pero si es así, estará intentando lavar su conciencia.

—No sé… —comento pensativa—. ¿Quién te dijo que Minho había sido elegido para representar a la marca Yves Saint Laurent?

—Jihoo.

—¿Y no hablaste con Minho después?

Giwon niega con la cabeza.

—No… No me apetecía escuchar escusas.

—Pues creo que deberías haber hablado con él. Quizás no sabes toda la verdad de lo que ocurrió. Minho me comentó que para él sigues siendo su mejor amigo, y no sabe por qué estás así con él.

Giwon me mira con enfado.

—Sí lo sabe. Hay que ser muy idiota para no saberlo. Además, no tengo porque dudar de Jihoo. Él siempre se ha preocupado por hacerme crecer en mi carrera.

—Vale, vale, perdóname. —Le toco con cariño la mejilla—. No te enfades conmigo. Es solo que me cuesta creer que Minho haya hecho una cosa tan fea, y seguir considerando que eres su mejor amigo. Aunque, pensándolo bien, yo hice lo mismo con Tania. Con la diferencia de que a ella no le ha importado.

—Cada persona es diferente. Quizás algún día lo perdone… pero por ahora, no. No te voy a prohibir que seas su amiga, solo te pido que no confíes del todo en él.

—Vale —musito.

Me quedo mirándole fijamente y sonrío.

—¿Puedo saber por qué sonríes así? —pregunta algo más relajado.

—Es solo que me encanta la peca esta que tienes aquí en el puente de la nariz. —Acerco un dedo para tocarla—. Te queda muy bien.

Él sonríe.

—Pensé en quitármela.

—Pues no lo hagas, porque te hace único.

Giwon se acerca más a mí y su boca queda a escasos milímetros de la mía, y mi corazón se empieza a acelerar.

—A mí me encantan tus ojos y tu forma de mirar —musita de forma sensual—. Tienes una mirada cautivadora y me enamoré de ella el día que te vi por primera vez. No lograba quitarla de mi mente.

Sin decir nada más, nuestras bocas se juntan con ansia y terminamos haciendo el amor una vez más, apasionadamente.

Cuando dejamos el hotel, le pido a Giwon ir a la playa para ver el mar más de cerca. En cuanto llegamos, me quito los zapatos deprisa y corro hacia la orilla. Me apetece sumergir los pies en este mar que nunca pensé que estaría. El agua está fría, pero me da igual porque en este momento me siento plena y extremadamente feliz. Giwon me abraza por detrás y nos quedamos así, en silencio… escuchando las olas del mar, durante un largo rato.

Tras este maravilloso momento en la playa, nos subimos al coche y regresamos a casa de sus padres. Al llegar, su sobrino nos recibe con alegría, abrazándonos y llenándonos de besos.

—Parece que venís muy relajados, ¿no? —comenta su madre.

Yo me pongo roja como un tomate, porque sé que lo dice con segundas. No entiendo por qué me da tanta vergüenza su insinuación. Debe ser que no me esperaba que su familia fuera tan… comprensiva.

—¡Mamá, por favor! —protesta Giwon.

—¡No he dicho nada malo! ¿He dicho algo malo? —Mira a su hija Chorong, la cual está partiéndose de risa.

Giwon mira a su madre molesto.

—Lo insinúas, que es peor.

Su familia al completo se ríe a carcajadas y yo no puedo evitar reírme también.

—¡Anda, hijo, no te enfades! —exclama su madre con cariño.

Al día siguiente pasamos el día entero con su familia haciendo turismo. Me llevan a ver los sitios más turísticos de la ciudad, como el Templo Haedong Yonggunsa. Que está ubicado en un precioso acantilado frente al mar. La imponente plataforma de cristal Oryukdo Skywalk, que te permite tener la maravillosa sensación de caminar por el cielo. Y no podía faltar lo de subir al segundo edificio más alto de Corea: el Busan X the Sky, para disfrutar de unas increíbles vistas.

Como cena de despedida, ya que al día siguiente volvemos a Seúl, me ofrezco a hacer unas tortillas de patata. Giwon les ha hablado de esta comida tan típica española a su familia, y no podía permitir que se quedaran con las ganas de probarla. Junto a las tortillas, decido preparar también arroz con leche. Con este postre me la juego, porque ya de por sí en España no a todo el mundo le gusta. Pero es que en Corea no conciben que el arroz se utilice para hacer un postre. Así que ya veremos qué cara ponen cuando lo prueben.

Giwon me ayuda con las tortillas, mientras su madre y su hermana observan, y apuntan cada ingrediente y su preparación. Cuando llega la hora de probar todo, he de reconocer que estoy nerviosa por saber qué opinan.

—Ya verás como les encanta todo —me susurra Giwon al oído.

Con las tortillas quedan encantados, sobre todo con la de cebolla. He preparado una de ellas sin cebolla para que la probaran también. Y lo mejor es con el postre: sus caras al ver el arroz con leche son un poema. Se miran unos a otros esperando a ver quién es el valiente que lo prueba primero. El primer valiente en probarlo es Kim

Seojun, el cuñado de Giwon. Todos le miramos expectantes para ver su reacción, y finalmente afirma con una sonrisa:

—Hum… ¡me gusta! —comenta con cara de sorpresa, y acto seguido lo prueban los demás.

—¡Está muy bueno! —exclama Chorong, y los demás asienten dándole la razón.

La mejor prueba de que les ha gustado es ver que los cuencos los dejan vacíos.

Feliz por haber conseguido dejar a todos satisfechos con la comida, ayudo a la madre de Giwon a recoger.

—Estoy muy feliz de que mi hijo te haya encontrado —comenta cuando nos quedamos solas en la cocina—. Había perdido la esperanza de verle enamorado de verdad… pero dios se ha encargado de que os encontréis. —Sus palabras me están llegando a lo más hondo del alma—. No me hace falta decirte que lo cuides, porque ya lo sé. Sé que lo amas tanto como él te ama a ti y lo cuidarás tanto como él a ti. Gracias, María. Gracias por ser tan auténtica, maravillosa y buena.

La miro con los ojos empañados en lágrimas y no me salen las palabras. Sabiendo que quizás para ella sea excesivo, la abrazo con mucho cariño y ella me lo devuelve.

Tras estar varios segundos abrazadas, terminamos de limpiar todo y volvemos al salón con el resto. Me siento al lado de Giwon, que entrelaza sus mano con la mía y me comenta:

—Mi sobrino quiere preguntarte algo.

—Vale, soy toda oídos —contesto curiosa.

Giwon habla con su sobrino en coreano, y después se dirige a mí.

—Quiere dormir esta noche con nosotros porque mañana nos vamos. Y su pregunta literal es: «Tita, ¿puedo dormir contigo y con el tito?».

No puedo evitar derretirme. Es un amor de niño, y que para él ya sea su «tita» me llega al corazón.

—No te sientas obligada, que este niño es un caprichoso —comenta Chorong en inglés.

—Por mí, sí —comento, y miro a Giwon—. ¿Y tú qué opinas?

Con una sonrisa, mira a su sobrino y le da la respuesta en coreano.

El niño, alegre, se baja del regazo de su madre, y corriendo se abraza a mí y a Giwon. Todos reímos ante el arrebato del niño.

—Si veis que no os deja dormir, no dudéis en bajarlo con nosotros —comenta Chorong.

—Tranquila, hermana. —Sonríe Giwon, divertido—. Daeho ya es un hombrecito y se sabe comportar.

Pasamos un rato más todos juntos, riendo con las anécdotas que me cuentan sobre Giwon y su hermana cuando eran pequeños. Y nos damos cuenta de que Daeho tiene mucho sueño, y está luchando por mantener sus preciosos ojitos abiertos. Así que decidimos irnos todos a dormir. Cuando llegamos a la habitación, dejamos al niño en el medio de la cama, y tras ponernos algo cómodo para dormir, nos acostamos uno a cada lado de Daeho. Al sentirnos a su lado, nos coge con su manita la mano y nos dormimos.

Al día siguiente tras desayunar llega la hora de marcharnos. Daeho no quiere que nos vayamos, y se pone a llorar. Entonces, le

prometemos que pronto iremos a verle a su casa en Seúl, y se queda un poco más tranquilo. Cuando me despido de los padres de Giwon, no puedo evitar emocionarme.

—Muchas gracias por todo, de verdad. Me he sentido como en casa —musito intentando aguantar las lágrimas.

—Gracias a ti, María. Para nosotros ya eres parte de la familia —responde el padre de Giwon.

Y su mujer asiente emocionada confirmando lo que me ha dicho.

Por último, nos despedimos de Chorong y su marido. Nos subimos al coche y ponemos rumbo a Seúl.

—Cuando lleguemos, tengo que decirle a Paula y a la señora Jihye que me voy contigo a vivir —comento con una mezcla de tristeza, nervios y entusiasmo.

Giwon coge mi mano y la besa con dulzura.

—Estoy deseando vivir contigo, María.

47
Lee Gi-Won

Como era de esperar, Paula se alegra de nuestra decisión, pero por otra parte le da pena no tener a María en casa. La señora Jihye, con su sonrisa imperturbable, se alegra mucho por María, por su niña; e insiste en devolverle la mitad del dinero que ha pagado este mes por la habitación, pero ella se niega en rotundo. Tras un rato de discusión, finalmente gana María. Tras recoger todas sus cosas y guardarlas en las maletas, nos despedimos de Paula y la señora Jihye, y nos vamos por fin a mi casa. Ahora nuestra casa.

—Se lo tengo que decir a Marc también. Va a flipar cuando se entere —comenta mientras conduce.

He decidido que sea ella quien lleve el coche para que se acostumbre a conducir por Seúl.

—Mañana, si quieres, quedamos con él y con Jeong Hyeok, y se lo cuentas. —Encantada con la idea, asiente. Me quedo pensativo unos segundos y se me ocurre una idea mejor, que sé que le va a encantar—. Aunque se me ha ocurrido algo mejor —añado—. ¿Qué te parece si organizamos una cena mañana e invitamos a Paula, a Doyun, a Marc y Jeong Hyeok?

María sonríe de oreja a oreja.

—¡Me parece una gran idea! —exclama entusiasmada.

Al llegar al ático, Miso nos recibe con mimo, y María, sin poder evitarlo lo coge para darle una infinidad de besos; y cómo no, él se

deja encantado. La verdad es que aún estoy sorprendido con la actitud de Miso. Nunca lo he visto así con ninguna otra persona, solo conmigo. Después, tras hacer hueco en el vestidor para la ropa de María, la ayudo a guardar todo lo que tiene. Ahora sí que puedo decir que soy plenamente feliz.

Al día siguiente, en la cena, Marc, Doyun y Jeong Hyeok al comunicarles que estamos viviendo juntos no se sorprenden. Por lo visto sabían que tarde o temprano íbamos a tomar esta decisión, y se alegran mucho de que hayamos dado este paso.

—Cuando María tenga que volver a España, ¿qué vas a hacer? —me pregunta Doyun disimuladamente, cuando los demás están hablando animadamente de otro tema.

—No lo sé… Pero lo que tengo claro es que haré lo necesario para que a María le concedan el visado de residencia.

—¿Y si no quiere vivir en Seúl? —pregunta con preocupación.

—Pues… —Me quedo pensativo unos segundos—. Me iría con ella a España.

—¿Estás seguro, hermano?

—Nunca he estado tan seguro en mi vida. Sé que es difícil de entender, nos conocemos desde hace muy poco tiempo, pero lo que sí que tengo claro es que ella es la mujer de mi vida.

Doyun sonríe, y me da una palmada en la espalda.

—Qué envidia me das, hermano. Ojalá algún día encuentre al amor de mi vida, y sea tan feliz como tú.

—Bueno… quién sabe —comento divertido—. A Paula y a ti se os ve muy bien, ¿no?

Doyun sonríe con timidez.

—Sí… bueno. —Se pasa la mano por el pelo nervioso—. Nos lo pasamos bien juntos, y por ahora no nos preocupa el futuro. Disfrutamos del presente.

Sonrío divertido, pero no le digo nada. A mi amigo se le nota que le gusta mucho Paula, y a ella le gusta mucho él. Algún día, sin que se den cuenta, van a estar en el mismo punto en el que estamos María y yo ahora.

El resto del fin de semana lo pasamos en casa, viendo películas y haciéndonos el amor. Solo me apetece estar con ella, y por eso he decidido que me acompañe a los diversos compromisos que tengo. A Jihoo no le ha hecho gracia cuando se lo he comunicado, pero me da igual.

Tener a María cerca cuando trabajo me hace estar pletórico, y eso se ha notado en cada una de las sesiones de fotos que he tenido esta semana. Lo mejor de todo es volver a casa junto a ella. Preparar la cena juntos después de una ducha, sentarnos en el sofá, abrazarnos mientras vemos una peli o un drama, disfrutar haciendo el amor cada noche, dormir abrazados, y ver su preciosa cara cada mañana al despertar.

También una de las cosas que me hacen muy feliz es ver cómo mi familia ha acogido a María, en especial mi sobrino Daeho. A pesar de la cantidad de trabajo que tengo, hago un hueco y vamos a verle como le prometí. Y pasamos un día estupendo junto a él.

Cuando me quiero dar cuenta, ya han pasado dos semanas desde que María se vino a vivir conmigo. Así que decido darle una sorpresa, y alquilo un avión privado para que nos lleve a la isla de Jeju. Quiero enseñarle las localizaciones donde rodé el drama The Prince; su favorito, y con el que me conoció. María alucina con la sorpresa, y pasamos dos días estupendos en la isla disfrutando del paisaje y de nuestro amor.

Cuando volvemos a Seúl, María empieza a tener por las noches unas pesadillas terribles, y lo peor es que no recuerda nada cuando despierta. Ya me advirtió de que sufre terrores nocturnos, pero aun así me tiene muy preocupado.

—Por favor, María… Déjame llevarte al hospital, para que te vea un médico —comento preocupado mientras desayunamos.

—Que no pasa nada. Me suele pasar cuando estoy muy estresada o me preocupa algo. Puede ser que sea porque ya me queda poco tiempo aquí, y no quiero separarme de ti. —Sonríe con dulzura, pero sus ojos reflejan tristeza.

—Yo tampoco quiero separarme de ti. Sé que a lo mejor este no es el mejor momento para hablarlo, pero debemos hacerlo. —María entiende perfectamente a lo que me refiero y asiente—. Podríamos intentar seguir con la relación a distancia y vernos cuando podamos… pero creo que sería demasiado duro para ambos, y tendríamos que tomar una decisión igualmente. María… —Me acerco a ella y le cojo las manos—. Mi carrera la tengo aquí, y lo más cómodo para mí seria que dejaras España para mudarte aquí, a Seúl, conmigo. Pero entiendo que tienes tu vida en España, tu trabajo, tus amigos, tu familia… y es demasiado egoísta imponer que seas tú la

que te mudes. Así que quiero que sepas, que por ti, soy capaz de dejar todo para irme contigo a España —María se queda en silencio durante unos instantes, procesando lo que le he confesado.

Unos instantes que se me hacen eternos, porque necesito saber qué opina. Finalmente exclama:

—¡Estás loco! —Sonríe—. No voy a permitir nunca que dejes de hacer lo que más te gusta por mí. Estos días te he visto en las sesiones de fotos, con tus fans… y te encanta lo que haces. No me lo perdonaría nunca. Es cierto que yo tengo mi vida hecha en España: mi piso, el trabajo, la familia, los amigos… Pero el piso lo vendo o lo alquilo; el trabajo me da igual, no es el trabajo de mi vida, hay muchos más. Y la familia y los amigos… va a ser duro no verlos tan asiduamente, pero existen los aviones para poder desplazarse a verlos al menos una vez al año, ¿no?

—Entonces… ¿Me estás diciendo que te mudarías aquí conmigo definitivamente? —pregunto emocionado.

María sonríe de oreja a oreja y, con la mirada llena de amor, musita:

—¿Tú qué crees?

Sonrío como un tonto, y, acercándome más a ella, la beso con mucho amor.

—Gracias —musito cuando me separo—. No te puedes imaginar lo feliz que me haces.

—Lo sé, créeme que lo sé. —Me da un beso breve en los labios y sigue—: Pero debo volver a España igualmente para organizar la mudanza definitiva. Además, tengo que solicitar la visa…

—De la visa me encargo yo —la corto—. Por eso no te preocupes. Vuelve a España, y lo dejas todo bien organizado. Yo te acompañaría, pero para esa fecha tengo un par de conciertos en Tailandia. Después, si quieres, cojo un vuelo a España y te ayudo con todo. —María asiente ilusionada—. Hoy mismo voy a decirle a Jihoo que prepare el comunicado para la prensa anunciando nuestro noviazgo. Y la semana que viene, si te parece bien, que lo publique. Quiero que todo el mundo sepa que estoy enamorado hasta la médula de la mujer más bonita, maravillosa y buena del mundo.

María asiente y suspira nerviosa. Sabe que esto iba a llegar algún día, y sabe que seremos el centro de atención durante un tiempo.

—Espero que no sean muy duros los haters con nosotros —comenta preocupada.

Para tranquilizarla, le acaricio la mejilla con ternura.

—Que digan lo que quieran, ya se cansarán.

Feliz por haber aclarado todo con María, me voy a la agencia solo. Hoy María no me acompaña porque ha quedado con Marc y con Paula para pasar el día juntos. Creo que van a ir a una sauna y me parece una gran idea. Le vendrá bien para relajarse, y a ver si le ayuda con los terrores nocturnos.

Tras estar varias horas ensayando las coreografías y las canciones para los próximos conciertos, me acerco al despacho de mi representante; apenas lo he visto desde que volví de Busan. Llamo a la puerta, y, tras esperar unos segundos, Jihoo me dice que pase.

—¿En qué puedo ayudarte, Giwon? —pregunta al verme, con seriedad.

Está sentado en su cómoda silla de piel de color negro, con las manos juntas encima de su gran mesa de cristal.

—Vengo a comunicarte algo.

Sin que él me lo diga, me siento en uno de los sillones de piel que tiene enfrente de él.

—Tú dirás…

—María y yo llevamos viviendo juntos desde hace un par de semanas, y en cuanto deje todo organizado en España, se vendrá definitivamente a vivir a Seúl. Quiero que prepares el comunicado de prensa anunciando nuestro noviazgo.

Jihoo me mira y arruga el entrecejo.

—Creo que es algo pronto todavía. Lleváis muy poco tiempo juntos, y podéis seguir con la relación en secreto como hacen otros idols como tú. De todas formas, si lo anunciamos… ¿Crees que ella estará preparada para el acoso mediático?

Me quedo pensativo unos segundos.

—Nunca se está preparado del todo —respondo—. Pero para eso me tiene a mí, para ayudarla a adaptarse. De todas formas, no te estoy pidiendo tu opinión, te estoy diciendo que lo vayas redactando y que la semana que viene lo envíes, punto. Para eso te llevas un porcentaje de mi trabajo, ¿no?

Jihoo entrecierra los ojos y me desafía con la mirada durante unos segundos.

—Está bien, lo que tú mandes —responde finalmente. Como no tengo nada más que decirle, me levanto y me dirijo a la puerta. Cuando estoy a punto de salir de su despacho, comenta—: Por

cierto, se me olvidaba comentarte una cosa. María no puede viajar contigo a Tokio el próximo fin de semana.

—¡Qué! ¡¿Por qué!? —exclamo desconcertado—. Se suponía que le ibas a conseguir un permiso especial.

—No ha sido posible. Tendrá que quedarse en Seúl. —Me quedo mirándole fijamente y me parece ver un atisbo de maldad en sus ojos. Como si estuviera disfrutando con la noticia. Pero no sé qué interés puede tener él en que María no me pueda acompañar. Al ver que no digo nada, sigue—: Pero mira el lado bueno, te podrá ver por televisión. La gala de los premios Idol se va a retransmitir en todo el mundo por internet. Y aquí se va a emitir en la televisión nacional.

Me quedo pensativo, intentando encontrar una manera factible para que pueda volver a entrar en el país sin tener que esperar los puñeteros noventa días, pero no se me ocurre ninguna. No en tan poco tiempo. No me hace ninguna gracia separarme tres días de María, pero no tengo más remedio. Soy el presentador principal de la gala y tengo que asistir.

—Está bien —resoplo resignado—. Y, por favor, redacta el comunicado.

Enfadado por la noticia, salgo del despacho de mi representante y me voy a casa.

Cuando llego al ático, sigo cabreado por lo de Tokio, pero se me pasa en cuanto veo a María. Está concentrada cocinando, creo que está preparando una lasaña, y la verdad es que huele de maravilla. No se ha dado cuenta de mi presencia porque tiene los auriculares puestos. Está cantando bajito y por la letra sé lo que está escuchando. Miso me mira muy atentamente y le pido poniéndome

el dedo en la boca que guarde silencio, como si pudiera delatarme. María se da la vuelta con la bandeja para introducirla en el horno. Así que aprovecho, y en cuanto cierra la puerta del horno, la cojo de la cintura, y ella grita del susto. Me rio a carcajadas mientras ella, al ver que soy yo, se queja mientras se quita los auriculares.

—¡Joder! ¡Menudo susto me has dado!

La acerco más a mí y le doy un beso en el cuello mientras aspiro su aroma. Su aroma me da paz.

—No sabía que te gustaran también los Back Street Boys —comento cuando me separo, y María sonríe mientras posa sus manos en mi nuca.

—Es que soy una caja de sorpresas. Soy fan de ellos desde que empezaron, me sé todas sus canciones.

—¿Pero no era David Bisbal tu favorito? —pregunto confuso.

—Claro. David Bisbal es mi cantante favorito junto con Abraham Mateo, y los Back Street Boys son mi grupo favorito. —Me quedo igual de confundido.

—Entonces… ¿tienes dos cantantes favoritos y una boy band favorita? —Ella asiente divertida—. ¿Algún favorito más que deba saber?

—Miley Cyrus.

—Y tendrás también una canción favorita —afirmo divertido.

—¡Claro! —responde con una sonrisa llena de felicidad—. Una canción que se llama Te miro a ti. El tema original es de Miley Cyrus, pero mi favorita es la versión que cantó la propia Miley con David Bisbal.

Sonrío divertido. En mi vida no he conocido a nadie parecido.

—Tendré que escucharla entonces —comento mientras le beso el cuello despacio.

—En realidad me gustan muchos estilos de música —sigue mientras disfruta de mis besos—, pero solo tengo un favorito que gana a todos los demás. —Dejo de besar su cuello para mirarla a los ojos, y espero. Tengo mucha curiosidad —. Y ese eres tú.

Encantado por su confesión, la beso en la boca apasionadamente. Nos devoramos con ansia, como si hubiésemos estado días sin besarnos. Cuando estoy con ella se me despierta el instinto salvaje, un instinto que no sabía que tenía, y necesito poseerla.

María baja las manos hasta mi pantalón y, desabrochando el botón, introduce una mano dentro de mi ropa interior, y acaricia mi duro pene arrancándome un gruñido de placer. Yo hago lo mismo y compruebo que está muy mojada, está preparada para mí. Entonces me acuerdo del horno y pregunto:

—¿Apagamos el horno por si acaso?

Ella, excitada, susurra en mi oído:

—Tranquilo, esta puesto el temporizador.

Sin dejar de besarnos, nos arrancamos la ropa, y en el sofá hacemos el amor de manera salvaje.

Tras nuestro arrebato de pasión, y quedar completamente exhaustos y relajados, nos damos una ducha juntos. Tras la ducha, nos sentamos a cenar la lasaña que María ha preparado. Se me hace la boca agua cuando sirve un trozo en cada plato, huele fenomenal, y estoy deseando hincarle el diente.

—¡Ah, espera! —exclama levantándose un momento de la mesa, y saca un recipiente del frigorífico—. Después de la sauna, como

estábamos cerca, he ido a visitar a la señora Jihye, y me ha dado un poco de su maravilloso kimchi.

Se vuelve a sentar y deja el recipiente encima de la mesa. Sin pensármelo dos veces, cojo un poco y me lo meto en la boca.

—¡Humm! —Cierro los ojos cuando lo saboreo y compruebo lo bueno que está—. La señora Jihye hace un kimchi delicioso. ¿Y qué tal está? —pregunto mientras cojo un poco más.

—Muy bien. Le ha hecho mucha ilusión verme. No se lo esperaba. Hemos estado tomando té, y le he contado que voy a vivir definitivamente aquí contigo.

—¿Y qué te ha dicho?

La opinión de la señora Jihye me importa mucho, porque creo que ella ve algunas cosas que los demás no vemos.

—Me ha dicho que no olvidemos nunca lo que sentimos el uno por el otro.

—¿Solo te ha dicho eso? —pregunto confundido. No sé cómo interpretarlo.

—Sí. No me ha dicho nada más. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo han ido los ensayos?

María coge un trozo de lasaña y se la mete en la boca. Yo hago lo mismo y me quedo maravillado por lo deliciosa que está.

—Los ensayos bien. Le he dicho a Jihoo que prepare el comunicado, pero…

María deja de masticar y me mira con preocupación. Mi tono la ha alertado de que ocurre algo.

—¿Qué pasa, amor? —pregunta confundida, y yo dejo el tenedor encima del plato y suspiro.

—Jihoo me ha comunicado que no puedes venir conmigo a Tokio para la gala de los premios Idol de este fin de semana. Por lo visto no ha podido conseguir el permiso especial para que salgas y entres del país al estar como turista.

María me coge la mano con cariño y me sonríe con ternura.

—No pasa nada, mi amor. —Entonces piensa algo y se pone seria. Suelta mi mano y levanta un dedo—. Ni se te ocurra decir que no vas por mí, porque me enfado.

Sin poder evitarlo, me río a carcajadas. No conocía esta faceta suya de sargento.

—¡A sus órdenes, mi capitán! —respondo con mofa, y María se ríe también—. Ahora en serio —sigo—, me da mucha rabia que no vengas. Me hacía mucha ilusión pasear por el centro de Shibuya contigo, y con el sushi ibas a flipar—. María sonríe. Creo que le hace gracia oírme decir la palabra «flipar».

—Ya habrá más ocasiones. La única pena que me da es no poder ver tus dotes de presentador, aunque no entienda ni papa de coreano. —Me quedo mirándola con cara de póker, ha utilizado otra expresión que no sé qué significa. María se da cuenta y enseguida lo aclara—: Me refiero a que no entiendo nada de coreano.

Luego dicen que el coreano es difícil, pero el español no se queda atrás. Ya de por sí es muy complicado aprenderlo y hablarlo con fluidez, como para que encima utilicen expresiones que solo entienden ellos.

—La gala la van a retransmitir en la televisión nacional, así que… sí que me vas a poder ver.

—¡Qué bien! —exclama contenta, y da palmas feliz.

Seguimos disfrutando de la deliciosa cena que ha preparado, y después decido poner su película favorita: Gladiator. Me encanta ver cómo disfruta del filme y ver cómo se emociona, sobre todo, con la escena en la que Russell Crowe revela quién es al emperador, y suelta su discurso de venganza; el cual ella se sabe y susurra a la vez que el actor.

Tras la película nos vamos a la cama y, una vez más, deseosos de sentirnos de nuevo, nos hacemos el amor, pero esta vez con mucha dulzura.

48
María

Los días se me pasan volando junto a Giwon. Nunca pensé que vivir con él fuera tan fácil. Llevo mucho tiempo viviendo sola, y he de reconocer que tenía un poco de miedo, sobre todo por mis manías. Pero nos compenetramos muy bien. Quizás más adelante, cuando llevemos más tiempo viviendo juntos, es posible que tengamos algún que otro roce, pero algo dentro de lo normal, como todas las parejas. Todo no puede ser siempre perfecto y maravilloso. Sería raro, ¿no?

Hoy es el día en el que se tiene que marchar a Tokio para presentar la gala de los premios Idol, y voy a estar tres días sin él. Tres días sin poder dormir abrazada a él, ni ver su preciosa sonrisa al despertar. La verdad es que se me está haciendo un poco cuesta arriba y todavía no se ha ido. Pero debo ser fuerte, y aunque por dentro estoy triste… por él —porque se vaya tranquilo—, aparento que todo está bien.

Le ayudo a hacer la maleta. No se lleva mucha ropa, pero es un poco desastre a la hora de doblarla para que no se arrugue. Cuando terminamos y cerramos la maleta, hace que me siente a su lado, en el banco acolchado que hay en el centro del vestidor.

—Espérame, ¿vale? —me pide entrelazando su mano con la mía. Yo me rio nerviosa, pero en el fondo lo que quiero es llorar.

—No tengo previsto moverme de aquí. Miso y yo te estaremos esperando el lunes con los brazos abiertos.

Giwon sonríe levemente y me besa. Un beso cargado de amor que me hace estremecer. Cuando se separa, junta su frente con la mía y susurra:

—Te quiero mucho, María. Eres el amor de mi vida.

—Te quiero… —respondo emocionada por sus palabras—. Te quiero con toda mi alma.

A los pocos minutos vienen a buscarle y Giwon se marcha al aeropuerto para coger el avión que lo llevará a Japón. No sé por qué, pero tengo una sensación de tristeza enorme, y me repito a mí misma que solo van a ser tres días, no tres años.

El resto de la tarde me la paso viendo la película Lo que el viento se llevó. Hace mucho que no la veo y me apetece llorar. Cuando acaba, me doy cuenta de que no he cenado, pero, como no tengo hambre, me voy a la cama. Entro primero al baño, me lavo los dientes, después me meto en la cama, y, cuando estoy a punto de dormirme, recibo un mensaje de Giwon.

«Ya estoy en el hotel sano y salvo. La habitación es una pasada pero solo falta una cosa… tú. No sé si voy a pegar ojo esta noche, la cama es demasiado grande para mí solo».

El mensaje lo acompaña con un selfie metido en la cama. Como una tonta, sonrío y le contesto:

«Nosotros también te echamos de menos».

Acompaño el mensaje también con un selfie en el que salimos Miso y yo acurrucados en la cama. Al minuto recibo su respuesta:

«¡Qué envidia me dais! Ojalá estuviera ahí. Debería dormirme ya, mañana tengo un día duro por delante, pero no quiero dejar de hablar contigo».

Madre mía… al leer el mensaje no puedo evitar emocionarme. Giwon me quiere de verdad, y me lo demuestra a cada segundo. Ni en mis mejores sueños pensé que un chico me querría tanto como él me quiere. Espero que él sienta cuánto le quiero también.

«Debes descansar, mi amor. Mañana quiero verte radiante a través de la pantalla».

A los cinco segundos, suena el móvil de nuevo al recibir su respuesta:

«Está bien. Mañana hablamos. Descansa, mi amor. Te quiero».

Su mensaje va acompañado del emoji de un beso y un corazón.

«Te amo. Descansa».

Mi mensaje lo acompaño con un montón de corazones rojos y un montón de besos. Miro la foto que nos hicimos en la playa de Busan, la cual enmarcamos y la pusimos en una de las mesitas de noche, y sonrío con tristeza. Cierro los ojos, me imagino que está a mi lado… y me quedo dormida.

Al día siguiente me despierto con el sonido de entrada de mensajes del móvil. Al mirarlo, y ver que es un mensaje de Giwon dándome los buenos días, hace que empiece el día mejor. Decido quedar con Paula y con Marc a comer, y también se apuntan Jeong Hyeok y Doyun. Me da la sensación de que cada pareja tenía sus propios planes, pero para no dejarme sola, han accedido a mi proposición. Al terminar de comer proponen acompañarme para ver conmigo la gala

de premios, pero finalmente, tras decirles mil veces que no hace falta, me hacen caso. Quiero que disfruten lo que puedan de sus planes interrumpidos.

Al llegar a casa, suena el sonido de una videollamada, y al ver quién es, contesto con una gran sonrisa.

—¡Minho! ¡Qué sorpresa! ¿Qué tal estás? —Minho tiene una gran sonrisa dibujada en su cara y está tan guapo como siempre.

Desde el día de la fiesta en su casa no le he visto, pero sí hemos estado hablando por mensaje.

—Estoy muy bien. Feliz de poder hablar contigo. ¿Y tú que tal estás?

—Muy bien, la verdad. Estoy muy feliz de vivir con Giwon. ¿Y sabes una cosa?

— ¿Qué? —responde él expectante.

—Me voy a venir definitivamente a vivir con él. Voy a volver a España para dejar todo arreglado en cuanto a mi piso, el trabajo y demás, y me vengo con Rocky.

Minho abre mucho los ojos por la sorpresa y sonríe.

—¿De verdad? —Yo asiento, feliz, y continúa—: No te imaginas cuánto me alegro. Es la mejor decisión que habéis podido tomar. A pesar de que siga enfadado conmigo, dale de mi parte la enhorabuena.

—Gracias, Minho, se lo diré cuando vuelva.

Entonces Minho arruga un poco el entrecejo extrañado.

—¿No está contigo en este momento?

—No… está en Tokio —respondo con tristeza.

—¿Y tú no has ido con él? —pregunta aún más extrañado.

—No… por lo visto no han podido conseguir un permiso especial para volver a entrar en Corea del Sur antes de los noventa días que marca el reglamento. —Veo cómo Minho se queda pensativo—. ¿Y tú no has ido a Tokio? —pregunto extrañada.

—No he querido ir. No me apetecía ponerme el esmoquin, posar, y pasar dos horas sentado en una butaca viendo cómo dan los premios. He preferido quedarme unos días tranquilo en casa, lo necesitaba.

—Haces bien. Tanto estrés no es bueno.

—Te diría que vinieras a mi casa a ver la gala juntos, pero sé que a Giwon no le va a sentar nada bien si se entera.

—Sí, es mejor dejarlo así —afirmo—. Espero que en un futuro habléis y lleguéis a un entendimiento. Aunque solo sea por mí.

—Por mi parte no hay problema, ya lo sabes. Me alegro mucho de poder haber hablado un rato contigo, María. Si necesitas algo no dudes en llamarme, ¿vale?

Asiento.

—Gracias, Minho.

Nos decimos adiós con la mano y cortamos la comunicación. Pienso en lo que me contó Giwon sobre lo que le hizo Minho, y me cuesta creer que eso lo hiciera él. La persona que yo he conocido no me trasmite que sea un trepa. Aquí hay algo raro, y espero que algún día se aclare.

La gala de premios empieza a las ocho de la noche, pero una hora antes desfilan por el photocall las diversas celebridades que asisten al evento luciendo sus magníficos trajes y vestidos. Reconozco

algunas caras por las series y películas coreanas. Están los protagonistas de El juego del calamar; que ya van haciendo acto de presencia, porque en pocos meses estrenan la segunda temporada. También ha asistido la pareja del drama Aterrizaje de emergencia en tu corazón; que son pareja en realidad y están muy guapos. Y, cómo no, tampoco podía faltar Kim Soo Hyun, el protagonista del drama La reina de las lágrimas.

Estoy embelesada viendo en el sofá, con Miso a mi lado, a las diferentes celebridades y cómo van vestidos, cuando suena el timbre de la puerta. Me quedo extrañada porque no espero a nadie, pero se me pasa por la cabeza que finalmente mis amigos hayan decidido venir, a pesar de mis negativas. O que sea Minho. Me levanto y miro por la pantalla del videoportero quién es, y arrugo el entrecejo extrañada al ver que es Seong Ji Hoo, el representante de Giwon.

—¿Qué hace aquí? —pienso. Me acerco a la puerta y abro.

—Hola, María —dice en un inglés un poco malo, pero se le entiende.

—¿Ha pasado algo? —pregunto un poco asustada. La única explicación de que esté aquí es porque a Giwon le haya pasado algo.

—Tranquila, Giwon está bien. Debe estar concentrado en hacer perfecto su papel como presentador. ¿Puedo pasar?

Sonríe de forma amistosa, pero sus ojos me indican que es fingida. Tras pensármelo unos segundos, le dejo pasar. Me da las gracias con la cabeza, y avanza hacia el interior del ático.

Miso, al verlo, se eriza, suelta un bufido, y se va corriendo escaleras arriba. Jihoo observa el ático detenidamente, y detiene la vista en la televisión.

—¿Ha posado ya Giwon ante los periodistas? —me pregunta con la misma sonrisa falsa de antes.

—No —contesto en tono cortante.

Me mira fijamente de forma despectiva. Creo que se ha dado cuenta que no me creo su papel, y que sé que ha venido por algo.

—Bien… solo quería ser simpático, pero veo que quieres que vaya al grano. —Jihoo se sienta en el sofá y me invita a que me siente también. Por un instante, pienso en quedarme de pie, pero definitivamente me siento—. He venido para decirte que lo tuyo con Giwon tiene que terminar.

Sin poder evitarlo, me rio de forma irónica.

—Qué eres… ¿su padre? —contesto molesta.

—No. Pero sí soy la persona que decide sobre cada acto o movimiento que hace o tiene que hacer. No sé cómo será en tu país, pero aquí los idols son meros esclavos a los cuales les damos una falsa libertad; pero en realidad los manejamos a nuestro antojo. Lo único que nos interesa es que generen dinero, son un producto más.

Horrorizada por lo que estoy oyendo, respiro hondo para no abalanzarme sobre él, y soltarle un puñetazo en esa sonrisa de superioridad que tiene dibujada en su cara.

—Qué hijo de puta… —digo con los dientes apretados por la rabia que siento.

En cambio, él se ríe con chulería.

—Sí, es verdad, lo soy. Además de manera literal. Mi madre era una puta que me abandonó en la calle con once años. Y logré sobrevivir aprovechándome de otros, hasta que me di cuenta de que el dinero estaba en buscar una cara bonita, y convertirlo en un idol

para explotarlo. Yo le he convertido en lo que es hoy en día. Sin mí, se hubiera podrido en esa chabola junto con su familia, rodeado de ratas.

Le miro con odio. No me puedo creer que una persona tenga tanta maldad.

—Eres un miserable… ¡No sé cómo ha podido confiar en ti! —Entonces, de repente, se me viene a la mente lo que ocurrió con Minho—. Lo que pasó con la marca de Yves Sanit Laurent, fuiste tú, ¿verdad?

Jihoo se ríe a carcajadas.

—Eres muy lista… Más lista de lo que creía. —Le miro con odio y él continúa—: Sí, fui yo. Nunca se interesaron por él. Desde el principio querían a Minho, pero como vi a Giwon tan ilusionado, me vi en la obligación de contarle una mentira. Le dije que lo querían a él, pero no era verdad. Realmente mi objetivo era que una vez que Minho firmara, acabaría con la carrera de Giwon. Con Minho tendría el éxito asegurado internacionalmente, y Giwon solo era una cara bonita más, no tenía nada especial. Pero Minho supo de mis intenciones, se buscó a otro representante y firmó con la marca. Así que yo me tuve que conformar con las sobras, y le hice creer a Giwon que Minho es un traidor. —Se me revuelve el estómago ante tal confesión.

—Algún día Minho y él hablarán… y sabrá la verdad —afirmo con odio.

—Pero no le creerá. Para él, Minho es un traidor. Y no hay ninguna prueba que le haga dudar de mí.

—Pero a mí sí me creerá.

Su semblante se vuelve sombrío. Tan sombrío que siento miedo.

—Escucha atentamente lo que te voy a decir. Vas a dejar a Giwon y vas a regresar a tu país. No pienso permitir que una gorda extranjera me quite lo que es mío. —Introduce la mano en el interior de su americana, y saca lo que parece un billete de avión. Lo deja encima de la mesa baja de cristal que hay en el centro y sigue—. El vuelo sale mañana sobre las once. Es un asiento de primera clase. No soy tan desalmado como para hacerte viajar en turista. —No doy crédito a lo que estoy oyendo. Me insulta en mi cara… ¿Y se cree que voy a aceptar?

—Puedes ir pidiendo el reembolso del billete porque no me pienso mover a ningún sitio. Y ten por seguro que me voy a encargar de que Giwon sepa la clase de persona que eres, y lo que es él para ti… un mero esclavo —contesto en tono despectivo.

Jihoo en cambio se ríe de forma seca y comenta.

—Te voy a explicar lo que va a pasar si no coges ese avión. A los haters les va a encantar saber que Giwon se ha criado en una chabola, y que ha mentido a todo el mundo en cuanto a su origen. También van a disfrutar sabiendo que sus padres, en realidad, son unos estafadores que se juegan todo el dinero a los juegos de azar. Y que su hermana hace de vez en cuando algún que otro favor sexual.

—¡Pero eso es mentira! —grito completamente fuera de mis casillas—. ¡La gente que lo admira no se va a creer ni una palabra!

Mis manos tiemblan, todo mi cuerpo tiembla de la rabia que siento. ¿Cómo puede ser una persona tan retorcida? Lo peor de todo es que no disimula lo mucho que está disfrutando con esto. Todo me da vueltas y tengo ganas de vomitar.

—Siempre se ha dicho que del amor al odio solo hay un paso —sigue—. Pues con esto pasa lo mismo. La gran mayoría de las personas que siguen a los idols carecen de personalidad, y no te puedes hacer una idea lo rápido que cambian de opinión ante una noticia así. —Sonríe con maldad—. En tu mano está, María… —Se pone de pie—. Si te niegas a irte, vas a ser la responsable de arruinarle la vida a Giwon y a toda su familia. Si de verdad lo quieres… mañana cogerás este avión, y desaparecerás de su vida para siempre. —Me quedo en shock y no digo nada. Siento que si abro la boca, voy a vomitar. Alzo la mirada hacia la televisión, que todo este tiempo ha estado de fondo, y veo a Giwon en la pantalla posando sonriente a los medios y periodistas. Junto a él está Yuri, posando de manera coqueta. Jihoo, al darse cuenta de lo que estoy mirando, comenta—: Esa es la chica que se merece Giwon, y no tú.

Tras decir esto, Jihoo camina hacia la puerta y sale del ático sin decir nada más.

Me quedo sentada en el sofá, petrificada. Las náuseas siguen ahí… pero no me muevo. Miso baja de la planta de arriba y se tumba a mi lado. Sigo con la mirada fija en la pantalla del televisor, pero no pongo atención a lo que pasa. Pienso en todo lo que he vivido hasta ahora en este país, en lo querida que me he sentido. Pienso en Chorong, en sus padres, en Daeho… y en el amor que me han dado. Y pienso en Giwon, en lo que me quiere, en nuestra relación… pero también en cuánto disfruta de su trabajo.

No sé cuánto tiempo llevo así, mirando a la nada, pero la gala ha terminado y en la televisión están emitiendo la teletienda. He

tomado una decisión, así que cojo el móvil, y pulso el botón de llamada. Al segundo tono, Minho contesta:

—Hola, María —musita con voz somnolienta—. Es muy tarde… ¿Estás bien?

—Necesito que vengas a buscarme —respondo con voz monótona… sin vida.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Minho con preocupación. Al ver que no respondo al instante, insiste un poco alterado—. ¡María, por favor, dime qué ha pasado!

Cierro los ojos y me obligo a no llorar. Si lo hago, no voy a ser capaz de ejecutar la decisión que he tomado.

—Necesito salir de aquí —digo con un hilo de voz.

Minho no me insiste más, y me informa que llegará en veinte minutos.

A toda prisa, con un nudo en la garganta y la pena en mi corazón, guardo todas mis cosas en las maletas, y una vez termino, con todo el dolor de mi corazón… me quito la pulsera que me regaló Giwon. La dejo en la mesita en la que está nuestra foto, junto a una nota, y una lágrima resbala por mi rostro. Me la limpio rápidamente con el dorso de la mano y salgo de la habitación.

Antes de irme, me aseguro de dejar a Miso con comida y agua suficiente hasta que Giwon vuelva, y me despido del gato con mucha pena. Por último, cojo el billete de avión de la mesa y salgo por la puerta con las maletas, dejando atrás mi felicidad.

Al llegar a la planta baja, veo cómo el coche de Minho se detiene a la altura de la entrada del edificio. Salgo a la calle y, al verme, sale a toda prisa del coche para ayudarme.

—¡María, por favor, qué ha pasado! —exclama con desconcierto—. ¡¿Se puede saber a dónde vas?!

—Prometo contártelo, pero, por favor, vámonos cuanto antes.

Estoy a punto de romperme y no puedo hacerlo. Debo ser fuerte, por lo menos hasta que llegue a España.

Minho, completamente desconcertado, asiente y no insiste más. Tras guardar las maletas en el maletero, arranca y nos alejamos de ahí.

—María, por favor… —me suplica mientras conduce—. ¡Cuéntame qué pasa!

Respiro profundamente varias veces para serenarme, y le cuento todo lo que ha pasado.

—¡Hijo de puta, hijo de puta, hijo de puta! —grita dando varios golpes en el volante con enfado, y yo me asusto un poco—. El muy cabrón ha sido quien ha hecho que Giwon me vea como un puto traidor. ¡¿Y encima tiene la desfachatez de creerse el dueño de su vida?! —Minho me mira, y su cara refleja indignación—. No cojas ese avión, María. Se lo contaremos a Giwon y buscaremos una solución.

—No puedo arriesgarme… —susurro.

—Seguro que encontramos algo con lo que poder pararle los pies a ese malnacido. Confía en mí.

—No… —musito con un hilo de voz—. Debo marcharme, es lo mejor. Lo he pensado… y lo mejor para Giwon es que desaparezca de su vida. Yo soy un lastre para su carrera, y no puedo permitir que eso ocurra. No me lo perdonaría nunca.

—María… tú no eres un lastre para nadie. Os queréis y eso es lo que importa.

Cierro los ojos y respiro de nuevo para reprimir las ganas que tengo de llorar.

Minho lleva razón, nos queremos, pero no puede ser. Él es un idol y yo una gorda extranjera, cinco años mayor que él. Pero si no es ahora, en un futuro esto va a terminar de la misma manera, porque siempre habrá algo o alguien que nos haga la vida imposible. Y lo mejor es asumirlo.

—No puedo… —respondo en un hilo de voz.

—Está bien… —comenta resignado—. Pero sigo pensando que estás dándote por vencida, sin luchar por lo que realmente quieres —comenta con enfado, sin quitar los ojos de la carretera—. ¿A qué hora sale el vuelo?

—A las once de la mañana —contesto con tristeza.

Minho acelera, y a los diez minutos estamos entrando en su casa. Me ofrece algo de comer y de beber, pero solo quiero agua. El estómago lo sigo teniendo revuelto por toda esta situación. Está claro que la vida no quiere que sea feliz en el amor. Cuando más feliz estoy con una persona, siempre pasa algo que hace que no sea posible.

Minho no se separa de mí mientras teclea frenéticamente en su móvil. No sé con quién estará hablando, pero sea lo que sea, no le han dado buenas noticias. Pero aun así, permanece a mi lado hasta que llega la hora de irme al aeropuerto.

Una vez en el aeropuerto de Incheon, Minho me acompaña hasta el control de seguridad.

—No quiero que te vayas, María… —Le miro con ternura. Su rostro refleja perfectamente la tristeza que siente—. Puedo hacer que ese

cabrón pague, pero necesito algo de tiempo.

—Es lo mejor, Minho, de verdad. —Me mira con tristeza, y a la vez con impotencia de no poder ayudarme—. Cuida de Giwon por mí. Y te pido por favor que no le cuentes nada. Es mejor que me odie, así le será más fácil olvidarse de mí.

—María… no… —Se le quiebra la voz, y una lágrima resbala por su mejilla. Me acerco y se la limpio con ternura.

—No llores, por favor… —Estoy haciendo un esfuerzo titánico por no derrumbarme, y verle así no me ayuda—. Si algún día vas a España, no dudes en llamarme, ¿vale? —Sonrío con tristeza y le abrazo muy fuerte. Minho me devuelve el abrazo con fuerza, nos quedamos así unos minutos y, al separarnos, le doy un beso en la mejilla—. Adiós, Minho…

Doy media vuelta y paso por el control de seguridad. Una vez está todo en orden, sin mirar atrás —porque sé que si miro me voy a derrumbar—, camino a toda prisa hacia la sala vip.

Una vez en la sala vip, sentada en uno de los cómodos sillones, miro el móvil. Desde que hice anoche la llamada a Minho no lo he vuelto a mirar, y veo que tengo varios mensajes de Giwon. Me pienso un instante si leerlos o no… pero finalmente los leo, empezando desde el más antiguo.

«Hola, mi amor. Acabo de llegar al hotel ¡estoy agotado! Pero ha sido una experiencia alucinante. Cuando miraba a la cámara, me he imaginado que tú estabas al otro lado, mirándome… y me he sentido menos nervioso. Estoy deseando volver a casa para abrazarte y besarte. Te quiero».

Trago saliva, y leo el siguiente que envió quince minutos después:

«Supongo que ya estás durmiendo. Mañana hablamos. Descansa, mi amor. Te quiero».

Aguantando las lágrimas que apenas me dejan ver, leo el último mensaje que ha enviado hace más o menos media hora:

«Buenos días, mi amor. ¡He dormido fatal! Está claro que como se duerme en casa, no se duerme en ningún sitio. Ya tan solo me queda una sesión de fotos y podré volver a casa. Te quiero, estoy deseando verte».

Sin poder reprimir más las lágrimas, le escribo por última vez:

«Quiero que sepas que te quiero y te querré siempre. No lo olvides nunca».

Acto seguido, con todo el dolor de mi corazón, bloqueo sus mensajes y sus llamadas. Entonces escribo un mensaje a Paula y a Marc:

«Ha sido un privilegio poder conoceros y teneros como amigos. Me habéis hecho sentirme muy querida. Pero debo marcharme a España. Perdonadme por no despedirme de vosotros, pero debo hacerlo así. Os lo explicaré cuando me sienta con fuerzas, el porqué de mi repentina marcha. Por favor, de esto último no le digáis nada a Giwon. Os quiero. Y decirle a la señora Jihye que la llevaré siempre en mi corazón».

Y hago lo mismo que con Giwon, bloqueo sus mensajes y llamadas, y espero en silencio el momento de embarcar.

49
Lee Gi-Won

Estoy deseando acabar esta absurda sesión de fotos. Si llego a saber que la sesión es con Yuri, no hubiera venido. Podría haber cogido un vuelo a Seúl anoche mismo después de la gala, pero Jihoo me comunicó a última hora que tenía esta sesión de fotos. Cuando lo vea, voy a tener unas palabras con él. No quiero que prepare más encerronas de estas, y me voy a asegurar que esta semana se publica el comunicado de mi relación con María de una vez.

Sentado en la silla de maquillaje, a la espera de que me llamen para la última tanda de fotos, vuelvo a leer el mensaje que he recibido de María.

«Quiero que sepas que te quiero y te querré siempre. No lo olvides nunca».

Me parece un poco extraño… es como si se estuviera despidiendo. Me quedo pensativo, leyendo una y otra vez el mensaje, cuando Yuri, con su molesta voz, interrumpe mis pensamientos.

—¿Te ha escrito tu novia un mensajito de amor? —pregunta con sorna, mientras se sienta en la silla de al lado.

—Déjame en paz, Yuri. ¿Por qué no te vas a fastidiar a otro? —contesto molesto.

—Porque con quien quiero estar es contigo —contesta con una sonrisa coqueta, e intenta tocarme el brazo, pero lo aparto con brusquedad y la miro enfadado.

—¡No me toques! Olvídate de mí Yuri, ya tengo pareja.

—¿Quién? ¿La gorda esa que estaba el día del concierto benéfico abrazando a Minho?

Sonríe con malicia.

—Que sea la última vez que insultas a mi novia —respondo con los dientes apretados—. Tú no le llegas ni a la suela del zapato, ¡¿te enteras?!

Yuri me fulmina con la mirada, le ha dolido lo que le he dicho, pero me da igual.

—¡Así que ya sois novios! —Se ríe con malicia—. Qué bonito… Oye, tengo una duda… —Se acerca un poco y susurra—: Supongo que ya… bueno, ya sabes, te la has follado. ¿Te pones tu encima? Es que, si no, ella te aplasta, ¿verdad?

Su cara a simple vista es angelical, pero sus ojos muestran perfectamente la maldad con lo que lo ha dicho. Controlo mis impulsos de gritar lo hija de la gran puta que es, pero respiro hondo y respondo:

—Por lo menos con ella por fin he sabido lo que es disfrutar del sexo, sin tener la sensación de haberlo hecho con una muñeca hinchable.

Yuri me mira con odio, y por un instante creo que me va a dar un bofetón. Pero en ese momento nos llaman para hacer las últimas fotos.

Al terminar la sesión de fotos, que ha resultado ser una tortura, llamo a un contacto que tengo en una compañía aérea, y le pido que me vuelva a buscar un billete de vuelta a Seúl para hoy. Por suerte, hay un asiento libre en un vuelo que sale en una hora, y a las nueve

de la noche estaría aterrizando en Seúl. Se lo comunico a las personas de la agencia que vienen conmigo, y no les hace ninguna gracia porque viajaría solo, ya que ellos tienen que esperar hasta el día siguiente. A pesar de sus protestas, hago la maleta a toda prisa y me voy al aeropuerto en un taxi. Pero al llegar, me comunican que el vuelo ha sido retrasado y me toca esperar.

Mientras tanto me doy una vuelta por las tiendas del aeropuerto. Algunas personas me reconocen, y me piden una foto que yo concedo encantado; gracias a los fans soy quien soy ahora. Después, paso al lado de la tienda Cartier, y me quedo mirando los anillos de compromiso. María me ha dejado claro muchas veces que no le hacen falta grandes lujos y menos en joyas caras, pero hay un anillo que es perfecto para ella. Además, en poco más de un mes cumplimos cien días desde que nos conocimos, y también es su cumpleaños, sería el momento idóneo para regalárselo y pedirle que sea mi esposa. Dudo si comprarlo o no, y tras pensármelo varios minutos, entro en la tienda y lo compro. Feliz, guardo la pequeña cajita roja en el interior de la chaqueta, y vuelvo a la sala vip del aeropuerto a esperar que salga el vuelo de una vez.

Aterrizo en Seúl a las doce de la noche, el retraso ha sido de casi tres horas. No he querido avisar a María de mi llegada, para darle una sorpresa. Ella no espera que llegue hasta mañana por la tarde. Una vez cojo mi maleta, salgo del aeropuerto y tomo un taxi. De camino, le escribo un mensaje para hacerle creer que sigo en Tokio.

«Hola, amor. ¿qué estás haciendo ahora? Estoy aquí aburrido en la habitación del hotel, deseando verte».

Lo envío divertido por la mentira que se me acaba de ocurrir y espero su respuesta, pero no llega. Pasan diez minutos… y sigo sin respuesta. Extrañado, miro su última conexión, pero no aparece reflejado, y el mensaje que le acabo de enviar solo aparece la confirmación de que se ha enviado, pero no recibido. Pienso que a lo mejor hay problemas con la cobertura y por eso no lo ha recibido. Cuando pasan otros diez minutos, el taxi me deja enfrente de la puerta de mi edificio, y tras coger la maleta y pagar al taxista, entro. El ascensor no tarda en llegar y en un par de minutos ya estoy introduciendo el código de la puerta de mi ático. Al entrar, el silencio reina en toda la casa, no se oye absolutamente nada. Ni siquiera me doy cuenta de Miso hasta que siento cómo se restriega por mis piernas dándome la bienvenida. A lo mejor ya está dormida, y por eso no se oye nada.

Acaricio a Miso con mimo, y acto seguido se va corriendo hacia dentro, y veo que entra en la habitación. Tras quitarme las zapatillas y dejar la maleta a un lado, entro despacio, intentando no hacer ruido por si mis sospechas son ciertas, para no despertarla. Pero una sensación rara me indica que María no está durmiendo, y que es otra cosa.

Cuando entro en la habitación, la cama está vacía y Miso está sentado en una de las mesitas de noche. Concretamente en la que hay una foto nuestra que nos hicimos en Busan, en la que se nos ve muy enamorados. Me acerco más, y veo que al lado está la pulsera que le regalé cuando le pedí que se mudara conmigo. Y debajo de esta, hay un papel doblado por la mitad. De pronto siento una opresión en el pecho que me impide respirar con normalidad. Cojo el

papel y la pulsera, y me siento en el borde de la cama. Miso no me quita ojo desde el mismo sitio en el que estaba. Abro el papel con manos temblorosas y leo:

«Lo siento».

Desconcertado, me quedo mirando el papel durante varios minutos. Intento encontrar una explicación, pero no sé por dónde empezar. Finalmente decido empezar por lo más obvio, llamarla por teléfono. Marco su número y, en respuesta, salta una locución que dice:

«El teléfono que ha marcado tiene restringidas las llamadas entrantes».

Vuelvo a marcar de nuevo y vuelve a saltar la misma locución. Entonces, enfadado, grito:

—¡Joder!

Me levanto, y me pongo a buscar como un loco, por la casa, alguna pista o algo que me aclare qué es lo que ha pasado o dónde ha se ha ido, pero no encuentro nada. Se ha llevado todas sus cosas, y solo me ha dejado esta nota y la pulsera. Desesperado, vuelvo a llamarla y otra vez salta la misma locución.

Pero no me pienso dar por vencido. Tengo que encontrarla de alguna manera. Entonces, se me ocurre que puede estar en casa de Paula. Busco su número, pero no lo tengo. Podría llamar a Doyun para que me lo facilite, pero decido ir a verla en persona; así compruebo por mí mismo si está allí. Cojo el coche y conduzco a toda prisa por las calles de Seúl, saltándome los semáforos que se ponen en rojo. Ahora mismo el menor de mis problemas es que me multen. A los quince minutos ya estoy llamando al timbre con

urgencia; sé que es tarde, pero me da igual. A los pocos segundos oigo la voz de Paula por el interfono.

—Ya está aquí —comenta a la vez que abre la cancela para que pase.

Está claro que eso se lo ha dicho a alguien que está con ella. Y un atisbo de esperanza se aloja en mí. Podría ser María…

Cruzo el pequeño jardín con el estanque a grandes zancadas, y veo a Paula, que abre la puerta para que entre. Una vez dentro, veo que efectivamente no está sola; Marc, Doyun y Jeong Hyeok están con ella, pero ni rastro de María.

—¿Ya te has enterado? —me pregunta Paula con preocupación. En realidad, todos están con cara de preocupación.

—¿De qué me tengo que enterar? ¿Dónde está María? —suelto desesperado.

—¿No te ha dejado una nota o un mensaje? —pregunta Marc sin entender nada.

—No… Solo me ha dejado esto. —Le enseño la nota—. Junto a la pulsera que le regalé.

Se miran entre ellos, Doyun se mueve para ponerse a mi lado y posa una mano en mi hombro. Desde que le conozco, nunca lo he visto tan serio.

—Hermano… —Me mira con tristeza—. María se ha ido a España.

—¡¿Qué?! —exclamo sin creer lo que oigo—. No puede ser…

—Es cierto… —continua Paula—. A Marc y a mí nos ha escrito un mensaje está mañana comunicándolo.

—Pero… ¡¿por qué?! —Siento que mi corazón se ralentiza—. ¡¿No estuvisteis con ella ayer?!

—Sí, amor —contesta Marc—, y lo pasamos genial. Estaba feliz, tenía muchas ganas de verte en la tele. Quisimos ir con ella a tu casa a ver la gala, pero nos insistió en que no hacía falta, y al final se salió con la suya. Ya sabes lo terca que es.

—Entonces… ¡¿qué ha pasado?! —pregunto confundido.

—No lo sabemos, hermano —comenta Doyun, apenado—. Desde que nos hemos enterado de que se ha ido, hemos intentado averiguar qué ha podido pasar, pero nadie sabe nada.

—¿La habéis llamado?

—Sí —musita Paula—. Es lo primero que he hecho, pero ha restringido las llamadas y los mensajes. Y hemos probado también desde los números de Doyun y Jeong Hyeok, y nada.

Estos últimos asienten con la cabeza con tristeza.

—También lo hemos intentado a través de las redes sociales, y con su número de móvil español, y no ha habido suerte —añade Marc con tristeza—. No quiere que la encontremos.

—Déjame tu móvil, Doyun —le exijo desesperado.

—Hermano, no vas…

—¡Déjamelo, joder! —grito. La desesperación está acabando conmigo y con mis modales.

Doyun me lo da con tristeza y no dice nada más. Marco el número de María y espero…

—¡Da tono! —comento esperanzado.

A los demás también se les refleja en el rostro este pequeño rayo de esperanza. Al tercer tono, parece que descuelga e inmediatamente se corta la llamada. Vuelvo a intentarlo de nuevo, pero esta vez sale la maldita locución de las llamadas restringidas.

—¡Mierda, mierda, mierda! —grito a la vez que doy puñetazos a la pared.

—¡Para, para! ¡Te vas a hacer daño! —me grita Marc, asustado, mientras Jeong Hyeok y Doyun me cogen cada uno de un brazo para detenerme.

—¡Madre mía! —musita Paula asustada—. Hay que llevarlo al hospital, se ha destrozado la mano.

Me miro la mano y tengo los nudillos llenos de sangre, pero no siento ningún dolor. Eso sí, me tiembla mucho.

Me sacan a toda prisa de la casa para llevarme al hospital, pero una vez estoy en la calle, me zafo de Doyun y Jeong Hyeok, que seguían sujetándome, y salgo corriendo.

—¡Pero dónde vas! —grita Jeong Hyeok.

Necesito preguntar a la señora Jihye si sabe algo. Ella ve cosas y a lo mejor me puede dar un poco de luz en esta pesadilla que estoy viviendo. Mis amigos, al ver dónde me he detenido, se paran junto a mí, y Paula me regaña.

—¡Pero tú estás loco! ¡No son horas para que molestes a la señora Jihye! —musita enfadada en un tono bajo—. Además, ella no sabe nada, ya me he encargado yo personalmente de preguntarle.

—Necesito hablar con ella… —suplico.

Paula se me queda mirando pensativa, y finalmente contesta con un resoplido.

—Está bien…

Cuando me dispongo a llamar al timbre, la puerta se abre y la señora Jihye sale con el cabello despeinado, y los ojos hinchados de

dormir. Nos mira uno por uno extrañada, pero cuando posa sus ojos en mí, su gesto cambia y me mira con compasión.

—Señora Jihye, disculpe las horas. Siento haberla despertado, pero necesito preguntarle si usted, por casualidad, sabe por qué se ha marchado María a España.

—Muchacho, ¡¿qué te ha pasado?! —comenta al ver mi mano ensangrentada, que cada minuto que pasa está más hinchada. Pero no respondo.

—Le pido por favor que si sabe algo, me lo diga, María es…

La señora Jihye se acerca a mí y me coge la mano hinchada con cuidado. La mira con preocupación y después me mira a mí.

—La amas con toda tu alma y ella a ti. Debes ser fuerte y tener paciencia, todo lo ha hecho por ti.

—¿Por mí? —musito confundido—. Pero ¿por qué? ¡No entiendo nada!

Mis ojos se empiezan a empañar de lágrimas que intento retener, pero cuando la señora Jihye me abraza, sin poder evitarlo más, rompo a llorar.

Tras desahogarme con la señora Jihye, mis amigos, que no se han movido de mi lado y los cuales también están muy tristes por la situación, me llevan al hospital para que me vean la mano. Como era de esperar, por el dolor tan intenso que ya empiezo a notar, el medico me informa de que me la he roto, y que la tengo que llevar inmovilizada por lo menos cinco semanas.

Cuando salgo del hospital, Doyun se encarga de llevarme a casa con mi coche. En un principio quiere quedarse conmigo para ayudarme, ya que tengo que hacer todo con una mano, pero sé que

lo hace también por miedo a que haga alguna locura más. Finalmente le convenzo para que se vaya a casa, necesito estar solo ahora mismo.

Una vez que se marcha, me siento en el sofá y saco la cajita roja con el anillo de compromiso para María, y cuando lo miro, rompo de nuevo a llorar, completamente derrotado.

50
María

El avión que he tenido que coger en París ha sufrido un retraso importante. Lo que iba a ser una escala de tres horas se ha convertido en el doble. Y estar tantas horas en el aeropuerto de París me ha hecho recordar a Adrián de nuevo. Me siento una desgraciada, últimamente no me sale nada bien, es como si el universo no quisiera verme feliz. Solo deseo llegar por fin a mi casa e intentar seguir adelante como pueda.

Cuando estaba esperando en el aeropuerto, he recibido una llamada con el prefijo de Corea. He sentido el impulso de contestar, pero finalmente he colgado y lo he bloqueado. Ni Paula, ni Marc, ni Giwon se merecen que los bloquee, pero es la única manera de no tener que dar explicaciones en este momento. Sobre todo a Giwon. Debe estar hecho una mierda como yo, pero es lo mejor para él.

Son casi las dos de la madrugada cuando por fin salgo de la terminal del aeropuerto y piso Madrid. Con las maletas a cuestas, no sé muy bien qué hacer. No he avisado a ninguno de mis amigos, y no tengo las llaves para irme a casa. Sopeso seriamente irme a un hotel, y una vez se haga de día, ir a casa de Sara para coger mis llaves e irme a casa con Rocky en mi coche. Pero ahora que lo pienso, ella no tiene mis llaves, las tiene Eva. Aun así, tengo que recoger primero a Rocky. Finalmente, a pesar del susto que se van a llevar por las horas que son y la sorpresa que les voy a dar, cojo un

taxi y le indico la dirección de Tania y Álex. Él es el único que sabe de mi relación con Giwon, ya que solo se lo he contado a él. Cuando el resto de mis amigas se enteren, me van a echar a los perros, sobre todo Sara. Y más, porque apenas he tenido contacto con ellas desde que me fui a Corea.

A los veinte minutos estoy enfrente de la puerta del portal de Álex y Tania. En la calle reina el silencio, algo normal para las horas que son. Llamo al portero automático y rezo para que estén en casa. Pasa más o menos un minuto cuando oigo la voz de recién levantado de Álex.

—¿Quién…? —Se aclara la voz—. ¿Quién es?

—Álex, soy yo, María.

—¿María? —contesta sorprendido a través del interfono.

Sin dejarme decir nada más, me abre.

Subo las escaleras como puedo con las dos maletas, pero cuando me quiero dar cuenta, Álex está parado al final del primer tramo de las escaleras en pantalón corto sin camiseta, mirándome con cara de no creer que de verdad estoy aquí.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has avisado? —pregunta aún incrédulo.

—Pues ya ves… os echaba de menos —comento intentando quitar hierro al asunto, pero en realidad el tono que emito es de tristeza.

Álex se da cuenta de que ocurre algo, porque arruga la frente y, sin preguntar nada más, baja hasta mi altura y me abraza con fuerza. Suelto el asa de las maletas para devolverle el abrazo, y estas se deslizan escaleras abajo formando un gran estruendo.

—No sabes cuánto te he echado de menos, María. —Me aprieta fuerte contra él.

—Yo a ti también —murmuro emocionada.

Ahora ya me siento en casa. Nos deshacemos del abrazo y, mirándome con ternura, me pregunta:

—¿Qué ha pasado? ¿Tiene que ver con el coreano famoso? —A él no le puedo engañar. Asiento con la cabeza—. Vamos arriba y con un café nos cuentas todo, ¿vale? —Álex me sonríe con dulzura a la vez que acaricia mi mejilla.

Coge las dos maletas y subimos escaleras arriba hasta su casa. Al entrar, Tania, con los ojos hinchados de dormir, sale de la habitación.

—¿Qué pasa, cariño? —Tiene los ojos medio cerrados, y no se ha dado cuenta todavía de mi presencia—. ¿Para qué has…? —Pero se queda a media frase cuando me ve y abre mucho los ojos por la sorpresa—. Pero ¿tú qué haces aquí? ¡No volvías hasta dentro de tres semanas! —Acto seguido, sin esperar a que le responda, se abalanza sobre mí para abrazarme con fuerza. Tras unos largos segundos abrazadas, Tania se retira y me regaña—: Pero ¿por qué siempre haces lo que te da la gana? ¿No tienes un teléfono para avisar?

—Es que ha sido todo muy precipitado… —me excuso—. No quería preocuparos.

—¿Y acaso crees que ahora no nos vamos a preocupar igual? Está claro que algo ha pasado y por eso estás aquí. —No digo nada porque lleva toda la razón.

—No seas tan dura con ella, Tania —le pide Álex con tranquilidad —. Seguro que tiene un motivo importante.

—Pues ya puedes ir soltando por esa boquita todo ese motivo —me ordena Tania, y yo asiento sin rechistar.

Tania a veces puede ser incluso más sargento que Sara, pero sé que es porque está preocupada por mí.

Álex deja en un momento las maletas en la habitación que tienen libre y se reúne con nosotras en el salón, tras haber preparado un café para cada uno. Nos sentamos cada uno en una silla de comedor, alrededor de la mesa redonda de color blanco, y comienzo mi relato. Les cuento todo: desde el momento en el que conocí a Cha Minho en el avión, mi llegada, mi estancia en Seúl al principio, cuando conocí a Lee Giwon y cómo empezamos nuestra relación, y lo que ocurrió en el club. Cada detalle, hasta los últimos acontecimientos, que son los que me han hecho tomar la decisión de volver.

Mis amigos se quedan en silencio sin saber qué decir durante un rato. Por sus caras veo que están entre alucinados e indignados con la extorsión recibida por parte del representante de Giwon. Yo me limito a terminar de beberme el café para intentar disimular lo mal que estoy. He estado a punto de romperme varias veces mientras les contaba todo, sobre todo en esta última parte; pero he podido aguantar. No quiero preocuparles más de lo que ya están. Tania es la que rompe el silencio y comenta:

—Que no me hayas contado lo de tu relación con ese tal Yugon…

—Giwon… —la corrijo.

—¡Como sea! Es que vaya telita con el nombre —protesta, y sonrío. A mí también me costó, al principio de empezar a ver series coreanas, acostumbrarme a los nombres—. Lo que te decía. Que no

me hayas contado lo de ese chico, me molesta, y mucho. Pero eso ya lo hablaremos en otro momento. Ahora lo que me interesa saber es cómo estás tú.

Tania me mira muy preocupada. Me conoce bastante bien como para saber que estoy intentando ser fuerte. Trago saliva antes de contestar y me aclaro la garganta para deshacer el nudo que se me acaba de formar por la emoción.

—Pues… —Carraspeo antes de que se me quiebre la voz—. Mal… Muy mal, para qué te voy a engañar.

Los ojos se me llenan de lágrimas de repente, y, sin poder evitarlo, sucede lo que llevo aguantando desde que tomé la decisión de marcharme de Seúl: me rompo, y las lágrimas y el llanto se apoderan de mí. Tania inmediatamente se levanta para abrazarme y consolarme.

—Ya me parecía a mí que estaba muy entera después de todo lo que ha contado —comenta Tania. Pero no me lo dice a mí, se lo comenta a Álex—. Llora lo que necesites, amiga.

Ahora sí que me lo dice a mí, a la vez me acaricia con ternura la espalda.

—Es que es muy fuerte lo que ha contado. —Ahora es Álex el que habla—. Ese tío es un puto mafioso. Y lo peor de todo es que sabe cómo hacerlo para que no le pillen. No sé cómo María ha aguantado tanto sin romperse hasta que ha llegado aquí.

—Cariño, porque ella es muy fuerte, ya lo sabes. Y no se merece las cosas malas que le han pasado últimamente. —Ahora es a mi amiga a la que se le quiebra la voz emocionada.

Cuando consigo calmarme, Álex y Tania me ofrecen que me acueste un rato en la cama a dormir. La verdad es que no tengo sueño, pero accedo para que ellos puedan descansar un rato más, ya que son las cuatro de la madrugada. Una vez en la cama, empiezo a dar vueltas a todo otra vez y lloro de nuevo, pero esta vez en silencio.

A las nueve y media de la mañana, al oír que uno de mis amigos se ha levantado, salgo de la habitación y veo que es Álex, que está buscando algo en el salón.

—Buenos días —musito desde la puerta.

Me mira y deja de buscar lo que solo él sabe qué es, y se acerca a mí con una sonrisa cálida.

—¿Te he despertado?

Niego con la cabeza.

—No… No he podido pegar ojo.

—Vaya… —musita con preocupación.

Álex se queda callado clavando sus ojos verdes en los míos y me acaricia suavemente la mejilla. No sé por qué, pero algo me dice que Álex sigue teniendo los mismos sentimientos hacia mí, y lo que me contó por teléfono cuando estaba en Seúl es mentira. Cojo su mano para que deje de acariciarme y la retiro despacio.

—Creo que lo mejor es que me vaya a casa de Sara —comento seria.

—¿Por qué? —Le miro de una forma que entiende perfectamente a qué me refiero. Él sonríe con ternura y confiesa—: María… estoy enamorado de ti, y eso nada ni nadie lo va a cambiar… —abro

mucho los ojos por su revelación—… pero también estoy enamorado de Tania. Os quiero a las dos, y no pienso renunciar a ninguna de vosotras. —Arrugo el entrecejo confundida, y, cuando me dispongo a decir algo, posa un dedo en mi boca para silenciarme—. Escúchame, por favor… —me pide, y asiento—. He aprendido estas semanas a aceptar que mi relación contigo va a ser diferente a la que tengo con Tania. Lo que pasó entre nosotros para mí fue un regalo. Poder, por lo menos una vez, estar contigo de forma plena es algo que no voy a olvidar nunca. Y entiendo que tú tienes que encontrar al amor de tu vida, bueno… mejor dicho, ya lo has encontrado. —Sonríe, y yo también—. Eres el amor de mi vida junto a Tania, y daré la vida por ti si es necesario.

No sé qué decir ante tal confesión. Que me quiere, lo sé, pero no sabía hasta qué punto. Me siento tan halagada, tan emocionada, que la única forma de agradecerle todo lo que me ha confesado, es darle un breve beso en los labios.

Cuando me separo, le miro con lágrimas en los ojos y susurro:

—Te quiero muchísimo.

—¿Y a mí no me quieres? —pregunta Tania, que está apoyada en el marco de la puerta de su habitación, a tan solo dos metros de nosotros. Me siento avergonzada de repente, no sé si ha escuchado todo o incluso si me ha visto darle un pico a su novio. Ella se acerca y me obliga a que la mire—. Estoy al corriente de todo, María, tranquila. Estas semanas Álex y yo hemos hablado mucho y entiendo lo que siente por ti, y lo acepto. Porque tú también eres muy importante para mí… para los dos.

Si soy sincera, me siento un poco abrumada por tanta revelación. Y, tomando aire, le pregunto a mi amiga:

—¿Me estás diciendo que si Álex y yo…? Bueno… ¿que si yo y él…? —No encuentro la forma de decir lo que quiero decir sin que suene tan brusco.

—¿Que si echarais un polvo juntos? —me corta Tania, y yo asiento —. No me importaría. Seriamos una pareja poliamorosa —suelta tan tranquila. Yo estoy flipando con todo esto, y Tania sigue—: Pensábamos proponértelo cuando volvieras de Corea. ¡Sí! es raro… lo sé. Pero es un tipo de relación como cualquier otra. ¿No están Bea y Ruth yendo a orgías cada dos por tres y lo vemos tan normal? Pues esto es igual. Pero después de verte anoche hablar de la relación que tienes con tu coreano, y ver que estás enamorada hasta las trancas de él, sabemos que solo tienes ojos para tu idol.

Álex asiente de acuerdo con lo que dice Tania.

—No sé qué decir… —contesto aún aturdida.

—No digas nada, tonta, y dame un abrazo.

Me abrazo a mi amiga con todas mis fuerzas y Álex nos abraza a las dos apretujándonos tanto que nos cuesta respirar, y cuando se lo hacemos saber entre risas, nos libera.

—¿Tú no ibas a por el desayuno? —le inquiere Tania.

—Sí, ya me voy. Enseguida vuelvo.

Dándonos un beso en la mejilla a las dos, se marcha sonriendo.

—Tienes que contarme todo sobre tu coreano. Tienes fotos de él, ¿no?

Asiento y me rio.

—Claro que tengo fotos. Pero en internet te saldrán mil más.

—Pero a mí me interesan las tuyas. Además, en internet es muy difícil diferenciarlos, ¡son todos iguales! —exclama mi amiga levantando las manos con las palmas hacia arriba, y no puedo evitar reírme con ganas.

—Vale, yo te enseño fotos. Pero antes necesito una ducha —le suplico.

Tania asiente con una sonrisa y corriendo saca una toalla limpia del armario, y me la da. Cojo ropa limpia de una de mis maletas y entro en el baño. Al terminar, Álex ya ha vuelto, y me están esperando para desayunar. En cuanto he salido del baño, me ha llegado el olor al chocolate con porras y se me hace la boca agua. Me siento con ellos en la mesa, y comento, mientras cojo una porra de la bolsa:

—Esta es una de las cosas que más he echado de menos en Seúl.

Acto seguido doy un bocado a la porra que previamente he mojado en el chocolate, y cierro los ojos a la vez que suelto un gemido de satisfacción.

—Por eso las he traído —comenta Álex, satisfecho, antes de dar un bocado a la suya.

—Aunque en Seúl hay una churrería española —digo con la boca llena después de dar otro bocado.

—¿Lo dices en serio? —responde Tania con incredulidad.

—Sí, sí. Es cierto. Giwon fue quien me llevó por sorpresa un día. El sitio es muy famoso, tiene siempre una cola enorme de gente para entrar. Y los churros están muy buenos, pero no llega a ser igual que aquí. Les echan canela a los churros, además de azúcar. El chocolate está muy rico y dulce, pero es un poco caro. Aunque para quitarse el mono, vale perfectamente.

Los recuerdos de aquel día inundan mi mente. Fue el primer día en el que se podría considerar que empezamos a salir. Entonces la tristeza vuelve a mi rostro y Álex se percata.

—María… creo que deberías llamarlo y contarle lo que ha pasado. Tiene que saberlo —musita con pena.

—No… No puedo —susurro.

—¿Vas a dejar escapar al amor de tu vida así como así? —pregunta desconcertado.

—Sí. El problema soy yo, así que lo mejor es que me aleje de él para siempre.

Álex y Tania se miran desconcertados, pero no dicen nada más.

Nos mantenemos en silencio el resto del desayuno hasta que el móvil de Tania suena por la entrada de un par de mensajes. Coge el móvil para leer los mensajes y después nos mira a nosotros.

—He escrito a Sara, a Bea y a Ruth cuando estabas en la ducha. —Fija la mirada en mi—. Les he contado que has vuelto y que estas aquí en casa. —Madre mía, miedo me da la reacción de Sara, y me pongo una mano en la frente—. Ruth y Bea se han sorprendido, porque hasta dentro de tres semanas no volvías y lo único que les preocupa es si hay que partir las piernas a alguien. —Sonrío. Estas dos nunca van a cambiar—. Y Sara… —continúa Tania—, no entiende por qué no la has avisado. Quiere verte ya. Vamos, que te va a echar la bronca.

—¡Jodeeer…! —me quejo.

—Tú, tranquila, que en cuanto sepa el por qué, se le pasa —me anima Tania—. Me ha dicho que vayamos a su casa a comer, y que se lo diga a las locas de Bea y Ruth. —Mi amiga me coge las dos

manos y me mira—. Si no te encuentras con fuerza de contar todo otra vez, no lo hagas, ¿vale? Ya se lo contarás otro día. Y si Sara se enfada, que se enfade, ¿vale?

Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y asiento emocionada.

Al terminar el desayuno, Tania y Álex se van a la ducha y yo aprovecho para escribir a Minho,

«Hola, Minho. Soy María. Este es mí número de móvil español. Quiero que sepas que he llegado bien. Te estaré eternamente agradecida por todo lo que has hecho por mí. Espero que sigas teniendo mucho éxito como hasta ahora. No me olvidaré de ti nunca. Un beso».

Envío el mensaje con tristeza, porque seguramente no lo volveré a ver más. Un idol como él, con tantísimo éxito, seguramente se termine olvidando de mí. Busco en una de mis maletas algo que ponerme. La verdad es que estoy muy desganada y nada me gusta, me siento más fea y gorda que nunca. Al final me pongo unos pantalones de algodón anchos de color negro y un top ajustado de color rosa fucsia sin mangas, porque ya está haciendo calor.

Acabo de terminar de peinarme y vestirme, y a punto de ponerme las zapatillas, cuando suena mi móvil. El tipo de sonido me indica que es una videollamada, me acerco a la cama, que es donde lo he dejado, para ver quién es, y sonrío. Sin dudarlo acepto la llamada y veo a Minho al otro lado de la pantalla, con su mirada tierna y una amplia sonrisa.

—Hola, Minho —le digo en inglés con una sonrisa.

—Hola, María. Quería ver cómo estás de verdad. Tu mensaje me ha sonado a despedida, ¿acaso te piensas que vamos a perder el contacto? —pregunta molesto.

—Bueno… —Me siento un poco avergonzada y me rasco el cuello —. Eres una persona muy famosa…

—¿Y? —me corta.

—Pues que estamos muy lejos, tú tienes tus cosas, tus fans, tus…

—No vuelvas a decir eso ni en broma —me interrumpe completamente serio—. Siempre voy a estar para lo que necesites, y no pienso perder el contacto contigo, ¿entendido?

—Vale —contesto emocionada, y Minho vuelve a sonreír.

—Ahora cuéntame… ¿cómo te encuentras?

Le cuento cómo me ha ido el viaje en avión, la cantidad de horas que estuve en París haciendo escala por el retraso que hubo, y mis primeras horas aquí en casa de mis amigos. Evidentemente no le digo que estoy hecha polvo por toda la situación, pero no hace falta que se lo diga porque ya lo sabe. A pesar de la distancia, sigo sintiendo esta conexión especial con él, como si nos conociéramos de siempre.

Álex y Tania se asoman disimuladamente para ver con quién hablo, y lo que hago es acercarme a ellos y les presento a Minho. Lo saludan con una sonrisa de oreja a oreja, y le chapurrean cosas en inglés que el pobre Minho no entiende, y termino haciendo de traductora. Como nos tenemos que ir, finalizo la videollamada con Minho, y quedamos en hablar otro día. Tania, en cuanto cuelgo, me suelta:

—¡Tía, es súper guapo! ¡Joder, qué suerte tienes, maja!

Quiero discrepar por lo de la suerte, pero decido callarme y sonrío en respuesta. Álex coge mis maletas y nos vamos a casa de Sara.

A los quince minutos ya hemos aparcado el coche en la calle donde está ubicado el piso de Sara. Caminamos hacia el portal de mi amiga, y al ver mi coche aparcado cerca del portal, me acerco para acariciarlo. Sé que solo es un coche, pero es mío y lo he echado de menos. Me alegra ver que está perfecto. Sara se ha encargado de tenerlo limpio como la patena todo este tiempo, y se lo agradezco.

La puerta del portal está abierta, y subimos directamente sin llamar al primer piso, que es donde vive mi amiga. Llamo al timbre en cuanto estamos enfrente de la puerta de entrada y Sara, a los pocos segundos, abre, se queda parada un instante mirándome con cara seria, y después me abraza con fuerza.

—¿Por qué no me has avisado que volvías antes? Encima que has estado prácticamente desaparecida desde que te fuiste, ahora te presentas así, sin avisar. ¿Por qué te cuesta tanto decir las cosas? —me comenta sin dejar de abrazarme.

Su tono no es de enfado, es de preocupación, y en el fondo le doy la razón. Me cuesta mucho contar las cosas por iniciativa propia, ya sean buenas o malas. Y pedir ayuda aún me cuesta más. No sé ni cómo me siguen hablando.

No contesto a Sara y me limito a devolverle el abrazo con ganas, porque lo necesito. Pero al levantar la vista hacia el fondo del pasillo de la casa de mi amiga, veo a Rocky sentado, con sus ojos azules clavados en nosotras. Dejo de abrazar a Sara y me acerco despacio

hacia mi pequeña bola blanca. Me agacho y, tendiendo la mano con la palma hacia arriba, le hablo:

—¡Hola, mi amor! Soy yo, cariño…

Rocky me mira receloso durante unos segundos, pero finalmente se acerca despacio y me huele la mano. Acto seguido, al reconocer mi olor me da un cabezazo cariñoso en la mano y deja que lo acaricie. Me mira con sus preciosos ojos llenos de amor y ronronea. Le cojo en brazos para abrazarlo y besarlo, y sin poder evitarlo rompo a llorar de nuevo.

—Pero… ¿qué ha pasado? —oigo que pregunta Sara asustada—. ¿Me he pasado con lo que he dicho?

—No… No es por eso —responde Álex—. Cuando se sienta preparada, te lo contará todo.

Con mi gato en brazos, Tania y Álex me llevan hacia la habitación de Sara para que llore lo que necesite a solas. No quiero estar así, pero ver a Rocky me ha recordado a Miso, y todo lo vivido con Giwon me ha venido a la cabeza de golpe. Cuando consigo parar de llorar, salgo de la habitación y me reúno con mis amigos. Bea y Ruth ya han llegado y ni me he dado cuenta de cuándo ha sido. En cuanto me ven, me abrazan con mucho cariño y no me preguntan nada, pero su mirada es de preocupación al igual que la de Sara. Saben que no estoy bien y no saben todavía el por qué. Se merecen saber, al igual que Álex y Tania, lo que ha pasado. Así que respiro profundamente para coger fuerzas y les cuento todo lo que he pasado en Seúl.

51
Lee Gi-Won

Hace una semana que María se marchó y estoy hecho una mierda. La mano me duele muchísimo, pero es lo de menos. No tengo ganas de levantarme, no tengo ganas de comer… ¿En general? No tengo ganas de vivir. Sorprendentemente Jihoo ha sido comprensivo conmigo y me ha dicho que me tome el tiempo que necesite para volver al trabajo, pero los conciertos de dentro de dos semanas siguen en pie.

Encontré la camiseta que le di la primera vez, guardada en uno de los cajones del vestidor. No sé si es que se le olvidó o porque no quiso tener ni un solo recuerdo mío. El caso es que sigue oliendo a ella, a pesar de estar limpia. Y desde que la encontré, siempre la llevo puesta.

Me he pasado los días viendo las películas que le gustan y escuchando su música. Nunca he conocido a una persona que tenga tantas películas y cantantes favoritos. Resulta que su película favorita, de todas, como bien me dijo, es Gladiator. Pero en segundo lugar es Avatar y en tercer lugar Titanic. Pero aquí no acaba la cosa, tiene un top tres también de las mejores sagas, de las mejores películas de animación, de las mejores películas de Pixar —porque según ella, no tienen nada que ver con las de animación—, y creo que no me dejo ninguno más. Bueno… aquí creo que también incluiría, entre sus favoritas, un clásico como Lo que el viento se

llevó, porque pude apreciar, el día que me habló de ella, que ama esta película.

A pesar de toda esta locura, todo esto es ella y es la forma que tengo de que no desaparezca del todo.

A mi familia no les he contado nada todavía, porque sé que se van a disgustar muchísimo cuando lo sepan. Estoy intentando encontrar una explicación a su repentina desaparición, pero por más que la busco, no la encuentro.

He intentado ponerme en contacto con ella a través de otros números de teléfono diferentes, pero no hay manera. Estoy harto de escuchar una y otra vez la maldita locución de las llamadas restringidas.

Doyun y los demás han estado viniendo a verme cada día, porque les preocupa que haga alguna gilipollez. Si soy sincero, se me ha pasado por la cabeza en algún momento de esta semana hacer una locura, como tirarme del puente o hacerme un cóctel de pastillas, pero creo que las personas que me quieren no se merecen tal disgusto. Cada vez que mis amigos vienen a verme, tengo la esperanza de que me den noticias de María, pero según ellos no saben nada de ella, y no sé si me están mintiendo o es verdad. El caso es que el amor de mi vida se ha ido, y vuelvo a estar solo otra vez.

No he salido de casa en todos estos días y hoy, Seong Jihoo, mi representante, me ha llamado para pedirme que me acerque un momento a la agencia a firmar unos documentos. Podría haberle dicho que no, pero creo que me vendrá bien tomar el aire. Así que

después de ponerme unos vaqueros y con la misma camiseta que huele a María, salgo de casa.

Cuando entro en la agencia, la gente se me queda mirando. Debo tener una pinta horrible, pero me da igual; lo que menos me preocupa ahora es mi imagen. Voy directo al despacho de Jihoo y cuando estoy enfrente de la puerta, le oigo hablar. Entonces me quedo escuchando unos instantes antes de llamar.

—Sí, sí, tranquila, cariño. Está todo controlado. —Se queda en silencio—. Ya te dije que iba a funcionar. —Otra vez silencio—. Pronto, ya lo verás. —No sé con quién habla, ni de qué. Cansado de no escuchar nada interesante, llamo a la puerta—. ¡Pasa! —contesta, y entro al despacho—. Te dejo, ya está aquí. —Cuelga la llamada y me sonríe—. ¡Qué bien verte, Giwon! ¿Qué tal estás, muchacho?

Se acerca a mí y me da un abrazo. Creo que es la primera vez que me da un abrazo en todos estos años. Cuando se retira, su mirada es de compasión, debe ser por las pintas que tengo.

—¿Quieres que te diga la verdad o una mentira? —contesto con sarcasmo. Por su gesto veo que ya he contestado a su pregunta.

—Siéntate —me pide con amabilidad.

Me siento en uno de los sillones de cuero, y por primera vez no se sienta al otro lado de la gran mesa de cristal, en su gran silla de oficina. Si no que se sienta en el sillón de al lado.

—Tú me dirás… ¿Qué es lo que tengo que firmar? —digo con desgana.

—Verás, muchacho… —Se pone serio. Pero no en plan mal, si no como si le supiese mal lo que me tiene que contar—. Sé que lo estas

pasando mal, a la vista está. —Me señala de arriba abajo. Definitivamente debo dar asco—. Te has enamorado de esa chica y, sin saber por qué, se ha ido. He intentado averiguar, cómo me pediste, si hay alguna imagen o grabación de los momentos previos a su marcha de tu casa, pero no se ve nada. Solo se la ve a ella entrando por la tarde, y después por la noche, a altas horas de la madrugada, saliendo con las maletas.

—¿Y las cámaras de la calle? —pregunto con la poquita esperanza que me queda, y que en pocos segundos presiento que se va a evaporar.

—Nada… —Jihoo toma aire profundamente—. Pero hay otra cosa… —Abro mucho los ojos, y esa pequeña esperanza que me quedaba, vuelve—. Lo sé desde hace un par de días y he pensado mucho en si decírtelo o no. —Le veo afligido y las alertas se me encienden.

—¿Qué ocurre, Jihoo?

Algo me dice que lo que me va a decir no me va a gustar nada. Vuelve a tomar aire y sigue:

—Está bien… Me han llegado unas fotos en las cuales se ve a María, pero no está sola. —Espera a que diga algo, pero al ver que no digo nada, prosigue—: Está con Minho.

Siento una fuerte sacudida en el corazón, pero antes de alarmarme más, comento:

—Bueno… Minho y ella son amigos.

—La actitud que se ve en las fotos no son precisamente de ser solo amigos —afirma.

—¿Se sabe de qué fecha son esas fotos?

Rezo para que sean de una fecha anterior a la que la conocí. Aunque por lo que me contó, desde que coincidió con Minho en el avión, no se volvieron a ver hasta el día del concierto. Siento cómo el pecho se me encoge y me empieza a doler.

—Son de la noche en la que se marchó —declara con tristeza.

—Quiero verlas —ordeno con fiereza.

—Giwon, creo que es mejor que no…

—¡Quiero verlas! —grito. Jihoo asiente y se levanta. Abre el cajón de su mesa y coge un sobre de color amarillo y me lo da. Abro el sobre despacio y suspiro antes de sacar las fotos.

En las primeras fotos se les ve abrazándose, y por lo que puedo reconocer de fondo, es en el aeropuerto. Entonces, la última foto, se ve perfectamente a María y a Minho besándose. El dolor que siento en el pecho se intensifica y me cuesta respirar.

—Esa chica nunca me dio buena espina… —musita Jihoo, pero no le contesto. Estoy tan furioso que en mi mente solo se aloja una idea, y no hay nada ni nadie que me pare ahora mismo. Guardo las fotos en el sobre, me levanto del sillón y a toda prisa salgo del despacho, y Jihoo me grita—: ¡¿A dónde vas, muchacho?!

Pero no digo nada. Salgo de la agencia directo a por el coche y conduzco a toda prisa hasta la agencia de Minho.

A los diez minutos entro en el edificio con furia. En esta agencia te tienen que dar un pase como visitante para poder atravesar los tornos de control que dan acceso a los ascensores y las escaleras. Pero no tengo tiempo para gilipolleces, salto los tornos con agilidad y me cuelo en uno de los ascensores que en ese momento está cerrando las puertas. A los agentes de seguridad no les ha dado

tiempo ni de reaccionar en cuanto la chica de recepción me ha visto colarme.

Subo hasta la planta en la que creo que puede estar, donde están las salas de ensayo. Y en cuanto salgo del ascensor, grito como un loco su nombre.

—¡Minho! ¡Cha Minho, dónde estás!

Los chicos y las chicas que en ese momento caminan por el pasillo, me miran desconcertados y susurran entre ellos. No me suena ninguno, deben ser nuevos talentos que han reclutado.

—¿Habéis visto a Cha Min Ho? —les pregunto a un par de chicas que hay apoyadas en la pared vestidas de rosa.

Ellas niegan con la cabeza, asustadas; y no me extraña, yo también me asustaría de un tipo que entra dando voces con cara de loco. Entonces una cara conocida viene hacia mí.

—Lee Gi-Won, ¿qué haces aquí? ¿Ha pasado algo? —Es mi amigo Kim Soo Hyun.

—¿Has visto a Cha Min Ho? —pregunto con la respiración agitada por la furia.

—No… Creo que tiene unos días libres. Supongo que estará en su casa. —Me mira desconcertado—. ¿Estas bien, Giwon? No te veo buena cara.

—Gracias por la información, colega —suelto dándole una palmadita en el hombro, y me marcho corriendo otra vez al ascensor.

En la planta baja me esperan los agentes de seguridad y me intentan detener, pero me zafo de ellos a toda prisa y salgo del edificio. Me monto en el coche, y conduzco a toda prisa de nuevo por las calles de Seúl hasta la casa de Minho.

No he estado nunca aquí, porque esta casa se la compró después de que dejáramos de hablar. Pero sé de sobra dónde está por Yuri, que me ha hablado muchas veces de ella. Dejo el coche aparcado delante del acceso a la misma y llamo al videoportero. A los pocos segundos se abre la puerta que da acceso al interior de la parcela y entro. Según camino por la hilera de baldosas de piedra, Minho abre la puerta principal de la casa y sale al porche a esperarme. Al verle, la furia se me intensifica y agilizo el paso aún más. Y cuando estoy a escasos cincuenta centímetros de él, levanto el puño de la mano que tengo bien y se lo estampo en la cara.

—¡Eres un mierda! ¡¿Lo sabias?! —grito con toda mi mala hostia. Minho se ha caído al suelo del puñetazo que le he dado y se pone la mano en el golpe. Yo, furioso, sigo gritando mientras se pone de pie —. ¡¿No tenías suficiente con ser un trepa traidor, que también has tenido que robarme a mi novia?! —Esta última palabra la grito con toda la furia que llevo dentro, que hasta me duele la garganta.

—Pero… ¡¿qué dices?! —responde enfadado. Está de nuevo de pie, se ha quitado la mano de la cara y veo que tiene un poco de sangre en la mejilla. Le he debido hacer un pequeño corte con el anillo que llevo en el dedo índice de la mano—. ¡Yo no te he robado nada, imbécil!

—¡¿Ah, no?! ¡Y esto qué es! —Le tiro el sobre de las fotos con toda mi mala hostia. Mira el sobre extrañado unos segundos, lo abre y saca las fotos. Cuando llega a la del beso, me mira—. ¿En serio te has puesto así por esto?

Me río sin gracia.

—Si quieres me pongo a aplaudir —espeto con sarcasmo.

—¿No ves que es una manipulación? Sí, es cierto que me dio un beso, ¡pero en la mejilla! —Se señala la misma, que es en la que tiene sangre—. Fue un beso de despedida antes de coger el avión.

—Claaaro, y yo en realidad soy un mago con súper poderes. ¿Acaso te crees que soy gilipollas? ¡Reconoce que eres un mierda y ya está! Hasta que no nos has separado, no has parado —bufo con maldad.

—Mira, Giwon… ¿sabes lo que te digo? Que pienses lo que te dé la gana. Prefieres creer a tu representante; porque seguro que él está detrás de todo esto, que a un amigo que lo único que ha hecho es preocuparse por ti. Y lo peor de todo es que crees que la mujer de tu vida, a la primera de cambio, te ha engañado. En vez de ponerte a pensar en el porqué de su huida repentina.

La furia que tenía desaparece de repente y arrugo la frente confundido.

—¿Huida? —repito. Minho blasfema entre dientes para sí mismo.

—No puedo decirte nada. Se lo he prometido.

—Minho, por favor, dímelo —suplico con los dientes apretados.

—Lo siento… pero no puedo —responde con tristeza.

Me quedo mirándole sin saber qué decir, porque no sé si lo que me está diciendo es de verdad o solo se lo está inventando. Creí que conocía a Minho, pero después de quitarme mi gran oportunidad con malas artes… me es muy difícil confiar en él.

—¿Sabes lo que pasa? —espeto—. Que no te creo. No me creo nada de lo que estás diciendo, porque ya me has mentido una vez.

—¿Cuándo te he mentido? —pregunta confuso, y se me escapa una risita sarcástica.

—Venga ya… ¡no hace falta que finjas! Ahora eres quien eres, y tienes esta casa, gracias a ello.

—¿Te refieres a lo de Yves Saint Laurent? —No digo ni hago nada, pero mi silencio le confirma su pregunta—. Desde el principio me querían a mí… me enteré cuando el representante de la marca vino a verme.

—Claaaro, y por eso diste la patada a Jihoo, ¿no?

—La marca fue quien me buscó a otro representante, porque no querían tener ningún tipo de trato con él. Al principio no entendía qué podían tener en su contra, pero después me enteré de la forma poco ética de trabajar que tiene. He intentado muchas veces hablar contigo, pero él se ha encargado de que no lo haga. Y por lo que veo, te contó una mentira para dejarme a mí como un traidor.

—¿Y pretendes que me crea eso? —Levanto las cejas, incrédulo—. ¿Que no has podido hablar conmigo? Porque ahora estamos hablando y él no nos lo está impidiendo.

—Giwon… —Su rostro se ensombrece—. No sabes lo que Jihoo puede llegar a hacer. Me vi obligado a dejar de intentar hablar contigo cuando alguien intentó quitarme la vida. —Me quedo helado ante esta revelación. ¿Que intentaron quitarle la vida? ¿Y cómo sabe que Jihoo estaba detrás? No digo nada y le dejo que siga hablando —. Sospecho que él estaba detrás de todo, pero no tengo la certeza. Entonces decidí alejarme y todo se calmó.

—Lo siento, pero no te creo —digo riéndome, pero sin una pizca de humor—. No creo que Jihoo se moleste en contratar a alguien para

matarte porque quisieras contarme que me mintió.

—Si hubieras sabido en ese momento que te había mentido, y que te había hecho creer que ibas a dar el salto internacionalmente… ¿Hubieras seguido trabajando con él? —Me quedo pensativo, pero Minho no espera mi respuesta—. Si a un león le quitas su presa, te va a atacar hasta destrozarte. Para mí sigues siendo mi mejor amigo, y me duele ver cómo te manipula y quita de en medio a todo aquel que considera que es un enemigo. —No está siendo claro, pero con sus palabras creo que intenta decirme algo.

—¿Me estás intentando decir que Jihoo tiene algo que ver con la marcha de María?

Minho se queda mirándome en silencio durante un instante, pero no logro descifrar si es un sí o un no a mi pregunta.

—Solo puedo decirte… —decide responder—… que María te quiere con toda su alma, y que se ha tenido que ir para protegerte.

¿Protegerme? ¿Protegerme de qué? Me quedo aún más confundido, pero Minho no me dice nada más. Si realmente es cierta su promesa, no piensa incumplirla. Confundido, me doy la vuelta sin decir adiós y me dirijo al coche. Cuando llego a casa, después de mi charla post puñetazo con Minho, No puedo dejar de darle vueltas a todo lo que me ha dicho. ¿Es posible que Jihoo esté detrás de todo?

52
María

Hace ya dos semanas que volví de Seúl y poco a poco estoy volviendo a mi vida normal. Desde hace cinco días estoy por fin en mi pequeño piso, con Rocky. Ni Sara, ni los demás, quisieron dejarme venir antes. No me veían anímicamente bien, y la verdad es que llevaban razón. El estar acompañada me ha ayudado a pasar el duelo un poco mejor. Aunque todavía estoy mal; porque no me voy a olvidar de todo lo vivido con Giwon, y mi amor por él no va a desaparecer. Por lo menos puedo sobrellevarlo sin necesidad de querer desaparecer todo el tiempo.

Eva es la que se encarga de cuidarme en la sombra. Tras contarle todo lo que ha pasado, no le hizo falta preguntarme si estaba bien. Sabe que estoy muy afectada y todos los días se las ingenia para verme y comprobar cómo estoy. No sé por qué, pero creo que se ha conchabado con el resto de mis amigas, y por eso me dejaron venir a casa a vivir «sola».

Minho también me está ayudando mucho. Todos los días que hablamos por videollamada, se interesa en saber cómo estoy y de paso me hace reír con sus payasadas. La verdad es que es un chico estupendo y tengo mucha suerte de tenerle como amigo. Si hace unos meses me hubiesen dicho que el chico con la cara más bonita de Corea, y posiblemente del mundo, iba a ser mi amigo,

seguramente hubiese pensado que el porro que se habían fumado estaba cargadito de pelotas.

Como ya me siento con fuerzas, hoy he desbloqueado a Paula y a Marc en el móvil, y les he contado todo lo que ha pasado. No me guardan ningún tipo de rencor, es más, se han quedado muy afectados. Para nada se imaginaban que el motivo de mi repentina marcha fuese por algo así.

—Entendemos perfectamente lo que has hecho, María —comenta Paula con Marc a su lado, a través de la pantalla—, pero creo que Giwon tiene derecho a saberlo. Quizás, si lo supiese, encontraría una forma de pararle los pies a ese cabrón. —Marc asiente a su lado, de acuerdo con sus palabras.

—Ese tío es muy peligroso… —musito—. Pero, aun así, lo mejor es que me aleje de él. Aunque a su representante le hiciéramos pagar por el daño que le ha hecho, siempre tendríamos algo en contra. Yo no soy famosa, ni guapa, ni delgada…

—¡Ya estamos! —espeta Paula indignada sin dejarme terminar—. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que lo que realmente importa es lo que Giwon sienta por ti? ¡Los demás que piensen lo que les dé la gana! Tú eres tan válida como cualquier otra chica. Y no quiero volver a oír eso de que no eres guapa o delgada, porque te juro que cojo un avión solo para darte un sopapo.

—Giwon no está bien, María —musita Marc con tristeza—. Estamos pendientes de él, nos vamos turnando para verle y saber cómo está… pero no remonta. Y la cosa fue a peor desde que vio las fotos con Minho. —Veo cómo Paula le da un codazo a Marc y este protesta —. ¡Qué!

Mira a Paula y esta le hace un gesto como de que se calle.

—¿Qué ocurre, chicos? —pregunto extrañada—. ¿De qué fotos habla Marc?

—Nada —se excusa Paula—. Unas fotos sin importancia.

—¡Y una mierda! —espeta Marc—. ¡Estoy harto de ocultar las cosas! ¡Tiene derecho a saberlo! —le dice con enfado a Paula, y esta se lleva las manos a la cabeza, pero no dice nada más.

—¿Qué pasa, Marc? —le pregunto un poco nerviosa por saber a qué se refiere.

—Por lo visto os hicieron unas fotos a Minho y a ti el día que te fuiste… y en una de ellas se os ve besándoos.

—¡¿Qué?! —exclamo sorprendida—. Yo no he besado nunca a Minho, ni él a mí. ¿De dónde se han sacado eso? —Marc se encoge de hombros.

—Lo sabemos porque Doyun nos lo ha contado, es el único que las ha visto. Por lo visto, cuando Giwon las vio se fue a buscar a Minho hecho una furia, y en cuanto lo vio, le soltó un puñetazo.

—¡¿Cómo!? —me quedo estupefacta.

—¿Sigues en contacto con Minho? —pregunta Paula, y asiento.

—Sí, me llama todos los días, pero no me ha contado nada. —Me quedo pensativa unos segundos—. Ahora entiendo por qué tiene el moratón en la mejilla y el corte… —digo con la mirada perdida, visualizando en mi mente la cara de Minho con el moratón. Después miro a mis amigos—. Me dijo que había tenido un accidente rodando una escena de acción de su nuevo drama.

—A lo mejor él está detrás de esas fotos. María… a Minho le gustas, lo vi el día del concierto, por la forma en que te miraba —

comenta Paula.

—No creo que haya sido él. Minho lo único que ha hecho es ayudarme y entiendo que sospechéis de él. Si no me lo ha contado es para no preocuparme más con todo lo que ya tengo.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Marc con tristeza.

Del tiempo que lo conozco, creo que es la primera vez que lo veo tan triste, y en parte me emociona verlo así, porque es por mí.

—Nada… —respondo con un suspiro.

—¿No vas a hacer nada? —responde indignada Paula—. ¿Vas a dejar que ese indeseable gane? —Asiento con la cabeza—. No te entiendo… —Veo la decepción en su mirada—. Creí que eras una tía luchadora, que nada ni nadie te podía frenar.

—Es lo mejor para Giwon y su familia. Ahora es duro, pero saldremos adelante. Él seguirá haciendo lo que más le gusta, y algún día encontrará a otra persona que sea su compañera de vida.

—¡Tú eres su compañera de vida! —enfatiza Paula—. Nunca vais a ser la mitad de felices de lo que sois estando juntos.

Se le quiebra la voz y unas lágrimas se le escapan a mi amiga. Marc tampoco puede reprimir las suyas y finalmente a mí también se me escapan. Me las limpio rápidamente y respondo:

—Lo sé, pero es la única manera que tengo de protegerle. Os pido por favor que no le contéis nada a nadie. Ni siquiera a Doyun ni a Jeong Hyeok. —Asienten cogiendo unos pañuelos para limpiarse las lágrimas—. Podemos seguir en contacto entre nosotros, y si queréis venir a España, aquí estaré. Mi casa es vuestra casa.

—La señora Jihye te echa mucho de menos —musita Paula, sonándose los mocos.

—Y yo a ella —digo emocionada—. Dile que la quiero mucho y que siempre la llevaré en mi corazón.

Mi amiga asiente. Como ya es tarde, damos por finalizada la conversación, y en cuanto cierro el portátil, me pongo a llorar con desesperación.

53
Lee Gi-Won

Han pasado cinco meses, veinte días y doce horas desde que María se marchó a España sin darme una explicación.

Después de ver las fotos del supuesto beso con Minho, la odié. La odié mucho. Y no fue solo por el beso, si no por el hecho de confiar en él antes que en mí para lo que sea que haya pasado, para provocar su huida, como lo denominó Minho. Por más que le daba vueltas, no lograba entenderlo.

Pero con el paso de los días, ese odio se trasformó en una profunda depresión. Todo me recordaba a ella. Y para calmar la angustia y el dolor que sentía, me pasaba el día borracho, encerrado en mi ático, sin comer, y con su lista de reproducción de Spotify a todo volumen. Así estuve más de una semana, hasta que Doyun y los demás, que no sabían cómo sacarme de ese estado, llamaron a mi familia.

Mis padres se asustaron mucho al verme, y me cuidaron hasta que logré salir de mi estado de autodestrucción. Fue ahí cuando pude contarles todo lo que había pasado; aunque Paula, Marc, Jeong Hyeok y Doyun ya les habían puesto al día. Creí que odiarían a María por haberme abandonado, pero no fue así. Al contarles mi «conversación» con Minho, y tras pensarlo seriamente, llegaron a la conclusión de que pasó algo muy grave mientras estuve en Tokio, para que ella se marchara de esa manera.

Después de este episodio de depresión, me dije a mi mismo que tenía que olvidarla. Y para hacerlo tenía que eliminar todo aquello que me recordara a ella, empezando por el anillo.

Una tarde, se ausentaron para ir a casa de mi hermana, entonces aproveché para ir al puente Seongsu. Una vez allí, mi intención era tirar el anillo y la pulsera que le regalé, al río Han. Pero justo en el momento en el que iba a hacerlo, las palabras de la señora Jihye me vinieron a la mente: «La amas con toda tu alma y ella a ti. Debes ser fuerte y tener paciencia, todo lo ha hecho por ti».

Entonces lo supe. No la olvidaría. No me podía dar por vencido así como así… la esperaría. Si el universo ya nos había juntado una vez, lo volvería a hacer. Así que, guardándome de nuevo el anillo y la pulsera, volví a mi casa, y le comuniqué a mis padres mi decisión, la cual apoyaron.

Me pasé varias semanas espiando a Jihoo, pero no logre averiguar nada. Así que la pista de Minho no valió para nada. A saber si no se lo inventó también, como la historia que me contó de lo de Yves Saint Laurent. Que sinceramente, no me creí ni una palabra.

A mediados de septiembre, una vez que mis padres volvieron a Busan, me plantee coger un avión e ir a España a buscarla, pero el miedo se apoderó de mí. Tenía miedo de llevarme un chasco y averiguar que ella ya me había olvidado. Que hubiera rehecho su vida con Álex, y darme cuenta de que lo nuestro se acabó definitivamente. Si averiguaba eso, seguramente no me iba a recuperar en la vida de ello.

Entonces se me ocurrió hacer una cosa. Empecé a enviarle mensajes todos los días. Uno por la mañana y otro por la noche. Con la esperanza, de si algún día decidía desbloquearme en el móvil por curiosidad, lo leería y sabría que aún sigo queriéndola.

Días más tarde, escuchando su playlist de Spotify, mientras sonaba su cantante favorito, David Bisbal, tuve la idea de versionar sus dos canciones favoritas de este artista, que perfectamente reflejan lo que siento en estos momentos que estoy alejado de ella. Así que hice la traducción de la letra al coreano y me puse manos a la obra con ellas.

El día lo pasaba cumpliendo con los compromisos que tenía, y en los ratos libres trabajaba en las canciones. Y cuando llegaba la hora de descansar, miraba su foto hasta que me quedaba dormido.

Al cabo de un par de meses de mucho trabajo, ya las tengo completamente versionadas y listas para ser presentadas oficialmente. Jihoo está encantado con las nuevas canciones y cree que van a gustar mucho a los fans. Pero realmente a quien quiero que le guste es a María. Tengo la esperanza de que le lleguen de alguna manera. De todas formas, hoy con el mensaje de buenos días, le he mandado un pequeño fragmento de una de las canciones a capella.

Falta una semana para diciembre, y precisamente el primer fin de semana doy un concierto en Tokio, que será retransmitido por la televisión nacional, y será ahí cuando cante las canciones que he versionado, en primicia.

Como estamos ultimando los detalles del concierto, tengo que ir a la agencia. Pero justo cuando estoy a punto de salir, llaman a la

puerta. Me quedo extrañado porque no espero a nadie. Así que miro el videoportero y al ver quién es, tenso la mandíbula. Respiro hondo y abro.

—¿Qué haces aquí, Minho? —pregunto con seriedad, y Minho sonríe divertido.

—Hola a ti también… ¿Puedo pasar?

Me planteo decirle que no, pero tras pensármelo un instante, accedo. Me sigue hasta el salón, y le invito a sentarse en el sofá. Inclina la cabeza hacia delante para agradecerme el gesto, y se sienta.

—¿Te apetece beber algo? —le ofrezco. No sé por qué estoy siendo amable con él.

—Agua, por favor.

Voy a la cocina y cojo de la nevera un par de botellas pequeñas de agua fría, un par de vasos limpios y vuelvo con Minho. Tras dejar las botellas y los vasos en la mesa de centro de cristal, me siento en un sillón que tengo al lado del sofá.

—Tú me dirás… ¿Para qué has venido? —pregunto con seriedad.

—¿Cómo estás? —pregunta mientras se sirve un poco de agua en el vaso, le miro incrédulo un instante y se me escapa una risita irónica.

—¿En serio has venido para preguntarme cómo estoy? —Espero alguna reacción por su parte, pero se limita a esperar mi respuesta de forma neutral. Parpadeo un par de veces un poco desconcertado, pero contesto a su pregunta—: Pues te podría decir que bien, pero te mentiría. Sigo hecho una mierda.

—¿Y tu mano qué tal está? —Me miro la mano que me rompí el día que María se marchó e instintivamente la muevo—. Bien. A veces me molesta un poco… pero bien. —Inmediatamente miro la mejilla en la que le di el puñetazo e intento ver si le ha quedado alguna marca del corte que le hice con el anillo. Parece que está todo bien y continuo—: Oye, si vienes a que te pida perdón por el puñetazo, lo llevas claro.

Minho se ríe.

—No te preocupes, ya contaba con ello.

—Entonces… ¿A qué has venido? —pregunto confundido—. Después de cinco meses sin vernos no creo que solo hayas venido a preguntarme cómo estoy.

—Llevas razón… —Bebe un poco de agua y sigue—. He venido a decirte que durante el mes de diciembre tengo varios proyectos seguidos por Europa, y el último de ellos es en París, tres días antes de Navidad. Después, en vez de volver a Seúl, voy a ir a España a ver a María. Quiero pasar la Navidad con ella. Tengo curiosidad por saber cómo se celebra allí.

El corazón me da un vuelco y tardo unos largos segundos en reaccionar.

—Qué bien… —consigo decir—. ¿Ella lo sabe?

Minho niega con la cabeza.

—No… Quiero que sea una sorpresa. He venido para que lo sepas y… —Hace una pausa y yo hago un movimiento de cabeza para que continúe—… por si quieres que le dé un mensaje de tu parte.

No sé qué decir. ¡No me esperaba esto! ¿Debería decirle que le diga que la amo con toda mi alma y que en lo único que pienso cada

segundo de mi vida es en ella? ¿Que estoy dispuesto a renunciar a todo solo por estar con ella? ¿Que la necesito como el aire que respiro y sigo sobreviviendo gracias a su recuerdo? Mientras sigo pensándome si darle un mensaje o no, Minho continua:

—¿En serio no has averiguado nada de por qué se fue? —me increpa algo molesto, y se inclina hacia mí—. Y si tanto la quieres… ¿por qué permites que se siga rumoreando que te vas a casar con Yuri?

Es cierto que últimamente están muy pesados en los medios diciendo que Yuri y yo estamos comprometidos, pero es algo que tuve que aceptar para que Jihoo no me cargara de trabajo en exceso, y así poder trabajar en las canciones más tiempo. También tuve que salir a cenar un par de veces con Yuri para alimentar ese rumor. Pero solo fue eso, cenar y nada más.

—No me voy a casar con ella —confirmo con seguridad—. Pero era la única forma de que Jihoo me dejara tranquilo para hacer lo que realmente quería.

—Sabes que Yuri no opina lo mismo, ¿verdad?

No contesto y cambio de tema.

—Respecto a tu pregunta de antes: sí, he intentado averiguar si Jihoo está detrás de todo, pero no he encontrado nada. De todas formas, como tú sí lo sabes, cuéntamelo y así terminamos antes —le espeto molesto.

—Sabes que no puedo… —musita con un deje de tristeza.

—¡Pues entonces lárgate y déjame en paz! —contesto enfadado.

Minho me mira un instante con compasión, sin decir nada, y después se levanta del sofá.

—De todas formas, antes de irme quiero ser sincero contigo, Giwon. Sobre algo que sospechas desde el principio. —Espero a que siga hablando, expectante, pero algo me dice que no me va a gustar —. María me gusta desde que la conocí. Y si me da la oportunidad, quiero intentarlo con ella. —Siento que mi corazón deja de latir y la sangre deja de fluir por mi cuerpo. Me quedo en este estado varios segundos hasta que Minho me zarandea preocupado, y la sangre vuelve a fluir, y el corazón sigue latiendo—. ¿Estás bien, tío?

Le miro y decido mentirle.

—Sí… solo me he mareado un poco. Debe ser porque no he comido nada. —¿Debería decirle que es un puto desgraciado, y que ni se le ocurra acercarse a María? Me entran ganas de partirle la cara otra vez, pero, en cambio, no hago nada. María no es mía… ni de nadie, y yo no he hecho nada para recuperarla. Si ella decide darle una oportunidad, debo respetar su decisión. Minho me analiza, y sé que no se ha creído nada—. Cuídala, por favor —concluyo sin poder decir más.

Minho asiente, y se da media vuelta para dirigirse a la puerta principal y marcharse. Pero antes se queda mirando la pantalla del videoportero y comenta:

—¿Sabes? Yo tengo el mismo modelo —lo señala con el dedo—. ¿Es una maravilla, verdad? Lo que más me gusta es que tiene la opción de que siga grabando lo que ocurre dentro de la casa durante varios minutos.

Me guiña un ojo con media sonrisa y sale de mi casa.

Me quedo mirando el videoportero y le doy vueltas a lo que me acaba de decir. ¿Es posible que sea cierto, y que si busco puede que

encuentre algo sobre el día que se fue María? Entonces, si me quiere ayudar… ¿por qué me ha revelado que quiere intentarlo con ella? La cabeza me va a explotar, pero, aun así, pienso ponerme en contacto con la compañía para que me informe. Ojalá encuentre algo relevante que me aclare un poco las cosas.

54
María

No me creo que ya sea Navidad. La verdad es que el tiempo pasa inexorablemente. Parece que fue ayer cuando Giwon me despertaba por la mañana dándome besitos tiernos en la cara. O su forma de sonreír cuando le hacía gracia algo que yo decía. En todos estos meses no ha habido ni un solo día que no me acuerde de ello. La verdad es que no sé cómo he logrado seguir adelante. Bueno… si lo sé. Gracias a mis amigos y a mi familia, que se han encargado de sostenerme.

Una semana después de retomar el contacto con Marc y Paula, cogí a Rocky y me fui con él a pasar unos días a casa de mi madre, a Denia. Mi madre, a pesar de nuestras diferencias, al verme, supo que algo muy grave me había pasado, y se encargó, durante el mes que estuve con ella, con mi hermano, mi cuñada y mis sobrinas, de que no me faltara de nada. Sobre todo el cariño y el amor de la familia.

El día de mi cumpleaños, mi otra familia —Sara, Tania, Bea, Ruth y Álex—, me dieron una sorpresa presentándose sin avisar en casa de mi madre. Se encargaron de preparar una fiesta improvisada por mi cumpleaños, en la que no faltó de nada. Y como regalo, al día siguiente me llevaron de crucero durante siete días. El barco atracaría en diferentes ciudades, entre ellas Roma, en honor a mi

película favorita. Conocer de una vez el Coliseo Romano era una de mis cosas pendientes, y eso ellos lo sabían.

La verdad es que siempre quise hacer un crucero, pero nunca me atreví, simplemente porque me daba un poco de mal rollo pensar en la profundidad el mar… sobre todo por la noche. Y pensar en lo que sucedió en el Titanic me quitaba las ganas del todo. Pero al final no fue para tanto. Fue una experiencia maravillosa, y nos lo pasamos genial.

El resto de los meses los he pasado lo mejor que he podido. La empresa no quiso que me incorporara antes al trabajo por la excedencia que pedí cuando me fui a Corea, y todavía me quedaban dos meses para que terminara. Así que decidí ayudar a Bea y a Ruth con su negocio online; concretamente con las redes sociales y con la web. Cuando la excedencia acabó, y llegó la hora de volver a mi puesto de trabajo, Bea y Ruth me ofrecieron quedarme con ellas en el negocio y acepté. Así que finalmente amplié la excedencia por un año.

Para mantener la mente ocupada lo máximo posible, y así no pensar en Giwon, decidí también echar una mano a Tania y a Álex en el No Limits, sirviendo copas.

Un sábado, se presentó Adrián por sorpresa en el bar de copas. Verle después de tantos meses no me produjo ningún sentimiento. Seguía igual de guapo que siempre, pero nada más. Por lo visto le habían contado que servía copas los fines de semana y quería verme. Accedí a tener una conversación con él, y me pidió perdón por lo que hizo la última vez que nos vimos, y le creí. Le vi arrepentido de verdad. Después, me confesó que me seguía

queriendo y me pidió otra oportunidad, pero le expliqué que yo ya no sentía nada por él. Lo que no le conté es que mi corazón ya tiene dueño, y ese es Giwon, aunque no pueda estar con él. Aceptó mi decisión, y un mes después supe por sus redes sociales, que se había ido a vivir a Londres.

Mantener el contacto con Paula, Marc y Minho a través de mensajes diarios y videollamadas durante todo este tiempo también me ha ayudado bastante a sobrellevar la separación de Giwon. Y con ellos hablaba de todo, menos de Giwon, ya que les pedí que no me contaran nada de él para no sufrir más.

Más de un día, en la soledad de la noche, me daban ganas de desbloquearle en el móvil, para comprobar si tenía algún mensaje de él, pero finalmente no lo hacía. Eso sí, después miraba sus fotos y me ponía a llorar hasta que me quedaba dormida.

Ahora mismo con el que más hablo por teléfono es con Minho. Lleva desde la primera semana de diciembre en Europa. La primera semana estuvo en Londres, la segunda en Suecia, grabando una canción con el cantante sueco Benjamin Ingrosso, y ahora está en París. Aunque hoy ya se va de vuelta a Seúl, según me informó anoche cuando hablé con él. Pensé en coger un avión y viajar a París para verle, pero al final descarté la idea.

Mañana me voy a Denia para pasar la nochebuena con mi familia, estoy preparando la maleta para Rocky y para mí, ya que no quiero dejarlo solo. Además, ya conoce la casa de mi madre y no extraña. Eva se ha pasado un momento por mi piso, para a felicitarme la Navidad y el Año Nuevo, ya que se va a pasar todas las fiestas a Andorra con su familia. Según me ha contado, este año no quería

ninguno estar pringado en la cocina y se han liado la manta a la cabeza. Así que se van a un hotel a que se lo hagan todo. Y me parece una idea estupenda, eso deberíamos haber hecho nosotros también. Eva, ya de paso, ha aprovechado para darme su regalo de Navidad, y me ha regalado unas botas estilo militar con brillos, como a mí me gusta.

—¡Muchísimas gracias! —musito emocionada mientras la abrazo—. ¡Me encantan!

Después he aprovechado para darle también mi regalo. Al abrirlo, y ver que es el bolso que lleva tiempo buscando, me da un abrazo tan fuerte que por poco me parte la espalda. A veces es un poco bruta cuando se emociona.

Cuando se marcha, sigo con la preparación de la maleta y entonces mi móvil vibra por la entrada de un mensaje. Cojo el móvil, que lo tengo encima de la cama, y miro de quién es. Al ver que es Minho, sonrió y abro el mensaje para ver la foto que me ha enviado. Se ha hecho un selfie con gesto interesante, y en el pie de foto indica:

«¿A qué no sabes dónde estoy?».

Miro de nuevo la foto. Está claro que está dentro del avión, y respondo:

«Dentro de un avión. Obvio».

Minho responde a los pocos segundos:

«Sí. Pero la pregunta es… ¿Cuál es mi destino?».

Supuestamente su destino tiene que ser Seúl. A no ser que se refiera a la ciudad donde va a hacer escala. A lo mejor hace escala en Dubái y me quiere dar envidia.

«No sé… ¿Dubái?».

Casi al instante, recibo otro mensaje que es otra foto, y al descargar la imagen, veo que es una foto de la pantalla del avión en la que se lee, claramente, «Destino Madrid», y me quedo en shock. Al ver que no respondo, Minho me envía otro mensaje.

«María… ¿Estás ahí?».

Parpadeo rápidamente, aturdida, y respondo:

«Sí, estoy aquí. ¿Tienes algún evento en Madrid y lo has mantenido en secreto hasta ahora?».

Envío mi respuesta, pero sé perfectamente que no. Minho me responde sin hacerme esperar.

«No. He pensado que sería divertido pasar las Navidades juntos. ¿Tú qué opinas?».

¡Madre mía, esto no me lo esperaba! ¿Por qué no me ha avisado? ¿Ahora qué hago? No puedo decirle a mi familia que no puedo ir. Mi madre lo tiene todo organizado, se enfadaría mucho si no fuera. ¡Y solo tengo una cama en mi casa!

Me lo pienso durante varios minutos y, finalmente, respondo:

«Estoy deseando darte un abrazo, ¿A qué hora llegas a Madrid?».

55
María

En cuanto dejo la conversación por mensaje con Minho —porque va a despegar el avión en pocos minutos—, llamo a mi madre para avisarla de que voy a llevar a un amigo a pasar la nochebuena con nosotros. No le ha hecho mucha gracia, pero solo porque se cree que se va a quedar corta con la comida, pero seguro que hay de sobra como siempre. Después de terminar la conversación con mi madre, aviso a mis amigas a través del grupo de WhatsApp, de la llegada inminente de Minho. Se sorprenden al saberlo, pero también les hace ilusión conocer a un idol como él en persona.

«Si tú no le das un repaso, déjanoslo a nosotras un rato».

Escribe Ruth en el grupo de Las Spice y no puedo evitar reírme a carcajadas al leerlo. Siempre están igual. Miedo me da cuando lo conozcan en persona.

Llego al aeropuerto con media hora de antelación a que aterrice el vuelo en el que viene Minho. He tenido suerte de que no he encontrado mucho tráfico para ser las fechas que son. Veo que hay muchísima gente esperando a sus familiares y me pongo un poco nerviosa. ¿Y si le reconoce alguien? Parece que no, pero aquí cada vez hay más personas a las que les gusta el k-pop y los k-dramas. Entonces, veo a Minho salir por la puerta de llegadas.

Minho, en cuanto me ve, sonríe y camina deprisa hacia mí con su gran maleta a rastras. Yo también me muevo hacia él y nos damos un fuerte abrazo.

—Te voy a matar —musito—. ¿Cómo se te ocurre venir sin avisar?

Nos deshacemos del abrazo, y sin dejar de sonreír de esa manera tan suya que vuelve locas a todas las fans, contesta:

—Si te lo digo, no hubiera sido una sorpresa.

—¿Y te han dejado venir solo? —susurro acercándome a él para que nadie más lo oiga—. ¿Y si te reconoce alguien?

Miro alrededor para controlar si alguien lo ha reconocido.

—No les ha hecho mucha gracia, pero respetan mi decisión. Además, viajando solo llamo mucho menos la atención. —Mira alrededor y comenta—. ¿Ves? La gente está a lo suyo.

Miro también, y me fijo en dos adolescentes que están junto a su familia o eso parece, que miran mucho en nuestra dirección.

—Allí hay dos chicas que no te quitan ojo —le señalo—. Seguro que están lucubrando sobre si eres tú o no.

Minho mira un instante a las chicas y me vuelve a mirar a mí.

—Creo que nos miran porque están pensando que tengo mucha suerte de poder estar al lado de una chica tan guapa y sexy como tú.

Sonríe divertido y yo me quedo descolocada. No me esperaba para nada ese cumplido. Entonces, para disimular, le doy un leve empujón y me río con ganas.

—¡Mira que eres payaso! Anda, vámonos de aquí antes de que se te tire alguien al cuello por no poder resistirse ante tal monumento, y salgas en las noticias.

Minho se ríe a carcajadas y me sigue hasta el aparcamiento donde he dejado el coche.

Durante el camino en coche a mi casa, Minho se queda embelesado con el manejo de este. Mi coche, evidentemente es de cambio manual, y por lo visto él nunca ha conducido un coche de este tipo, siempre ha sido con cambio automático. Y cada vez que subo o bajo la marcha, observa cómo lo hago.

—¿Es complicado conducir así? —pregunta curioso.

—Como todo en la vida, al principio es complicado, pero una vez que aprendes, lo haces sin pensar.

—¿Me dejarías probar un día? —pregunta esperanzado.

—¿Pero cuánto tiempo tienes pensado quedarte? —Para contestar su pregunta, necesito que conteste mi pregunta primero.

—Pueees… —Se queda pensativo varios segundos y responde divertido—. Hasta el año que viene.

Ahora la que me quedo pensativa soy yo. Entonces caigo sobre a qué se refiere y me rio.

—Pues entonces no hay problema, un día te enseño a conducir de forma manual.

Feliz por mi respuesta, el resto del camino me cuenta con más detalle lo que ha estado haciendo en París estos días.

Al llegar a mi casa, Rocky se asusta un poco, al verlo tan alto, ya que mide 1,83. Pero Minho le habla con cariño y a los pocos minutos se tranquiliza, y se muestra amigable con él. Lo primero que hago es enseñarle mi pequeño piso. Está claro que no tiene nada que ver con el casoplón que tiene él en Seúl, pero me siento muy orgullosa de lo que tengo y puedo decir que es mío. Cuando termino de

enseñarle todo, me comenta que le encanta mi casa. Dice que la encuentra muy acogedora y muy… yo. No sé a lo que se refiere con exactitud, pero asimismo me gusta su cumplido.

Después, nos sentamos en el sofá tras coger un par de cervezas y abordo el tema de la cama.

—Como habrás visto, solo tengo una cama —Minho asiente, y continúo —. Si me hubieras avisado, podría haber comprado un colchón inflable o un pequeño sofá cama, que cabe de sobra en la habitación que utilizo como despacho.

—Puedo irme a un hotel —me interrumpe.

—¡No! De eso nada —sentencio, y continúo—: Hay sitio para los dos aquí. —Me quedo pensativa un instante y sigo—: Tengo la solución. Tú duermes en mi cama y yo me quedo aquí en el sofá. —Doy una palmada en el asiento—. Como ves, es grande y los asientos se pueden sacar para que sea más ancho.

—No, no, no. No voy a permitir que duermas en el sofá —indica Minho con seriedad—. Yo me quedo en el sofá.

—¡Ni hablar! ¿Qué clase de anfitriona seria si te permitiera hacer eso? Que no, que no…

Niego con la cabeza. Minho se queda pensativo unos largos segundos sin dejar de mirarme de esa manera tan intensa que solo él sabe hacer.

—¿Y si dormimos juntos? —musita sin apartar la mirada.

—¡¿Qué?! —pregunto anonadada.

—Prometo portarme bien —confiesa con una media sonrisa divertida—. La cama es grande, y si quieres ponemos algo en el medio para marcar el límite.

Proceso lo que me propone y no parece mala idea.

—¿Estás seguro de que quieres dormir conmigo? —pregunto y acto seguido levanto el dedo índice—. Te aviso de que soy sonámbula y, aunque no me suelo levantar dormida, sí que me puede dar por gritar en medio de la noche.

Minho sonríe divertido.

—Creo que podré soportarlo. Además, si ocurre eso, es mejor que esté cerca para ayudarte a volver a la realidad, ¿no?

Sonrío ante su respuesta y nos estrechamos las manos conformes con el acuerdo al que acabamos de llegar.

Después, le informo que al día siguiente vamos a pasar la nochebuena con mi familia en otra ciudad que tiene mar, y le encanta la noticia. En Corea del Sur no celebran la Navidad como en España. Se suele pasar en pareja o con amigos. Y el que no tiene ni pareja, ni plan de amigos, suele decir que pasa la Navidad con Kevin. Como la película de Solo en Casa. Así que, para Minho, saber cómo se celebra en España la Navidad y poder disfrutarla, es algo maravilloso.

El viaje en coche hasta Denia resulta ser muy divertido y se queda maravillado con el paisaje. Sobre todo con el toro de Osborne que hay en la carretera. Al verlo de lejos Minho cree que es de verdad, y yo no puedo evitar reírme a carcajadas con su cara de susto al ver que nos acercamos más y más. Cuando por fin se da cuenta que es de mentira, se ríe a carcajadas por lo ingenuo que ha sido.

Al llegar a Denia, me pongo un poco nerviosa. Minho es de otra cultura diferente y no sé si va a sentirse a gusto. Mi familia no es

mala, pero cuando estamos juntos solemos hablar más alto de lo normal y a la mínima estamos discutiendo por chorradas. Y aunque le he avisado por el camino, no sé si realmente ha entendido a lo que me refiero.

Cuando llegamos a casa de mi madre, ya están allí mi hermano Alberto, mi cuñada Alma y mis sobrinas esperándonos. Al presentarles a Minho, mi cuñada y mi sobrina Irene, la más mayor, se queda embobada al igual que su madre, con él. Mi hermano, al verlas babear, pone los ojos en blanco, pero no les dice nada y se limita a seguir preparando la bandeja con el turrón. La cara de mi madre es otra cosa, es de preocupación. Y mientras Minho está intentando entender qué es lo que le están diciendo mi cuñada y mis sobrinas, mi madre me lleva a un lado de la cocina y me pregunta:

—¿Es él? —Sé perfectamente a lo que se refiere.

—No, mamá, no es él. Minho es un amigo que conocí allí y me ha ayudado mucho estos meses. Todos los días me ha llamado sin fallar ni un solo día, para saber cómo estaba. Y ha decidido venir a verme, y pasar las navidades conmigo, ya que estaba por Europa.

La cara de mi madre se suaviza. Aunque haya sido yo quien ha roto la relación con Giwon, tiene miedo de que vuelva a sufrir por él.

—Está muy delgaducho, ¿no? —comenta mi madre mientras le mira de arriba a abajo, y yo asiento.

—Para una celebridad como él, es algo normal. Lo anormal es lo mío, mamá.

Mi madre gira la cabeza hacia mí con seriedad.

—A ver, hija… ¿Qué podrías perder unos cuantos kilos? Sí, podrías. Pero lo importante es que tú seas feliz y estés sana. Para mí sigues

siendo mi hija, con kilos o sin ellos. —No puedo evitar emocionarme con sus palabras. Mi madre y yo tenemos muchas diferencias, pero cuando me tiene que demostrar su amor, lo hace sin reparos—. A él… —Señala a Minho—… voy a hacer que coja un par de kilitos que le van a venir muy bien.

Me guiña un ojo y no puedo evitar reírme.

En la cena de nochebuena nos lo pasamos genial. Hacía mucho tiempo que no nos lo pasábamos tan bien. Minho alucina con la cantidad de comida que hay en la mesa. Lo mejor llega cuando prueba el jamón ibérico de bellota. Su cara antes de meterse una loncha en la boca es de desconfianza total, pero una vez que lo saborea, la forma en la que abre los ojos por la sorpresa es digno de inmortalizar. Le gusta tanto que casi se termina él solo el plato de una sentada. Así que mi hermano, al ver que el plato está casi vacío, se levanta a cortar más jamón.

Sé que a Minho le gusta comer, porque me lo ha dicho en más de una ocasión, pero come tanto que tengo miedo de que se ponga malo. Verle disfrutar de cada uno de los platos que mi madre ha preparado me hace muy feliz.

Tras la cena nos ponemos a cantar villancicos en español, y resulta muy divertido ver a Minho intentar cantarlos también. Después nos canta con su preciosa voz, la canción Last Christmas a la cual yo también me uno, y mi familia se emociona al oírme cantar. Siempre han sabido que me gustaba cantar y que no se me daba mal, pero nunca pensaron que lo hiciera tan bien.

Después, pasamos el resto de la noche jugando a juegos de mesa, hasta que al ver que son más de las cuatro de la madrugada,

decidimos dar por finalizada la noche e irnos a dormir.

Al día siguiente mi sobrina pequeña, Lucia, al ser Navidad, se encarga de despertarnos a todos para abrir los regalos que ha dejado Papá Noel. Como es costumbre, todos tenemos algún regalo, y para mi sorpresa, Minho también tiene uno. Ahora entiendo por qué mi cuñada Alma y mi sobrina Irene se ausentaron el día anterior por la tarde, sin decir a dónde iban. Le han comprado una gorra de la marca Nike muy chula, y una sudadera de la misma marca. A Minho le ha emocionado mucho el gesto que han tenido con él sin conocerlo, y se lo agradece emocionado.

Como llevo sin mirar el móvil desde anoche, en cuanto lo cojo veo que tengo varios mensajes, y todos ellos son felicitaciones de Navidad. Entre ellos están los de mis amigas, que no solo me desean Feliz Navidad, también quieren saber cómo me va con Minho. También tengo un video de Marc, Paula, Doyun y Jeong Hyeok deseándome una Feliz Navidad en el que están todos guapísimos. Con el video no puedo evitar emocionarme, y me voy corriendo al baño para que Minho y mi familia no me vean llorar. Les contesto a todos lo mejor que puedo, y una vez que estoy mejor, salgo del baño para volver con mi familia y con Minho. Después, me informan de que han decidido ir a dar un paseo por la playa antes de comer, porque aunque hace frio, hace un día estupendo de sol.

Minho camina unos metros más adelante, con mi sobrina Lucia, que chapurrea el inglés, pero se entiende perfectamente con él. Y de pronto mi sobrina Irene me coge del brazo y me pregunta:

—Tía… sé quién es.

La miro extrañada porque no entiendo a qué se refiere.

—¿Quién es quién? —contesto.

—Minho… sé que es uno de los idols más famosos de Corea del Sur… y del mundo.

Dejo de respirar unos segundos. Al presentar a Minho no entré en detalles del tipo de celebridad que es. Pero mantengo la calma y contesto:

—De esto ni una palabra a nadie. Ni siquiera a tus amigas —le advierto en un tono bajo.

—¿Pero por qué? —protesta—. ¿Tú sabes lo que rabiarían mis amigas al saber que he pasado la nochebuena con él, y que he tenido el privilegio de oírle cantar en directo?

—Irene, no puede ser —le digo con tono serio—. No puede saberlo nadie. Y demasiado ya se la juega saliendo a la calle, sabiendo que le puede reconocer cualquiera que esté un poco al día de los idols surcoreanos.

—Vaaale —acepta un poco a regañadientes, y sigue—: Oye, tía… ¿Estáis saliendo? —pregunta con una sonrisita picara.

La miro divertida y contesto:

—No, cotilla, no estamos saliendo. Solo somos amigos.

Mi cara se ensombrece porque, de pronto, no sé por qué, Giwon se me viene a la mente y siento un nudo en el pecho. Mi sobrina se da cuenta y me mira con preocupación.

—¿Qué pasa, tía? Tienes mala cara. —Niego con la cabeza e intento sonreír para aparentar que no me pasa nada, pero no cuela —. Le echas de menos, ¿verdad? —La miro sorprendida. Irene solo

tiene dieciséis años, pero se da cuenta de muchas cosas. Mentalmente aparenta más edad, igual que me pasaba a mí cuando tenía su edad—. Creo que deberías luchar por él. El abuelo siempre decía que no hay que tirar la toalla por muy complicadas que estuvieran las cosas.

Que mi sobrina recuerde esas palabras de mi padre me emociona.

—Es complicado, Irene… —respondo aguantando las lágrimas—. A veces es mejor aceptar que se ha perdido la guerra.

—Pero…

Entonces mi hermano, que debe haber estado escuchando la conversación detrás nuestra, interviene interrumpiendo a su hija.

—Irene. Tu tía toma sus propias decisiones, y ella sabe qué es lo mejor para su vida. Hay que respetarlo.

Miro a mi hermano y me sonríe comprensivo. Y yo le doy las gracias sin emitir sonido alguno. Mi sobrina deja la conversación y seguimos caminando.

Pocos minutos después, Minho se da la vuelta para mirarme, y se espera para ponerse a mi lado.

—¿Está todo bien? —me pregunta preocupado con su perfecto inglés.

Yo sonrío, y, agarrándome a su brazo, le contesto:

—Todo perfecto.

No sé si se lo ha creído o no, pero no me insiste, y seguimos andando por el paseo marítimo junto a mi familia.

Después del paseo, y la comida del día de Navidad que ha preparado mi madre, junto con algunas cosas que sobraron de la noche anterior. Minho y yo decidimos salir a dar una vuelta solos, y

acabamos cogiendo el coche para enseñarle a conducir con el cambio manual. No sé cuántas veces llega a calar el coche, pero poco a poco le coge el truco, y termina dándome una pequeña vuelta por la zona, ya que hay poco movimiento de coches.

Al día siguiente decido hacer una visita express con Minho a Valencia para que conozca esta bonita ciudad, la auténtica paella Valenciana y el Oceanogràfic. Minho está encantado con todo, sobre todo con la comida. De madrugada, cuando llegamos a casa de mi madre, caemos agotados en la cama.

El viernes 27 de diciembre, tras despedirnos de mi familia y coger a Rocky, volvemos en coche a mi casa, y Minho se atreve a conducir la mitad del camino. Está pletórico por haber aprendido a conducir con marchas. Una vez que llegamos a mi piso y tras ayudarme a deshacer la maleta, nos pasamos el resto de la tarde en casa descansando, viendo la segunda temporada de El juego del calamar que ya se ha estrenado en Netflix.

Hoy por la mañana, tras desayunar, Minho y yo vamos al supermercado a comprar los ingredientes que necesito para el domingo. Van a venir a comer Sara, Tania, Bea, Ruth y Álex a casa, para conocer a Minho en persona. Así que he decidido preparar un auténtico cocido madrileño para que Minho, que tiene muchas ganas de probarlo desde que le hablé de este plato cuando nos conocimos, lo pueda degustar.

Por la tarde lo llevo a Toledo para que conozca esta preciosa ciudad y pueda disfrutar de las luces navideñas. Por suerte no le ha reconocido nadie, también es verdad que la gorra ayuda. Pero de lo

que sí que me doy cuenta es de que no pasa desapercibido. La gente que pasa por su lado se le queda mirando, y no me extraña. Llama mucho la atención por su altura y por lo guapo que es. Parece sacado directamente de un videojuego y es imposible no mirarle.

El cocido que preparo el domingo triunfa como la Coca-Cola. Creo que es el mejor que he preparado en mi vida, y ni que decir tiene que Minho ha repetido como los demás. No ha sobrado absolutamente nada, cuando normalmente siempre sobra algo.

—Creo que he engordado un par de kilos —comenta Minho tocándose la tripa satisfecho, una vez que se han marchado mis amigos a su casa. En cambio, yo le veo igual. Creo que Minho es de esas personas que da igual lo que coman, que no engordan ni queriendo—. Por cierto… —sigue mientras me ayuda a recoger los platos—. Tu amigo Álex siente auténtica devoción por ti.

—Lo sé —respondo tranquilamente mientras coloco todos los platos sucios en el lavavajillas.

—¿Y a su novia no le importa? —pregunta sorprendido, y se me escapa una risita. Entonces le cuento toda la historia con Álex. Al terminar de contarle todo, su cara es un auténtico poema —¿Y habéis vuelto a…?

—No —le interrumpo—. Es algo que ya pasó, y tanto él como yo sabemos que no lo volveremos a hacer. Sé que está ahí para lo que necesite y que nunca me va a fallar.

Minho se queda quieto y hace que yo también pare, para que le mire a la cara.

—Yo también estoy para lo que necesites. No lo dudes ni un segundo —me lo dice serio. Tan serio que me resulta algo chocante. No es habitual verlo así, siempre tiene un deje divertido en su mirada.

Sonrío emocionada y contesto:

—Lo sé. Y me siento muy feliz de poder seguir teniéndote a mi lado.

Nos fundimos en un abrazo, y tras varios minutos así, seguimos recogiendo el resto de las cosas de la comida.

Por la noche nos vamos pronto a dormir porque hemos quedado con mis amigos para ir al día siguiente a visitar Madrid. Minho tiene muchas ganas de ir al Estadio Santiago Bernabéu, ya que le gusta el fútbol y es fan del Real Madrid. Así que vamos a aprovechar para hacerle una ruta turística por Madrid.

El primer sitio al que vamos en cuanto llegamos a Madrid es al estadio. Todos alucinamos con la nueva apariencia que tiene; Minho no ha visto cómo era antes, pero alucina igual. Visitamos el museo y admiramos cada copa que tienen expuesta, sobre todo la última, de la Champions. Álex y Minho parecen dos niños pequeños haciéndose fotos, sobre todo con esta última. Mientras estos dos están ensimismados con todo lo que hay en el museo, Bea y Ruth se acercan a mí con una sonrisita que me alerta de que no me van a preguntar precisamente por el tiempo.

—¿Qué…? —empieza, Bea vacilona—. El coreano y tú ya…

—Él y yo ya… ¿qué? —Me hago la tonta, pero sé perfectamente a qué se refiere.

—¡Que si habéis echado un buen polvo, joder! —exclama Bea, y la gente que tenemos alrededor se nos queda mirando.

Menos mal que Minho no entiende el español.

—¡No, cotillas! Y no hace falta que se entere medio Madrid. Minho y yo solo somos amigos —contesto molesta.

—¿Y qué? —dice Ruth—. Ser amigos no os impide echar un polvete. Y, tú, amiga te recuerdo que llevas en dique seco desde…

—¿¡Queréis dejarla en paz!? —interviene Sara.

—Vale, vale —levanta las manos Bea—. Pero si tú no vas a hacer nada con él, podrías dejárnoslo un ratito a nosotras.

—¡¿Qué os creéis, que es un perro?! —respondo un poco molesta, y ellas se echan a reír. No sé cómo lo hacen, pero siempre caigo en sus provocaciones.

Después de la panorámica del estadio, toca pasar por la tienda oficial del equipo, y Minho se vuelve loco. No solo se compra la camiseta de la primera equipación, también se compra la de la segunda, la tercera, una sudadera y el chándal oficial. Creo que no se compra la tienda entera por vergüenza. Al salir, llevamos un montón de bolsas, casi todas de Minho. Y acabamos de empezar el tour por Madrid.

Llevamos a Minho a un montón de sitios más, como las Torres Kio, el área de las cuatro torres, el Parque del Retiro, la Fuente de Cibeles, la Puerta de Alcalá… y después abordamos la Gran Vía desde la calle Alcalá, y bajamos caminando hasta la plaza de Callao. Como hoy es 30 de diciembre, hemos decidido quedarnos a las pre-uvas, que es el ensayo de las campanadas de fin de año en la Puerta del Sol. Y mientras tanto, visitamos la plaza mayor y hacemos que

Minho pruebe el típico bocadillo de calamares. Cuando se va acercando la hora de las pre-uvas, que es a las doce de la noche, nos quedamos en la Puerta del Sol disfrutando del ambiente y las luces. Para Minho todo es maravilloso y su cara refleja lo mucho que está disfrutando. La verdad es que me siento muy feliz de poder enseñarle una pequeña parte de nuestras costumbres y que conozca un poquito más de España. Ojalá algún día pudiera ver más cosas de este país tan bello que tenemos, y que a veces no valoramos como se merece.

Cuando terminan las pre-uvas volvemos en metro al parking donde hemos dejado los coches por la mañana para marcharnos a casa. Mañana tenemos que estar a tope para despedir el año. Vamos a celebrar la cena de nochevieja en casa de Sara, y después de las uvas seguiremos la fiesta en el No Limits.

Al llegar a casa no puedo disimular el cansancio que tengo y Minho se ofrece a darme un masaje en los pies que acepto encantada. La verdad es que se le da genial y me ayuda mucho. Después nos vamos a la cama y me abrazo a Minho. Estos días no nos hemos rozado mientras dormíamos, por la barrera de cojines que poníamos en medio de los dos, pero hoy me apetece sentirlo cerca.

—Muchas gracias por todos los sitios que me has enseñado y por dejarme conocer a tu familia y amigos. Son las mejores vacaciones que he tenido en mucho tiempo —musita mientras me acaricia el brazo con mimo.

—Gracias a ti por estar a mi lado todo este tiempo. Estoy muy feliz de que estés aquí —comento con la cabeza pegada a su pecho.

Nos quedamos en silencio durante varios minutos, él acariciándome y yo escuchando los latidos de su corazón.

—María… —rompe el silencio—. Tengo que confesarte algo.

Extrañada por el tono en que lo dice, me incorporo para mirarle a la cara. Su rostro está muy serio.

—¿Qué pasa? —pregunto un poco asustada.

Mi cabeza empieza a dar vueltas y todo me lleva a lo mismo, que le ha pasado algo a Giwon y no le queda más remedio que contármelo. Minho coge aire y lo suelta lentamente antes de hablar.

—Me gustas mucho, María. Me gustas desde que te conocí. Sé que eres doce años mayor que yo y que amas a Giwon con toda tu alma, pero necesito que lo sepas. Todo lo que he hecho estos meses es porque me importas de verdad, y me duele ver que lo estás pasando mal. Al saber que estabas saliendo con Giwon, lo acepté, porque vuestras miradas lo decían todo. No pretendo sustituir a nadie ni que olvides a nadie. —Se acerca más a mí, hasta que sus labios están a escasos centímetros de los míos y mi corazón va a mil por hora—. María… Me gustaría sentir tus labios contra los míos. —Roza con el pulgar mis labios y hace que se me erice la piel—. Solo quiero probarlos, aunque solo sea una vez —susurra con voz ronca.

¡Madre mía, no sé qué hacer! No me esperaba esto. Pero reconozco que sus palabras han despertado un deseo en mí. El deseo de saber cómo serán sus besos. Cómo será el sabor de sus labios y el roce de su lengua con la mía. Minho es un chico muy guapo, con un cuerpo musculoso y perfecto. Y… está aquí, conmigo. Diciéndome lo mucho que desea mis labios. Su boca prácticamente está rozando la mía, a la espera de que yo dé el último paso. Sentir

su aliento mentolado en mi boca hace que sienta calor, mucho calor. No sé cuánto tiempo estoy así, pero decido dejarme llevar. Acerco mi boca a la suya y le beso con pasión.

Devoro cada centímetro de su boca, lamo y muerdo su labio inferior con deleite arrancando a Minho un gemido de placer. Le ofrezco mi lengua, y la saborea con gusto, e introduce la suya dentro de mi boca para que yo haga lo mismo. Sin dejar de besarnos, se tumba encima de mí y sus manos recorren mi cuerpo con la misma intensidad que el beso. Abriéndose camino entre mi pijama para explorar cada centímetro de mi piel. Recorro con mis manos su dura espalda y noto su excitación entre mis piernas. Minho introduce una de sus manos por dentro de mi pantalón y de mis bragas, y gimo de placer al sentir sus dedos en mi humedad. Entonces, sin saber por qué, me viene a la mente la cara de Giwon cuando me hacía reír, cuando me abrazaba por las noches haciéndome sentir segura entre sus brazos. Y su forma de mirarme al hacerme el amor… De pronto, el fuego de mi cuerpo se apaga y lo sustituye una enorme tristeza que hace que las lágrimas caigan por mis mejillas.

—No puedo… —comento entre lágrimas. Minho para inmediatamente de tocarme y de besarme, alarmado—. Lo siento… —Y las lágrimas caen por mis mejillas de forma descontrolada.

—Ey… tranquila. —Minho se pone a mi lado y me acuna entre sus brazos para consolarme—. No pasa nada… No pasa nada… —me repite mientras lloro de manera incontrolable.

Cuando por fin logro calmarme, aún en sus brazos, me quedo dormida.

Minho y yo nos hemos despertado tarde. Hoy es nochevieja y nos espera una noche llena de diversión; al menos es lo que voy a intentar que sea, después de lo que pasó anoche. Me disculpo con él una vez más por lo que pasó. Bueno… más bien por lo que no pasó. Hay que ser idiota para rechazar una noche de pasión con el chico más deseado del planeta. Y yo soy esa idiota. Una idiota que está enamorada hasta la médula de otro chico tan guapo como él, aunque no sea tan popular internacionalmente. Al cual he dejado por protegerle, y no soy capaz de vivir sin él.

—María, no puedes seguir así… —comenta Minho con preocupación cuando sale de la ducha.

Debe haber estado dándole vueltas a la cabeza mientras se duchaba.

—Estoy bien… —miento.

—¡No, no estas bien! —exclama enfadado—. No sabes lo que me duele verte así. Creí que yo iba a poder…

No termina la frase porque se le quiebra la voz. Me acerco a él y acuno su cara con mis manos.

—Solo necesito tiempo —musito.

—Nunca vas a dejar de quererle —afirma con tristeza, y añade—: Tenía cierta esperanza de que no sintieras lo mismo por él. Pero ahora sé que no es así. María… estoy enamorado de ti. Quiero cuidarte, amarte, protegerte… y ver en tu mirada que me amas de la misma manera que yo te amo a ti. Pero ahora sé que, por mucho que me esfuerce, tu corazón solo le pertenece a él. Tus ojos no me miran como le miras a él. Y solo vas a ser feliz estando con él.

Con lágrimas en los ojos, porque lo que dice es verdad, le abrazo y musito contra su pecho:

—Lo siento… perdóname.

—No tengo que perdonarte nada. —Me devuelve el abrazo—. Solo te pido que seas sincera contigo misma y luches por lo que quieres. Te lo dije en su momento y te lo digo ahora, prefiero tenerte como amiga a no tenerte. Puedo ayudarte con lo de ese cabrón de Jihoo, pero para eso Giwon tiene que saber lo que pasó. Debes contárselo. Debes volver con él. Prométeme que lo pensarás, por favor. No puedo verte sufrir más de esta manera.

Con tristeza por no poder corresponder a este chico tan bueno y maravilloso, respondo:

—Lo pensaré.

Tras ducharme y dejar las penas a un lado. Minho y yo comemos algo ligero y nos arreglamos para irnos a casa de Sara. Minho se pone uno de los trajes de gala que llevó en el evento de Gucci al que acudió en París antes de venir a verme. Y yo opto por un vestido de noche de color negro con brillos que me hicieron comprar mis amigas para esta noche. Una vez arreglados y cogiendo algo de ropa para cambiarnos, ya que vamos a pasar la noche en casa de Sara, montamos en mi coche y ponemos rumbo a casa de mi amiga.

Mis amigas se han puesto también sus mejores galas para despedir el año, y a Álex el traje de Armani le queda como un guante. Cenamos temprano para no estar tan llenos para las doce uvas, y quince minutos antes de las campanadas, como es tradición, optamos por ver las campanadas en la uno. Este año nos sentimos

muy orgullosos, sobre todo yo, por tener a una chica con sobrepeso presentándolas. Tras las campanadas nos felicitamos el nuevo año con besos y abrazos como es costumbre, y después brindamos todos juntos.

—¡Feliz 2025!

Minho, a pesar de lo que ha pasado entre nosotros en las últimas horas, se muestra maravillado por la forma que tenemos de recibir al nuevo año en España.

Álex y Tania, en cuanto terminamos el brindis, se van al No Limits para preparar todo antes de abrir a la una de la madrugada. Y yo aprovecho mientras hacemos tiempo para irnos al bar de copas, para llamar a mi familia y felicitarles el nuevo año. Al colgar, le envío un mensaje de felicitación a Eva, el cual me responde enseguida. Y también le envío otro a Paula y a Marc; aunque ellos hace ya ocho horas que entraron en el nuevo año.

La fiesta en el No Limits supera todas mis expectativas. Bueno… creo que la de todos. Bebemos, bailamos, reímos… nos lo pasamos genial, sobre todo Minho. Le veo desinhibido, natural, disfrutando sin miedo a dar explicaciones después. Pasar estos días con nosotros creo que le han venido muy bien para su salud mental en general. Ser un idol en Corea del Sur puede llegar a ser agotador.

Álex, para hacerse una gracia con él, pone la canción del cantante surcoreano Psy que lo petó internacionalmente hace unos años con el Gangnam Style, y se la dedica a Minho. Este nos sorprende haciendo exactamente la coreografía del propio cantante y los demás le seguimos divertidos. Después, mis amigos le piden que cante algo y él encantado acepta, pero pone una condición… que yo

cante con él. Tras pensármelo, finalmente accedo y lo hago por él. Siento que se lo debo, por todo lo que ha hecho por mí todos estos meses.

La fiesta la damos por finalizada casi a las siete de la mañana, pero, en vez de irnos directamente a descansar, nos vamos todos a desayunar un chocolate con churros bien calentito.

Cuando nos levantamos unas horas después, Sara ya tiene en el horno el cordero que vamos a comer para celebrar el año nuevo. Álex, Tania, Bea y Ruth no tardan en aparecer, y en cuanto está hecho el asado, nos sentamos a la mesa a disfrutar de la comida que Sara ha preparado encantada. De pronto, cuando estamos disfrutando del postre, recibo un mensaje de Paula. Como pienso que es su felicitación por el año nuevo, abro enseguida el mensaje y veo que me ha mandado un mensaje de voz. Con el volumen bajito le doy a reproducir y me acerco el móvil a la oreja para escucharlo.

—¡Feliz año nuevo, María! Espero que la fiesta haya estado genial. Marc y yo hemos visto las campanadas a través del canal internacional de televisión española y nos hemos tomado las doce uvas junto con Doyun y Jeong Hyeok. Doyun a flipado con la forma que tenemos en España de recibir al nuevo año, y me ha dicho que le gustaría un año poder tomarse las uvas en la Puerta del Sol. —Sonrío y sigo escuchando—: Ahora tengo que comentarte otra cosa… Llevo una semana pensando si decírtelo o no. Pero estoy harta de esta situación, y aunque sé que nos dijiste que no quieres tener ningún tipo de noticia de Giwon, siento que debes saberlo. ¡Y me da igual que te enfades conmigo!

Pauso un momento el audio para tomar aire. Y mis amigos se percatan de que me pasa algo.

—¿Qué pasa, María? Te has quedado muy pálida —comenta Álex levantándose de su sitio para mirarme más de cerca—. ¿Te encuentras mal?

Niego con la cabeza. Y pongo el audio de Paula desde el principio y lo vuelvo a pausar en el mismo sitio. Minho, que no entiende lo que pasa, me pide en inglés que le traduzca, y Tania lo hace por mí, ya que se defiende algo más desde que se ha apuntado a una academia de inglés junto a Álex.

—¡Escucha el resto! —me pide Minho en inglés.

Los demás lo han entendido y apoyan su petición. Me tomo un momento para pensármelo, pero finalmente sigo escuchando.

—Hace como unas dos semanas, Giwon cantó un par de canciones nuevas en un programa de televisión. La melodía me sonaba de algo, pero como las canta en coreano no le di mayor importancia. Pero el pasado día 25, dio un concierto de Navidad aquí en Seúl, al cual acudimos, y volvió a cantar esas dos canciones. Entonces el cerebro me hizo «clic» y supe por qué me sonaban. ¡Son las dos canciones que tu escuchabas mucho de David Bisbal! Te he mandado el video que grabé para que las oigas tú misma. María… te sigue queriendo, y es su manera de hacértelo saber. Estáis sufriendo los dos y deberías contarle de una vez por qué te fuiste sin decir nada. Nada ni nadie debería separaros en contra de vuestros sentimientos. Te quiero, amiga, solo quiero que seas feliz. Un beso.

Me quedo paralizada sin saber qué hacer. ¿Debo ver el video? Llevo seis meses sin ningún tipo de noticia de él. He evitado las redes

sociales para que no me saliera contenido de él. Las fotos y los videos que tengo de él he intentado no verlas. Aunque alguna que otra noche no pudiera evintarlo.

—¿Quién es David Bisbal? —pregunta Minho después de que Tania le haya traducido todo lo que decía el mensaje de voz de Paula.

—Es el cantante preferido de María. ¿Te acuerdas de la canción El Burrito Sabanero de anoche? —le pregunta Tania, y Minho asiente. Nos lo pasamos pipa bailando El Burrito Sabanero de mi querido David—. Pues él canta esa canción —le aclara, y Minho vuelve a asentir.

Seis pares de ojos me miran fijamente esperando a que tome una decisión. Y finalmente indico:

—¿Podemos verlo en la tele, Sara?

Mi amiga, con una sonrisa, asiente y se encarga de sincronizar mi móvil con su televisión para verlo. Una vez que ya está sincronizado, soy yo misma quien doy a reproducir el video que me ha mandado Paula.

Giwon está en el centro de un gran escenario con unas pantallas gigantes detrás que hacen que se vea su cara más de cerca. Está un poco más delgado. Se le ve acalorado y con la respiración agitada, seguramente porque acaba de terminar una de sus canciones más cañeras. También se ve que han lanzado confeti, ya que está esparcido por todo el escenario. El público vitorea su nombre mientras él sonríe recuperándose. Cuando pasa más o menos un minuto, habla en coreano al público y Minho me traduce exactamente lo que dice.

—Las siguientes dos canciones que voy a interpretar son de un artista español llamado David Bisbal, el cual he tenido el privilegio de descubrir hace unos meses, a través de una persona muy especial. Las he traducido al coreano y les he dado mi pequeño toque personal, pero sin que ninguna pierda la esencia de la original. Me hace mucha ilusión poder compartirlas esta noche con todos vosotros, porque para mí son muy especiales.

El público vuelve a gritar entusiasmado y empieza a sonar la melodía de una de ellas. Enseguida reconozco de cual se trata, es El ruido. Ha cambiado el tempo a más lento y el instrumento que acompaña la melodía es un piano. Se parece mucho a la versión acústica que cantó David en el Palacio Real, al que tuve el privilegio de ir. Los ojos se me empañan viéndole cantar esta triste canción, sobre todo porque sé que con ella está diciendo lo mal que lo está pasando, echándome de menos.

Cuando acaba de cantar este primer tema, el público vuelve a vitorear su nombre y se quedan en silencio en cuanto empiezan los primeros acordes de la siguiente canción, que al igual que la primera reconozco enseguida; es: Esta ausencia. Con esta canción, el corazón me empieza doler de verdad. Esta canción es desgarradora, y refleja perfectamente el dolor que se siente cuando la persona a la que quieres ya no está. Veo perfectamente el sufrimiento de Giwon, y eso hace que me sienta la peor persona del mundo, porque todo este dolor lo he provocado yo.

Cuando termina el video, nos quedamos en silencio. No puedo articular palabra porque si lo hago, siento que me voy a desmoronar. Y Álex es quien rompe este silencio dirigiéndose a mí.

—María… —Me coge las manos y me mira con cariño—. Creo que no te lo puede decir más claro. Vuelve con él.

Cierro los ojos y las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas.

—Estamos de acuerdo —añade Sara emocionada, y las demás asienten mirándome con tristeza.

Minho está escribiendo a toda prisa en su móvil y no dice nada.

—Sabéis lo que ocurrirá si vuelvo con él… ¡No le puedo hacer esto!

—Cuéntaselo… ¡tiene derecho a saberlo! —espeta Álex.

Me levanto de la silla y grito entre lágrimas.

—¡No es tan fácil, sabéis! ¡No puedo hacer que pierda su sueño por mí! ¡Y que su familia sufra por mi culpa!

Las lágrimas me caen descontroladas por las mejillas y salgo corriendo del salón y me encierro en el baño.

Permanezco encerrada en él durante bastante tiempo. De vez en cuando una de mis amigas llama a la puerta para saber si estoy bien, y me limito a contestarles que me dejen en paz. Cuando dejo de llorar, sigo pensando en Giwon, en las canciones, en el mensaje, en lo delgado que está, la profunda tristeza de sus ojos… Y por mucho que quiera, no voy a dejar de estar enamorada de él nunca.

Sentada en el suelo del baño de mi amiga, abrazada a mis rodillas, miro fijamente mi móvil y sopeso si llamarle o no. ¿Y si no me contesta? ¿Y si ya es tarde y lo de las canciones no son para mí, sino porque le gustaron y han sido una forma de dar un espectáculo nuevo? Desecho esta última pregunta enseguida. ¿Cómo puedo preguntarme eso? Giwon nunca haría eso… Sopeso entonces en mandarle un mensaje, siempre me he expresado mejor escribiendo. Cojo el móvil y desbloqueo su número completamente, ya que le

tengo bloqueado desde el día que me fui. En cuanto lo desbloqueo, un montón de mensajes invaden el teléfono. Cuando por fin dejan de aparecer mensajes, veo que el teléfono contabiliza que son más de doscientos mensajes nuevos. Abrumada por tanto mensaje, decido empezar por el principio:

Primero leo los mensajes que me envió con desesperación el día que me marché. Después hay como dos meses y medio de diferencia con el siguiente. Y desde ese día, todos y cada uno de los días posteriores hay un mensaje de buenos días y otro de buenas noches. En alguno de los mensajes de buenas noches, me cuenta cómo le ha ido el día y alguna que otra anécdota de su sobrino. Me emociona saber que Daeho me echa de menos. También me hace gracia saber, a la vez que me emociona, que Miso está enfadado con él. Giwon piensa que es porque de alguna manera le echa la culpa de mi ausencia.

Mis lágrimas caen de nuevo descontroladas cuando veo que uno de los mensajes que me ha enviado es un pequeño fragmento a capella de una de las canciones que he escuchado, y al final del audio me confirma que son por y para mí.

Sigo leyendo el resto de los mensajes emocionada, hasta que llego al último que me ha mandado hace tan solo unas horas.

«Antes de que se cierren tus ojos, quiero decirte que eres mi último pensamiento del día. Eres el sueño más bonito que puedo tener. Te quiero más de lo que las palabras pueden expresar… Feliz año nuevo, mi vida».

Lo leo una y otra vez con lágrimas en los ojos, pero esta vez son lágrimas de felicidad. Felicidad por saber que me sigue queriendo de

la misma manera o incluso más que antes. Entonces decido salir del baño y me reúno de nuevo con mis amigos, que siguen muy preocupados.

—Quiero verlo… —digo sin dirigirme a nadie en concreto.

Mis amigos se miran los unos a los otros y finalmente sonríen.

—¡Ya era hora! —exclama Ruth, aliviada.

—Voy a mirar si hay algún vuelo a Seúl con plazas libres para los próximos días —comenta Sara cogiendo su portátil.

Minho no entiende bien el español, pero creo que sabe perfectamente la decisión que he tomado, porque me comenta:

—El día 3 de enero da un concierto en Incheon, si quieres…

Le miro confusa.

—Pero eso es pasado mañana… Va a ser muy difícil encontrar un vuelo con asientos libres para llegar a tiempo.

—Por eso no te preocupes —afirma Minho—. Solo dime si quieres ir al concierto o no. —Me lo pienso un segundo y finalmente asiento. Necesito verlo cuanto antes. Minho hace una llamada, en la cual habla en coreano, y, tras varios minutos de conversación, cuelga y anuncia—: Mañana por la mañana salimos de Madrid en jet privado hacia Seúl, y llegaremos a tiempo para el concierto.

Me quedo con la boca abierta y exclamo.

—¿¡En jet privado!? No puedo aceptarlo, Minho, eso vale mucho dinero.

Minho se levanta del sillón de mi amiga, se acerca a mí y posa sus manos en mi rostro con cariño.

—Me da igual lo que cueste. Solo quiero verte feliz. —Mis ojos se empañan por las lágrimas de nuevo, y le abrazo con fuerza—.

Además —sigue, una vez dejamos de abrazarnos—, el jet lo paga la agencia.

Me guiña un ojo divertido. Me quedo algo más tranquila sabiendo que no va a salir de su bolsillo una cantidad tan ingente de dinero solo porque quiero ver a Giwon cuanto antes.

—Mañana contad conmigo para llevaros al aeropuerto —comenta Álex tras oír lo que me acaba de decir Minho.

—Y por Rocky no te preocupes, porque yo me encargo de él —añade Sara—, me voy con Álex y al volver me traigo también tu coche.

—Como jefas que somos tuyas —dice Ruth—, no te preocupes por el trabajo. Nos las apañaremos sin ti —dice mi amiga a la vez que me guiña un ojo con complicidad.

Miro a mis amigos emocionada y les abrazo uno a uno para agradecerles todo lo que hacen por mí.

Minho y yo volvemos a mi casa para hacer las maletas, porque en menos de doce horas estaremos volando con destino Seúl.

56
Lee Gi-Won

Cuando Minho me dejó caer que el videoportero puede hacer grabaciones, me pareció algo sacado de una película de ciencia ficción. Pero cuando la propia compañía me confirmó que así era, a no ser que hubiera desactivado esa función, me quedé alucinado.

Por lo visto, cada vez que se abre la puerta principal que está asociada al videoportero, se activa esa función durante una hora. Y todo se queda guardado en la nube de cada cliente, que se crea una vez se instala el videoportero. Y por defecto, todas las grabaciones permanecen un máximo de un año desde la fecha de creación de la propia grabación. Después de un año, desaparecen. Evidentemente el cliente puede modificarlo, pero en mi caso, al no tener conocimiento de ello, debe estar con la configuración por defecto.

Así que en cuanto supe de todo esto, no dudé en pedir a la compañía las claves que necesitaba para acceder a mi nube. En cuanto me las facilitaron, y después de buscar durante días entre todas las grabaciones que había, encontré por fin la que buscaba, y se me heló la sangre al escuchar lo que pasó de verdad. Me quedé en shock con la cantidad de cosas que Jihoo reveló, y con todo lo que le dijo a María para que se marchara.

Minho me lo dio a entender el día que fui a por él como un energúmeno y no le quise creer. ¿Cómo he podido ser tan idiota? Jihoo lleva años manipulándome y lo peor de todo es que después

de escuchar todo esto, un día logré colarme en su despacho y descubrí que uno de los cajones tenía doble fondo. Y cuando logré abrirlo, había un montón de papeles que confirmaban que me ha estado quitando dinero, entre otras cosas turbias.

La verdad es que estoy furioso desde que lo sé. Me han entrado ganas de ir a por él y matarlo yo mismo. Pero gracias a Doyun, que me ha acompañado en todo este proceso, me ha hecho ver que lo mejor que puedo hacer es denunciarlo a la policía, y eso he hecho. Me han pedido que tenga paciencia, porque necesitan investigar todas las pruebas para poder detenerlo, así que, mientras tanto, tengo que fingir que no pasa nada. Lo que sí que tengo claro es que después del concierto que voy a dar esta noche, voy a coger un avión y me voy a ir España a buscar a María. No puedo, ni quiero estar un solo minuto más sin ella.

—¡Ey, hermano! —saluda Doyun sonriente cuando entra por la puerta de mi camerino—. ¿Qué tal? ¿Nervioso?

—Por el concierto, no. Estoy nervioso porque en cuanto acabe aquí voy a coger un avión para ir a buscar a María.

—¿Estás seguro? —pregunta Doyun bastante serio—. Quizás deberías esperar a que la policía termine la investigación. Si Jihoo ve que vas a por María, podría sospechar algo, y no nos conviene.

Me quedo pensativo varios segundos.

—No puedo estar un minuto más sin ella, Doyun, necesito verla —comento tocando el anillo de compromiso que compré a María en el aeropuerto el día que se marchó. Siempre lo llevo encima, en un pequeño bolsillo del pantalón, para que me de fuerza.

—Lo sé… —contesta con tristeza mi amigo—. Solo hay que esperar un poco más. ¿Por qué no la llamas?

—Porque aún me tiene bloqueado. No tengo manera de hablar con ella.

—Bueno… Paula y Marc sí que hablan con ella. El día de Navidad grabamos un video para ella, como felicitación.

Abro los ojos como platos por la sorpresa.

—¿De verdad? ¿Y os contestó después?

—Sí. Unas horas más tarde respondió para desearnos también Feliz Navidad.

—¿Y os dijo algo más? —pregunto con la esperanza de que les diera algún mensaje para mí.

—Comentó que estaba en casa de su familia y nada más.

—¿Solo con su familia? —pregunto confundido.

Minho me dijo que iba a pasar la Navidad con ella… ¿Eso significa que finalmente no lo ha hecho?

—Sí… —Me mira extrañado—. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada… cosas mías.

Me quedo pensativo, imaginando cómo hubiese sido la Navidad si hubiéramos estado juntos. ¿La hubiésemos pasado aquí o en España? Cualquiera de las dos opciones hubiese sido especial. Mientras esté con ella.

—Ey, hermano… ¿Estás bien? —Doyun me saca de mis pensamientos—. Si te ha molestado que no te haya contado lo del video a María, es porque no quería que te pusieras triste. Pero veo que ha sido peor no contártelo.

—No es por eso. Está bien… lo entiendo. Solo estoy pensando en varias cosas a la vez.

Sonrío levemente y toco de nuevo el anillo. De pronto llaman a la puerta del camerino.

—¡Adelante! —digo un tono más alto para que me oigan al otro lado de la puerta.

La música ya ha empezado a sonar para amenizar la espera del público. Abren la puerta y es una chica del staff.

—En diez minutos arrancamos.

Asiento y cierra la puerta de nuevo.

—¿Vas a volver a cantar las canciones del cantante favorito de María? —pregunta Doyun con curiosidad.

—No. Voy a ir más allá. Voy a cantar en español.

—¿¡Qué!? —exclama alucinado—. Pero ¿itú estás loco!? ¡Jihoo puede sospechar!

—Está al corriente. Aceptó porque cree que así hay más posibilidades de llegar a los países latinos. Lo que no sabe es que todo es por María.

—¡Joder, hermano! No sabes lo orgulloso que estoy de ti. Cuando se lo diga a Paula, va a alucinar.

—¿Está aquí?

—Sí, claro. Se ha quedado en la grada con Marc, Jeong Hyeok y la señora Jihye.

Parpadeo dos veces extrañado.

—¿La señora Jihye está aquí?

Desde el día en el que la abordé de madrugada buscando a María, no he vuelto a verla. Y que haya querido venir a mi concierto me

emociona y me halaga a partes iguales.

—También han venido el resto de los Eden Kids. No querían perderse este concierto. Y tampoco tenían nada mejor que hacer.

Sonríe divertido. Alucinado, todavía, por lo de la señora Jihye, me acerco a mi amigo y le doy un abrazo.

—Gracias, tío. Gracias por ayudarme tanto y estar a mi lado en mi peor momento.

—No me tienes que dar las gracias. Para eso están los amigos, ¿no?

Chocamos las manos y la puerta del camerino se vuelve a abrir.

—Es la hora —anuncia la misma chica del staff.

Salimos Doyun y yo del camerino, y antes de que se marche hacia la grada, le pido:

—Dile a la señora Jihye que quiero verla después del concierto, por favor.

—Tranquilo, hermano. Yo la traigo en volandas si hace falta.

Nos reímos a la vez por su comentario y me marcho hacia el escenario.

Me indican cómo subir a la plataforma que me va a elevar hacia arriba y mientras tanto me pongo los in ears. El público grita de emoción al saber que en pocos segundos me van a ver. Tomo aire profundamente y lo suelto de forma lenta para tranquilizarme. He hecho esto miles de veces, pero los nervios del comienzo nunca desaparecen. Me dan el micrófono y, tras comprobar que está todo correcto, me elevan en la plataforma.

En cuanto estoy arriba, en el escenario, se me pone la piel de gallina al ver la cantidad de gente que hay. La música comienza a

sonar y yo comienzo a cantar siguiendo la coreografía que tanto he ensayado. Cuando termino el primer tema, para recuperarme, interactúo unos minutos con la cantidad de fans que tengo alrededor del escenario, y puedo leer en algunos carteles escrito: «Lee Giwon, te queremos». Agradecido, les dedico algunos corazones que me saco del bolsillo, corazones que hago con las dos manos, y el corazón grande que se hace con los dos brazos, uniendo las manos encima de la cabeza.

Sigo con la siguiente canción de mi repertorio, y mientras la estoy cantando, me fijo en la grada en la cual está Doyun con los demás, y veo que con ellos también están mi hermana, mi cuñado, mi sobrino y… ¡mis padres! Pero ¿qué hacen ellos aquí? Hace mucho que no vienen a un concierto, y que no me hayan avisado, me resulta raro. Me pongo nervioso de repente y me obligo a centrarme en la letra de la canción, porque casi he estado a punto de equivocarme. Les saludo al terminar la canción y todos me devuelven el saludo. Ver a todas las personas que me importan y que yo les importo a ellas me emociona. Pero me falta la persona más importante… María.

Tomo un poco de agua para aclararme la voz y sigo cantando los siguientes temas que he escogido hasta que llega la hora de la canción que más ilusión me hace cantar esta noche. La canción que nos define a María y a mí, y sin ninguna duda es nuestra canción.

57
María

—Minho en serio, ya llegamos tarde… ¿Se puede saber dónde está el coche que supuestamente tenía que estar esperándonos? ¡Me voy a congelar! —comento tiritando de frio.

Hace ya media hora que hemos aterrizado en el aeropuerto de Incheon y se supone que tenía que haber un coche esperándonos, para llevarnos al estadio donde Giwon da el concierto. O eso le ha dicho su representante.

—Tranquila, María… Ya sé que ha empezado el concierto, pero estamos aquí al lado. En diez minutos hemos llegado. —Minho aparenta estar tranquilo, pero no para de llamar a la agencia y no responde nadie—. Además, tampoco hace tanto frio.

—¡Que no hace frio, dice! —comento indignada—. ¿Sabes lo que se dice en mi pueblo cuando hace este frio? —Minho, divertido, niega con la cabeza para que se lo diga—. Que cuando el grajo vuela bajo, hace un frio del carajo. Y he visto dos o tres grajos con bufanda y esquís, junto con seis o siete pingüinos.

Minho se ríe a carcajadas.

—Te dije que esa chaqueta no te iba a abrigar nada y no me hiciste caso. Ahora asume las consecuencias —musita divertido, y pongo los ojos en blanco.

—Como en cinco minutos no esté aquí el coche, me cojo un taxi. Avisado quedas —digo con rotundidad.

Un minuto después, aparece un BMW de color negro tipo SUV a toda velocidad, y frena a nuestra altura. Del asiento del copiloto se baja un chico, con un traje de color azul eléctrico que le queda como un guante. Parece tener la misma edad que Minho, y, con una amplia sonrisa, da un abrazo a Minho.

—¡Perdóname! —Se inclina juntando las manos—. Sé que llego un poco tarde. La reunión que he tenido con el productor de la próxima serie que vas a protagonizar se ha alargado.

Por lo menos habla en inglés y puedo entender lo que ha dicho.

—Te perdono —contesta Minho con una sonrisa divertida—. Te presento a María.

El chico se gira hacia a mí y me sonríe.

—¡Por fin te conozco! No sabes cuántas veces me ha hablado de ti Minho. Yo soy James, su representante.

Me tiende la mano y yo hago lo mismo.

—¿James? Es extraño oír ese nombre aquí en Corea.

El aludido se ríe con ganas y responde:

—Eso es porque no soy coreano. Solo tengo orígenes surcoreanos. Nací en Londres y viví allí hasta que empecé a representar a Minho. Conozco España bastante bien, cuando era pequeño pasábamos los veranos en Málaga.

Sonrío.

—Encantada de conocerte, James —respondo feliz.

Saber que conoce España, no sé por qué, me hace sentir mejor.

—Igualmente, María. Bien, ahora subid al coche, que os llevo al concierto de Giwon.

El chófer guarda las maletas en el maletero del coche, mientras nos subimos a los asientos de atrás del mismo. En cuanto termina, corre hacia el asiento del conductor y arranca a toda prisa. Estoy nerviosa por llegar y no dejo de mover la pierna de forma compulsiva. Minho, al darse cuenta, me coge de la mano para que me tranquilice y algo me ayuda. De pronto recibo un mensaje en el móvil y al mirarlo veo que es Paula. Antes de despegar, la avisé de mi viaje express.

«¿Dónde estás? ¡Hace ya un rato que empezó el concierto! Por lo visto Giwon le ha dicho a Doyun que tiene una sorpresa para esta noche. Pero Doyun no suelta prenda. ¡Date prisa!».

—¿Cuánto queda para llegar? —pregunto en general.

Me da igual quién me responda.

—En cinco minutos estamos allí —responde James girando la cabeza hacia mí, ya que está en el asiento del copiloto.

Asiento con la cabeza y escribo a Paula.

«En cinco minutos estoy allí».

—Vamos a entrar por la parte de atrás. Es la manera más rápida —comenta James mirando a la carretera.

Efectivamente entramos por esa parte. Bajamos del coche y James nos acompaña. El personal de seguridad, en cuanto ven quiénes son, no hacen preguntas y nos dejan entrar sin problema. Una vez dentro, se oye la música y a Giwon cantar. Se me pone la carne de gallina al oírle y mi corazón empieza a latir deprisa. Estoy a pocos metros de él y no sabe que estoy aquí. ¿Qué reacción tendrá al

verme? No lo sé, pero estoy ansiosa de averiguarlo. Entonces me acuerdo de algo mientras caminamos por los pasillos del estadio.

—¿Y si Jihoo me ve? —pregunto a Minho asustada.

Y James es quien se encarga de responder.

—Ese indeseable estará entretenido hasta que acabe el concierto. Estate tranquila por eso.

Confundida, porque no sé muy bien por qué James contesta como si él estuviera al mando de todo, pregunto:

—¿Y tú cómo lo sabes? —digo con desconfianza, dejando de caminar y obligándoles a ellos a parar también.

Debemos estar muy cerca del escenario, porque la voz de Giwon se oye más cerca.

—Digamos que cumplo órdenes.

James me guiña un ojo y acto seguido mira a Minho. Entonces me doy cuenta.

—¡Tú has organizado todo esto! —afirmo, y Minho asiente—. ¿Por qué?

Minho se acerca más a mí y acaricia mi mejilla con dulzura.

—Porque te amo y quiero verte feliz. —Mis ojos se empañan de emoción por sus palabras—. Hoy Jihoo pagará por todo el daño que ha hecho, confía en mí.

No sé muy bien a qué se refiere. Suena un poco peligroso. Pero le voy a hacer caso y voy a confiar en él. Entonces le abrazo con fuerza.

—Eres una persona maravillosa, Minho, y algún día encontrarás a esa persona que complete tu vida, como Giwon completa la mía.

De pronto la música deja de sonar y Giwon deja de cantar. Se oyen los gritos del público, pero en cuanto Giwon comienza a hablar, los gritos cesan. Me quedo escuchando y, como no entiendo el coreano, Minho me traduce.

—La siguiente canción que voy a cantar es muy especial para mí. La primera vez que la escuché no fue directamente del cantante al que pertenece, fue a través de la voz de otra persona. Y me enamoró. Esa persona me prometió que, si algún día la aprendía, la cantaríamos juntos. Esa persona aún no sabe que ya me la he aprendido. —Giwon ríe, y el público con él—. Esta noche voy a cantarla para hacérselo saber.

Me pongo las manos en la boca alucinada porque sé perfectamente de qué canción habla. Recuerdo exactamente el momento en que se lo dije. Tras los gritos y aplausos del público, los primeros acordes de Sin miedo a nada de Álex Ubago empiezan a sonar. Seguro que esta es la sorpresa de la que me ha hablado Paula en el mensaje. Mi mente empieza a trabajar a mil por hora y mi corazón late tan fuerte que está a punto de salirse del pecho. Entonces lo tengo claro. Tengo claro lo que debo hacer, y así se lo transmito a Minho y a James, que me miran esperando alguna reacción por mi parte.

—Necesito un micrófono, ya —musito mirándolos.

—¿Para qué? —pregunta James.

Y Minho me sonríe porque sabe perfectamente lo que quiero hacer.

—¡Ven, sígueme!

Minho me coge de la mano y cruzamos unas puertas que dan acceso al escenario.

James nos sigue sin entender nada, pero se ofrece a ayudar en lo que sea. Llegamos al escenario en pocos segundos y por suerte encontramos a uno de los técnicos de sonido. Minho le pide que nos dé un micrófono y el chico se niega. Mientras Minho convence al chico, Giwon ya ha comenzado a cantar, ¿en español? Finalmente, Minho convence al técnico de sonido. La verdad es que a veces puede llegar a ser muy persuasivo, y de paso hace que nos diga también la forma más rápida de subir al escenario; que resulta ser por el elevador que tenemos justo al lado. Minho, sin pensárselo dos veces, me da el micro y hace que me suba a la plataforma del elevador.

—Demuestra lo que vales —me dice un segundo antes de que el elevador empiece a subir.

Está ocurriendo todo tan rápido que no me da tiempo ni a protestar o negarme. Estoy súper nerviosa, respiro y expiro varias veces mientras sube el elevador. Siento que si no lo hago me va a dar un chungo en cualquier momento. En cuanto estoy arriba, Giwon, que sigue cantando la canción en español, ha comenzado el estribillo de esta, y yo empiezo a cantar con él.

«Centrar en tus ojos mi mirada. Cantar contigo al alba…»

Bajo los escalones que tengo delante y avanzo en busca de Giwon sin dejar de cantar. El público que hay cerca del escenario, fija su mirada en mí con cara de desconcierto. Él está de espaldas a mí, en el centro de una extensión rectangular del escenario que está conectada por una pasarela. Y puedo ver que mueve la cabeza en

busca de la voz que está cantando con él. Hasta que se da la vuelta… y me ve. Abre mucho los ojos por la sorpresa y yo le sonrío. Quiero soltar el micro y abrazarle, pero sigo cantando con él, el resto del estribillo. No sé qué estará pensando la gente que ha venido a verle, pero ahora mismo todo me da igual, solo tengo ojos para él.

La siguiente estrofa de la canción la canto sola, es la parte que canta en solitario Amaia Montero en el dueto con Álex Ubago en la canción original. Y Giwon aprovecha para cogerme la mano y besar mi palma con ternura. Cuando levanta la vista hacia mí, veo sus ojos vidriosos por la emoción, y no puedo evitar tocar su rostro con cariño. Me aguanto las lágrimas y sigo cantando junto a él, junto al amor de mi vida, esta preciosa canción que nos representa perfectamente.

El final resulta ser el más increíble de toda la canción. No hemos dejado de mirarnos a los ojos ni un solo momento, diciéndonos todo con la mirada. Dándolo todo en cada frase, en cada palabra, mientras nuestras voces hacen que todo sea mágico y especial. Y en cuanto la melodía cesa, Giwon, con la respiración acelerada, pega su frente a la mía y tras susurrar un: «No sabes cuánto te he echado de menos», me besa apasionadamente, sin importar que haya miles de personas mirándonos. Nos sumergimos en una burbuja en la que solo estamos él y yo; besándonos, queriéndonos, amándonos… Para nosotros es como si no hubiese gente alrededor, ni tampoco aplausos ni gritos. Solamente los dos. Y me siento la persona más feliz y completa del planeta en este momento.

No sé cuánto tiempo estamos así, pero cuando paramos nuestro beso, y vuelvo a la realidad, siento cómo mis mejillas se ponen rojas

de vergüenza por lo que acabamos de hacer. Espero oír protestas o silbidos, pero no ocurre nada de eso. El público nos mira sorprendido y murmura. Sinceramente los murmullos me resultan más acojonantes que si fuesen abucheos o silbidos.

Giwon, sin soltarme de la mano, se dirige al público:

—Antes de nada, quiero pediros disculpas por nuestro arrebato. Pero no he podido esperar, ya que llevamos muchos meses separados. —Me mira un instante con una sonrisa, y vuelve a mirar al público—. Os preguntareis quién es está maravillosa mujer que me ha hecho perder la razón de esta manera. —Primero lo dice en coreano, y después lo repite en español. Haciendo saber al público que sabe hablar perfectamente español, y como era de esperar, la gente se sorprende—. Se llama María y es el amor de mi vida. Es la mujer a la que he decidido entregar mi corazón y por la que daría la vida.

Oír tal declaración ante miles de personas hace que me sienta por un lado feliz, porque no ha tenido ningún reparo en decirle al mundo lo que soy para él. Y por otro tengo miedo de que no acepten la noticia bien, y esto sea negativo para él a nivel profesional. Sobre todo, porque yo no tengo un cuerpo normativo, ni estoy en el canon de belleza coreano para un idol como él. A Giwon no parece importarle lo que opinen, porque él sigue con su discurso sin soltarme de la mano.

—Os pido perdón por no haber compartido esto antes con todos vosotros, a los que os considero mi familia. Porque sin vuestro apoyo y vuestro cariño no estaría aquí. Pero por ciertas circunstancias nos hemos visto obligados a estar varios meses separados. —Giwon se

pone serio y aprieta con fuerza la mandíbula. Me acerco más a él y le doy un beso en el hombro para que no esté tan tenso. Él me sonríe y sigue hablando—: Por eso os pido que aceptéis mi decisión. Soy consciente de que puede ser el fin de mi carrera, pero no pienso renunciar a ella… a la razón de mi existencia. Si alguna vez habéis estado enamorados, lo entenderéis.

Giwon no dice nada más, a la espera de la reacción de los miles de fans que están allí presentes. Le noto en la cara que está un poco nervioso, y yo también, porque el público sigue sin reaccionar y solo se oyen murmullos. En este momento me siento como en la película de Gladiator, cuando el público era quien decidía que el gladiador viviera o muriera. Miro hacia las gradas en busca de algún gesto que me anticipe lo que la gente va a decidir, y entonces es cuando veo a todos mis amigos emocionados que me saludan entusiasmados. Y junto a ellos están los padres de Giwon, su hermana, su cuñado y su sobrino. Daeho me saluda en cuanto se da cuenta que le estoy mirando, y le devuelvo el saludo con lágrimas en los ojos. Le he echado mucho de menos y tengo ganas de abrazarlo.

Entonces la gente empieza a corear cada vez con más efusividad algo que no entiendo, porque lo dicen en coreano. Siento miedo porque parece que están pidiendo mi cabeza o algo por el estilo, pero Giwon sonríe y me traduce:

—Están pidiendo que te bese.

La verdad es que no me esperaba esto. Pero aun así no estoy del todo convencida.

—¿Lo dices en serio? —pregunto incrédula, y Giwon asiente.

—Muy en serio. —Y sonríe de esa manera que hace que me vuelva loca y que tanto echaba de menos. Entonces, sin esperar ni un segundo más, soy yo la que lo beso con todo el amor que siento por él. La gente nos aplaude con ganas y comienzan a vitorear mi nombre. Cuando dejo de besarle, siento una vergüenza increíble y noto que mis mejillas arden. Giwon, sin dejar de mirarme y sonreírme con ternura, acaricia con el pulgar una de mis mejillas y musita—: Estás preciosa cuando te sonrojas. —Me da otro beso, aunque esta vez más breve, pero lleva tanto amor que mis piernas flaquean—. Creo que esperan que digas algo.

Sé que se refiere a la gente, al público que sigue vitoreando mi nombre. Y lleva razón, quiero darles al menos las gracias por la acogida que me están dando. Me pongo el micrófono de nuevo a la altura de la boca y hablo.

—Gracias —digo en coreano. Pero al ser lo poco que sé decir en este idioma, el resto no me queda más remedio que decirlo en inglés, y el público se queda en silencio para escucharme—. Muchas gracias a todos por aceptar nuestra relación y por el cariño que me estáis dando. —Giwon es quien se encarga de traducir al coreano—. Se que os habrá chocado que una persona como yo sea la pareja de una persona como él. Pero creo que estábamos destinados a estar juntos. Los meses que hemos estado separados me he dado cuenta de ello, y he decidido no luchar más contra ello. Solo os pido que no seáis muy duros conmigo.

Sonrío y oigo cómo la gente se ríe por mi comentario una vez que Giwon les traduce todo. Acto seguido vuelven a aplaudir y vitorear

mi nombre. La verdad es que estoy completamente alucinada con la respuesta de la gente.

Miro a la grada donde están mis amigos y la familia de Giwon, y Paula me lanza un beso. Entonces me doy cuenta de que también está la señora Jihye y me emociono. Está sentada entre Paula y la madre de Giwon, y me mira con su sonrisa característica. Después, Giwon me suelta la mano, avanza dos pasos y sigue diciéndole cosas al público en coreano, pero esta vez no me traduce. Así que me quedo mirándole quieta, a la espera de que me pueda marchar para que siga con el resto del concierto y así poder subir a la grada para saludar a todos. Pero algo raro sucede, porque la gente pone cara de sorpresa, y veo que asienten a lo que él les está contando. Algunas de las personas que están más cerca del escenario, me miran y se ríen. Pero no en plan mal, si no como si estuvieran siendo cómplices de algo.

Entonces Giwon dice algo más y la melodía de una canción que conozco perfectamente empieza a sonar. Se acerca a mí de nuevo y se pone justo enfrente de mí. Su mirada está llena de amor, de adoración, de verdad… Me acaricia levemente la mejilla con ternura y entonces se agacha clavando una rodilla en el suelo. ¡Madre mía! No puede ser… Mis manos empiezan a temblar… bueno, el cuerpo entero me tiembla, e intento disimularlo como puedo. Sé lo que significa esto y nunca pensé que esto me ocurriría a mí; y menos de esta forma. Entonces Giwon saca de un pequeño bolsillo del pantalón, con las manos temblorosas, un anillo de oro blanco con un diamante, o eso creo. Lo coge con dos dedos y lo levanta para que lo vea.

—María… No tengo palabras suficientes para describir lo que me haces sentir —dice en español con la voz cargada de emoción—. Si lo tuviera que resumir en una palabra creo que puede ser plenitud. Antes de conocerte, sentía que me faltaba algo y no lo supe hasta que te conocí. Contigo he sentido que esa pieza que faltaba por encajar la tenías tu. Por eso, cuando vi este anillo supe que era para ti. Lo tenía claro hace seis meses y lo tengo claro ahora. —Siento que el corazón se me va a salir por la boca de un momento a otro, y me cuesta respirar de la emoción—. María… delante de todas estas personas que nos han mostrado su apoyo, nuestros amigos y mi familia… ¿Quieres casarte conmigo?

Dejo de respirar unos segundos y pienso que estoy soñando, que me voy a despertar de un momento a otro y que todo esto no está sucediendo. Pero me doy cuenta de que todo es real. Giwon es real y solo deseo pasar el resto de mi vida con él. Entonces asiento con la cabeza con lágrimas en los ojos y contesto:

—¡Sí! —Sonrío emocionada—. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, y me quiero casar contigo. —El estribillo de la canción A thousand years suena a todo volumen y Giwon coge mi mano para ponerme el anillo. Se pone de pie y nos abrazamos a la vez que nos besamos, y la gente grita y aplaude por el momento tan de k-drama que está pasando. Cuando nos separamos, veo que Giwon también está llorando de la emoción y le limpio con ternura las lágrimas—. Te quiero. No he dejado de quererte en todo este tiempo —comento.

—Ni yo a ti. Perdóname por no haber ido a buscarte, pero tenía miedo y… —Le pongo un dedo en los labios para que no siga.

—Después hablamos. Ahora debes terminar tu show. Yo no me voy a ir a ningún lado.

Giwon me sonríe de la forma que tanto me gusta y responde:

—Está bien. Pero solo si tú me acompañas.

Por un segundo pienso negarme, simplemente porque yo no soy cantante. Pero le veo con tanta ilusión de que lo haga, que no puedo negarme. Total, cantar una o dos canciones más con él, no me va a convertir en cantante. Y los nervios que tenía prácticamente han desaparecido gracias al cariño del público.

—Vale. Pero solo por esta vez —le advierto divertida.

Feliz con mi respuesta, me da un ligero beso en los labios y desaparece detrás del escenario, dejándome sola, en medio de la plataforma, sin saber qué hacer ni qué decir. La gente grita y corea mi nombre moviendo las varitas con luz que se suelen usar en los conciertos aquí en corea. Yo sonrío y les doy las gracias inclinando la cabeza.

Entonces Giwon vuelve a aparecer, con un micrófono de diadema y con cuatro bailarines detrás de él. La gente grita al verlo y la música empieza a sonar. En cuanto oigo de qué canción se trata, no puedo evitar sonreír y negar con la cabeza. Se trata de Quiero decirte de Abraham Mateo, la canción que bailamos mientras preparaba una tortilla española, el día que se presentó por sorpresa para invitarme a cenar. Se podría decir que esa fue nuestra primera cita. y desde ese día no dejamos de hablar ni un solo día. Y ahora sé que ese día fue cuando empecé a enamorarme de él.

Giwon canta y baila esta canción que tanto me gusta, junto a los bailarines, y yo me uno con mi voz. Poco a poco se acerca a mí y la

parte del estribillo la bailo con él, al igual que hicimos aquel día que le enseñé la coreografía de esta canción. Terminamos bailando muy pegados el uno al otro, de forma muy sensual y el calor invade mi cuerpo.

La siguiente canción que me atrevo a cantar con él es precisamente la versión que ha hecho de Esta ausencia. Yo la canto en español y Giwon en coreano, y la verdad es que nos queda una versión muy bonita. El concierto lo cierra con su gran éxito Tell in you. No sin antes felicitar y agradecer a todos los que han hecho posible el espectáculo, como los músicos, bailarines, iluminación, técnicos de sonido, etcétera. Por último, vuelve a dar las gracias al público, emocionado por el amor y el cariño que le han dado.

Cogidos de la mano, bajamos del escenario entre vítores y aplausos. Y en cuanto pisamos el backstage, el personal que ha hecho posible todo esto nos aplaude. Sonreímos emocionados. A pesar del quebradero de cabeza que han debido tener por mi intrusión inesperada, nos muestran su apoyo. El mismo chico de sonido que habló con Minho, se acerca con una sonrisa, y tras darnos la enhorabuena, nos recoge los micros. Entonces Giwon, sin soltarme de la mano, camina hacia su camerino.

—Te pido perdón por marcharme de la manera en la que lo hice. Pero… —comento cuando estamos llegando al camerino.

Giwon se para para mirarme y confiesa.

—Lo sé todo. Sé por qué te marchaste.

—¿Lo sabes? —pregunto sorprendida.

—Sí. Desde hace poco. Entonces entendí por qué Minho me dijo que te habías ido para protegerme el día que fui a verle furioso por

las fotos. —Creo que se refiere a las famosas fotos que nos hicieron el día que me marché—. Te odié durante algún tiempo. —Su rostro se ensombrece al recordarlo—. Pero me di cuenta de que no quería vivir sin ti. Así que un día, escuchando por milésima vez tu lista de canciones, se me ocurrió hacer una versión de tus canciones preferidas de David Bisbal. Antes de esto, estuve a punto de ir a buscarte, pero tenía miedo de que me rechazaras y averiguar que habías rehecho tu vida. Y las versioné con el objetivo de que algún día te llegaran, y supieras que todavía te seguía queriendo. Desde ese día, todos y cada uno de los días te escribía un mensaje de buenos días y otro de buenas noches con la esperanza de que algún día me contestaras.

—Lo sé —le corto—. Los leí hace dos días. El mismo día que Paula me envió un video de tu concierto del día de navidad, cantando las canciones de David Bisbal en coreano. —Me acerco más a él y le miro a los ojos—. Leer tus mensajes fue lo que me hizo tomar la decisión definitiva de venir. Y gracias a Minho estoy aquí, él lo ha hecho posible.

Se sorprende al oír esto último.

—¿A qué te refieres con que lo ha hecho posible?

—Se ha encargado de traerme en un avión privado, y junto a su representante James han organizado todo para que tu familia y nuestros amigos estuvieran aquí para ver nuestro reencuentro. Claro que creo que lo que no se esperaban es que me pidieras matrimonio. Eso ha debido dejarlos descolocados.

Sonrío divertida. Giwon no sonríe, y me abraza por la cintura pegándome aún más a él.

—Tenía miedo de que lo hubieras elegido a él.

Poso mis manos en su rostro con ternura.

—No quiero mentirte. Nos besamos y estuvimos a punto de… pero no pude. —Giwon cierra los ojos con dolor—. Mírame —le suplico, y abre los ojos que tiene empañados en lágrimas—. No pude porque solo te quiero a ti. Solo te veía a ti. Y él, aun así, quiere mi felicidad, y la tuya.

—María… —susurra, y me abraza con fuerza hundiendo su rostro en mi cuello haciéndome estremecer.

Se separa para mirarme de nuevo con lágrimas en los ojos y me besa.

Entonces alguien da palmas lentamente.

—Qué bonito —dice una voz con sarcasmo, y creo saber de quién es.

Dejamos de besarnos para ver de quién se trata y es justo quien sospechaba. Es Jihoo. Y a su lado, cogida del brazo de este, está Yuri.

58
María

¿Qué hace Yuri con él? ¿Acaso están juntos? Giwon se pone tenso y yo también. Confiaba en que Jihoo no se hubiera enterado de nada. Pero después del espectáculo que hemos dado…

—¿Ves? Al final ha vuelto —le recrimina Yuri a Jihoo con su voz angelical—. Te dije que hubiera sido mejor quitárnosla de en medio definitivamente. Estas extranjeras son como las cucarachas, hay que aplastarlas para eliminarlas del todo.

Me hierve la sangre al oírla, me dan ganas de ir a por ella para cogerla de los pelos y hacerle saber quién es la cucaracha aquí. Pero Giwon se pone delante de mí con su cuerpo para protegerme, y en parte creo que también es para que no haga una locura. Conoce mi temperamento.

—Cariño —le contesta Jihoo sin dejar de mirarnos con soberbia—, no hace falta que lleguemos a esos extremos. Es más divertido hacerla sufrir poco a poco, ¿verdad, María? —Sonríe con malicia—. Creí que eras una chica lista cuando cogiste el avión y te fuiste. Pero me has demostrado que no. Has vuelto y ya sabes las consecuencias que tiene.

—¡Eres un hijo de puta! —grita Giwon antes de que yo diga algo—. Sé exactamente todo lo que le dijiste qué harías conmigo y con mi familia, y no lo voy a permitir. ¡Me has estado utilizando y manipulando durante años solo con el fin de hacerte más rico,

quedándote con el dinero que me pertenece! Creí que eras mi amigo. Te he defendido siempre, y para ti solo era un gilipollas a quien explotar. —Giwon está muy tenso y tiene las manos cerradas en puños. Sé que se está conteniendo de ir a estamparle uno de ellos en su cara. Por si acaso, hago que entrelace su mano con la mía para serenarlo. Él me mira levemente y sigue—: ¿¡Y tú!? —se dirige ahora a Yuri—. ¡Has estado detrás de todo! Tu único objetivo era seguir engañándome, ¿no? Siendo cómplice de todo. Y por lo que veo, sois algo más que cómplices.

Yuri se ríe con malicia.

—¡Ay, amor! ¿Acaso te creíste que estaba enamorada de ti? —Se vuelve a reír, pero esta vez Jihoo también se ríe—. Que tú y yo estuviésemos juntos solo era una parte del plan para ganar más dinero. Y todo iba bien hasta que apareció la gorda que tienes detrás —musita con odio.

—¡No te consiento que hables así de mi prometida!

Giwon se mueve para ir a por ella y le sujeto con fuerza.

—¡Tranquilo! —musito—. Esto es lo que quiere. Tienes que ser más listo que ella. Que diga lo que quiera, a mí me da igual.

Giwon asiente y respira hondo.

—Sí, hazle caso, Giwon —se mofa Yuri—. Por su culpa, tú y tu familia vais a ser unos apestados.

—Podéis difundir lo que queráis —responde Giwon—. La policía tiene la grabación que prueba la extorsión de Jihoo a María hace unos meses, y en cualquier momento le arrestarán. Y se sabrá que todo lo que ha dicho sobre mi familia y sobre mí es mentira.

Jihoo y Yuri se miran, y ríen a carcajadas.

—¿Acaso te crees que me van a arrestar por eso? —se mofa Jihoo.

—Por eso, y por todo lo que has hecho durante tu carrera. No soy el único al que has manipulado y al que has robado dinero —añade Giwon.

—Mira, chico… no tienes nada. Solo tienes una simple grabación, que ya me he encargado de hacer desaparecer. ¿Y del resto? No tienes ninguna prueba.

—Él no. Pero yo sí que las tengo.

Miramos los cuatro a la vez hacia donde proviene la voz, y vemos a Minho salir de la esquina del pasillo con el teléfono móvil que justo separa de su oreja.

Camina hacia donde estamos Giwon y yo, para quedarse justo a mi lado. Su semblante es serio, pero puedo ver en su mirada un atisbo de satisfacción. Miro a Jihoo y a Yuri un instante, y sus caras no son precisamente amigables.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunta Jihoo, apretando la mandíbula.

El gesto de superioridad que ha tenido hasta ahora ha desaparecido por completo.

—Tranquilo, Jihoo —indica Minho con mofa—. Te veo un poco alterado.

Entonces aparecen por la misma esquina que ha salido Minho: Paula, Marc, Jeong Hyeok, Doyun y el resto de los Eden Kids. Detrás de estos caminan los padres de Giwon junto con su yerno Seoyun. Y por último, aparece la señora Jihye, que camina al lado de Chorong, que lleva a Daeho en brazos.

Me quedo un poco descolocada al ver que en vez de venir hacia nosotros y ponerse a nuestro lado, se colocan de tal forma que bloquean el paso de cualquier persona que quiera salir de este pasillo en el que nos encontramos. Se colocan todos menos la señora Jihye y Chorong con Daeho, que entran directamente en el camerino de Giwon, y justo antes de cerrar la puerta, me sonríen con complicidad. No entiendo qué está pasando, y Giwon tampoco, porque está tan desconcertado como yo. Miramos los dos a Minho, que sigue a nuestro lado sin moverse, y este nos guiña un ojo divertido.

—¡¿Qué clase de número de circo es este?! —grita Jihoo enfadado y mirando a todos los que están presentes.

Pero en sus ojos se ve el desconcierto por la situación. Esto no se lo esperaba.

—Este número de circo, como tú lo llamas… —dice Minho con tranquilidad—… son personas que quieren ver cómo una persona sin escrúpulos como tú, por fin, va a pagar por todo lo que ha hecho. Y la bruja que tienes al lado también.

—¿¡Yo!? —ríe Yuri nerviosa—. Minho… somos amigos. —Parece una súplica más que una afirmación. Ver a Yuri en esta situación me encanta. A lo mejor soy mala persona por ver a una persona sufrir, pero me da igual. Seguro que se lo merece—. Yo he sido una víctima también de Jihoo.

Aquí está la prueba. Esta tía no se casa con nadie.

—¡Serás zorra! —le grita Jihoo indignado, porque le está vendiendo en su cara. Después mira a Minho con odio—. ¡No sé qué pruebas te crees que tienes, pero no vas a conseguir nada!

A Minho se le escapa una risita y sigue.

—¿Sabes cuál ha sido tu error? Que te has creído que eras invencible. Que eras más listo que todos nosotros. Llevo mucho tiempo buscando la forma de hacerte pagar por todo lo que has hecho, desde que intentaste hacer que me mataran.

No doy crédito a lo que oigo… ¿¡Que Jihoo intentó matar a Minho!? ¿Por qué?

—¡Eso es mentira! —grita Jihoo furioso e intenta ir a por Minho, pero no puede, porque Doyun y los miembros de su grupo se lo impiden al sujetarle.

—Tengo pruebas —sonríe Minho con seguridad—. Cuando encargas un trabajo y no pagas lo que has pactado, es más fácil que te delaten. Podría haber ido a por ti mucho antes, pero he aguantado por Giwon.

—¿Por mí? —le pregunta Giwon sorprendido.

—Me hubieses odiado aún más si lo hubiera hecho —le responde Minho—. Por aquel entonces solo tenía la prueba de lo que había intentado hacerme a través de un tercero, y era suficiente para meterlo entre rejas durante mucho tiempo. Pero un día Yuri bebió demasiado en una de mis fiestas, y me contó muchas cosas. —Miro a Yuri y veo cómo mira hacia el suelo, avergonzada. Minho sigue contando—: Entre ellas que Jihoo se estaba llevando más dinero del porcentaje que teníais pactado, y se lo estaba llevando a un paraíso fiscal.

Todos los que estamos de testigos nos quedamos con la boca abierta ante esta revelación. Y Giwon responde:

—Lo sé. Lo descubrí hace poco. Encontré en su despacho un documento con las transferencias. Y se lo entregué a la policía junto con la grabación de la extorsión a María.

—Ya lo sé —contesta Minho—. Mi contacto en la policía me informó de ello. —¿Contacto en la policía? Madre mía… Minho es una caja de sorpresas—. Pero lo que no sabes es que lo que pretendían hacer, antes de desaparecer con todo el dinero que te han estado robando de tu esfuerzo y trabajo. —Minho mira a Yuri indignado—. Venga… ¡Cuéntaselo! Dile lo que ibais a hacer si finalmente hubiera aceptado casarse contigo.

A Yuri se le desencaja la cara. Le tiemblan las manos y mira a todos lados, buscando la forma de desaparecer. Giwon la mira completamente desconcertado y a la espera de que revele qué es a lo que se refiere Minho. Yuri, al ver que está atrapada, mira a Minho, y le suplica de rodillas, llorando escandalosamente. Creí que esa manera de llorar era algo de los k-dramas, donde exageraban las actrices, pero veo que no, que lloran así. Por lo menos Yuri llora así cuando ve que le afecta algo de verdad.

—¡Minho, por favor, no me hagas esto! —grita desesperadamente entre lágrimas.

En el fondo me da pena. Pero… ¿Qué coño estoy diciendo? ¡No me da ninguna pena! Estoy deseando saber qué es lo que iban a hacer esta bruja y el cabrón de su novio con Giwon.

—Está bien… ya se lo cuento yo.

Minho vuelve a mirar a Giwon mientras Yuri está enganchada a la pierna de Minho, suplicando que no lo cuente entre lágrimas.

—¡No, por favor! ¡Nooo!

Minho la ignora y sigue:

—Una vez estuvieseis casados, tenían planeado quitarte de en medio y hacer que pareciera un suicidio. Estaban buscando la mejor forma de no dejar rastro. —¿¡Cómo!? ¿¡Pensaban matarlo!? Siento que la sangre me desaparece del rostro y tengo ganas de vomitar—. Así se quedarían con todo lo que posees actualmente, más lo que te han estado robando todos estos años. Y después desaparecerían de Corea del Sur.

Giwon se queda tan desencajado como yo.

—¡Eres una malnacida! —grita la madre de Giwon, que se va a por Yuri hecha una furia.

Antes de que la alcance, logran pararla su marido, el señor Lee, y su yerno Seoyun.

El señor Lee abraza con cariño a su mujer y le dice cosas en coreano que no entiendo, pero supongo que serán cosas cariñosas para tranquilizarla. Ver a sus padres tan unidos me emociona. Giwon sigue con la cara blanca, y no me extraña. Enterarte que dos personas te querían matar es algo difícil de asimilar. Salgo de mi estado de shock y hago que Giwon me mire.

—Tranquilo, mi amor. —Acuno su cara entre mis manos—. Van a pagar por todo esto. No te va a pasar nada.

Y él asiente con lentitud.

—Por eso cuando apareciste tú, María —añade Minho—, y vieron que no iban a poder llevar a cabo su plan, hicieron todo lo posible para que vuestra relación no prosperara.

Giwon se acerca a Minho, todavía un poco desencajado.

—¿Por qué has querido ayudarme después de lo mal que te he tratado?

Minho sonríe levemente.

—Porque, como le dije un día a María, tu prometida… —Se me eriza la piel al oír esa palabra… «prometida». Miro el precioso anillo del dedo anular de mi mano izquierda y sonrío como una tonta—… para mí sigues siendo mi amigo… Mi mejor amigo.

—¡Sois unos malditos desagradecidos! —grita Jihoo, que sigue sujeto por Doyun y los Eden Kids—. ¡Os tenía que haber dejado en el basurero donde os encontré! Yo os he llevado a la fama. ¡Gracias a mí sois idols! ¡Y vosotros también! —Esto último se lo dice a Doyun y su grupo.

—¡Ja! —suelta Doyun—. Lo que somos ahora lo hemos conseguido por nosotros mismos y nuestros fans. ¡Ah! Y que sepas que ya no eres nuestro representante.

Jihoo se retuerce para que lo suelten y blasfema cosas en coreano. Por lo menos esa es la sensación que tengo.

Todo lo que está pasando es muy fuerte, y ahora entiendo por qué Chorong y la señora Jihye se han encerrado con Daeho en el camerino.

De pronto aparece James, el representante de Minho, desde el fondo del pasillo. Junto al él camina un hombre con el semblante muy serio, que lleva algún tipo de identificación colgada al cuello. Y detrás de ellos caminan un montón de agentes de policía uniformados. Miro a Giwon, que está tan alucinado como yo, y después miro a Minho, que me sonríe con satisfacción. James, en

cuanto llega a nuestra altura, se hace a un lado y deja que los policías actúen.

El hombre con la placa al cuello habla en coreano, dirigiéndose a Jihoo, y Minho me traduce:

—Le acaba de informar que está detenido y se le acusa de intento de homicidio, extorsión, malversación de fondos, evasión de capitales y estafa. —Jihoo grita muy enfadado y se resiste, pero los policías se hacen con él y le ponen las esposas—. No creo que salga de la cárcel en un largo tiempo —comenta.

Después, detienen también a Yuri, que no se resiste, pero llora como una magdalena. Ella ha sido cómplice de todo, y seguramente esté unos añitos en la cárcel. Solo espero que aprenda la lección.

El inspector de policía, que es el que lleva la identificación al cuello, antes de marcharse, nos informa a Giwon y a mí que tenemos que acudir cuando podamos a la comisaría a testificar, para poder terminar la investigación.

Una vez que los policías han desaparecido, todos respiramos aliviados y nos abrazamos alegres de que todo haya salido bien. Estoy deseando abrazar a Paula, a Marc y al resto, pero antes me dirijo a Minho emocionada.

—Gracias.

Le abrazo con fuerza. Cuando me separo, Giwon murmura:

—Muchas gracias Minho… y perdóname por todo. He estado ciego todo este tiempo. ¿Cómo puedo agradecerte todo esto?

Minho sonríe emocionado.

—Volviendo a ser mi mejor amigo.

Giwon se le queda mirando un instante, y, sin decir nada más, le abraza con fuerza. Yo, sin poder evitarlo, aplaudo emocionada, y los demás, al oír mis aplausos, y ver por qué lo hago, se unen. Cuando terminan el abrazo y los demás dejamos de aplaudir, James se acerca a ellos y comienzan a hablar de trabajo. Ahora que Giwon no tiene representante, seguramente le ofrecerá trabajar con él. El caso es que los dejo hablar de sus cosas, y yo me voy directa a abrazar a los demás para darles las gracias.

Los padres de Giwon son los primeros en acercarse a mí. Me sorprende ver que no están enfadados conmigo por haber abandonado a su hijo de la forma en la que lo hice.

—Querida… —me dice la señora Park—. Nos pusimos muy tristes cuando supimos que te habías ido. Mi hijo lo pasó realmente mal. Al principio no entendíamos por qué lo habías hecho. Cuando estuviste en Busan vimos el amor y la adoración que tenías por mi hijo, lo vimos en tus ojos y estos no mienten. Por eso, después de pensarlo mucho mi marido, mi hija y yo, llegamos a la conclusión de que alguien estaba detrás de todo esto. Sobre todo después de hablar con Minho.

—¿Hablasteis con Minho? —pregunto sorprendida.

—Sí, querida. Después de que mi hijo nos contara lo que había pasado, cuando fue a verlo hecho una furia, nos reunimos con él.

—¿Y Giwon lo sabe?

—No. No se lo dijimos. Ese día nos inventamos que íbamos a casa de Chorong, pero en realidad estuvimos hablando con Minho.

—¿Y qué os contó? —musito curiosa.

—Poca cosa. Por lo visto te prometió no contar nada y lo cumplió. —Sonrío emocionada. Minho es maravilloso—. Pero sí nos dejó claro que todo lo habías hecho por proteger a mi hijo, y a nosotros. Después, al volver a casa de mi hijo y saber que no pensaba renunciar a ti, me sentí feliz. —La madre de Giwon me coge las manos, emocionada—. No he perdido en ningún momento la esperanza de volver a veros juntos. He rezado todos los días para que eso ocurriera y por fin a ocurrido.

—Muchas gracias, de verdad —murmuro emocionada—. Ustedes son muy importantes para mí y no podía dejar que ese malnacido les hundiera la vida. Todo este tiempo lo he pasado muy mal —digo con lágrimas en los ojos—. Los he echado mucho de menos. Me sentí muy querida cuando estuve en su casa y… —La señora Park me abraza.

—Tranquila, hija mía, ya ha pasado todo —murmura sin dejar de abrazarme—. Cuando James, el representante de Minho, nos llamó para contarnos que volvías, y que debíamos venir hoy a Seúl, no lo dudamos ni un momento. Ha sido una sorpresa verte encima del escenario y escuchar tu gran voz. Y lo mejor ha sido cuando mi hijo te ha pedido matrimonio. No te imaginas lo felices que estamos de que hayas dicho que sí. Es el mejor regalo que podíamos tener.

Feliz por lo que he hablado con los padres de Giwon, mis futuros suegros, me acerco a Paula y a Marc. Y lo primero que hacen es abrazarme los dos a la vez haciendo un sándwich conmigo mientras me llenan de besos. Yo no puedo evitar reír a la vez que me emociono. Una vez que me liberan, le doy un abrazo a Jeong Hyeok, otro a Doyun y al resto de los miembros de los Eden Kids.

—¡Qué subidón, nena! —exclama Marc—. ¡Qué fuerte lo que ha pasado! Cuando salga a la luz la detención de Kang Yuri, una actriz tan famosa, va a ser una bomba —No digo nada. Sinceramente no quiero hablar más del tema—. Pero, bueno, ella se lo ha buscado —concluye Marc al ver que no comento nada—. Y ahora, cambiando de tema… ¡Cuando has aparecido en el escenario, se me ha puesto la piel de gallina! Ha sido un momento muy emotivo y romántico.

Sonrío avergonzada.

—Ha sido precioso —añade Paula.

—Cuando el público se ha quedado callado, he sentido miedo de verdad —murmura Marc—. Pero oír cómo vitoreaban tu nombre ha sido alucinante.

—Marc no ha parado de llorar desde que te ha visto en el escenario —se mofa Paula, y sonrío.

—¡Le dice el cazo a la sartén! —replica Marc, molesto, mirando a Paula, y esta se ríe.

—Gracias por el video que me enviaste —murmuro mirando a mi amiga—. Me ayudó bastante a tomar la decisión de volver.

—Si no hubieses venido tú, lo iba a hacer él —interviene Doyun hablando en español, y me quedo con la boca abierta.

—¡Pero bueno! ¿Desde cuándo sabes hablar español?

Doyun sonríe avergonzado, y antes de contestar, besa levemente a Paula en la boca.

—Tener una novia española tiene sus ventajas.

—¿Novios? —pregunto levantando una ceja divertida.

Según ellos solo eran buenos amigos que se lo pasaban bien juntos.

—Sí —responde mi amiga, roja como un tomate—. Hemos formalizado la relación hace poco.

Entonces me enseña un anillo muy bonito de oro que lleva en la mano derecha.

—¿Os vais a casar? —pregunto alucinada.

—¡Nooo! —responde como si eso fuera una locura—. Eso os lo dejamos a vosotros. Nosotros por ahora vamos a vivir juntos.

—Sí —añade Doyun con una sonrisa de oreja a oreja—. Me he mudado a vuestra casa. Bueno, la casa de la señora Jihye.

—Me alegro un montón, de verdad —musito emocionada, y les doy un abrazo.

—Oye, nena —interviene Marc—. Ahora, hablando de lo importante… ¡Menuda petición de mano que se ha marcado Giwon! Ha sido un momento de k-drama total. A ver, déjame ver el anillo. —Alzo la mano para que lo vean más de cerca—. ¡Oh, es precioso! —lloriquea mi amigo, y mira a su novio—. Yo quiero uno como este.

Jeong Hyeok sonríe y musita.

—Según cómo te portes.

Mi amigo pone los ojos en blanco y me vuelve a mirar a mí.

—Nena… me pido ser tu wedding planner. ¡Os voy a organizar la mejor boda del mundo!

—Cariño… —interviene Jeong Hyeok—, se acaban de prometer. Primero tendrán que hablar entre ellos.

—¡Da igual! —le contesta Marc—. Me lo pido y punto.

Marc me mira con ojos suplicantes y no puedo evitar sonreír.

—Tengo que hablarlo con Giwon, pero… —Hago una pausa para dar un poco de tensión—. Estaremos encantados de que seas tú

quien la organice.

El grito de alegría que da Marc ante mi respuesta hace que todos le miren sin entender muy bien qué es lo que pasa. Entonces me doy cuenta de que la señora Jihye ha salido del camerino y está al lado de Giwon. Dejo que Marc siga dando saltitos de alegría emocionado, y camino hacia ella. Me sonríe al darse cuenta de que voy directa hacia ella, y, en cuanto estoy enfrente, le pido perdón por haberme marchado sin despedirme.

—No te preocupes, hija mía. Lo importante es que has sabido encontrar el camino de vuelta.

La abrazo y no puedo evitar derramar alguna lágrima. Esta mujer me ha tratado y me ha querido desde el primer día como si fuera su hija. Y eso me emociona. En verdad me siento muy afortunada de haber encontrado a todas estas personas que están aquí, apoyándonos. Felices porque Giwon y yo estemos de nuevo juntos.

—Hija mía… —murmura la señora Jihye, separándose de mí a la vez que me limpia una lágrima—. Creo que hay alguien que quiere decirte algo.

Con un gesto de cabeza, me indica que la persona en cuestión está detrás de mí. Cuando me doy la vuelta, veo a Chorong, que me sonríe y me abraza. Y a su lado está Daeho cogido de la mano de su padre. El niño me mira fijamente, y me doy cuenta de que ha crecido en estos meses. Está precioso. Sonrió emocionada y entonces él se suelta de la mano de su padre, y corre hacia mí.

—¡Tita María! —grita mientras me agacho para recibirlo y abrazarlo con fuerza—. Te he echado de menos, tita. No quiero que te vayas —murmura en español mientras le abrazo, y me quedo sin palabras.

Miro a su madre y ella me explica en inglés.

—Cree que te fuiste porque no sabía hablar tu idioma. Y ha estado aprendiendo algunas palabras y frases para que no te vayas.

Miro a Daeho y este me sonríe mientras toca un mechón de mi pelo.

—¿De verdad has hecho eso por mí?

Por la manera que me mira, sé que no me ha entendido. Entonces Giwon que nos ha estado observando, interviene.

—Lo ha hecho porque te quiere y su tito le ha ayudado. ¿A que sí?

Se lo traduce al niño al coreano mientras se acerca a nosotros, y acaricia con ternura la mejilla del niño. El niño asiente feliz a lo que le ha dicho su tío. Entonces, Daeho me toca la cara con sus manitas, y, mirándome, musita:

—Te quiero, tita.

La emoción me invade al escuchar con su vocecita que me quiere, en español, e irremediablemente las lágrimas caen por mis mejillas, y me abrazo al niño con fuerza. Miro a mi alrededor y veo que todos están pendientes de nosotros, emocionados con este momento. Entonces Giwon, con la mirada cargada de emoción, me acaricia la mejilla y sin soltar al niño, me besa con amor.

59
Lee Gi-Won

Cuando me despierto por la mañana, pienso que todo ha sido un sueño. Que María no ha vuelto. Que a Jihoo no lo han detenido, y que todo sigue igual… Pero miro a mi izquierda y ahí está… dormida boca arriba. Con el brazo derecho doblado por encima de la cabeza, con sus rizos castaños esparcidos por la almohada, y Miso durmiendo entre sus piernas.

Todo lo que pasó anoche no ha sido un sueño, es real. Cuando pienso en lo que querían hacer conmigo Yuri y Jihoo se me revuelve el estómago otra vez. Pero, gracias a Minho, esos dos van a tener lo que se merecen.

Aún estoy alucinado por todo lo que ha hecho Minho por mí, y por todo lo que pasó él. Saber que muchas de las grandes marcas con las que he colaborado lo han hecho gracias a él me ha dejado impactado. Me ha estado cuidando todo este tiempo en la distancia, y yo no me he dado cuenta. Por eso, después de saber toda la historia, me es imposible guardarle rencor por lo de María, por querer estar con ella. Tengo que estar agradecido con él, por cuidarla todos estos meses y traerla de vuelta a mi lado.

Sonrío como un tonto mientras miro cómo duerme y pienso que está preciosa. Quiero dejarla dormir, porque debe estar agotada por el cambio de horario, pero no puedo evitar coger su brazo con cuidado, el que tiene por encima de la cabeza, y acercarlo a mi para

comenzar a darle pequeños besos por las yemas de sus dedos, la palma de su mano, seguir por el antebrazo hasta llegar a su hombro, la clavícula, el cuello… Su piel es tan suave y huele tan bien, que estaría horas haciendo esto. Entonces María sonríe y abre sus preciosos ojos color avellana.

—Me encanta tu forma de despertarme… —musita, y sonrío.

—No quería hacerlo… pero no he podido resistirme. —Vuelvo a besar su cuello y ella se mueve para darme mejor acceso, y aspiro su perfume. ¡Dios… qué bien huele! —. ¿Has cambiado de perfume? —pregunto mientras sigo dándole besitos, esta vez por la mandíbula, con el objetivo de llegar al lóbulo de su oreja.

—Sí… —susurra—. ¿Te gusta?

—Me encanta —murmuro mientras mordisqueo el lóbulo de su oreja, y María se estremece.

—Sé que ya te lo he dicho… —comenta—. Pero siento mucho la forma en la que me fui sin decirte nada. No quería que os arruinara la vida a tu familia y a ti, ese maldito bastardo. Perdóname…

Me separo para mirarla a los ojos, y acaricio con ternura su mejilla.

—No me tienes que pedir perdón, mi amor. —Beso la punta de su nariz redonda y perfecta—. Entiendo que te asustaras. Si yo hubiera escuchado a Minho, no habríamos estado tanto tiempo separados —me lamento.

—Ya no sirve de nada darle vueltas. —Pasa la mano por mi pelo con mimo—. Lo importante es que estamos juntos.

Miro a Miso, que sigue durmiendo entre sus piernas, y no la deja moverse.

—Miso, venga, vete a tu cama.

Le muevo un poco para que se vaya. Este me mira con cara de pocos amigos y me gruñe.

—¡Uy! ¿Y eso? —pregunta sorprendida.

María no le ha visto gruñir en el tiempo que vivimos juntos.

—Desde que te fuiste, se ha vuelto un poco… gruñón.

María le mira con ese amor que la caracteriza y que a mí me deja embobado, y le habla con cariño.

—Venga, cariño. Deja a papá y a mamá un ratito solos. Luego jugamos al escondite un rato, ¿vale?

Le acaricia suavemente en la cabeza y Miso cierra los ojos complacido. Entonces se levanta, se estira y se va sin protestar. ¿En serio ha entendido lo que le ha dicho?

—¿Papá y mamá? —pregunto divertido mientras ella se pone encima de mí a horcajadas.

Lleva mi camiseta, la que le dejé aquel día que la rescaté de aquel baboso. Anoche cuando la vio en el mismo sitio donde la dejó, no dudó en ponérsela. Aunque, bueno… cinco minutos después me encargué yo de quitársela. Pongo mis manos en su trasero y lo aprieto. Sonríe y se muerde el labio, le encanta que lo haga y a mí también.

—A ver… tú eres su papi y yo prácticamente ya soy su mami. —Gesticula con las manos mientras me lo explica, y sonrío divertido—. Al igual que Rocky es mi hijo y yo soy su mami, y tú serás su papi, aunque todavía no te haya conocido. Pero seguro que te coge cariño enseguida —dice convencida—. Lo que no sé es si se llevarán bien Miso y él —añade pensativa.

—Seguro que enseguida se caen bien —comento.

María sonríe y se inclina para besarme. Yo la recibo encantado y nos besamos con pasión, como si lleváramos años sin hacerlo. ¡Dios, qué bien sabe!

Entonces me acuerdo de algo y dejo de besarla. María me mira confundida y hago un gesto con la mano para que espere un segundo. Estiro el brazo hacia la mesita de la derecha de la cama y ella se quita de encima para que pueda moverme mejor, entonces saco del cajón una caja de madera y se la doy.

—¿Qué es esto? —pregunta confundida.

—Ábrela —la animo.

María duda un instante, pero hace lo que le pido, la abre despacio y sonríe emocionada.

—¡La pulsera que me regalaste en Busan! —susurra. La coge con cuidado y me mira—. Creí que la habrías devuelto o la habrías tirado…

Niego con la cabeza.

—La guardé con la esperanza de que volviera a ti algún día. Al igual que la camiseta —sonrío—. ¿No hay nada más en la caja? —la incito para que mire otra vez.

Extrañada, mira de nuevo dentro de la caja de madera.

—¿Un candado? —pregunta extrañada.

Lo coge para mirarlo, y se da cuenta de que hay algo grabado en él.

—Son nuestras iniciales… —susurra, pasando los dedos por la inscripción.

—Con el corazón infinito —añado y le explico—. Un día fui a dar un paseo por la Torre Namsan para despejarme, y me inundaron los

recuerdos del día que fuimos juntos. Ese fue el día en el que me di cuenta de que estaba perdidamente enamorado de ti. —Veo la emoción en sus preciosos ojos cautivadores—. Entonces decidí comprarlo y lo llevé para que grabaran la inscripción, con la esperanza de que un día volveríamos y lo pondríamos juntos, para confirmar nuestro amor infinito.

Se queda un momento en silencio, mirando el candado, emocionada, y de pronto indica:

—Vayamos ahora.

—¿Estás segura? —pregunto emocionado.

—Muy segura. Nos queremos, nos vamos a casar, y queremos pasar toda la vida juntos… No hay mejor momento que este.

Tremendamente emocionado, la beso. La beso con tanto amor, que siento que la palabra enamorado no es suficiente para describir lo que siento por ella. Se me escapa una lágrima mientras la beso, pero es de pura felicidad. Al darse cuenta, deja de besarme, y emocionada al verme así, me la limpia con ternura.

—Estarás pensando que soy un blando —murmuro, y ella sonríe con dulzura.

—Veo a una persona que se emociona al sentir el verdadero amor.

Me vuelve a besar y yo la recibo con gusto. Nos besamos, nos acariciamos… y finalmente nos hacemos el amor con pasión y con dulzura. Haciéndonos gemir con cada beso, cada caricia, con cada embestida, fusionándonos hasta que el placer más absoluto nos invade, y sentimos que hemos llegado al séptimo cielo.

Tras volver a hacer el amor una vez más en la ducha, nos vestimos. Y cuando estamos a punto de salir de casa para ir a la

Torre Namsan, recibo una llamada de James.

—Hola, James, ¿qué tal? —contesto con cordialidad.

—Buenos días, tortolito —se ríe—. ¿Está María contigo? Anda que, yo también, qué preguntas tengo… ¡cómo no va a estar contigo!

Se ríe otra vez a carcajadas y sonrío.

Pongo el manos libres para que lo escuche también María, y, gesticulando con la boca, le informo de que es James.

—Sí, está aquí conmigo, he puesto el manos libres y te está escuchando —le informo.

—Hola, James —dice ella—. ¿Ocurre algo?

—¿No os habéis enterado?

María me mira asustada y yo me pongo serio al instante.

—¿De qué, James? —responde ella—. ¡No me asustes, por dios!

James se ríe.

—¡Estáis en todos lados! ¡Solo se habla de vosotros! ¡La gente está encantada! —María y yo nos miramos confundidos, y James prosigue —: Sois ahora mismo lo más buscado y comentado de internet a nivel mundial. Casi todos los comentarios son de apoyo a vuestra relación. También hay hate, pero me atrevo a decir que el noventa por ciento de lo que se habla de vosotros es positivo. Me están llegando rumores de que hay varias revistas interesadas en haceros un entrevista juntos. Y marcas muy conocidas os quieren como imagen para una campaña publicitaria. Pronto sabrán que soy el nuevo representante de Giwon, pero me gustaría ser también el tuyo, María. Por eso te he llamado. Me gustaría tener una reunión contigo para hacerte una propuesta en firme. Por supuesto, Giwon puede estar en la reunión para asesorarte.

María coge aire y lo suelta nerviosa. Después se pone a dar vueltas con una mano en la cintura y la otra en la frente. Tras un largo instante en silencio, contesta.

—James, yo no… —duda—. No quiero hacerme famosa.

—Cariño, creo que ya es tarde para eso —musita él.

—A ver… a lo que me refiero es que ya sabía que, al estar con una celebridad como Giwon, iba a ser conocida. Pero yo no soy ejemplo de nada. Soy una persona normal, ya está.

—María, tienes una voz que es impresionante, ¿te parece poco? —responde James, y yo asiento mirando a mi chica, indicándole que estoy de acuerdo con él.

—Pero…

—Mira, hacemos una cosa —la corta James—, piénsatelo, ¿vale? Medítalo unas horas. Y cuando hayas decidido algo, me llamas. Sea la hora que sea.

Se queda pensativa un instante y responde:

—Vale… me lo voy a pensar. Muchas gracias, James. Por todo…

—Es un placer, María. Os dejo tranquilos para que habléis. —Estamos a punto de colgar cuando James habla de nuevo—: ¡Ah! Una cosa más. Solo quiero que tengas en cuenta que mi prioridad a la hora de trabajar con mis representados es su bienestar. Con esto quiero decir que, en caso de trabajar con los dos, podríais llevar la relación como una pareja normal, con tiempo para vosotros.

—Muchas gracias, James —contesto yo.

—A vosotros, y un abrazo para los dos. —Y cuelga.

María me mira a la espera de que diga u opine algo, pero no quiero influenciarla. La decisión es de ella. ¿Que me gustaría que dijera que

sí? Pues sí. Pero porque se lo merece. Y porque ella es tan valida como cualquier otra persona. La gente ha visto lo mismo que yo, que es especial y maravillosa.

—La decisión es tuya, no te puedo decir más —musito.

María resopla.

—¡Joder! No sé qué hacer… —Se queda pensativa—. Mira, paso. No quiero pensar en ello ahora. Vámonos y ya decidiré algo luego.

Una vez en el coche de camino a la Torre Namsan, permanecemos en silencio. Sé que le está dando vueltas a lo que le ha dicho James, y veo de reojo, mientras conduzco, que está leyendo los comentarios en internet sobre nosotros. Yo también tengo curiosidad por saber qué es lo que opina la gente, y le pido que me lea algún comentario.

Como ya nos ha adelantado James por teléfono, la mayoría son comentarios de apoyo y cariño. También me lee alguno negativo y me enfada que haya gente tan mala en el mundo. Sobre todo hay uno, en el cual la persona que lo ha publicado, por no llamarle otra cosa, ha definido a María como gorda, extranjera, muerta de hambre y cazafortunas. Aunque ella no le da importancia al comentario, sé que no le ha gustado, pero no lo dice. Ya la voy conociendo, y sé que se guarda ciertas cosas en su interior para no mostrar debilidad.

María deja de leer comentarios en el móvil y mira por la ventanilla. Cojo su mano con cariño y le doy un beso en la palma.

—Quédate con la cantidad de gente que ha escrito cosas bonitas —comento.

Ella sonríe ligeramente y aprieta mi mano con fuerza.

Dejo el coche en el aparcamiento más cercano al parque Namsan, y a pesar del frio que hace, decidimos subir caminando hasta lo más alto, donde está ubicada la torre.

Cuando llegamos a la zona donde están los candados, dos chicas que pasan por nuestro lado se nos quedan mirando y cuchichean entre ellas. Creo que me han reconocido. Llevo puesto un gorro de lana y, cuando no me pongo las gafas de sol, opto por una mascarilla, pero hoy no he querido ponerme ninguna de las dos cosas. Las chicas finalmente deciden acercarse a nosotros.

—Perdonad —dice la chica que lleva un gorro blanco, en inglés. Supongo que es para que María la entienda—. Tú eres María, ¿verdad? ¿Y tú, Lee Gi-Won? —Asiento, y María las mira un poco sorprendida. Creo que no se esperaba que alguien la abordara tan pronto por la calle—. ¿Ves? ¡Te lo he dicho, son ellos! —murmura la chica del gorro blanco a su amiga, y pregunta—: ¿Podemos hacernos una foto?

—Claro —contesto con una sonrisa.

Las chicas emiten una risita de emoción y dan saltitos juntas. Entonces la chica del gorro blanco saca su móvil para hacer la foto.

—Yo os la hago —comenta María mientras le tiende la mano para que la chica del gorro blanco le preste el móvil, para hacerme la foto a mí con ellas.

Entonces la chica del gorro blanco contesta, un poco cortada:

—Me refería a si podemos hacernos una foto con los dos.

María se queda en shock, sin saber qué decir.

—No hay problema —intervengo.

Cojo de la mano a María para que se ponga a mi lado, y las chicas se colocan de forma que se nos vea a los cuatro en la foto.

Una vez está hecha, la chica del gorro blanco comenta:

—¡Muchísimas gracias! Somos súper fans tuyos desde que empezaste en la música —se dirige a mí—. Anoche estuvimos en el concierto de Incheon y fue todo súper mágico y romántico. Hacéis una pareja muy bonita y especial. —La chica pasa de mirarme a mí, a María—. ¡Tienes una voz increíble, María! Y oíros a los dos fue tan… tan… ¡bonito! Y se os ve tan enamorados… Sois un ejemplo para la sociedad.

—¿Un ejemplo? —pregunta María, confundida.

—Habéis sido muy valientes al hacer pública vuestra relación. Habéis demostrado que el físico no es lo importante a la hora de querer a alguien. Y que hay otros aspectos y virtudes que pueden enamorar a una persona. Ojalá sirva para que poco a poco la sociedad no dé tanta importancia al estándar de belleza que tenemos marcado, y que consideramos como el óptimo e ideal.

Escuchar las palabras de esta chica, me emociona. Miro a María y veo que traga saliva, está emocionada también, lo veo en sus ojos.

—Muchas gracias —susurra el amor de mi vida, a la chica del gorro blanco.

—Antes de irnos… ¿Hay algún problema si publicamos la foto en redes sociales? —pregunta la amiga de la chica del gorro blanco.

María y yo nos miramos un instante y respondo:

—Ningún problema. Por favor, etiquetadme cuando la publiquéis.

—Sí. Y a mí también, por favor —añade ella.

María les da el nombre de su perfil de Instagram y me doy cuenta de que yo tampoco lo tengo. En cambio, ella a mí sí que me sigue. Después las chicas se marchan contentas por haber estado un rato con nosotros y habernos conocido. Cojo a María por la cintura una vez que estamos solos, y la acerco lo máximo posible a mi cuerpo.

—No sabía que tenías Instagram y que me seguías —musito divertido.

—Tampoco me has preguntado. Además, empecé a seguirte mucho antes de conocerte. Si me llegan a decir en ese momento que te conocería y estaríamos así, como estamos ahora… le hubiese dicho a esa persona que dejara las drogas.

Me río con ganas.

—Por cierto… Lo que acaba de pasar con estas chicas confirma que la gente nos apoya, y que ya eres alguien a quien admiran. Llevar esta vida puede ser agobiante a veces, pero cuando recibes el apoyo y el amor de tanta gente… es una pasada. Y sé que si te dejaras conocer, mucha gente te lo agradecería.

—¿Me estás diciendo que diga que sí a lo que me ha propuesto James? —pregunta levantando una ceja.

—¡Para nada! —sonrío divertido.

—Ya, ya… —dice en tono sarcástico. y murmura—: No quiero que te vistas, pero ahí tienes la ropa.

—¿Cómo? —No entiendo qué quiere decir, y ella sonríe divertida.

—Es un refrán que solemos decir en España. —Y al ver mi cara de confusión, añade—: Ya te lo explicaré más tarde. Dame el número de James, anda, que le voy a llamar —indica mientras desbloquea la pantalla de su móvil.

—Toma, llama desde el mío, si quieres —le ofrezco mi móvil y ella, tras mirarlo un segundo, lo coge.

Accede directamente al número desde el directorio de llamadas recibidas y pulsa el botón de llamar. James contesta enseguida y, tras mantener una breve conversación con él, cuelga.

—Ya está —comenta mientras me devuelve el teléfono—. Hemos quedado en una hora en su oficina para hablar.

—Perfecto —respondo.

Cogidos de la mano buscamos un sitio que nos guste para poner el candado, que es lo que realmente hemos venido a hacer aquí. Tras mirar mucho, ya que hay miles de candados de otras parejas que han venido a sellar su amor, y encontramos el sitio perfecto.

Mi corazón late a mil por hora con este momento. Para mí es muy especial y creo que para ella también, porque le tiemblan un poco las manos al cerrar el candado. También puede ser por el frio, pero sus ojos no mienten. Veo emoción en ellos.

Una vez hemos puesto el candado con nuestras iniciales grabadas, nos miramos emocionados. No nos hace falta decir lo que sentimos, porque nos lo estamos diciendo con la mirada. Coloco un mechón de su precioso pelo rizado detrás de la oreja y acerco mis labios a los suyos para besar a la mujer que me ha hecho perder la razón. Y que amo y amaré con locura para siempre.

Epílogo

—En serio, Sara… O paras de dar vueltas o te piras. Me estás poniendo negra con tanto movimiento —le advierto.

—No entiendo cómo puedes estar tan pancha, María —replica mi amiga—. ¡Qué en diez minutos te vas a casar!

Cierto, hoy es el gran día. Un año y tres meses después nos vamos a dar por fin el «sí quiero» Giwon y yo.

Hemos tardado tanto porque queríamos casarnos el mismo día en que nos conocimos. Y era muy precipitado hacerlo el año pasado para movilizar a mi familia y amigos desde España. Podríamos haber hecho una boda allí y otra aquí en Seúl, pero queríamos que estuviesen todos juntos y organizar una gran boda.

Han pasado muchas cosas desde el día que nos comprometimos. El anuncio de nuestra relación dio la vuelta al planeta entero y todo el mundo hablaba de nosotros. Finalmente accedí a que James me representara y comenzaron a llegarme muchas ofertas de colaboraciones con marcas conocidas, colaboraciones musicales y un largo etcétera.

Los días posteriores los tuvimos repletos de compromisos. Y en cuanto se calmó un poco la cosa, por la noticia de la detención de Jihoo y Yuri —y su merecida entrada en prisión—, aproveché para volver a España junto a Giwon para hacer la mudanza y recoger a Rocky. Ya de paso nos quedamos algunos días más para ir a ver a mi familia y presentarles a Giwon, aunque ya habían hablado con él por

videollamada. También pasamos unos días estupendos junto a mis amigos, que al conocerle en persona quedaron encantados con él.

En cuanto volvimos a Seúl con Rocky, y le presentamos a Miso, respiré tranquila, porque a los dos días se volvieron inseparables. Tenía miedo de que se llevaran mal, pero en este caso Giwon llevaba razón y sabía que todo iba a ir bien.

En cuanto a convertirme en una persona conocida, nunca pensé que me adaptaría tan bien a este tipo de vida. Acudir a eventos, hacer campañas publicitarias, sesiones de fotos… me gusta, y es divertido. Pero creo que es por la forma en la que James nos gestiona la agenda a Giwon y a mí. Siempre tenemos tiempo libre para nosotros, y en caso de tener que viajar separados, por alguna razón excepcional, intenta que sean pocos días. La verdad es que James es un representante genial. Giwon está encantado con él, y por primera vez siente que el control de su vida lo tiene él, y no su representante.

Lo de ser cantante no estaba en mis planes, pero ahora he de decir que me encanta. Disfruto muchísimo encima de un escenario, aunque todavía me queda mucho por aprender. Poder cantar junto a Giwon, y con Minho, para mí es un sueño. Y me siento muy feliz por cómo me han acogido en este país tan maravilloso.

En cuanto a mis amigos: Sara, Ruth, Bea, Tania y Álex nos hicieron una visita en verano y quedaron encantados con el país. Conocieron por fin en persona a Paula, a Doyun, a James, a la señora Jihye, a Marc y a Jeong Hyeok. Estos dos últimos hicieron muy buenas migas con Tania y con Álex. Tanto, que les propusieron asociarse, y montar otro club en Madrid para que lo gestionaran ellos. Tras pensárselo

mucho, finalmente dijeron que sí, y lo llamaron Gangnam Dreams. En cuanto lo abrieron fue un éxito, y ya no tienen que vivir de alquiler en un segundo piso sin ascensor. Ahora ya pueden decir que son los propietarios de una estupenda y nuevísima casa independiente.

En cuanto a Bea y a Ruth, su tienda online ha crecido muchísimo, sobre todo desde que se asociaron con una marca de ropa coreana. Y ahora están a punto de crear su propia marca, para todo tipo de cuerpos, y yo seré su embajadora.

Sara, desde hace cuatro meses, vive en Seúl, porque actualmente es mi asistente personal. Fue James quien tuvo la idea de proponérselo, cuando se dio cuenta de que necesitaba a alguien que me ayudara. Nunca se me hubiera ocurrido decírselo a mi amiga si no es por él. A Sara no le gustan los cambios, y dejar a toda su familia en España e irse a vivir tan lejos era algo impensable para ella. Pero me dejó de piedra cuando dijo que sí, sin ni siquiera decirme que se lo tenía que pensar. Pero a las pocas semanas me di cuenta de que entre James y mi amiga hay algo. Cuando coinciden en algún sitio juntos se miran disimuladamente, y más de una vez los he visto sonriéndose el uno al otro como bobos. Cada vez que intento sonsacarle a mi amiga algo, me dice que estoy loca. Giwon me dice que no la agobie, que ya lo contará cuando ella quiera, pero no puedo evitarlo. Sara se merece ser feliz y encontrar a alguien que la quiera de verdad, y creo que James puede hacerlo.

Y en cuanto a Giwon y a mí… cada día estamos más enamorados. No he dejado de sentir esa electricidad del primer día que nuestras manos se rozaron. Me siento tan feliz que, después de tantos meses

juntos, aún pienso que en cualquier momento me voy a despertar de este maravilloso sueño. Y estábamos deseando que llegara este día para celebrar nuestro amor, junto a las personas que han creído en nosotros desde el primer día.

Aunque parece que no, estoy súper nerviosa y estoy deseando que Marc o Tania aparezcan por la puerta de la habitación donde estoy esperando, para avisarme de que ya es la hora. Al final quienes me han organizado la boda han sido Marc y Tania. Los dos querían ser mis wedding planner y no podía elegir solo a uno. Y me han montado una boda de ensueño en uno de los mejores hoteles de la ciudad.

—Oye, Sara, en serio, ¿por qué no te vas a ver si Marc y Tania necesitan ayuda o algo, y me dejas tranquila?

Sara sigue dando vueltas de acá para allá, y verla me está dando nauseas.

Me siento un momento en el sofá de color blanco en el que hasta hace un momento el fotógrafo ha estado haciéndome fotos con cada uno de los miembros de mi familia y amigos; estoy cansada. En Corea las fotos en una boda son unos de los elementos más importantes.

—No puedo —responde.

—¡Ni que fueras a casarte tú! —le espeto.

—No, pero lo vas a hacer tú. ¿No te das cuenta de que es un paso súper importante el que vas a dar?

Cojo aire y lo suelto para intentar calmar las náuseas.

—¿Qué pasa, nenas, qué pasa?

Marc acaba de entrar por la puerta vestido con un pantalón negro, y una americana fucsia y negra con lentejuelas. Está guapísimo.

—Por favor, Marc, llévate a Sara, me está mareando con tanto paseo.

—Vale. Solo venía a decirte que quedan cinco minutos, por si tienes que retocarte algo. Aunque, nena, estás preciosa, pareces una auténtica princesa de cuento.

Marc me sonríe y le devuelvo la sonrisa. Coge a Sara de la cintura y se la lleva fuera. En cuanto me quedo sola, cierro los ojos y respiro varias veces de forma pausada, hasta que logro calmar los nervios y las náuseas. Entonces se abre la puerta despacio y veo que es Álex.

—¿Se puede? —pregunta con cautela.

—Sí, pasa —sonrío.

Álex entra cerrando la puerta tras él, se acerca a mí con una sonrisa, y con su forma particular de mirarme.

—Estás preciosa.

—Gracias, tú también estás muy guapo. Pero ya me lo habías dicho antes, cuando nos hemos hecho las fotos —le recuerdo divertida.

—¿Sí? Pues no lo recuerdo —sonríe burlón.

—¿Has visto a Giwon? —pregunto curiosa, y él asiente.

—Acabo de estar con él, y está como un flan.

—Pues ya somos dos… —murmuro.

—He venido porque he oído decir a Marc que estabas un poco mareada.

—Sí… pero era por Sara. No paraba de dar vueltas y vueltas como las peonzas.

Entonces Álex me coge de la barbilla para mirarme a los ojos.

—¿De verdad?

Me mira de una forma sospechosa. Como si supiera algo… Me quedo en silencio analizando su gesto, y entrecierro los ojos.

—¿Qué sabes? —le increpo.

—Nada… Solo quiero saber si estás bien —musita nervioso.

—Álex, que nos conocemos… —Levanto una ceja sin creerme ni una palabra—. Venga, escupe.

—Vaaale —resopla—. Se lo de…

—¡Joder! —le corto porque no hace falta que siga—. Mira que le dije a Tania que no contara nada a nadie.

—Pero me lo ha contado porque os escuché hablar por teléfono y necesitaba confirmarlo. —Me sonríe—. No te enfades, anda. No se lo he dicho a nadie, te lo juro. —Resoplo—. ¿Te encuentras bien, entonces?

—Sí. Estoy bien, tranquilo —sonrío.

La puerta se vuelve a abrir, y entran Paula y Tania con cara de preocupación.

—Nos ha dicho Marc que estas mareada. Si necesitas cinco minutos más, esperamos —comenta Tania, y niego con la cabeza.

—Estoy bien, de verdad. Ya se me ha pasado. ¿Está todo preparado?

Paula y Tania asienten, porque saben a lo que me refiero.

—Tranquila, será tal como lo hablamos —musita Paula.

—Bien —suspiro—. Supongo que ya es la hora, ¿no?

—Sí —confirma Tania—. Ya está tu hermano esperando fuera. Tu madre y tu suegra son las primeras en salir.

Las bodas en Corea del sur tienen algunas diferencias con las bodas en España. En el salón donde celebran la ceremonia, dejan un pasillo en el centro, en el que a veces se instala una pasarela decorada con flores, para dar más protagonismo a los novios. Y a cada lado del pasillo se sientan los invitados. A un lado los del novio y al otro lado los de la novia. Hay un maestro de ceremonias que es el encargado de presentar lo que sucede en la boda. La madre del novio y de la novia, vestidas con el vestido tradicional coreano, son las primeras en cruzar el pasillo hasta el altar. Después cruza el novio y por último la novia con el padrino, entre aplausos. El padrino entrega a la novia y comienza la ceremonia. Y una vez que los novios se han hecho sus promesas de amor y quedan oficialmente casados, los propios novios, la familia o los amigos suelen interpretar algún baile o alguna canción como regalo.

Me pongo de pie y Paula me coloca el vestido para que se vea perfecto. Los tres me miran emocionados.

—Pues vamos allá…

Camino hacia la puerta, y Tania me entrega el ramo, que está encima de una mesita de color blanco, antes de salir de la lujosa habitación.

Mi hermano me da un beso en la mejilla en cuanto salgo. Él no suele ser de abrazos y besos; a excepción de su mujer y sus hijas. Pero hoy este gesto sé que lo ha hecho porque le ha salido del corazón. Sé que está orgulloso de mí y me emociona.

Camino por el pasillo del hotel cogida del brazo de mi hermano, y nos quedamos esperando detrás de las puertas de la entrada al salón donde se va a celebrar la ceremonia. Jeong Hyeok es el

encargado de hacer de maestro de ceremonias, y Minho es quien nos va a acompañar con el piano durante la misma, oigo cómo toca la melodía de la canción A thousand years de Christina Perri, respiro hondo y se abren las puertas de acceso al salón.

Camino junto a mi hermano por el pasillo central, decorado con infinidad de rosas blancas, y los invitados aplauden felices al verme. Entre los invitados veo las caras de emoción de la señora Jihye, de Eva, de Ruth, de Bea y mi ya cuñada Chorong junto a su marido. Pero en cuanto miro a Giwon, esperándome en el altar, comienzo a temblar. Está guapísimo con su traje, y no puedo mirar a nadie más que a él. Siento cómo todo desaparece a mi alrededor. No hay nadie más… solo él y yo. Me sonríe de esa manera que me vuelve loca, y lo único que quiero en este momento es abrazarlo y besarlo. En cuanto llego a su lado, mi hermano me entrega y comienza la ceremonia.

Tras jurarnos amor eterno, y ser por fin marido y mujer. Giwon, con Minho al piano, me canta una canción que ha compuesto para mí, y que habla de todo lo que sintió y siente desde el momento en que me conoció. Sin poder evitarlo, lloro de emoción al oír esta preciosa canción. Y no soy la única, porque la mitad de los invitados, aunque intentan disimularlo, están llorando también.

Los invitados se acercan para felicitarnos y se hacen fotos con nosotros. Poco a poco se van yendo hacia el salón donde se va a celebrar el banquete, y nos quedamos la familia con los allegados. Aprovecho para abrazar a cada uno de ellos, ya que a algunos no los he podido saludar hasta ahora. Pero en cuanto veo a mi sobrina Lucia, que parece una princesita, y a mí ya sobrino Daeho, que se

parece a su tío, pero en miniatura, los cojo y me los como a besos. Después, Giwon y yo nos quedamos solos con el fotógrafo para hacernos una infinidad de fotos más.

El banquete resulta ser un éxito. Muchos de los invitados, familia, amigos y otras celebridades que han venido por parte de Giwon no están acostumbrados a asistir a una boda en la que te sirvan un menú compuesto de diferentes platos, ya que en este país las bodas suelen durar como mucho entre la ceremonia y el banquete, una hora y media. Y el banquete suele ser un buffet libre de comida, en el cual cada uno se sirve lo que quiere y se sienta dónde quiere. Pero para acceder a este tienen que haber entregado previamente un sobre con dinero como regalo para los novios, antes de comenzar la ceremonia. Y ahí es cuando les dan un ticket para entrar.

Cuando me explicaron esto, me negué en rotundo a hacerlo así, y el banquete se ha hecho a la española. Con su cóctel de bienvenida; después, su menú de boda compuesto de entrante, primer plato, segundo plato y postre nupcial. Y por último, fiestorro con barra libre de bebidas y DJ hasta el amanecer.

Al acabar el segundo plato, a la espera de la tarta nupcial, de pronto las luces del salón se apagan y comienza a sonar una canción que reconozco inmediatamente. Es As long as you love de los Back Street Boys, mi grupo favorito de la adolescencia. Las luces se vuelven a encender y en la pista de baile —que está situada en el centro del salón—, veo ataviados con sombreros y unas sillas a: Minho, Marc, Jeong Hyeok, Doyun y Álex. Estos comienzan a cantar y a bailar, miro a Giwon que parece tan sorprendido como yo, pero

en cuanto cambia la estrofa, es mi marido quien, sacando un sombrero por arte de magia, y un micrófono, se une a ellos tras darme un beso en los labios, y yo me quedo con la boca abierta por la sorpresa. La verdad es que no me lo esperaba.

Los invitados aplauden y gritan entusiasmados al verlos cantar y bailar, y yo me siento como cuando era una adolescente. De pronto la melodía cambia, lanzan los sombreros a un lado e interpretan Everybody (Backstreet's Back) también de los Back Street Boys, con la coreografía exacta de la canción. A Tania, que de pronto está sentada a mi lado, le pregunto:

—¿Desde cuándo a Álex se le da tan bien bailar y cantar?

—Créeme que estoy tan sorprendida como tú —responde, y nos reímos a la vez.

Verlos a todos juntos ejecutar el número que han preparado para mí, me emociona, pero sobre todo es porque todos ellos tienen actualmente una gran amistad. Que Giwon por fin haya encontrado a unos amigos con los que poder hablar y contarse sus preocupaciones y confidencias, es muy importante para él. Hay ciertas cosas que te gusta hablar con un amigo, aunque con tu pareja tengas una confianza absoluta.

Cuando terminan el show, me levanto para abrazar a cada uno de ellos emocionada. Dejando en último lugar a mi marido, al que no solo abrazo, si no que nos fundimos en un beso apasionado que provoca los aplausos y silbidos de los allí presentes.

Después de cortar la tarta nupcial, los primeros acordes de mi canción favorita, Te miro a ti de Miley Cyrus con David Bisbal, invaden el salón, y las luces se apagan a excepción de un foco que

solo nos ilumina a nosotros. Cogidos de la mano caminamos hacia el centro de la pista, y bien pegados el uno al otro, sin dejar de mirarnos con una sonrisa tonta, bailamos lentamente.

Pero en cuanto acaba el primer estribillo de esta preciosa canción, que se ha convertido en nuestra canción, junto a Sin miedo a nada de Álex Ubago, veo cómo el mismísimo David Bisbal, el de carne y hueso, aparece cantando y camina hacia nosotros.

«Solo en tus ojos. Veo la verdad.
Me quieres tal como soy. Como el viento ama al mar.
Besándolo al pasar…»

Y de pronto aparece, por el lado opuesto a este, Miley Cyrus acompañando con su gran voz a mi querido David Bisbal. Me quedo completamente paralizada, y al ver cómo Giwon me sonríe, sé que él está detrás de todo esto. Nunca imaginé que se le ocurriera traer a nuestra boda a estos dos pedazo de artistas, para que nos canten en directo.

Sin poder evitarlo, unas lágrimas de felicidad caen por mi rostro. Escuchar juntas a estas dos personas que tanto admiro es algo que creí que nunca pasaría, y menos en mi boda. Y todo esto es gracias a la persona con la que me he casado. La persona que me ama con todo su ser, y que no se cansa de demostrármelo día tras día.

David y Miley siguen cantando a nuestro lado mientras Giwon y yo, abrazados, disfrutamos del resto de la canción. Cuando acaban, los aplausos inundan el salón y Miley y David nos felicitan por nuestra unión. Son unas increíbles personas, y, agradecidos, les pedimos que

se queden a disfrutar del resto de la boda. Asienten encantados, y se mezclan con el resto de los invitados.

—Muchas gracias, mi amor —comento a mi marido con emoción una vez nos quedamos solos—. Me ha encantado la sorpresa. Ha sido maravilloso.

—Sabía que te iba a gustar mi regalo de boda. —Me acaricia con ternura la mejilla—. Haría cualquier cosa para demostrarte cuánto te quiero, María —confiesa emocionado.

—Lo sé. Pero solo tengo que mirar tus ojos para saberlo.

Le doy un beso cargado de amor, y, al separarme, busco con la mirada a Tania y a Paula. En cuanto se percatan, saben lo que tienen que hacer.

—Yo también tengo un regalo para ti —confieso.

—Tú eres mi mayor regalo —musita, y yo sonrío como una boba.

Paula se acerca a nosotros, que seguimos en el mismo sitio, en el centro de la pista. Entonces me entrega un micrófono junto a una caja, y comienzo a hablar. Al principio nuestros invitados y familiares no me hacen mucho caso, ya que están un poco alterados por la presencia de Miley y David. Pero algunos se percatan de que quiero decir algo, y poco a poco me van prestando atención.

—Escuchadme, por favor —espero unos segundos más para que todo el mundo me atienda y sigo—: Antes que nada, quiero daros a todos las gracias por estar aquí en este día tan especial para nosotros. Y apoyar desde el principio nuestra relación, a pesar de las evidentes diferencias que existen entre los dos. —Algunos sonríen de emoción ante mis palabras de agradecimiento, y otros levantan la copa—. El regalo que me acaba de hacer Giwon, mi marido… —Le

miro un instante y me sonríe. Sé que le ha gustado que diga «mi marido», y sigo—… ¡es algo muy difícil de superar! —Me rio y algunos invitados también—. Y espero que mi regalo… —Miro la caja que tengo en la mano—… sea tan especial para él como lo es para mí.

Miro a Tania, que asiente y da una orden a través del auricular que lleva puesto durante toda la boda, para estar al tanto de todo lo que ocurre en la misma y coordinar junto a Marc todo. Entonces se empieza a escuchar el sonido que hace unos días me llegó al alma, y escucharlo otra vez hace que mi corazón palpite lleno de alegría.

Mi suegra, mi madre y mi cuñada Chorong enseguida han sabido qué es, porque sus caras de emoción junto a las lágrimas que se están limpiando me lo indican. Yo las sonrío y le pido con un gesto que no digan nada. Tania y Álex, que ya lo saben, sonríen de emoción, al igual que Paula. Pero el resto, que no tiene ni idea, tiene el mismo gesto de desconcierto que el amor de mi vida.

Me acerco más a él, y le entrego la caja que he estado sosteniendo todo este tiempo. Me mira a la espera de que le diga qué es lo que se escucha, pero solo le digo una cosa:

—Ábrela.

Giwon, con cara de desconcierto, coge aire y despacio abre la caja. Dentro hay unos patucos de lana de color blanco con unos lacitos de color amarillo, y debajo de ellos está la foto de la ecografía que me han hecho hace unos días. Entonces, justo en este instante, aparece la ecografía en movimiento junto con el sonido que se ha estado escuchando en una pantalla gigante. Oigo los «¡Oh!» de sorpresa y emoción de los allí presentes, pero la única reacción que me importa

es la de Giwon. Sostiene los patucos con delicadeza mientras mira la pantalla. Es como si se hubiera quedado paralizado. Pasan unos segundos muy largos sin que diga o haga nada, pero de pronto se gira hacia mí con lágrimas en el rostro. Y con una sonrisa nerviosa, musita:

—Estás… ¿embarazada? Voy a ser… ¿papá?

Y sus ojos se centran en mi barriga.

Asiento emocionada. Entonces se pone de rodillas, deja la caja con los patucos a un lado y me abraza apoyando la cabeza en mi vientre. Los allí presentes estallan en aplausos de emoción. Giwon se levanta y, poniendo sus manos una a cada lado de mi rostro, con las lágrimas aún cayendo por el suyo, susurra:

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Soy ahora mismo la persona más feliz del mundo, y es gracias a ti, María. Te amo con locura.

Sin dejar que diga nada, me besa de una forma que hace que todo mi cuerpo se estremezca.

Después, en cuanto dejamos de besarnos, todo el mundo se acerca para darnos la enhorabuena. Y tras contestar las típicas preguntas: «¿De cuántas semanas estás?» o «¿Qué queréis que sea, niño o niña?», vuelvo a coger el micrófono al ver que Marc ya está preparado, y anuncio:

—Bueno, ya está bien de tanto romanticismo. ¡Es hora de pasarlo bien!

Entonces Marc, que es el que va a ejercer de DJ, se va a encargar de hacernos bailar hasta el amanecer. Pone la canción Apt de Rosé con Bruno Mars, y la gente se anima al instante.

Divertidos, bailamos junto a nuestra familia, amigos e invitados una canción tras otra. Minho, que es el único que todavía no nos había felicitado, se acerca a nosotros para darnos la enhorabuena. De pronto empieza a sonar All of me de John Legend, y Minho le pide permiso a Giwon para bailar conmigo. Mi marido asiente con una sonrisa y nos deja solos. Minho me tiende la mano y nos ponemos a bailar.

—Me alegro mucho por vosotros, de verdad —comenta mientras bailamos.

—Muchas gracias —respondo—. Por todo.

Sonríe de esa forma tímida que solo sabe hacer él, y apoyo la cabeza en su hombro. Sé que sus sentimientos hacia mí no han cambiado, y que está haciendo un gran esfuerzo, porque lo veo en su mirada. Algún día encontrará a esa persona que le haga sentir completo. Estoy convencida.

En cuanto acaba la canción y suena Karol G., Bea y Ruth se acercan a nosotros a toda prisa.

—¡No os vais a creer a quiénes hemos visto comiéndose la boca y entrando en una habitación!

—¿A quién? —respondo intrigada.

—¡A Sara y a James!

Abro mucho los ojos y sonrío feliz. Minho, que ya entiende el español, sonríe también.

—¡Por fin, ya era hora! —exclamo, y Minho asiente dándome la razón.

Llevan pelando la pava un montón de tiempo. Me alegro un montón por mi amiga, porque ya es hora de que disfrute.

Tras bailar con Minho, bailo con mi suegro, con mi hermano, con Álex y con unas cuantas personas más. Cuando Giwon y yo conseguimos bailar juntos, sin que nos interrumpan, Euphoria de Loreen suena a todo volumen, haciendo bailar animadamente a todo el mundo mientras beben. Y nosotros bailamos también, pero abrazados, como si de una canción lenta se tratase.

—Qué ganas tenia de estar así contigo —musita Giwon en mi oído mientras bailamos.

—Yo también —respondo acurrucándome más a él.

—Por cierto… ¿Ya decía yo que mucho te estaba durando el virus estomacal? —comenta mi marido divertido.

—Tenía que justificar de alguna manera las náuseas —sonrío.

—¿Y el médico?

Lo dice porque al ver que no se me pasaba el «malestar», insistió en llevarme. Y entonces tuve que pedir al pobre hombre que no le contara nada, y que me siguiera el juego. Al explicarle el por qué, no dudó en ayudarme. Pero, a cambio, me hizo prometer que seguiría cada una de sus instrucciones a rajatabla con la comida.

—Estaba compinchado —cuchicheo en su oído, y él niega con la cabeza divertido.

—Espera… —dice asustado—. ¿Y el alcohol? Antes has bebido de la copa de champagne cuando hemos entrado… Eso es malo para el bebé, ¿no?

Sonrío divertida y confieso:

—Era sin alcohol.

Giwon sonríe y me besa. Cuando separa sus labios de los míos, mira mi vientre y posa sus manos en él.

—¿Estás segura de que estás bien, que está todo bien? —Deja de mirar mi vientre para mirarme a los ojos. Su mirada está cargada de amor y a la vez de preocupación—. Podemos cancelar la luna de miel y dejarla para otro momento.

—Cariño… —Toco su rostro, al hacerlo sonríe ligeramente, y cierra un momento los ojos al sentir mi contacto. Y tras unos pocos segundos, vuelve a abrirlos—. No estoy enferma… ¡Estoy bien! Todo está bien y el bebé está bien. Podemos y debemos irnos de luna de miel a Hawái, porque nos merecemos este descanso. Además, la brisa del mar, el sol y ver los atardeceres a tu lado seguro que me vienen fenomenal.

Se ríe por mi comentario y, pegándome aún más a él, con su boca rozando la mía, susurra.

—Seguro que sí.

Junta sus dulces labios con los míos, y como si todo se paralizara a nuestro alrededor, nos fundimos en un apasionado beso.

Agradecimientos

En primer lugar quiero dar las gracias a mi marido, Remigio Márquez. Gracias a él esta novela es una realidad, ya que fue quien me animó a escribirla. Gracias por tu paciencia con mis preguntas y mis dudas, y por haber sido mi primer lector, a pesar de que no te gusta leer novelas.

En segundo lugar le quiero dar las gracias a mi amigos, en especial a Isaac Berrocal. Gracias por tus consejos y tu ayuda, para que esta novela tuviera la oportunidad de ser publicada.

Y por último quiero dar las gracias a mis lectoras cero: Cristina, Davis y Loli. Gracias por hacer un hueco en vuestras vidas y leer mi novela. Vuestra opinión ha sido muy importante para mí.



A través de mis latidos

Regueiro, Alba
9791399102208
258

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

No es una historia de amor. Es la historia de todos tus amores .

Lucía ha amado, ha caído, ha llorado… y ha aprendido.

En *A través de mis latidos*, nos abre su corazón para compartir las historias que la han convertido en la mujer que es hoy. Cada capítulo

es una etapa, un amor, una pérdida o una lección. No es solo su historia: es la historia de muchas.

Con una voz honesta, cercana y valiente, Lucía nos lleva por un recorrido emocional lleno de recuerdos, decisiones difíciles y momentos de claridad. Este libro no es solo para leer: es para sentirlo.

Un relato íntimo sobre lo que duele, lo que transforma… y lo que finalmente te salva.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La flor de mi destino

Manjavacas, Sonia

9788412860696
222

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tras no encontrar trabajo al finalizar sus estudios en Málaga, Pascual y su amigo Marcos deciden volver a Cádiz.

La idea de formar parte del Ejército ronda por sus cabezas, pero Pascual ve el acceso como algo imposible, hasta que termina ocurriendo, cosa que teme enormemente porque significa volver a alejarse de Berta, su mejor amiga de la infancia, de la que está totalmente enamorado.

Pero eso Berta no lo sabe.

Y lo que tampoco sabe Pascual, es que ella siente lo mismo por él.

¿Llegará el día en el que puedan forjar su amor o por el contrario el destino y la vida decidirán por ellos?

La flor de mi destino es mucho más que una novela romántica.

Sus elevadas dosis de emoción y drama sacarán a la palestra alguna que otra reflexión profunda acerca del destino y lo volátil de la vida, y sobre nuestro deber como seres humanos de aprovechar cada momento.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La melodía de nuestro destino

Manjavacas Pedroche, Sonia
9791399022834
252

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Crees que los prejuicios pueden imponerse a lo que realmente siente tu corazón?

Ha pasado un año y medio y Marcos sigue en Cádiz. Lo ocurrido tiempo atrás le está pasando factura, tanto en el trabajo como en lo personal.
Pero, ¿para qué están los amigos? Pascual vuelve para sacar a

Marcos de una vez por todas del infierno en el que vive, aunque para ello deberá dejar su ciudad natal y reencontrarse con India, aquella "amiga" con la que no se sentía demasiado cómodo.

Aunque, a decir verdad, ambos se odian, ¿no es así?

Sin embargo, una convivencia de lo más musical agitará todos sus sentimientos, convirtiendo su vida en aquello en lo que jamás hubiera podido pensar.

Sumérgete en el desenlace de la Bilogía *Destino*. Una nueva historia de amor marcada por miles de sentimientos que, nuevamente, volverán a hacerte reflexionar.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



No te pido la luna

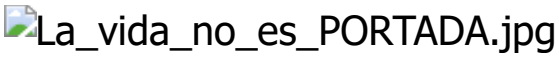
Alzubide, Teresa
9791399046618
468

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Desde que estudiaba en el instituto, Pau Forteza estaba destinado a convertirse en un hombre excepcional. Allí conoció a Sergio, cuyo talento le hechizó desde el primer día. Era un atormentado joven capaz de crear un mundo vivo con tan solo un lápiz, de atrapar una cantidad infinita de emociones sobre un papel en blanco, hacia el que Pau sentía una irresistible atracción. Sin embargo, unas palabras dichas en el momento más inoportuno le apartaron de su familia y sus amigos, y le llevaron hasta la lejana ciudad de Tokio.

No te pido la luna es la historia de una obsesión que trasciende fronteras, un viaje emocional a lo largo de los años para dejar atrás el pasado. Ahora, tras el fallecimiento de un ser querido y la frustración de una promesa incumplida, Pau solo desea que todo vuelva a ser como antes. Quiere una segunda oportunidad y está convencido de que esta vez lo hará mejor. Pero no ha tenido en cuenta la presencia de Hans, un encantador marchante de arte alemán que, en su nueva vida, se ha convertido en su confidente y, en ocasiones, algo más.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


La_vida_no_es_PORTADA.jpg